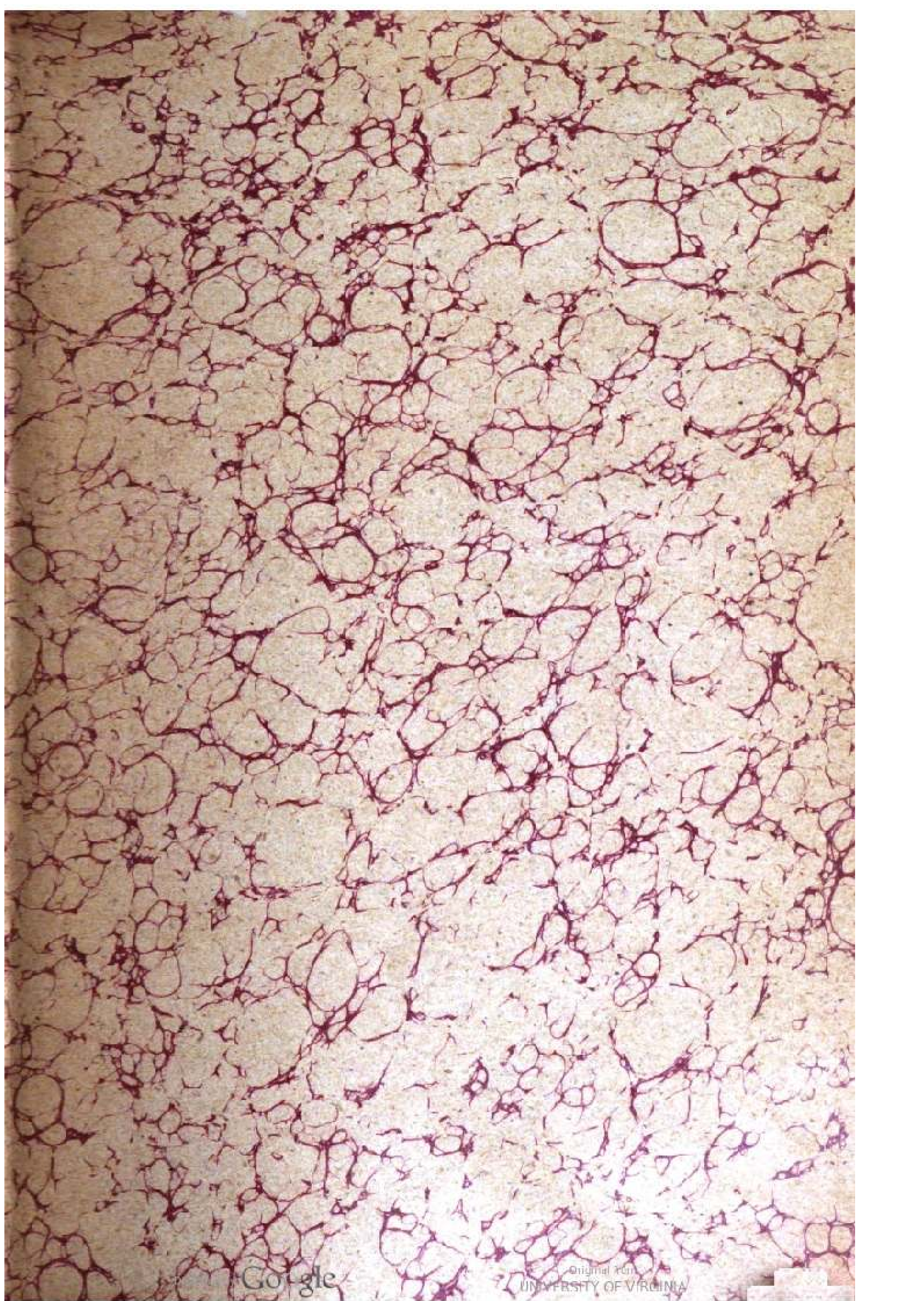

UNIVERSITY OF VIRGINIA LIBRARY
X030531392



COLECCION

DE DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA.

COLECCION

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE

D. JOSÉ SANCHO RAYON Y D. FRANCISCO DE ZABALBURU.

TOMO LXIX.

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 8

1878

ADVERTENCIA.

La primera parte de las *Memorias de Matías de Novoa* ó sea la *Historia de Felipe III*, vió ya la luz en los tomos LX y LXI de esta Coleccion, precedida de un prólogo en el que uno de nuestros más notables historiadores y hombres políticos, el señor D. Antonio Cánovas del Castillo, dió á conocer quién era el verdadero autor de obra tan importante para nuestra historia patria. Ocupóse tambien detenidamente de todos los manuscritos que de la obra de Novoa se conocen hasta el dia, de modo que sólo nos resta decir que la *Historia de Felipe IV*, segunda parte de las Memorias del Ayuda de Cámara de este Rey, que publicamos hoy por vez primera, se ha impreso con arreglo al manuscrito que existe en la Biblioteca Nacional.

Nuestro buen amigo el Sr. D. Justo Zaragoza, tan conocido entre los hombres de letras por sus trabajos sobre la historia de América, se ha encargado, no sólo de la ingrata tarea de corregir las pruebas de la *Historia de Felipe IV*, sino tambien de formar un índice biográfico que comprende las dos partes de las Memorias, y de ilustrarla convenientemente, trabajo que publicaremos al final de toda la obra, y por el cual le damos aquí público testimonio de nuestra gratitud.

HISTORIA

DE

FELIPE IV, REY DE ESPAÑA,

PUBLICADA AHORA POR VEZ PRIMERA

CONFORME AL MS. QUE EXISTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.

Á D. JUAN ALONSO HENRIQUEZ,

ALMIRANTE DE CASTILLA.

Mándame V. E. escriba algunas cosas, que aunque no tocan á la Historia del rey Católico D. Felipe III, faltan en aquel discurso postrero, dignas de saberse por adversas á nuestro dictámen, ó para nuestra esperanza poco afortunadas. Escollos que todo hombre atento encaminara, los que no han de suceder los debe demarcar ó describir en el teatro del mundo para huirlos y no peligrar en ellos.

Lo primero de todo, señor, no puedo dejar de representar á V. E. los miedos en que cada dia me hallo por haber acometido empresa que, respecto de la grandeza del sujeto, era más para un ingenio graduado en todo género de buenas letras, que para un hombre lego y sin ningun átomo de leccion. Combátenme, señor, debajo de esta misma materia diversos géneros de desconfianzas; porque dirán los versados en toda erudicion, cuando se opongan á frustrarla y cuando más

purgados de pasion y calumnia, que aquella no es Historia, que aquellas lo son que vienen de grandes varones, y de aquellos que tuvieron por esclarecidos en la antigüedad, como Livio, Tácito, Paulo Jovio el venerable, Guichar el divino y nuestro diligentísimo español Jerónimo de Zurita. Que tiene innumerabilísimos defectos, y el más capital el introducirme yo en materias ajenas de mi profesion, y que tocan á los ingenios peregrinos de esta edad, criados en largos años de estudios para sólo este intento; que es torpe en la elegancia y estéril en la cultura, la noticia poca, y ésta mendigada; que no se ha hablado de aquel Rey ni de aquellos Ministros como lo pedia la majestad y grandeza de sus obras, desvelos, atencion, cuidados y aciertos, mal distribuida y peor dispuesta su materia, censura es justa á mi insuficencia; empero dichosa, y que me daria yo por favorablemente castigado ó favorecido sin correccion, si viese yo mi calumnia puesta de buen aire, no tanto por mi crédito cuanto por el de aquellos errores, en la boca de los hombres por que tanto se ha fatigado la envidia que no se hable bien de ellos.

Otros, señor, entran aquí de más severa y rigurosa opinion, de quien será imposible defenderme, que dirán que hablo con la pasion ó afecto (¡y no dirán con el agradecimiento!), á aquellos de quien recibí merced, porque me dieron la honra y la moderada porcion que hoy alcanzo, y con la que tengo á éstos por la que no me han hecho, ántes estorbado, y pretendido hollar cortando mis medios y acrecentamientos; no mereciendo ni siendo admitido á poder tocar una pluma, tomar una escribanía en la mano, acercar un pliego; emolumentos adoptados á la antigüedad, donde hay rectitud y observancia de religion y preceptos, ni á las otras honras en que he visto apoyar otros hombres, tan de lodo y polvo como yo; empero

oponiéndome á todas estas censuras, en que parece tambien peca mi atrevimiento.

A la primera digo, que si no es historia, que ella y el tiempo lo dirán; que si no tiene las otras buenas partes, reconozco mi terreno por tan rústico y selvático, que no es mucho que no dé las mieses tan perfectas y de tan colmado ornamento como lo pedia obra tal; que sea mendiga no es mucho, cuando los papeles, los escritores se encubren, y se encierran de miedo ó de lisonja por los tiempos que corren; no atreviéndose nadie á dar un pliego de papel á la prensa temiendo el castigo, lo que era ántes premio engrandecer á los Príncipes con las historias, con los elogios, con los panegíricos.

Por otra parte, ¿cómo me habian de conceder á mí los decretos, los archivos y consejos, si cuando los fuera á pedir se riyeran de mí y me respondieran si deliberaba, y qué estudios ó partes tenía yo para empresa tan grande? Finalmente, para lo que no ví, respondo que busqué los papeles de donde pude; y para lo que sabía no los hube menester, como aquel que por más de treinta y dos años de Corte y veinte de Palacio no le faltaba experiencia. Que no hablé de aquellos como lo pedia la alteza de los sujetos, concedo; que soy agradecido, ¿qué parte más noble puedo yo tener para ejemplo de otros? Ser de balde ruin, es oficio bajo. Hagan otros otro tanto, que yo se lo envidiaré sin fiscalizarle el intento.

Si he sido tratado como se dice, ¿qué mucho que hable por todas tres potencias? Menores golpes he visto yo partir las entrañas de las piedras. ¡Que haya yo visto á los que entraron mucho despues, cargados de honras y de oficios, y que no siendo yo, ni mal mirado, ni peor admitido del Príncipe, que

no sea yo admitido á los honores, ni á los oficios, ántes que se me tase y limite el sustento! desvanecer del crédito, apocarme la honra, cuidar de que no sea nada. ¿Por qué malos oficios, cometidos en ofensa de las medidas de alguno, paso yo estas inclemencias? ¿Qué hombre sirvió en aquel cuarto más retirado, ménos ambicioso, más callado, ménos entrometido? Cuándo (y no fuera despeñarse), cuándo estando yo, y habiéndomelo dicho así el Valido, *mirad que os pongo allí para que me digais lo que pasa*, no sólo no llevaba yo las palabras dichas de algunos, no reguladas por la verdad sino por el antojo del vulgo, puestas en las orejas del Príncipe bastantes á volver en cenizas al que las decia; empero, me las tragaba y hacia del desentendido, pudiendo hacerle algun desaire que quizás le tuviera en alguna fortaleza ántes que en el mando de la monarquía?

Este cargo le hice yo en la celda de San Jerónimo, cuando vimos allí trastornarse el mundo y le vimos pasar de compañero á superior y á jefe.—Bien sabe V. E. (que fué la primera vez que le dió este aire que ántes le tuvo en tanta agonía de que no le habia de alcanzar y entónces le regaló las sienes), de la manera que he procedido aquí. Respondió:—Sí, á fe de caballero, y que no he visto hombre que con tanto seso se haya portado.—Pasé adelante, y proponiéndole un oficio y mi necesidad, cuando vió que queria ascender á acrecentamientos, muy furioso y desdeñando me dijo,—que ahora no me mataba la hambre. En este tiempo veia en mis compañeros los acrecentamientos y las honras, y en mí ninguna; darles, á mí nada; viendo que daba voces la razon, cuando se daba á los otros quince y tres, y á mi uno; y de esta manera todo el discurso de diez años. Empero, señor, ¿para qué estoy cansando á V. E. con niñerías, cuando me manda cosas

mayores, y cuando podia alguno, ó muchos muy ponderados de acciones ajenas, decirme que, qué César se queja de que no es admitido de Pompeyo á la toga del Senado?

Entre todas las cosas que he referido aquí, y la que más me llega al corazon, es ver que aquel Príncipe, en quien yo habia depositado mis trabajos, la gloria de su padre, el desempeño de sus Ministros y confidentes, le veo ahora no con tanto calor en estos hechos, llevado ántes de los halagos del Valido, que le pretende introducir en la secta de los aficionados á aquellos tiempos profanos de la fineza, con la lisonja, hechizo; que como huela á manejar ó ser manejado del Privado, no perdona á los mayores Príncipes, haciéndoles tropezar por su misma voluntad en esta flaqueza. Ah! ¡quién viera á los Príncipes, revestidos de ánimos grandes y de aquello en que les colocó la grandeza de su sangre y de su fortuna, no abatirse como milanos á humildes polluelos, ántes bien como halcones generosos, criados en regiones y horizontes luminosas, dotados de gran corazon, de ilustres y soberanas plumas, atreverse á las garzas descolladas que porfian escalar el cielo! No pretendo yo premio de mis trabajos, que para ninguno de ellos he tomado la pluma, que bien desconfiado estoy yo de esta empresa, ántes para la gloria inmortal de aquel Rey cuyas obras le harán perdurable y mayor entre los demas. Y condescendiendo con lo que V. E. me manda, á que voy con recelos de acertar si ya la obediencia no me enseña el camino.

Descendencia del Conde-Duque. Digo, señor, que el conde de Olivares, es Guzman. Su abuelo D. Pedro de Guzman,

salió de la casa de Medinasidonia á cierto pleito, ni decente, ni religioso, contraido con su hermano D. Juan Alonso de Guzman, sobre cuál habia de llevar el estado. Le dió la hacienda, que entónces alcanzó de Olivares, y otras tierras; sirvió en las Comunidades, peleando como buen caballero con los comuneros, de que recibió muchas heridas; y en la jornada de Túnez y la Goleta, queriendo el Emperador formar un escuadron de títulos, le dió el de conde de Olivares. Casó con Doña Francisca de Rivera Niño, hija del Secretario Lope de Conchillos, hombre criado de la pluma: tuvo de este matrimonio á D. Enrique de Guzman, que le sucedió en la casa; á D. Pedro de Guzman, á Doña Leonor de Guzman, que casó con D. Diego de Velazquez Mejía, marqués de Loriana, de donde salió al mundo D. Diego Mejía, marqués en esta era de Leganés, y otras cosas; y á Doña Ana Félix de Guzman, que casó con D. Francisco de los Cobos, marqués de Camarasa, tambien parto de la misma pluma.

D. Enrique de Guzman, segundo conde de Olivares, heredando á su padre casó con Doña María Pimentel de Fonseca, hija del conde de Monterey, y tuvo en ella á D. Jerónimo de Guzman, que murió; á D. Gaspar de Guzman, que le sucedió en la casa; á Doña Francisca de Guzman, marquesa del Carpio; á Doña Inés de Guzman, marquesa de Alcañizas; á Doña Leonor María de Guzman, que casó con D. Manuel de Acevedo, sexto conde de Monterey. D. Enrique de Guzman, segundo conde de Olivares en la era del rey D. Felipe II, tuvo los primeros lugares en Italia, como Embajador de Roma, virey de Sicilia y Nápoles, cuya cabeza dijeron los que la experimentaron en aquellos tiempos, que era considerable y que trató las materias que sucedieron con discrecion y agudeza. Su hermano D. Pedro, en aquella sazon era gentilhombre de la Cámara del príncipe D. Felipe III, cuando don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, con beneplácito y gusto del Rey su padre, apoyado y favorecido con su gran providencia y con el oficio de Caballerizo mayor del Príncipe, ocupaba el lugar más eminente en su gracia. Ora

fuese, pues, por la emulacion á esta fortuna, ó lo que quieren que sea los viejos de aquella edad, D. Pedro se habia puesto en puntos sobre las cortesías con el Marqués, de que él, como tan confiado en esta parte, si bien era el defraudado, lo echaba todo en risa, y D. Pedro, siendo el agresor, salia con tanto enojo del caso, que más parecia el ofendido que el ofensor y el que se tiraba á sí la piedra; punto en que se descubre la excelencia de un natural á otro.

Sucedió, pues, la muerte del rey D. Felipe II, que referimos en aquella, si podemos con alguna esperanza llamarla, historia, y el suceso de Nápoles, en la venida del conde de Olivares á España, sucediéndole en él el conde de Lemus, padre de D. Pedro: que para venir á describir las cosas que V. E. me manda, y para encaminarlas mejor á su esfera, es forzoso tomar tan de atras la carrera. Vino, pues, señor, el conde de Olivares de su vireinado, hallando en la corte nuevo Rey nuevo Valido, con aquella misma presuncion que ántes; recatando la sumision y *escaseando la excelencia á el mayor Ministro, ántes grande que privado.* D. Pedro de Guzman, entre estos combates, corria su fortuna, militando tambien con aspereza de condicion debajo de la conducta del Marqués, como Sumiller de Corps, y por esta razon su jefe.

Hallábase, pues, el conde de Olivares con dos hijos; don Jerónimo, que murió, y D. Gaspar de Guzman, que con la muerte de su hermano y la posesion de la herencia habia dejado los estudios de Salamanca, no con poca vanidad de haber sido ántes rector que colegial, ni estudiante en aquella ciudad. Anhelaba el Conde, su padre, y traíanle con crudezas de intencion y vagidos de cabeza, la ambicion de cubrirse: proponíalo al Marqués, dando quejas por acá fuera de no verse ocupado luégo y de que le hicieran estar en la corte algunos meses sin esta ascension. El Marqués le respondia que lo deseaba; empero que en casos tan arduos, aunque era Valido, no para poder arbitrar en éllos; que hablase á S. M., que en cuanto á lo que á él le tocaba, no dejaria de hacer los buenos oficios que sus servicios merecian; y que por entón-

ces suplicaría á S. M. le ocupase en lugar que no desdijese á la verdad de sus méritos y las fatigas contraidas, en reputacion de las Coronas, y ejercidas en Italia. Esto se lució tan bien, que le hizo del Consejo de Estado; dignidad entre las otras que se tienen por de mayor consideracion y que es premio despues de grandes lugares y servicios muy escogidos.

Murió el Conde y sucedióle D. Gaspar de Guzman, su hijo, en la casa, en el estado, en la presuncion, en la vanidad, en la agonía de cubrirse; rodeado de los dos cuñados, Carpio y Alcañizas, los parentescos de Camarasa y la Pío. Era hombre, aunque en veinte años de edad, grueso, corpulento, de aspecto riguroso y confiado; dado, sin haberlas corrido ni experimentado, á hablar en todas materias, á quererlas entender y censurarlas, á reputar sus acciones por más escogidas que las de otros; ¡singular capricho! preciado en la inventiva á diferenciarse en toda, grande especulador y fiscal del Gobierno. Diéronle la encomienda de su padre, que era la de Víboras en la Orden de Calatrava.

Pretension del conde de Olivares á la Grandeza. Casó en Palacio con Doña Inés de Zúñiga, su prima, hermana del conde de Monterey: dándose á solicitar con los validos la pretension de cubrirse, adolesciendo de este achaque en todas las audiencias, visitas, corrillos; habiendo quedado solo en la palestra de su casa, porque D. Pedro de Guzman, su tio, despues de haberse casado con la señora de Baldonquillo, murió.

Iban corriendo los tiempos con aquella felicidad que dijimos, cuando parece que, despues de los dias de aquel Monarca, todas las cosas rejuvenecieron con prosperidad y grandeza, con lustre y majestad en unas provincias y otras; admirando el universo mundo los desposorios de nuestra Reina, en Ferrara, con la asistencia y por mano de aquel gran Pontífice Clemente VIII; la demostracion de ciudades, potentados y repúblicas en su servicio; la ostentacion que hizo la liberalidad en triunfos, arcos, representaciones é ingeniosos presentes, joyas, bordados, atavíos, familias; las que se hicieron en Valencia, con aplauso y asombro de los extranje-

ros, viendo florecer nuestra monarquía, cuando los discursos de los malos afectos, la traducian con diferentes opiniones; las entradas en ciudades y villas, y la que se hizo en la corte de Castilla; las dádivas á la serenísima Infanta y al Archiduque; las que se dieron á príncipes y potentados en Italia y en las tierras del Imperio para traerlos y conservarlos en la devocion, y ejercitar el ánimo y liberalidad: potencia más poderosa que las armas, y que conserva el mundo en vida y al arbitrio del Monarca. Los ejércitos que inundaban las provincias rebeldes, y los que se rebelaron por mano de altos y esclarecidos capitanes, que no dejamos sin memoria en nuestros Anales, concitados del odio y religion protestante; las armadas que rodearon ambos mares en la expugnacion de Inglaterra y desolacion del archipiélago Constantinopolitano, efectos que solicitaron, esforzaron á establecer y confirmar la paz ántes jurada de Enrico con nuestras coronas; la muerte de Isabela, monstruo de Inglaterra; la sucesion de Jacobo en aquellos estados, aficionado á nuestras cosas por el espíritu generoso de nuestro Rey; los nacimientos con felicidad succedidos de la infanta Doña Ana, reina hoy Cristianísima de Francia; el del príncipe D. Felipe IV, tan celebrado y deseado en el mundo; la paz de Inglaterra; el hospedaje hecho al Embajador, con que volvió él y los suyos afectos á la magnificencia española, inclinada á mayor rey; la paz de Holanda; la venida de tantas flotas; las empresas en Oriente, por Hurtado y D. Pedro de Acuña, desde Goa y Filipinas hasta el archipiélago Maluco por otros excelentes portugueses y castellanos; la reduccion de tantos reyes bárbaros á la verdad del Evangelio, los que se bautizaron al ejemplo y fama de las virtudes maravillosas de nuestro católico rey D. Felipe III; la expulsion de los hijos del mahometismo, que pretendian profanar de nuevo nuestras tierras y las basas de la Iglesia; dificultad nunca acabada de resolver, si bien platicada y deseada por la prudencia de Fernando, Cárlos y D. Felipe II, y hoy concluida por los oficios píos y religiosos de nuestro Monarca, por quien Dios peleaba: las plazas ganadas en Berbería de

Alarache y la Mamorra, donde plantó dichosamente el estandarte de la cruz; la muerte de Enrique, cuando premeditaba invadir con potentados, ingratos á los beneficios tan envejecidos sobre su casa de nuestras coronas de Italia, las tierras imperiales, con la division de Maximiliano y Matías, debajo de pretexto y pretension paliada de asistir á los pretensores de Cleves y Julieres; el nacimiento de María, reina de Hungría; el de Cárlos y Fernando, fundamentos de esperanza y progresos fortunados; la asistencia á Paulo V, con ejército numeroso, contra venecianos (¡padre afectísimo por la virtud y grandeza de estos hechos, al rey Católico de pacificacion de Oriente á Occidente, como mayor espada y escudo de la Iglesia!); la proteccion de Mántua sobre el estado de Monferrato; la toma de Barzelli al duque de Saboya, sobre el mismo intento, obligándole á la obediencia y al respeto; la defensa de valtelineses contra grisones, que pretendian manchar su religion; los casamientos de Francia y España celebrados en Búrgos, y las entregas de Reina y Princesa en el paso de Behovia, con admiracion de los franceses por los encarecidos gastos y expensas del duque de Lerma; liberalidad nunca *escrita de otro Príncipe.*

Referimos, sin embargo, á esta felicidad, lo que acaece á todos los progresos de que tenemos noticia, y lo que no fué tan dichoso para ejemplo y desengaño de ambiciosos: la venida de D. Pedro de Castro, conde de Lemus y de Andrade del vireinado de Nápoles á la corte de Castilla. Cómo se refrescaron las pasiones entre el duque de Uceda, su cuñado y primo y él, sobre ascender á la gracia del príncipe D. Felipe IV; cómo se hizo á esta hora el conde de Olivares á la banda del duque de Uceda para deshacer esta pretension y, con promesa de adjudicársela, granjearla para sí, procurándolos desavenir á todos; las llaves que se quitaron sobre este caso; la retirada del duque de Lerma; la prision del marqués de Siete Iglesias; el juicio tan tremendo que se le hizo, en quien si bien no salió con la vida, salió con su reputacion, la verdad de sus calumnias, acrisolada su honra, exaltada sobre las mayores y de más respeto.

Referimos, otrosí, si no con la elegancia que se debia, la jornada del Rey á Portugal, el nobilísimo triunfo de su entrada en Lisboa, las maravillosas cosas que allí obró con su prudencia; la vuelta á Castilla, la enfermedad en Casa-Rubios, la restauracion de Bohemia y casi todo el Imperio con sus armas y tesoros que quitó al Palatino; la inmutacion de sus mismos estados, que dejó juntos á su sucesor con aclamacion pública de las más heróicas plumas y de la elegancia historial, y cuán aprisa le alcanzó la muerte en el Palacio de Madrid: las cosas que vimos en San Jerónimo; el valimiento del conde de Olivares; la prision del duque de Uceda; la deposicion del conde de Saldaña del oficio de Caballerizo mayor y de gentilhombre de la Cámara, sin saber por qué; la prision del duque de Osuna, terror y freno del comun enemigo del Adriático, y de los demas, aunque menores, que le circundan; el fallecimiento en Madrid de D. Pedro de Castro, conde de Lemus y de Andrade: la venida del príncipe de Gales á España á casar con la serenísima infanta Doña María, el desabrimiento del duque de Boquingam, almirante de Inglaterra, sobre puntos mal encaminados de la materia, la vuelta del Príncipe, cómo se deshizo lo capitulado en este caso y cómo hizo el casamiento el Boquingam en Francia; la muerte del rey de Inglaterra, y cómo pasó al valimiento del hijo; la liga que tramó en el Parlamento de París y los Príncipes que metió en ella para invadir á Italia; la armada de cien velas que envió sobre nuestras costas, con que se cerró aquel discurso.

Pues ahora aquella armada, señor, de que nos desembarazó la Providencia divina, y que tanto atormentó nuestros naturales, hizo juntar en el Palacio de Madrid (porque vamos condescendiendo con lo que V. E. manda) á todos los del Consejo de Estado. El conde de Olivares, descuidado en lo principal y más cuidadoso en lo ménos importante y en sólo la pompa y exornacion de la oracion, y de campar por este camino de más avisado con los Ministros de más escogida opinion, pareciéndole habia armado portentoso argu-

mento, solicitó al Rey y á sus hermanos á que le oyesen votar. Llegó, pues, la hora, y entrados ya todos en el Consejo, el Rey dejó á sus hermanos en la ventanilla que cae al Consejo.

Comenzaron á votar los más antiguos, que eran algunos, habiendo de votar él, como más moderno, el último: ¡que cierto sería que su confianza no admitiria esta enmienda! Habiendo, pues, discurrido algunos y ponderado la gravedad del accidente y que el estilo no habia correspondido al hospedaje, que se debia con atencion probar en todo, poner gruesas armadas en la mar, guarnecer las costas, ocurrir á Italia con gente y dinero, y finalmente, poner las cosas en sumo terror y asombro para espanto de los enemigos; otro, ménos presumido de palabras, ménos afectado y no tan confiado de sí, y de envejecidas experiencias en las cosas de Italia, dijo que la Liga, por la diversidad de humores de que se componia, no surtiria efecto; y que aquella armada, arrojada una vez de Cádiz, como se entendia fabricada de gente bisoña, inútil y de ningun valor, pereceria en los cabos de San Vicente y Finisterre, donde pretendia guarecerse y esperar la flota; y los vientos y las tormentas, que ya comenzaban recios por la entrada del invierno, la volverian deshecha por el mes de Diciembre á Lóndres, con que todo este nublado que nos amenaza se desaparece; y sucedió así.

Llegó ya aquí la ocasion de votar el Conde, y afirmándose sobre los piés y metiendo la muletilla por entre la cabellera y la calva, despues de más suspension de la que pedia el negocio, dijo: no habia para qué espantarse ni poner en ponderaciones el poder de muchos Príncipes, porque el de S. M. era mayor que el de todos ellos juntos; pues cuando se ligaran el rey de Francia y el de Inglaterra, venecianos, holandeses, saboyanos y piamonteses, suecos y dinamarcos, cada uno de estos ó casi todos juntos no eran tantos como los reinos que S. M. comprende debajo de sus dominios.—El reino de Castilla ya se reconoce cuán grande es; el de Portugal, de Aragon, Valencia, el principado de Cataluña, el reino de Sicilia, el de Navarra, Nápoles, estado de Milan, estado de Flan-

des, las Indias Orientales y Occidentales, y otras Islas en diversos rumbos y demarcaciones considerables. Pues si S. M. tiene solo lo que en varias partes del mundo muchos, ¿por qué nos ha de causar horror el poder de tantos? Salga S. M. de aqui, y porque el reino de Portugal es uno solo, los de Nápoles y Sicilia tan distantes y que piden el pasar la mar, y los otros estados por el consiguiente, y pase á Aragon y Valencia y Cataluña; júntelos en Córtes y pídase en ellas, ponderando cuántos años há que Castilla lleva sobre sí esta carga, que estos tres reinos socorran á S. M. con dineros y soldados, y á los que no pudiesen ir se les obligue con personas prácticas y de experiencia á que lo hagan; con que podremos contrapesar con nuestras fuerzas propias y naturales el poder de tantos sin andar á mendigar las extranjeras. ¿Quién duda, prosiguió, que se sacará de aquí gran socorro y mucha gente, con que se podrán levantar muchos ejércitos y fabricar armadas para defensa de esta monarquía? Podráse asistir con gran desahogo á lo de Italia, Flandes y otras partes, á las costas y fronteras marítimas, y nos temerán nuestros enemigos, y áun depondrán de sus intentos. Este es mi parecer en el caso presente, y lo que me parece conviene para la autoridad y extension de las materias que yo llevo pensadas, las cuales no me es lícito referir ahora, hasta su tiempo en que deseo sumamente servir á S. M.

Esta fué la sustancia; empero la pólvora que gastó sin fruto fué excesiva, embarcando un prólogo de dos horas en lo que un consejo era bastantísimo, adolesciendo de grande exornador. Calló, y algunos de ellos, ó por miedo ó por lisonja, aplaudieron el voto y se arrimaron á él; con que en saliendo de allí se esparció nueva que el Rey queria hacer jornada al reino de Aragon. Escribió al Consejo y dió cuenta de ello á todos los demas; despacháronse convocatorias y escribió á todos los reinos, á los nobles, eclesiásticos, universidades, infanzones, que en Castilla llaman hijosdalgo, y publicóse la jornada á siete de Enero del año, que estaba para entrar en el mundo, de mil seiscientos veintiseis.

1626.—Los aragoneses y todos los demas á quien les agrada saber guardar el dinero mejor que otra nacion, quedaron de nueva tan impensada y tan repentina sobresaltados; discurriendo los unos con los otros en cada ciudad, villa, reino y principado la causa de accidente tan fuera de sazon. Discurrian por otra parte, cómo de acá se les decia cuán á la ligera iba el Rey, los pocos aparatos que llevaba (en que diferia de sus pasados), pocas galas, ni arco para las entradas de las cabezas y columnas de los reinos, ni salir ante todas cosas la caballería con el lustre y pompa que se solia hacer, la religion en que caminaban los Consejos; ántes todo de prisa y atropelladamente: principio en que los más confirmados en prudencia desconfiaron del acierto.

La traza que se habia tomado en la jornada era la ligera: largas jornadas, celebrar Córtes á cada reino de por sí, y, porque no haya nada que no toque en novedad, el tiempo seis meses. Aquí fué donde conocidamente se perdió cuanto se habia de trabajar. Señalóse á los aragoneses para las Córtes la ciudad de Barbastro, á los valencianos á Monzon, á los catalanes á Lérida. Tres Córtes, en tan poco tiempo como seis meses, parecia temeridad ó falta de buen juicio: imposible salir con ello, habiéndonos enseñado la experiencia de en tiempo del rey Católico, el Emperador Cárlos V, su hijo y nieto, que aún juntando los estados en uno era menester mucho tiempo y más tolerancia para moverlo á definir cortas materias. ¿Cuánto y más ésta que se les tiraba á la libertad y á los fueros, que tanto tienen en los ojos? Otros, que pretendian oponerse y áun adelantarse en el discurso á los pasados, ó por más delgados estadistas, ó de más noticia de aquellos reinos ó del natural de aquellos vasallos, decian que por más formidables y carearse con facilidad una provincia con otra, serian más imposibles de contratar, y divididos más fácil de reducir y allanar á cualquier pedido. El que lo penetraba y lo antevia todo, le parecia ansí y así lo dispuso y ejecutó; si bien esta jornada, decian los más viejos, llevaba otro viso y se encaminaba á apartar la voluntad más soberana de donde no le convenia.

Llegado, pues, el dia sétimo de Enero de 1626, salió el Rey de Madrid con el infante D. Cárlos; dejándose á la Reina, á la infanta Doña María y al infante D. Fernando en Madrid. Salió el Conde, el marqués de Liche, que habia casado con su su hija, el almirante de Castilla, el marqués de Castel Rodrigo y otros caballeros, que referiré adelante por aligerar el progreso, y todos los demas oficios de la casa, los forzosos todos á caballo; dejándose con órden expresa á D. Jaime Manuel en Madrid, resfriado ya en la correspondencia con el Conde (puerta por donde comenzó á entrar la desconfianza de todos en su ánimo, y de cuantos andaban en la Cámara del Rey), como diremos adelante; haciendo llamar á Barcelona al duque de Maqueda, su hermano, con la esperanza del vireinado de Barcelona, que le debia de convenir entónces, y á la vuelta no consiguió; pretendiendo con este antídoto templarle el corazon, como hombre que le parecia no convenia se juntase con su hermano, para que no fuese tan crecido el odio y la murmuracion: que ésta al más poderoso en mando y en lugar, por más alto que esté, no deja de inquietarle el miedo.

Salió, pues, el Rey á dormir á Guadalajara y á largas jornadas entró en Aragon. Esperáronle en la raya los diputados del reino, donde ejercieron algunas de sus ceremonias; prosiguió su camino, y en Cariñena, lugar cerca de Zaragoza, hizo le saliese á hablar el duque de Cardona: llegó allí, y aquella noche le encomendó la buena direccion de las Córtes de los catalanes; que los moviese el ánimo á la concesion del dinero en que se habian de obligar, y se les habia de pedir para acudir á la guerra de Italia y Flandes y otras partes, ofreciendo de hacerle merced. El Duque le besó la mano por la que le hacia, y se obligó muy de corazon á hacerlo, y que tomaria por su cuenta y cuidado el servirle, y muy por llano el que los catalanes le servirian y obedecerian en cuanto S. M. les pidiese y mandase.

Llegó aquí aquella misma noche D. Fernando de Borja, virey de Zaragoza, besó la mano al Rey, y en lo primero

que procuró poner el cuidado fué en salir de desconfianza y en ejercer su oficio de gentilhombre de la Cámara; á que no se le puso embarazo, sabiendo cuán poco le habia de durar y que habia de quedar en aquel reino, mal de su agrado, con preceptos inviolables de no salir de allí, ó vivir retirado en una miserable aldea. Por eso digo yo, que este primer estrago no fué del consejo del duque de Uceda, sino del que ahora le conservaba rigurosamente. Vió aquella nueva cortecilla salir de prisa arrastrando de Madrid; vió los amigos que habia dejado ántes, pocos y de diferente aire; otros que tambien conocia, y otros que apénas vió, ocupando los primeros lugares; no halló allí ninguno de sus parientes, más que al almirante de Castilla; los más de ellos muertos y retirados; sus hermanos desvalidos, el uno atadas al Consejo de Portugal las acciones y el albedrío, y el otro residenciado ásperamente del vireinado del Perú; vió al Valido rodeado de la sumision, de la adoracion y lisonja, y él no poco ufano de que manoseaba gran presea.

Entraron en hablar de las materias del reino.

D. Fernando le refirió la admiracion con que estaban los naturales de la súbita venida de S. M., y con el sentimiento de que no entrase en Zaragoza con las legales ceremonias y régio acompañamiento que los reyes sus antecesores, y que no habian dejado de molestarle para que se lo propusiese á un Rey tan mozo, que era la primera vez que veía aquellos reinos y que los vasallos le veian á él. Cosa naturalmente deseada de todos, que deseaban ejercer las ceremonias que en tales casos les toca; lo uno para que su Rey los conozca; lo otro para que con mayor veneracion los estime el pueblo: los nobles, para ocupar sus lugares superiores en tales actos; los eclesiásticos, para administrarle lo que les toca de religion; los infanzones ó hijosdalgo, para refrendarse en el honor y en la posesion que merecieron con los servicios heredados, nuevamente adquiridos. Decia lo que sentiria el reino, la ciudad y los otros magistrados, que solamente están esperando este dia, verle entrar sin el Palio, el Jurado en capítulo, que

aquel dia le toca entrar á su lado, y los demas con sus insignias nupciales y sus ropas talares ó gramallas carmesíes, que sería gran desconsuelo para todos; no adelantar nada las Córtes sería resfriar el amor de los que las habian de alentar; y al contrario, que viéndolo entrar como Rey, guardándole sus honores y privilegios, todo se haria bien, con facilidad y provecho.

El Conde, á todas estas razones respondia, denegando la proposicion y deseando ántes que lo útil mantener la novedad, que S. M. no venia á gastar el tiempo en ceremonias, ántes á la sustancia que pedian negocios que comenzaban á brotar en la Europa, en lo cual se habia de poner toda la atencion y el cuidado; y que así le exhortaba que lo encargase á todos, y las personas más principales de los tres brazos estuviesen muy prontas y dispuestas á servir al Rey: que la demanda era justa, y muy necesaria la conservacion y defensa de los reinos á que obliga el amor y fidelidad.

D. Fernando volvió con esta respuesta, á Zaragoza, que desconsoló mucho á los que la oyeron; y volvieron á replicar afirmando se contravenia á los fueros de la patria, el dejar entrar el Rey como Rey de Aragon en Zaragoza y sin el Palio; con el cual se hubo de condescender á la fuerza que hacia la razon poderosa y áun inviolable, en tales acaecimientos, por los estatutos y derechos antiguos observados y como divinos; los cuales es linaje de profanidad ó tiranía el pretenderlos derogar, ántes seguir el ejemplo de nuestros mayores. Con lo cual se previno el Rey para entrar en público, y los ministros ó ciudadanos le prepararon un Palio de moderada ostentacion.

Como de prisa, afrontóse á la puerta de la ciudad, donde le esperaban: ejercidas allí algunas ceremonias, ántes de entrar en el Palio, disparó algunas piezas de artillería con prevencion misteriosa la fortaleza, ó Aljafería que llaman, levantada por el rey D. Felipe II desde los tumultos de Antonio Perez. Preguntó el Rey qué era aquello: dijéronle, refiriéndole con precision el principio, que era la fortaleza de la ciu-

dad que le hacia salva, á lo cual respondió que la quitasen de allí y echasen por tierra. Quisieron con este principio de confianza lisonjear el ánimo de los aragoneses para lo adelante, y para lo que se pretendia; mas ellos, si bien se alegraron y lo comenzaron á celebrar desde allí con públicas aclamaciones, no dejaron de sentir el alma del pensamiento y adonde se encaminaba el designio; que era muy bajo el halago y la lisonja, y de ninguna sustancia, y que ántes se lo perdonaban porque no les tocase en sus fueros. Con lo cual, y con esperarle allí toda la nobleza con los maceros y reyes de armas y las demas personas en tales actos suficientes, hizo la entrada; no sin grande alegría y aplauso de los naturales, y de todos cuantos de las demas villas y lugares del reino habían concurrido á aquella antigua y nobilísima colonia á ver á un Príncipe, de tan excelente aire y compostura, que los dejó admirados.

Llegó al maravilloso templo, el mayor de aquella ciudad, donde le esperaban el Arzobispo, dignidades y canónigos y, cumpliendo con las ceremonias de religioso y católico, sobre un teatro que allí estaba levantado, en este dia ó en el siguiente, juró los privilegios á los eclesiásticos, nobles, infanzones y ciudadanos; y de allí se fué á aposentar á las casas del Arzobispo, puestas á las riberas del Ebro: menudencias que dejo de referir por no ser de importancia, y porque remito á la curiosidad de estas ceremonias. Con que, visitando algunos conventos y lugares píos, y aquel de todas maneras venerable de Nuestra Señora del Pilar, despues de ocho dias que hubo asistido á las ocurrencias y necesidades de la ciudad, pasó á Barbastro, ciudad corta y de ningun festejo y de recreacion, adonde los tenía convocados.

Concurrieron allí todos los tres brazos, eclesiásticos, nobles, y de hijosdalgo; y en la Iglesia mayor se les hizo la proposicion de las Córtes, y leyó D. Jerónimo de Villanueva, protonotario de los reinos de Aragon (cuya inteligencia quedó reconocida desde entónces para ocuparle despues en mayor ministerio), y dijo: que S. M., compelido de obligaciones

y necesidades forzosas de acudir á tantos y tan dilatados reinos como Dios le habia dado, habíalo hecho así, los años que le habia tocado en su vida, y asimismo por espacio de más de ciento sus generosos é ínclitos antecesores, con las fuerzas y sustancia de Castilla y las Indias Orientales y Occidentales, en que con largo número de millones se habia hecho guerra á todos los enemigos de la Europa, Asia y Africa, y á costa de éstos habian gozado todos los demas de paz y tranquilidad, por lo cual se hallaban descansados y Castilla sumamente afligida y trabajada, tanto que ya no era posible pasar adelante; y que pues todos eran reinos suyos los que tienen nombre de tales, y era comun la ofensa; habia acordado, no sin gran consejo y con muchas vigilias, fuese comun la contribucion; y que así les pedia, poniéndoles delante tan larga jornada, ejercida con muchos gastos, en el corazon de un invierno tan rigoroso, ausente de la Reina, y Princesa su hija la serenísima infanta Doña María, y el infante D. Fernando y sus hermanos, estimadísimos sobre todo encarecimiento para carecer de ellos; y así les pedia, con toda brevedad le concediesen diez mil soldados y el dinero para pagarlos: y que esto fuese gobernado por ellos mismos, poniendo cabos, comisarios y oficiales para expedicion y manejo tales, cuales los pedia la importancia de la materia. Que al presente tenía contra sí levantados muchos príncipes, con armas y ejércitos formidables: al Rey de Francia á instancia del de Inglaterra que, habiendo casado con su hermana, pedídole la suya, y entrándosele por sus puertas, habiendo querido dársela y hospedádole con todo esplendor y cortesía, no sólo le habia faltado en la palabra, empero capitulado con el frances, duque de Saboya y venecianos, bajar sobre Italia, donde estaba un poderosísimo ejército para entrarla y obligarle á oponer, como á la hora le mandaba al duque de Feria gobernador y capitan general del estado de Milan, otro no ménos numeroso para echarles de ella: que los holandeses, con estas inteligencias, perseveraban y discurrian más insolentes; que el Rey de Inglaterra, si bien con mal suceso, ha-

bia enviado sobre las costas del Andalucía cien bajeles, ayudado de estos mismos enemigos, suecos y dinamarcos para desolacion y ruina de España; que con felicidad habia echádole de Cádiz; que en Alemania, á quien era forzoso acudir, molestaban protestantes el Imperio; que todas estas cosas pendian y cargaban de S. M. y de las fuerzas de Castilla, dignas todas de sostener y amparar; que en sus confines, y por toda la cordillera de los Pirineos, se habia menester poner gruesas guarniciones, por si acaso liga tan maliciosa, una vez comenzada la guerra, los quisiere acometer y entrase por Aragon y Cataluña; que las Indias, áun no bastando su cuidado, se las molestaban los enemigos septentrionales, y ahora con gruesa armada, acabada de reparar la Bahía de Todos Santos y ciudad del Salvador en el Brasil, se temia de mayores invasiones; que á todos los demas reinos que se incluyen en la esfera de su gobierno, hacia esta misma propuesta y proposicion, y los compelia á la contribucion de dineros y soldados; que á ellos, por ser todos, y juntos un cuerpo, de quien se hallaba tan servido y se prometia socorro considerable para hacer rostro, los habia querido venir á ver, á honrar y hacer merced; y que pues la causa era comun y urgente, no dudasen de servirle y hacer por su mismo negocio defensa, amplificacion y reparo de la monarquía, á que todos estaban obligados y era justo.

Calló el protonotario, y precediendo las demas ceremonias en tales casos acostumbradas, se acabó por aquel dia la proposicion de las Córtes. Señaláronse lugares en que se juntaran de por sí cada uno de los tres brazos; habilitáronse, para su intencion disponer y alentar los ánimos, al marqués de Liche, á D. Diego Mejía (de la faccion valida, por no dejar que hacer á otros y que todo se lo debamos al marqués de Fromista), que allí llaman tratadores de las Córtes, y por presidente de ellas al conde de Monterey. Dióse la mano al Virey para que diese calor y resolucion á la materia, no sin gran cuidado y no poca afliccion del hecho, y entónces con más congoja, cuanto conocia el rígido natural de aquellos vasa-

llos, la materia nueva y nunca oida de ellos mismos, cuánto habian de querer rechazarla y defender sus fueros, y cuánto, aunque saliese con ello y lo consigüiese con destreza, no se lo habia de agradecer el primer Ministro, ni aplicar este trabajo á su maña y diligencia, ántes á la suya, á su cabeza, á su ingenio, traza y disposicion: cosa en que siempre ponia la mira; ántes que se siguiese su consejo que el ajeno; y así no hay que espantar que se errase mucho y se acertase poco, que no le atribuyeran la felicidad del suceso, y lo no tan próspero se lo prohijaran; que aún habia ruinas de la rebelion pasada, y reciente el fracaso.

El marqués de Almenara dióse á discurrir con esta novedad de la gente; cada uno en su posada altercaba sobre el caso, admirados de tal novedad y de cosa que no se habia atrevido ninguno de los reyes de Aragon. Acordábanse de aquel que, por romper sus fueros con su misma daga, se habia herido rigorosamente la mano, y que sin embargo de esto, pareciéndole pasaba de los límites de su poder y soberanía y se entraba en los de tirano, corrigiendo con el accidente de su furia y pretendiendo enmendar con más acuerdo aquella ira, los confirmó con su sangre: hecho que acumularon, por fortunado en su libertad, á las armas, poniendo aquellas cinco barras coloradas, que significan cinco dedos de sangre, en los escudos y en el más principal lugar de ellos, como lo deponen los progresos antiguos de sus crónicas. Finalmente, los eclesiásticos y los nobles, pocos y medrosos, ó, lo más verosímil, más fieles, votaron y concedieron á la hora.

Los infanzones ó fidalgos, número infinito y portentoso, que para habilitarlos y conocer los que lo eran habia poco tiempo en seis meses, bajó gran copia de ellos de las ciudades, villas y aldeas en diferentes hábitos y trajes; tanto, que más parecian labradores que hidalgos de los Pirineos. ¡Cosa maravillosa! Descendian en tropas con sus capotes pardos, albarcas y alforjas, vendiendo lo que les sobraba de esta ocupacion, y convirtiéndolo en trato; despendiendo muchas cosas de lino, caza y reses. No habia ponerlos en razon: divididos

en corrillos, hablando libre y atrevidamente, unos escribanillos ó letrados, que llamaban moleses, de nacion francesa segun se decia, se pusieron temerariamente á contrastar con desvergüenza los decretos y órdenes del Rey, á armar contra sus mandamientos y resoluciones reales, y á hacer séquito, en que se incluian mucha parte del brazo; tanto, que más parecian turba de hombres bajos, que de obligaciones. No dejaron de señalarse los de prendas, haciendo su oficio la virtud y la que era verdaderamente hidalga sangre, resplandeciendo con su fidelidad los mejores. Esto se hacia, finalmente, con tanta ceguedad y obstinacion, que habilitaban, por confundir el tiempo ya prescrito con dilaciones, todos cuantos se ofrecian, bajos y altos, por no concluir, no reparando que destruian ignominiosamente el lustre de su jurisdiccion; empero paliáronlo y notificándoles, que si pasado el tiempo de las Córtes pareciese que alguno no era hidalgo, le castigarian rigorosamente.

Entre tanto que esto pasaba en Barbastro, por ir echando cuidados aparte y aprovechar el tiempo que volaba, pasó el Rey á Zincario, celebrado de la historia romana, y entró en Monzon, donde le esperaban los valencianos. Juróles sus privilegios, é hízoseles la misma proposicion, en que se les pedia ocho mil soldados y dineros para pagarlos, en la misma forma y traza que á los aragoneses. Señaláronse por tratadores á D. Luis de Haro, sobrino del conde de Olivares, hijo del marqués del Carpio; al marqués de Bandonquillo, tio del Almirante; y al conde del Castro, hombre mañoso y entrometido y con presunciones de avisado. En esto se vió más sensible y tratable la materia, por cuanto eran pocos y se descubrian ménos dificultades que vencer, si bien no dejaban de sentir y murmurar el caso: juntábanse cada dia, y no trataban ni resolvian nada.

Vuelto el Rey á Barbastro, sintiéndose por horas la incesible dificultad de esta turba, que casi pasaban de ochocientos hombres cuando llegaron á votar, era cosa extraordinaria oir los atrevimientos y disparates que se dejaban decir·

Cuál decia, que tuviese cada uno un arcabuz en su casa y sirviese á S. M.; otros apellidaban por la libertad de sus fueros, otros por la vida de la patria, otros que no venian en lo que se les pedia. El Virey, y D. Diego Mejía, y los tratadores, para ir ganando tierra, viendo al Rey todos los dias encerrado en dos piezas sin salir un punto de casa, ni áun dado siquiera á un justo entretenimiento, procuraron con la industria y con las dádivas allanar algunos votos, y éstos los más desesperados. Excluyeron del brazo al *molés* desnaturalizándole, y echáronle del reino; y siendo esto ya casí á los principios de la Cuaresma, la maña pudo tanto y la negociacion con el que escribia los votos, que en efecto se dió por parte del Rey concluida y acabada la materia; y si bien no tanto como se pedia, abrazando lo que se pudo y repartiendo la cantidad por las casas del reino, honró el Rey con algunas dignidades y mercedes á los que le habian servido, y pasó á Monzon á apretar la dificultad y la remision de los valencianos. Con la presencia del Rey, D. Luis de Haro, mozo para cualquiera cosa muy á propósito, poniendo la fuerza de su ingenio en la conclusion, y en que surtiese efecto en lo que se le habia encomendado, trabajaba sin cesar de dia y de noche.

A esta hora llegó de Madrid el embajador del Cristianísimo con la conclusion y capítulo de las paces entre Francia y España. Habiá visto aquel Parlamento el mal efecto de la liga en Italia: á el duque de Saboya mal atento á lo capitulado, y que siendo lo primero acometer el estado de Milan, se habia encaminado á tomar á Génova, anticipando su propio interes ántes que el del Rey, por lo cual, monseñor de la Diguera se habia vuelto con su ejército á Francia sin efectuar nada; el Duque por el ejército del Rey encerrado en Astte, y con ánimo de acometer y asolar el Piamonte; la armada de Inglaterra arrojada ignominiosamente de Cádiz, derrotada y deshecha; en Lóndres, Flandes y Alemania prósperos sucesos; deshechos y consumidos nuestros coligados en aquellos países y en la riña; y el rey Católico, dejada su casa, discurriendo por sus rei-

nos, pidiéndoles gente y dinero, cerca de Barcelona escala para Italia, mozo y brioso: diéronse á sentir, como las materias de estado se palian y componen con singulares efectos y pretextos, que no era sólo aquello para lo que habia salido de Castilla, que otro fin llevaba su jornada, y que queria ponerse sin sentir en Lombardía, ó en otra parte, y hacer por su persona la guerra y amedrentar todos sus enemigos; que era poderosísimo el Rey de España puesto en campaña, y le seguirian muchos, pasando todos sus vasallos á servirle con las vidas y sus haciendas; que habia sido él árbitro de coligar los reinos de esta distancia relevante; que no era bien, acordándose de Cárlos V y el rey Francisco, encender estos dos Príncipes mozos en guerras, donde la desolacion sería mucha y contraria la fortuna para ellos, como lo pasado habia acontecido; que monseñor Barberino, sobrino del Papa, se aprestaba con galeras y otras prevenciones para España, llamado y convidado para compadre del Rey y sacar de pila la Princesa, donde podria ser que el Papa mudase la devocion con el nuevo parentesco y hospedaje, y se introdujese en nuevas y diferentes materias con ofrecimientos de dádivas y algunas honras prometidas, con que España de ordinario suele ganar la gracia del Pontífice, acrecentando y engrandeciendo á los suyos; cosa usada y apetecida en la antigüedad y de ellos mismos, en que aquella monarquía es prodigiosa y nos lleva la ventaja. Y así por esto, y por todo lo demas que ellos no sin envejecida prudencia discurren, propusieron la paz y la abrazaron; y pasó la guerra á los confines de la Bretaña entre ellos y los ingleses.

Pedia el inglés al rey de Francia el cumplimiento y paga de la dote de su mujer, y viendo no se le cumplia envió su gente y bajeles á sitiar la Isla de San Miguel, situada en aquel canal; cuyo efecto fué el mismo que el de Cádiz, enviando el rey Católico la armada Real del Estrecho, con D. Fadrique de Toledo, en socorro del Cristianísimo: amistad, que con brevedad duró poco, turbándola algunos accidentes que se esperaban en Italia; empero su salida de Madrid obró en el ánimo

de los franceses esta paz y esta union. Tánto importa á los grandes Príncipes mostrarse alguna vez armíjeros, no revoltosos; empero soldados en ocasion y cuando el vecino deja su casa para insidiarle la suya. Quien ve á los reyes, no permitirse en sus imaginaciones de otra manera que armados, pareciéndole toca y no de otra suerte aquellos arcos á la dignidad, no lo mostraran alguna vez en sus personas y le darán á temer. El oficio del Rey no es otra cosa que ser soldado, ni puede caber reputacion ni respeto sin este dictámen; regir en paz y en guerra enseña el derecho; no dado á la ociosidad y á cosas bajas é inútiles, que escarnecerán de ellos los preciados de esta generosa virtud. ¿Cómo le han de temer los enemigos, ó cómo se reducirán al yugo y á la obediencia? Sólo el Rey en el retiro, en la caza, en los bosques y parques, no es decencia, y no morirá con gran nombre; y pocos triunfos le honrarán el túmulo. El Rey soldado en lo lícito morirá ceñido y ennoblecido de las esclarecidísimas señas y pompas de Marte, y dejará gran memoria de sí en la posteridad; en casa, en sus hijos y en sus nietos dilatado su nombre, y sus coronas para vergüenza y afrenta de los pusilánimes y cobardes que no arriban á la gloria de grandes.

La paz concluida en Francia hizo entrar en discurso á los reinos, y decian que pues habia espirado la causa, cesasen los efectos, sin atender que no se habia hecho con todos los enemigos, que tiene muchos y grandes la monarquía; proseguian adelante y decian que ellos eran poderosos, y que si el Marqués acometiese sus fronteras, que se lo estorbarian y le saldrian al paso, guarneciendo los Pirineos, la parte que es suya hasta Perpiñan y Salsay, de gruesos escuadrones. Apretábaseles, no obstante, á la concesion: los tratadores no los dejaban descansar un punto, á los obstinados con persuasion y el ejemplo; con dádivas á los codiciosos, y tal vez con la amenaza al pertinaz; empero ellos encerrados en sus ayuntamientos enmudecian, y cruzadas las manos y los ojos en el suelo, no hacian nada; con que D. Luis de Haro dió cuenta de esto, advirtiendo por lo que callaba que era imposible ó

que no querian conceder, ó que las cosas estaban muy al principio y denegarlas; con que el Conde, una mañana, fuera del lugar y en el campo les juntó á todos, particularmente á los más dificultosos y más principales. Orándoles largamente y ellos defendiéndose, se dejó decir con aquel natural feroz y sin clemencia: ¡qué caballeros! palabra que hizo salir colores á los que la oyeron, é instó y alteró mucho los ánimos; de suerte que, cuando se vieron solos, pateaban y se torcian las manos y miraban al cielo, y hubo alguno que la repitió diciendo: ¡qué caballeros! y comenzó á escoger lleno de ira el progreso del suyo y el de alguno, sacando á luz las manchas y los defectos.

Eran ya por estos dias los fines de Marzo, y tres meses despues que salimos de Madrid, y estaban unas Córtes casi en aborto y otras por acabadas y por comenzar las de Barcelona, y habíamos de estar en Madrid dentro de mes y medio: la observacion de este tiempo hacia á los de las Córtes detenerse y apelar para lo futuro que los sacaria del aprieto. Los catalanes, que ya se hallaban dueños de todo y por posteros más bien avisados, escarneciendo del hecho callaban hasta su tiempo, engañaban al duque de Cardona en Lérida, y decian que S. M. fuese á Barcelona y los honrase con su presencia, y viese aquella ciudad, y que le servirian. Creyólo el Rey, y el mayor confidente, añadiendo que los ánimos de los catalanes estaban de manera, si sacase las Córtes de Lérida y las llevase á Barcelona y hacer allí su entrada como todos lo deseaban, que no habia duda de conseguir de ellos cuanto se les pidiese. Querian los catalanes y ciudadanos de Barcelona hacer meter los piés dentro, para que gastase allí el dinero que llevaba y enriquecer la ciudad y acuñar los doblones en trentines; moneda que no sale de su provincia y que, no siendo de peso de más de un doblon, le suben á treinta y tres reales gente de su codicia y materia de estados miserables en el comer y en el cortejo.

En Barcelona se ufanaba mucho: un huésped que yo tuve, regidor de la ciudad que allá llaman síndico y á quien yo

convertí para que concediese, decia que quedaba la ciudad con la venida del Rey rica, con más de doscientos mil escudos; en Monzon no lo estaban poco unos de hábito de San Juan á quien habia de contribuir el pueblo gruesa cantidad; finalmente, la concepcion se puso de tal manera, y en tanta desesperacion con los valencianos, por estar ya el tiempo tan adelante, que el Rey hizo prevenir el carruaje para Barcelona; á que crecieron las voces y los ruegos. Muchos habian dado sus votos, y sólo uno mantenia la libertad y las de todos: tomóse por expediente tenerlos la noche última encerrados en el consistorio, sin dejarlos salir á valerse del sueño y del sustento; era ya muy tarde, y el ruido de las mulas y los cascabeles de las acémilas, y el ver estaba su Príncipe para partirse tan aína no les ablandaba. D. Luis de Haro, valiéndose de su buen ingenio, y poniendo en todo la fuerza de su buen juicio, hizo todo aquello que bastó á poner en estado la pretension de conseguirla. Amaneció, pues, y áun no estaba hecho nada; retardando el Rey su ida, esperando por horas el sí plenariamente todos. Esto se obró á las diez del dia, movidos ya de su fidelidad y de ver al Rey, que queria partirse, sumamente airado y en su desgracia sin ser servido, ni puesto en obra su mandamiento: ley más poderosa que las contrarias y opuestas á esta materia. Recibió el Rey sumo gusto cuando le llevaron la nueva de la conclusion, él por partir, el conde de Olivares por ver aumentado su cebo; si bien le royó las entrañas la gloria del sobrino, viendo con cuanta felicidad y cuán en breve habia obrado negociacion tan ardua, y que habia de crecer en más estimacion con el Rey, de que ya tenía experiencia, por sus espías, habia dias que esto se comenzaba por el Rey. Con esto pasó á la Iglesia mayor, á concluirles allí algunas ceremonias, donde estaba erigido el solio: hízoles algunas mercedes, no grandes ni todas las que se les prometieron, tomó el camino para Cataluña, dejando á los valencianos sumamente solos y desconsolados, con arrepentimiento y dolor de lo que habian hecho, y de qué dirian los hombres de su patria: llegó en breves jornadas á Barcelona,

los dias ya mayores para caminar, el tiempo más despejado y más alegre con la vecindad de la primavera; hizo alto en Baldoncellas, monasterio venerable de monjas bernardas, costumbre de todos los Reyes ántes de entrar en la ciudad; salió allí el duque de Cardona, caudillo en quien estaba fundada la esperanza de la empresa, y otras personas nobles, caballeros y magistrados de la ciudad: allí besáronle la mano, usaron de sus ceremonias, previniéndose el dia siguiente para la festividad de la entrada.

LUGARES EN EL COCHE DEL REY. Caminaba el Rey, desde que salió de Madrid, con su hermano el esclarecidísimo infante D. Cárlos; llevando ambos los estribos del coche en el mejor lugar, y á la mano derecha el conde de Olivares como Privado, Sumiller de Corps y Caballerizo mayor; almirante de Castilla, como el hombre primero de España; al marqués de Liche, como yerno y casado con hija del Conde, para quien se criaban y erigian grandes cosas; y al marqués del Carpio, como persona que iba haciendo el oficio de primer Caballerizo. Pues saliendo el Rey de Baldoncellas, yendo á tomar el coche (aquí fué donde se perdió la jornada), dijo:—Llamen al duque de Cardona;—y llegando el almirante de Castilla á tomar su lugar, dijo:—Almirante, idos al coche de la Cámara, que hoy no teneis lugar aquí. El Almirante, asombrado y suspendido de cosa tan nueva y perdido de color, respondió:—*No pensé yo que en España no habia lugar para mí en este coche.* Con esto se partió á ponerse en el coche de la Cámara, y llamando de nuevo al duque de Cardona, y tardando, ó desesperados, volvió á mandar llamar al Almirante, y viniendo y apareciéndose á la hora el duque de Cardona, ántes de poner en duda el negocio, y viendo que ya llegaba, alzó el Almirante el estribo y sentóse; con que, enmudecidos todos, quedó en blanco el de Cardona, el Rey disgustado y acalorado el Conde. Caminó el coche á Palacio, que era la casa del duque de Cardona juntada con otra para dar mayor comodidad á los magnates que habian de posar dentro, que eran el Conde, el marqués de Liche, y D. Enrique de Guzman,

hijo segundo del marqués del Carpio, que esperaba el capelo de Roma; dignidad y circunstancia que faltaba al valimiento, no perdonando ni excusando ninguna, porque, aunque calumniaba las acciones pasadas y se huia de ellas, y se afectaba modestia y templanza, no á lo ménos de la grandeza ni de los grandes puestos, ni del sumo poder y soberanía; ántes éstas se buscaban y solicitaban más aína, pretendiendo igualarse y áun pasar á los otros: habíasele cargado encima muy gruesas prebendas y beneficios, tanto, que dicen los que lo supieron que pasaban sus rentas de veinte mil escudos, con que surcaba en alta mar la casa de Haro.

Volviendo, pues, á nuestro cuento, en que dejamos al Almirante, y discurriendo por el intento de aquel hecho, dicen los más atentos al decoro de cómo se ha de tratar á los mayores, y que no obstante son más templados y benignos en el ejercicio del agravio, que el conde de Olivares, con los afectos de celoso y gobernador, queria más alta y mañosamente buscar aquellos medios que más aína redujesen el tratado de aquellas Córtes al fin que deseaba, por ser ya las postreras, habiendo conseguido las otras. Siendo este el lance en quien consistia la gloria del intento para volverse con más sazon y más brevedad á Castilla, desempeñándose de un negocio tan arduo de que él mismo se habia encargado, metido y llamado tanto á él, emprendídole por su consejo, fustrados los discursos de los príncipes de la Europa más atentos á los nuestros por enemigos y mal afectos á nosotros y que estaban á la mira de lo que habia de pasar, y excusar la guerra viéndole más formidable, ó seguirla viéndole más flaco; habia querido con este halago y esta lisonja captar la benevolencia de los catalanes que perdiesen, del duque de Cardona que los allanase, que los prometiese las mercedes ó falsas ó verdaderas, que este cebo redujese la materia y fuese la tabla en que se habia de salvar. Y no queria él dejar su lugar en el coche, porque nadie es tan celoso que quiera perder un punto de su vanidad, ó ya por Privado ó porque ya consideraban en él la segunda persona aquellas gentes, ó porque

no está cabal el acto donde falta el primer Ministro; ó por esto, ó por lo que quisiere discurrir el más atendido, y consecuentemente, no queria que le dejase el marqués de Liche, su yerno ó su hijo, porque le habia constituido por sucesor en su casa y habia renunciado en el Conde la cabeza de las familias de Guzman, bocado el más sabroso que habia adquirido su fortuna, y de que estaba tan ufano y no poco falso contra la casa de Medina Sidonia, que le habia casado con su hija, que queria que aquella provincia le conociese, le adorase hijo tan recientemente adoptado y sobre quien habian de depositar las medras de la privanza, los dictados ó las dictaduras, y finalmente todo lo mayor y más soberano del poder, conseguido con bizarría y con imperio. Y otrosí, que el marqués del Carpio tenía concertado con su hijo primogénito D. Luis de Haro, con hija del duque de Cardona gran casamiento, y no poco procurado; que se habia hecho y se hacia todo lo posible para su conclusion, y queria que la nobleza y pueblo le viesen en aquel lugar y al lado de los más grandes; casamiento en todos trances á su propósito, porque este mozo, despues de su hija, era el más inmediato á sucederle, y que para dar aquella vanagloria al duque de Cardona queria que esta accion y este suceso recayese en la persona del Almirante. Podíalo haber ántes consultado con él, reparando en la novedad, si quien no repara en las otras debe con respecto y con decoro atender á ésta, *por ser el Almirante de los primeros y más esclarecidos hombres de España*, en no tentarla ó hacer al duque de Cardona otra honra, que en la majestad Real hay muchas, y en que poder escoger, si no se le limita el poder. Podia llamarle aparte, y decille:—Señor, S. M. viene á estas Córtes con la esperanza que vos sabeis; tiene fundadas las de Cataluña en la persona del duque de Cardona, como al más principal de esta provincia; para comenzallas con prosperidad queria meter al duque de Cardona en su coche, para que los catalanes con este favor le tengan en más veneracion y que le es poderosa para algo, y por aquí piensen alcanzará con su mano las pretensiones que ellos se han

prometido; finalmente, quiere con este discurso adelgazar más la materia y ganarlos á todos y darle calor, para que con mayor brío las disponga y trabaje. Yo, en acto tan público, no queria dejar el lado del Rey, porque parecerá de su descuido; mi hijo queria le conociesen todos; el marqués del Carpio tiene, ó tengo yo, tratado el casamiento de su hijo y mi sobrino con hija del Duque; suceso que en todos acaecimientos conviene para el lustre de mi casa, y así queria lo viese este pueblo en aquel lugar. S. M. os manda esto y yo os ruego; tomad alguna causa aparente para que salga de vos esto, fingid algun achaque, idos delante con vuestra casa y entrad con ella en Barcelona; vos sois tan grande y tan conocido que no necesitais de que os vean allí: en las otras ocurrencias de la ciudad, os verán en aquel lugar.

Claro está que si el Conde, con toda esta salva de cortesía, propusiera esto al Almirante, que ni lo habia de rehusar, ni decirle no: *un Príncipe verdaderamente* (como ya lo ha tenido de tan cerca) *suavísimo de condicion, generoso en el trato y en la cortesía*, no queria decirle nada de esto ni llegar con él á tales encuentros; ufanándose siempre y bizarreando de templado y modesto, podia exponer á su hijo al sacrificio de esta disposicion, advirtiendo que gozaban de mayores glorias y le sobraban muchas, ántes que rendir á la enemistad el trato y buena alianza que en fe de cortesía y de gran señor se contraia con el Almirante: pareciera en este natural, Guzman. Saber mantener la correspondencia con decoro, es erigir la mayor junta para mantener los vasallos en amor y sosiego; armonía que conviene viva siempre en union y consonancia, y que en tanto se conservará aquélla, cuanto ésta tenga vida; empero, sin prevenirle, guardarle este golpe para que diese sobre él de repente, en acto y en lugar tan público y donde tantas gentes, nobles y plebeyos, en la primera entrada de un principado, lo están notando todo sobre persona tan grande, era cosa para aterrar y partir un monte, para prometerse mayores desaires y afrentas: cosa porque debe un gallardo espíritu colgar las esperanzas y las medras á que está consig-

nada una gran casa, por servicios y obligaciones del retiro, como sagrado donde se salva la reputacion de la ofensa del Valido; cuando no es otro su ejercicio, debiendo estar ántes ajustados los premios con los hechos, en paz y en guerra, que, trastornándoles y desluciéndoles para esto en templar al Rey, en serenarse ó disimularlo todo, pues no habia habido aquí más delito que volver *un gran señor* por lo que le tocaba, y no descaecer de su punto. Paró en decir al Rey: —*Señor, perdone V. M.; el Almirante, que es uno de los mayores vasallos á su sangre que V. M. tiene*, desea no perder su lugar; atento que, si hoy le encomendara el más arriscado que tiene en las provincias enemigas, le conservara y le guardara en sí, paró en buscar al Almirante y decirle: —Perdonad; que mis ocupaciones me tienen tal, y tan ajeno de lo que debo que no me dieron lugar á preveniros este lance; venid, que os quiero carear con el Rey y que os olvide esta menudencia; obligacion precisa de Privado con Rey y vasallos.

Pregúntese si alguna ocurrencia ó desabrimiento entre el Rey y algunos señores, ejercida en su casa ó fuera, se valió de este estilo para adelantarlos en el amor y la esperanza: ántes le parecia que no estaba en aquel lugar sino para luchar con todos, para encaminar el tiro, para abrir el corazon con la palabra áspera, con el semblante torcido, con la cortesía despegada, para malograrle el oficio, para desmoronársele y desangrarle hasta que quedase sin semejanza, y sin nombre. Pregúntese esto al conde de Benavente, al duque de Gandía, al marqués de Castel Rodrigo, al duque de Alcalá, al mismo duque de Cardona por quien se estaba obrando este ruido, al marqués de Belada, al marqués de Belmonte, á su hermano D. Juan de Cardona, al duque de Nájera y Maqueda, á D. Gonzalo de Córdoba y á su hermano el duque de Sesa, que saliendo de Mádrid para servir al Rey en las Córtes le hizo volver deslucidamente, á la esclarecidísima casa de Sandoval, al duque de Feria, aunque hoy está restituido en el estado de Milan, dejándole primero por lo que temió se está armando contra él; al duque de Terranova, saliéndole al camino á li-

mitarle la licencia de su venida á Madrid, siendo gentilhombre de la Cámara y deseando cumplir con la obligacion de su casa en cubrirse, no atreviéndose á pasar los umbrales de los primeros aposentos de Palacio como si fuera un héroe desventurado. Váyase á las otras casas que dejo de referir, y á las más fuertes de otros reinos y provincias, miembros de nuestra monarquía, y allí se hallará vivo el agravio, el olvido, la falta de premio, el desconsuelo, el poco aliento de aspirar á merecer por el tasado arbitrio que se le da para ello. ¿Paró esto, finalmente, en encubrirlo, en no acordarse de ello, en echarlo por alto? No; sino con mayores ignominias y afrentas; introduciéndolas en aquel pecho Real para sus conveniencias propias, y mayor y más envanecimiento del poder, y la potestad para aterrar á los otros; oficios indignos de ensayar en Príncipe mozo, de natural tan pío, tan generoso y augusto, magnánimo y verdaderamente Real en todos actos. Paró en esto, como luégo veremos, de que el Almirante, por el rigor y poco recato del suceso presente, se las dió á creer y á concebir con que entraba ménos veces en Palacio, si no es á parecer las que el Rey salia ó se temia que saliese, porque no le acaeciese otro tanto y no estudiasen para con él, ó se valiesen de alguna ofensa ó trance más duro; con que ya el Almirante, *gran señor*, *de gran casa*, y de grandes aspectativas, se juzgaba desvalido, arrinconado, mirando la carrera que habia de tomar para deshonorarse de la vista de su Príncipe, de servirlo, de arribar á altas y esclarecidas cosas, en apoyo de altas materias, sin saber por qué, ni rastrear qué delitos suyos le habian puesto así.

Hizo el Rey su entrada con los municipales; ceremonia que usa aquel Principado: al otro dia entró en el Palio, y esperándole en la plaza de San Francisco un teatro, subido en él, juró los privilegios de la ciudad; pasó desde allí á la iglesia mayor y juró los que allí le tocaban, y otro dia los demas, remitiendo estas cosas, como ya otra vez lo tengo dicho, á los libros historiales que tratan más difusamente de estas menudencias. Hízose la proposicion de las Córtes, con los

mismos artículos y cláusulas que las pasadas: pedíanseles diez mil hombres, y que se empadronasen en la cantidad que le era menester de dinero para sus pagas; solamente que, á diferencia de los otros papeles, decia éste en sus principios: «*mis catalanes, vuestro Conde teneis á vuestras puertas*»; cosa en que ellos repararon mucho, admirando el estilo, y la novedad con que se les habia hecho aquella proposicion, jamás usada de otro Príncipe, ni en otras Córtes; tampoco quisieran que se les hablara con frases ó hipérboles que sonaran á Conde, echado á puertas, cuando ellos le querian Príncipe para que se las hiciese mayores, y se les calificase. Creyeron asirlos por allí; empero ellos que estaban avisados y enterados de todo y más rebeldes de lo que nadie pensó, y, con los clamores recientes de los vecinos que decian ya no respiraban sino por las heridas que les habian dejado, recelosos y áun determinados á no abrir puerta contra su libertad y derecho, desecharon la frase; diciendo que siquiera los hubiera hablado con la grandeza y término de sus mayores, cuando venian á tenerles y á celebrarles Córtes, y que no hubiera usado de aquella novedad, de todas maneras odiosa y nada apetecible, ántes que siguiera el corriente de cuando les decian: «he venido á este Principado y esta ciudad á veros y á visitaros, á honraros y haceros merced, y con esperanza cierta de que me servireis en todo lo que se os propusiere».

Juntáronse, pues, todos los sexos que tienen por privilegio entrar en Córtes, en la iglesia de San Francisco, en la pieza de capítulo: púsose en la iglesia el solio, que es un teatro y un dosel, donde se proponen y concluyen con la presencia Real; comenzaron á habilitar muchos, en que gastaron tiempo, en que reconocian los catalanes, que era ya casi por los fines de Marzo, que ya el Rey anhelado habia dado intencion de salir á los postreros, creyendo bastaba mes y medio para vencer cuidado tan grande; empero salió y caminaba vano el discurso. Habíanselo afirmado así los tratadores, que fueron el marqués de Liche y D. Diego Mejía, y más

que todos el duque de Cardona, con quien no corria bien la nobleza por competencias y cortesías, en *que él los pretendia adelantar por demasiado señor y por la vanidad antigua que aún resplandecia en el duque de Segorbe;* pasion que nunca dejó arribar á ninguna esperanza. Las Córtes entreteníanle: los de menor calidad, diciendo concederian, pedíanle ante todas cosas las mercedes que les prometia; los plebeyos y gentes así, hechos todos de un bando y de un parecer, fabricaban papeles, deseando constituir cuatro barones, con testimonio de Justicia, para que cada y cuando se les fuese á pedir algo, aunque fuese con mandamientos y cédulas Reales, si impugnase á su libertad, quitárselas y castigarles por agresores contra las leyes é inmunidades de la patria; los más nobles, se les tiraban y no atendian, conservando con mayor teson el bando de Narros y Cadelles; los eclesiásticos, de la misma manera; y si bien los soldados deseaban servir al Rey, los que eran castellanos; pero algunos canónigos naturales de Barcelona, y los forasteros, turbaban maliciosamente el progreso de las Córtes. Con esto no se hacia más que gastar el tiempo y tratar de sólo sus particulares, los cuales decian que por el derecho de sus fueros habian de ser los primeros. Entreteníanle, por poseerle, con moderadas fiestas y porque se quedase allí el dinero entre ellos, como en otra parte lo referimos, con los gastos precisos y otras cosas; hiciéronle las fiestas de las Carnestolendas, saliendo todos, hombres y mujeres, públicamente y con sus caras descubiertas (como si no erraran en aquello) á bailar á la plaza y calles: la de los saraos verdaderamente contenia esplendor y belleza; juntándose en el salon, ó pasadizo que se habia hecho desde Palacio al mar, lo más ilustre de la ciudad, donde lo veia el Rey y el Infante retirados. Haciendo alguna queja de esto, dando á sentirse de que no se mostrase en público y áun danzase con las damas (vanidad catalana), esperaban el dia último de Abril, teniendo por fe los habia de dejar y salvarse en él del asedio en que se hallaban. Juntábalos todos el duque de Cardona, sin sacar de ellos cosa de provecho, con que salia casi

al anochecer, encendido y sin paciencia, mostrando la experiencia que el arbitrio que se habia tomado salia inútil, de que estaban contentos los poco afectos á sus cosas, y deseando que se tocase así; que si á cualquiera de ellos se lo hubieran encargado, manifestaban, serian más poderosos para la conclusion; haciendo alguna vez alarde de ser amigos y confederados, y que el duque de Cardona apénas tenía un hombre á su lado.

Llegó por estos dias, y dieron fondo en aquel muelle, la Real y galeras del Papa con el nepote que venia á sacar de pila á la Princesa recien nacida: viéronse en secreto, hiciéronse muchas caricias, olvidando las diferencias pasadas con el tio, que no duró mucho, volviéndose á ejercitar mayores por nuevas y singulares dependencias. El rey de Francia, venecianos, y duque de Saboya, y toda la Italia, y los demas confederados, se estaban quedos y á la mira, esperando en qué pararia esta nueva alianza, y si el suceso reducia al Papa á la amistad y faccion española; pareciéndoles perdian allí dinero y socorros para inquietar y emprender á Milan y Nápoles. Atendíase mucho al hospedaje y al regalo del sobrino, creyendo se metia grande prenda dentro; el Papa que era sagaz y sumamente estadista, ni quiso desechar el parentesco, ni dejar descubrir por entónces sus materias y correr con el nuevo accidente, ó por disimular la pasion francesa para con los que esparcia por la Europa esta adolescencia, ó fiado en cuán aína habia de espirar la jornada, ó por cubrir el yerro de haber entregado las plazas de la Baltelina, puestas en tercería por el rey Católico y los franceses. Cosa, cierto, digna de sentir y ponderar, que un Vicario de Cristo, puesto en el lugar para imitarle y ser su semejante en la tierra, y mediador ántes que parcial, hallándose los baltileneses oprimidos de la infidelidad y tiranía de grisones, y ocurriendo, instigados de sus miserias y trabajos, por el remedio á las piadosísimas entrañas del rey Católico D. Felipe III, y sacándoles con la potestad de sus armas de este asedio y calamidades, como verdaderamente grande y religioso y que

le habia Dios puesto en el mundo para tales cosas, y ayudado á todos con ellas; valiéndose los grisones de Luis XIII, rey de Francia, para que volviesen aquellas gentes y aquel valle á su jurisdiccion, y precediendo en este ínterin la muerte del rey Católico y sucediéndole el cuarto, y por obrar esta materia entre las muchas que halló y excluyó á Italia de guerras y decepciones ántes de restituirla á suma paz y tranquilidad; solicitándole el rey Cristianísimo á la composicion de este negocio, y tomando por medio que se pusiesen las plazas por mano de Urbano VIII, que acababa de ócupar la Silla de la Iglesia, porque con remedios saludables y católicos se entregasen, ó bien á ellos mismos, para que viviesen como deseaban debajo del dominio y suavidad de la religion, ó bien á los grisones, como no les estorbasen el proseguir las cosas de su libertad, haciendas é industrias; pues estando en esto, y con algunos fuertes levantados, portados por el rey D. Felipe III para su seguridad, sucediendo el contrato de esta liga para sus conveniencias propias y para mayor aliento de la faccion francesa, y que tuviesen donde meter los piés en Italia, entregó de secreto, y sin tocar caja, las plazas de la Baltelina á los franceses. Cuán importante es aquel paso para bajar socorros de ambas Germanias á Italia, ó para desde allí enviarlos á ellas, los hombres de mayor noticia lo digan, y si esto, debajo de buena fe, alianza ó pretexto religioso, pudo hacer; y si no, que condenemos el hecho no es mucho, ántes tendrá razon de guardarse el receloso, temer ruina ó recelar fracaso, y creer que no desea su comodidad, ántes sacarle de Italia y dársela á los franceses, para añadirse á sí lo que por sus propias fuerzas no puede; que debajo de este interes camina y se emboca, empero es en vano; ayudará Dios nuestras cosas, asegurará nuestras raíces, porque al más católico toca más legalmente enseñorear toda la tierra.

Entre estas materias políticas, y entre los cuidados de conducir las Córtes y encaminar los marciales de Italia y Países-Bajos; que parece habian de excusar otras, no se olvidaban las civiles y domésticas de dentro de casa, antes á éstas

se atendia con mayor vigilancia, y alguna vez perdíamos de vista aquellas, como lo daban á sentir sus ruines afectos; pues ni el audaz genio del mayor Ministro habia dejado al Almirante descansar, ni desahogádole un punto de sus premisas, ni él depuesto de la venganza ni el rencor, cuando intempestuosamente se publicó en Barcelona, hacia el Rey merced al marqués de Liche de Capitan general de aquella provincia y sus costas. Discurrió muy bien el Almirante, que se hacia á Liche la merced por darle pesar; crecerle y adelantarle, y á él hundirle; para en caso que allí se ejerciese algun acto de mar, anteponérsele, atendiendo que el principal asunto de Almirante es, cuando la Persona Real entra en alguna armada, gobernar los bajeles el Almirante. Por esto, cuando el Rey hizo jornada á la Andalucía y entró en Cádiz, dando intencion á los generales D. Fadrique de Toledo y D. Luis Fajardo queria visitar la Real y los demas bajeles, atendió el Almirante é hizo saber á S. M., al conde de Olivares y las demas personas que se hallaban allí del Consejo de Estado, como D. Diego Mejía, D. Fernando Giron y otros, que caso que S. M. entrase en la mar y en los vasos, le tocaba á él ordenar lo que allí se habia de hacer, y los generales habian de deponer de sus bastones y él solo le habia de tomar. Remitió el Rey el negocio entónces, y consultólo con los del Consejo de Estado; reconocieron las circunstancias del título, y de comun voto y parecer dijeron se debia conceder al Almirante lo que pedia: no le dieron esto tan á su favor, que el gobernante, buscando sus rodeos, dejó se hiciese saber á los generales, para ver si habia algo que alegar en contra ó de que naciese la dificultad, á ver lo que decian, y propúsoseles: D. Fadrique, reconociendo la grandeza del Almirante, su sangre y tio, y Don Luis Fajardo por el consiguiente, dijeron que sí, y que en cualquiera ocurrencia naval que se hallase el Almirante, luégo al punto rendirian los bastones y le dejarian gobernar; con que, viendo cuán á gusto se hallaban todos, se respondió al Almirante podia tomar el baston el dia que S. M. entrase en la Real, y que otro ninguno le tendria sino él.

Sucedió así, que yendo el Rey á visitar aquellos bajeles, ambos generales se le ofrecieron, y él tomó el de D. Fadrique de Toledo, como de pariente. Esto sucedió allí, guardándole su justicia; que es digno de honor y nombre el varon que vuelve con todo cuanto puede por lo que le toca, como de vituperio y olvido el que se deshonora y descuida de los títulos que le han de hacer mayor y más perdurable entre los exaltados en fortuna. Finalmente, esta herida que dije, no hizo grande agujero en el pecho del Almirante, porque su título y dignidad dice en Castilla, y el otro no se extendia á más que en el principado de Cataluña. Pues viendo que no lo sentia y que su semblante está intrépido á todo trance, ó bien si él lo habia dicho ó lo leyeron en él, y que estaba resuelto á volver por lo que le tocaba; dentro de breves dias, que eran ya los de la Semana Santa, tiempo más á propósito para darse á los misterios que por nuestra salud obró la misericordia y sabiduría divina ántes que á otra vanidad ó venganza, sin embargo, le armaron otra mayor y más dura, donde les pareció que, aunque más constante, habia de caer y habia de reconocer jefe, que en todos actos le habia de preceder, y él se habia de postrar á la sumision (mas engañáronse): y fué, que el conde de Olivares renunciaba el título de Sumiller de Corps en el marqués de Liche. Esto en lo aparente, que en la verdad no era hombre el otro que se dejaba tomar con un clavo. Ufanóse mucho el de Liche con la suprema dignidad; besó la mano al Rey, y es cosa muy de ponderar ver el ánimo de los que se han criado en pocas cosas; que hubo Ayuda de Cámara á quien se llegó y le dijo no se hallaba con fuerzas para echarles el Vos, mas que procuraria con su padre se tolerase en algo esto, dando á todos una ayuda de costa; asegurándolo así D. Diego Mejía. Paró todo esto en aire, porque él se lo debió de decir al Conde, á quien no debió de agradar el subsidio ni que fuese menester capa para la desvergüenza, y echándolo por alto, para en llegando á Madrid, á esta miserable y mecánica república, como dice D. Antonio de Mendoza, sin hallar fundamento ni razon, mas de que se

le puso en la cabeza habia entre ellos algunos apasionados del Almirante, ponerlos, sin acatar que eran hombres de bien, virtuosos y de partes, y los más de ellos forzados de sus obligaciones y atados á ellas, como los más soeces de su corona (si entónces la tenía); y les llegó á decir que mirasen no hablasen á alguno de su casa y órden para quedarse en ella. ¡A tan leves soplos estaba expuesto lo que no era suyo, sino de la Persona Real, dado por servicios y para hacerlos mayores, y los que tocaban á su propia persona! Hubo alguno más atento, que esparcida esta promesa del Duque, no la creyó; advirtiendo que en algunos dias de aquella jornada, sobrándole al Rey mucho tiempo, porque no salia de casa ni se dió á otro entretenimiento, pasábalos en jugar y dando un doblon de barato á los Ayudas de Cámara, cuando tan tasadamente se les habia dado la ayuda de costa á tan larga jornada, dejándo sus casas; dándoles, pues, este socorro, faltaba, y hacia diligencias en las horas retiradas para que no se les diese; y viendo que el Rey no se enmendaba, como si lo echara en cosas feas, ó lo diera á hombres bajos ó de oficio indecente ó perjudicial á las honestas costumbres, bufando decia: —¿Es posible que esto ha de ser así? Nadie lo creyó como sucedió; y con esta buena acogida, los más de ellos y los que no eran suyos, jamás ninguno se prometió cosa buena, ni la tuvo, ni la esperó; deseando hundirlos sin saber por qué, que ni más callados, ni más humildes, retirados, obedientes y sujetos, no se vieron jamás ni se hallarán esclavos, más rendidos á la servidumbre y al imperio y saña del Privado, en las mazmorras de Argel.

¡Cuán diferente fué en esto *aquel Príncipe*, *dechado* de toda la bondad y *cortesía*, el duque de Lerma! Cuando habia algo que avisar (que no se puede decir reprender), porque todos eran hombres atentos, de consideracion y prudencia, les decia: — Advertid que tal y tal cosa se tenga cuenta con ella, y esteis avisados de lo que os toca, y no haya falta. Esto dicho con palabras de gravedad, de señor, de Sumiller del Rey santo, esclarecidísimo, y sumamente en todas materias pros-

perado; empero no bufando, ni con palabras ásperas, donde no hay para qué, fabricadas por su mismo miedo, por su mismo antojo, abrazando él y desquiciando la honra á los que la amaban y deseaban tanto, sin hallarlos en cosa indecente, en traicion, ni en nada: cosa porque Dios le ha de castigar severamente. La nueva de este hecho, esparcida por Palacio y por todo el lugar, con brevedad llegó á la posada del Almirante, donde, sin osar salir de ella, se daba ya por retirado. Discurrióla y, descogida muy bien, halló que se buscaban modos extraordinarios para congojarle sobre el rigor é inclemencias, y que ya era tocarle sobre su reputacion, honra y estado, y que se hacian muchas demasias con él. No sentia que al de Liche se le hiciesen colmadas mercedes, que esto ya sabía que era imperio y adolecencia del Privado; sentia que se las hiciesen por darle pesar y hacerle mofa, como si fuera un hombre ordinario y no tan grande señor, de tan esclarecidos títulos y Estados, de la sangre Real de Castilla, de Aragon, y otras esclarecidísimas casas de nuestra Europa; y así, discurriendo con brevedad en lo que le tocaba y hacia á su decoro, dando de coces y de bofetones á las altiveces y poquedades, no queriéndolas sufrir, resolvió como sabio y persistió como grande; y á la hora de las doce llamó á sus criados, y esperando á que el Rey acabase de comer, partió á Palacio. Entró en la Cámara, donde el Rey acababa de retirarse y estaba solo, y llegándose á él (y el Rey, no sin el semblante mudado, previniéndose la novedad, poniendo los ojos en él y esperando), le dijo el Almirante: —Señor, yo entendí que el haber entrado á servir á V. M., me antepone á otros que no tienen los méritos que yo, y me prefiere á los más modernos: dándoles los oficios que no les toca..... El Rey, que se dió por entendido, atravesándosele y no dejándole pasar, le dijo: —*A quien yo he dado el oficio de Sumiller es tan bueno como vos.* A que replicó el Almirante: —Señor, si esta llave es causa que V. M. me trate así, me dé licencia para retirarme á mi casa.

Esto fué lo que pasó; si hubo otras palabras no lo sé, lo

cierto fué que el Almirante salió de allí y pasó á su posada, donde todo el tiempo que allí estuvimos no salió ni aún para la iglesia. Quedó el Rey, no sin alteracion de este lance, y sintióle: llegó luégo á las orejas del conde de Olivares y todo Palacio, y no lo creyó, ni acababa de creerlo: tan fuera estaba de pensar que el ánimo del Almirante era para tanto; sin embargo, pateaba y lo sintió; mas de que lo sintió lo sé bien. ¿No es desazon descomponer un tan gran señor con su Rey, ni otro ningun vasallo? El infante D. Cárlos, lo sintió; Príncipe de todas maneras generoso, parecido en la bondad y clemencia á su gran padre, y en la observacion y conocimiento de los honores y preeminencias que se les daban á los nobles y grandes de Castilla; queríale sumamente por su calidad, por señor, y porque tenía partes verdaderamente amables, y viósele este accidente en el gusto y en el semblante, en que repararon muchos, y lo notaron no pocos, áun de los que sin fortuna quisieran ver al Almirante y desvalido de todos; y por esto le armaban estas asechanzas, porque el Privado no quiere que haya otra ley, y forzosamente quiere que domine la suya á las otras, aunque sean las del Soberano, porque él lo quiere á pesar de todos. Fué notable el ruido que pasó en Palacio y en la ciudad hizo este caso; discurrióse largamente entre todos.

El Conde no lo acababa de recabar, y decíanle, y áun él lo pensaba, que suceso tan alentado no habia salido del ánimo del Almirante, sino que habia sido aconsejado: preguntaba, informábase con personas, más fácilmente trataba cuál era el más estrecho amigo suyo, y en fuerte hora le dijeron que el marqués de Castel Rodrigo. Comenzó de aquí, como quien tan bien conocia el genio del Marqués, á darse á creer que sería muy posible haberle aconsejado este hecho; comenzó á hacer inquisicion y á preguntar quién le habia hablado, á quién habia hablado él, y quién habia andado con él, y qué habia hecho aquella mañana; y cuando oyó á uno de sus espías que le habian visto salir de la posada del marqués de Castel Rodrigo, dió por cierta y confirmada la sos-

pecha, y de aquí á darle culpa, y á conjurar contra él, y á publicarlo, á mesurarse con él y hacer que el Rey lo hiciese y se lo mostrase en el semblante, no hablando en otra cosa; con que comenzó á entrar con él en desconfianza, dejándose ya las primeras en Madrid, en D. Jaime Manuel, y entrando por aquí en toda la de los demas del Consejo, y hasta en algunos de sus parientes. Por esto conviene en algun tiempo, no ser compañero en la (Cámara) con otro. Sabía el Conde con cuánto desembozo y de buen aire le habia ayudado á morder y murmurar las acciones pasadas, y que ahora, en la era presente, tenía por chismes de sus ventores, lo hacia, si bien con más secreto, con igual gusto: decia que era aquel su natural, y procuraba deslucirle, y que esta planta padeciese tormenta y que no quedase en pié; corriendo la fortuna de los que por su desconfianza y miedo deseaba arrastrar. Y porque casi todas sus acciones en el gobierno y las armas habian surtido imperfectas, desvariadas y sin fortuna, porque verdaderamente el sujeto no la tenía, cosa necesaria más que otra en el Privado, y que defraudado su Príncipe en esto y de los buenos sucesos de sus estados, herido de efectos tan siniestros, le abriese los ojos algun dia, y poniéndolos en otro más suficiente, y de mejor astío, le apartase y cargase sobre aquél el gobierno; pareciéndole que Castel Rodrigo era hombre de seso, de saber y agilidad para gobernar, que esta opinion la tenian muchos y era bien reputado en ella, y que era tal la variedad de las cosas humanas, que esto, sin milagro lo podia ver; conjuró, como dije, contra él, y se la guardó para echarlo de Palacio. Por esto, y por lo que habia concebido en el particular del Almirante, tan imperioso consideraba, que sustituyó su conservacion, á pesar y aunque costase la honra y servicio de los mayores y mejores vasallos, y así, entre tanto que esto se llegaba, le procuraba deslucir, diciendo que no sabía, que era un ignorante, bisoño en todas materias.

Si esto era torcido, mírese como lo halló ahora á propósito para la embajada de Roma, en tiempo que las cosas es-

tán de peor talento para con aquella Apostólica Silla, si ya no es que no halló otro perro más bravo que echar al Pontífice, y despues el Rey para recobro y reparo de Flandes, que su gobierno dejó en las manos de la muerte el año de cuarenta y tres. Este medio estaba ya tan dentro, que si fuera en estos dias tuviera más razon y más fundamento este juicio; porque el gobierno de entónces, aunque se ejercitaron en él las crueldades injustas y sinrazones que vimos y se hacia en el mundo todo lo de potencia, áun estaba tan descarnado como el de hoy, porque gozamos, aunque poco tiempo, de la benignidad y clemencia de D. Baltasar de Zúñiga, de su templanza y prudencia; de la bondad de Antonio Aroztegui, secretario de Estado, de su cortesía y sufrimiento, tan necesario con los pretendientes, en el manejo de negocios; de la virtud y desembarazo en puertas de Pedro de Contreras, que le sucedió, de las buenas respuestas que entónces se daban á los pretendientes, la vista á tiempo de sus memoriales y en salir sin ménos gravedad y subsidio de las mercedes, las audiencias gratas sin herir las orejas, no tan cercenada la porcion de Palacio, ménos gustosa, más reposada inquisicion en los haberes y alhajas de los súbditos, más libertad en los consejos, ménos tributos, que con ser tantos y tan grandes los que entónces se trataban y se imponian nos hubiéramos dado por dichosos, si esta peste y contagio que va hundiendo la monarquía, y lo peor de todo con gusto de los enemigos, hubiera acabado y tuviera fin. Empero si el Marqués no se hubiera quebrantado, cogiera ahora el hilo y discurriera por lo presente y se lamentara con justa razon; se podia temer el Conde del juicio que entónces hacia ó del que despues esperaba. Verdaderamente él era del ingenio referido en el censurar; cansábanle los atrevimientos de algunos y que no tuviesen castigo las demasiadas mercedes de los recien entrados en Palacio, aunque fuesen nervios de aquella fortuna; decia que cada uno habia de tener lo que le tocaba, sin hacerle agravio ni anteponer al primero el postrero; que no habia de tener nombre de gran Ministro el que era injusto;

que por eso daban las leyes, la razon y la naturaleza las coronas, los mayorazgos, las grandes casas, al que nació primero, sin buscarle otra circunstancia á esta prerogativa; que esto se ha observado de los Cónclaves, Dietas, Consistorios, Consejos, Magistrados, Religiones y Escuelas, siendo esto en lo que consiste la concordia de los Estados, la verdad de las materias, la esperanza de las cosas, y el fundamento de la justicia; que el que siente el agravio y le impugna, no se puede dejar de creer que no es benemérito, que aquel será inhábil que no le picare el corazon: este hecho, y esto sólo merece que se le antepongan los otros, y cualquiera; que no habia duda que se atravesaba aquí la conciencia y la buena administracion, á que ha de estar atento el gran gobernador, que, ajeno de toda pasion, no ha de arrimar á sí ni á los suyos los oficios más superiores, que se graduará de tirano.

Referia, otrosí, que el no tener libertad el Príncipe era la mayor mengua de la monarquía y de la persona; y que no pudiese dar por su voluntad ó á su albedrío siquiera un cabello, sino que se haya de solicitar primero aquel móvil, y que si él no gusta de ello, aunque estotro quiera, no se ha de hacer, y sean los servicios de aquellos, hechos en su presencia, infructuosos; y que se le proponga al Príncipe que no dé, por quitarle aquella virtud que abre camino por lo más inaccesible y dificultoso, y que dejando sus fuerzas frecuenten las suyas y las que no habian de tener esta calidad, quizá porque no le busquen, y se le dejen para sí; y que no haya Príncipe en la sustancia sino en la figura, y áun en ésta haya mucho que decir, y lo más infeliz de todo que se dé á persuadir por aquí que está bien gobernado, sin mirar que le despojan de los atributos de la suprema potestad. Ser informado de los mejores, es altísima virtud de uno solo, y ese rebelde, en que se ha de seguir sólo su gusto y parecer y forzosa voluntad: yerro gravísimo y que hace al Príncipe mal reputado y de que es para poco; por donde vienen á desestimarle los naturales y extranjeros, y á tenerse por Rey al Valido, que quiere que le guarden los ejemplares de sus antecedentes

sin que le falte punto, y esto cuando propone la moderacion de los otros y que, reformando los ajenos, no reforma los suyos, ni le agrada esta ley, ni la quiere en su saca. Quien sigue esta doctrina, por más que blasone de virtuoso, el juicio humano no lo abona, ni ménos que huelle el verdadero camino y que pretenda engañar de todas maneras y con todas mañas, y que se cubra debajo del escudo de la hipocresía para ser por todas vías dañoso y la hidra del Evangelio. Decia cuánto convenia al Príncipe serlo, y usar de sus acciones con libertad, y hacer al vasallo, vasallo y no imperioso.

Decia esto y mucho más; y finalmente, la presuncion de este suceso del Almirante, los que discurrieron ó se dieron á creer contentos de parecerles habian hallado con qué calumniarle, no se lo callaron; dijéronselo en la cara, que el hecho del Almirante habia sido por su consejo, que él no era para ejercer tantos brios. Rara cosa, que en siendo un Príncipe rodeado de virtudes, de buen trato, llaneza, blandura y cortesía, ya quiere la soberbia y vanidad que no sea de ánimo para mirar por lo que le toca y que no le huella. El otro tirano pasaba adelante al cargar al Marqués, diciéndole que se verificaba esto porque vieron al Almirante salir aquella mañana de su posada. Él decia que era ántes y que estuvo con él, mas que no le dió parte de su pensamiento, y que si le apuntó algo, que no lo quiere negar, le dijo, que él sabía muy bien lo que le importaba, y que así no le decia nada; y que, ¿quien dice que el Almirante necesita de que nadie le dé consejo? que él es de tan gran juicio y discrecion que le puede dar á los más avisados. Sin embargo, se comenzó á proceder contra él, ponderando que habia sido atrevimiento abandonar el servicio del Rey y la llave; dignidad tan preciosa. Así se hablaba en ello, y así se encarecia, como cosa jamás en ninguna era vista; mas en secreto se procuró que el marqués de Monte Claros, del Consejo de Estado y Presidente de Hacienda, y uno de los de la gavilla ó junta donde se forjaban las máquinas y novedades que se arbitriaban, más atento á creer en dignidades que al beneficio y utilidad pú-

blica, le procurase reducir á la enmienda y arrepentimiento de lo hecho; porque ántes querian, por venganza, que se quedase y rindiese á la sumision del nuevo exaltado y le reconociese por jefe, que no se fuese, aunque quedase por Valido del Infante: que en la oficina de sus propios particulares habia remedio para todo.

Partió el Marqués, muy hallado en que lo dispondria todo y ofreceria este sacrificio al gusto del Valido (dolencia de ambiciosos y de talentos gentiles que no reconocen más que este Dios), y entrando en la posada del Almirante, le dijo: — ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que habeis hecho? ¿Quién os lo ha aconsejado? (Luego le picaban aquí, por tirar de paso al marqués de Castel Rodrigo; general flecha en todos los mal intencionados y que le deseaban deslucir.) — Dejaos de estas quimeras, que os perdeis. Y prosiguió: — Volveos á los piés del Rey, que aunque airado con vos, os perdonará: todos han sentido generalmente esta novedad; á vuestra casa y á vuestros aumentos importa, y yo tengo de acabar esto con vos. El Almirante, resuelto á lo comenzado, dándoles la razon para su defensa suficiente, concluia, que él no queria ni deseaba otra cosa que retirarse á su casa. El marqués de Montes Claros, viendo no le reducia por la persuasion y el ruego, echó mano á la siguiente que traia reservada, y apretóle por la fuerza y por la amenaza. — Mirad que os han de castigar rigurosamente. A que resistia: — O la cabeza ó á mi casa. Llegó á esta hora D. Rodrigo Enriquez, su tio, que se habia quedado en Monzon para concluir cosas no bien acabadas en las Córtes, fuése al Conde, precepto ante todas cosas observado y que ha de ser ántes á él que al Príncipe, para coger el aire á la materia y quedar dueño de ella para que corra á su propósito; fué al Conde, como digo, como á interceder con él, á que le respondió, que él no tenía parte en aquello; que sin embargo de lo sucedido, el Rey estimaba tanto la persona del Almirante, que siempre que se echase á sus piés lo recibiria en los brazos. El D. Rodrigo Enriquez, pensando que llevaba en aquellas palabras la resurreccion del Almirante, partiendo

á su posada, acometióle por los filos que Montes Claros. Sin dejarle acabar, levántose de la silla y encendido de cólera respondió, no tendria por amigo ni por deudo al que le hablase, resistiese ó apartase de su propósito; que aquello convenia é importaba á su honra, la cual defenderia intrépidamente á costa de su sangre; que mirasen los suyos si le querian con ella: á que no le respondieron, ni hablaron más.

Volvió Monte Claros al aposento del Conde, que le esperaba con más alborozo que el correo de Flandes ni de Italia, y dándole muy por menudo cuenta de lo sucedido y cuán constantemente permanecia el Almirante, asió luégo del poder y forjó un papel, que hizo trasladar al Rey y que firmó de su mano para el Consejo de Estado, encaminado á castigar el suceso, que decia, habia entre los gentileshombres de la Cámara de su Príncipe que habia espirado, con su muerte recibido solamente aquel mozo á la suya: palabra que ya por el gusto del insidiador, tiraba á desarmar la dignidad, títulos y otras honras del Almirante, pues no le nombró así; y proseguia, por hacerles honra y merced, que habiendo mostrado poco agradecimiento á esto, y apartádose tanto de esta atencion, que habiendo querido meter al duque de Cardona en su coche y avisándoselo, despues de haberle replicado, y estando ya para llegar el Duque, asió el estribo, y se sentó; y que últimamente, por enmienda de estos yerros, queria apartarse de su servicio, y dejar la llave; que mirase el Consejo qué castigo merecen estos atrevimientos, y se ejecutase. Esparcióse luégo este papel; más por terror, que por satisfaccion ó castigo verdadero, abrióse en el Consejo, y le dejaron así; porque á quererse retirar un señor y á sustentar sus preeminencias y lugares, la razon y la justicia se encogen. Hiciéronselo saber; volviéronselo á intimar, á persuadir, y amenazar, y él respondia que á su casa, ó la cabeza. Ultimamente le dieron, ó él se dió, por preso en su posada: con tan verdadera grandeza de ánimo se asió á su estimacion, y la mantuvo, que se remontó á todos los demas espíritus que le

atendian. La emulacion de la faccion valida, se sustentaba sin ver al Almirante, ni entrar por sus puertas; mostrando ceño al marqués de Castel Rodrigo, dejando decir al marqués de Alcañizas uno de sus muchos disparates, cuando alguno le dijo que no atendia á la obligacion y al parentesco, que él no era Enriquez del Almirante, sino del conde de Alba, como si el conde de Alba no fuera escudero de la casa del Almirante y fuera el orígen del blason de Enriquez en el mundo, y los que le poseian le tenian de él. En estas materias tan poco útiles, se pasó, como dije, aquella Semana Santa, en este ejemplo y en estas obras, con escándalo público de aquella ciudad y de Palacio, pareciendo más gentiles que católicos. A esta hora, llegó la dignidad cardenalista para el sobrino del Conde, hijo del marqués del Carpio, y celebróse el casamiento de D. Luis de Haro, su primogénito, con la hija del duque de Cardona. En tan breve espacio de tiempo, que apénas fué de un mes, consiguió la faccion valida cuatro preseas de calidad y valor, que podian servir de premio y de honra á cuatro casas ejercitadas en trabajos y servicios por el bien público: General de aquella provincia y costas, para el marqués de Liche; el oficio de Sumiller de Corps; el capelo, para el hijo del marqués del Carpio; el casamiento con la casa de Cardona, para su primogénito.

Fenecida, bien que no del todo, esta guerra civil de las pasiones de Palacio, razon será que volvamos un poquito la pluma á las Córtes, si es así que para ellas venimos y nos alejamos de nuestra patria y casas cien leguas, por espacio de seis meses, con descomodidades, rigor de tiempo, necesidades intolerables del tiempo, y cansadas jornadas. La materia, pues, de este tratado, ni áun está en forma, ni principio: manteníanse los catalanes sin querer conceder, y más aina entónces cuando ya estaban á las puertas del término prescrito de volverse el Rey; tabla en que se esperaban salvar de la vejacion y borrasca que corrian: conocíanse las diligencias por vanas y por imposibles; los ánimos, cada dia más duros y más constantes en su opinion, reforzaban todos; sin em—

bargo, enviándoles el Rey á decir se acordasen le tenian allí léjos de su corte, privado de la vista de la Reina y de la Princesa su hija, que tenía allí al Legado y sobrino del Papa y era fuerza darle la vuelta con brevedad para celebrar el bautismo de la Princesa, prenda que por el amor que la tenía no podia tanta enajenacion de tiempo; que tenía negocios á que acudir, como se lo avisaban los Consejos, y materias que expedir, importantes á las conveniencias de Italia y ambas Germanias; que el Legado era forzoso volverse á tiempo para navegar, como el Pontífice se lo pedia y avisaba; la propuesta fué vana. Con el duque de Cardona, estando ya casi á los fines de Abril, los juntó á todos, y avisó á los tratadores y ministros para que estuviesen á punto, é impugnar la dificultad á la obstinacion de los concedientes: ellos lo entendieron y no lo excusaron, disponiéndose muy prevenidos para contradecírselo y desesperar totalmente el efecto y la esperanza; y cuando ya se hubieron juntado, y movió el duque de Cardona, se levantó tanto ruido que se metió á confusion. Adelantóse el Duque con las palabras, á que fué recibido con las espadas y algunos pedernales, con que se salió; dió cuenta al Rey y al Conde, y tratóse de prevenir la jornada y usar la treta de Monzon. Salió el Rey de Barcelona, mandando ir al Almirante preso á Medina de Rioseco: él se adelantó un dia, no sé por cuál más aína, ó por el gusto de la incomodidad, ó la utilidad de la obediencia que se le seguia en el mandato: el duque de Maqueda quedó burlado en el vireinado de Barcelona; sin embargo, á la salida y en el camino se hicieron refuerzos y se enviaban apretados papeles, haciendo muchas paradas, á los de las Córtes: nada bastó. Pasó aquel dia el Rey á Nuestra Señora de Monserrate, admiró aquel escollo, fábrica maravillosa de la naturaleza, erigido para teatro de aquella estrella luciente y purísima del Mediterráneo, donde se ven las amarras, las áncoras y timones de tantos navegantes, surgidos en sus playas, librados de las tormentas por su abrigo é intercesion: adoró la milagrosísima Imágen; visitó las ermitas, y aquellos prodigios referidos en la antigüedad

de sus ermitaños; edificóse con los religiosos, y á largas jornadas, favorecido de su generosa mano aquel templo, llegó á Monzon, donde concluyó algunas cosas; pasó por Zaragoza, y de allí á Alcalá, donde le esperaba el infante D. Fernando con toda su casa, y entró en Madrid por la posta, con general aplauso y gusto de la corte, que nunca le vieron tan gallardo. Mandó consignar las Córtes de Aragon en Calatayud, llamada antiguamente Bilbilis, patria de Marcial, y que allí las prosiguiese el conde de Monterey, constituyéndole por cabeza y presidente, quien despues de algunos meses, viendo se perdia tiempo, con licencia del Rey las desamparó y se vino á la corte, y los catalanes á sus casas, no sin grandes celos de las provincias vecinas, viendo á los catalanes dueños de su libertad y que habian sabido mejor su negocio que ellos: con que, pues no se consiguió allí, cuando áun no habia por su reciente materia echado raíces la consideracion, hoy que las hay tan profundas, el discurso y la atencion más envejecida y más lata, ofuscó el dolor y las voces de los subsidiados, no hay que esperar, ni tentarlo otra vez, que será en vano.

Asentado ya el Rey en Madrid, se dió principio á la celebracion del bautismo de la Princesa, cuyos padrinos fueron la serenísima infanta Doña María, que la pedia el Emperador para su hijo con título de reina de Hungría, y D. Francisco Barberino, sobrino de Urbano VIII, Pontífice de la Iglesia; y se hizo en la Capilla Real de Palacio con lucimiento y ostentacion, dándola el nombre de María. Los meses adelante adolesció el nuevo Cardenal, hijo del marqués del Carpio, y se cayó la dignidad de la casa; no sin faltar pronóstico del mayor de los ingenios de nuestro siglo que, celebrándole regladísimamente la ascension al capelo, por hijo de su patria, en un panegírico, en la primera estancia en los dos versos postreros, como se verá en el segundo comento de sus obras, le predijo pensando aclamarle:

«Si bien toda la púrpura de Tiro
Grano es de polvo
Al último suspiro».

De esta manera desapareció este Cadercita, ó exhalacion que comenzó á resplandecer, y aquel mozo, que ilustrado con aquella dignidad la volvió á la tierra. Consiguientemente, de sobreparto dentro de Palacio, la marquesa de Liche, hija del Conde, que sintió él y la Condesa amargamente, porque se les acabó la esperanza de sucesion y recaia la casa en D. Luis de Haro, su sobrino, hijo de su hermana mayor, marquesa del Carpio: que tambien hay estos avisos ó golpes para los poderosos envanecidos en glorias humanas. Traia este mozo entre los ojos dias habia, y entónces se acabó de declarar con él; teniéndole por mortal enemigo, decia, que nunca fué aficionado al marqués de Liche, ni aquella eleccion habia el mozo deseado, este casamiento, y áun dado el Conde intencion de venirse á él ántes de su valimiento, y que así se lo habia dicho á su hermana; proseguia que no era afecto á sus cosas, ni ménos á sus acciones, ántes que las emulaba y corria con el dictámen de los que no le eran afectos y se hacia de él aquel bando, y otras cosas en que no es bien cansar la pluma; sentia que le mirase bien el Rey, criándose aquí otro nuevo ruido que causaba en el mundo no poco gusto y admiracion, porque es dar materia á que se entretengan y afilen las lenguas cuando no tienen que hacer. A la verdad, cansaba á Don Luis la primacía del de Liche; habíale visto ántes en una baja fortuna, y no queria rendírsele, ni hacerle cortejo ni sumision, *ni sufrir el vos á que por ley del cabeza se habia promulgado en toda la parentela, por papel é instruccion secreta, cuando se contrajo* el matrimonio, imponiéndoles á todos en el paragon y reconocimiento de escuderos. Desmantelada, pues, esta fortaleza á gusto del pueblo, que es en estas cosas natural enemigo, no faltando otros disgustos en Palacio, los juntó á todos y les hizo una larga plática, desembozando las culpas que tenía contra D. Luis, á que respondió la condesa de Monterey, haciendo cruces:—¡Hay tal cosa! ¡Hay tal bellaquería habiéndoles sacado de los terrones del Carpio! Quiso responder el Marqués, y atajóle el Conde, diciendo:—No se dice por V. S. que es un ángel, sino es por su hijo que es un

demonio. Exhortólos á la obediencia del de Liche, y á que reconociesen, aunque descaecido del estado en que se vió por su hijo, cabeza de las familias de Guzman, y porque si esperaba con aquel suceso le habian de atropellar satisfaciese el pueblo y hacer suertes en él, y habian de hallar consuelo ó venganza los del valimiento pasado, le hizo Grande otro dia, cubriéndose por duque de Medina de las Torres. Quebrantado, pues, con la muerte de la hija, ó porque algun religioso le dijo que dichas sin virtud no habia, y que Privado sin Dios era escandaloso y defraudaria á los vasallos de los regalos de su Hacedor, porque castigaba en ellos los pecados de las cabezas, dió en confesarse y comulgar cada dia. ¡Oh si le dijéramos que el agravar los vasallos tan inícuamente es tentar á Dios y la seguridad del Estado! No sosegaba, por esto, aquel ánimo inquieto; ponia espías en el cuarto del Rey y asechanzas á todos; decia, ¿quién habla, á quién mira el Rey, quién asiste más? que áun esto queria que fuese delito; y para los sucesos notales, sucedidos, sin atencion y providencia decia, tenía doce enemigos en la Cámara del Rey, y los señalaba entre gentileshombres y Ayudas de Cámara; pretendiendo por aquí cubrirse de los siniestros sucesos, como si aquellos tuvieran la culpa de lo de afuera, y de sus descuidos. Tenía algunos, que le decian y mantenian lo que á ellos se les antojaba, y con algunos castigos ejercidos sobre inocentes, por sola su indignacion, sin parecer allí, ni verlo, se daba por seguro y por temido y con mayor firmeza en el poder y el mando. ¡Delirio de su flojedad!

Llegó por estos dias nueva de la muerte de *D. Luis de Velasco, General de caballería de Flandes*, esclarecido en el ánimo y en sus hechos, y dió el oficio en merced á D. Diego Mejía, su primo, no sin grande sentimiento del conde Enriquez de Bergas, que tenía la tenencia, soldado envejecido en los trabajos de Flandes; cuyo agravio le obligó á retirarse de la provincia de Geldres, de donde era Gobernador, no sin recelo de algun desman, por estar tan vecino á los enemigos y sumamente sentido. El Conde hizo salir á D. Diego Mejía á compo-

ner esto y que pasase á Flandes, ó porque se murmuraba llevase el sueldo en merced, ó desviarle del lado del Rey; que tambien le causaba celos la comunicacion que tenía con él de las materias de aquellos Estados. Sin embargo, le tenía por su adalid y atalaya en aquel cuarto, y por de mayor confidencia que otro pariente, que áun á los más tenía por sospechosos, y para que le avisase de todo lo que pasaba; cargándole despues la presidencia de Flandes, sobre el oficio de General de la artillería y los que se refiriesen: hombre es que en ménos de cinco años creció exorbitantemente en oficios, rentas y alhajas y mucha suma de dineros, dando por la casa en que hoy vive cincuenta mil escudos, no siendo más que un hijo segundo del marqués de Loriana; casa bien corta y alcanzada. Fué, finalmente, por esto (ó por lo que juzgaron muchos) precisado á salir, y aceptar el desafío, que se presumió entónces por el conde de Olivares, que como Ministro tan importante, y necesario á la vida de las cosas, ni saldria, ni se le dejarian aceptar, ni tampoco era acertado dejar el crédito en opiniones, ni era bien que le salvase Don Diego con sus fuerzas, correspondiendo á las buenas obras y beneficios referidos. Fué, pues, este suceso, que D. Antonio Sarmiento, hijo del conde de Gondomar, entró un dia en audiencia á hablar al Conde y á pedir la resolucion en algunas pretensiones suyas, á que se le hiciese merced. La respuesta fué que la fuese á pedir al Rey de Inglaterra, á quien habia servido su padre, ó que tomase algunas de las que habia recibido; el intento de esta calumnia era dar á entender al mundo con este hecho, y con el ruido que allí se levantó, que habia tenido la culpa, del descaminado suceso de los casamientos que se trataron con Inglaterra, el mal consejo de su padre y no el suyo, como si no fuera él; que al conde de Gondomar le movió el principal actor. Respondióle las razones que bastaron á defender á su padre, el D. Antonio, y revolviendo el Conde con mayor coraje y demasías, hijas de su natural, el D. Antonio se salió, partió á su posada, tomó un caballo, y sin llevar consigo ningun criado ni decir para

dóndo, se salió de Madrid. Esta novedad corrió tan largamente por la corte, que llegó á los oidos del Rey y del Conde, y esparcido este suceso creyeron todos que iba á París á pedir campo al rey de Francia contra el Conde, ó á otro Príncipe fiel, ó infiel, que le diese, y á poner carteles y desafiarle. El miedo que á todos se les metió en el cuerpo fué grande; lo que se dió y se tomó, en las más menudas ocurrencias de la corte, fué notable; ya les pareció que veian publicado el reto y fijados los carteles por las esquinas de Madrid, digo de París, y en las fronteras de Francia. Proveyóse de enviar correos tras él por todas partes hasta donde le pudieran hallar, con cédulas del Rey, con amenazas que no irian sin caricias; para que volviese, so pena de traidor; alcanzáronle más allá de Búrgos, y vistas las cartas volvió; con que desapareció el nublado que tanto dió que decir y que murmurar en el mundo, y que con tanto gusto se esperó el fin y el suceso, y que se sintió que pasase.

Habia llegado pocos meses ántes la nueva de la empresa de Breda, en los Países-Bajos, por el marqués de Espínola, y luégo, consiguientemente, que el enemigo, con ánimo de satisfacerse, los molestaba á la cara del Marqués, tomando á Oldensen é Igrol, plazas importantísimas en la frontera y cerca de Vesfalia, con que se señoreó de ambas riberas del Rhin; cosa dañosísima y perjudicial. Despachábanse correos al Marqués, en que le imponian este descuido; él se disculpaba que no le enviaban dineros, y que el descuido procedía de acá, pues no le asistian.

A estos sucesos, todos infelices y poco afortunados, sucedió otro en que se vió la monarquía á pique de trastornarse y de ponerse en estado de calamidad y ruina. Adoleció el Rey, por el mes de Agosto en el Palacio de Madrid, y llegó tan á lo último que se temió, y áun se creyó su muerte. No tenía sucesion, si bien se hallaba la Reina preñada, empero los infantes D. Cárlos y D. Fernando, mozos robustos y de maravillosos entendimientos y virtudes y para cualquier accidente muy á propósito: hallábanse, pues, estos príncipes muy en baja for-

tuna con el Conde, porque eran de él para con el Rey calumniados y celados demasiadamente, y casi oprimidos; habiéndole quitado ántes al infante D. Fernando á D. Melchor de Moscoso, haciéndole obispo de Segovia, á quien queria mucho, y corria opinion de Privado, hijo de la condesa de Altamira, su aya y que le crió, hermana del duque de Lerma, que sin embargo de la ira de los tiempos contra aquella casa y de su contradiccion, no olvidó estos servicios y el de las personas que le atendieron y le criaron con fineza. El infante D. Cárlos sentia la ausencia del almirante de Castilla, con quien juzgo se comunicaba de secreto y por cartas; empero era Príncipe que por su esclarecidísimo natural lo disimulaba sin darlo á sentir, ni que se la oyese en su boca, ni en su semblante cosa que causase desconfianza. El infante D. Fernando, ora que fuese dotado de mayor ardimiento, ora que le hiciesen más despierto los estudios y los libros, ó los hombres doctos con quien trataba, sin embargo de tener por espía al marqués de Camarasa, y por Sumiller de Corps, exprimia alguna vez con graves razones su sentimiento, y le daba á entender; partes que con miedo, ó conveniencia le confirmaron en breve en estrecha amistad con el Conde, y él lo lisonjeó con algunas cosas, y le metió en su Cámara á D. Antonio de Moscoso, que casó despues con la hija del marqués de Villanueva del Fresno, descasada á mi ver con injusticia del conde de Fuensalida. Este creció en valía, como digo, despues de este suceso con el Infante, y con permision del Conde, que tambien quiere imperar sobre esto el Privado, por quien decia el Dr. D. Antonio (que me admiro que en sangre del duque de Lerma, y en el grande juicio de su madre hubiese este hijo y esta ingratitud), decia, despues, como buen lisonjero, que habia debido más al conde de Olivares, que á su tio el duque de Lerma. Pregunto:— ¿Quién le hizo hijo de Grande? ¿quién Cardenal á su hermano? ¿quién al otro las dignidades que tuvo? ¿quién las rentas que gozaba? El ser reconocido al favor que ahora se le hacia, justa cosa; empero injuriar á aquellos de quien recibió el sér, arguye vileza, y no hay para qué sacar en campaña lisonja

vana, con vituperio propio. Finalmente, adolecia el Rey, estaban escarapelados los infantes y ofendidos de asechanzas sin fundamento, y que se les pretendiese atar las acciones; pues entre estos embates, para pasar al cuarto del Rey, á asistir á la enfermedad, hizo quitar la cama del infante D. Fernando, de una pieza que estaba allí cerca, para poner la suya, ó el Rey lo mandó, porque era tenido por aposento de Sumiller y en el tiempo pasado lo fué (y ahora sirve de trucos, y por aquí se conocerá, mas despues se hizo en él una pieza ovada de escultura donde hay estatuas de mármol, pinturas y los siete planetas que fingió la astrología, con otras efigies maravillosas de nuestros príncipes); cosa que sintió y dió á entender y los puso á entrambos en total desesperacion de enemistad, de que avisado el Conde, ó con tiempo advertido, no puso su cama allí y el aposento desembarazado se quedó allí.

A esta hora creció tánto la enfermedad del Rey, que los médicos dijeron estaba apretado y peligroso, con que el Conde entró en notable miedo y creyó se le venia el mundo tras sí. La Condesa, su mujer, que en la maña y atencion y en la opresion de la Reina era su semejante, y en tener todo aquel cuarto sin respiracion, se metió con Doña María de Benavides, dueña de honor de la Reina, y que queria mucho, porque desde que entró en España la asistió, y durmió en su aposento desde la expulsion de las francesas, y la dijo, haciendo muchas sumisiones; que pues tenía á la Reina tan de su mano, la dijese, que habiendo de gobernar S. M., por estar preñada no se valiese de otra persona, que de la industria y experiencia del Conde, porque concurrian en él las partes de noticia y acendrado Ministro que se veia, y S. M. y ella lo habian visto; y que caso que Dios llevase al Rey, puesto al lado de S. M. y dándole calor no habia que temer accidente ni esperarle. La dueña (juzgo yo) que la dijo se lo diria, y haria todos los buenos oficios con la Reina que fuese necesario: ofreciéronla montes de oro para ella y sus hijos, si bien la Doña María estaba agraviada (que apénas se tocará en parte donde no salte esta centella y muchas), de que siendo ella más antigua

no se la hubiese hecho á ella Camarera mayor, y dádoselo á la duquesa de Gandía. Con qué se pagó esta diligencia, presto lo veremos. Si lo dijo la Doña María á la Reina ó nó, no se sabe, sólo sé que ya se habia tomado este paso; empero en aquella esclarecida señora hay tales partes de entendimiento y valor, que no digo para este sino para muchos mundos le sobraba caudal, entendimiento y suma prudencia para gobernarlos. El Rey, á esta ahora, trabajado de muchos accidentes, postradas las fuerzas, y con pocas ó ningunas ganas de comer, tenía desconfiados de su vida á los médicos. El Conde, pues, en esta sazon, combatido de diversas imaginaciones y cuidados, creyendo espiraba su fortuna y que se le desquiciaba el firmamento de su soberanía, con aquella chollaza descarnada, fingiendo unas tercianas, se fué á tratar y llevar adelante su imperio, porque en el del Rey no se puede, ni era posible, por la mucha gente que allí habia, y porque le habia de entender el juego, que era lo que entónces no convenia; y echándose en su cama, cercado de agonías y congojas preguntaba, y le decian lo que se hablaba en el lugar, que deseaban la muerte al Rey (cosa jamás vista en sucesos semejantes de vasallos españoles), por verse libres de él; que habian de hacerle pedazos á él y á los suyos, y abrasarles las casas; que los tenía cargados con intolerables tributos y gabelas, sin seguridad en sus haciendas, y defraudados de la industria y del comercio, porque en entendiéndole, luégo daba sobre ellos; sin crédito los hombres de negocios, por faltarles en sus asientos, y casi todos quebrados, el trato desfallecido y más viva la necesidad; que daban voces los ofendidos, los agraviados en su honra, en sus oficios, casas y rentas; tanto, que la marquesa de Alcañizas, tapándose las orejas, dijo:—No pararé yo aquí; ¿por dónde me iré? Pues, en este estado, discurrió, y viendo no convenia que gobernase la Reina, porque por sus ciertos particulares no estaba bien ni corria en lo interior con sus hechos, y que como matrona verdaderamente Real, por poner en su lugar las cosas ó por el consejo de Doña María de Benavides, sustituiria mucha parte del Gobierno

en el cardenal Trejo, como presidente del Consejo, regulando en esto, lo que por ejemplos y tradiciones tenemos hicieron los reyes pasados en Castilla, y se tiene noticia; que éste era hechura de la casa de Sandoval, y pariente del marqués de Siete Iglesias, y Doña María de Benavides deuda y beneficiada de la misma casa; y que sería muy posible volviesen los pasados á erguir los cuellos y á tomar satisfaccion de las ofensas recibidas contra todo derecho y razon, y que habia quien ó por escrúpulo ó de grado los restituyese en sus rentas y en los oficios; y que en tocante á los infantes era más peligroso tratar de esto, lo uno por ir contra la fidelidad, lo otro porque el uno tenía en su corazon la casa del Almirante, y en el otro buia la casa de Altamira, en su concepto ambas familias grandes y ofendidas en los recientes sucesos pasados: pues, para esto, obró segun su instinto de perpetuacion é inteligencia, y llamados del Consejo de Estado los peores y más codiciosos, que fueron el marqués de Montes-Claros y el marqués de la Hinojosa, y armando contra el gobierno femenil introducido el viril, les propuso el estado que ya veian tenian las cosas, y lo que acababa de discurrir. Y así, dijo, impugnasen porque gobernase el Consejo de Estado y cuatro de ellos, y le diesen parte; y que esto se le hiciese saber á la Reina, era más seguro y eficaz para el Estado, mayor y mejor esperanza de las cosas, mayor respeto de los ministros y Consejos; y que si los reyes pasados, en sus ausencias ó por muerte, quedando los príncipes pequeños y por esto impedidos, habian cargado sobre el presidente del Consejo y gobierno de Castilla, era porque no se habia erigido en tan alto punto el Consejo de Estado, ni colmádole de tan nobles y eminentes sujetos; que aquél tiene ya señaladas y limitadas las materias, y éste las abraza todas en comun, por decision de los más políticos, con que los reyes y las provincias habian sido más altamente gobernadas, y querian más acudir aquí que á otro tribunal, por ser las personas ordinariamente las que se han corrido y gobernado, y tienen noticia de las cosas de Flandes, Alemania, Italia y ambas Indias, y son todos esclarecidos en sangre,

heredados en riquezas y estados; partes necesarias para cualquier misterio y ocurrencia.

Oraba con valentía en su negocio, por no desasirse del lugar y apearse de la exaltacion donde esta vez con mayor vendaval le soplaba la vanidad; volvia á persistir y decia, sin soltar el hilo, se le propusiese á la Reina y la apretasen convenia, y que para mayor firmeza la dijesen era voluntad expresa del Rey, y que él lo haria ó lo haria poner en el testamento, con que sería más verisímil y forzoso su cumplimiento: que en cuanto al infante D. Fernando, por último se le sosegaria, y el marqués de Camarasa, su primo, estaria á la mira para desarmar é impedir cualquier accidente; que en cuanto al infante D. Cárlos, por asegurarse mejor de los doce enemigos que de allí se temia y se habia dado á publicar, era de parecer, que en aquel instante que el Rey estuviese para espirar, se le pusiese la casa, sin admitir á ella ninguno de los que estaban allí, sino que todos fuesen amigos, deudos y hechuras suyas, y las que en su opinion militaban en la fe entónces; y que el marqués de la Hinojosa, como hombre de ánimo libre y exento para resistir á los intentos y embates de los que se levantarian y querian asirse al infante D. Cárlos, juraria el oficio de Mayordomo mayor, como hombre que acababa de llegar de Lóndres, encaminado á ser más su valiente que á la embajada contra los baldones del almirante Boquingan, que con insaciable ira flechaba contra el Conde. El de Sumiller y Caballerizo mayor quedaria para él, hasta ver en lo que paraba el parto de la Reina, y caso que se malograse, que sería muy posible, entrase en aquel natural dócil y blando, y si llegase á ser Rey, calzársele, quedar en los oficios, y áun aspirar al manejo de los negocios; y que esto sería tambien con voluntad introducida del Rey y con cláusula de testigos que le harian firmar, ó firmaria la estampa cuando él no pudiese, y en lo más desesperado; sin estar á esta hora trazado su modo, ni dichoselo, ni llamados ó prevenidos los suficientes y legales para su informacion, ni áun hecho lo debido para el alma, ya por lo recio del mal

sordo; castigando Dios omnipotente y justiciero en lò que más obstinadamente se peca y queda ofendido. Por aquí se echaba fuera al marqués de Castel Rodrigo y D. Jaime Manuel, con quien andaba con mortales desconfianzas, y á todos los demas los dejaban en la calle. ¡Este premio se trazaba á los largos años de servicio, á las vigilias, á las jornadas, á los trabajos, á los agravios injustamente recibidos, á lo defraudado de las mercedes y á los más antiguos en ellas! Por aquí se pretendia rechazar al Almirante, y que subiese al Infante ni entrase en el cuarto; ántes, valiéndose de los pretextos pasados, harian con la Reina no dejase venir á los retirados, como cuando hicieron al Rey, ántes que muriese su padre, enviase á Cabrera á detener al duque de Lerma, siendo llamado hiciese gobernador á Montes Claros; y repartíanse las mercedes, cebo para desempeñarlo todo. No se conmovia de ser para tanto Hinojosa; sin que se acabase de hacer las narices, hablándole al infante D. Cárlos, despues de algunos dias y cuando habia pasado este nublado en esta balumba de cosas, y como se disponian para sí y á su gusto el mando, dijo: — Dios anduvo más misericordioso en dar salud al Rey, que caso que sucediera lo contrario, hiciéramos nosotros lo que quisiéramos.

Pensando y conferido este discurso, llamaron á los demas de él que eran D. Agustin Mejía, D. Fernando Giron, D. Francisco de Contreras, que acababa de renunciar la presidencia del Consejo, y á los demas; y al cardenal Trejo, que la tenía, porque en esta ocasion dijo á un médico de Cámara se atendiese al testamento del Rey ántes que perdiese el habla y el sentido, que despues se pondria en contingencia su cumplimiento, llegando por el médico, que era Nuñez su compatriota y hechura, á saberlo, se la guardó para su tiempo. Concurriendo, pues, allí todos los del Consejo, como si no se hubiera hablado de nada, porque no le penetrasen la intencion y diese á los mejores motivo de trascender y discurrir aspiraba á más de lo que le tocaba y era justo, disimulando los otros, como debió de quedar acordado, propuso el Conde,

afectando su celo, lo que era bien que se hiciese; y refirió superficialmente lo que dejamos dicho, diciendo era lo que convenia, y que era por el consiguiente voluntad de S. M.: y lo que habia de abrazar el Consejo, que eso observaria la Reina y los infantes; y que el Consejo gobernase, y fuesen cuatro. Señaláronse; y si bien él entónces no se señaló, dejólo para su tiempo, y á la ventura y disposicion de las cosas, que despues meteria bien las manos cuando hubiese despeñado lo que traia en su intencion, y se viese encastillado como lo esperaba. Este Consejo fué deshecho con brevedad, porque no fué más que disponer en la apariencia; sin dejar de atender los prácticos y leidos, y los estudiosos en la noticia y derechos, que esto tocaba á la eleccion de la Reina, en cuyas partes se representaba por su preñez la adopcion del gobierno, y en el cardenal Trejo, como presidente de Castilla, por las consecuencias pasadas; ya que de dos infantes mozos, de suficiente edad, aptos y para todo trance necesarios, no se hablase de ellos, y discurriesen era el infante D. Cárlos el inmediato á esta sucesion, por la desconfianza que todos se prometian de los partos de la Reina, habiéndose malogrado todos. Finalmente, viéronse varios semblantes en algunos señores que acudian á la comida del Infante, y se le ponian delante, como quien dice: aquí estoy.

El Rey no mejoraba el semblante: los vasallos en junto deseaban ya las novedades y que espirase el Rey. Pues no en esta ocurrencia, sino en otra en que despues adoleció, si bien no tan apretadamente, cierta persona y criado del Conde y que le enseñó parte del latin que sabe, corriéndole las lágrimas por los ojos, doliéndose de este accidente, deseándole toda bienaventuranza, crédito, prosperidad y fortuna en su gobierno y empresas, le dijo: — Señor; no acabamos de lamentarnos de una desdicha, y presagio tan general que tiene sobre sí. Respondióle: — ¿Cómo? Y revolvió diciéndole: — Todos los deseos de los vasallos están contra la salud y vida de V. M., deseándole la muerte por librarse de las manos del conde de Olivares. Si quiere V. M. decírselo y que él me des-

truya, dígaselo, que yo quedaré contento de haberle dicho lo que para todas sus cosas le conviene. El Rey lo calló, y le guardó el secreto; empero, endurecido contra los avisos de todos, persistia en su tema, pareciendo más esto que necesidad que tuviese de él, y tan poco enmendado, que hablándole otra vez esta misma persona, en cierta cosa que se debia remediar, el premio de aquel servicio fué decir desazonadamente: — Dejadlo; que no ha de correr por vuestra cuenta.

A esta hora, por premision divina, le dijeron estaba el Rey mejorado de accidentes: abriéronsele los ojos, y el corazon, ahogado de melancolías y congojas y más desembarazado respiró, y sentándose en la cama preguntó: —¿Quién lo dice? Respondieron: —El Dr. Polanco.—Pues llamádmele, dijo al mensajero; y yéndoselo á decir al Doctor, que le llamaba, encogiéndose de dicha tan nueva, y para él no pensada, respondió:—¿A mí, Señor?—A vuestra merced, le dijo; y fué á su aposento. Estaba herido el Doctor, como los demas, de que en algunos lances de la Junta sobre la enfermedad habia escaramuzado con él, porque no quedase esto sin subsidio, que hasta de lo que no sabía se queria hacer dueño. Siendo médico de los mejores que el Rey tenía, refirióle el estado de la mejoría, aunque poca, si bien se temía que si la accesion que se esperaba entraba con la malicia que la antecedente, no habia de salir de ella. A esta hora llegó otro más ingenioso lisonjero, bien dichoso y más vano, diciendo que S. M. se hallaba algo aliviado y que habia preguntado por él, diciendo cómo estaba, y que se holgara de verle; y que así sería acertado que, segun el estado presente, S. E. se esforzase, dejase la cama y fuese allá. Él, que estas palabras y nuevas, por el estado que tenía el aprieto de su corazon, no las esperaba tan buenas, con este antídoto surgió de la cama y partió allá; y al entrar en el aposento del Rey, poniendo los ojos en el infante D. Fernando, fué correspondido con los suyos tan rigurosamente que le pareció habian salido contra él rayos de fuego, y le paró en la accion y quedó mortal y casi sin sen-

tido: que tambien los hay para quien los tira. Llegóse al Rey, preguntóle que cómo estaba, y díjole:—Muy malo, y falto de sosiego: ¿cómo estais vos? Le respondió él y le dijo no estaba bueno, y que ya podia S. M. juzgar cómo estaria. Puso los ojos en el infante D. Cárlos, de donde no infirió ningun motivo de rigor; porque no se puede creer cuán sin pasion, ni demostraciones se portó en la enfermedad, y lo que asistió á su hermano, y lo que sentia el verle así.

Retirado el Conde, de ésta pasó á otra pieza: discurria por la ira el fuego que deberia de haber en el corazon del infante D. Fernando, que le arrojaba por los ojos; parecióle de todas maneras remediarlo, y reconciliarse con él, y para esto echó mano del Dr. Alvaro de Villegas, gobernador del Arzobispado de Toledo, de quien el Infante hacia mucha cuenta por su virtud, letras y otras buenas partes. Díjole:—Héos llamado para que dispongais, con vuestro gran juicio, en un caso que á mí me da cuidado: S. A. el señor infante D. Fernando, parece no me mira con buenos ojos: la razon yo no la sé. ¡Sabe Dios que desde que estoy en este lugar he deseado servir, sin hacer contra esto la menor cosa del mundo! De su Real ánimo bien cierto estoy yo que no nace esto, sino de algunos malos afectos mios que andan aquí: ruegoos mucho vayais á él y le propongais esto, y cómo deseo echarme á sus piés, y que me tenga en su gracia. Villegas se ofreció luégo de hacer esto; partió al Infante, díjole lo que el Conde le habia dicho, y como prosiguió no era aquél de los vasallos que habia de correr así para sus cosas, allanóse el Infante. Juntáronlos en una pieza, y él haciendo muchas de sus hazañerías y zalamerías, quedaron ambos confirmados en la amistad y en la gracia, y Villegas de aquí para en adelante, y desahuciar y llevar malas nuevas á muchos, en alta fortuna.

Rota, pues, esta lanza, con el primer asiento tratado, acudia el marqués de la Hinojosa á todas horas al cuarto del Rey, muy alentado y con semblante de insolente; esperando cuándo habia de dar el rayo, tan esperado por momentos, para calzarse el oficio de Mayordomo mayor y echar á coces los que

estaban allí. Ya le parecia que aventaba á Castel Rodrigo, ya que arrojaba á D. Jaime Manuel, ya que daba de puntillazos á los otros, que guardaba las puertas del Almirante que se significaba de secreto en Madrid, y se comunicaba á escondidas con el Infante y hablaba á sus amigos. Esperando el fin de cosas tan extrañas, todos nos considerábamos ya de esta manera, y de este talante: perdido nuestro Rey, echados, arrinconados, no sin mucha afliccion en los ánimos, faltándoles á todos el sueño y áun el gusto en el comer. Los de la faccion, no del todo desconsolados en la trama que ya se dejaba sentir, y áun pasaba á las personas más atentas y más cuerdas, pensando arribarian á la soberanía y se establecian en el mundo, como de ántes, y campearian á la vista de todos, discurrian más alentados, hablaban variamente en todas partes, y en las más postreras del mundo, esperando el parto de tantas novedades: los amigos, aunque osados y validos, no sin miedo, y los enemigos, para ejercitar su venganza y tomar satisfaccion de las ofensas recibidas en su honra, y en sus casas; las mujeres esperaban ya cuando se lo habian de gobernar allá todo, y los ministros, nuevos hombres, nuevas cosas, y nuevas órdenes. Verdaderamente, las cosas estaban en tal confusion y estado, que los que por escritos tenian noticia de muchas muy raras, afirmaban no las haber oido ni visto mayores. Temíanse tumultos en el Gobierno, por ver no estaba en luz lo que habia de suceder, y esperábase, cuando más próspera la fortuna, que habia de ser hembra, como todos los demas partos hasta allí sucedidos; dudábase si viviria, como al fin sucedió, y que caso que surtiese el contrario, era prenda por todos derechos que tocaba al infante D. Cárlos, como inmediato varon, la Corona de España. Éste, aunque se le comenzaba á querer tasar las acciones y el albedrío, viéndose Señor, habia de cargar la inclinacion y la influencia sobre el almirante de Castilla; que caeria la faccion del Conde y se exaltaria aquella; rejuveneceria y cobraria vida la casa de Lerma, aunque ambos cuñados andaban desavenidos por materias de hacienda y particiones de la dote de la duquesa de

Medina de Rioseco, su hermana; que se ejercitarian las pasiones y las venganzas, se verian nuevas hechuras, levantados muchos, y otros precipitados de sus alturas: finalmente, que daria vuelta el mundo, como tan poco há se vió, y los sucesos de Barcelona tomarian enmienda, si ya no es que el esclarecidísimo ánimo del Almirante y la nobleza de su condicion lo disimulaba, á imitacion de aquel gran varon, cuando entró á privar, con los que le emulaban, por tener prenda suya en su casa; que suelen ir envueltas las virtudes en la comunicacion y en la sangre del parentesco contraido, y pasar al que lo recibe.

Habiendo, pues, arribado á tan gran novedad las cosas, y á tan prodigioso conflicto, Dios que es maravilloso en sus obras y en sus actos, el accidente que esperaba para ejercitarlos todos, se remitió trayendo, un religioso descalzo de San Agustin, aquella admirable y milagrosa reliquia de los panecillos de San Nicolás, que tomó por la mano del mismo religioso, con unas oraciones pías y convocatorias del auxilio y misericordia divina. Mejoró, pues, el Rey; empero no mejoró la intencion del gobernador; embozaron sus discursos los más atentos á las novedades, y retiróse si alguno habia salido de su casa con más templanza de corazon; alegráronse los interesados, y alegróse el mundo de la salud de su Rey, y los vasallos, olvidándose de sus miserias, se regocijaron como fieles; y el marqués de la Hinojosa cayó de la esperanza donde pensaba subir, llevando por este aliento que habia manifestado la presidencia de Indias, que en breve dejó con la vida, de una conversacion del amigo tocante á influencias del oficio, y porque le quiso trasladar á otra parte.

Mejorado ya el Rey, y con mayor serenidad de vida los espíritus, pagó el Valido los trabajos contraidos en la enfermedad de los que se hallaban allí, con decirle á solas, vomitando el veneno concebido de los demas: —Señor, muy malos hemos estado y muy trabajosos; es menester mirar de aquí adelante por todo.—Así es verdad, dijo el Rey. Y pasó adelante.—Ya me consideraba echado de un corredor abajo: el infante Don

Fernando no anda en buenas manos. Y repitió el Rey:—Y Cárlos, ¿no anda en mejores? De aquí pasó á deslucir á todos, y á contar lo que le habia pasado en la sospecha con algunos, sin tenerlo por fe, y á trasladar los semblantes; pecados que no eran contra su Rey, sino contra lo que pudiese hacer el tiempo; cosa porque no debian pena, ni gloria, ni ser castigados por ello. Tenía lo que le tocaba á él por traicion y desacato, como si fuera persona sagrada ó ungida de Dios, no en la obra, sino en la sospecha; porque el miedo ó el respeto del gusto de su Rey era tal en todos, ó por su conservacion ó el acrescentamiento de sus hijos, todos sufrian sus agravios con alegría y buen corazon, respetando y venerando aquel sujeto sin que se atreviese hombre, si no es el criado que dejo referido, á decir nada. Desde aqui pasó á conferir y á guardar algunos castigos, que veremos con brevedad: desvaneciose este nublado, que á tantos tuvo en cruz, malparió la Reina despues, habiéndose portado en este caso con singular fortaleza, y llegó D. Diego Mejia por sus jornadas á Bruselas, festejaron las provincias sujetas á la monarquía con fiestas, la salud del Rey, y todo el efecto que hizo su llegada fué volverse á la primavera siguiente con el Marqués, lisonjeándole para casar con su hija, dama de Palacio, con premios y mercedes: que tan á la mano tenian el hacer y deshacer en esto, como si fuera oficina y cosecha suya. Volvieron ambos á tiempo que Luis XIII, rey de Francia, sitiada la Rochela y estaba para rendirla: vióle el Marqués, y el Rey en persona le enseñó sus fortificaciones, más para que viese cómo era soldado, que porque dudaba de su disposicion. Entró el Marqués en Madrid y consiguió de D. Diego su pretension, con el testimonio del marqués de Leganés, y otras mercedes granjeadas á la sombra del poderoso. Tomó el rey de Francia la Rochela; y la guerra de Italia (que se habia comenzado el año de 613 y durado hasta el de 25 y aún no bien retirada la gente) por estos dias se volvió á renovar, si bien en diferentes motivos, por haber muerto el duque de Mántua, Ferdinando, sin sucesion y estar casada su sobrina María, hija de su hermano y nieta del du-

que de Saboya, con el hijo del duque de Nivers Cárlos Gonzaga, Príncipe de la sangre.

Este accidente hizo mudar los semblantes de la Liga y volver á poner á Italia en nuevas alteraciones y cuidados. Luégo que el duque de Saboya entendió la novedad, escribió al Rey ocupase el Mantuano y el Monferrato, y le diese lo que fuere servido, y no consintiese allí los franceses tan cerca del estado de Milan: volvióle á proponer su derecho y que se pondria á su lado; suplicándole pusiese en olvido cosas pasadas. El rey de Francia pedia al Emperador y al Rey diesen la investidura de aquellos Estados al duque de Nivers; el Duque se habia apoderado de ellos y reforzádolos con algunas guarniciones francesas y naturales, gobernando el estado de Milan entónces D. Gonzalo de Córdova, habiéndole dejádo, ántes que se le quitasen ó le hiciesen algun agravio, despues del mal suceso del sitio de Berrua, el duque de Feria. A esta propuesta del rey de Francia, decia el Emperador pusiese aquestas tierras como feudatarias en sus manos, y que viniese á seguir su justicia en la Cámara Imperial, que se le daria la que tuviese. Al Rey no convenia la vecindad de los franceses, y así consultó á D. Gonzalo de Córdova, lo que le parecia; él respondió que, dándole gente y dineros y asistiéndole con cuidado, tenía por necesaria la guerra y el salir con la empresa de Mántua, y del Monferrato. El duque de Saboya los encendia á todos con su natural inquietud, y el de Nivers persistia en no entregar los feudos, con que se socorrió de dinero á D. Gonzalo y al Duque: D. Gonzalo cargó sobre el Casal, plaza fortísima y la principal del Monferrato, y el Duque, con el dinero y la gente del Rey y la suya, las plazas menores, que con facilidad consiguió en aquel contorno, y se dió por contento de ocupar aquella pequeña parte en que se satisfacia la sed, y la codicia de aquel Estado y de ensancharse. El rey de Francia, atento á este suceso, y con deseo de poner á su vasallo en lo que ya una vez se habia empeñado, viéndole por tantas partes asediado y que invocaba á su ayuda, levantó ejército, y con las reliquias que le habian quedado, de la Rochela las condujo á Grenoble, su

plaza de armas, y él en persona, esperando los demas, aprestando artillería y municiones, con 40.000 soldados entre caballos é infantes, pasó los Alpes, tan descuidado, que no parecia sino que no se atendia á las inteligencias forasteras, ó no se ejercitaban las espías ó estaba muerto este cuerpo. Empero, ¿cómo no habia de ser así, si el cuidado que habia de estar labrando ó inquiriendo allá fuera, atendia sólo á las pasiones de dentro de Palacio, ó se batia en sólo ellas en los particulares propios, medras y conservacion del lugar?

Habíanse gastado los meses pasados en hacer venir, por la vía de su madre, al Almirante, que ya se habia pasado á Valladolid, de Rioseco, con no más capa entónces que de verla, ver á su hijo, y áun venirse él; que el cariño de la corte, para los que están criados en sus delicias, vanidades y tráfago, con dificultad aparta de allí el gusto y el corazon. Era este el tiempo en que trataba la expulsion del marqués de Castel Rodrigo, y aunque el Almirante habia venido otra vez á Madrid, y procurádole sus deudos, ó algunos del conde de Olivares, como que salia de ellos y no de él, conducirle al servicio del Rey, y no salido con ello, tomóse por capa, para echar á Castel Rodrigo, decir que miéntras este caballero estuviese en aquel cuarto no habria reducir al Almirante, ni encaminarle á lo bueno, y que salido él se podria hacer de su apacibilísimo natural lo que se quisiese. Propúsose al Rey esta gran consulta, y deciasele cuánto convenia que estuviese en su servicio el Almirante, tan gran vasallo y de su sangre; mas que esto no podia ser en la tranquilidad y sosiego que queria, y si no se apartaba á Castel Rodrigo de aquel cuarto, ó no hacerlo, se volveria con brevedad á caer en mortales inconvenientes, en revueltas, y disgustos más peligrosos. Abrazólo el Rey; meneando la piscina la marquesa de Alcañizas, que iba y venia á casa de la duquesa de Medina de Rioseco, y allí como retirado cogia al Almirante y le procuraba vencer y apear de su pretexto; y D. Diego Mejía, para con D. Rodrigo Enriquez, tio del Almirante, y para todos, y D. Rodrigo para con el Conde, el Almirante y la Duquesa. La cama que se le hizo á Castel

Rodrigo, fué enviarle á decir que S. M. le mandaba partiese á Portugal, á fabricar y disponer una armada que se andaba trazando para acudir á las plazas y fuerzas de la India oriental, para despejar aquel mar de corsarios, y acrecentar el comercio, y que las naves fuesen y viniesen más cargadas y seguras. El Marqués, que penetró luégo el aire de la flecha, por lo que ya se habia sospechado y por los encuentros pasados, respondió que, en cuanto á lo que tocaba obedecer y servir á S. M., iria á la más remota parte del mundo; mas que en cuanto á aquella facultad, él no la entendia; que él no se hallaba con fuerzas de servir á S. M. en lo que ignoraba, porque siempre habia deseado dar buena cuenta de sí, como lo habian hecho en todas ocasiones él y su padre y los pasados. Pasó con esto al Conde, y díjole lo que se le habia dicho: él se hizo del desentendido, como siempre en casos tales lo usaba, tirando la piedra y escondiendo la intencion, y respondió, que sería voluntad de S. M., y él no sabía nada. Replicóle y díjole:— Señor, no hay para qué usar conmigo de este ardid; yo no he deservido á S. M. ni á V. E., ni hecho ni dicho nada contra ella. Divulgóse esto por la corte; pasó al Rey, y díjole solamente entónces, estimaba la merced que S. M. le hacia, mas que á lo que se le enviaba él no lo entendia. Calló el Rey, y de secreto se le apretaba á la salida.

Era en sazon que el Rey pasó á Aranjuez; y para aliviar el discurso que se hacia de que era pasion y agravio lo que se ejecutaba sobre el Marqués, que á la verdad era bien visto y estimado de muchos y de los juicios desapasionados, hizo llamar el Conde allí, al conde de Monterey, presidente de Italia, y notificóle que se aprestase para la embajada de Roma. La causa más eficaz no se sabe, sino es porque se daban al Rey papeles secretos, en que le decian y avisaban de muchas y varias cosas del natural ingenioso del Valido, del estado en que las cosas estaban y de su perdicion; papeles y sátiras que se ponian en las esquinas de la corte, todo de grande escándalo, y entre otras cosas, que las presidencias y las embajadas se habian de dar á los que las habian experimentado, no á los

que no sabian más que de andar por la corte: celo verdaderamente atinado. El Conde saltaba, y la condesa su mujer, como hermana del Valido; empero ello se ejecutó y lo hubo de abrazar. Dejó la presidencia en rehenes sobre el duque de Medina de las Torres, sobre quien cargaba la de Indias, y despues, por muerte del marqués de Montes Claros, el vicechancillerato de Aragon, á falta de hombres buenos; porque se dice necesitaba ya esta edad de ellos. Volvió el Rey á Madrid, y apretaron con más ardor á Castel Rodrigo: él se fué al Rey, y puesto á sus piés le dijo su sentimiento, y las otras razones en su abono, disculpándose de las calumnias que le imponian y cuán injustas eran, con el cuidado que siempre habia deseado acertar en dichos y en hechos, de lo cual hacia testigo á S. M. Fué escuchado, pero no admitido, siguiendo su curso la influencia poderosa del Valido, la cual obedecen los reyes de esta edad sin intermision; con que cedió el Marqués, y se rindió al que hace el descuido y flojedad más poderoso.

Esparcido ya esto, como dije, no sin conmiseracion en la corte, y hallándose la marquesa de Alcañizas en visita donde oyó esta lamentacion, y que hacia fuerza Castel Rodrigo para no salir, sin poderse contener, dijo: —Ha de salir aunque no quiera D. Diego Mejía; diciendo al marqués de Baldonquillo estaba ya el negocio en buen estado, y que era cosa dura, y esto con ademanes y demostraciones, que no era bien perdiese el Almirante el lado del Rey por Castel Rodrigo y quedase por esto defraudada la casa de sus medras y acrecentamientos, dijo: —Señor, no es justo que eso pase así. Llegóse con esto al punto del Almirante y apretalle con el ruego, de suerte que, juzgo yo, no pudiendo resistir, que debió decir le dejasen, é hiciesen de él lo que quisiesen. Partieron con esto al Conde: lo que de aquí salió decretado fué que el Almirante dijese por escrito lo que pedia. Él que sintió era misteriosa esta respuesta, y que querian sobre su palabra y su firma echar algunos borrones, aconsejado de sus amigos, y los que bien le querian y de alguno celoso de su autoridad y estimacion, de que le querian hollar y poner con la sumision á los piés del

duque de Medina de las Torres, y hacerle nuevos sinsabores, y triunfar de la avilanteza de Barcelona, surtió con el espíritu, y huyendo de estos lazos y trampas, volviendo á acordarse de sí, dijo no queria nada, ni escribir nada, sino volverse á su casa: con que desde este dia cesó la plática de tratar más de esto y se cubrió de olvido. Salió Castel Rodrigo, que es lo que ya estaba conseguido, y no admitió por este camino al Almirante por echar á todos; preciándose de aquí más de su cabeza que de su poder, en que pretendia pasar á los más escogidos, si bien ambas cosas queria siempre estuviesen en grande altura.

Entretúvose, pues, los meses del verano en esto, y cuando los holandeses tomaban la flota de Nueva España cerca de la Habana, teniendo noticia que habia salido gruesa armada de aquellos Estados y que con forzoso discurso bajaban á las Indias, saliendo á la hora cuarenta bajeles de Santander, que á costa de pocos más bastimentos y municiones fuera acertado consejo hacerlos correr, y que yendo á puertos y tierra del Rey para la vuelta los socorrieran de lo necesario, que ya nos libraran de suceso tan desastrado: en lo que de nuevo se entretuvo, pues, sin embargo de lo dicho, teniendo el Rey gusto de ir á cazar aquel otoño á los montes del duque de Escalona, y queriendo el Duque, honrado del favor, festejarle, y esparciéndose fama prevenia juegos de cañas, máscaras y otras dádivas para los señores que acompañaban al Rey, á los Ayudas de Cámara y demas criados; le pidió las Memorias de esto y se las reformó diciéndole no diese nada, más porque no lo luciese que por lo que habia de costar; metiéndose á gobernar lo que no le tocaba y mayordomeando en las cosas ajenas, sin asistir á lo de afuera (estando para perderse Italia y la reputacion, como la perdimos), haciendo que el Rey no fuese á Escalona, sino al Monasterio de Guisando, como si no hubiera en las mercedes que recibió D. Juan Pacheco de Enrique IV para todo. Entretúvose en gobernar el presente que habia de hacer, de carnes y volatería, que se pudrió de guardarlo, y en unos cestillos de niñerías, muy escasas y de

civil precio, para el Rey y los Infantes; en que no pudiéndose contener de miserable, públicamente dijo no diesen sus Altezas nada á los Ayudas de Cámara, á quien tenía sin causa atravesados en su corazon, como si aquello fuese para otra cosa bueno que para que lo tomase el primero que se hallase allí.

Pasado este suceso, que era por Octubre, en el de Noviembre siguiente vino la nueva de la toma de la flota, que dejó aterrados y en suma congoja todos los vasallos, no tanto por la falta que nos hacia, como que en nuestro tiempo sucediese aquella afrenta y se engrosasen los enemigos para acabarnos de consumir y destruir en Flandes, como veremos. Sintió esta pérdida España y todas las tierras del Rey, el Conde, infinito, buscando mañas y dobleces para disculparse, y que los Ayudas de Cámara tenian la culpa. Desplegábase el mundo con papeles llenos de celo y de buenos avisos, que hombres prudentes daban al Rey, en que le avisaban su ruina y la de España; para quienes erigió una Junta, y se abrian las cartas de los ordinarios y se esperaban los correos en los caminos de Portugal y Valladolid. Para ver si estaba el mal en los agraviados y sospechosos, llamáronse muchos á la corte, y preguntándoles si tenian noticias de algunas sátiras ó papeles, y diciendo que no, replicándoles y leyéndoselas decíanles: —¿Es posible que no ha visto esta? *Los que no tenian* noticia de ellas por aquí las sabian y se iban riendo, y si bien sabian algo, entónces lo supieron todo, con escándalo de la reputacion y prudencia española. De aquí le nació grande amistad con D. Francisco de Quevedo, ó por miedo al genio satírico ó por ver si llamándole iba y acertaba por aquí con el agresor: no surtió á su pensamiento, y el Quevedo, creyendo arribaba á mayor fortuna y que sacaria de aquí otro pellizco de dinero, como le sacó al duque de Osuna, armó un librillo insolente en que satisfacia al Conde ó respondia á las calumnias que le cargaban; indigno de juicio heróico, ni áun plebeyo.

Entre los papeles que de secreto se daban al Rey, llegó

este á mis manos, que pongo aquí por testigo de mi razon, por descargo de mis escritos, y para que se entienda por cuántas heridas respiraba este cuerpo, y que habia ésta y muchas más plumas que deseaban aconsejar y descansar por este camino, y avisar de los trabajos en que cada dia nos íbamos metiendo. De todo tomaba el Quevedo la mano para responder y publicar por aquí sus escritos en librillos que, por parecer de juicios, eran tenidos por desatinados y llenos de disparates, más para el fuego que para la prensa; sin embargo, estaba de tal arte la cabeza, que le ví á pique de subir á Secretario, quien por su vida, estilo y blasfemias, que sin cesar le destilaban por su boca, era más para ministro de los que introduce en sus obras, que para cosa que debia tener el sujeto que conviene, y de todas maneras es necesario al decoro y á la prudencia. El papel es este:

«Señor:

»Traidor fuera á su Rey, no sólo el vasallo que le ocultare una traicion sino tambien el que conociendo los principios de su ruina no se lo manifestase, envilecido del temor de lo que puede perder. Si fuere mal recibida esta verdad, yo, pues, entre todos, ofrezco animoso á los augustísimos piés de V. M. mi celo, para que se sirva de él, y mi vida, para que en ella se ejecute el castigo de la culpa que se hallare en mi intencion.

»El mundo llama á V. M. grande, justo, generoso Monarca, potentísimo, y siente, siendo esto así, ver su fama con menor gloria de lo que debiera, y más oscura su memoria para los siglos venideros, de lo que su gran pecho merece, por un accidente sin culpa, y perecer sus pueblos por un yerro no conocido. Ama V. M. al conde de Olivares, duque de San Lúcar, y ama en él su buena intencion, su deseo de acertar á servirle, el descanso que en él halla, la rectitud de su conciencia, la capacidad de su ingenio, partes merecedoras del favor que le hace; y como en lo humano hay siempre imperfecciones que deshacen los merecimientos, está oponiéndose á esta virtud una ambicion de gobernar insaciable, para cuyos fines,

con riesgo público de la ruina del mundo, tiraniza á su Rey la voluntad, no le aconseja con el Gobierno, dispónele á que forzosamente le obedezca, consérvale en esta tiranía; celando á V. M., de suerte, que ninguno puede advertirle de lo que pasa, acredítase con V. M. no recibiéndose, porque le tiene á sus piés; es ruina de su Rey y de su patria, no por mal celo, que fuera contravenir á la proposicion primera, sino por su presuncion y errada política. Lo primero, intenta remediar el mundo con máquinas imaginarias y fantásticas, sin acudir á lo material que está pereciendo: lo segundo, por conservarse pone los ministros mayores de su mano, sin libertad ni suficiencia; de modo que no hay Consejo con Presidente, ni merced hecha con proporcion (desechas muchas sí): pierde á España, y España lo conoce, y jura el mundo que la fidelidad sola de los españoles valerosos hubiera dejado de hacella pedazos, en cualquiera de las aflicciones que ha tenido; ya con pragmáticas sin fruto (pues debe ser máxima de un Príncipe político hacer pocas y éstas inviolables), ya con la baja de moneda, tan sin tiempo, ya con pérdida de la flota por su culpa, pues tuvo avisos de los intentos del enemigo y descuido de la ofensa, ya con guerras en Italia, comenzadas por su antojo, mal prevenidas y en peor sazon, sin gente, sin dineros y sin razon; oprimidos los pueblos, los príncipes de Italia poco afectos, el Pontífice contrario y el frances victorioso; males que han tenido pero no excusado.

»Señor; hónrele V. M., quiérale y gobiérnese por ministros de satisfaccion; sepa que la parte mejor de Valido á Rey, en que se conoce la intencion, es darle consejeros, no en ser consejero; porque como la monarquía se extiende á tan diferentes experiencias, no es capaz uno de lo que apénas pueden serlo muchos. El que rectamente las hubiese gobernado, dará noticia de las Indias; de las armadas, el que navegando en servicio de V. M., hubiese pasado la mayor parte de su vida en estos trabajos; de los ejércitos, el que desde la pica hubiese merecido ascender al baston; para el mayor puesto de Italia, los que en su gobierno hubieren dado satisfaccion

de Roma, de Francia, de Inglaterra. No puede deponer sin noticia el Conde-Duque el parecer de muchos; resuelvan pocos, no uno solo, señor; que para eso tienen los reyes consejeros. V. M. vuelva sobre sí; mire en su santísimo padre, cuán grande hubiera sido su nombre, si entre la paz y virtudes con que resplandeció en el mundo, no se le hubiera opuesto el rendimiento que tuvo al Privado: no es disculpa del Príncipe que el Valido sea bueno ó malo, porque es suerte de la eleccion, culpa es del Príncipe sujetarse á uno y fiar de uno. Imite V. M. á su prudentísimo abuelo, á su invencible bisabuelo Cárlos, cuya siempre gloriosa sangre bastara (cuando empezara en él su estirpe) á darle brios para dominar absoluto, y conocimiento para no verse sujeto. V. M. no es Rey, es una persona por cuya conservacion mira el Conde para usar del oficio de Rey; y es V. M. un Rey por ceremonia, amado de sus vasallos por sí, desamado por su Gobierno. Vuelvo á decir que le honre V. M., quiérale, y gobiérnese por más que uno: Grandes tiene V. M. y vasallos buenos para todas horas; entre todos lo hallará todo, acertará á ser Rey y gustará de serlo. Este aviso, sinceramente dado, admita V. M.: amor y fidelidad me fuerzan á cumplir con las obligaciones de mi sangre: á los vasallos de V. M., sumamente fieles, para serlo en todo, sólo les ha faltado quien ántes suplique á V. M. mire por la pérdida lastimosa de sus Estados y reinos, á los cuales parece imposible el remedio, porque júzganlo será el ponerlo V. M. en obra. Dios que cuida de sus fieles, disponga á V. M. á que, empezando por este valeroso hecho, tenga victorias infinitas; todo con iguales años de vida».

Como dije, de estos habia infinitos que le atravesaban el corazon, descogian su natural, su corte, en conservarse y hacerse tirano de todas materias, y que todas se ventilasen en su aposento, no atreviéndose á parecer en público de miedo de las ofensas hechas; tanto, que le faltaba poco para imitar al tirano que por puente levadizo pasaba al lecho á tomar el sueño. Tiempo de todas maneras infelicísimo, sin mano ningun hombre, y arrinconado el ministro más puro, porque no

corria con su opinion; aunque D. Diego del Corral, del Consejo de Cámara de Castilla, le propusiese deseaba salvar su alma; los ministros del Evangelio, atemorizados, desterrados algunos, y llamados los otros para que se gobernasen á su modo, tasándoles la libertad y estilo, y lo peor de todo, que ellos obedecian, porque ya no habia sino quien por su lisonja pasase á su conservacion. Si estos no son presagios de acabarse esta monarquía y esta república, no se puede dar crédito á otros.

La primavera siguiente, habiendo el rey Cristianísimo pasado los Alpes y afrontádose con la Saboya, descubriendo la gente del rey Católico, que eran unos pocos de españoles que estaban en sus plazas del Piamonte, el ejército del Rey que pasaba de 40.000 soldados entre infantes y caballos, admirados de aquella novedad y del silencio con que habian pasado, y dejándoselo decir delante del duque de Saboya, y pidiendo licencia D. Jerónimo Augustin, que estaba allí por cabo de aquellos pocos españoles, para salir á escaramucear, le dijo que si salia le haria cortar la cabeza. Sin embargo, el ardor y coraje de esta nacion los hicieron salir, y como eran pocos, rindieron las vidas á la multitud, y el crédito á la traicion. El Rey tomó á Susa, y se alojó dentro; corriendo opinion que el duque de Saboya, no sólo le abrió paso y le allanó los puertos, empero envió los más prácticos de aquel Estado á que le enseñasen el paso, á aquel Príncipe de todas maneras glorioso y acreditado, por aquellas asperísimas montañas impedidas de nieve. Vió el duque de Saboya junto á sí aquel grande ejército que amenazaba sus tierras, entero y formidable, las fuerzas del rey Católico salidas, ocupadas las más en sus presidios por la Liga jurada, las demas en el Estado de Milan, y la recluta en el Casal de Monferrato, sitiando con D. Gonzalo de Córdova, que estos aún no pasaban de 6.000 soldados; y así le pareció ceder la fidelidad y el juramento al más árbitro y poderoso, y redimir sus tierras de la desolacion y miseria. Corrió el Rey con desembarazo, y pasó á Turin, corte del Duque, donde le hospedó y festejó. Esta nueva puesta en Ma-

drid, hizo tanto ruido y más que la de la flota; entraron en consejo, y pretendiendo algunos disminuir el suceso, y los más confiados de la faccion, decian que era el Rey mozo, y nuevo soldado, que no habia que temer, pues cuando su padre tenía más gloria consiguió muy poca con armas; á que saltó D. Diego Pimentel, práctico en las cosas de Italia: —Sí; pero no me ganará nadie, que no ha pasado con mayor reputacion que ninguno de sus pasados. Conseguido esto, el frances envió á decir á D. Gonzalo de Córdova que levantase el sitio, ó pasaria á desalojarle. D. Gonzalo, viéndose con tan pocas fuerzas, y que tantas voces habia dado por ellos al duque de Saboya, traidor al Rey, dueño de la tierra y con fuerzas tan excesivas, retiró la gente que tenía, y pasó á guardar lo que le tocaba, que era el Estado de Milan; con que el Rey metió 6.000 franceses en la plaza, se holgó en Turin, y despues de regalado con ricos presentes de joyas que el Duque le dió, compradas con el dinero que el rey Católico le habia dado para la empresa, para levantar gente y ponerse al opósito, se volvió á Francia, á mi ver, con agradecimiento de nuestra parte. Y justamente lo debemos estar, de que hallándose tan superior no pasase adelante, y pasase á intentar nuevas y mayores cosas, y pusiese en ejecucion el deseo suyo y de sus pasados.

Consiguientemente á este suceso, cargaron los holandeses con otros casi 40.000 soldados sobre Bolduque, plaza importantísima en el ducado de Brabante, que gobernaba Grobendonc, tambien sin atencion y sin cuidado de nuestra parte: echóse sobre ella, levantóla y cubrióse de gruesas trincheras y otras fortificaciones; y si bien el Grobendonc la defendia poderosamente, aunque se ha visto á mala sazon, sin ejército competente para su defensa y hacer levantar al enemigo el asedio, gobernado por el conde Enrique de Bergas; hallándose á la sazon en Bruselas D. Cárlos Coloma, soldado viejo y venerable por sus canas, consideracion y escritos, cuando el ejército católico pasó sobre ella, hallando imposible el paso, hondos los pantanos y las trincheras inexpugnables, pasó á la

Belba á ver si con este discurso hacia levantar al enemigo de la plaza, metiéndole la guerra y ejército tan grande por sus casas. Nada de esto surtió efecto, porque se entendió que los Estados entraron en secretas inteligencias con el conde Enrique, donde se dijo que faltó tres dias del ejército, en que se vió con Enrique de Nasao, General de las armas infieles, y que para cuando el miedo en la Haya y en Amsterdan era notable, tanto que querian pasar las haciendas á Inglaterra, y avisando ántes el Nasao se levantaria el ejército á los Estados, le dijeron se estuviese quedo, que presto veria grandes cosas. Viendo esta remision del conde Enrique, que no se hacia nada, que se perdia reputacion y empresas y que no cerraban con un trueque, que era á lo que se habia encaminado y donde se esperaba salir al aprieto en que estaba Bolduc, y diciéndole un cabo español: —¿Por qué no pasa V. E. delante? respondió muy falso y tocado de su infidelidad: —Pues; ¿hemos de abrasar la Belba? Con que se pusieron las cosas en miserable estado, y Grobendonc, falto de vitualla y municiones, y desesperado de socorro, despues de haber en una emboscada y otras salidas muértole mucha de su gente, rindió la plaza con mortal tristeza de los flamencos; siguiéndose á esta desdicha otra mayor, y fué que tornaron los enemigos, por descuido de los nuestros y por poco recato, á Besel (que ganó el marqués Espínola, grande y de todas maneras considerable), puerta en la Besfalia, y escala para municiones y bastimentos de los ejércitos que se armaban en Flandes y que bajaban de Alemania: con que cortado el Enrique de Bergas, puso más cuidado en la salida que en la entrada, si bien de todo debia de estar prevenido; con que se deshizo aquel ejército. Sin efecto ninguno se perdieron dos plazas tan escogidas, y sobre que cargaba el nervio de las provincias católicas; se perdió la reputacion, porque todo lo consiguieron con la flota, que acababan de vender y sobre que hicieron sus asientos; estando ántes tan en miserable fortuna, que convidaban con la tregua, y con relevantes partidos la aceptaban, como lo dijo el marqués de Espínola y lo trujo á Es-

paña, que con melindres y poca atencion perdimos. Tenian estas cosas, verdaderamente infelices, apretado el ánimo del Rey y de sus ministros, y así todos los demas de la industria y de la hacienda seguian el mismo curso.

Los enemigos estaban con gloria y los amigos para descuadernarse con efectos que amenazaban ruina. El rey de Francia, viéndose con ocasiones de salir en campaña, siendo protector de los holandeses, quisiera esta vez pagarles el beneficio de tantos años y mostrárseles poderoso á su lado, aunque en distinta accion; porque claro está que él tambien les habia de instigar diciéndoles, que para aquella ocasion les queria, que diesen por otra parte contra el más poderoso, que no podria acudir con tantas fuerzas, ó divididas le quebrantarian sin ser poderoso para asistir á todos; y que todos á una acabasen de lograr su deseo, que era desmoronar esta monarquía. Los venecianos, si bien estaban á la mira y quedos, como coligados y de la faccion, además de los socorros hechos al frances tenian sus gentes al confin, entre Bérgamo y Brena, habiendo puesto las fortunas y felicidades de los siglos pasados en tan gran despeño parientes traidores y vasallos. Todo el Consejo de Estado decia al Rey castigase al Duque, le abrasase sus tierras (no podia librar las suyas de la invasion, ¿cómo habia de acometer las ajenas?): el Duque, viendo ya vuelto el frances y deshechas sus fuerzas, queria volver á la proteccion de España, daba sus razones; y para tal empresa de adelante y enmienda de lo sucedido, fué admitido, que era lo que él anhelaba, imaginándose era de importancia y necesario y que cuanto más infiel era más apetecido y perdonado. Cargábase ignominiosamente á D. Gonzalo de Córdova (sin culpa á mi parecer), de no haber resistido y de haber levantado el sitio; y para dar que sentir por aquí, que era suya la culpa y no nuestro el cuidado; acordábanse muchos, leidos en los acaecimientos de Italia, y decian cuán pocos españoles habian roto y desbaratado muchos escuadrones y ejércitos franceses, y quisieran que lo hubieran hecho así; refiriéndolo por calumnia ó lisonja, delante del Valido. Él se disculpaba

de lo mal que siempre fué asistido, y escribió al conde de Olivares viendo le apretaba, en lo cual no habia sido poderoso: «V. E. y yo hemos quitado al Rey la corona de la cabeza; yo en asegurar la empresa del Monferrat, V. E. en no haberme enviado lo que he habido menester para ella».

Esta ignominia y esta afrenta, recibida en el rostro de nuestra reputacion, se procuró enmendar y salir á la causa con todo el peso de las fuerzas y de la sustancia del reino, como se resolvió en el Consejo de Estado. El Emperador, á quien no fué menester avisar, porque entrándose por aquellas provincias el suceso puso el cuidado en el que requeria la falta de reputacion, avisaba á los Electores del Imperio era causa de todos este negocio, y así convenia poner en él el hombro, que de no hacerlo sería dar ocasion á los demas feudatarios á seguir el ejemplo, á faltar á la fe y en el respeto, y se perderia por aquí la autoridad de los súbditos y los que se mantienen debajo de este nervio. Los Electores, como el duque de Sajonia, el marqués de Brandenburg y el duque de Baviera, nuevo Elector, la emulacion envejecida á la casa de Austria, y su grandeza, les hacia no atender á esto y faltar á la asistencia, ántes á dar intencion de no admitir á su hijo por Rey de Romanos; con que el rey de Francia no perdia los bríos, y se daba á ser insolente el duque de Nivers, conociendo tenia de su parte á los Electores herejes y al duque de Baviera, que habia entrado en pensamientos de Emperador y de entrar en ligas con el frances para este intento. Cerraban los Electores las orejas á las propuestas del Emperador, y en España, si bien el de Nivers ántes de comenzar la guerra ofrecia toda sumision al rey Católico, estar á su obediencia y fidelidad y echar el Casal por el suelo, enviando hoy su Embajador á proseguir algun tratado de paz, porque no se hallaba tampoco bien con que el Rey hubiese persidido con franceses aquellos Estados, que parecia los queria ocupar para sí, se mandó salir al Embajador sin quererle oir. Viendo el Emperador, pues, no hallaba calor en los Electores imperiales, y que el Papa no socorria la causa pública, ántes seguia el pretexto contrario

y se le cogieron letras de dinero para el rey de Francia, tuvo carta del Emperador, que severamente se lo hizo saber, diciéndole, se habia erigido el Imperio para muro y defensa de la Silla de San Pedro, y el Pontífice para ocurrir en sus necesidades á aquella columna y seguir su estandarte, y que hoy hallaba trocadas las manos y la intencion sin ajustarse al derecho.

Todas estas voces fueron vanas; con que el Emperador, á la primavera, cargó con gran golpe de alemanes, en caudillo de reputacion, sobre la celebradísima ciudad de Mántua, ocupando los lugares de la Valtelina para tener los socorros y bastimentos prontos y desembarazados, que habian de venir de Alemania para la expulsion de la tierra. El marqués de Espínola salió de Madrid, acompañado del marqués de Santa Cruz, llevando á su cargo la empresa del Casal de Monferrato; deponiendo á D. Gonzalo de Córdova del Gobierno del Estado de Milan, Capitan que habia conseguido con prosperidad y reputacion tantas victorias en apoyo y defensa del Imperio en Alemania, contra los herejes protestantes, deudos y confederados del Palatino. Llevó delante el Marqués, ante todas cosas, gran suma de dinero, sacado de innumerable venta de oficios que en casi todas las tierras del Rey se habia hecho, particularmente en la pobre Castilla, expuesta para tantos años á llevar sobre sí las controversias, movimientos, rencores y guerras extranjeras; saliendo por todas sus provincias los ministros del Consejo á vender cuanto habia de consideracion, lugares, escribanías y regimientos, añadiendo á más, en las ciudades, hidalguías y otras cosas considerables, en que se sacaron algunos millones de plata, con que ya está destruida: allí las armas y aquí esta saca, con brevedad será la desolacion de todo. Llegó el Marqués á Milan, ajustó las cosas de aquel Estado, hizo reseña de la gente que habia, levantando la que hubo menester, llamó á sí las fuerzas forasteras y auxiliares, que se incluyen debajo de la proteccion de España, y cargó con ellas sobre el Casal de Monferrato; echó de las plazas pequeñas la guarnicion francesa, en que se incluyen 2.000

soldados, y ocupólas; oponiéndose el duque de Saboya con gente y dineros del rey Católico á las fuerzas francesas, que, atentas á nuestras prevenciones, habian ya pasado segunda vez los Alpes, no con tanta fortuna como la vez pasada, ni saliendo el Rey en persona á la empresa, no queriendo aventurar la gloria que ganó, ántes conservarla, ya sea porque halló con más constancia al saboyano, ó que confió sus cosas al arte y experiencia del Capitan que entónces gobernaba las armas en Italia. Dieron los franceses sobre algunas plazas de la Saboya, que, aunque se resistieron gallardamente, las ocuparon. A esta hora los alemanes, ó sea por trato ó sea por fuerza, escalaron los muros de Mántua y la entraron, con estrago fatal de edificios y haciendas, con que cobraron las cosas algun aliento; si bien decian nuestros politicos eran el mismo riesgo para Italia alemanes que franceses, y que se habian de echar más aina que estotros, porque una vez metido el pié en ella querrian ensancharse y aspirar á otros feudos ó miembros del Imperio, divididos en los años de Cárlos V.

Asediada, pues, la plaza del Casal y apretada la villa, tanto que ya las naciones con sus trincheras estaban para desembocar en el foso y que ya se picaba la muralla, salieron á parlamentar para rendirse, faltando ya las municiones y vituallas, que si dentro de treinta ó cuarenta dias no eran socorridos, rendirian la ciudad; donde fueron admitidos á tiempo que el Marqués, con fatiga de los continuos trabajos, se le habia subido la gota á la cabeza, estaba sin juicio y con pocas esperanzas de su vida; y el duque de Saboya, ahogado del estrago que habia venido por sus tierras y que se las iban talando, se rindió, cargado de años, á la muerte, no sin pronóstico de los que se lo avisaron y antevieron que moriria en sazon que sus Estados estuviesen para fracasar. A este achaque del marqués de Espínola, á cuyo ruego el marqués de Santa Cruz, que á los principios le habia dejado en Génova preparado con órden secreta del Rey para cualquiera trance ó acontecimiento, llegó el Marqués al Casal; visitó al Marqués con alguna mejoría, mas sin esperanza de vida, y éste juntó

las cabezas principales del ejército, y díjoles que allí tenian su General y dióle el baston. El Marqués se abstuvo de esto, diciendo no le habia de tomar: replicaron algunos que abriesen las órdenes secretas que deponian de esto, y hallaron que S. M. mandaba que gobernase el Marqués, ó por achaque ó muerte del marqués de Espínola, con que obedeció: pasó á ver las trincheras y fortificaciones, enteróse de todo, abrazó lo capitulado con el enemigo; y atendió á conseguir la plaza enteramente.

Con los capítulos del Casal, viendo corria riesgo entregarse, los franceses, presidiando las plazas ganadas del duque de Saboya, que eran Susa, Piñarolo y Babillana, con el resto que les quedaba, esperando nuevas gentes, anhelaron por socorrer el Casal dentro del tiempo prescrito. La gente del duque de Saboya, donde asistian gran parte de españoles escogidos gobernados por D. Felipe Espínola, General de la caballería del Estado de Milan y primogénito del Marqués, los esperaron en un puente sobre el Póo, que llaman de Cariñan, para estorbárselo; habiendo avisado ántes de su enfermedad el marqués de Espínola, se atendiese esto con gran prontitud, porque de no hacerlo se seguiria el ejemplo de D. Gonzalo de Córdova, levantaria el sitio y pasaria á guardar el Estado de Milan. Encontráronse, pues, ambos ejércitos: dió órden el nuevo Duque, ó D. Felipe Espínola, que nuestra gente pasase á esperar el enemigo y á escaramucear con él de la otra parte: á muchos pareció este consejo desviado de toda claridad, porque más acertado fuera que peleara el enemigo con la dificultad del paso, cortando el puente, poniéndole acá gruesa y bastante artillería que le matara mucha de su gente, donde fuera necesario gastar muchos dias para perder los consignados en la tregua, y que no se llegara á la conduccion y una esperanza, tan atendida por nosotros, y que caso que venciera el paso, esperarle nuestra gente puesta en batalla donde tuviera que trabajar. Finalmente, obedecido el duque de Saboya ó la cabeza que habemos dicho, y haciendo salir los más señalados españoles, se trabó la batalla, peleando con tanto coraje de la

una parte y de la otra, que todos quedaron destrozados, y con muchos de ellos se rompió el puente y cayeron en el agua, con lo cual se retiraron todos; quedando los franceses, como mayores en número, para proseguir su jornada, y los nuestros, que áun no eran 2.000, á la guarda y conservacion del Piamonte, desamparados de D. Felipe Espínola, que afrentosamente volvió las espaldas; injuria no merecida á la gloria de su padre y á sus esclarecidísimas hazañas y servicios; suceso que le ocasionó en el sitio del Casal la muerte, subiéndosele con este dolor la gota á la cabeza, y dejando en aquel sitio la memoria de su nombre, si bien con fin poco afortunado, empero triunfando de los enemigos. Llegaron los franceses á la vista del Casal: el marqués de Santa Cruz, avisado de todo, sacó la gente de las trincheras, y algunos tercios de españoles y otras naciones con que se hallaba engrosado, y poniéndola en forma de batalla dió órden para resistir y pelear: afrentáronse los franceses, y disparando su arcabucería y mosquetería sobre los nuestros, fueron recibidos y atemorizados; salieron de su parte á atemorizar y á protestar, diciendo era capitulacion asentada si llegaba aquel socorro admitírsele en la ciudad: el Marqués, usando de ardid y del poder con que se hallaba, respondió estaba allí no por General del rey Católico, sino del Emperador, cuya erà aquella causa, y que le habian de rendir la plaza; y cuanto al tratado, le ponia en duda, sin asistir al tiempo ni acordarse de él, y que habia de morir ó vivir en la demanda. No paraba, entre estas pláticas, de tirarse, pasando al legado del Papa, que venia con el ejército de los franceses, las balas por las orejas; con que los franceses, poco alentados ó dudosos del suceso, se retiraron. Rindióse la Ciudadela, ocupóla el Marqués y entrególa á los comisarios imperiales y á los monferrines que la guardasen: vino á España la nueva, que alegró sin duda, y pasó á Alemania obrando el mismo efecto.

En este sitio andaba aquel gran caballero, nieto de otro mayor, adelantando la gloria y hechos de sus pasados, porque un fiscal no se les tachase, y que ya que en la corte no le ad-

mitian al lado y servicio de su Rey, en que murieron con felicidad tantos de los suyos, quiso á lo ménos que no se lo estorbasen en la guerra, puerto abierto para todo fiel espíritu y ánimo grande, no tanto por acrecentar sus medros y Estados ó restaurarlos, cuanto por amplificar su honra y que no se la estragase la emulacion envidiosa de los malos en tales oficios. Habia dejado para esto su mujer, matrona singular en virtudes, ejemplo y observancia de sus obligaciones, sus hijos, la sucesion, su casa y sus Estados, en lo más floreciente de su edad, y encamínádose, con afrenta de muchos ejercitados solamente en el ocio y en los vicios de que son capitanes, á esta guerra. Salió de la corte con el marqués de Espínola, y en Milan gobernó un tercio de españoles, que mantenia con su cortesía y liberalidad; atributos heredados del generoso espíritu de su abuelo: en la entrada de su ejército por el Monferrato arrojó los franceses de puestos importantes, con órden del Marqués, exponiendo su persona con semblante intrépido á los peligros y trances más rigurosos. De esta manera, pareciendo en pocos meses soldado viejo, se prometian de su cuidado, asistencia y juicio mayores cosas, si no se las oscurecia el odio de los apasionados; en la llegada del ejército frances, con órden del marqués de Santa Cruz, se puso á recibir las primeras balas del enemigo y reprimió gallardamente su brío; haciéndole reparar y atender en su valor y gentileza, y tanto más entónces, que oyeron decir era el duque de Lerma, que estaba en Italia; reconociéronlo los que experimentaron la magnimidad de su abuelo en sus obras; voz que hizo dejar la guerra á los franceses y rendir las plazas y las armas. Allí le veian y le admiraban todos, renovando la memoria de la prosperidad de los tiempos pasados, y la necesidad de los presentes, cuantos vivieron con desahogo y sin tributos y experimentaron el descanso; allí decian los soldados viejos y referian, no sin ternura, cuando le veian ó platicaban con él:—«En tal sazon me hizo estas honras su abuelo; en tal, esta cortesía; en tal audiencia, esta merced». De esta manera suspiraban, y se acordaban de aquel Rey, de aquel siglo,

y de aquel Privado; siendo tales nuestras obras y descuidos, que los que pensamos ver sepultados en olvido y en vituperio, hoy se levantan al esclarecido lugar de la posteridad, á la alabanza pública y aclamacion: los generales, reconocian los puestos, las dignidades que les alcanzó, y en su manera solicitaban al nieto, los que le habian de hacer admirable en la guerra, á proseguirla; pues, y aunque le estimulaban las heróicas prendas que habia dejado en la corte, tanto más se esforzaba á proseguir, atendiendo á las de su honra y á no querer padecer el vituperio de los que en Flandes é Italia, en las más arduas ocasiones habian vuelto la cara y vuéltose á cebar en las delicias cortesanas. El marqués de Espínola y el marqués de Santa Cruz escribian, en las cartas de sus deudos ó amigos, el proceder loabilísimo del Duque; cómo les pedia le empleasen donde se pudiese señalar y hacer mayor servicio al Rey, cómo habia procedido en lo que le habian encomendado, y cuán buena cuenta daba de sí; pronosticándole en lo de adelante, si se le alentaba y no se le hacia agravio, y aunque se le hiciese, tendria lugar entre los capitanes esclarecidos y de memoria.

No podemos á un tiempo escribir dos sucesos, y así es fuerza exceder en el tiempo al otro, y para asirle haber de volverle atras ó ingerirle fragmentos casi referidos por mayor; que las acciones militares no admiten el suceso del desposorio de la infanta Doña María, en que pensé dejar este discurso, que pasó de esta manera: No habiendo tenido efecto con el rey de Inglaterra, el Emperador la pidió ahora para su hijo, haciéndole ante todas cosas jurar por rey de Hungría: acceptóse el matrimonio, y un dia, ó por priesa que daba el Emperador ó por las causas que yo no alcanzo, hallándose el Rey indispuesto en la cama, impensadamente llamaron al Patriarca de las Indias, y sin dar cuenta á otra ninguna persona principal de la corte, concurriendo el embajador del César con poderes que trujo, se desposó S. M. con la Infanta, intitulándose desde aquel dia reina de Hungría. Señalóse el tiempo para llevarla, empero sintió, y lo decia, quisiera se hubiera hecho aquella ceremonia con más aplauso, fiestas y galas, á imitacion de las

que se habian hecho con sus hermanos, y que vió con sumo esplendor en los tiempos de su augustísimo padre: asíase luégo de aquí para la disculpa de la necesidad, que no habia, y cómo cosas tales se hacen siempre á costa de los vasallos sin dar alcance á estas novedades. Ambas reinas, estrechando su amor y amistad, dicen los de más cerca, murmuraban estas cosas y otras del Ministro, que sabidas por los espías de aquel cuarto, que en todas partes nos picaban sin dejarnos, como las plagas de Egipto, y por la Condesa, Camarera mayor, que se lo avisaba á su marido, se procuraba con toda fuerza y vigilancia apartar esta union; con que se dió priesa á la jornada, bien ó mal, deslucida, sin prevencion de galeras en los tránsitos de Italia. De los infantes, le decia tambien, se regalaban con la murmuracion de las reinas, y áun que la reina de Hungría daba al Rey sus puntadas, y que pareciéndole estaba este teatro y sus figuras mal plantadas, procuró disponerlas y mejorarlas á su modo, y puso lo más importante en que el confesor del Rey, por achaque de los otros, confesase á todos, con que se aseguró mucho de dar en algun bajío que le precipitase. Era el confesor á su gusto, como nunca se pudo desear otro hombre; atento al reinado pasado, asido á su comodidad y escarmiento en su antecesor Aliaga, desvalido en los principios, por hechura del duque de Lerma, y despues de dada bastante satisfaccion de ser más Guzman por la religion que profesaba que realista y padre del bien comun, halagado con buenas prebendas y comisario de la Bula, mano en algunas consultas eclesiásticas del Consejo de Estado, y de todas juntas timon; que enderezado por aquí no habia temor á naufragio. Si el duque de Lerma, sacando de su quicio las cosas, hubiera sabido observar esta circe y demarcarla, y usar de esta maña y novedad, fuera el Privado más capaz que habria tenido el mundo; porque guardó el decoro á los oficios y á los hombres, no quedó con nombre degradante. De aquí se siguió luégo el publicar la division de los infantes, porque, le decian, le convenia echar uno á Flandes y otro á Portugal, que le dejarian libre el lugar y el campo, y seguro el Rey de que ni oyese ni le dijesen.

Antes de esto, por privilegio particular del cielo, segun se esperaba, y en sazon que se cantaban en el mundo los años de 1629, á 17 de Octubre parió la Reina un Príncipe, que alegró á todos los vasallos sumamente: bautizóle el cardenal Zapata, en la parroquia de San Juan de Madrid, y dióle por nombre Baltasar Cárlos, y fueron sus padrinos el invictísimo infante D. Cárlos y la reina de Hungría, sus tios. ¡Quiera Dios imite á su tercero abuelo, en el heróico valor militar con que se hizo tanto lugar en el mundo y tan perdurable en las historias; y al segundo, en la autoridad y prudencia con que se constituyó Monarca; y á su primer abuelo, el rey Católico Don Felipe III, en las virtudes, celo de la religion, pureza de costumbres, felicidad, conservacion y prosperidad en el reinado! Huellas que si las sigue no hay duda le harán temido, grande y esclarecido.

Apretaba, pues, el embajador del César en la salida de la Reina; no sé cuál más aína instigador, ó el Valido ó el Emperador: finalmente, en el tiempo más crudo, con descomodidad y sin lucimiento, y áun sin dinero, salió el Rey de Madrid con la reina de Hungría y sus hermanos, y pasó aquella noche á Alcalá, donde le hicieron esperar dinero y mal carruaje; faltando siempre providencia en lo más necesario y forzoso, y sobrando en lo que no era menester. Encargóse este viaje al duque de Alba, para que llevase á la Reina á Trento, que es lo primero se pensó, y á D. Diego de Guzman, arzobispo de Sevilla, para cuyos trabajos se pidió al Papa honrase al Arzobispo con la dignidad de Cardenal: previniénronse todos con mucho lucimiento, aparato de casas, libreas y familias. Antes que saliese el Rey de Madrid, no queriendo salir el Conde, le decia:—Señor; vuélvase V. M., que hay grandes cosas y materias que resolver, todas del servicio de V. M. y de su Real patrimonio, en que le van muchos millones para el desempeño de él, y acudir con más prontitud á las guerras: pieza que siempre jugaba y de la que se valia para asirse y que no le soltase. Él le decia que sí, que no pasaria de Guadalajara; siendo este el primer engaño que recibió de él en todo el tiempo de la privanza y

que más le abrasó el corazon, y de que la corte y el mundo se holgó y murmuró, y él desconfió, creyendo que ya el Rey abria los ojos y le entendia la maña, y que ya se acababa para él todo, pues le dejaba, habiéndole callado su intento; cosa hasta allí no vista. Salió el Rey de Alcalá, llegó á Guadalajara, y todos con la imaginacion que de aquí nos volveríamos, pasamos por los otros lugares de Castilla, esperando la noche y la órden de volver atras, hasta que llegamos á la raya de Aragon; y creyendo, por razones aparentes, no pasaria de allí, dejando caer la noche, sin avisar, á la mañana, dió órden de proseguir á Zaragoza; cosa de que todos se admiraron. Y el Conde, en Madrid, ignorante de todo, y en lo de atras, si no es en lo que ahora se le avisaba por las cartas; con que de tan extraña novedad, jamás vista ni esperada, se hundia la corte, y se dió materia de discurrir en toda la Europa, diciendo se acababa ya el letargo, el dejarse gobernar y lo pesado del Gobierno. Luégo veremos, que no parece sino que fué este accidente para subirlo más de punto, afirmarle con más veras y apartar los estorbos, y que pagasen los vasallos el gusto que habian recibido de este suceso con cargarlos más.

Entrado el Rey en Zaragoza, pareciendo á los más advertidos no era cosa justa dejase á su hermana deslucida en miserable lugar, alababan la resolucion, y áun quisieran que si fuera en tiempo á propósito que en Vinaroz ó en Barcelona hubiese gruesa armada de galeras, no la dejara hasta la embarcacion, y que á la reina de España, para alivio de la soledad, habia de dejar la acompañase hasta donde lo permitia la posibilidad de la jornada; á imitacion de las bodas de la infanta Doña Isabel, y de como la acompañó su hermano el rey D. Felipe III con tanto lustre y grandeza; si ya no es que él huia de esta imitacion como en lo demas. Llevó al Rey á Zaragoza el pretexto de no haber podido salir el duque de Alba tan aina, ó por su poca salud, ó por las prevenciones, ó que procuró excusarse; para quien tambien habiá providencia en lo tocante al oficio de Mayordomo mayor. Era el duque de Alba, *el señor que de los antiguos se conservaba en aquella autoridad en esta*

corte de escuderos; atendiendo, pues, el Conde, que por su poca salud, que entónces afectó, ó por huir el peso y afan de tan prolija jornada, ó que sus años ó la mudanza de tierra y cielo á Nápoles le harian dejar la esperanza del oficio de Mayordomo mayor, que ántes se le prometió con la vida (aunque tan gran señor ni tan lucido, no le queria tan dentro de Palacio), porque usando de la libertad del oficio se hiciese amable, armó una Junta de reformacion contra él, que dura desde el año 25 hasta este de 32, tanto que más parecia Consejo que Junta, al principio gobernada por el conde de los Arcos y encaminada á este fin y á estos dias, y despues por dos religiosos miserables, un consejero y dos mayordomos del mismo jaez. Asidos á esta lisonja los nobles, por aspirar á mayores puestos, porque no hay celo tan grande que no se le descubra el vacío de la codicia, y los medianos, por calzar á sus hijos, ó á sus hermanos, los hábitos y aspirar á caballeros; ascension general de los que no les tocaba esta honra, por donde entró en descrédito y desestimacion en los mayores, y en las personas para cuya sangre se fabricó esta insignia; descubriéronse por aquí las manchas que ántes ni se sabian ni estaban públicas; con que á diestro y á siniestro los padres ó los hermanos, á quienes eran cometidas este género de cosas, cortaban, sin ningun linaje de piedad, y sin atender como hombres letrados ó políticos al lucimiento, á la proporcion, á lo lícito, si no que se cebaban en quitar honras de carne de cera y otras menudencias ridículas, indignas de Palacio y Casa Real; no reformándose las exorbitancias de las cabezas ni de la turba de los secretarios, si no es de las pobres viudas cuyos maridos perecieron y dejaron las vidas en jornadas y en largos años de servicios, sin conocer de otra medra más que de una racion ordinaria, y de otros que nunca cayó en su casa una escribanía, una alcaidía, ni otra prebenda á este modo, cayendo en las suyas. ¡Y qué admiraba que lo que era bastante á remediarse en un año, áun no se habia acabado en seis! Con que parece tiraba al fin propuesto; y háse de creer así, pues con decreto público se prohibió á los mayor-

domos no pudiesen entrar ni salir en esta administracion, tocante á sus oficios, observada antiguamente con derecho inviolable, con que creyeron los demas, no llamados á esta Junta, se les echaba fuera y se les quitaban los oficios por extraño camino; con que abandonaron el entrar en bureo. El duque de Alba se hallaba atadas las manos, y respondia con alegre semblante, pasando ligeramente por todo, contentándose con acomodarse al tiempo, á la posada de Palacio y al ruido de Mayordomo mayor; quedando, como dice el Padre Mariana en la *Historia de España*, cuando llega á tratar de la del condestable de Castilla, habia quedado como un vano, para que nadie estribase en cosa de importancia, si no es el todopoderoso c.. l.s tiempos pasados, porque no se dejaba á los dueños de los oficios extenderse y dilatarse, y adjudicarse á sí nuevas circunstancias y preeminencias; querian hundir los tales al Valido, y asaltarle con quejas y testimonios, se les quitaba las que les tocaba que hicieran; como hoy se hace y se ejecuta, sin miedo y sin reparar en las personas. ¡Oh dicha grande adquirida por nuestros pecados! Cuanto más agraviados, más desposeidos, más sufridos y callados; empero estaban ya casi muertos y sin sentido de los trabajos y el padecer, fulminándose siempre este cuchillo de reformacion sobre las gargantas de los miserables, quitando á las mujeres los hijos, á los hombres el sustento, cuando la necesidad era mayor, y más general en los pueblos y en las provincias, siendo lo que se ahorraba porcion miserable, y la batería que por aquí nos hacen los enemigos excesiva; que nuestras voces los ha puesto ya en la campaña, porque, extendido esto en cartas, en embajadores, en avisos, dicen que estamos acabados, y que ahora es tiempo de que comience nuestra ruina, como ya se espera, estando para acabarse la Cristiandad y esta monarquía, con nuevas ligas y enemigos, sosegados por espacio de más de cien años, y otros que, aunque parientes, se declarasen en Alemania, para destruir el Imperio y echar de él la casa de Austria.

Llegado el Rey á Zaragoza y parando allí algunos dias,

fué festejado con una justa de á caballo por la nobleza, deseando enmendar el descuido que tuvieron en los años pasados, cuando pasó á las Córtes; si bien la prisa que el Rey llevaba no les dió lugar para mostrarse como esta vez lo hicieron, con maravilla y aplauso de la corte. Pasados ocho dias, encargando la Reina á D. Fernando de Borja, virey de Zaragoza, sin atreverse á despedir el Rey, ni sus hermanos, partieron para Castilla muy de mañana, y porque tambien supo que ya llegaba el duque de Alba, que le alcanzó cerca; que con dejarla en ciudad y con personas á su decoro necesarias, partió, diciendo, á los que le decian no era tiempo de embarcarse, que no habia galeras y pararia mucho tiempo en Barcelona: — Háme dado esta priesa el Emperador, y díle mi palabra que saldria por este tiempo la reina de Hungría de Castilla; y contentóse, aunque fuese dilacion prolija, que no queria más de que saliese y tuviese principio la jornada, porque la deseaban en Alemania con todas veras. Salió, pues, de Aragon, y con jornadas rigurosas entró en Castilla: salió el Conde á recibirle á Torija, y la primera órden que dió fué que les quitasen las mulas del coche, para sus paradas y seguir al Rey, á los Ayudas de Cámara, porque no sosegase el curso de darles pesar; buscando cada uno donde salvarse, por llegar al descanso de su casa, que el afan de esta jornada pedia esta vez con más veras que las otras; con voto explícito de no dejar más al Rey, entre él y la Condesa, aunque fuese por una hora, que no habia para qué aventurar la posesion ni dar gloria ni gusto al mundo, porque era diferir de lo asentado en el principio de la privanza.

Entró el Rey en Madrid, y para asegurarle en lo que ántes de la partida le propuso, y que no pensase era ruido para detenerle, hizo una Junta prodigiosa, de casi pasados de cuarenta hombres entre presidentes, consejeros, religiosos y otras personas: allí se batió lo que despues salió; que, dejados los millones, comiesen todos la sal, valiendo á cuatro reales, á sesenta, con que pereció el ganado, y no habia carne; la media anata de los oficios, y otras cosas en que aquella sed y

aquella cabeza no paraba, con que las mercedes; por no tener con qué rescatarlo, yacian empantanadas en los oficios; y como en los tiempos pasados esperaban los vasallos algunas mercedes del Príncipe por las Pascuas ó el principio del año, ahora nuevos tributos é imposiciones, con que vivian ahogados en profunda melancolía. La necesidad era intolerable y los tiempos imitaban á los de Enero, que destruyéndose todo, no habia quien se doliese de la calamidad; ni se trataba del remedio, ni se abria los ojos á la miseria ni á la ruina, ántes á cada son de caja nuevo pedido, nueva gabela, nuevo agravio, nuevo despeño de criados y vasallos. Y porque D. Jaime Manuel se llegó á él, volviendo á entablarse por la via del chisme, y le dijo se tuviese cuenta con los infantes, á él que le pareció que era aquella buena ocasion para echarle de Palacio, y que él mismo se hacia la cama, repitió á los infantes el chiste, y exasperólos diciéndoles no habia nadie seguro de los maldicientes, y que pues áun sus altezas no estaban seguros, qué seria de él. Ellos lo sintieron, y dijeron suplicarian al Rey le cometiese esto á persona que lo averiguase, y si habia alguna razon ó causa de que ellos se enmendasen ó abstuviesen, recibirian la correccion; mas que sino, habia de ser castigado ásperamente el que procuraba hacerlos malvistos con su hermano. Fué remitido este juicio al confesor, el cual lo dispuso sabrosamente para la expulsion, como aquel que era hecho á medida del gusto del todopoderoso. Los infantes propusieron al Rey, que ya estaria bien informado, su queja: respondióles que lo haria y castigaria al agresor; mandó á su confesor, y ellos de allí adelante le miraron con tan malos ojos, que ya se dió por vencido y avisado que le andaban disponiendo la salida de Palacio y que se habian valido del accidente. Dentro de breves dias averiguó el confesor el hecho, y dijo no hallaba cosa en los infantes que no fuese digna de su esclarecida sangre y virtudes; que todas las personas, que habia examinado todas, no sabian cosa en contrario, ni contra su Real decoro y estilo, y que así, á su parecer, era digno de muy grave castigo el que los habia

procurado descomponer con S. M.; con que se pronunció la sentencia contra D. Jaime saliendo á la hora de Palacio, no sin lágrimas; donde yace, hasta ahora en Maqueda ó en sus contornos. A este lance sucedió el resolver aquel gran negocio, premeditado por algunos años, si bien temido, de Sumiller; porque es de aquí donde nace el gusano de los que habian de ser gentileshombres de la Cámara del Rey. Admitióse á esta dignidad *al gran Condestable de Castilla*, de donde adolesciamos de deudos, y por el casamiento contraido con la hermana del duque de Medina de las Torres, al conde de Niebla, á D. Luis Laso, conde de Añover, y al conde de Alba; todos bonísimos, y buenos caballeros, ellos por sí, y por el cuidado con que fueron escogidos muy á propósito para la conservacion que deseamos, ya que es justo que todos atiendan como cosa de que pende nuestra salud, prosperidad y buenos sucesos. La primera oracion que les hacia era contra el enemigo comun; que se tuviese cuenta con los Ayudas de Cámara no hablasen con el Rey, que no se llegasen cerca ni tuviese conversacion con ellos, ántes mucha mesura, y se diese cuenta hasta de sus semblantes, movimientos y palabras; que se les procurase ajar y traer á la melena á todos estos oficios: asimilaban ya ser de importancia la vuelta del Rey á Castilla, y allá nos parecia habíamos colgado la esperanza de más esfera.

Escribió, otrosí, el marqués de Castel Rodrigo, habia ya cumplido con la órden que S. M. le dió, de la fábrica de la armada que habia de ir al Oriente; mas que aquel trabajo no se habia de atribuir al suyo ni á su cabeza, que él ya habia dicho que no lo entendia, mas á ciertas personas á quien S. M. debia hacer merced, y señalólas; por donde, pasados dias, fué llamado para la embajada de Roma. Porque no digan que es todo tirar lanzas, el cardenal Trejo, quien un dia de consulta hallándose á solas con el Rey, como es costumbre antigua, narrándole el infelicidísimo estado de nuestras cosas, y cómo se iban poniendo cada dia de peor condicion, y que desde los principios habia dado intencion de reducir este cuerpo á

mayor salud, dando satisfaccion ahora de que no se hallaba con fuerzas para ello, dió por disculpa que no podria obrar, si no le daban mano. Avisado de esto la suprema cabeza, y acordándose de lo dicho al médico en la enfermedad del Rey, y que era más atento al Papa de lo que convenia á nuestras materias, y que habia gastado mal aquel ratillo del blanco y de la consulta, cuando se queda á solas con el Rey, buscándole tropiezos; más para correr ligeramente con ellos, que para calumniarle, voló fama por la corte que le echaban: él, que en casos tales le pareció examinar su fortuna, y el aire sobre que estribaba, refirió al Rey lo que se decia, y así le dijo que S. M. le diese licencia, si esto habia de ser, de retirarse á Málaga, de donde era Obispo, acabada aquella estacion. Privada le enviaron órden para que se fuese; retiróse á una casa de placer en lo más retirado de la corte, y luégo salió por Presisidente un santo obispo de Solsona, buen hombre y buen cristiano, mas no para la pompa y vanidad, digo, y majestad de aquel puesto; en quien poniendo los ojos la corte, y los ministros más graves de ella, echaron ménos la persona del cardenal Trejo, su autoridad, su experiencia en tan larga carrera de años en aquel Consejo, de donde salió para el Capelo, y se supo hacer tanto lugar en Roma, donde Paulo V, el que le sucedió, y Urbano que hoy tiene la silla de San Pedro, le estimaron y fiaron graves materias; y de todas salia con aplauso para las demas. Retirado, pues, Trejo, tomando su viaje para Málaga, murió de repente en el camino: debió de talarle el corazon la melancolía, rindiéndose á la influencia superior; que reinaba ya la estrella infelicísima de tantos como en esta Era pasaron por aquí.

A esto se siguió decirle la Condesa, la gran serenidad que veia en el cuarto de la Reina, con la salida de la reina de Hungría; cuán surto estaba todo y cuán á su sabor, porque ni tenía con quien murmurar ni discurrir, porque con el Rey ya sabía cuán cerrada estaba esta puerta; que pusiese así el cuarto del Rey, que con esto se podia echar á dormir: y así entró en pensamiento y armó Junta para dividir á los infantes,

como ya ántes lo habia tocado, y que fuese Fernando á Flandes y Cárlos á Portugal. Sin embargo, andaba tímido en la resolucion y en el hecho, porque si bien tenía avisos de que los hermanos eran una misma cosa, y estrechísimos en la amistad, dudaba del efecto y de cómo le saldrian allá fuera. Los que más atentamente ponian el juicio á estas cosas, decian cómo habia de estar un Príncipe, ya hombre, al lado de una mujer; que, por cesion del rey D. Felipe II, su padre, tenía aquellos Estados, ni los querria dejar, ni tampoco levantar la mano del gobierno; y áun, que era bien que para la ocasion estuviese ya capaz de las materias, mas que en el entre tanto pasaria plaza de pupilo; calumnia, para un varon y de tales partes, feísima; que el infante D. Cárlos no tenía qué hacer en Portugal, reino por su providencia y por los príncipes que le gobernaron reservado de esta necesidad y ascencion. Estas cosas, las miraba y latian en su corazon, sin retraerse, ni resolver; trayendo los espíritus zozobrando, diciéndoles para tal dia es la jornada, luégo para tal mes, para esta primavera, sin darse á creer de ella las personas á quien se les decia y eran señaladas para ir; porque nada sosegase y todo anduviese inquieto y que saltase: sentíanlo los dejados, y que se les quitase aquel Príncipe, que se les dió por premio de afanes y servicios conseguidos, y en lo político imitar. Los mismos infantes, si bien lo atendian y discurrian, disimulaban y corrian como los demas, con el aire de las cosas, tratando de vivir y dejar obrar el tiempo; en que mostraban, sin duda ninguna, gran valor y obediencia al Rey, su hermano. Murmurábase en el lugar, era para apartarlos y que no se comunicasen de tan cerca, como si divididos y por cartas no se hablasen más libremente y con más claridad.

Volvióle la Condesa á tocar en esto, y decíale no habia que temer del cuarto de la Reina, porque ella habia quitado una cosa perjudicialísima para entrambos, y era la entrada frecuente que tenian los religiosos en él, y el quedarse á solas con la Reina hablando (¡que esté en el cielo!); de donde surtian muchos desasosiegos para los Privados. Ella en esta era

lo habia quitado todo, que ni entraban ni hablaban, ni en público ni á solas, no solamente éstos, empero ni otra persona alguna, ántes todos sus dichos y hechos eran públicos; por donde no habia que tener sospecha, que ni áun para descansar de los efectos humanos la daban lugar ni se le permitia lugar.

La reina de Hungría habia ya caminado de Zaragoza á Barcelona, esperando tiempo y galeras para pasar á Génova, y de allí á Milan y á Trento, donde habia de salir Leopoldo, hermano del Emperador, con casa, para llevarla á Viena de Austria inferior, corte del César. Llevadas, pues, algunas galeras, con el duque de Tursis se hizo á la vela y pasó á la vista de Marsella, porque la reina de Francia, su hermana, habia avisado al Rey que una forastera la queria ver, y que cuando llegara á aquel rumbo parase, que saldria. El Rey reconoció la enigma y que era la Reina la que queria lograr aquel deseo; aceptólo y avisólo á la reina de Hungría: ejecutó S. M. y esperó algunas horas, y viendo no salia ningun bajel de Marsella, siguió su viaje. Estaba reciente el dolor, de la pérdida del Casal, en los franceses, y parecióles pagarse *en descortesía* y en *aquel trato* tan *bajísimo, que ellos acostumbran*, en *que viven siempre mal opinados:* no debieron de dejar salir á la Reina, proponiéndoselo al Rey, por esto y por sus puntos particulares, en que á mi parecer no habia en qué reparar; pues en dos reinas y ambas hermanas, más se habia de atender al gusto que á las ceremonias; mas parece que habia corrimiento y causa particular, ú otros fines á que atender.

Siguió la Reina su viaje, desembarcó en Génova y estuvo allí algunos dias, disponiendo por otra parte la jornada, por cuanto todo el Estado de Milan se abrasaba en peste, no estando seguras las provincias y ciudades vecinas, que todas casi las arrasaba este contagio y tenia despobladas; no habiendo quedado, en Ferrara y en otros pueblos, casi un hombre, de achaque, dicen, de unos polvos introducidos por gentes sin fe ni religion para destruir el mundo, no con poca admiracion de no haber tocado en el ejército del Rey, si bien entre

los alemanes, que estaban en Mántua, habia mucho de esto. Guardándose hasta hoy nuestros puertos de este achaque, que va cundiendo, resolvióse, pues, reconocido el peligro, que la Reina torciese su derrota y navegase á Nápoles. Salió de Génova con todas las galeras, donde iban algunas de Florencia y de Malta, y surgió con brevedad y buena fortuna en el muelle de Nápoles: hicieron la salva los castillos; fué ántes agasajada del gran duque de Toscana, casado con hermana de su madre; tuvo la Embajada del Papa, potentados y Repúblicas, y festejáronla en aquella opulentísima ciudad, la más peregrina del orbe. A este tiempo los franceses, no acabados de retirar de los confines del Monferrato, y sacado el marqués de Santa Cruz el ejército y alojádole en el Milanés, y entregada la plaza á los comisarios del Emperador y á la guarnicion de los monferrateses, sin atender á la fe de lo capitulado, pareciéndoles se les habia faltado á la palabra en el asiento primero, de que si dentro de tanto tiempo la socorrian quedarian con ella, con este designio y bajo proceder entraron en el Casal, y le volvieron á ocupar. Enterado el marqués de Santa Cruz del suceso, atendiendo eran muchos, sin bastimentos y sin municiones, ni esperanza para largo tiempo de que los socorriesen, tomando con la gente los pasos por donde esto podia ser y ocupando los más importantes, los cerró; exponiéndolos á que los consumiese la hambre y los sujetase á rendirse de nuevo. Avisados los enemigos, que estaban fuera de esto, procuraron meterles socorro por los vertientes del Póo en el Mediterráneo, con que pensaban hacer refuerzo; sobre el cual dió el Marqués y le tomó, con que les excluyó de la esperanza y tornaron á rendir la plaza. Presidióla el Marqués con gran cuidado, y dióla á quien con resolucion y constancia la guardase, con que se volvió á salir de este cuidado.

En tanto que la reina de Hungría estaba en Nápoles, despedidas las galeras de la religion y de Florencia para sus puertos, ó porque no podian esperar más por los tiempos, ó porque se les acabarian los bastimentos, ó porque tenian

esta órden, el rey Católico pidió al Papa y á las Repúblicas que tienen armadas, que para el verano siguiente socorriesen con galeras para llevar á la Reina, desembocando al faro de Mesina por el Adriático, á Trieste en el Friuli, provincia de la Casa de Austria. A esta propuesta replicaron los venecianos, que, para llevar la Reina, ofrecia la Señoría sus bajeles, porque no habian de consentir que por su mar navegasen otros. Túvose en España por atrevida é insolente esta respuesta, y revolvieron sobre ella, diciéndoles se acordasen de la capitulacion de Cárlos V, Emperador invictísimo, en que afirmaron desistian de esta vez y de esta pretension. Volvieron á porfiar, que habia mucha diferencia de aquel tiempo á éste: disimulóse esto por entónces, por no poner las cosas en más discordia de la que toda la Europa estaba metida; advirtiendo que convenia salir de aquella jornada y acabarla, y no revolver las cosas convocando las fuerzas forasteras y poniendo armada en la mar que vengase este tuerto, cuando faltaban dineros y fuerzas para tanto, estando las que habia, y las posibles, ocupadas en tantas partes, no surtiendo en Flandes buenos efectos, y habiéndose apoderado los rebeldes de Pernambuco en el Brasil con gruesa armada de navíos, poniendo en gravísimo cuidado las cabezas de nuestro Gobierno. Callóse, pues, la injuria veneciana y admitióse la oferta y la armada; á mi parecer ingeniosa y advertida gitanería, pues se salió de este cuidado y á su costa. Llegóse el tiempo de partir, y atravesando la Romanía, se embarcó en Ancona; dejando la vida en aquel viaje el arzobispo de Sevilla, acabado de tomar el Capelo: hombre que de principios moderados subió á la dignidad mayor de la Iglesia y á las gruesas rentas del arzobispado de Sevilla. Siendo, pues, llamado para llevar la Reina en compañía del duque de Alba, y despues de haber gastado en lucirse, en regalar y banquetear á la Reina, damas y demas personas de consideracion, mucho dinero y empeñado, y puéstose el Capelo, á que anheló con todo su corazon, pagado de sus trabajos y de la fatiga de la jornada, murió cuando estaba á la vista de entregar la Reina y derramar toda la ostentacion en

el lance postrero, y á la cara del archiduque Leopoldo, fin para que salió de Castilla; y habieno mandado que despues de esto partiese á Roma y asistiese allí al servicio del Rey, como se lo habian mandado á los cardenales que estaban en España, Moscoso, Espínola y Albornoz (desamparando las iglesias que tenian), porque dijo un mal judiciario que el Papa moriria aquel año, habiendo mentido (culpa de quien lo creyó). Despues de haberse entendido en Roma el ardid, que penetrándolo el Papa, y crecido en él el odio y mala voluntad con nuestros gobernadores, declaró que haria y crearia muchos cardenales de la faccion contraria. Le sucedió al arzobispo de Sevilla lo que á Moisés despues de largas y prolijas jornadas, que estando á vistas de la tierra de promision no la vió. Estaba ya cerca de las entregas y de la grandeza de Roma, y atajóselo la muerte con brevedad; echándose el Papa sobre los menajes y aparadores de oro y plata que llevaba, sin que nadie se lo pudiese estorbar.

Embarcóse la Reina en Ancona en las galeras de Venecia, llegó á Trieste, donde esperaba su tio Leopoldo, hizo la entrega el duque de Alba y dió la vuelta para España, á tiempo que la Junta de reformacion le ataba las manos y le excluia de la sustancia del oficio, dejándole en una sombra vana y aparente. Y acabando de reventar la otra con que todos los hombres que recibiesen mercedes, de oficio ú otra cualquier cosa, pagasen la media anata, sin reservar á la licencia de los libros, con que muchas mercedes estaban empantanadas en los Consejos por faltar á los dueños con qué redimir esta vejacion, y dejando los millones por finca fallida y que se iba acabando, porque los labradores no los podian pagar, y desamparaban las tierras y labranza; se subió la sal de cuatro á cinco reales la hanega, á sesenta, porque todo cristiano quedase incluido, no sin discordias y novedades en el reino. De aquí se erigian juntas de minas, de poblacion, de donativos, de suerte que habia ya tantas juntas como consejos; sin parar la consideracion las cabezas, y admirando el mundo de que tantos arbitrios, tanta saca de dinero, no tuviese siquiera con

alivio y desahogo la monarquía y el Príncipe, sino que naturalmente se experimentaba con las manos y con los ojos ser mayor su necesidad y ruina; y acordándose de los felicísimos tiempos de nuestro monarca D. Felipe III, cuando sin andar en estas cosas, ántes huyendo de ellas, tuvo para pelear, fabricar templos á Dios, y para dar, lucirse y hacer mercedes, y conservarse en lustre y respeto, teniendo atentos y refrenados los enemigos.

Opónense á esta materia los lisonjeros de hoy, y los del brazo, que no se ven hartos de morder á los pasados ni de acabarlos de hundir, y dicen que el progreso del tiempo pasado no dejó sustancia para éste; á que se les responde, que si aquellos volviesen hoy á ocupar el lugar que tuvieron, pusieran las cosas en la manera y forma en que ántes estaban. No es falta de sujetos esta edad, ni de pilotos que saben sondar nuevos bajios: la vía de las cosas consiste, en que aquella cabeza, por darse á que es necesario y que es menester, ó á su menester está cebado en esto, no peña por hacer tan inaccesible el gobierno al Príncipe. Que se le dejen, y no le tome, que así viviremos siempre en esta calamidad y miseria: sin saber por qué, á ojos y á orejas cerradas, por nuestros pecados ó porque faltando la sucesion á este hombre, quiere que falte en todos. No pudiendo arribar á ella con el peso de los trabajos, ó que por este camino vive en esotros y en los venideros su memoria en sus obras, sin fruto y ascension, de espíritu más gentil que católico, y más tirano que justo, incidiéndonos siempre con trabajos y miserias, estándose él con 4.000 ducados de renta de encomiendas y por cuarenta años más despues de sus dias, sin qué, ni para qué, con 25.000 de la Chancillería, ó gran chanciller de las Indias, y una Tesorería general del reino de Aragon y que entra en el de Italia, cambiada por un vireinado del Perú (necio el que lo hizo si ya no es, que no se pudo defender de la sirena, ó de la rémora que le tiraba), y otras buenas alhajas á este andar; no siente el ver padecer á los otros sus miserias y calamidades, y el perecer de hambre; tasando

las mercedes, imposibilitándolas con dilaciones, sin convidar, prestar, ni reñir pendencias, ni entrar por las puertas de nadie, como si hubiera Junta contra la urbanidad y cortesía de que se compone el trato, y la correspondencia vive, y se aumentan las cosas: y que no se diga que se bambolea el juicio y que nos gobernamos sin él. No así lo hizo *aquel grande de Lemus*, religiosísimo de todas maneras, que despues de haber en sus primeros años gobernado á Nápoles, por muerte de su padre, con esperanza de iguales aciertos á éste, y dejado gran nombre de sí; ejercido la embajada de Roma, con singular aprobacion y lustre; compuesto á Paulo V con los venecianos, en que preservó á Italia de grandes incendios, ruinas y desolaciones, y despues pasado de Roma á Sicilia, en que percibió con profunda capacidad el gobierno de toda ella, viniendo despues al Consejo de Estado; por sólo darse al culto de la religion y á la salud de su espíritu, dejó su casa, sus hijos y Estados, regalos y comodidades, vanidades y ostentaciones, por una cogulla de San Benito, donde hoy yace profeso, cerca de Monferrat de Lemos: que habiéndole tentado, y ofrecido el Capelo, que dieron al arzobispo de Sevilla, le dió de mano, diciendo que se habia retirado para dejarlo todo y huirlo; y volviéndole á consultar que á quién le parecia se podia dar, resolvió diciendo, que como habia perdido de vista el mundo, hácia el conocimiento de los hombres estaba muy léjos de poder dar su parecer en esto. Varon verdaderamente á propósito, si no escogido para el lado de un gran Príncipe, para el peso y manejo de gran monarquía, para el desinteres, para la amplificacion del Estado, para el decoro y estimacion en que se debe mantener, para restauracion de grandes pérdidas, para no fracasar con venganza y vituperio de los enemigos, y para restaurarnos á nuestra antigua gloria y reputacion en que fuímos admirables, y celebradas nuestras hazañas en largas historias por graves y diligentísimos autores.

Concluyo, Señor, con que la guerra de Italia, habiendo durado largos diez y seis años, restaurada en parte nuestra opinion, y despues de haber acabado en ella tres grandes

capitanes, no por accidente, sino de muerte natural, el duque de Saboya, el marqués de Espínola y el Collalto general de los alemanes por el Emperador, se compusieron las cosas, más por recelo de mayores discordias, que por voluntad; volviéndole al duque de Nevers á Mántua y á Monferrato, con una paz engañosa que solicitó el frances por obtener lo capitulado en Ratisbona el Octubre de 630, con ambas majestades Imperial y Católica, y ellos lo hicieron por resarcir la guerra, y asegurar la cristiandad; y á este fin se restituyeron Mántua, paso de Grisones, ciudad y ciudadela del Casal de Monferrato, y se dió la investidura al duque de Nevers. Mas despues lo rompieron todo, entrando en ligas, conmoviendo los herejes, en primer lugar al rey de Suecia, en el mismo año, que hemos comenzado este libro, de 626, y al duque de Saboya sus plazas; con que salieron franceses y alemanes de Italia, conduciéndola á su antigua paz, y las gentes del rey Católico pasaron á Flandes, debajo de la conducta del duque de Lerma, gobernador de las armas de aquellos países, el marqués de Santa Cruz, y el Estado de Milan, otra vez, el duque de Féria; pasando esta influencia de Marte á molestar el Imperio, y á quererle invadir Suecia, Sajonia, Brandemburg y Baviera, que anhela á la dignidad, coligado con Francia y otros malafectos, no perdonando esta opinion el Papa, que aspira á meter en la Iglesia el reino de Nápoles, en que no quiero cansar más á V. E., ni ofenderle las orejas ni quebrantarle el corazon, para decirle que está para perderse la cristiandad en nuestros dias: sin poder arribar Flandes á ningun trofeo, ántes peor opinados que siempre se juntan nuestros enemigos para acabarnos; que los efectos, que esperamos serán de esta misma manera, sino peores, ó por nuestros pecados, ó por la infelicidad de nuestros gobernadores que, tenaces en su opinion, por no seguir las huellas de los monarcas pasados, que tan admirados efectos nos dejaron en ellas, erraron incautamente en las suyas; ya se verán. ¡Oh, no lo quiera Dios! El principio de todo esto, Señor, es lo que yo he podido referir á V. E. en estos años postreros, desde el de 1626 hasta el de 32, y lo que he osado

discurrir con más brevedad y precision acerca del gobierno de la monarquía de España; que fuera hacer ofensa á V. E. no dedicárselos, no tanto porque no ha menester ayos, de que su leccion merece su aplauso y acogida, cuanto porque los atentos y detractores de esta edad, en todo género de materias venenosos, y que las escudriñan todas para ajarlas, habiendo en ellas incluido pedazos que tocan á V. E., tentados de esta inclusion ó adolescencia no los tuerzan, ó los traduzcan á otra luz ó á otro sentido, y hagan nuestra narracion apócrifa, siendo así que el acertadísimo proceder de V. E. (no hay duda) me sacará de este empeño, y á V. E. de peligrar en este escollo; mereciendo precisamente por sus muchas virtudes y grandeza de ánimo, y por las maravillosas proezas de sus ínclitos progenitores, los elogios que los más ilustres varones, los anales que los más esclarecidos príncipes.

Hasta aquí habia yo encaminado mi discurso, y aquí le pensé dejar; empero los que leyeron el suceso del Almirante de Castilla y cuán envanecido le dejamos, sabiendo el fin que tuvo y que ahora impensadamente acaba de fenecer, ó me acusarian de poco diligente ó defectuosa la narracion. Quise, pues, enmendarla y retirarme de lo dicho, y por una vez dicho, quise ya que corriese así y que siguiese su fortuna. No hay, pues, poder hacer juicio de los intentos ó revelaciones de los hombres: la inconstancia es hija de aquella naturaleza, y pocos saben morir gloriosos. Referimos en los capítulos pasados las diligencias que se hacian con el Almirante para que volviese á la corte y al servicio del Rey, de parte de los Validos, ó las que hacia la duquesa de Medina, su madre: órase esto ó aquello, que no quiero afirmar lo uno ni lo otro, ni descaecer de su punto ó confianza á nadie, empero demos caso que las hacian de su parte; dejemos á los vanos en su esfera. La duquesa, pues, de Medina de Rioseco, instaba importunamente por la vuelta de su hijo á la corte y á la vista de su Príncipe; atraviésanse medios ó circunstancias muy poderosas; las medras de la casa, el arribar á los puestos y á los magistrados para crecer con el puesto, y el mando en la

autoridad y esplendor. El retiro es vivir apartado de la influencia del mayor planeta, y por eso aquellos dos polos setentrional y meridional, bien fuera de toda luz, estériles, inhabitables, despojados de todo ornamento, inhábiles para la creacion, son ejemplo que hace á los industriados, codiciosos de gloria y de altos puestos, apetecer los terrenos debajo de aquellas zonas luminosas y más florecidas del príncipe de los astros, para crecer y medrar en ellos. Hacia, pues, sus diligencias, ó por tenerle aquí porque viese á su Rey y casarle con los Validos (achaque comun de grandes y pequeños); y aunque el año de 29, cuando se tomó por expediente, para restituirle, la expulsion de Castel Rodrigo, atendiendo el Almirante, no correspondia con las obligaciones de cortés, de sangre y de amigo en entrar por esta puerta, cuando se decia que por su causa y por haber sido su consejero echaban á Castel Rodrigo por la otra, no le pareció abrazar el modo, ántes correr la fortuna del amigo (parece que lo leyó en Séneca), y entre tanto que estaba retirado estarlo él, y no volver hasta que volviese ó le diesen puesto considerable á sus méritos, con que quedase desempeñado de la deuda á la obligacion, y de la queja; y así, abandonando el modo, se volvió á Valladolid.

Repetí muchas veces, que querian que volviese para ponerle la ceniza, y obligarle á que reconociese superioridad, como dije; para lo cual, y ablandar esta dureza, llamaron al marqués de Castel Rodrigo para la embajada de Roma. Vino el Marqués á la corte, cumplió con su obligacion, estuvo algunos meses en ella, y pasó á Roma con las instrucciones que le dieron; y cuando ya se supo que el Marqués estaba en aquella ciudad, corrió voz por Madrid que el Almirante entraba por Palacio á besar la mano al Rey y asistir en la corte. Preguntaban muchos en esta sazon si el Almirante, sin embargo de venir á la corte, venia á servir: muchos lo dudaban y lo ignoraban muchos. Los que traducian el caso y discurrian cómo habia de ser, decian que el Almirante queria estar en la corte, ver á su Rey, y estarse en su casa, como á los

principios se lo oyeron decir, y que no queria pasar por lo profano de la servidumbre, escarmentado de las indignidades que se hicieron con él, ostentando *la deidad de gran señor con soberanía y sin ofensa*. Otros decian, le habian admitido á la corte por borrar aquella queja de retirado, en que parece vivia con más estimacion que la que querian los émulos (que hasta en esto pone sus asechanzas la malicia); que le dejarian así, porque á quien habia querido dejar el servicio del Rey por su propio albedrío y con tanto denuedo, era bien, aunque arrepentido, castigarle para dejar con más claridad y derecho el escarmiento y el ejemplo: proseguian, que por la union del infante D. Cárlos y suya se huiria de esto, por no caer en manifiestos y mortales inconvenientes; cosa en que está más atento y más á caballo el Valido, si bien corria con ménos riesgo este cuidado, con el Príncipe que ya posee España, y se vivia fuera de toda duda y sospecha. Discurríase, pues, en esta materia, y en esto se dudaba el asiento del Almirante, calumniándole los de más seso y cordura y los más estirados en su estimacion, que un caballero, que así habia peleado y mantenido su decoro, hubiese caido de aquella veneracion que le daba el estar como señor retirado y en su casa. Estuvo primero el Almirante en Medina de Rioseco, lugar en Castilla de aquel porte de los mejores, cerca de Valladolid y de Búrgos, de recreacion apacible, suficiente poblacion y autorizada vivienda, favorecido de los pueblos de Galicia, Astúrias y Santander con sus mercaderías y regalos, con que no envidiaba la abundancia y felicidad de las otras colonias, porque no le faltaba ninguna de ellas: de éste pasó á Valladolid, dando motivos de inestabilidad, á vivir en aquellas ilustres y antiguas casas, que tan respetadas fueron en los siglos pasados, y cuando las casas en Castilla corrian fortuna: aquí, pues, era cortejado de la nobleza, atendido de la Chancillería y tribunales y reverenciado de los plebeyos.

El Almirante en Valladolid, se decia en la corte, es rey, es señor, es adorado y reverenciado por tal, y aplaudido de todos: dábase á la caza y á los otros ejercicios ciudadanos,

valiéndose de él los ciudadanos menesterosos, con que le tenian por primero y por cabeza; conservaba allí sus brios, su autoridad y estimacion, y los de más canas y consejo le miraban con reverencia, concibiendo de aquella primera resolucion y alientos grandes cosas en lo adelante, y que sería Príncipe (sin duda) ventajoso á muchos. Si los que nacieron con prosperidad de la fortuna y de los méritos, heredados con grandes estados y posesiones, meditasen esto, y más cuando no los fuerza la necesidad á cosas domésticas, qué cierto es no trocarian su suerte de soberanía y de bien reputados por otra! A los criados en el tráfago y bullicio de la corte, con dificultad les hace conservar en lo mejor, prevalecer en la virtud de la constancia y en aquello á que una vez se dispusieran, por no descaecer del crédito, por no doblarse á la sumision indecente y miserable de los vanos, ni permitirles aquella gloria caduca. Con la vuelta del Almirante todo esto se perdió de vista, y ya le consideraban de otro talento y de otras esperanzas, y desvanecido ya aquel consejo; y de aquí formaban su juicio los más cuerdos, y de más asentada prudencia en nuestra opinion. Corriendo, pues, este rumbo las cosas del Almirante, viéndole entrar en Palacio, sin hacer otra cosa más que arrimarse al lado de los Grandes y cubrirse, la satisfaccion que de él se queria tomar de lo pasado, no dormia; y así se arrastró todo lo demas, en que podia fracasar el miedo ó juicio humano de parte del Valido (que gozar del deleite de la venganza es porcion sabrosa á los poderosos), concediéndoselo todo por hacer mayor el triunfo. Y así, dentro de un mes de su entrada en la corte, le mandaron sirviese el oficio de gentilhombre de la Cámara, y abrazólo; y viéndolo ya en la red, desenvolviendo el rencor encubierto y no olvidado por espacio de seis años, en que se pudieran haber perdido de vista por la gravedad de las ocupaciones y del tiempo grandes cuidados, se salió á la ejecucion.

Porque, primero veremos, en la mayor seguridad de las materias y cuando el juicio más claro apénas las puede antever y en la mayor tranquilidad de nuestros pueblos, con-

jurarse enemigos, jamás de la opinion conocidos, y trastornar el Estado. Bajar el sueco con portentosos ejércitos de lo más escondido y retirado, donde apénas calienta el sol seis meses, y atravesar Alemania, y romper las formidables y potentísimas legiones imperiales, dejando áun sospechoso en la fe al Tilli: y se verá al de Sajonia, conservado por más de cien años en la devocion de los Césares de la Casa de Austria, y al de Brandemburg, ponerse al lado de este enemigo, y tantear la expulsion del César, ó por odio, ó por admitir á otro Príncipe en la Corona; y todo esto por no seguir las huellas de nuestros pasados, que la supieron conservar. Y otrosí, pasar con esclarecida reputacion y victoria el sueco, y calarse por Bohemia, llegar á Braga, entrarla con lastimoso estrago de las imágenes y cosas sagradas, pasar el Rhin y enseñorear el Palatinado inferior; y ser cabeza de esta Liga el rey de Francia, por inteligencias del duque de Baviera, olvidado de la religion y del parentesco con el Emperador, por la codicia de mayores Estados: entrar el frances sujetando las plazas del confin del Imperio, con ánimo de investir la Corona y hacerse Rey de Romanos, glorioso de que tiene en esta demanda por general un rey de Suecia (cosa jamás leida en historias), y que se le van rindiendo los pueblos, con gusto y calor de los Electores: los eclesiásticos Tréveris y Colonia de la faccion francesa; Maguncia asolada porque no sigue este pretexto; los holandeses con socorros y gruesos regimientos siguiendo el tratado de la Liga; el rey de Inglaterra, infiel conservador de los capítulos de la paz con España, enviar 6.000 hombres á Holanda para prosiguir la invasion y la ruina de todo: muchos rumores y mayores inquietudes en Italia; el Papa, desatento á la dignidad, auxiliando al frances de todas maneras, reforzándole de dineros y consejos para asir con la Romanía el reino de Nápoles por feudos de la Iglesia; los potentados de esta provincia solicitados del duque de Saboya, alianzado con el frances, y confirmado en la Liga con la entrega de las plazas de Piñarolo y Susa: bajar á la deshilada diferentes naciones forasteras por el Delfinado á ocupar los más importantes

puestos de Valtelina y otros puestos; los doce cantones de esguízaros solicitados, grisones á la mira, y venecianos no faltando con sus inteligencias: no armarse el Papa para ponerse al lado del Emperador y echar los herejes del Imperio y solicitar los príncipes católicos, aunque pocos, por esta empresa; no reprender los Electores de Tréveris y Colonia, porque fomentan esto, ni al duque de Baviera, porque como Cristianísimo abriga y da calor á herejes, para destruccion de la cristiandad; porque, ¿quién dice que si se destruyese Alemania se aseguraria Roma? Todo esto se verá, y todo lo alcanzaremos en nuestros dias; y procederemos en todo como si nos faltara la prudencia y el seso, sin atencion y providencia, y tan desapercibidos que los enemigos, no hallando nuestras armas en su opósito, consigan más de aquello á que se extendió su ambicion y pensamiento. Todo esto se verá, porque no nos conviene ántes otra felicidad y todo lo perderemos; empero no que un envanecido, un imperioso, un tirano se descuide, ó pierda un átomo de su venganza y soberbia, ó de preferir al que más razon tiene, para entrar con él en los límites de la templanza y modestia.

Vamos al caso y al negocio de los poderosos, cual el que vemos exaltado y en estimacion, ántes que á la causa pública. Sirvió su oficio el Almirante, y la mañana que le tocó la guarda ó el vestir al Rey, no madrugando jamás para este ministerio el duque de Medina de las Torres, ni cuidando de las circunstancias de su oficio más que de tenerle, ni del lustre ni ornamento de aquel cuarto (que cierto hace compasion su desamparo, y el de los que le asisten, y poca autoridad de las Reales ceremonias, y luégo campamos de vigilantes, y celosos, dando sólo á uno lo que podia ser premio para muchos), madrugó aquella mañana, ostentó contra el Almirante la primacía, lo de Jefe y Sumiller, y pidiendo el Rey la camisa, dándosela los demas dias el gentilhombre de la Cámara que está allí, se la dió el Duque y arrimó el Almirante, haciéndole reconocer superioridad; logró la faccion Valida su Imperio y abatió el Almirante sus banderas, que fué sobre lo

que primero se peleó, y dimos que discurrir al mundo. No fué esto sin atender á ello, ni sin penetrarlo todos: lo entendieron cuantos se hallaron allí, y se admiraron, y áun les pareció demasiada obstinacion; empero todo lo creyeron de aquel natural, á que todos tenian sujetas las cervices. Este fin tuvo aquel encuentro, sucedido en el año de 1626 por los meses de Marzo y Abril en Barcelona, y de esta manera logran y satisfacen sus pasiones los que están en los lugares altos, debiendo ántes resplandecer en las virtudes de la humanidad y cortesía. Celebróse aquel dia este hecho con grande alborozo en la parentela, á quien agradó ante todas cosas la venganza; pareciéndoles habian deshecho y destrozado gran tuerto y domado gran cabeza: y diérase todo por bien empleado si aquel corazon, insidiador del bien comun, se hubiera satisfecho de aquellos nuestros afanes y entrara en la tolerancia de nuestras miserias ó en el uso justo y templado con que fuimos gobernados las eras pasadas; ántes abandonando aquellos ejemplares preceptos, prudentes y piadosos en que se vió esta monarquía en sumo respeto, lustre y tranquilidad, buscada de extranjeros y naturales, la habia arrastrado á ser ahora aborrecida y huida de todos.

¡Y que digan de él en nuestros anales que tiene sujetas las acciones y la voluntad del Príncipe por sus conveniencias y comodidades propias! Que tanta variedad de cosas como introduce, es por tenerle y suspenderle, haciéndoselas inaccesibles para que se las deje; que arrebata las materias á los Consejos para que se las atribuyan á su trabajo y tiranizarlas todas, dejando las no tales á su poco afecto y á los que sabe se oponen al curso de ellas por perjudiciales y temerarias á la autoridad; que no se hace merced ninguna sino á quien quiere y como quiere, y á sus deudos solos, que si el Príncipe gusta ó se da por servido de alguno, si él lo quiere, aunque lo quiera; y áun, que si comete á personas ajustadas y de conciencia el exámen de algunas consultas, es por adularlos y suspenderles el juicio, para que no digan la verdad y desengañen al Príncipe del estado de sus cosas, y se establezca el suyo,

y al cabo, no haciéndose las mercedes sino deliberadas por su antojo, le aconseja que trabaje; y no dejando en qué, ni queriendo se haga dueño de esto, le suspende con decirle lo dé á entender; haciéndole encerrar, más porque no hable con los que le asisten, que por otra virtud más esencial; que le tasaba las mercedes, porque no las hiciese; hablándole siempre con su necesidad y asombrándole con que no tenía; haciéndole guardar hasta un doblon, porque viéndole tan escaso le dejasen y no acudiesen á él; porque la grandeza de ánimo atrae los vasallos, y los hace agradar en las cosas arduas y más menudas, y por aquí se abren camino, osan y emprenden. Por donde los grandes ni otros títulos no acudian á Palacio, ántes frecuentaban solamente sus puertas, y lisonjeaban sus criados ántes que los del Rey, no cayendo sobre ninguna cosa considerable; en su cuarto se daban las secretarías, y en sus deudos las presidencias; y las audiencias, aunque queria que pasasen primero por el Príncipe que por él, era porque hablándole pocos no le fatigasen muchos, y fuese más desagrado lo que él habia de dar: que ponia gabelas en las mercedes para deshacer los pretensores de la virtud de arriba, y crecer discurriendo los más, si le importaba para alguna secreta inteligencia el verlos acabados y consumidos; con que le tenian por enemigo capital de la naturaleza humana y del descanso y prosperidad de los súbditos: que tenía en continuas asechanzas y cautelas el cuarto del Rey, y amedrentados con los castigos sin fundamento, y por su antojo sólo, por ser temido, á los que por sus oficios asistian en él; que le placia el desconsuelo y hallaba descanso en la afliccion y gusto en la miseria. Y aunque todo era afectar necesidad y despojo en su cuarto, no pagando casa, ni caballeriza, ni comida, y pasando sus rentas, encomiendas y oficios de más de ciento cincuenta mil escudos, no gastando diez, ¿no podria creer nadie que no tuviese en Sevilla, ó en otra parte, cerca de un millon? admirándose del celo de que tanto se blasonaba, que cuando por la necesidad ó por la invencion se pedia á los vasallos, rigurosamente lo que áun no tenian, no ofreciese

él este donativo para las guerras, quizás contraidas ó inventadas por su capricho, ó por introducir en los Estados de los otros príncipes materias ó diseños contra la seguridad y su conservacion; de que está todo para correr ruina, y conspirando con armas poderosas contra la nuestra.

Pregunto yo si en historias humanas ó divinas habrá habido otro sujeto tan prodigioso ni tan horrendo, y con todas estas cosas, tan honrado, remunerado, favorecido, exaltado, y puesto en lugar eminente. Y lo que más hace fealdad y provoca la ira y castigo del cielo, que se palia con capa y sombra de virtud, no surtiendo los efectos á la candidez y pureza de la verdad; porque el que verdaderamente ama á la virtud, la apetece y se entra por sus puertas, deja la libertad á las acciones y á los oficios, no atropella las leyes, ejercita la humanidad, la misericordia, la templanza en los afectos, alivia á los vasallos, descansa los pueblos, solicita las mercedes, abre las puertas de su Príncipe para los grandes, para los presidentes y para los medianos y pequeños; procura la prosperidad comun. Empero, cuando se ve un Rey usurpada la potestad, profanada la religion y libertad del gobierno, pasando la majestad sin decoro, la autoridad sin el lustre con que fuimos temidos y venerados y buscados de todos los príncipes del Orbe, dúdase (y con justa razon) de la claridad de aquella virtud: una Reina, otrosí, puesta en suma estrecheza, y con ninguna libertad, y que apénas la pueda hablar un religioso, ni tratar las cosas de su espíritu con él, ante todo cautelado para saberlo todo y para entenderlo, y si no es á propósito para su dictámen, aunque lo sea el del Príncipe, apartarlo: dos infantes, si bien el uno dado á las letras, con flojedad el otro, sin ningun ejercicio militar y virtuoso, sin permitirle manejar un caballo ni las demas armas competentes á un Príncipe y sin cursar siquiera los dos maestros de la Geografía; cosa importantísima para el gobernador y capitan, ó para el que ha de regir ejércitos y Estados. En lo que ántes parece se buscaba la felicidad en el saber, hoy quieren se consiga con la ignorancia; cargando la mano en que nadie pueda nada, nadie me-

dre, nadie tenga, ninguno sepa nada, calle el Ministro, enmudezca el predicador, obedezcan todos, perezcan las leyes y sólo lo sean el poder, y el mando, la necesidad y el sufrimiento: estén cerca los lisonjeros, á los que todo lo conceden por entrar en todo y el gran consejero, si tiene opinion, con estar apartado no ocupado, y desfavorecido, no lo parezca, y vaya otro á embajadas, cuando el Príncipe se satisface de sus consejos, pudiendo bastar otro ménos suficiente para aquel ministerio, y con estar ausente, ni arribe á aquella gran fortuna y muera sin nada, porque se salve el particular de un solo poderoso.

Querria acabar, empero los sucesos vienen tales y proceden tan sin freno que no dejan la pluma para no ser referidos. Partió D. Gonzalo de Córdoba á París á notificar al rey de Francia, se declarase por enemigo ó amigo, y que con brevedad sacase la gente de la Alsacia, y la que de secreto y á la deshilada habia metido en Italia para ascender al Imperio. A mi juicio, este hecho más camina á inquietar y añadir gastos, que porque pueda ser Emperador en Alemania; siendo forzoso el asistir allá, para afirmarse en la dignidad, y si esto ha de ser así, con dificultad será rey de Francia, ni desde París ser Emperador. No está aquel reino como en tiempo de Carlo-Magno: inúndanle no pequeña parte la herejía y diversos humores tocados de infelicidad, entre los cuales hay alguno que le parece en su derecho más legítimo al reino de Francia. Cánsase en vano el que le parece que el tiempo, ó los yerros de nuestras materias, ó su avilanteza, le podrán colocar en el Imperio; ni es bastante un potentado solo á poderlo hacer, aunque el Papa lo quiera; sin los límites de Baviera, Casel, Sajonia y Brandemburg y los electores eclesiásticos, quieren más el Emperador aleman que frances; *nacion aborrecida en toda la tierra y en todos los siglos por su trato y vil correspondencia.* Esto se ventiló largamente en los tiempos de Cárlos V, cuando Francisco, rey de Francia, pedia la Corona imperial, y decian los más atentados que el Imperio se habia de dar á aleman y á quien hablase la lengua alemana, y así prevale-

ció la pretension de Cárlos á la de Francisco. Si el dominio de los dos de la Casa de Austria en Alemania fuera corto, como el de algunos de sus potentados, aunque le ampararan las fuerzas de España, áun parece se podria entrar en confianza; empero rey de Bohemia, de Hungría, reinos poderosísimos, aunque consumido el uno de los turcos, pueden hacer frente al más poderoso: la Austria superior é inferior hacen más formidables estas dos coronas, y con la Silesia y Moravia, la Stiria, Corintia y Carida, y la Istria que posee Leopoldo, hermano de Ferdinando, Emperador, podrian por sí solas alterar el elector más envanecido y descollado; los estados de Flandes, plaza de armas sobre todas las de nuestros orbes y tan juntas aquellas provincias, hará á todo enemigo vivir con cuidado y meter los piés en el recato, y mirar por su casa.

Y más, si armásemos al duque de Orleans, hermano del rey de Francia, que desavenido yace en Bruselas, y le hiciésemos entrar por Picardia, ¿quién duda que sería de cuidado, y que se le juntarian muchos monsieures, á los cuales agrada aquel Príncipe, desconfiados de la sucesion del otro? Si acometiese el Emperador con sus fuerzas por el ducado de Luxemburg, con asistencia de loreneses; si el rey Católico, por Perpiñan, con caudillo y maeses de campo de reputacion; el marqués de Villafranca, con gruesa escuadra de galeras, por Marsella; D. Fadrique de Toledo, su hermano, por la Rochela, con navíos, todavía le pusieran en contingencia el ser rey de Francia. Aun en Italia es más aborrecido este nombre, y en tanto conserva allí sus confederados, cuanto no le vieran atravesar sus términos, ni tentar nuevos movimientos; la Tiara pontifical se conserva y se autoriza mejor á la sombra de nuestros castillos y leones, tanto más que no de las lises francesas. Invadir á Nápoles, lo hallo por dificultoso: lo uno, por lo que acabamos de decir, que no hay Príncipe que apetezca el señorío frances: hasta el mismo veneciano, interesado ahora, si le viese dentro se le opondria: ni aquellos potentados quieren militar ni alojarse debajo de sus banderas. Las primeras guerras de Cárlos VIII acreditan bastante-

mente este discurso, que si bien los sujetos con presteza los echaron, abrazando más aína la dulzura del yugo español ántes que el soberbio y tirano de los franceses, cuando le poseyera la Iglesia, que lo dudo, era imposible conservarle, y fuera motivo de desolaciones y ruinas implacables. Háse de conservar el mayor Príncipe, más religioso y católico, por la mayor necesidad de la Iglesia: á éste le toca manejar la espada contra los cismáticos, y á aquel el breviario para invocar el auxilio, como lo hizo y estableció el primer Vicario de Cristo, á quien siguieron los mejores y más verdaderos Pontífices, gobernados por el Espíritu Santo.

Cuánto importa conservar la paz y no alterarla, fracasos acaecidos en semejantes intentos lo digan; empero digamos del rey de Suecia, sus derrotas y discursos, cuyo progreso ántes nos pone en admiracion que conflicto. Un Rey tenido por soldado, ni en tierras, ni en gentes, ni en tesoros proporcionado, ántes inferior á todos los de la Europa, descender desde lo más alto de ella y de lo más septentrional, comun enemigo poderoso por vecino, como lo es el polaco, que á pocas jornadas le podria deshacer y áun defraudarle de la dignidad de Rey, atravesar Alemania y solo encaminarse al Palatinado; parece confederacion de ingleses y holandeses, y áun permision del discurso estadista de España para restituir al Palatino por este modo, no pudiendo de otra manera restituirle en el Palatinado superior y título de Elector, que tiene el duque de Baviera, cuyo proceder debe provocar la enmienda; y tambien creo se invoca por aquí mejor el ardid, si bien me persuado que áun el secreto no ha podido cubrirle: llegar, pues, al Palatinado, decirle el rey de Francia que no prosiga adelante, parece que hace fe en lo que discurrimos, y que invoca el auxilio frances, el bárbaro, para no ser defraudado en estados y preseas. Ser el rey de Francia Emperador por su mano, es desatino, si quien lo ha trabajado lo ha de querer ántes para sí que para otro; el haber maltratado algunos electores eclesiásticos, pone en duda el discurso, y lo otro, para lo tocante al Palatinado, no verle con brevedad asistido con las

armas de la Bretaña y de Holanda, ántes nos dicen las cartas y los correos está sin gente; y tanto, que no pasan los suyos de 8.000 soldados; corto caudal para las grandes levas que hace el César y las que presumen se harán en España, ó contra él si pretende llevarse el Imperio, ó contra el frances si quiere insidiar nuestra monarquía. Creo que nuestras juntas, aparatos y contribuciones los hará retirar, si ya no es que por esta puerta los llaman nuestras quejas, y fian de aquí su atrevimiento; empero, trocando las manos y haciendo aliento de nuestro dolor y esfuerzo, á toda vía cuidadosos nosotros, los pondrá en cuidado: dos tercios de infantería y uno de caballería, y otros tres reservados, podrian sacudir de nuestros hombros el peso de este accidente, y retirar ó prender el suceso, pues no está tan segura la vuelta.

Esencial cosa es en los grandes capitanes, que aspiran á la gloria y alabanza militar y hacerse en todos los siglos inmortales con ella, el valor, el ánimo y las fuerzas; empero á mi ver, en primer lugar y en lo que más se ha de poner el juicio y el estudio, y de lo que más necesitan es del consejo. Poco me aprovecharia á mí ser dotado de valiente, si con mal discurso emprendiese cosas, llevado solamente del vigor corporal y de la virtud del ánimo, que me desvaneciesen y dejasen sin crédito; de donde se sigue que ha de ser ante todas cosas más aína el juicio y la prudencia que no lo orgulloso y arriscado del espíritu, porque éste sin aquél no valen nada, y con aquél, en sujetos muy débiles y flacos, hemos oido y visto maravillosas cosas obrar. Y si supuesto que es tan importante la atencion y el seso en el capitan, si viese yo alguno que pretendiese aclamacion, que temerariamente se aparta del verdadero camino militar y de lo justo, aunque los suyos ó sus confederados ó confinantes por lisonjearle ó despeñarle, que esto es lo más propio, le pretendiesen dar el lauro, si fundamos en derecho la materia, como se debe, ó en buena filosofía el arte si hemos de guardar el decoro á los preceptos de razon y de justicia, si les quitáramos erraríamos, ó yerran todos los que dicen que es buen soldado; y dejar un Rey

su casa expuesta á los riesgos del vecino más poderoso, es gran delirio, y atreverse al Imperio, aunque sea con los alientos de otro, que no pudo por su vasallo (ó pariente) obtener una plaza en Italia, y más cuando, ellos desarmados, está para salir el César este Marzo, como dicen, con 100.000 soldados entre caballos é infantes. Y á esto, ¿qué no harán las fuerzas de España? Gran locura alargarse tanto; que embarazándole los socorros se los rompan y á él sea forzoso apresarle y cogerle en los pasos, y cortárselos, desatino.

Hablo, finalmente, sin haber acabado el suceso ó el fin de la guerra, ni resolver; así el principio se concierta con mi discurso, y si este intento le mueve y España, Inglaterra y Holanda (gran fortuna) lo consienten, y por deshacer del huésped y restituirle, castigan al duque de Baviera, ó por si ha tenido intento de aspirar á la dignidad cesárea, ó á nuevas ligas ó movimientos con el frances, ó para él, ó para sí, cosa que admira siendo el pariente más cercano de la Casa de Austria que hay en aquellas provincias, digo que así milita esto; pues vemos que el sueco ántes que á otras plazas se encamina á las del Palatinado, siendo lo derecho, si es que se endereza á la dignidad Imperial, éntre en el Francofort, y allí convoca la secta y electores para coronarse por Rey de Romanos. Cualquiera cosa que ella sea nos la dirá el tiempo, porque nuestros desaciertos ó los ajenos no se encubren mucho; y en mi opinion, ni el sueco quedará con nombre de soldado, yerro de quien ántes de moverse no anteve el fin de la empresa, ni nosotros por acertados, si introducimos guerras sin propósito y con armas infieles, ni el frances con la ascension al Imperio, cuando en París áun no tienen seguridad los reyes ni se pueden ocultar de los cuchillos de sus vasallos, ni de sus cautelas y traiciones; y más cuando la madre y el hermano están fuera, desavenidos, en Flandes, quizá para tomar satisfaccion de quien pretende alterar la paz, la religion, el Estado, y ambas monarquías cesárea y católica; pues áun el rey Francisco, más Rey de vasallos, más soldado, más poderoso, no lo pudo hacer ni conseguir.

A esto, y á lo que dijimos primero, dicen va D. Gonzalo de Córdoba: él lo procuró rehusar, recordando al Rey que lo que habia ganado en Alemania lo perdió sobre el Casal en Italia; entónces ni le dimos calor allí, y le trujimos de allí, y ahora va á esto por no detenerle aquí, y porque su consejo se aventaja al del más presumido; y así conviene tenerle léjos, no nos desarme la comodidad, que la bachillería y lisonja llama celo.

El duque de Lerma, á esta sazon, impensadamente y por la posta se vino de Flandes, porque no faltando guerra en todo el mundo, en Alemania y España, allí, en los pueblos, aquí en las haciendas, le faltó á él, por no darle en qué merecer. No dejó de admirar, que cuando todo el mundo estaba en asombro por las muchas armas que entraban en Alemania y se esperaban en Italia, y cuando se decia que marchaba hácia Colonia con 10.000 soldados, hallársele en la corte, no respondiendo, á los que le preguntaban lo de aquellas provincias y su venida, que no habia guerra. Alguno, cuando le vió llegar á sus canceles, cuando más rodeado de teólogos para sacar dineros, le pesó, porque le pareció habia de desvanecer mucho el ardid y la cautela; y así lo procuró inspirar para que dijese venia de prisa y á negocios de aquellos Estados, y que luégo se habia de volver. Reconocieron muchos la corteza de esta enigma, porque era otra el alma.

Batiéndose á toda furia el sacar dinero, estaba ya decretado un pedido general, que no reservaba á las mujeres ni á los niños, incluyendo en él hasta los mismos criados. Habíase llamado á Córtes para jurar al Príncipe, y despachado convocatorias á todas las ciudades, con órden expresa y forzosa para que enviasen con sus procuradores los poderes decisivos: muchos lo rehusaron, otros temieron la furia del poderoso y otros lo resistian, para quien no faltó durísima reprension; que ya se tiene por vituperio la defensa y amparo de la patria, habiendo sido en las horas pasadas de grande opinion y esplendor para los protectores. Temíase en estas Córtes la subida de los Juros, á treinta, la de la plata y el

tributo de la harina, cuando el de la sal estaba para arruinar á Castilla y á todo el reino. Sentido el Papa por la prision de los clérigos de Sevilla, con que no se oia otra cosa por calles y por plazas si no es lamentos, miserias, aflicciones, congojas, lágrimas y otras cosas, presagios que prescribian nuestra ruina; con que los hombres celosos y más fieles, para consuelo de su llanto y enjugar sus lágrimas, invocar ó persuadir el remedio y la misericordia, desplegaban los archivos, los nacimientos, las historias antiguas, los juicios de las estrellas, y me aseguraron habia testimonios y certificaciones de que habia nacido este hombre, cuando su padre fué embajador en Roma, en la casa de Neron, el peor de los hombres y más escandaloso, y áun debajo de sus mismos astros é influencias. ¡Tales obras hacen desenterrar, tales observancias y figuras, y pronosticarnos de tal sujeto mayores trabajos é infortunios, si los hay ó los puede haber mayores!

1632.—Para jurar el Rey al príncipe Baltasar Cárlos, pasó con la Reina, el Príncipe, el infante D. Cárlos y D. Fernando, el dia antecedente, sábado seis de Marzo del año de mil seiscientos treinta y dos, al convento Real de San Jerónimo, obra de Enrique IV, rey de Castilla. Algunos dias ántes se habia ventilado la forma y manera de cómo se tomaria el pleito homenaje á los infantes D. Cárlos y D. Fernando, y qué persona haria esto. Faltaban ejemplares en nuestros tiempos, y áun en lo pasado se carecia de noticia: buscáronse papeles en la Secretaría de Cámara, y en el Archivo de Simancas, y apénas se hallaron, y áun en las historias con dificultad, de suerte que se arbitró se le tomase el Rey; ejemplar que quedará para en lo adelante. Tambien se preguntaba quién tomaria el pleito homenaje á los prelados, grandes, títulos, caballeros y ciudadanos; y aquella misma noche se llamó muy de secreto á Don Fernando Afan de Rivera Enriquez, duque de Alcalá, retirado de la corte por las desavenencias que en Nápoles tuvo con el duque de Alba, cuando llevó la Reina á Alemania, siendo entónces el duque de Alcalá Virey en aquel reinado; diósele órden aquella noche de que lo hiciese, premeditado ántes con el

conde de Olivares, por desagraviarle, ó por hacer con esta ocurrencia las amistades con el duque de Alba, ó porque los grandes de la Andalucía y los que tienen sus casas en Sevilla nos deban esto en la posteridad: besó la mano al Rey, y besáronsela los que se hallaron allí, y besósela el duque de Alba; uso comun en casos semejantes, si bien le movió el favor del émulo. El dia siguiente, domingo, puesta la iglesia de San Jerónimo con el lustre y decencia que en los actos pasados se habia ejercido, y concurrido á ella prelados, embajadores, grandes, títulos, caballeros, criados y ciudades, bajó el Rey, la Reina y los infantes D. Cárlos y D. Fernando, los cuales traian al Príncipe, entraron en la cortina, dijo la misa el cardenal Zapata, ministróle el Sacramento de la Confirmacion, lo cual, acabado, juró el infante D. Fernando y Don Cárlos, sobre la cruz y el misal, que tenía delante de sí el cardenal Zapata depuesta la casulla y revestido con capa para este ministerio, y tomóles el Rey el pleito homenaje.

Juraron los prelados, los grandes, los títulos y aquellas familias que alcanzan este privilegio en Castilla, por antigüedad, por sangre ó hechos hazañosos, y las ciudades; tomándoles homenaje como quedó acordado. El duque de Alcalá tomósele al duque de Alba, ejerciendo la ceremonia del estoque el conde de Oropesa; al Cardenal le tomó el juramento el patriarca D. Alonso Perez de Guzman, y fué á hacer el pleito homenaje en las manos del duque de Alcalá; besó la mano al Rey, á la Reina y al Príncipe, que no admitieron, por la religion y soberanía de la dignidad. Volviéronse aquella noche á Palacio, y publicóse al otro dia el vireinado de Sicilia para el duque de Alcalá, con otras mercedes para personas de su casa; debiendo de restituirle el vireinado de Nápoles ante todas cosas, porque las que pasaron allí entre ambos duques no eran para deponerle. Estaba en Roma el conde de Monterey, y era justo pasarle por esta clase, y que ya que estaba en Nápoles, no se le desalojase del vireinado, que aunque estaba guardado el agravio, para muchos no se entiende ha de tocar en la parentela.

Dolió mucho al duque de Alba los honores y mercedes hechas al duque de Alcalá; las pasiones pasadas y presentes refrescaron el odio; dióse el duque de Alba á quejas, á representar sus servicios, y que era él el que con excesivos gastos y largo tiempo habia llevado á la reina de Hungría, pasando el Adriático, á las fronteras de Alemania que por aquella parte se comienza. En la historia decia que no le habian hecho merced y héchosela á su enemigo, y que aquel vireinado en los años pasados se le habia prometido á su hijo (afectando por aquí razon), y que no se le habia cumplido la palabra. Jugó del cerrion, y descolgando lo que tenia en Palacio, se fué á su casa con achaque de falta de salud.

Verdaderamente, parece ajeno de toda razon no concertar un hombre sus pasiones con la prudencia, y moderarlas con la razon, y querer obligar á los reyes á que las conserve contra el que quiere su vasallo, aunque sea grande, siendo su oficio el regirlos y componerlos, y que no haga merced al que le parece digno de hacérsela. No pecó aquí el Privado, empero pasó este disgusto por los que le recibimos: esta queja, sin duda, era fructuosa, debiendo quejarse ántes de que se le limitó la potencia en el oficio de Mayordomo mayor, que se le armó una Junta para reformársele, y que no pudiese dar una onza de azúcar que no se la pusiesen en su cuenta, dejándosele sólo en la apariencia y en la estatua. ¡Qué cosa para D. Juan de Mendoza, duque del Infantado, que cuando veia menudencias en Palacio, poquedades y miserias, decia:—Andad, Señor, no traigais aquí esas porquerías! ¡Luégo pasaria él porque le pusieran guardas al oficio!

A esta hora llegó la desastrosa nueva de la pérdida de la flota de Nueva España, que atormentó el reino y el mundo, estremeció el trato, hizo temblar los hombres de negocios y confundió el caudal de todos: llegó aquella mañana que vino de Roma la concesion que el Papa hacia al Rey de 80.000 ducados sobre los clérigos: que lo hundió la mar el dia que se hizo la gracia. Referian las cartas, y aviso que se tuvo de esto, que pasaban los navíos de mercaderes de diez y seis ó diez

y ocho, sin la almiranta ó capitana del Rey; que se perdieron diez ó doce millones, y tres de plata del Rey, de donativo y venta de oficios de aquella provincia, sin los derechos que le habian de tocar al llegar á Sanlúcar. Fué el sentimiento notable, y la sazon infeliz, por estar los enemigos en Alemania é Italia con más brios y fuerzas de las que convenia. El pueblo decia á voces, que la administracion sin fortuna del Conde le habia sepultado en el centro de las arenas, y el haber sacado el viaje de su curso nativo. Así lo daba á entender el conde de la Puebla del Maestre, presidente de aquel Consejo, por donde casi se rugió que se le bamboleaba el oficio, enviándole á Sevilla á prevencion de flotas, que no surtió á efecto por obligaciones que le asisten, y de que él se descendió; empero, sin embargo, poco despues le alargó, significando al Rey no tenía ánimo para ejecutar el órden de S. M. en quitar la plata á los mercaderes, porque los llantos y las voces eran infinitas, y las maldiciones innumerables y dignas de temer; que S. M. enviase otra persona para su ejecucion y áun para la presidencia de Indias, si no le acertaba á servir, se nombrase la que fuese servido. El Conde daba voces con esto, creyéndolo así, y que era para esta monarquía infausta su fatiga, porque los ciudadanos no asistian fuera sino dentro ya desarmar hombres.

Dicen que hizo un papel, ó que llamó algunos del Consejo y comenzó á exclamar diciendo, que pidiesen licencia á S. M. para retirarse, que su mala suerte y peor gobierno eran la causa de esta y otras muchas calamidades y desdichas, que por espacio de once años habia padecido esta monarquía, tanto, que estaba para correr ruina: el papel, dicen, fué más ponderado que verdadero, á todo el Consejo pleno, en que decia, era el Consejo, digo, el vasallo, que más habia deseado servir al Rey, y que ésto sólo sustentaria con su sangre; mas que su dicha habia sido tan corta que no lo habia podido conseguir: que queria dejar el manejo de papeles y negocios, y así propusiese el Consejo, sobre qué persona podria cargar S. M. este cuidado, que ya no se hallaba con fuerzas para pasar adelante; y que sólo atenderia á servirle en los oficios de Su-

miller de Corps y Caballerizo mayor. Los del Consejo, dicen, doblaron el billete y callaron, anteviendo que aquella proposicion tiraba solamente á tentar los ánimos, mas no á la verdad, y á ver lo que sentian los más rectos de aquellos senadores; percibiendo de aquí y áun temiéndose correr obligacion aquel Senado de corregir al Rey, los siniestros sucesos aviárselos, remediar los pasados, y prevenirle los presentes, los prósperos y los que convienen á la salud del reino y bien público. Callaron, pues; empero hubo alguno que refirió, que si volvia á proseguir la propuesta, que abandonando cuanto tenía y cuanto le podia suceder, anteponiéndolo á todo la utilidad de su Rey, su crédito, su fortuna, su descanso y toda buena andanza, responderia que S. M. no tenía necesidad de hombre, sino de sí sólo; que trabajase por su persona, que eso bastaba para recobrarse, para sacudir y frustrar los malos sucesos, volver en sí, resucitar este cuerpo, y hacerse temido, grande y de esclarecida reputacion entre todos los reyes de la tierra; y que eso lo conseguiria con su trabajo y aquel Consejo: recurso que le dejaron sus mayores, para cualquier siniestro accidente.

1631.—*Estrago del volcan de Nápoles.*—Tras esta pérdida de la flota, se lamentaba la gente, que ya por cartas de Italia lo tenía la Europa y casi las otras dos partes del mundo y sus confinantes, de la ruina y miserable estado del reino de Nápoles: referian que habia vomitado tanto fuego y ceniza la montaña del Soma, puesta á dos leguas de la ciudad de Nápoles, ó Vesubio, como lo escribe la erudicion antigua, que enterró muchos lugares, jardines, viñas y heredades de su contorno, tanto, que se llegó á reconocer su pérdida en cada año por millon y medio de escudos; dejando todas aquellas campiñas infructuosas, los lugares más luengos atormentados, los moradores medrosos, poniéndose al amparo y acogiéndose al sagrado de las iglesias; tanto, que les pareció se acercaban ya los últimos dias del mundo. Sucedió este estrago, dos horas ántes del dia, á 16 de Diciembre del año pasado 1631: fué tremendo el ruido y el asombro causado de los terremotos, la ceniza tan

densa y tanta, que embarazaba la vista del Sol, y casi de color de algodon crespado. Invocaban los naturales la misericordia y auxilio divino, acudiendo á la venerable y milagrosa reliquia de San Jenaro, patron de aquella colonia, entre las mayores la más esclarecida, y afirman muchos que le vieron oponerse á la ruina, como otra vez le vieron, por los años de 472, que volaron las cenizas llevadas de losvientos hasta la otra parte del Adriático, que baña el cabo de Otrento, á las provincias de Bari, Capitana y el Abruzo; y vomitó tanto fuego y agua de sí, que como torrente impetuoso corrió al Mediterráneo arrasando cuanto topaba, de suerte que algunos lugares corrieron fortuna, y se vió el humo de la materia por tres dias hirviendo dentro de la mar, y á las galeras que estaban en el muelle de Nápoles, con el ímpetu, les faltó el agua quince dias.

Refieren las relaciones, que estuvieron en suma congoja los naturales, y toda aquella parte del reino, que alinda con la montaña, en no menor cuidado. De siete veces deponen las historias, y esta será la octava, que ha sucedido este espectáculo: en tiempo de Augusto César fué la primera, y despues en tiempo de Tito, como se lo escribió Plinio el segundo á Cornelio Tácito, que fué la más prodigiosa, destruyendo las dos ciudades sentadas á la orilla de la mar, Hercúlea y Pompeyana, y hoy torre del Greco y torre de la Anunciada, pereciendo ambas aquella vez: otra en tiempo de Leon, emperador de Constantinopla; del Papa Benedicto II, de Benedito VIII, de Benedicto IX, y esta que acabamos de oir en nuestros dias, que son ocho. Todas estas ruinas é infelicidades, observadas por muchos varones de prudencia y canas, decian era querer Dios acabar esta monarquía, porque no eran sucesos estos que se oian en las tierras de los otros príncipes, sino en las nuestras. En nuestros mares los robos y pérdidas de las flotas, en Nápoles aquella exhalacion tan lamentable; el incendio de la Plaza, en la corte de Madrid; la inundacion de armas confederadas para derribarnos; los siniestros sucesos, la falta de todo, la miseria, la calamidad, la esterilidad

de los años y los inmensos tributos; en que parecemos pupilos de holandeses y pasantes de las más tiranas repúblicas del mundo, y de quien se dice que cuando comenzaron á entrar en esta plaza, entraron en su ruina y acabarse. ¿Qué se hicieron aquellos tiempos pasados? ¿Qué se hizo aquel Rey gloriosísimo para sus vasallos? ¿Qué de aquellos ministros dotados de tanta liberalidad y cortesía? Por eso dije en su historia, que los dejé con vida; porque no voy á templo, plaza y calle, casa particular, palacio, que no oiga á los nobles y plebeyos: ¡Ah, qué grande y qué piadoso fué nuestro rey Felipe III para nosotros! ¡Y qué prósperos fueron sus dias! ¡Qué dichoso su reinado! En él florecieron todas las cosas; la religion estuvo exaltada; las armas tuvieron su reputacion, los vasallos tuvieron descanso, aliento y padre, sus ministros nos aliviaron, y dieron honra y autoridad. Esto, como digo, decian y se oia, suspirando por él cada instante: quisieron, cuando acabó, hundirle los malos, aspirando sólo al colmo de su ambicion; empero hoy ha vuelto Dios por esta parte, porque lo aclaman así sus virtudes: era bueno y nosotros no tales, y confundíonos, y lo peor de todo, ¡qué léjos estamos del desengaño!

Sobre estos dos sucesos, del reino de Nápoles y de la flota de Nueva España, ideó de repente una jornada á Valencia y Barcelona, que dió mucho que hablar y que discurrir, encaminada ántes que acudir á las armas y defensa de Italia y Alemania al particular del Valido, y á modificar sus celos; que es lo que más nos conviene, y que, ántes que otro bien, tengamos éste como remedio universal, y con esta novedad enmudecer aquel yerro, y tambien, ó para que no se hablase en lo de la flota, ni le entrasen por allí al Príncipe los gemidos y la lástima de sus cosas y la del bien público, y pasase de allí al remedio, ó para sacarle de los predicadores; que jamás los he visto tan celosos y picantes. Predicador hubo, que refirió debajo de la teología cuantos acaecimientos hemos visto en estos once años de nuestro gobierno, porque quiere el demonio que, en el tiempo que es justo darnos á la contem-

placion de los misterios de nuestra reputacion, se introduzcan materias que diviertan nuestro espíritu por este camino, que nos lleva á la bienaventuranza; arrastrándose, pues, de aquí gran gente. Habíase apoderado de la voluntad del Príncipe infante D. Cárlos, D. Antonio de Moscoso; habíale hecho el Conde gentilhombre de su Cámara por acallar al Infante de la expulsion de D. Melchor de Moscoso, hermano de D. Antonio, que salió para obispo de Segovia, porque tambien tenia la misma gracia; habíale criado su madre la condesa de Altamira, hermana del duque de Lerma, y en esto cumplia con los oficios de Príncipe: habíase mostrado el D. Antonio agradecido al Conde, y casi queria que corriese por su mano la confidencia de aquel cuarto, y habia metido al Rey en esto, y que fuese con voluntad suya, y áun de hacer muy aficionado al Infante para con el conde de Olivares, de algunos disgustillos que ya dejo referidos en lo pasado, de que el Conde decia que no habia tal hombre ni que tal pensó, y que habia salido muy diferente de lo que se habia concebido de su natural, y que no parecia gallego; halagándole con algunas cosillas con que pudiese entrar en el cuarto del Rey, unas encomiendillas de Indias de hasta 4.000 ducados de renta, todo de bien poca consideracion, y no lo que le dejáse con descanso y con lustre por ser contra los preceptos de sus materias, sino lo que bastase á engañarle por entónces; con que el hombre estaba envanecido, surcaba en todos tres cuartos con bonanza, y decia que habia debido más al Conde que á su tio el duque de Lerma. Dejo ya respondido á esto, y por eso paso adelante.

Habíase apoderado de la voluntad del Infante; acudian los de Toledo, eclesiásticos y seculares, á su casa; dábanse á su devocion algunas provisioncillas de prebendas, porque las mayores daba al Conde, que tambien queria ser arzobispo de Toledo, como todos los demas oficios: arrimábase á esta amistad y secreto el infante D. Cárlos; y con la venida del Almirante, que era amigo del D. Antonio, habia crecido la gavilla y el fuego; y ambos infantes y el D. Antonio y el Almi-

rante, tenian en horas privadas conversaciones largas y secretas, por donde ya pensó el Conde que se hundia el mundo, se abrasaba la casa, y le alcanzaban las centellas: todos de la casa del duque de Lerma, unos por matrimonios, y otros por deudos, y toda ella agraviada. Calló, pues, á los principios, y disimulaba su arrepentimiento, si bien tocaba al arma continuamente con la salida del Infante á Flandes, y de donde pensaba excluir lo que ya le mordia el corazon; acordándose de lo que él hizo con el duque de Uceda, que, introduciéndose con él por confidente del cuarto del Príncipe, le salteó la presa, y así temió no fuese castigado del Moscoso por los mismos filos; que los acaecimientos de los tiempos son muy varios, y alguna vez por divina inteligencia forzosos, y áun semejantes. Vacó el arcedianato de Madrid, y pidiendo el marqués de Almazan, hermano mayor de D. Antonio, á la Reina, le pidiese al infante D. Fernando para uno de sus hijos, y habiéndole dado él de muy buena gana, capa premeditada por el gusto de D. Antonio, el Conde, que lo supo, y que aquel natural de que nadie se aumente le estimuló más vivamente el espíritu, dió cuenta al Rey de ello, y el Rey al Infante órden expresa que no le diese á nadie. Respondió que la Reina se le habia pedido á instancia del marqués de Almazan, para hijo suyo; con que resolviendo que, sin embargo, no lo diese, los unos no osaron tomarle de miedo, y el Conde no lo quiso dar, cubriendo su cautela, con que todo quedó resentido; comenzando á brotar nuevos tropiezos y disensiones en el cuarto, diciéndole los confidentes, la mucha mano que cada dia se tomaba el D. Antonio, que cómo fiaba tanto de los que habia hecho enemigos, que entraba en esta liga hasta el infante D. Cárlos, y que habia mucho que remediar (y tenía razon), y cuando para eso se hiciera cualquiera demostracion, habia mucha justicia. Apretósele, pues, al Infante, con que habia de caminar muy en breve, que se aprestase; lo cual creido, aunque á los más atentos les parecia habia mucho embarazo en Flandes, como la santa Infanta, la reina madre de Francia, el duque de Orleans su

hijo, todos, madre é hijo, huéspedes y fugitivos, se persuadian no era á propósito, por las diferencias que de ordinario se suelen ocasionar, y los disgustos sobre procedencias y corcortesías entre los príncipes, de que nacen gravísimas disensiones.

Creyóselo, pues, el Infante, é hizo un papel al Conde, en que le pedia que, quedándose Camarasa, se le consintiese dar á D. Antonio uno de los oficios mayores, creo que el de Sumiller de Corps, oficio que en lo de atras, para desengaños de esta ascension, cargaba sobre D. Gonzalo de Córdoba: fuéle respondido rasamente al Infante, que no se le habian de dar; con que luchó con el Conde valientemente, como se rugió en Madrid. Declaróse éste por enemigo suyo, de sus acciones, y de todo escribió, ó hizo escribiese el Rey á la señora Infanta, de Flandes escribiese acá no convenia, si el Infante habia de ir á gobernar á Flandes, llevase Privado; que eran muy diferentes aquellas provincias, en esta parte, que las de España, y no lo llevarian bien aquellos vasallos que aborrecen el nombre español, cuanto y más español y Privado. Y concédolo, porque el que hubiere de pasar á aquellos países se ha de revestir el ánimo, las costumbres, voluntad y acciones de flamenco, si los quiere regir á gusto y bien y ganarles los corazones. Por pasar á reducir los otros, así lo observó el archiduque Alberto, si bien le murmuraban mucho que eso lo tenía de aleman y del haber nacido allá, con que se presumia no era tan afecto á españoles, y no se lo podemos reprobar. Por su conveniencia, la señora Infanta siguió este dictámen; esencialísima materia y preciosa, porque todo es menester para no acabar de perder aquellos vasallos que tanto nos cuestan. Vino la carta, ó esperóse, y entre tanto hizo consultar el Consejo de Estado al Rey en esta misma causa, que para todo tenía mano, y para sacar el clavo con tenazas ajenas y palillos de feria; el Consejo, lo que se pidió en la carta (y aprobaban el intento del inventor sino todos los más), fabricó consulta sobre ello. Entre tanto se le denegó al Infante la administracion del arzo-

bispado para el obispo de Segovia, por cuanto el cardenal Zapata la queria dejar, por ver mal atendidas sus consultas ó porque se le negó una canongía para uno de sus sobrinos; y quién duda en el D. Antonio la pretension á cubrirse, por poseer, por el matrimonio contraido con la casa de Portocarrero? ¡Extraña cosa! ¡Qué pertinaz y vigilante era en no dejar á nadie conseguir nada! Esto aunque lo quisiesen los infantes; empero un beneficio, si le pedia alguna de sus criadas, aunque lo pidiese la Reina, por la imposicion que la Condesa habia puesto sobre todos los de aquel cuarto de que no pidiesen nada á la Reina, por tenerlo todo cautelado y con suma tiranía; pero esta ley no hablaba con aquellas. Pregunto yo, ¿por dónde han de respirar los que sirven? ¿No les ha de ser lícito valerse de sus fatigas y de lo que obligan sirviendo? ¿En todo han de estar metidos en un puño esprimiendo sangre?

Resuelta la consulta y ordenada subió al Rey, y de allí al Conde, como es uso y costumbre, y de allí pasó al confesor, obediente á las leyes del Privado y buen voto en todas Juntas, duras ó blandas (¡si Aliaga hubiera seguido esta senda de qué dichas no gozáramos hoy!). Fué, pues, el confesor con órden de decir al Infante no diese nombre de Privado á Don Antonio de Moscoso, que no convenia, de ir á gobernar á los Países-Bajos, que aquellas gentes no lo sufrian y lo llevarian mal. El Infante, suspendido de este mandato, respondió que él no tenia Privado, ni que lo habia de tener, y que así haria lo que S. M. le mandaba; y para embozar el tiro, prosiguió el confesor:—Esta es órden del Consejo de Estado y no de otra persona. Replicó el Infante, y dijo que así lo creia. Sintiólo, y á solas prorumpió con el D. Antonio y con el infante D. Cárlos, y derramó su sentimiento; y cada uno, incitado de tantas ignominias, asechanzas y heridas, hablaba sin freno y sin rienda, de que así quisiese un Privado, por su comodidad y por su miedo, atreverse hasta las mismas inteligencias sagradas; sentian los desagraciase con el Rey, su hermano, y los hiciese mal vistos de él: arrimábase aquí el Almirante, y fuera de Palacio mucha gente. El cuento corrió por el lugar, donde

se discurria largamente, y como esta parte sin duda arrastra todo lo mayor y más grande de la corte, dió cuidado; y los malsines, que existian en todas partes, hasta en los templos, y los que habia en el cuarto del Infante y del Rey, daban cuenta por menudo, si no de lo que oian, de que se hablaba y habia Juntas, y tambien dirian con el despecho que estaban todos y en cuanta desesperacion era exaltado por momentos el infante D. Fernando del confesor, y de aquí sería forzoso volver por sí y hablar algunas palabras con sentimiento, y de dónde era disparada esta flecha; de las cuales no puedo yo deponer, porque cosas tan secretas y á tan pocos reservadas, con dificultad se alcanzan. Finalmente, llevaria el confesor por respuesta los sentimientos, las palabras dichas con enojo, y retirado el decoro de Príncipe, que tal vez excede de la templanza sin poderse vencer de la modestia. Quitar á un Príncipe los criados, es cosa para sentirlo si es por ofensas cometidas contra la virtud: para casos tales son reservados los avisos; y si no hay enmienda, necesario es el castigo, y tal vez la deposicion, si para comodidades propias, ó por emulacion de que no crezca el otro, porque es de la casa, por pasion propia ha querido hundirle y valerse de la gracia del Príncipe para esta maldad execrable: escarapelar los hermanos, introducirlos en odio, y más entre hermanos tales, es gran yerro; juzgándolos todos, los de mejor consejo, por tan buenos y sumamente obedientes.

Pues creyendo el Conde llovian rayos sobre él, y se alteraba Palacio, la corte, el mundo y los hombres más graves de ella, jugó de la carta para cubrirse con ella, y él en persona fué y se la mostró al infante D. Fernando, diciéndole que aquello nacia de haberlo avisado asi la señora Infanta, de Flandes, y no de otra cosa. El Infante respondió, diciéndole todo lo que sentia de sí y de él, de lo pasado y de lo presente, de su intencion y astuto modo de proceder; de que, me afirman, hubo grande refriega, la cual acabada se retiró á su cuarto, rodeado y combatido de diversas imaginaciones, luchando consigo mismo del camino que tomaria en accidente

tan árduo. Discurrió que se habia aventurado á mucho, que ya el Infante tenía furiosamente irritado, y áun removidas todas las dependencias pasadas, y que aquel Privado, que él artificiosamente habia lisonjeado y permitídole correr con el Infante y usar de su valimiento, era fuerza, anteviendo le cortaba los pasos y atajaba las medras, que todo lo beneficiado se habia de convertir en odio, y áun aspirar á la venganza ó la enmienda, como hombre arrimado y querido de persona tan grande. Discurrió no desampararia esta union el infante D. Cárlos, y áun que el Príncipe, en todo enemigo de manifestar sus afectos, que era sin duda estrechísimo amigo de su hermano, y por esta parte al Moscoso en estrecha cabida con entrambos; efectos de algunos progresos de la mocedad, vínculo poderoso en la juventud. Temió sus sucesos, y el recientemente acabado de suceder, del estrago de los tres millones de plata, que adjudicaba el mundo á gobierno suyo, á su falta de fortuna, y poco valor, y sin ninguna empresa gloriosa en estos doce años de absoluto Ministro en la monarquía: temió que el Infante no tomase la pluma, ó solicitase á su hermano y en hora privada le refiriese el lastimoso estado de sus cosas y su falta de reputacion, y que, obrando tales avisos como únicos, ejecutase el desengaño; punto hasta donde él discurre que llega su privanza; hasta que su Rey abrace los consejos y obre por su entendimiento. Tras esto discurrió que el Moscoso arrastraba gran parentela, que el Almirante campaba con la pretension del infante D. Cárlos, y que á estos dos seguian las casas de Sandoval y Moscoso, agraviadas de malos oficios, desfavorecidas y desacreditadas con su Rey, y casi hundidas; que tras éstas corrian innumerable tropa de deudos, todos de casas grandes y esclarecidas, y que se podria volver de tal semblante la fortuna, que recibiese los denuestos y las coces de aquellos mismos á quien él se las dió; persistiendo de aquí, que ántes queria morir en otras manos que recaer en las de aquéllos. Finalmente, asaltado de estas ilusiones é imágenes, resolvió de acomodar esta quiebra, y desconfianza en que habia caido, aunque fuese á

costa de la persona más sagrada y más digna de atencion y con quien era justo rehusar la lucha, conocerse, sondar el riesgo, y no entrar con él en batalla; empero, ajeno de todo prudencial conocimiento, no queriendo desistir un punto de su exaltacion, imperio, vanidad y soberbia, á la hora privada, pretendiendo escapar de la tormenta en la tabla de aquel en cuya virtud arma sus cautelas y permanece en desatencion, dijo y escribió por mano del confesor, que quiere ántes militar en su conservacion que en lo justo:

«Señor: Habiéndose V. M. servido, desde que entró á reinar, de poner en mis manos, no sólo la distribucion de la monarquía y las mercedes, sino tambien los consejos, y habiendo yo atendido á lo primero con singular rectitud y limpieza, en lo segundo he puesto siempre la vigilancia que pide Rey tan grande, materias tan grandes, provincias y coronas tan dilatadas y extendidas; y no sólo me he procurado explayar por las de afuera, sino tambien en las domésticas y de dentro de casa, hasta las más mínimas de este Palacio, que no son de menor cuidado que aquéllas, ántes las que se deben examinar con suma asistencia, y áun temer sin duda. Entre muchas y muy varias, de que he confiado, avisado y prevenido, y hecho muy largos papeles (que algunos se hallarán en los archivos), servicio, segun yo pienso, entre los grandes el mayor es el de dos Serenísimos Infantes, que V. M. tiene tan cerca de sí. En los años pasados y en algunas ocurrencias, ya que he procurado observar sus inclinaciones y que me avisen de ellas los más asistentes, he conferido algunas con V. M., empero con más templada advertencia entónces, por no haber sido los años de tanto cuidado, si bien se diferian los remedios para lo de adelante y cuando ellos estuviesen en sazon, que si no se pudiesen temer, por la virtud esclarecidísima de los sujetos, se pudiesen prevenir, como lo enseña la prudencia, maestra y guía de todo efecto altamente fortunado.

»Encuentros, sin embargo, ha habido en este caso, y algunos en que reparar; empero la insuficiencia de los años no

ha dado lugar. El uno es ya casi de veinticinco años y el otro de veintitres, edad sazonada para todo; ambos robustos y bien proporcionados, y en los rostros lo viril del sexo, con veneracion y respetos, de claros juicios, ingenio, sagacidad y prudencia; pasando de hermanos á amigos, más de lo que en personas tales es lícito: y si bien el primero no tiene noticia de las letras, no ignora la parte que le conviene, y no se descuida la naturaleza de dotarle de circunstancias altamente aventajadas; el segundo tiene muy grandes principios, así en letras humanas como en las divinas, accion que perfecciona mucho el sujeto y le hace adelantar los intentos, y estirarlos á más de lo que le concede su esfera. No pretendo yo, Señor, ponderar aquí ni asombrar á V. M. con los ejemplos, repetidos continuamente, de las historias antiguas y modernas, así naturales como extranjeras; que en Príncipes tales, y en hermanos tan ejemplares á otros en la obediencia y respeto, en el amor y en la fidelidad, no se puede inferir cosa que no sea digna de la candidez de sus pensamientos, ni se puede regular por aquellos á quien no concedió el cielo ni prohijó la naturaleza, con tan heróicas y esclarecidas costumbres, como á los dos Serenísimos Infantes. En lo que yo he reparado siempre, y he puesto el cuidado y el aviso, es en aquellos que les pretenden alterar y hacerse lugar en su gracia, así grandes como medianos; unos por necesidad que de ellos tienen, otros por usar de la gloria del valimiento, y todos estos, no con las costumbres que se requieren, no con el lado de personas tales, ni con las virtudes que áun á ellos mismos les conviene; cosa sobre que se debe velar mucho.

»D. Antonio de Moscoso, despues de la expulsion del obispo de Segovia, su hermano, es dueño absoluto de la gracia del infante D. Fernando, y á ésta se llega el infante Don Cárlos, y ambos son conducidos por el D. Antonio, no con el estilo y decencia que pide el decoro y reverencia de personas tan altas, y, como ya otras veces he avisado á V. M., no conviene que ninguno tenga Privado, ni que corran por cuenta de su Palacio sus excesos. Puestos allá afuera, y en lugar ó

provincia apartada, no toca á V. M., tan de léjos, examinar por menudo las acciones y los pasos. Los hombres de prudencia impugnan esto, los de conciencia agravan la de V. M. en que no lo remedie, y la mia en que no lo avise, y más cuando V. M. descansa de estos cuidados sobre mis hombros, y ha renunciado en mí este derecho. Para obviar esto, he propuesto á V. M., con particular desvelo y atencion, que conviene enviar á Flandes al infante D. Fernando; lo uno, porque de esta manera podrá apartarle ó dejar aquí los criados que no conviene asistan á su lado; lo otro, será de notable alivio para la Hacienda, porque no puede llevar sobre sí la opulencia tan exorbitante de criados, como se le pusieron en la casa: bien que fué yerro mio, pues quise hacer una honrada oposicion á los pasados, de la que á V. M. se le puso vanagloria, que en varias ocurrencias vendí yo á S. A., diciendo no se habia puesto á Príncipe casa tan magnífica, si bien excedia á las fuerzas del caudal. En esta manera, Señor, se ha tocado al arma á S. A., y se ha avisado á muchos que en esta novedad han de peligrar, para que suspendiesen la viciosidad de sus raíces y las destroncasen, y áun se señalaron muchos, y esos los ménos y más útiles. El D. Antonio, excediendo del modo con que se debia portar, ni ambos infantes corren para con la opinion con el decoro y templanza que se debe, ni las cosas del Arzobispo con la limpieza que es justo y la que V. M. manda profese cualquiera de las jerarquías de su Gobierno: las más de las prebendas y dignidades consultan los ministros eclesiásticos á su devocion, y se dan por su órden, y S. A. lo quiere así; á su puerta acuden todos los clérigos de su Arzobispado y los seglares que tienen oficios en él, y sale de su casa con populoso acompañamiento, en que me dicen está muy aprovechado, y le ha valido grueso número de escudos. Las mejores prebendas pretende dar mañosamente á su sobrino, haciendo las pida la Reina, nuestra señora, al Infante, para con estas cautelas dárselas, sin que V. M. las pueda repugnar, como los dias pasados lo hizo con el arcedianato de Madrid, en que fuera justo representara persona

on Roma, que diera alguna pension á la marquesa de Baldonquillo ó á sus hijas, por haberle tenido D. Rodrigo Enriquez, su marido. Sin embargo de esto, y como ya V. M. sabe, pidió S. A. para el D. Antonio uno de los oficios mayores de su casa, que habiéndosele denegado, no quiere creer S. A. es mandato de V. M. éste, sino que yo lo quiero, y repugno el defecto y la pretension.

»De aquí, Señor, nacen discordias é inquietudes en su Palacio, y en el amor resfriarse, para con V. M., y áun zozobrar en el respeto y en la obediencia; y enseñándole la carta, el otro dia, de la señora Infanta de Flandes, y la consulta del Consejo de Estado, en que amorosamente se le avisaba no convenia llevase Privado á Flandes, que aquella nacion no lo consiente ni afecta el nombre de español, cuanto y más de Privado, ni que diese nombre de tal á ningun criado suyo, la ira fué notable, y volviéndose contra mí, me dijo era traza mia y que yo era el actor de este hecho. De suerte que, para con S. A. y áun para con ambos, voy ya corriendo fortuna: se irritan contra mí, y no dudo harán observar á V. M. que pretendo alzarme con el mundo, con V. M. y señorearlo todo. Señor, mi celo siempre es de aconsejar á V. M. lo que importa á la felicidad de su quietud, descanso y conservacion. El señor infante D. Fernando es muy conjunto y con muy estrechos vínculos de amistad al infante D. Cárlos; despues de haber vuelto á Palacio el Almirante de Castilla, por suprimirle, es muy conjunto al Almirante; éste y el Moscoso son deudos, y más que todo amigos; á éstos se arriman otros sujetos menores, necesitados y codiciosos, con que se corrompe lo más esencial de todo, que son las virtudes. A estos muchos mal afectos, deudos y parientes, unos ambiciosos y otros castigados, la misma materia de esto castiga. Esta dudosa liga, tan en el corazon y centro de su Palacio y casa, conviene de todas maneras dividirla, si, como yo lo he pensado, se ajusta con el parecer de V. M. (que no lo dudo): lo que se habla, me dicen, es perjudicial; las juntas secretas muchas y dañosísimas. Si otras veces he sido de parecer que el señor infante D. Fer-

nando pasase á Flandes, hoy los accidentes que han recaido sobre aquellos Estados lo dificultan, por estar tan llenos de personas Reales, como la Reina Madre de Francia y el duque de Orleans, su hijo, donde las dependencias de los lugares y cortesías pueden ocasionar disgustos y desavenencias, despertar accidentes y desbaratar intentos; sin embargo de haberse observado ántes que no era compatible, gobernando la señora Infanta, estuviese al arbitrio y parecer suyo un Príncipe que parece puede gobernar mayores cosas, con tanto mayor inconveniente ahora, cuanto no querer la señora Infanta soltar las riendas de aquel Gobierno, como legítima y dote suya. Que al presente no era de parecer se fiasen tan pronto de un hombre, sin experiencia y sin más razonado consejo, las armas de aquellos Estados, y que, entre tanto que las cosas se ponian en el ser que convenia, era de parecer, si era digna su opinion de este consejo, que S. M., entre los que habia sido servido de admitirle y de favorecerle, apoyase éste; asegurando que era de los mayores servicios que le hacia, y la noticia que le habian dado ser primer Ministro casi doce años, le hacian capaz de esta confianza. Que S. M. tenía Córtes pendientes en Barcelona, y que debajo de este pretexto, á que tan bien se paliarian y arrimarian muchos que irian ofreciendo el suceso y él haria meditando, podia S. M. sacar de la corte y de sus servidores al infante D. Fernando, con voz de que le habilitasen los brazos eclesiástico, noble, y universidades, que se contienen en uno, y dejarle allí para que las acabase; y que el Moscoso, como hombre asido á las cosas de la corte, á su casa y á su mujer y á ser dado poco á jornadas, y más ésta que era de cien leguas y con ruido de otras mayores, como de pasar á Flandes, la rehusaria; y más, viéndose defraudado de la golosina del Arzobispado, y con incertidumbre de los intereses y medios forasteros, lo rehusaria; que no hay tal materia de Estado como disponer de tal manera las cosas y supeditarlas de suerte, que los mismos interesados las aborrezcan: sin embargo de que novedad tal la entenderá por las controversias pasadas, todo fiel y celoso

vasallo del servicio de su Rey debe darse por entendido, suspenderse y ceder de aquello que le desagrada; pues ante todas cosas es primero su Rey que su amo, porque aquél es su verdadero dueño, y el otro es supuesto. Y que caso que quiera ir y abandonar la decencia y el respeto, habrá órden expresa que arrostre los impulsos de inadvertido y le hundan; que para apartar al Almirante del infante D. Cárlos, Príncipe apartado de esta liga, y cerrado y ausente, aquel cuarto será muy diferente, como se espera de su apacible y clarísimo natural.

»Supuesto que en los Estados de S. M., así en los confines de Italia como en los de Flandes y dentro de Alemania, hay gruesísimos ejércitos en los unos que amenazan tempestades, y en el otro estrago y desolaciones, se procuren para este efecto inventar coronistas que se pongan en cabeza de los grandes; ordenándoles que vayan á sus Estados á ver la gente que podrán levantar para conducirla á la frontera de Perpiñan, haciendo plaza de armas en Barcelona, asimilando que el infante D. Fernando ha de ser el caudillo y disponedor de esta gente, cercándole de hombres graves y de canas, para tenerle más murado y áun preso; porque no deja de ser delito mostrar ceño á las órdenes de V. M. y luchar con aquel que es su misma voz, su mismo corazon y semblante y persona, y responderle con saña y áun con amenaza: suceso que en su manera se debe reprimir y componer, no sin dolor y sentimiento del brioso, suponiendo que es en alguna manera repugnar á los designios de V. M. y objetar sus mandatos; ejemplo que áun los mayores le toman y áun le temen los notables.

»En esta forma, Señor, saliendo de aquí el Almirante, tambien habrá modo como no vuelva; el señor Infante, con diferente modo, estilo y mejor ocupacion quedará en Barcelona; el señor infante D. Cárlos, más quieto y mejor opinado, en el cuarto de V. M.; D. Antonio en su casa, sin ser instrumento de disgustos; el Almirante, sin patrocinar la cuadrilla, y todos los demas, ó encogidos en sus trazas ó amedrentados en

el suceso; que ver deponer á los otros no es cosa para no abrazar la enmienda y dejar los caminos siniestros. Parte de estas cosas sabe V. M., las ve y las toca dentro de su Palacio, y se las he visto yo afear y áun fulminar el castigo contra los asesores; parte se las he dicho, avisado y prevenido; parte ha recibido en los consejos de su confesor. Este recuerdo no es dado de repente, sin consideracion y sin tiempo; despacio se ha pensado, á costa de muchas vigilias se ha madurado, y dirigido á lo que conviene; á V. M. le ama quien le aquieta y compone, atiende á su seguridad, avia á su sosiego, advierte al decoro de su autoridad; por tanto, conviene usar presto de la regla principal de Estado, la cual enseña, que pues este punto se ha pensado despacio se ejecute apriesa».

Leido el Rey este papel, ó exornado por el movedor interesado, no dejó de abrazarlo, porque de muchas cosas de estas era sobresaltado y le tenian ofendido; circunstancias que, aunque las cursaba, no queria que nadie las siguiese, y se preparaba para la enmienda, sin embargo de que no le traia sin atencion la liga y áun le hacian escudriñar los rincones de la casa y las piezas más retiradas. El inconveniente, sin duda ninguna, era para recelar, no digo yo que para temer, que no se ha de dejar la confianza: el corazon de Príncipe es grande, y sus impulsos son temidos de los más osados. Cansábale, otrosí, cierta hablilla que todos los veranos corria por la corte, y aseguró, de cortar los pasos, poner más cobro en la custodia de sus llaves: culpa de los ambiciosos y de hombres ajenos de virtud y sobrados en costumbres estragadas. Si las leyes humanas y divinas pronunciaron diversos castigos para enormidad de delitos, á los que cometen el de distraer las personas Reales, los habian de establecer rigurosos. Casos habia verdaderamente que remediar; bastaba la correccion, sin poner en público teatro las flaquezas; apartar los pocos atinados, era acierto por entónces y bastante, á no poner la salud del Rey en el trance de doscientas leguas caminadas con fatiga suma, era digno de reparo, y al fin nos costó un Infante, el más útil y el de mayores esperanzas, y lo peor de todo que este hecho

no habia de apear al mundo de que no estaba lleno de interes y amor propio del todopoderoso, y de que le traian en cruz el valimiento del otro, royéndole el corazon que nadie tuviese nombre de Privado en su tiempo, y que por sólo sus particulares acometiese la expulsion de un infante de Castilla, hermano de su Rey, y que sus miedos fuesen ejecucion y castigo en lo más soberano.

De aquí dió, pues, de repente una jornada, la penúltima semana de cuaresma, que alteró los corazones y los semblantes de los contrayentes; enterneciéronse muchos, y por los lances tan recientemente sucedidos, lo que se fué simulando se penetró, y cada uno leyó su castigo en la circunspeccion airada del Príncipe. Entró en aquella sazon el Moscoso en Palacio, y poniéndose delante del Rey, si alguna véz fué recibido con alguna palabra favorosa, aquélla ni áun fué mirado; cosa en que muchos letrados de fisonomía prescribieron en sus ideas el estado de las cosas. La voz comun fué caminar á Valencia, sin las obligaciones Reales ni hacer entrada solemne, pasar á Barcelona, volver á convocar las Córtes, habilitar al infante D. Fernando y dejarle allí, para elevarlas, y al mismo tiempo una órden para todos los grandes, que estaban en la corte, para que partiesen á sus lugares y viesen la gente de guerra, no que la levantasen sino que viesen la que podrian levantar. Si fué tentacion ó necesidad, los de más seso lo digan. Aquí fué donde creció la alteracion entre unos y otros, el discurrir y penetrar la enigma infatigable: unos decian que el achaque de las Córtes era para que se quedase allá el infante D. Fernando y dejar en seco á Moscoso, que ya surcaba en el aire sin tocar la tierra, y áun con órden de no ir á la jornada, y áun de no entrar en Palacio, y apartar sin embargo de esta liga al infante D. Cárlos, de cuyo esclarecidísimo natural les parecia que sólo estaria mejor y más sin sospecha; aunque tambien dicen los curiosos habia de quedar allá; y que la ida de los grandes era por apartar al Almirante del infante D. Cárlos, arrepentido de su vuelta.

Escribieron de órden de S. M. á todos los que estaban en

sus casas, y llamaron á los retirados: los que habian de salir aquí era el Almirante, y, para embozar la maraña y el intento, que hiciesen la intentona el Condestable y el conde de Niebla. Aquí era tambien donde discurrian delgadamente, y decian no era razon emprender estas levas de gente (y á la verdad le viene bien esto, porque ello verdaderamente más parecia leva que otra cosa considerable); y proseguian, porque si para en lo de atras se habia tratado de meter ejército en Picardía, por Perpiñan, armas por Marsella y la Rochela, discurrian que habian de caminar delante, ante todas cosas, municiones, artillería y vituallas, y que de esto ni se trataba, ni estaba en ser, que estaban todos alcanzados para emprender por sí y á su costa esta faccion, que les habia de costar doscientos mil escudos; pues la materia militar estaba de otro aire y no tan caliente como á los principios. El rey de Francia, dejada la gente que tenía en la Alsacia, vuelto á París, falto de salud, casi á la muerte el Richelieu, su Privado, y por esta causa ménos activo y más atento á templar la ira de la Reina Madre, y el duque de Orleans, retirados en Bruselas; el duque de Baviera, reconciliado con el Emperador; el principal movedor de estas alteraciones, el rey de Suecia, quebrantado y con algunas rotas en su infantería y caballería por los capitanes del César, y tomada mucha de su artillería, desamparado el Palatinado é ido á socorrer con presteza uno de sus cabos que corrió fortuna; el César, armado y para salir; los enemigos fallidos y sin dinero ni gente, y todo con esperanza de componerse: que parecia ardid descaminado lo resuelto, y que más tiraba á apartar que conducir armas y soldados; el Palatino en su casa, si es que á esto se tiró, y se movió tanto ruido; empero procedió el inglés y el holandes con la misma infidelidad que siempre, y lo que ántes parecia conveniente recayó en destruccion de Alemania.

En esta manera se hablaba, y que, como dijera querer retirar al Almirante, como ya se habia tomado satisfaccion de los alientos de Barcelona, querian rechazar los celos recien fomentados con el infante D. Cárlos, y desencuadernar la

cuadrilla: en esta manera se hablaba, y en esta se combatia y daba cada uno las causas que tenía para no salir de aquí. Excusóse el duque de Sesa, y la jornada que estaba publicada para 1.° de Abril se dejó para el lúnes, segundo dia de Pascua de Resurreccion; sin embargo, todos lo tenían por risa y por chacota. El Privado, desatinado en todas materias, ya mostraba el coraje, ya la flaqueza de su ánimo, ya le parecia que todo lo habia menester para conservarse y prevalecer en la potestad; porque esto más era miedo de que, desahuciados de los malos sucesos, no desengañasen al Rey los infantes y lo precipitasen, porque, áun me aseguran, que esto lo conocen todos, la Reina y hasta el mismo Rey (¡y nuestros pecados quieren corra estas tempestades nuestra monarquía!); y ya le parecia que venia el mundo sobre él, y paraba, y en lo que ayer metió al Rey en papeles, ya lo acaba, introduciendo otros. Hoy, que es Jueves Santo y 8 de Abril de 1632, debiendo emplear tiempo tan misterioso y santo en su contemplacion, tiene junto el Consejo de Estado y en disputa la jornada, indeterminable, que ya queria que no se hiciese; asombrándole los aspectos rigurosos de estos dos príncipes, y pareciéndole eran ya conocidos sus oficios, sus materias, sus diseños, trazas y cautelas de conservarse, ántes que acudir á lo útil, al aliento de los vasallos, la reputacion de las armas, y que via ya sobre su cuello fulminado el cuchillo de la justicia divina y humana, satisfaciéndose de mandar y ser él sólo en la silla del Aquilon. No podemos dejar de advertir que debajo de estos ardides, convenientes al Príncipe ó al Privado, se debia observar un yerro gravísimo, y de que me admiro que en juicios tan grandes no se reconociese, y no se arrimase un poco el juicio al riesgo, ya que no á la calumnia.

Los embajadores, que asisten en la corte como espías descubiertas, cuando vieron pública la jornada del Rey, si bien oian lo que se murmuraba, como muchas acciones tienen diferentes motivos y ya habian oido referir nuestros aprestos de armas y para dónde, y otrosí públicar las coronelías, escribieron á sus principes. Creyeron en Francia que el Rey

iba á hacer invasion por Perpiñan, y lo que acá fué solamente movimiento de palabras, en él fueron obras; despachó á la hora cuarenta coronelías de cada mil soldados y se previno de lo necesario, reforzó los confines de sus Estados, y formó ejército, y áun dos. Si esto fuera en tiempo que las cosas estuvieran tan belicosas en toda la Europa, con facilidad se podia desvanecer este ruido; empero, en sazon que todos los príncipes están conjurados contra la monarquía y con las armas en las manos para deshacerla, despertar al cuidadoso, avisar al avisado, hacer doblar la gente al militar, es proceder contra su misma seguridad, y acelerar los ímpetus de nuestra ruina. ¿Quién duda que el frances, demas de lo referido, avisaria á sus confederados y les daria priesa á salir? A los holandeses, que cargasen sobre alguna plaza para embarazar las fuerzas de aquellos países; al sueco, que procediese con todo ardor en sus empresas; á los protestantes de Alemania, fomentasen sin intermision lo comenzado, y abriesen nuevos caminos para poner en total desesperacion las cosas, y él, con la potencia de sus ejércitos, comenzar la expulsion de nuestra nacion y nuestro gobierno en Italia, y allí mover poderosamente los ánimos de los potentados y repúblicas malafectas, que esperan y solicitan este dia que, á mi ver, si alguno se ha temido es el de hoy.

Vergüenza es que nos despeñemos por caminos tan bajos: mucho diferimos de la prudencia en que fuimos constituidos por los reyes pasados y venerados de las otras Coronas: dar materia de escarnio á las cartas y á las plumas para que escribiesen niñerías y poquedades, ántes que hechos heróicos, parece que delira el seso y se quiere dar á caducar todo. No hay hombre con hombre; todos irritados, todos heridos en la reputacion y en las haciendas; lo más digno de veneracion, reverencia y respeto profanado; ultrajado el decoro, ajada la estimacion, asaltados de todos los enemigos por públicas miserias nuestras y por nuestras voces, cuando las habíamos de cubrir, y todo por tema de que uno sea sólo, sólo Privado, sólo poderoso, y solamente todo. ¡Señor soberano;

mira por tu pueblo y abrígale, líbrale de la opresion de los malos; mira por tu Iglesia, sácala de la tiranía de la sujecion, y que no penda todo de un hombre sólo, pues no es suyo, que debiendo tener en los hombres y sobrellevándolo por la virtud de clemencia, de que se debe armar un espíritu generoso, por su capricho le tiene en dos dedos pendiente en un hilo para despeñarle! ¡Señor; muestra tus maravillas sobre nosotros, como la mostraste sobre aquel pueblo amado tuyo, por quien tanto hiciste y de quien quisiste descender, y líbranos de los azotes de Faraon, y sepulta sus trazas, hinchazon y soberbia en las furiosas olas del mar Bermejo, y escucha nuestras plegarias, nuestros suspiros, que hasta que te muevan subirán á tí sin cesar; pues si bien solicitan nuestro remedio, son de tu servicio, pues en nosotros, con mayor liberalidad que en otros pueblos, depositaste tu Iglesia! ¡Concédenos ahora tu misericordia, pues en ella te veneramos, y ofrecemos en tus altares holocaustos!

Quedó, como dije, confirmada la jornada en el ánimo del Rey, bien que muchos, atentos á su salud, mejor le pretendian disuadir de ella, considerándola larga y prolija y con fines no demasiadamente considerables, ni como lo pedian otras materias tan cuidadosas, que necesitaban asistir á ellas con otras prevenciones, como lo pedian las necesidades del Imperio y las revoluciones que se esperaban en Italia. Despacháronse cartas y convocatorias á los reinos de Valencia, Cataluña y Aragon, á los eclesiásticos, nobles y universidades, y otras personas á quien toca usar de esta diligencia: á los catalanes, que estuviesen prontos para las Córtes, y á los valencianos y aragoneses, tan solamente se les daba cuenta cómo el Rey habia de pasar por sus provincias. Dejo, pues, el cuidado con que entraron muchos que poco ántes se consideraban fijos en sus dichas y lugares, lo que se murmuraba en todo género de materias, y áun se hablaba con más desembozo que hasta allí, en las acciones del Privado, y sus trazas, finalmente, en constituirse perdurable. Eran muchas, empero, estas últimas, con implacable zozobra porque no

acababa de asegurarse en su concepto cuál de una de estas dos cosas le armaba más, ó ver á los infantes fuera, ó tenerlos dentro, siempre rodeados de sus espías y confidentes. De esta última se recataba, no le asaltasen al Rey con avisos y desengaños, y la primera, que allá fuera la podria hacer la pluma con más desembarazo, y áun trazar, ménos salteado de malsines, su despeño. El suceso estaba ya hecho, rezada ó escrita la oracion, y reducido al Rey, prosperísimo sujeto en todos sus fines; empero á todo lo obrado le faltaba arrimar uno de los mayores sacramentos, que era el dar á entender que él no era el artífice ni movedor de estas cosas, sino que meramente el Rey las habia solicitado de su confesor y de sus particulares propios; treta muy usada en todas sus empresas, levantarlas y cargarlas á otros, y darse por desentendido para quien se las descubria ó sospechaba. De esta manera, cuando arrojaba las piedras en la casa de Sandoval y llegaban á él con ellas los ofendidos, se disculpaba que él no tenía parte en aquello, que su tio D. Baltasar de Zúñiga lo hacia; de que D. Baltasar, sentido de que se le prohijasen tan malos é injustos oficios, le dijo hiriese en público, pues mataba en secreto, y corriesen por su cuenta y parte las ofensas que hacia, y no por la suya.

Para esto, pues, en lo más arriesgado de la resolucion y al tiempo de la jornada, juntó al Consejo de Estado, lo cual fuese notorio á ambos infantes y áun á otros, para que corriese la voz de que él no era el autor de aquel hecho. En él se hallaron D. Diego Mejía y el confesor, dueños de la maraña, y el duque de Alcalá, y el Conde: su voto fué, como más antiguo de los que allí se hallaban, el primero, ó sea el postrero, como dicen que es uso de aquel Consejo, y votó que el Rey no fuese; D. Diego Mejía y el confesor, que ya estarian industriados de lo que habian de hacer, y sobre quién bastaba cargarse el diseño comenzado, votaron que el Rey fuese; el duque de Alcalá, recien entrado en aqueste Consejo, aunque en todas materias caballero, bien informado y con noticia de libros y ciencias, y con aplauso entre los doctos estadis-

tas, no habiéndole dado parte en la materia, ni avisado de los motivos del intento ni de sus conveniencias, más que en lo superficial, dijo, muy fuera de los pensamientos del árbitro, bastaba que S. M. fuese á Valencia; con que los dos votos prevalecieron y pensó quedaba sobresanado en la sospecha, el conde de Olivares, en los que, esparcido este Consejo, decian el Conde lo denegaba, y que por no querer no habia de sufrir efecto la jornada y que no se habia de hacer. Ambos infantes, instruidos en las materias caseras bastantemente, afirmaron era treta suya, que trazaba las cosas y luégo por simularse daba á entender que ni las queria ni las hacia, y en los Consejos y en las ocurrencias públicas lo afirmaba por deslumbrar á los que andaban atentos á sus ardides y se los estudiaban.

Con lo cual, prevenidas las cosas, á 12 de Abril de este año de 1632, lúnes por la mañana, salió el Rey y los infantes de Madrid para Aranjuez, dejando para las cosas del gobierno de Castilla, con órdenes é instrucciones y en forma de Junta, á la Reina, al duque de Alba (con que le redujeron á Palacio y se le acalló de los favores hechos al duque de Alcalá), al Presidente del Consejo, y al marqués de Galbes, del Consejo de Estado. Salió el Rey, como digo, siguiéndole el Conde, el duque de Medina de las Torres y el Almirante, que, con órden del dia antecedente para él, y condestable de Castilla y para el conde de Niebla de que cediesen por entónces de pasar á sus Estados á formar sus coronelías, les mandaron fuesen á servir en la jornada del Rey. Respiró el Almirante, á quien traia no con poco cuidado el suceso, porque ya que una vez asió el hilo y besó el azote, no queria perderle de vista; haciendo muchas sumisiones al de Liche, con pretextos firmísimos de enmendar esta vez en Barcelona el orgullo de la pasada vanidad, que se le aceptó con gusto y hallándose mejor con esta bagatela en el desprecio de Palacio y tráfago de la corte, que con la paz y autoridad de Valladolid. El conde de Niebla, si bien habia puesto dificultades en lo primero, rehusó lo segundo, diciendo era muy corto el tiempo en que le ha-

bian avisado, y que no tenía dispuesto lo necesario para partir, como lo pedian sus obligaciones y su casa, y más en provincias en donde era menester asistir al nombre y la opinion, y no deslucirla. El Condestable, si no respondió con tantas circunstancias, dijo se prevendria y saldria luégo, y alcanzaria á S. M. en Valencia, sin embargo de que, cuanto á los efectos de su coronelía, habia tenido sus sinsabores con el Conde, representándole cuán falida y alcanzada estaba su casa, y que acababa de dar con su hermano al nieto del duque de Alba 100.000 ducados. Esto, por entónces, pasó así; quizás avisados del consejo de algun jurisprudente, de cuán perniciosa cosa era introducir estos géneros de levas de gentes en Castilla, y conceder esta prerogativa, y circunstancia de poder á los Grandes ó primogénitos, cuando los tiempos no admitian ni estaban de talante de introducirlos en esta permision arriesgadísima, sabiendo cuánto más importante era el avasallarlos é irlos llevando en aquel modo, tan admirable para el sosiego de Castilla y mayor soberanía de los reyes, en el que les constituyó la sagacísima política del rey D. Fernando el Católico, que con tanta felicidad suya y nuestra se conserva hoy.

Siguieron al Rey el marqués del Carpio, el marqués de Gobea, D. Luis de Haro, el marqués de Leganés, todos gentileshombres de la Cámara de S. M.; el conde de Orgaz, el marqués de Javalquinto, su Mayordomo, el Confesor, el Patriarca capellan y limosnero mayor; y para las cosas de Estado, que veremos despues, al conde de Oñate, hombre en esta materia de gran lugar, reconocido esta vez con gusto del poderoso porque iba para dejarle en Barcelona; que para él los más léjos eran más suficientes y más á propósito, con recelo siempre no le infestasen la presea, y él llevado de la necesidad ó de su miserable estado, no le buscase en los mejores y de más subido punto para volver sobre sí y enmendar los sucesos más siniestros de su reinado. Al infante D. Cárlos, como servidor de la casa del Rey, seguia tan solamente fray Domingo Cano, de la Orden de Santo Domingo, su confesor:

al infante D. Fernando seguian pocos, porque iba por huésped del Rey, y con órden expresa y nombrados tan solamente, porque se abstuviesen los demas, el marqués de Orani, el conde de Salvatierra y el conde de Cantillana, sacado de Sevilla, donde estaba retirado, por hacer esta lisonja á los andaluces y que nos la retornen á los sucesores en la patria, que á pocas jornadas, por quiebra de salud, se volvió; al marqués de Orte como Caballerizo mayor, y por Camarero, en lo tocante á lo eclesiástico y para el rezo, á D. Manuel de Guzman, para que explorase los secretos más escondidos y asistiese á la confidencia del Conde, y á revelarle los secretos y materias contraidas en su pro ó en contra, cuanto la astucia ó la maña lo permitiese, sin reservar ó faltar á las más mínimas dependencias; y para todo lo demas de su Cámara, ministerio muy limitado, dejándose á los demas en Madrid quejosos y defraudados en la reputacion y en los oficios, en los gajes y emolumentos.

Quedóse el marqués de Camarasa, si bien en la Administracion de Hacienda empero combatido de disfavores y agravios, y quizás dejado con órden por ir matando los recelos del cuarto del Infante y que el parentesco contraido con la casa de Altamira no los fomentase, ó los procurase sustentar dando la mano al Moscoso en todo aquello que alcanzasen sus fuerzas; porque el bacha estaba ya tal, que todos se temian. Quedóse el Moscoso, y su opinion al arbitrio de todos los nobles y populares, medroso de lo que haria, porque por no espantar el suceso ni exasperar al quejoso, no le dijeron nada entónces, ni que fuese, ó se quedase; pretendiendo atarle y suspenderle con que no era nombrado como los otros gentiles-hombres, pues no era más que uno de ellos y se quedaban otros. No dejaron él y el Infante de batallar en esta duda; ambos le decian que fuese apretando, al infante D. Cárlos la remision; él se hallaba acobardado, sin saber que hacerse; si se arrojaba, decia, iba contra las leyes de lo que debe darse por entendido un vasallo; si nó, que ponia en contingencia el dueño, el lugar y la privanza, y que la intermision es muy

poderoso letargo con estos señores de la Casa de Austria, procurándole á la memoria los ejemplos tan funestos de muchos. Por otra parte, creo yo que le engañaron y le quisieron sosegar, y áun componer al Infante con que despues iria, y finalmente, su miedo ó su flojedad y la maña del sumamente astuto, le dejaron en el aire, y le derribaron del lugar y del oficio. Quedóse el conde de Puñonrostro, para cuyo valimiento ántes se torció el ardid del Moscoso, que le arrastró, y hoy yacen ambos arrancados de sus puestos y lugares; y dejáronse al conde de Villalba, con resentimiento de la injuria y de que á personas de su calidad, sin causa legítima, las deshonorasen de la dignidad de gentileshombres de la Cámara. Muchos ocurrian con facilidad al consuelo, cuando veian de cuán larga carrera de leguas los libraban, y otrosí, de no perder las comodidades de sus casas, recreaciones y rentas, de que por muchos años los enajenaran de su administracion y del dar en manos inícuas que se las devorasen. Entre estos sucesos no dejaba de causar sentimiento la deposicion de oficios en tantos hombres de calidad y prendas; tantos mayordomos, tantos caballerizos de la boca, acroyes y cortilleres, capellanes, ayudas de Cámara y otros oficios, cuya desesperacion y voces causaba conmiseracion en la Corte, que decian los dejaban sin aquel auxilio y sustento dado por servicios.

Finalmente, habiendo llegado el Rey, el dia que dije, á Aranjuez, al otro dia, ántes de partir á proseguir la jornada, se envió órden al marqués de Camarasa para que partiese con brevedad la casa del Infante á Barcelona, ó por las derrotas de Valencia, ó Aragon, y no más de aquellos que estaban señalados, que apénas pasaban de dos mayordomos, dos caballerizos, tres ayudas de Cámara, y de los demas oficios de boca muy pocos; para avisar á los incrédulos, que fueran recibiendo el dolor á paso tardo, y padeciesen en el martirio con satisfaccion, y escarmiento prevenido á los que habian de volver á la enmienda y á no introducirse con los infantes contra el gusto del gobernador. Sacó de aquí el infante D. Fernando, que verdaderamente no habia de volver, y así decia que aque-

lla jornada no se habia forjado para otra cosa que para sacarle á él de Madrid á Barcelona. Caminaban él y los infantes, las horas que subian á caballo, con dos pistolas cada uno en los arzones; cosa hasta allí nunca usada. Muchos reparaban en la novedad, y si yo no me engaño, me pareció gallardía del inventor, por tocar aquel ministerio al Caballerizo mayor, y debió querer bizarrear de la amenaza; y como le murmuraban de tímido, y le pareció habia subido de punto esta vez más que otras el atrevimiento, ó le dijeron algo que oliese á esto sus espías, quiso obtener el ánimo, poniendo las andas en las manos de aquellos que se las fulminaban, á imitacion del que tomó el veneno, conociendo que se lo daban: tan asegurado vivia en el concepto de su confianza por considerarse absolutísimo dueño de él y de toda la potestad Real.

En ocho jornadas llegó el Rey á Valencia: aguardábale en la raya D. Francisco Carroz, con las guardas; el lúnes siguiente al que salió, paró en San Sebastian, monasterio fuera de los muros, de religiosos de la Victoria; el dia ántes, en Cuarte, lugar puesto á dos leguas de la ciudad, salió el marqués de los Velez, su virey, é informóle de algunas cosas del reino, del gobierno de la ciudad, y que, aunque al salir de Madrid se partió con designio de excusar las ceremonias nunciales de la entrada, personas que venian allí, ó algunas que quedaban en la corte celosas en todo á consentimiento de que el Rey cumpla sin faltar á ninguna de sus obligaciones con el oficio Real, sus ritos, pompas y circunstancias, le decian no sería posible, y cuánto sentirian los valencianos carecer de esta solemnidad, cuando sus vecinos, y primero que ellos, la habian gozado y recibido á su Rey con el palio, con publicidad y con fiestas, y cuánto impugnarian esta remision los tribunales superiores é inferiores, que esperan este dia para lucir sus oficios y lograr sus fatigas. Decíalo así el Virey, con que se resolvió el Rey á entrar en público. Vinieron aquella mañana, con este acuerdo, con acompañamiento lucido y en forma y con sus maceros, los tribunales del gobierno secular y eclesiástico, el de la Real Audiencia, pretendiendo preceder al de la Inquisicion, em-

pero hubo de vencer éste por voto de algunos, ocurriendo á los ejemplares pasados: al de la Inquisicion siguió el opositor, á éste el tribunal del Gobernador, al del Gobernador el del Bayle general, á éste el de Justicia civil, todos con sus gramallas de terciopelo carmesí aforradas en tela de oro; á éste el de Justicia criminal, el de los Jurados, Diputacion, el Jurado en capítulo noble, y el popular, la Iglesia y el Arzobispo: concluido lo cual, á las cuatro de la tarde, hizo el Rey su entrada. Fué á la iglesia mayor, donde le salió á recibir el Cabildo y el Arzobispo vestido de pontifical con su cruz, cantaron el *Te Deum laudamos*, y habiendo dado gracias á Dios fué á aposentarse al Real, palacio magnífico fuera de los muros y á las márgenes del Turia.

Los infantes habian ido delante en coche cerrado y abierto parte del tejadillo, lo que bastó para sosegar la ciudad, gozar de las calles, de su opulencia y lucimiento, que en esta parte es de las entendidísimas y nobles de la Europa; la fragancia del azahar era notable, y con perpétuo aplauso y suspension de alguno de nuestros sentidos naturales, parece que se extendió allí con mayores delicias y verduras que en otra, y obró más que en otra prodigiosísimamente las maravillas de su Hacedor: mostróse el tiempo prosperísimo al deseo de los naturales, porque fué en lo más sazonado de la primavera, y lo mejor de otros años, y aunque el cielo, en aquella region, no es favorable en sus lluvias, el arte tiene tan prevenida esta falta, que con profundas acequias y acueductos inundan y fertilizan toda la tierra, de suerte que excede en fecundidad á las más pródigas: es opulentísima en sus frutas, en los naranjos y azahar admirable, con que es probidísima á todo lo que puede aspirar la vida humana, con que sus habitadores no viven con poca vanidad de que fueron mejorados en terreno y cosecha á los demas vivientes.

Aposentado el Rey en el Real, solemnizaron con fiestas su asistencia: vió los más suntuosos edificios y templos de la ciudad y honrólos con su presencia, y aquel, de todas maneras religioso y magnífico, del patriarca y arzobispo D. Juan de

Rivera, varon purísimo y de ardientísimo celo en la veneracion del altar, ejemplo y dechado de prelados y de donde debian aprender la fidelísima distribucion de las rentas eclesiásticas, pues todas las que tuvo las gastó debajo de los decretos y estatutos de los Concilios, ántes que en vanidades y circunstancias superflúas. Vino á besarle la mano allí el duque de Gandía, é hicieron los caballeros de la ciudad una máscara, que apadrinó el Conde á caballo, y con infinito número de hachas; cosa que pareció muy bien á los fervorosos en el agasajo y el lucimiento, que se hacia mayor cuánto más confiado de su persona ó de las de sus émulos, abandonando los peligros y despreciándolos.

Despues de haber estado allí el Rey ocho dias, proveido á las necesidades del reino y de la ciudad y hecho algunas mercedes, lúnes, que se contaban diez y seis de Abril, partió para Barcelona. Llegó aquel dia á Murviedro, antiquísima poblacion, y no quiso dejar de ver allí los vestigios celebrados en la romana historia. De aquí, por sus jornadas, llegó á Tortosa, donde le esparaba el duque de Cardona; besóle la mano, é informóse de él por menudo de las cosas de Barcelona. El Duque le refirió, estaba el ánimo de los catalanes en la misma obstinacion que ántes, si no más, tenaces en lo tocante á entrar en concesion de algun servicio, y que en lo tocante á la habilitacion del señor infante D. Fernando, que ya se habia conferido con el Consejo de Ciento de Barcelona, con algunas universidades y otras personas de las Córtes, y le impugnaban y áun oponian á esta resolucion inaccesibles dificultades, y procedian más insolentes. Alegaban, con las Córtes y libros antiguos, no haber hecho esto jamás, y que si algun ejemplar habia, estaba tan remoto que no hacia fe ni consecuencia, ántes era contravenir á sus fueros; lo contrario, la necesidad de los tiempos presentes pedian, y no dar oidos á esta novedad; que su Rey era el que les habia de asistir, y ocurrir á sus causas con espacio y tiempo necesario á su expedicion y gravedad de negocios, de que necesitaba todo aquel Principado y sus súbditos, así nobles como plebeyos;

que el infante D. Fernando no era dueño de las mercedes, y caso que se le dejase poder para esto, sería muy limitado y con suma proligidad, y que, ante todas cosas, para cualquiera resolucion ó mínimo tratado, pedian cuatro meses de asistencia de S. M. en Barcelona. Para quien no pensaba estar ocho ó quince dias, á lo más largo, era buena proposicion esta, y gastar en toda la jornada apénas dos meses de tiempo.

No quedó el Rey gustoso con la relacion del Duque, y cuando pasó á darla al Conde, si ya ante todas cosas no la tenía, tampoco quedó sabroso con ella, porque ya una vez resuelto á lo comenzado, lo deseaba concluir, y que su consejo surtiese su efecto, ya que el Infante estaba en Barcelona y con desaire los envanecidos. Cuando ambos, Rey y Conde, se vieron y hablaron sobre lo que el Duque habia dicho, resolvieron que, en caso que los catalanes no saliesen á la habilitacion del Infante y pensasen consumirlos con dilaciones y sentimientos, ocurriendo á la brevedad de la vuelta, como era justo, por lo perjudicial del tiempo y sus calores no molestasen la salud de S. M., se tomase por arbitrio dejar á S. A. por gobernador de aquel Principado, con pretextos de conducir allí gente y formar ejército, para de todas maneras reducirle, con la necesidad que se le ha de dar á entender se tiene de su persona, á la obediencia y conformidad en lo tocante á las órdenes y mandatos de S. M. Para paliar esto, y ante todas cosas ocurrir á las necesidades de Génova, temiéndose que sobre aquella república queria dar el rey de Francia y tentar su invasion, y desde allí la del Estado de Milan, se habia ya hecho llamar y venir á Valencia, atravesando las costas de Marsella y Perpiñan, al duque de Turisis, general de las galeras de aquella Señoría, y conservacion de toda la Liguria, y para prevenir este accidente, honróle S. M. con hacerle de su Consejo de Estado. Allí dió noticia de los movimientos que se dejaban sentir en Italia, la gente francesa que asistia al confin del Delfinado, los puestos que pretendian ocupar en Valtelina, los pensamientos del

Papa y de otras repúblicas venecianas. Por esto, decia el Conde, ó para suspender el ánimo al infante D. Fernando y resfriarle en el amor del Moscoso con la diversion, habia hecho saliesen del Puerto de Santa María, con su general el marqués de Villafranca, ocho galeras de España con la más gente que pudiesen; que de Nápoles habia cuatro en el muelle de Barcelona, que de Sicilia se esperaban seis con la infantería española que asistia á la conservacion de aquel reino, que al marqués de Montenegro se le habia mandado venir de Italia, si no tanto por la necesidad que habia de su persona, por quitárselo al Papa, no se valiese de él en sus acuerdos, y que con este designio pretendia sacar de allí los mejores soldados y capitanes, como así lo habia hecho; que de los hombres de armas de Castilla habia ya alojados en Cataluña al pié de 1.500 caballos, y con esta gente y la que se esperaba de Sicilia y Nápoles, pagada y escogida, se acudiria á armar al duque de Orleans, que por el Languedoc venia á Marsella á levantarse con ella, si perseveraban en la constancia los naturales; ó si no, era bien, para cualquier accidente, que por ley y cortesía le esperase S. A. en Barcelona, y para lo que no se pudiese acometer por Marsella se comenzase por Perpiñan, y de todas maneras se asegurase la persona del duque de Orleans, y se le preparase defensa y hospedaje decente á su persona.

Abrazó el Rey el parecer de dejar por gobernador al Infante; y esparciéndose entre todos lo que el duque de Cardona habia dicho al Rey, por su yerno D. Luis de Haro y su consuegro el marqués del Carpio, que introducido en los infantes díjoles cuán desesperado estaba el admitir, para acabar las Córtes, al infante D. Fernando, consiguió el Infante aún alguna esperanza de volver á Madrid, y áun lo creyeron los criados; empero no sabia la nueva treta que le habian armado. Esto fué lo que el Conde dijo en su oracion, que para las dudas y dificultades del suceso de la jornada iria pensando: (¡partos de tan monstruosa cabeza!) El infante D. Fernando decia, que si él era habilitado y le dejaban para acabar las Córtes, que calla-

ria y se ajustaria á la obediencia de hermano tercero, porque para utilidades del sosiego público y para servir al Rey habia nacido; mas que en el caso que no admitiendo su persona los catalanes, le dejasen, sin embargo, que hablaria á su hermano y le diria las trazas del Conde y cuanto habia pasado; le representaria el estado de sus cosas, el de su gobierno, y le diria la ambicion tan insaciable de mandarlo todo, hasta subordinar las mismas personas Reales, y cuán ofendida estaba su autoridad de esta sujecion, y el mundo espantado de la tiranía de tal hombre. Persona bien informada de todo le respondió, no se diera á creer ignoraba el Rey lo sucedido, ántes se persuadiese estaba enterado de los más mínimos puntos y circunstancias. — Sí, respondió; mas no será con la legalidad que se debe, sino como le conviene y como le arma mejor al fabricador. — Como quiera que sea, le replicó, lo sabe, y V. A. se vaya previniendo de paciencia y sepa, encamínase todo este ruido á dejarle en Barcelona.

Corrió de tal suerte, como queda dicho, la voz de lo que el duque de Cardona dijo al Rey, y él se dió de manera por entendido de que ya todos lo sabian, que porque sus designios no se tuviesen por desvariados, viendo que en tiempo tan corto como se llevaba determinado no era capaz de concluir empresa tan árdua, en la ocasion que más le plugo y cuando estaban allí los gentileshombres de su Cámara que más presumian de entendidos y capaces en esta materia, para sacar del alborozo á los que lo habian concebido, dijo: — Yo no voy á Córtes: y calló; queriendo dar á entender que su jornada llevaba fines y particulares muy diferentes. Sin embargo de que lo más legítimo era dejarse allá al Infante, y que la pasion de esta accion subordinaba las otras y las más esenciales y las que la necesidad de los tiempos pedian, y todas se dejaban por ésta, íbase paliando entónces todo lo posible con diferentes pretextos, hasta su fin y dejarla en perfeccion, porque de lo contrario no naciesen algunas dificultades que lo embarazasen, y no llegase á colmo su cumpli-

miento, dejando en Madrid confidentes de la sangre que avisasen de todas las más mínimas cosas del Moscoso, de sus pensamientos y trazas; y en los correos se procuraba inquirir por las cartas parte de sus cosas, y aunque se prevenia para ponerse en Barcelona, no dió cuidado por entónces este aviso, porque para el lance más apretado dejaron su disposicion.

Ahora se encaminaban á lo primero, como digo, dándole á entender al Infante que su persona en Cataluña se destinaba para grandes cosas, y así se conducian aquellos moderados aprestos de armas, vanos á mi parecer, porque tambien creyeron sacar de camino, sin embargo de no haberlo podido acabar en París D. Gonzalo de Córdova, que lo ofreció de parte del Rey, la composicion de su madre y hermano, y que el rey de Francia desistiese de las solevaciones que tenía introducidas en la Europa contra la Casa de Austria y desolacion de la monarquía. Acordáronse de la liga del año de veinticinco con el rey de Inglaterra y Francia, y los demas protestantes, en que se incluia el duque Cárlos de Sáboya, fraguada por el duque de Buquingam, y que consiguientemente, el de veinte y seis, saliendo el rey de Castilla á las Córtes de todos tres reinos, de Aragon, Valencia y Cataluña, recelándose de aquí el frances que el Rey con esta cautela iba á ponerse en campaña, y que quería desempeñar el atrevimiento de haber entrado por Italia, y que le habia de meter gruesísimos ejércitos por sus tierras, y que la potencia de España puesta con su Rey á la par es poderosísima y muy digna de temer, con brevedad entraron en la paz, y el embajador del Cristianisimo, que estaba en la córte, llevó firmadas las condiciones á Monzon; con que se serenó esta tempestad, y se desapareció la gente, cuando á la vista del Estado de Milan, atravesó el Monferrato y quiso escalar á Génova. No estaba entónces nuestra opinion tan caida, ni tan en baja fortuna el nombre español como hoy le han puesto la flojedad de nuestras materias, las pasiones propias domésticas y caseras, de que vamos escribiendo, con que ya nos han perdido el miedo, y van preguntando por las provincias si somos aquellos que aplaudió la voz comun de

las naciones y la variedad de las historias en distintos idiomas, por razones de erudicion y elocuencia. Y puédese esto creer muy bien, pues el rey de Francia, informado, como se debe inferir de un enemigo, del estado de nuestras cosas, persiste en sus intentos, alienta sus confederados, da prisa á los holandeses á que se adelanten en sus términos y embaracen nuestras fuerzas, hace que el rey de Suecia prosiga la entraña en el Imperio, carga con gruesos regimientos los confines de la Picardía, Lorena, Luxemburgo y el Delfinado, y aún por la banda de Leocata, con que se hace temido y de superior reputacion y fortuna á todos los demas príncipes. De manera que nuestros ardides todos salian vanos y sin frutos, y aún no los entendian, ya comenzábamos á entrar en el desprecio de las naciones forasteras. ¡Y aún quieren recobrar los más religiosos los feudos que por larga carrera de años teníamos por el valor y grandeza de ánimo de nuestros mayores!

Seguíase á esto, tambien, que viendo arrimar algunas armas á Barcelona creerian era para obligarlos á conceder el servicio, y querrian ántes de experimentar el castigo abrazar la enmienda, con que podria ser se consiguiese el fin de la empresa; y en primer lugar, dar calor á la accion, de que ya se tenía correo, se habia obrado en Roma. Pedia el Rey al Papa, como veia sus coronas rodeadas de tantos enemigos, no sólo las suyas empero las de los príncipes de su casa, que para obrar á tantos cuidados como le combatian y salir á ellos con desahogo, le concediese la media anata de todos los beneficios eclesiásticos de sus estados ó del de Castilla, ú ochocientos mil escudos sobre los clérigos, ú otro subsidio á esta traza no ménos grave. El Papa procedia en esto con remision, ora fuese por su conciencia, ora por los gemidos de que tenía noticia se daban en la pobre Castilla, y áun en toda España, por la intolerancia de sus gabelas, de que ya no podia respirar. Otros exploradores, más diligentísimos de cualquiera humana intencion, decian era condicion suya y fines particulares suyos, y aversion obstinadísima á nuestra nacion y á las cosas de España, por ser naturalmente frances. Arrimábasele á esto

que siendo padre de la Iglesia, y viendo la ruina que estaba para correr la cristiandad por los enemigos que la infestaban, nos socorriese con sus tesoros; siguiendo en esto á los demas pontifices sus predecesores que tan larga y piadosamente lo hicieron, é hiciese los oficios de tal; con que, estimulado de unos y otros infelices sucesos, los cuales se dejan considerar en esta inscripcion, y viéndose desamparado de todo humano socorro para cualquier accidente que quisiere intentar, resolvió de protestarlo en aquel Colegio Apostólico, dando á entender, á todo lo secular y eclesiástico y á cuanto se incluyese en ambos polos de la tierra, era la condicion del Papa la que tenía el mundo en tales trances y miserias, y que debajo de su infectuosa inclinacion y apoyo revolvia el rey de Francia toda la Europa, y estaban orgullosos y con sobradas fuerzas todos los émulos de la Casa de Austria, así católicos como infieles, que la pretendian turbar y que corriese fortuna, y áun estaba para fracasar. Para lo cual, despues de haber ordenado una oracion, la cometió al cardenal Borja para que la exornase en el Consistorio cuando más pleno se hallase de todos los cardenales. Llegó, pues, á las manos del Cardenal, y aunque, con órden que para ello tuvo, procuró rehusarlo, y hablar al Papa en audiencia secreta y reducirle á lo justo la necesidad urgente y la peticion del Rey; rehusólo el Papa, por las quejas de acá dadas á su Nuncio, que debió de avisar de esto á 8 del mes pasado, que fué Marzo.

Entrados todos en Consistorio, y precedidas algunas circunstancias forzosas por los Cardenales de diversas condiciones, mandando salir la gente fuera, solos y cerrados, comenzó el Cardenal á proponer las iglesias vacantes de España que le tocaban por oficio, lo cual acabado, calló por un rato; comenzó á proponer su oracion en latin que, porque se lea más sabrosamente, despues de haber referido los lances de este caso, pondré aquí como me la enviaron traducida. Prosiguió, pues, el Cardenal, y alterado el Papa con las palabras, anteviendo adonde se encaminaban, le dijo en latin por dos veces:—*Tace, tace.* El Cardenal, humillando la cabeza y modes-

tando el semblante, se suspendió un poco; mas viendo para lo que estaba allí y cuánto importaba á su Rey este hecho, prosiguió, y asiendo sin perder el hilo de los puntos donde dejó su oracion, la prosiguió. A otro breve número de razones revolvió el Papa, y con más impaciencia le dijo que callase, repitiéndoselo por dos veces; mas el Cardenal, persistiendo como fidelísimo español y vasallo de prendas tales, prosiguió. Volvió el Papa á mandarle que callase lleno de ira, y díjole que si hablaba como Cardenal, que no tenía licencia, y que si hablaba como Embajador, que no era aquel su lugar, sino donde lo acostumbraban los embajadores; que le pidiese audiencia, y se la daria. El Cardenal respondió, que hablaba como Embajador y como protector de España en la causa de Dios y de la fe; el Papa le replicó que no lo merecia el amor que le tenía oficios tales, y que siempre á cualquiera de sus designios se le habia mostrado contrario (y prosiguió pretendiendo herirle y calumniarle el afecto), y particularmente en lo de la guerra pasada de Mántua, que pidiéndole socorro á él y á todos los cardenales para ocurrir á las necesidades públicas y del estado de la Iglesia, sólo él se le habia opuesto y denegádosele. A esto respondió el Cardenal, que en dos congregaciones en que se habia propuesto esta materia, en la primera habia ofrecido toda su hacienda á Su Santidad, empero que hablando despues sobre esto con el conde de Monterey, le respondió que era supérfluo este socorro que Su Santidad pedia; advirtiendo que cuando las armas del Rey Católico y del César están poderosas en Italia, entónces necesita ménos la Sede Apostólica de tales auxilios, pues es cierto que ambas potencias no le podian faltar, y que de parte del Rey le habia ofrecido los suyos; y que, en la segunda congregacion, representando estas mismas razones, no le habia parecido yerro excusarse, ni que por esto creia habia faltado á sus obligaciones.

Encendido, pues, todo aquel Sagrado Colegio con estas controversias entre el Papa y el cardenal Borja, y habiéndole tocado á él el entrar en esta batalla por no haber Embajador

en Roma, y no haber aún dejado llegar á ella al marqués de Castel-Rodrigo, detenido en Génova por circunstancias poco favorables á sus servicios, prosiguió la contienda, y levantándose el cardenal de Santo Onofre, hermano del Papa, y encaminado hácia el cardenal Borja, se le opuso con las mismas palabras que el hermano, diciéndole por dos veces que callase. Ayudó al hermano del Papa el cardenal Colona; que con este afecto se hallaron siempre los italianos contra la fe de España, y de este semblante corren hoy todos. Pretende éste tener queja de que no favoreció España la pretension de su Capelo, y que sólo se lo debe al Papa, y tambien, porque habiéndole hecho el Papa arzobispo de Milan está retenido en España el nombramiento. Es primo hermano del almirante de Castilla, y habiendo estado en España á captar la benevolencia de la primera pretension, y habiéndole hecho Sumiller de cortina, viendo no arribaba al fin de su deseo, y que no surtia con calor el ascender á aquella suprema dignidad, él y el Ursino, dejaron la corte y sus oficios, y mal contentos se volvieron á Italia á solicitar del Papa lo que con el Rey y el Ministro no consiguieron. Así no hay que espantar, que la devocion esté pronta, y entre nuestros yerros no deja de ser éste el más capital y el que nos tiene con poca aficion para con los extranjeros, y áun para con los naturales nos hará gemir. Siguió, pues, el cardenal Colona, como dije, el dictámen, y con las mismas palabras del Papa dijo á Borja, que aquel no era lugar de hablar.

Al cardenal Santo Onofre se opuso el cardenal Sandoval, que si supiera como acá le andaban tratando á su hermano Don Antonio de Moscoso pudiera ser que entrara con ménos ardor en la palestra; empero á la singularísima virtud del Cardenal, á su fidelidad, á la constancia y obligacion española, no hacen mudar semblante tales encuentros. Fueron hechuras ambos, Sandoval y Borja, de aquel varon admirable en todas acciones y que no tiene segundo, D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, el grande, que este hipérbole han dado en esta edad á alguno, y habiéndole yo rehu-

sado en todas, esta vez se le cayó á la pluma de la boca, no sin particular prudencia de la razon, porque para los vasallos de nuestras coronas, en mi opinion y en la suya, juzgando desapasionadamente, por la magnanimidad de sus obras y por la felicidad y prosperidad con que les fué padre utilísimo á todo cuanto pudieran esperar, sin serlos cuchillo, le toca este título más justamente que á ningun otro héroe de nuestro siglo. Fueron el cardenal Sandoval y el cardenal Borja, el uno sobrino y el otro primo del Duque, que impetró sus capelos con Paulo V: semilla que, aunque se afane la envidia, permanecerá, porque la sembró su mano en el servicio de la Iglesia, del Rey y del bien público; porque lo fué en honrar, gratificar, levantar, opinar, ensalzar templos, edificios y hombres; imitador generosísimo del ornato de la naturaleza, porque siempre estaba produciendo y brotando en beneficio de los vasallos, y que ántes que ella se borrará del mundo, de la memoria y de la posteridad otra cosa, y la preservará ésta de la dañada intencion de los malos, y la colocará á la par de las mejores y la fecundará en toda bienaventuranza.

Digo, pues, porque vamos corriendo con nuestro suceso, que al cardenal Santo Onofre, hermano del Papa, que ántes en sus menores fortunas habia sido capuchino, se opuso el cardenal Sandoval, y le dijo, en el idioma latino que allí se usa y aquí se traduce:—¿Tú, capuchino, con tan gran varon como el cardenal Borja, tienes atrevimiento y hablas en ese estilo? El Papa, entónces, solicitado del amor propio y de la sangre, dijo:—Bien puede hablar. Á que revolvió el Cardenal:—Vuestra Santidad que está presente, basta para reprender y hablar por sí, pues es tan suficiente para todo. A esta sazon se levantaron los cardenales Bentimbolio y Escalla, y con ruegos y palabras amorosas procuraron apaciguar esta discordia, llegándose el uno al cardenal Moscoso y el otro al cardenal Santo Onofre, con que volvieron á sus asientos y á sosegarse; y el Borja, que suspendió pasar adelante por no encender más la materia é ira del Papa y que le agravase con alguna censura, en cosas tales muy posible, hallándose con

razones forzosísimas para no proseguir en la oracion comenzada, interrumpida por tres veces, dijo al Papa:—Pues Vuestra Santidad me manda callar, hable por mí este papel. Y dióle el que contenia todo lo que llevaba que proponerle y manifestarle. El Papa lo tomó, y bajándose de la silla se entró en su cámara. El cardenal Borja, ántes que se salieran del Consistorio los sujetos que allí habia, dió un traslado al cardenal Pío, como á cabeza de los obispos, otro al Ulbaldina, de los presbíteros, y otro al Dobradino, de los diáconos, porque constase á todo aquel sagrado Colegio la protesta que S. M. le habia mandado hacer, y que Su Santidad no le dejó acabar. Las razones tan pías que á esto le movian, las urgentes necesidades de toda la cristiandad, tan dignas de remedio y de asistencia, lo digan, y si el que es Vicario de Cristo debe con más fervor celar esto, por ser la causa más propincua y el derecho de su dignidad más honorosa. La protestacion es esta:

«Luégo que el serenísimo rey Católico de España entendió la liga de los herejes con el rey de la Suecia, y los estragos que en Alemania recibian los católicos, siguiendo las pisadas de sus progenitores, que, peleando más por la Religion que por el Imperio, ganaron este religioso título, dispuso su consejo y fuerzas para acudir luégo á tanto peligro; y así (posponiendo sus mismos intereses en las Indias, en Italia y en Flandes), socorrió al Emperador con gran suma de dinero, y en Flandes mandó á su gente que resistiese al sueco miéntras apercibia la potencia de sus reinos para enviar mayor socorro. Pero junto con esto, advirtiendo que las armas de los herejes, conjurados en todas partes, no se podian remediar cómodamente sino con las comunes de todos los católicos, acudió á Vuestra Santidad, Padre comun de todos, pidiendo humildemente, con la mayor instancia que pudo, que no sólo amparase esta causa, contribuyendo con el dinero que más liberalmente pudiese, sino (lo que más importa) que avisase á todos los príncipes y pueblos católicos del peligro, y que los amonestase con veras que, para defender prestamente la causa de la Religion en tan presente peligro, uniesen sus fuerzas, y

que se mostrase Vuestra Santidad en esta ocasion, con apostólica solicitud, tal como se han mostrado sus santísimos y clarísimos antecesores que, levantando á manera de trompeta la voz apostólica, animaron todas las repúblicas cristianas á gloriosas confederaciones, para el reparo y áun para la propagacion de la fe. En lo cual, S. M., con justa razon, se prometia que Vuestra Santidad se habia de aventajar con ejecutoria por su prudencia y piedad; pero como cada dia crecen los daños y Vuestra Santidad hasta ahora dilata el remedio, me ha mandado S. M. que todas estas cosas, que privadamente diversas veces han sido repetidas á Vuestra Santidad por los reverendísimos señores cardenales españoles y por mí, las refiera, en su nombre tambien, en este amplísimo Consistorio, para que cuantos reverendísimos padres se hallan aquí presentes sean tantos testigos, delante de Dios y de los hombres, de que S. M. no ha faltado á la causa de Dios, ni de la fe, ni con diligencias, ni con autoridad, ni con obras. Y asimismo me mandó protestar, con la humildad y la obediencia debida, que cualquier detrimento que padeciere la religion católica, no debe atribuirse al piísimo y obedientísimo Rey, sino á Vuestra Santidad.»

Luégo que el Papa leyó este papel, no dejó de exasperarle el ánimo y ponerle de peor condicion; empero, como poco despues de este lance sucedió la salida del Rey de Madrid y vió las prevenciones de armas que se conducian á Barcelona, procuró tolerarse, y con remordimientos de conciencia disimular y cubrir sus discursos y satisfacer al Rey; para lo cual partia de allá un Legado, como se decia, y de acá se prevenia el Nuncio, y salia á buscar al Rey por el camino de Aragon. El conde de Monterey, virey de Nápoles, atento ó avisado por el Rey de este hecho, viendo la resolucion de Roma, el sentimiento del Papa y desobediencia de cardenales, y con recelo de que en ambas naciones española y francesa no se despertase alguna alteracion ó movimiento, ó que el Papa, como se le antevia, no reventase y pusiese en obra sus acuerdos con el dinero que dicen tiene recogido, y artillería

fundida de algunas estatuas erigidas en la antigüedad de Roma fabulosa, ó de algunos esclarecidos varones y por excelentes artífices, reforzó los lugares del confin con gente y municiones, y señaló tres plazas de armas, el Aquila, Civitaducal y Gaeta, y prevínolas de capitanes y soldados, con todo lo demas militar y forzoso. A la misma hora llegó de Alemania, y de parte del César, el cardenal de Estrigonia, acompañado de mucha gente húngara, creo yo que á la misma demanda y á las mismas protestas, y á pedir socorro contra los infieles enemigos de nuestra santa fe.

Todas estas cosas, no dudo yo que no serian de grande freno y confusion para el Papa, y más viéndose agravar de las dos columnas firmísimas de la Iglesia y de los dos polos formidables de la Europa, y en una cosa tan escandalosa como decirle, que no sólo no socorre las necesidades de la cristiandad, sino que á su sombra se turban y destruyen los Estados aleman y español, y los quiere invadir la herejía, que sólo se apoya en el auxilio de Francia, cobrando esta osadía porque no se ha mostrado afecto á esta corona. No tienen los píos Pontífices necesidad de estos avisos, ántes á la primera caja salir á ellos todos los que tienen seña de católicos, contra la perversion de la canalla; y pues es el pastor que está en el otero por facultad divina y providente para dar esta voz y este aviso, no hay que esperar á que se le den, que le dirán que duerme ó que vacila, y conspirarán los más fieles á su disposicion, y lo tendrán por justo. Sin embargo, muy digno es de ponderar este hecho, y de poner en él toda obediente tolerancia y de ocurrir con paciencia á los preceptos evangélicos. Padre de la Iglesia: los afectos de hombre conviene que los supla ó los vista la prudencia, asistiendo al ruego y á la caricia, el más rígido natural, y con estos ingredientes y corroboraciones pasará de intratable á amoroso y blando. Conviene tambien en esto, no degenerar nuestra victoria y de aquellos en que fuimos estimados, y dar á sentir, á los que no nos atienden ó conjuran contra nosotros, cuán poco nos importa el desdén de uno ó algunos, si seguimos lo justo, si pe-

leamos por la verdad y por la religion, y observamos los preceptos de la ley de Dios; que podia ser que aquí esté nuestra felicidad. Por no haberlo hecho ó no acudir fervorosamente á la enmienda, ¿quién duda que saldrá Dios á mantener su casa y quebrantará la cabeza de sus enemigos, y á conservar en nosotros la Iglesia? No faltando al derecho divino, no es grande exceso el inclinarse el espíritu más libre á la devocion de algun particular humano: por donde conviene tambien advertir, y sin duda es menester darnos á creer, es alguna vez forzoso suframos de tan buen corazon, que como las otras naciones llevan que los Pontífices sean favorables á la nuestra, permitamos que tambien sean afectos á la suya; pues nuestras obras tal vez no lo merecerán, ó no hemos sabido fabricarnos mejor fortuna.

Prosiguió el Rey su jornada, y llegó á Tortosa; digo, salia de Tortosa, y por Tarragona, corriendo el Coll de Balaguer, siempre á la vista y costas de la mar, llegó á Villafranca, lugar á pocas leguas de Barcelona, tan á disgusto de aquellos pueblos, que era rigurosísimo el despecho con que quedaban de que no les asistiese un dia sólo: deseaban verle, y que los viese, y gozar de su presencia; empero era diligentísimo en el caminar, presuroso en el salir y precipitado en el volver, tanto que no parece salia á cosas de importancia ni á forzosas; y así perdió esto, y áun perdió algunas, anteponiendo las cosas de su gusto á las útiles. ¡Indigno proceder de Príncipe, que debe estar ántes atento á las materias prudenciales y políticas, aunque le sean graves, más que no á las que le regalan, si son deliciosas; porque son perjudiciales al decoro y á la fatiga en que se debe instruir un buen Príncipe que ha de militar en honra y reputacion y á la ascension de grande, que sin estos instrumentos no es posible aunque más se lo aplique la lisonja! Por este modo, los de Tortosa, indignados de la presteza de su fuga, porque apénas llegaba á las seis de la tarde y al amanecer ya no quedaba hombre en el lugar, por donde les parecia que apénas le vieron, juraban de no servirle en las Córtes de Barcelona.

Llegó, como dije, á Villafranca, y se hospedó en la casa de un caballero, César Babau de Villalonga, que siendo la casa dejacion del rey D. Jaime á sus ascendientes, se la dió con tributo de que cada vez que por allí pasase Rey de la Corona, se la habia de dejar y salirse de ella, tenerle prevenidas y aderezadas cuatro camas, y darle doscientas escudillas de palo, ó diez y seis ó diez y ocho vasos labrados de lo mismo. Yo lo ví todo esto sobre un bufete, que dió no poco en qué entender, y ponderar de cuán menudas cosas se componia el uso y donaciones antiguas. De este lugar entró el Rey en Barcelona, lúnes 3 de Mayo; fuése á hospedar á las casas del duque de Cardona, deshonorado ya por la venida del Rey, por lo que se pensaba hacer con el Infante, en el oficio de Virey; besóle la mano toda la grandeza eclesiástica y secular, y á otro dia se procuró cerrar con las Córtes. Salieron los tratadores antiguos á la lucha, el marqués de Liche y el marqués de Leganés; y no se mostró tan fervoroso esta vez el duque de Cardona, cansado de algunos particulares suyos mal despachados, y por lo que le obligaron á dejar la Presidencia de Órdenes en la corte del Rey. Llevaron, pues, los tratadores su embajada á los brazos, exhortándoles al servicio del Rey, no queriendo hablar entónces de la habilitacion del Infante, presintiendo si en aquellos pocos dias que se habian de estar allí, se podia salir con él y vencer la dificultad; proseguia, pues, la embajada, en que decia S. M. convenia á su salud el estar en Madrid en todo aquel mes de Mayo, no se la dañasen los calores; pretexto digno de atender en vasallos.

Diéronse, pues, manos á la obra; mas ellos, tan rebeldes como de ántes y contentos del tiempo tan corto y prescripto, usaron de sus cautelas y ardides, y dijeron era menester se volviesen á habilitar las personas contenidas en las Córtes; donde no, que no se podian comenzar. Derribáronles este argumento, diciéndoles que no se comenzaban, sino que se proseguian; que es habilitar reconocer á los que les toca entrar en las Córtes, ver sus privilegios y títulos si son legítimos, reco-

nocer los libros de las Córtes pasadas, si están allí aquellas familias, y admitir á los que en el intervalo han alcanzado de los reyes esta honra, y darles licencia para que entren si presentan papeles que lo justifiquen. Ventilóse, pues, este punto y vencióse, que no fué poca dicha, porque sino habia poco tiempo en muchos dias para concluirse y pasar á la sustancia. Habíase encomendado esto al conde de Santa Coloma, creyendo que por bien visto arrastraria á los pertinaces, desconfiados de la emulacion que allí tienen al duque de Cardona; empero salió en vano: gastaban el tiempo en cosas menudas y en disentimientos pasados y prolijos. De sentir es proponer un hombre los agravios que ha recibido, y entre tanto que no se le satisface, empantanarlo todo, como al fin se hace, sin pasar adelante, apellidando contra los impugnadores que aquello es de sus fueros y estatutos establecidos en el libro verde. Gastábase, pues, el tiempo, y estaba ya casi al fin de ocho dias, suspendiendo los cortesanos en fiestas, corriendo faquíes y otros bailes en que aquella ciudad es prodigiosa, y en que se gastasen allí el dinero, y los doblones quedasen para trentines: codiciosos y advertidos en esta traslacion, hicieron grande opulencia de la malicia de su lugar en gruesas compañías.

A esta hora llegaron ocho galeras de España que venian para el decoro de aquella playa y para llevar la capitana, fabricada de nuevo en aquella atarazana, y varar otra galera, ó ya sea para otros fines. No vino allí el marqués de Villafranca, cosa que dió que admirar, resentido de que habiendo estado muchos dias en la corte, ni se ocurrió á las circunstancias de su oficio, ni á la falta de provisiones, ni paga de los soldados y sueldos, principal cuidado en un general, ni áun á hacerle merced por sus muchos y grandes servicios, y los de su padre y pasados. Decian que el marqués de Villafranca no habia venido á la corte á otra cosa, sino á representar á S. M. y al Consejo el estado que tenía la escuadra de España, su mengua, su falta de todo, y cuán deshecha estaba su milicia; que aquella escuadra era importantísima para

defender el Estrecho, ahuyentar los enemigos de toda la Mauritania y Levante y hacer rostro á los del Septentrion. Oíase todo esto como cosa de burla, creyendo que más era beneficio de general que de comun aquella propuesta. Opinion miserable en que hoy corren todos los hombres de bien, y en que han puesto al Príncipe para con sus vasallos, y no la menor circunstancia de la ruina y calamidad del estado Real.

Esta misma fortuna corria D. Fadrique de Toledo, su hermano, en lo tocante al ministerio de la armada Real del mar Océano: percibia el primer ministro el mismo concepto, y dicen, decia era superflua aquella armada para aquel estrecho, que no servia sino de llamar allí los enemigos, gastar millones, y que el efecto era moderado; y que no por eso dejaban de pasar los septentriones, esperando tiempo y fortuna. Si este discurso se hubiera hecho cuando el enemigo desembarcó en Cádiz, y no estuviera allí aquella poca milicia ni por caudillo el marqués de Villafranca, la tomaran y áun pasaran adelante. Estaba, pues, ofendido D. Fadrique de verse defraudado de la estimacion en que estuvo aquella armada, que se la habian deshecho, no los enemigos sino las artes del primer ministro; emulando que medraba y estaba bien reputado. Si el oficio no es de acrecentamiento para el dueño, si no se puede honrar en él, adelantarse y subir y aspirar con los beneficios á las empresas, la fatiga, defraudada de la utilidad y de los honores, con dificultad será apetecible, ni la buscarán: si no, mire él por qué quiere tanto el de Privado, sino por los buenos bocados, honras, preeminencias, dictados, encomiendas y oficios que le rodean. Estaba otrosí D. Fadrique harto de pasar al Brasil á recuperar la bahía de Todos Santos y la ciudad del Salvador; de hacerle ir por la plata y flotas, y á desarraigar de algunas islas, cerca de Cuba y de la Española, á los mismos que las robaban; y cuanto más satisfecho de que habia servido en aquellas cosas, más para un hombre de otro porte que del suyo, y cuando combatido de tormentas, de largos rumbos y otros afanes metia la

vida de la monarquía por la bahía de Cádiz y barra de Sanlúcar, y cuando esperaba, por estas mismas cosas y las ejercidas, que habia de hallar en el agasajo del ministro, como en la otra era, el premio de sus fatigas, era esperado de un alcalde y de uno de la Contaduría mayor de Cuentas, y registrado cuanto traia, sin perdonarle hasta las mismas faltriqueras. Si esto debe sentirse, los que son hombres de prendas lo digan; y si esto se hace con los soldados y con los héroes de tanto valor, y que han peleado tantas veces con holandeses, destrozándoles y echándoles á fondo sus armadas, ¿qué mucho que se contenten con los humos de sus hogares, con los retiros de sus aldeas y con la moderada porcion de sus rentas? Sentia esto D. Fadrique, y que el ser general de la armada Real del mar Océano le hubiesen desvanecido nuevas materias, las cuales tenian el Estado en balanza, sin lustre, sin honor, sin respeto en los enemigos: y así, ¿qué mucho que se atrevan á trastornar el esplendor de los que se hacian lugar con sus obras? Estaba informado; los puestos pervertidos, defraudados del honor y del premio los cabos, atendiendo á no más el ministro, si fundaba un juro, si añadia un cuarto á su casa, si se trataba con ornato. A este tal, aunque hubiese escalado los muros de Ostende, arrasado á Barselli, ganado á los franceses muchas batallas, que sus ascendientes prendieron al duque de Sajonia en Alemania y á Francisco en Pavía, no importaba un clavo. En lo que se ponia la mira era en que nadie creciese ni aspirase á los triunfos: á este tal le trataban como si hubiera hecho lo contrario. Y esto viso llevaba el progreso de nuestra jornada; y así los dos hermanos pasaban esta carrera tan lastimosa, y por ésta infinitos, y áun todos: ménos aquella partecilla que á él le estaba sujeta y dominaba con imperio, los demas, grandes y pequeños, todos morian á hierro, sin consentirles respiracion. ¡Era terrible, y la más infeliz que se vió! ¡Y que pase un Rey por ella, sin reparar en su desestimacion y ruina!.

Vió el Rey entrar las galeras, á cargo de un cabo sin nombre, faltas de cuanto habian menester; y con haber otras

cuatro allí de Nápoles, rotas y desaparejadas, creíamos que teníamos algo. Apretóse cuanto se pudo el suceso de las Córtes, y hallándose una mañana en ellas el duque de Cardona, el conde de Santa Coloma y los más nobles del Principado, éstos pugnaron á que se votase el servicio, á que se les opusieron parte de hombres muy moderados, diciendo que no se habia de votar, y empuñaron las espadas y estuvieron para perderse; con que cedieron los nobles á los plebeyos. Salieron de la iglesia de San Francisco, diputada para cosas tales, y esperando el Rey el suceso de aquel dia, supo de los tratadores el estado, la desesperacion y el peligro en que todo habia estado; y viendo se le pasaban los quince dias forzosos que el tiempo le permitia y que él eligió, y que no se salia con el servicio, á toda priesa partió al aposento del Conde, y allí resolvieron que se retirase la habilitacion del Infante, que era el fin último para que se salió de Madrid. Lleváronlo á su cargo los tratadores, y hablóse á los que lo podian facilitar, y juntos dijeron enviaban por poder á sus ciudades, porque para este efecto no le tenian. Solicitaron la priesa, y entre tanto forjaron otra de sus trazas, y á mi ver, de su autoridad, todo por paliar la salida de Madrid, y darle algunos colores de precision y forzosa para con los que, atentos á ella, tenian por vagos sus fundamnntos, y decian que no se han de mover los reyes de sus casas ligeramente, sino á grandes cosas, tales cuales sean de ejemplo y dechado para los forasteros.

Entró, pues, en las galeras, en las cuales nunca entró el Conde, porque le hace mal á la cabeza; de que podemos desconfiar que jamás acometeremos ardua ni gloriosa empresa, si es tan delicado el rector de la monarquía. De esto se rie el Richelieu, Privado del Rey Cristianísimo, y el Sueco, hartos de andar á mosquetazos. ¡Y que piense ser heróico ministro y hombre grande quien no sabe sino de cosas muelles y flojas! Aconseje á su Rey que se arme, se ponga en campaña, sepa del calor y frio, de la mala cama y peor mesa, del dia pesado y de la noche fastidiosa; caminos por donde se arriba

al esclarecido nombre de famosos, al de temidos, y al de enseñorear el mundo. Pasó el Rey á las galeras, previnose al duque de Tursi que se hallase allí, preparóse una caña para baston, y entrando en la patrona y ocupando la popa, tomó el baston el duque de Tursi y diósele al Rey, y el Rey se lo dió al infante D. Cárlos, constituyéndole por Príncipe de la mar y metiéndole en la posesion del título que un año ántes le habia dado; quitóse la capa, tomóle y besóle la mano al Rey, y todos hicieron lo mismo, y dieron algunos bordos por la mar, con que se volvieron á Palacio: besaron la mano al Infante otro dia los capitanes, y mandó darles cadenas de oro. Esta funcion, si fuera con cincuenta galeras, enviándole para imponerle con majestad á alguna faccion honrosa, y con cabos y consejeros de sumo valor, noticia y prudencia, señalándole su plaza de armas en puesto conveniente y seguro, habria sido acertada, y sin calumnia de los Príncipes que nos atienden y están á la vista de nuestros hechos. Temámonos de todo y de todos, que el miedo jamás obró con grandeza ni con aplauso, sino con mengua y poquedad. Volvió á entrar otro dia en ellas, al tiempo que subian por el oriente doce bajeles gruesos (yo lo ví): afrontáronse con Barcelona, y llevando las proas hácia levante las volvieron hácia poniente, y allí esperó la capitana á los demas, y volviéronse por donde habian venido. Un barcon grande que llegó á la playa, dijo que eran diez y ocho, y que todo el dia le habian dado caza: presumióse era armada de Argel ó de la Goleta, ó de otra de las fuerzas de aquel paraje. Si el cabo fuera bizarro y no hiciera más que arrimarse y disponer su artillería, habria logrado famosa ocasion, que diera bien que hablar al mundo. ¡Quiere Dios que sean corsarios, encaminados solamente al robo y á pescar algun navío de mercaderes que les pueda ser de alivio ó ganancia, ántes que otra empresa de reputacion ni de nombre! Viéronlos los de las galeras, y hablóse de salir á buscarlos. Desatino á mi ver. Diez y ocho navíos corsarios, que por lo ménos traerian 600 piezas de artillería, 1.000 hombres, y muy buena mosquetería, ¿era buen consejo que salieran ocho gale-

ras ó vasos grandes y altos, sin municiones, sin caudillos de consideracion, apénas con 500 infantes y 40 piezas? Arriesgado habrian el lance: ó llevárselas ó echárselas á fondo. Si D. Fadrique de Toledo, contra los consejos mal cimentados, corriera con la armada Real del mar Océano aquellos rumbos, no se atrevieran los enemigos á procederes tan insolentes, y aquellas costas vivieran sin tanto miedo y los mercaderes y pasajeros pasaran de unas partes á otras sin riesgo, y el Rey desembarcara ménos enfadado de haber visto aquel suceso á sus ojos.

Los naturales de la tierra afirman, que sin freno y sin vergüenza llegan allí alarbes y turcos, y les llevan á los pescadores las mujeres y niños y las haciendas, sin poderlo remediar, y sin haber un leño que los defienda. De esto sirven las armadas fundadas por los reyes D. Fernando y Doña Isabel, el Emperador, D. Felipe II, y III, en los puertos de España, para su conservacion y guarda de sus fronteras, y para el temor, respeto y desolacion de herejes y mahometanos; y todo lo demas que no fuere esto, es absurdo. Ellos lo hicieron, y entendieron, y nosotros los debemos imitar como mayores en prudencia y en consejo, pues tuvieron la gloria de hechos tales.

Llegaron los poderes de las universidades, que es lo mismo que ciudades, y se empezó á votar la habilitacion del Infante: votó primero la ciudad de Barcelona, que allí llaman Consejo de Ciento, porque siguiesen las demas el ejemplo de ésta, y vinieran á ofrecer á S. M. este servicio; votaron los demas y todo el resto que se incluye en las Córtes, y de comun sentimiento salió habilitado ménos por los de Lérida, que se mantuvieron pertinaces, si bien sus síndicos, que es lo mismo que procuradores de Córtes, lo votaron, previniendo ellos que en cuanto les era posible habilitaban á S. A. y remitiéndose en lo demas á su ciudad y á las cabezas de ella. Trajeron los habilitadores esta nueva á S. M. subiéndola muy de punto, y que se habia vencido y allanado gran dificultad; cosa en quo no habia que dudar, porque ¿qué más podian desear ellos de que les quedase en su Principado y ciudad un Prín-

cipe de tan esclarecidas partes para su gobierno, y que habia de gastar en ella 200.000 escudos cada año, y que éstos habian de salir de Castilla y entrárselos por sus puertas? Punto para ellos muy considerable y al que antienden con más prontitud.

Llegó esta nueva á las orejas del Infante y á todos los demas de su casa, y sintiéronla cuantos se vieron desesperados de volver á Madrid. Habló en el aposento del Rey, aquella noche, el Conde al Infante, haciéndole el mismo la escolta: duró raro rato la plática, y lo que entre ambos pasó no hay poderlo rastrear; sólo sé que fué de paz, y que le diria el Conde lo dejaba allí S. M. para grandes cosas y para más que los procuradores de Córtes; que desde allí habia de hacer empresas de consideracion y hacerse señor del Imperio del Oriente; que por el correo se le avisarian todas las demas materias, y que por entónces no convenia su disension, que el servicio del Rey era ante todos accidentes el primero, y el que habia de ocupar la mejor parte de sus cuidados, y se habia de anteponer ántes que otra cualquiera inclinacion. Esto es lo que yo puedo juzgar que le diria, simulando la verdad; porque claro está que no le habia de decir que le traian allí para apartarle de la corte y del Moscoso. Dejóle saboreado con aquellos humos falsos, y con gusto de haber salido con el intento, si bien la melancolía, á que se dieron por otra parte ambos hermanos, era profunda; amábanse tiernamente, y sentian apartarse; la sangre, y el estrecho vínculo de comunicacion hacian allí su oficio, y solicitaban más profundamente el sentimiento. Llegó á esta hora la casa, que se habia mandado partir de Madrid, y deseando los caballeros de aquella ciudad hacer al Rey una justa de á caballo, viendo era corto el tiempo y que el prescrito de los quince dias espiraba, lo redujeron á correr un faquí en la plaza pública. Entró en él S. M. y el infante D. Cárlos, y corrieron con sus mascarillas y con bizarría algunas lanzas; quitáronsela despues y prosiguieron en la carrera, con aplauso y admiracion del pueblo: fueron jueces el duque de Cardona, el conde de Santa Coloma (con que los

reconciliaron á la amistad y á dejar los bandos antiguos), el duque de Tursi, el conde de Oñate; D. Diego Mejía, marques de Leganés, y el marqués de Este; dieron á S. M. el premio de mejor lanza, y al infante D. Carlos de más galan, sin premiar á otros de los que corrieron; y con esto se feneció lo de Barcelona. Dejósele al Infante encargado cuanto tocaba á aquel Principado, y arrimáronle por guía, custodia y centinela al conde de Oñate, y para los consejos de guerra y estado al marqués de Montenegro, que acababa de llegar de Italia en una galera, y al duque de Cardona para cualquiera de estas ocurrencias, si bien defraudado del gobierno, empero en su casa. Con esto, á más de la mitad de Mayo, partió el Rey á Nuestra Señora de Monserrate, hasta donde le fué acompañando el infante D. Fernando, y en aquellas pocas horas que quedaban, el Conde acabó de instruir al conde de Oñate, que sabia ya el suceso y los lances de los riesgos y las conveniencias de sus materias y comodidades. Encargóle la vigilancia, la asistencia, y que no le perdiese de vista, y enseñóle los criados de quien se habia de recatar y andar sobre ellos, que eran muy pocos, porque ya quedaban depuestos los sospechosos y los de más ruido en la corte; encargóle los correos, y que trascondiesen lo que escribian ambos hermanos, y lo que escribia el Moscoso, y de todo diese aviso, y observase los movimientos. Con esto salió el Rey de Monserrate, y el Infante para Barcelona; no dejando de dar que discurrir la llegada del marqués de Montengro, por si amenazaba alguna invasion por Perpiñan, para divertir al frances de los designios de Italia y Alemania, y porque, no pudiéndole reducir á la concordia y composicion de las cosas, se metian inteligencias secretas en sus estados, de revolucion y levantamiento, para lo cual salia de Bruselas el duque de Orleans, hermano del Rey, con 3.000 caballos, y por Lorena, haciendo junta allí, tomaba derrotas para Marsella, que decian se le entregaria luégo que llegase, y afirmándose allí y dándole la mano desde Barcelona con la gente que se iba juntando ó pasando á ella, comenzar la guerra por aquella parte.

Proseguia el Rey su jornada, no sin cuidado del calor, que ya hacia su oficio; dió órden á los que hacian el aposento se le tuviesen fuera de la ciudad de Lérida, pretendiendo castigar su atrevimiento y remision en no enviar poderes á sus síndicos para habilitar el Infante, con este disfavor. Luégo que ellos lo sintieron, salieron á esperarle al camino y á suplicarle les honrase con entrar en la ciudad; no sólo no los oyó, empero les mandó que enviasen sus poderes ámplios y suficientes á los síndicos que tenian en Barcelona, para servirle en todo lo que se les mandase, que luégo se atenderia su peticion. Ellos volvieron á la ciudad, entraron en consejo, y resolvieron, por redimir su afrenta, de hacer los poderes como se los pedia; y aposentado el Rey fuera de la ciudad en el monasterio de San Agustin, en una celda muy corta y de mucho calor, vinieron aquella noche en forma y con sus mazas: juróles sus privilegios, y enviaron los poderes á Barcelona como se les mandó; con que otro dia entró en la ciudad y fué á oir misa á la iglesia mayor. Prosiguió su jornada, y á esta hora tuvo aviso el Conde, por los confidentes y espías que dejaba en Madrid, que D. Antonio de Moscoso, con grandes aparatos y ruido de privado, juntaba carruaje para partir á Barcelona con la órden que se le dió, supuesta ó verdadera, ó con la que él se tomaba. Avisado de esto y del dia que salia, habiendo ya pasado el Rey á Zaragoza, llegó otro correo de su partida, de la opulencia de criados, libreas, coches y literas, de suerte que se hundia el barrio de San Martin, y de que le salian acompañando las familias de Sandoval, Enriquez, Córdova y Zúñiga y otras muchas; advirtiendo que llevaba á su mujer, y que iba de asiento y despacio. Avisado el Conde de esto, llamó al confesor é instruyóle de lo que habia de haçer; el confesor partió volando al Rey, refirióle lo que pasaba, y dijo no convenia pasase D. Antonio, que sabía habia salido de Madrid para Barcelona, por las causas ántes debatidas y acordadas, que en este caso despertarian otras mayores en Barcelona, y los catalanes llevarian mal el valimiento de D. Antonio, como ya lo habian dado á sentir los flamen-

cos, y sería dar materia á nuevos disgustos, y se turbaria cuanto allí con estudio y fatiga se dejaba asentado: que los hombres de más canas y consejo, que se habian puesto al lado de S. A., no sufririan, ni áun lo podrian tolerar, que un mozo se les antepusiese, á compas de los otros privados, y retirado con S. A. los dejase acá fuera, los quitase proceder y áun llamarlos á su aposento (acciones todas feísimas), y que les arrebatase la privanza, no excediéndoles en calidad, ni igualándoles en servicios; y áun, que tal vez querria le diesen parte de las materias, y ascender á todas las circunstancias de privado por el uso y por la ambicion, aclamando los ejemplares, que áun habia quien los calificase, con tanto más brio entónces, cuanto sabia se le habia dado parte y providencia de gobernador á S. A.; que áun el mismo Príncipe no se podria contener de esta liberalidad ó tiranía, perjudicial en todos accidentes en su dominio; y que proponia esto á S. M., como utilísimo á su servicio, para que lo remediase. El Rey le mandó estuviese atento, y cuando llegase el D. Antonio ó se encontrase en el camino con él, le dijese de su parte, cediese del intento y no pasase adelante; y volvió el confesor al Conde dándole cuenta de su embajada, y cuán favorable la traia.

Llegó el D. Antonio á Almadrones, lugarcillo del obispado de Sigüenza, al tiempo que el Rey hacia noche allí; esperóle el confesor, y luégo cerró con él y le intimó el mandato: quedó el D. Antonio suspenso y sumamente afligido, propuso al confesor su descrédito, y lo que dirian de él en la corte, y con qué rostro podria volver ante los que le vieron salir, si le quitaban su oficio y la merced que S. A. le hacia. A esto le respondió que era órden de S. M., y que convenia obedecer sin réplica; y ante todas cosas, que se habia excedido, pues no habiéndole ordenado otra cosa ni señaládole en el número de los gentileshombres de la Cámara para la jornada, se atrevia á ir á Barcelona. A esto, el Moscoso dió sus pocas ó ningunas razones: despidiéronse ambos, el confesor se fué á la posada del Conde á referirle el cuento, y el D. Antonio á la del Rey. Besóle la mano, y al Infante; y el Rey, mesurado

mucho, no le habló otra palabra, más de —¿Cuándo partireis? Él dijo habia de hablar primero al Conde. Respondióle le hablaria tarde, porque se recogia luégo y no despertaba hasta las diez de la noche, porque caminaba con ella y salia á las doce ó la una. Habian el Infante y el Almirante sabido ya la órden por el mismo Moscoso, que sintió mucho y propuso de escribirla á su hermano, incitándole á que diese al Rey sus quejas contra el Conde, y lo que por algunas razones no habian acabado de resolver, lo hiciese entónces.

El Rey, á otro dia, siguió su jornada; esperó al Conde el D. Antonio, y fueron hablando por el camino ambos, á solas y en el coche, por espacio de dos horas. Dicen que cada uno, desnudamente, dió allí sus razones de disculpa, de queja ó de conveniencia. Decia el D. Antonio cuán fielmente habia procedido en todo en el servicio del Rey y del Conde, y cuán templado le habia tenido al Infante para cualquiera de sus acaecimientos; que si S. A. ó él habian aspirado á algun puesto mayor, S. A. por favorecerle y él por mejorarse, que no era culpa grave, sino para pasar ligeramente por ella; y dió otras razones, que se habian calumniado y llevado por chisme al Conde. A todo le respondió el mismo, con aquella falsedad de siempre, que él no sabía nada; que era desgraciado en que se pensara que él lo hacia todo, y era el Rey el que lo obraba, aconsejado de su confesor; que SS. AA. se le mostraban desatrevidos, y no sabía por qué, y que protestaba que no habia vasallo que así los desease servir. Finalmente, de estas y otras cosas se habló mucho: despidióse D. Antonio y volvió atras por su mujer, y pasó el Conde adelante, dejando en este lugar el misterio de la jornada; volviendo el D. Antonio de noche y corrido á su antiguo nido, con las plumas caidas y mojadas, dando que hablar y que decir en la corte y al mundo, gloria á los émulos, que son muchos, y disgusto á los amigos, que son muy pocos. Entró el Rey en Madrid, habiendo gastado toda la pólvora de designios y máquinas marciales, en que á la salida nos procuraron ensayar en salvas, cohetes y zuiza grandes.

Entre tanto que atendíamos, con más vehemencia de lo que era justo, á las pasiones caseras y á los particulares propios del Privado, á sus comodidades y conservacion, tratando con tibieza las de afuera, el sueco sojuzgaba las plazas imperiales y habia tomado la mayor y mejor de todas, y donde el emperador Cárlos V, en las primeras guerras y discordias de Alemania, convocando sus ejércitos y fuerzas contra los protestantes, no inferiores á ellos, sino ántes mayores en número, en ménos de un año lo allanó todo, y los puso debajo de sus piés; esto es, la esclarecidísima Augusta, cuyo saco y vejacion se redimió por cerca de un millon de escudos: suceso de infelicidad para los fúcares, y para que acaben, como ya lo están, de quebrar, por ser aquella colonia donde yace la cabeza y el nervio de su caudal. Los holandeses, viciados de la ocasion y deseo de lograrla, viendo salia D. Gonzalo de Córdoba á volver á recobrar las plazas del Palatinado, ocupadas de su dueño y de este infiel, salieron con el ejército enseñoreando á Peormunda, á Venelo y otros casares abiertos, y por trato y venta el fuerte de la Cruz, para hacer punta, cuando lo resuelvan sus designios, á Amberes; pero en el caso presente, siguiendo el ardor del expugnar y el progreso de sus fortunas, se encaminaban á sitiar á Maestrich, consiguiendo tambien la diversion de D. Gonzalo de Córdoba, que á estos terremotos y desolaciones, por consejo de los más expertos, viendo no quedaban en Flandes fuerzas para hacer el opósito y asistir á la defensa, pues no pasaban de 5.000 infantes ni 2.000 caballos, le hacian volver. Pero no olvidándose Dios de nosotros en medio de estas calamidades, fué servido de que se recobrase á Praga, corte de Bohemia, y que el duque de Sajonia se reconciliase con el Emperador y se apartase de la liga de los confederados; con que, no hay duda, desfallecerán las trazas del frances, que anda en los umbrales de la muerte, entrará en mayor confusion y miedo el Richelieu, su privado; respirará aquella grande y esclarecidísima provincia; arrojará de allí á sus enemigos, y entrará en mayor quietud y bonanza; los rebeldes de Holanda se frenarán, y se podrá con

más desahogo ocurrir á este cuidado; el inglés y los demas coligados quedarán corridos de cuán vanos les salieron sus diseños, y con arrepentimiento y castigo por los efectos siniestros de faltar siempre á la fe de sus tratados; Italia saldrá de recelos y sospechas, y perseverará en el señorío y devocion de España, si nosotros dejamos de gastar el tiempo en pocas cosas, en aparatos bajos y en sola la conservacion del Valido, y seguimos las huellas de nuestros mayores, y aspiramos á cosas altas, como ellos lo hicieron, y creemos que nos es más saludable su consejo.

Sabido por el infante D. Fernando el suceso de su Valido, por cartas de su hermano y confidentes, lo sintió, y acabó de confirmarse, como él lo decia, que no para otra cosa habia sido la jornada que para apartarle al Moscoso; y aunque le solicitaba la ira el ánimo y el corazon á tomar la satisfaccion y enmienda del agresor, que era justo y merecian las altiveces de sus empresas y pensamientos, y la carta de su hermano el infante D. Cárlos le provocaba á ello, por entónces lo suspendió; avisándole que á su tiempo le diria el cómo lo habia de hacer, recelándose que le habian de coger la carta, y que no habia de llegar á manos del Rey. Recibió la lastimosísima del Privado, refiriéndole, por expresos puntos, con la ignominia que le volvieron y con la fuerza que le rechazaron; y cada cosa de estas le solicitaba el corazon á la venganza. No vivia sin miedo el movedor, desbalijando los correos en Alcalá de Henares para descubrir esta carta y torcerla, porque ya estaba avisado de todo, y prevenido al Rey, y áun díchole á S. M. que se armase para oir grandes males de él, de sus acciones y gobierno; que él ya estaba ajustado con su fortuna y paciencia, y más cuando sabía eran estos trabajos por su servicio, por quien deseaba morir, como lo habia manifestado á los principios de su reinado. Acá celaban los pasos y movimientos del Moscoso; allá avisaban de todo los confidentes; empero el Infante, guardándose de todos y de las guardas que le habian dejado, conociendo que estaba en una honrada prision, disimulaba con prudencia,

enviando las cartas, con artificio y con sobrescritos extravagantes, por la vía y carreras de Valencia, y áun por allá discurria que no estaban seguras: y si allá se temia del infante D. Fernando, acá vivian no con ménos miedo de Cárlos, por lo cual se volvió á publicar aquí otra jornada para el reino de Aragon, llamando á Córtes á aragoneses y valencianos, á la ciudad de Teruel. Pasó volando este nublado y resfrióse, con que se tiene por incierto y finalmente no surtió; empero estos casos terribles por infructuosos, y por lo que pueden amenazar alguna cabeza por el escándalo y por su fatiga, redujeron al Infante á una dolencia de que hoy, mártes 29 de Junio, se tiene carta queda con dos crecimientos cada dia, con sentimiento general de todos, particularmente del infante D. Cárlos, en casa, sin una pieza á propósito para mediar los calores del tiempo con los accidentes de la enfermedad, ni con un médico de opinion, padeciendo por privados adolescencia fatal, que predomina con aspecto riguroso sobre los príncipes de toda España.

Fué Dios servido que mejorase por las oraciones del menesteroso de santa y religiosa vida, y la carta de que nos temíamos, la escribió, dícenme, con suma decencia, ponderando las causas de haberle sacado de la presencia de S. M. y quitádole á D Antonio de Moscoso, y que los fundamentos que para ello le habian dado pudieran ser de su servicio; empero que ambos á dos, jamás se habian apartado de él, ántes militado con prontitud y fidelidad debajo de esta bandera. Otras muchas cosas refieren que escribió al Rey, abonándose á sí y al criado, y rechazando lo demas. La carta dió el Rey al Conde, y le dijo mirase qué satisfaccion se podia dar á lo que expresaba; y lo peor de todo que la dió la Reina, á cuyas manos la envió el Infante para que la diese al Rey. Alborotóse el Conde y quiso dar sus descargos; pero lo que más debió sentir, fué que se hubiese tomado á la Reina por instrumento de este mensaje, porque era menester darse por entendido de que no le afectaba que, al ejemplo de este suceso, como sagrado de agraviados depositaran otros allí sus quejas. ¡Oh

si consagrasen todos sus votos á esta Señora, qué preciosa fuera para la salud de nuestras Coronas, y qué milagrosa para el bien universal! Y como quiera que no se puede temer de jornada, ni de que se la inventen, despreciará las sospechas, ántes deseará ir á todas, llevándolas con paciencia, que aunque la sacan prenda por ello, al fin se la vuelven á casa. ¡De qué variedad de imaginaciones y sobresaltos debe de estar vestido aquel corazon y aquella cabeza! ¡Sobre qué multitudes de inconstancias debe de naufragar! El que á toda vela presume engolfarse, está expuesto á todos estos contrastes: si surcásemos aquel mar que toca á nuestra esfera, ¿quién duda que lo pasaríamos con bonanza y nos conduciria al puerto sin borrasca? Pero, sin embargo que se escriba contra él, ó no se escriba, se fulmine ó no, él se conserva.

1632.—Estaban las cárceles de la Inquisicion de Toledo llenas de reos, de infames y supersticiosos vicios: hízose esta consulta al Rey, y deseando castigarlos, quiso hallarse en el auto por dar ejemplo á sus vasállos y al mundo de su fe y religion; y viendo que el tiempo no daba lugar de hacer jornada, por corta que fuese, por los insufribles calores del verano y por ser en medio de él, los mandó traer á la corte, si bien no todos, al ménos los que eran más capitales. Levantóse un solemne tablado en la plaza, con los modelos y circunstancias que en los otros autos, y á 3 de Julio de 1632, á las ocho de la mañana, fué el Rey y la Reina, y el infante D. Cárlos á la plaza, á la casa del conde de Barajas, á la hora que ya entraban por ella los delincuentes, que fueron puestos en su lugar por los familiares y justicia. En la otra parte del tablado, en medio y en lo más alto, se sentó el cardenal Zapata, Inquisidor general, en una silla, con todos los de la general Inquisicion, y los del Consejo de Toledo en las gradas del tablado. Concurrieron allí los Consejos de S. M., con muchas personas nobles, y los demas ministros del Tribunal; acompañó al Consejo de la Inquisicion el de Castilla, y tuvo su lugar en el tablado; y oyó allí el Rey la misa en un altar que estaba hecho, en el cual, el dia ántes, con suma reverencia y majes-

tad, todo lo más grande y lucido de la corte, erigió allí una cruz de madera verde. Oida la misa se llegó el Inquisidor general con los demas ministros, á levantar, adonde el Rey estaba, casi igual con el tablado; y en un misal y una cruz, juró la protestacion de la fe, su defensa, estatutos y privilegios de aquel santo y justísimo Tribunal; hizo luégo el juramento al pueblo, que repitió á voces fervorosamente, y predicó el sermon Fr. Antonio de Sotomayor, de la Órden de Santo Domingo, confesor del Rey; concluido lo cual, se leyeron las causas de algunos hombres supersticiosos y embusteros, á quien la codicia y deshonestidad, no abrazándose con la verdad, tesoro de la virtud, los trujo á tan torpísimo precipicio. Leyéronse otras hechicerías mentirosas de pactos é invenciones con el demonio: algunos por casados dos veces, y herejes pasados por las escuelas de Ginebra y otras sinagógas heréticas, y por los libros de Calvino y Lutero; otros blasfemos; otros judíos, y apóstatas portugueses observantes de la ley de Moisen que negaban la segunda persona de la Santísima Trinidad. Como si aquel altísimo Profeta no pronosticara la venida del Hijo de Dios en sus escritos, habiéndosela revelado Dios en la zarza, y oponiéndose en otra ocasion á la misma Majestad, cuando los quiso castigar por la idolatría del becerro, con decirle que habia de descender de aquel pueblo quien los perdonase, fueron infieles en sus principios; y cuando más favorecidos por Dios y de su magnificencia y hechos heróicos sacados de Egipto, de la tiranía de Faraon y de sus azotes, pasándolos por las olas del mar Bermejo, sepultando en ellas al enemigo, los carros y el bagaje, y despues llevándolos por el desierto, alimentándolos con el maná fresco y enteros los vestidos, todo en fe de su misericordia, de nuestra redencion y de la venida del Salvador, le negaron innumerables veces, pasando la religion y la reverencia á los brutos. En esta misma forma inducidos, no atendiendo en que toda aquella ley, ritos y ceremonias eran figuras de lo que hoy gozamos, y que con la venida de Cristo quedaron muertos y sepultados. Llenos de errores, ceguedades y desatinos, por

no querer ajustarse con los preceptos católicos, seguian su maldad; y en la corte del Rey, cerca de una casa del Caballero de Gracia, juntos en sinagoga, caterva de esta gente tomaron un Cristo, y por varias veces lo azotaron con cordeles y abrojos, haciéndole otras innumerables ignominias, de suerte que fué Su Majestad servido, por no faltarles á su misericordia, de hablarles por aquella imágen, por dos veces, diciéndoles: —¿Por qué me tratais así? Respondieron los infieles, con risa y blasfemias, á imitacion de sus pasados:—Si no eres nuestro Dios, ¿por qué no te hemos de maltratar? ¡Cosa digna de ponderacion, que viendo un milagro tan grande y tan portentoso, no se estremeciesen, se echasen por el suelo, y no pidiesen misericordia á voces é hiciesen gravísima penitencia. Fueron estos dados al fuego, y otros que, si no se hallaron en este sacrilegio, seguian la misma secta, entre los cuales se incluian cuatro hombres y tres mujeres. Quemaron dos portugueses en estatuas, no perdonando aquel severísimo Tribunal los huesos, que mandó desenterrar para quemarlos, por haber muerto en las cárceles con la misma perfidia y errores heréticos; quemaron otros dos; quemaron otras dos mujeres fugitivas; degradaron á un religioso; dieron penitencia á otros de destierros, azotes y galeras, y cárcel perpetua, y juraron de levi; con que feneció el auto ejemplar y benignísimo de todas maneras, porque siendo los reos acusados de atrocísimas culpas, no eran equivalentes las penas por lo mucho que debian padecer; resplandeciendo aquí la misericordia y la majestad del Rey con este hecho, y con asistir á acto tan legítimo á su dignidad y oficio.

Las cosas de Flandes, á esta sazon, eran combatidas de nuevos y varios accidentes; porque demas de estar los enemigos superiores en armas, y en hechos más bien fortunados que los nuestros, apretaban á Maestrich con trincheras y baterías. El conde Enrique de Bergas, gobernador de Geldres y maestre de campo general del Rey en Flandes, solicitado de la poca seguridad de su conciencia, de su infelicidad y de los sucesos pasados cometidos en deservicio de su Rey, con be-

neficio de las inteligencias francesas, que en esta era no hay cosa que no presuman tentar, diciendo se perdia la provincia que estaba á su cargo, y sirviendo así á la señora Infanta, y que no queria le hiciesen los cargos que en lo de la Belba, que poco há dejamos referido, se salió de Geldres, de que era gobernador, y se pasó al país vecino y libre de Lieja, adonde se declaró, y promulgó este manifiesto, que hizo correr por todos los países, que dice así:

Enrique, conde de Bergas, maestre de campo general del ejército de S. M.—A todos los que las presentes verán, de cualquier nacion ó calidad que sean, hacemos saber: Que por el mal tratamiento que habemos recibido de los españoles, no obstante de nuestros largos y fieles servicios de cuarenta años, bien notorios á todos los soldados aquí empleados en este tiempo, estamos resueltos, por el bien comun de estos países y conservacion de la franqueza y privilegios de ellos, conservacion de la religion católica apostólica romana y para dar mejor tratamiento á los soldados del que hasta aquí han recibido; viendo asimismo que el país se pierde, hemos resuelto de tomar y admitir el cargo de maestre de campo general, y para este efecto nos hemos retirado á la villa de Lieja, donde todos los capitanes y alféreces, y otros oficiales y soldados, serán muy bien venidos y recibidos, de cualquier nacion que sean (excepto los españoles, los cuales no querrán venir debajo de nuestro cargo), para el cual efecto nos vendrán á hablar y recibir la órden del lugar donde podrán juntarse; asegurando á los mismos, que cada cuál será tratado segun el cargo que sirve, y si algun teniente ú otro pudiese juntar doscientos infantes, será hecho capitan, y podrá nombrar su teniente y alférez; y si algun teniente y corneta trae cien caballos ligeros, será hecho capitan de ellos, y podrá nombrar su teniente y corneta; y además de eso, cada caballo ligero recibirá cada dia tres cuartos de un patacon, y cada infante diez plazas hasta que hayan pasado muestra, y entónces recibirán un mes de sueldo; y recibidos en servicio recibirán sus pagas cada mes, como asimismo los capitanes,

tenientes y otros oficiales, cada uno segun el cargo que tuviese, de lo cual todos pueden tenerse por seguros. Por lo cual, todos los que aman el bien del país, desean su acrecentamiento, y quieren mejor tratamiento que el que han tenido hasta ahora, y los que quisieren ser descargados de la calamidad de los españoles, pueden venirnos á hablar en la dicha villa de Lieja, en la Cruz de Oro, ó tonger en la celada, donde habrá alguno de nuestra parte. Fecha en Lieja á 14 de Junio de 1632.»

Ofendidas las provincias obedientes y católicas y los magistrados de las villas, de que aquel conde Enrique de Bergas se les atreviese con escritos y manifiestos infieles y engañosos, vinieron á Bruselas, y en público consistorio, de una misma union y voluntad, juraron su lealtad á la serenísima Infanta, al rey Católico y al Príncipe. Fué este acto de suma alegría para los leales y católicos, y para confusion de los naturales; y si bien con este manifiesto pretendió en el bien de la patria y seguridad de la religion católica apostólica romana, sin pretextos simulados y supuestos, ¿por qué en primer lugar emprende los primeros rumores y tumultos de Flandes debajo de la cautela del mal tratamiento de los españoles y del uso comun del gobierno? Estas desavenencias y el levantar gente, en el comun sentir de los mejores y más fieles al Príncipe, no le excusan de traidor; porque cuando le confesemos que ha servido los años que dice, no era para no estimar la confianza que se hizo de él, que no dándosela á D. Cárlos Coloma, soldado de reputacion y de los más viejos de la escuela de Flandes, le dieron el honor y poder de las armas de aquellos países; con que debia de huir del estímulo de satisfacerse de cuando, por muerte de D. Luis de Velasco, general de la caballería, siendo él subteniente, y porque le tocaba de buena razon sucederle en aquel cargo, se agravió de que en la corte de España se le diese á D. Diego Mejía, porque era primo del conde de Olivares. Ni bastaba que alegase, ni para hacer la retirada tan escandalosa que hizo, proponer sus servicios, tantos y continuos, en aquellas guerras, su sangre y su valor,

ni decir que D. Diego en la batalla de las Dunas era solamente paje del Archiduque ó menino de la señora Infanta, que acababa entónces de ceñirse espada, y que como luégo fué la tregua, cesaron las armas, entraron en sosiego unas provincias y otras, se seguia de aquí y era verisímil que le faltaba la disciplina militar, la práctica y el ejercicio, y carecia de experimentado, no habiéndose hallado en sitio, toma de plaza, asalto, y otra circunstancia militar; y que el año de 21, si bien pasó con un tercio al Palatinado, se volvió luégo á gozar de los nuevos favores y mercedes del nuevo exaltado, las cuales han sido tan crecidas, que parece no habia otro benemérito á quien se hiciesen; que no era soldado ni le competia aquel puesto, que sólo se lo dió la sangre y carne del poderoso y el ser su pariente; cosa que descaece los hombres, y el aspirar á pasar delante en el servicio del Príncipe, porque el agravio no le sufren los grandes hombres sino los bajos y pusilánimes.

Esta queja, como digo, no era para no acometer á las fortificaciones de Bulduque el dia que le hicieron caudillo de un ejército Real numeroso y autorizado y que, agraviando españoles de tanta consideracion, se le fiaron, pues aquí más se supone que lo deben estar ellos ántes que no él; ni tampoco, si es así que no pudo levantar el sitio al enemigo y pasó á la Belba, dejar de hacer allí el deber, arrasar aquel país, cuando en la Haya y en Amsterdan apénas podian sacudir el miedo, y embarcaban las casas y las haciendas á Inglaterra. Llevado, pues, de estos sucesos y del trato que tuvo con Enrique de Nasau, general de las galeras, digo, de los Estados, y con las cabezas de su gobierno, suspendió los progresos, consumió el ejército, ocasionó la pérdida de Besel, la de Bulduque, la de la reputacion española, como mal vasallo é infiel capitan, y volviendo á Bruselas, agraviado de tan malos oficios, cuales no los hizo traidor tan perverso á su Rey, discurriendo que estaba sentido é indignado contra él, y que donde hay soldados malos es fuerza que hubiese ministros que velasen, mandaba se le averiguase el hecho y proceder de aquella salida, y que si no habia hecho el deber le cortasen la cabeza, y si

habia sido traidor, se le diese un pistoletazo, y esto por voto de los más doctos de nuestras escuelas. Finalmente, estos sucesos le hacen retirar á su gobierno, y queda defraudado por sus mismos delitos de ser admitido á cargo ninguno, manejar armas ni otra cosa de confianza; pero no quiere vivir retirado, rebélase, pasa á país neutral y convoca gente contra su Príncipe. No hay juicio humano que no discurra que quiero seguir el principio de los primeros rebeldes, sus deudos; que le solicita Francia para que, con el dinero y gente francesa y la de otros alemanes, en los cuales en tiempos tan calamitosos hallara acogida, se satisfagan de la salida del duque de Orleans contra su hermano; y que, mal seguro de su cabeza y acabado de confirmarse en la sospecha, con la llamada del Rey para la entrada por Perpiñan, á que se excusó, puso los piés en la fuga y en la traicion. Progresos de vida y costumbres depravadas, que cuanto más protestamos que queremos el bien de la patria y la seguridad de la religion católica, nuestra vida y hechos vilísimos desdicen mucho de las proposiciones primeras; y aunque más le quiera fomentar Francia y Alemania, animarle y hacerle caudillo, como hombre sin caudal y sin providencia, mal vasallo y mal católico, pasará á ser vasallo de rebeldes á las provincias de Holanda, donde ni servirá á la Iglesia ni á la patria, con que saldrán falsos y apócrifos sus manifiestos.

Los primeros inventores de la rebelion y tiranía, como fueron el prícipe de Orange y otros, comenzaron por los pasos y veredas que el conde Enrique de Bergas, pues hallándose culpado huía del ejemplo del conde de Agamon y Ornos; que es muy propio del tirano paliar los vicios con las virtudes, asirse á los malos oficios recibidos de los españoles, y á que se enderezan sus pensamientos á la conservacion de la religion católica, siendo todo muy al reves de la protestacion. Este hecho, asegura que fué perjudicialísimo en lo pasado para las cosas de la monarquía, y que no sólo fué favorable á los holandeses sino tambien al rey de Francia, embarazando nuestras armas, para que él con más desahogo pasase

los Alpes y consiguiese socorrer Casal de Monferrato, y que D. Gonzalo levantase el sitio, insidiado de parientes y vasallos, del Rey traidores, y verificase esta accion, pues recibe de aquellos ménos á quién fué fiel, faltándose á sí, á Dios y á la patria. Los esfuerzos sobre que hoy carga su maldad, y la conciencia, tambien, de sus malas obras, le estimulaban la desconfianza y que no viniese á manos del Rey, de su severidad y justicia, su cabeza; pues ya habia llegado á entender las órdenes que, acerca de esto, se enviaron á Bruselas. El haberle llamado á España para entregarle ejército, á que se disculpó con la edad y achaques, le acabaron de desesperar; discurriendo se buscaban medios para haberle á las manos, y que no obrando los mañosos y de prudencia, procederian con escarmiento y claridad. La señora Infanta, si bien le enviaron las órdenes referidas de castigarle ó matarle con resolucion, debió de portarse con blandura, para no exasperar más aquellos vasallos, acordándose de los ejemplos pasados, que si bien fueron justos aquellos castigos, irritaron más que corrigieron y no se encaminaron á la templanza que se presumia, de súbditos tan difíciles de sujetar á otro que no es su verdadero y natural Príncipe. Empero este infiel, viendo le llamaban para encargarle el ejército, discurriendo era para su castigo, le buscó de satisfaccion; y como vió el rey de Francia, y penetró el intento en la publicidad de nuestras trazas, y que le llamaban para desolacion de sus estados, adelantóse á ganarle por la mano, y á ofrecérsele para la seguridad de ambos, y en perjuicio del rey Católico. Esto es saber entender verdaderamente la materia; y, ¿quién duda que le diria, y pondria en gran ponderacion la manera en que el rey de España le queria premiar aquellos cuarenta años de servicios, que refiere en el manifiesto que rasamente asegurase su cabeza?

Estos oficios é inteligencias forasteras, en un sujeto alterado, dejado, desfavorecido y puesto en retiro, enseñado á mandar gente, defraudado de los títulos honoríficos de la milicia, entre los mayores los más codiciados, con dificultad se deja morir en este desamparo y miseria, ni aunque viejo y enfermo

quiere abatir el ánimo á tan ignominiosa servidumbre. Sólo este fué peregrino en nuestra era, pues sufriendo el agravio tantos hombres grandes y algun Príncipe de relevante opinion, no quiso pasar por él, sacudiéndole de sobre sí, y excediéndolos á todos, si bien no en la constancia del ánimo, al ménos en la gallardía del espíritu; valiéndose de aquel adagio, «que un bizarro morir honra toda la vida». Sin embargo, será pesado suceso para nuestras cosas, pues estando en toda la Europa con mengua de reputacion, y con más zozobras y sobresaltos de los que pueden llevar las fuerzas, será de total ruina para lo de Flandes; pues ejército tan vecino, y que se arma á no más distancia de tres horas de camino de Maestrich, donde hoy carga el poder de nuestros enemigos, siendo la puntualidad de las pagas que se ofrecen seguras y de consideracion, puede desarmar nuestro ejército mal pagado y descontento, de muchas cabezas y ningun capitan, confuso, desmayado, sin crédito y sin órden, por la variedad de sujetos de que se compone, y que las naciones mal afectas, que con facilidad se sujetan á este desórden, por la variedad de sujetos de que se compone su curso y disciplina militar, pasen á Lieja á la conducta del conde Enrique de Bergas; porque este hecho tira á dos luces, á deshacer y amotinar: perjudiciales ambas y mortales para la vida y continuacion de nuestros progresos.

Por mucho que en la era pasada fiscalearon las acciones del duque de Lerma, porque siendo el primer ministro convirtió el mando y el poder en beneficio de sus deudos, como lo refirió el fiscal, no quitó al ménos oficio que derechamente tocaba á otro y le dió á su pariente ó primo, ocasionando á aquel vasallo, á sus servicios, á su fidelidad, á su religion, á su paciencia, á que no guardándole su justicia y no dándole lo que le tocaba, se niegue á esto y lo atraviese todo, admita las inteligencias francesas y de Holanda, el dinero de aquel Rey enviado por Cales, levante ejército y se le meta por sus tierras y que se las acabe de asolar. Aquí era donde debia el Príncipe parar la consideracion y reconocer por falsas las virtudes que le venden; y que cuando sea feo el agravio pa-

sado y se proponia el desagravio presente, siendo todo al contrario, falsos y engañosos sus fines, cometido en beneficios suyos y de su sangre, como espero yo que se dirá algun dia, que no para aquellos solos se guarde la justicia, que sale para todos como la luz resplandeciente del Sol; que era por donde se habia de procurar la enmienda con prontitud y sin tibieza. Lo que resultará de esto lo dirá el tiempo. La verdad es que ambos, conde de Olivares y marqués de Leganés, se entienden: mucho quieren los grandes hombres, cuando desde sus principios han ascendido desde la pica al baston y pasado por todas sus clases, hallarla y que le sirva de premio ántes que de ofensa. Si á un hombre que habia servido tantos años siendo teniente general de la caballería, á la hora que murió D. Luis de Velasco, su general, le sucediera en el cargo como era justo y le tocaba, pudiendo aspirar á otras cosas D. Diego Mejía, pues todas las tenía á su mandar, ni hoy nos temiéramos de la queja, ni del rayo que nos amenaza, ni le diéramos lugar en su protesta, á que malos tratamientos recibidos de los españoles le constriñen á tales oficios. ¡Querrá Dios no surtan efecto sus intentos, ni el de los émulos de nuestra grandeza, que no llegue á colmo aquel ejército, ni sus nervios, y que falte caudal á los movedores con que, como hombre falido de provincia donde arraigarse y sin fundamentos donde asirse, vaya á servir rebelde á los rebeldes, y muera el tirano, vasallo de la tiranía!

¡Qué fuera estaba yo de pensar que les pudiera suceder á mi pluma y á mis escritos espectáculo tan lastimoso, ni ménos que me pudiera tocar la narracion de su argumento, cuando acabamos de escribir la enfermedad del infante don Fernando en Barcelona, el cuidado y miedo con que nos tuvo no nos le malograse la muerte, estando el infante don Cárlos, su hermano, muy afecto de que le pudiera sobrevenir esto! Rodeados de sentimientos tan justos, aquel Príncipe se redujo con facilidad á la salud, y éste, por culpas nuestras, á la muerte y al sepulcro de San Lorenzo el Real, donde yace entre sus grandes y esclarecidos antecesores. ¡Desengaño vivo

de nuestros descuidos y de la desatencion de nuestras obligaciones! ¿Quién vió á aquel Príncipe en la flor de su edad, que no hubo otra, que apénas lo rodeaban veinticinco años, de arte y disposicion cual no fué ni se vió otro por los ojos del pueblo y del mundo? Adornado de innumerables virtudes, sus manos abiertas y liberales para los que le asistian, y para los que apénas vió ni tenía noticia de ellos, pareciéndole que era forzosa esta virtud sobre todas, como la generosidad del Sol que alumbra á buenos y malos, y por ser la más natural al Príncipe: reducido al más miserable estado de los achaques y de las miserias humanas, frustrado de la mansedumbre y estragos de la muerte, en pocos años y sin salir de los límites de España, ejercitando esta obra grandes maravillas en la comun esperanza de los más entendidos, se hizo gran lugar entre los mayores Príncipes, y consiguió el aplauso con el renombre de Grande. ¡Tan preciosa es la munificencia y tan forzoso el uso de ella! Ser de fruto es propiamente tener virtud; ser inútil no es ser virtuoso. Del progreso de su vida dejamos en nuestros anales ó discursos, referidos en sus lugares, algunos fragmentos; háme parecido juntarles y probar (si á tanto se atreviese á desempeñar la pluma) á dibujarle aquí. Será tan breve su historia como su vida.

Nació en el Real Palacio de Madrid, á las seis de la mañana, á 15 de Setiembre del año de 1607, siendo sucesor en la silla de San Pedro, y de felicidad para las cosas de España, Paulo V; en el imperio de Alemania, Rodulfo II; en los Países Bajos, Isabel y Alberto; en Francia, Enrique IV; en Inglaterra, Jacobo VI (de Escocia); en Polonia y Lituania, Segismundo II (III); en Suecia, Cárlos IX; en Constantinopla, Achmet señor de los turcos; en Pérsia, Sciliabes (Abas el Grande); en España, Italia y ambas Indias, con autoridad, prosperidad y victorias, D. Felipe III, y otros príncipes que se incluyen en la circunferencia de la tierra, que dejo de referir por no hacer prolija su narracion y porque no es fácil el investigarlos, porque para el dictámen bastan los referidos. En sus principios, el Infante dió muestra de poca vida, pues pare-

ciendo nacia sin ella, acudió el Rey, su padre, con presteza á su Capilla á llamar un sacerdote que le administrase el Sacramento del Bautismo, de que con brevedad se reparó. Fué hijo del rey D. Felipo III y de la reina Doña Margarita de Austria; celebró despues las ceremonias del bautismo en la Capilla Real de Palacio D. Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal de la Santa Iglesia de Roma y arzobispo de Toledo, y diéronle por nombre Cárlos, á imitacion de su potentísimo bisabuelo Cárlos V, máximo Emperador de Occidente. Fueron sus padrinos el príncipe D. Felipe IV, su hermano, y la infanta Doña Ana, su hermana, hoy Cristianísima reina de Francia; llevóle en los brazos, con todos los grandes títulos y personas nobles de la corte, Juan Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, del Consejo de Estado y presidente de Italia, y las cosas tocantes al bautismo tres títulos de Castilla y tres de Portugal, que están á las primeras luces, y nació consignado para el gobierno de aquella Corona por el juicio de su invictísimo padre, y del primer ministro que ocupaba su gracia, si bien en el de Dios no tuvo lugar este hecho. Fué el cuarto hijo de su padre, y tuvo, ademas de los referidos, por hermanos, á la infanta Doña María, reina de Hungría y Bohemia; al infante D. Fernando, de quien fué afectísimo; á Doña Margarita y D. Alonso: cuidó de su crianza, como lo hacia de los demas, y fué su aya, Doña Leonor de Sandoval, condesa de Altamira, hermana de D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma; y como Príncipe reconocido desde la cuna á la fatiga y servicios de la crianza, fué siempre favorable á los hijos de aquella singular matrona en sus menores años; como ayo y Mayordomo mayor del Príncipe, su hermano, ejerció este ministerio el Duque de Lerma, y fué su maestro en la misma forma D. Galcerán Albanelli. A los cuatro años de su edad le faltó la Reina, su madre: hallóse el año de 15 en la celebracion de las bodas de la reina de Francia, su hermana, en Búrgos; fué de los hijos que más amó su padre y el que más le parecia, y de quien se esperaba que lo habia de ser en el ánimo y en las virtudes, pues mirando el retrato de su gran

padre cuando era de once ó doce años, era lo mismo sin ninguna diferencia que el rostro del infante D. Cárlos: el año 620, en sazon que cumplia catorce años, le pasó el Rey al cuarto del Príncipe para que le sirviesen sus criados, y se lo encargó mucho, sirviéndole de ayo y Mayordomo mayor y Sumiller de Corps D. Cristóbal de Sandoval y Rojas, duque de Uceda, que sucedió en estos oficios á su padre; y de Caballerizo mayor Diego Gonzalez de Sandoval y Rojas, conde de Saldaña, por serlo del Príncipe con legítimo título y merced hecha por su padre, por su sangre, por las del Duque, sus clarísimos progenitores.

Servíanle, como digo, los criados del Príncipe, teniendo en su cuarto señalado su aposento, y comia con él á la mesa, dándole el lado izquierdo, tomando el derecho solamente cuando el infante D. Fernando era huésped del Príncipe. Aprendió la lengua Latina, la Geografía, y otras materias importantes á un buen Príncipe; era aficionado á la caza y tiraba maravillosamente el arcabuz con bala; en el andar á caballo contenia bizarría y majestad; favorecióle la naturaleza más floridamente que á otros, de airosa robustez, de buena salud, sin sentírsele ningun achaque, gentil presencia, de rostro admirable, y en las virtudes del ánimo no semejante á ninguno; prudente, sufrido, callado, humano, como grande, con todos los que le asistian; observador vigilantísimo de las Reales costumbres en que le constituyó el glorioso ejemplo de su gran padre; liberal con atencion y sin agravio, de ingenio agudísimo, pues tal vez admiraron algunos de sus escritos los más peregrinos de nuestra era; fué de suma apacibilidad, entretenido y gustoso con decoro. El año de 21 perdió á su padre, que subió á reinar al Cielo á 31 de Marzo, encargándosele con particular amor al Príncipe, tanto, que en trece años que le tuvo en su cuarto, no le faltó una hora; dióle el Toison de Oro el año de 24, y siguióle en la jornada de la Andalucía, y en la reseña de la gente de guerra que se hizo en Cádiz, tomó el baston, juntamente con el Rey, su hermano; amado y aplaudido en cualquier acto y en cualquier provin-

cia por donde pasaba, siguióle, no obstante, en las Córtes que fué á celebrar á la Corona de Aragon; hallóse en Barbastro, Monzon y Barcelona, siempre modesto, y ajustado y obediente á las órdenes de su hermano, atento á los pensamientos suyos y voluntad con suma serenidad de espíritu y respeto, tanto, que por la paz de ánimo con que se mostraba á todos trances y á todos accidentes y por la tranquilidad de su corazon, parecia su vida, en el concepto de los de más seso, de más de diez y seis lustros *(sic)*. Fué padrino, con la reina de Hungría, su hermana, en el bautismo del príncipe de las Españas Baltasar Cárlos, su sobrino, donde lució, con admiracion del pueblo, la majestad de su persona; en las fiestas de máscaras, lanzas y juegos de cañas, era aplaudido. Siguió otra vez á su hermano á Zaragoza cuando la reina de Hungría pasaba á aquellas distantísimas provincias, ya casada; sintió su ausencia, y la Reina sintió tiernamente el perderle, porque ambos á dos se cortejaban con grandes y estrechos vínculos de amor, siendo el Benjamin de su padre y hermanos.

Era de altos pensamientos, sin ambicion, y dificultoso de conocérselos, porque no era dado á revelarlos ni á que se los anteviesen sin causa, sino por forzosa razon de Estado, y en estos años últimos puso esto en cuidado á algun sujeto medroso. Él y el infante D. Fernando eran una misma cosa, pasando de hermanos á amigos; accion que hacia desvanecer al doliente más de lo que permite el saberse mantener un gallardo espíritu para no dar á sentir de desconfiado aunque sea súbdito: declaró su gracia y su valimiento en el Almirante de Castilla D. Juan Alonso Enriquez, y sintió apretadamente su desavenencia con los privados de su hermano en Barcelona, y que persistiese en no ir á Palacio y dejar el servicio del Rey, por no carecer de su comunicacion y persona; tan grande observador de la constancia, que, aunque ausente y retirado en Valladolid, no perdió de vista el favorecerle hasta que volvió á Palacio el año de 634, habiendo durado esta borrasca bien casi seis años, con que era invariable en sus hechos y elec-

ciones. De rentas que le señaló su hermano, distribuia gran parte, con magnificencia, entre los que le asistian y en los más remotos y apartados; daba gruesas limosnas á hospitales y conventos, viudas y huérfanos; era la esperanza de la corte, incansable en honrar é interceder por todos con el Rey, su hermano, por nobles y plebeyos; en los títulos y cédulas de muchos hábitos y otras mercedes, se ponia: «á instancia del señor infante D. Cárlos». Viviamos por él muchos, y habia vida, consuelo, y hartura y descanso en las casas por su piedad y conmiseracion; era el amparo de muchos hombres nobles y necesitados en la corte, que conservaban su honor y hábito honesto con el caudal de su ánimo generoso; jamás se vió Príncipe que con tan poco dinero se hiciese más lugar, ni obrase tanto en los ánimos de los vasallos, no por otros fines ni más industria que por virtud propia.

Antes de los veintitres años se adornó el sexo viril, y le pobló de barba con majestad y lozanía, que como era liberal, así la naturaleza lo era con lo que estaba á su cargo; de suerte, que el haberle hecho tan gentilhombre, tan descollado, robusto y fuerte, pedian estas circunstancias el ocuparlas alta y noblemente. Para esto, el Rey, su hermano, un año ántes que muriese, le habia dado el título de Príncipe de la Mar, y le tenía destinado al gobierno de Portugal, para que teniéndole allí armadas de galeras y navíos, y poniéndole hombres de consejo y experiencia, cuales los hay en aquel reino, rodease ambos mares, se opusiese á los septentrionales, y desde el Africa corriese hasta el Levante, amedrentando y destruyendo el mahometismo en favor y apoyo de la Iglesia y de la monarquía española, y en servicio del rey Católico, su hermano, á quien siempre, constantísimamente, fué fiel y obediente.

Jamás dió lugar á la desconfianza ni al recelo; aquella sangre, aquel natural y aquellas costumbres, las tenía unidas á la razon y á la esperanza de quien le regía: siendo Príncipe, ninguno hizo más religiosamente el oficio de vasallo, y siendo vasallo, ninguno mejor el oficio de Príncipe, sin con-

trávenirse ningúna jerarquía á la otra. Si deseara la idea fabricar un buen hermano y de buena perfeccion en todos sus hechos, se habia de copiar de este Príncipe: eran de cuidado sus acciones y sus virtudes, pero no su intencion, porque con la afabilidad de su condicion, sin arbitrar en la maña ó la malicia, arrastraba el mundo y á la hora se llevaba tras sí los corazones y las voluntades: la obediencia y el respeto al Rey eran ley para él, anteponiendo ésta á todos sus fines particulares, si tenía alguno; razones del todo forzosas en la direccion de buena monarquía: no permitia darse á todos ni á todas materias, ni exceder de la clausura en que fué criado; era llamado á los consejos de Estado, oia y daba su parecer con agudeza y cordura, leia en la historia con atencion y utilidad, gustaba de lo bien razonado, y movia pláticas militares y de prudencia para estar bien ocupado sin ofensa.

En estos años últimos le introdujo el Rey, su hermano, dándole parte en el gobierno, que viese los despachos que venian de Alemania y Flandes, Italia y otras partes, sus trazas, disposiciones y respuestas, los votos y pareceres de sus consejeros, para tenerle bien instruido en las cosas de la Europa y parte del Asia, para mayor inteligencia del Levante, para cuando le conviniese hacerle correr allá con las armadas. Juró al Principe, su sobrino, en San Jerónimo de Madrid, conduciéndole al acto ambos hermanos, y fué tanto el aplauso que le hicieron al ejercer las ceremonias, y tanto lo que admiró lo bizarro de su presencia, cuando salió de la cortina y se encaminó al altar donde estaba el cardenal Zapata para recibir el juramento, que suspendió cuanta grandeza se halló en la iglesia: los prelados, grandes, embajadores y consejeros, y todos los reinos de Castilla llevaron mucho que hablar de esto y que escribir á sus provincias y ciudades. Platicándolo con el Rey, su hermano, algunos gentiles-hombres de la Cámara despues de su muerte, acordándose de la celebridad de esta accion y de cuán sobre sí estuvo, de cuán airoso y bizarro galan salió, y de cuán majestuosamente hizo y obró las reverencias que le tocaron, respondió el

Rey:—Aquel fué su dia: hizo el pleito homenaje en las manos del Rey.

Alteraciones introducidas en la Europa por la envidia y emulacion francesa para la ruina de nuestros estados; la salida de París de la Reina Madre y el duque de Orleans, su hijo, para Bruselas; la liga, tan sin haber dado ocasion, de Suecia, Inglaterra, Holanda y principes del Imperio y de Italia, tramada por el Cristianísimo; aquel parlamento y confidente, que querrá Dios redunde en azote suyo y desolacion de su pueblo, habiendo enviado con la paz y la union á Don Gonzalo de Córdoba, y no aceptando, y sabiendo que el duque de Orleans por el Lorenés, corriendo la Francia, venia con tres mil caballos al desagravio de su causa y la de la reina Cristianísima, su madre, á la provincia de Languedoc, y que era forzoso asistirle por las fronteras de Perpiñan con ejército, habiendo mandado levantarle en Italia y llamado al marqués de Montenegro á Barcelona para conducirle, y hecho eleccion del infante D. Fernando para esta expedicion, y porque halle allí persona Real que le dé la mano en caso que (como son los sucesos de la guerra dudosos) le rompa en los reencuentros, y, por otra parte, para que concluya con su prudencia y gran juicio las Córtes de aquel Principado, y para otra cualquiera conveniencia, que todas se las permiten al Príncipe, y le son legítimas y naturales á su gobierno; para todas estas cosas y las que le armaban mejor, salió el Rey de Madrid para Barcelona, á 12 de Abril de este año de 1632, llevando en su compañía, como siempre lo hizo, al infante D. Cárlos, y al infante D. Fernando para lo que dejo referido; y por Valencia, en breves jornadas, llegó á Barcelona. Por cualquiera lugar y cualquiera provincia bendecian la persona del Infante; y como no podemos adivinar la carrera de la vida si será larga ó corta, abrazándonos á aquello que nos promete la esperanza, los diligentes observadores de heróicas empresas y fortunas, por los aspectos y maravillosa suerte de los príncipes y buen uso de sus inclinaciones, decian que sería grande, valeroso; y como era magnánimo, que sería

señor del mundo, conseguiria arduas hazañas y victoriosas, y que quedaria en la posteridad, á la par del César, su bisabuelo, Cárlos V.

Allí, pues, en Barcelona, habiendo llegado la escuadra de España, queriendo el Rey verla y entrando en la Patrona, le metió en la posesion de Príncipe de la Mar, dándole un baston que tomó de las manos del duque de Tursis, general de la escuadra de Génova. Quitóse aquel dia el ferreruelo, y quedó en cuerpo, con admiracion de aquella milicia naval, que le hizo salva; honró otro dia los capitanes con gruesas cadenas de oro, siguiendo el instinto de su generosa influencía, y entró otra vez en las galeras con todos los arreos y preseas de soldado. Los que le vieron con los cabos blancos del vestido, las plumas y el baston, tan gentilhombre y dispuesto, y de rostro tan bien delineado y augusto, dijeron que sería el terror y asombro de las lunas turcas y berberiscas. En una fiesta que consiguientemente se hizo, de correr lanzas por la nobleza de Barcelona en alborozo de la venida del Rey y por haber habilitado las Córtes de aquel Principado, para concluir al infante D. Fernando, quiso el Rey hallarse en ella; y siguiéndole, como en todas ocasiones, el Infante, corrió algunas, y los jueces, que eran el duque de Cardona, el duque de Tursis, el conde de Oñate, el marqués de Leganés, todos cuatro del Consejo de Estado; el conde de Santa Coloma, el marqués de Este, caballerizo mayor del señor infante D. Fernando, dieròn al Rey el premio de mejor lanza y al Infante de más galan. Con la vuelta del Rey á Castilla y el haber de quedar en Barcelona el infante D. Fernando, su hermano, sintió el perderlo, y si alguna vez dió á entender que sabía sentir, fué ésta, que no colgaba de menores esferas sus cuidados, si bien en las ocasiones privadas, de sus más confidentes con ingenuidad y prudencia, esprimió parte de los afectos de este suceso. En Nuestra Señora de Monserrat se despidió de él: ambos con dolor y singular tristeza, tal, que desde aquella hora no la perdió hasta el dia de su muerte, comenzándose él mismo á hacer las exequias: sintió los dis-

gustos de sú hermano, volvió á Madrid por Zaragoza, la mayor y mejor colonia de aquellos reinos. La melancolía y otros achaques en que fuímos dotados de las miserias de nuestra naturaleza humana, á 14 de Julio, habiendo sufrido en pié diversos accidentes de calentura, falto de sueño en las noches, malas ganas de comer, y la nueva que poco ántes vino á Madrid de la indisposicion algo apretada del infante D. Fernando, le condujeron á la cama; agravósele con más rigor la enfermedad, y esto, y el no poder tomar el sueño, y no hallar gusto en la comida, y sobrevenirle un rigurosísimo paroxismo, hizo desconfiar, á los médicos, de su vida. No se le apartó el Rey hasta esta hora de su lado; trajeron el cuerpo del venerable y antiquísimo labrador de Madrid, San Isidro, y la milagrosísima imágen de Nuestra Señora de Atocha, y otras imágenes; recibió alivio y los Santos Sacramentos, compuso su alma y su voluntad con fray Domingo Cano, su confesor; y con muchas confesiones y muchos actos de contricion, resignacion y humildad en Dios, ordenó su testamento, dejando las cosas que le tocaban al arbitrio y voluntad del Rey, su hermano; tan obediente siempre á sus órdenes y mandatos, que no quiso partir de esta vida sin dejar un ejemplo vivo á los buenos príncipes de cómo lo han de ser con los reyes, sus hermanos. Era forzoso tomar alguna consolacion para reparar las fuerzas y vivificar los espíritus, que los tenía muy decaidos, y dijo que no lo podia tomar; replicáronle que lo mandaba el Rey, y al punto obedeció, diciendo:—Si lo manda, tomarélo. Apretáronle los paroxismos; fué grande el desconsuelo en que cayó toda la corte, pronosticándose ántes del suceso su pérdida, porque verdaderamente lo era: las oraciones y plegarias fueron infinitas; los templos estaban abiertos á todas horas y patente el Santísimo Sacramento; trajeron á su Cámara el cuerpo de San Francisco de Borja, duque de Gandía, Prepósito general de la Compañía de Jesus; á voces se pedia por las calles su salud; fueron grandes los votos que se hicieron y las ofrendas que se consignaron á templos, hospitales, imágenes y cuerpos santos; por los remedios huma-

nos y divinos no quedó procurarle la salud. Estaba destinado en breves años para el Cielo: en la paciencia con que sufrió los trabajos de la enfermedad, y en la tolerancia que mostró en lo duro y acerbo de los remedios, se reconoció su predestinacion. En los juicios altos y profundos de Dios, no hay dar alcance, ni puede el pensamiento humano tentar el vuelo en esta parte, y así, no sabemos la causa de por qué no nos dan lo que pedimos: no debió de convenir; podíasele pervertir con los sucesos prósperos, en lo de adelante, su salvacion; llegó á sazonarse el fruto, y cogióle la divina mano para que triunfase el espíritu de la inmortalidad para que fué criado. Ayudándole á bien morir su confesor fray Domingo Cano; fray Cristóbal de Torres, de la Órden de Santo Domingo, y predicador del Rey; el padre Pimentel, tambien predicador del Rey, y fray Diego, menor descalzo de la Órden de San Francisco; confesando la fe católica, y que moria debajo del dominio de la Iglesia, rindió su espíritu en las manos de Dios, viérnes á las dos y media de la mañana en que se contaban 30 de Julio, y del parto de la Vírgen 1632, faltándole de llegar á los 15 de Setiembre para cumplir veinticinco años.

Fué general el sentimiento y el dolor de su pérdida, y tal, cual no se vió ni se lee de príncipes en historias: sintiólo el Rey y la Reina, y la señora Infanta de las Descalzas, que le amaba sumamente; sintiólo la corte, y de ella todos los pueblos adonde llegó la voz lastimosa y lamentable de su muerte: fué general el llanto y el luto, y cesaron por esto todos los ejercicios y entretenimientos festivos de la corte; en la iglesia de Palacio, que labró su abuelo para vivienda de sus últimos años, pusieron el cuerpo armado con el baston, á la noche, con acompañamiento funeral y magnífico, con todas las religiones de la corte, las guardas de á caballo, caballerizos, costilleres, acroes, pajes y otros oficios de la Casa Real, en unas andas, cubierto con un paño de brocado, y cuatro faroles. Dando el Rey órden á fray Gregorio de Pedrosa, obispo de Palencia, predicador de S. M., al duque de

Medina de las Torres, y al marqués de Leganés, para que lo llevasen, fué conducido á San Lorenzo el Real, seguido y acompañado de mucha nobleza. La mañana siguiente le salió á recibir el Prior y el convento en la forma y preceptos que lo dejó instituido el rey D. Felipe II, su fundador; fué puesto en medio de la iglesia, sobre un túmulo de dos gradas y una tumba, y despues del funeral en el mausoleo de sus antecesores, hasta la última resurreccion de los muertos.

Príncipe de raras é incomparables virtudes, imitador de las huellas de sus esclarecidísimos padres, religioso, prudente, misericordioso, limosnero, magnánimo, liberal, amparo de menesterosos y necesitados, grande de todas maneras. Los que le comunicaron y recibieron de él, lo lloraron; los que no, por la noticia de esta virtud. Fué su falta general, en todas partes; en Palacio, en los criados del Rey, en la corte, en los nobles y plebeyos, en los conventos y hospitales, y lo será en lo de adelante: dejó en gran soledad los juicios de los más entendidos, y los actos públicos carecieron de su presencia con desmayo; las mayores esperanzas faltaron á la monarquía; y fué, finalmente, el más amado, el más bien visto, el más aplaudido, el mayor y mejor de los siglos pasados y los que se esperan. Deseando un gran pintor retratar con pinceles lastimosos el dolor de una matrona romana en la muerte de su esposo, hallando dificultad en el intento, y que no conseguia con propiedad el suceso ni bastaba el arte á prescribir el asunto, se rindió y cubrió el rostro con un velo negro; dando á entender por allí que con aquel artificio lo explicaba más naturalmente, y dejaba los ánimos más compasivos para declarar con razones más condolidas y eficaces el sentimiento comun. En la muerte del serenísimo infante D. Cárlos, para dejar bien dibujado nuestro dolor, lo más legítimo de las frases y locuciones, y lo más fúnebre del elogio y de la oracion, es cubrir la narracion con el silencio, porque verdaderamente falta caudal al ingenio, y el mayor, y el más delgado y favorecido en toda erudicion, peligrara en este escollo.

Ponderábase en este trance el sentimiento que haria el

muy alto y el muy excelente Príncipe el señor infante D. Fernando. Los que tuvieron por experiencia cuán grandes hermanos eran, cuán amigos y cuán estrechamente una misma cosa, decian sería terribilísimo, y áun se temia no fracasase su salud estando tan recientemente convalecido. Aquella noche escribió el Rey á S. A., consolándose y consolándole. Cuando llegó la carta la abrió y leyó: «Llevó Dios para sí á mi hermano». Refieren las cartas que vienen de Barcelona, que fué menester su prudencia, su fortaleza y gran juicio para no flaquear en dolor que tan de repente le sobresaltó, y que se hizo fuerza para no rendirse á los lances de la naturaleza. Este, sin duda, es el mayor sentimiento: luchar con los accidentes, y por las leyes de la dignidad no poder exaltarlos, guardarlos y tenérselos para sí. ¿A qué pena es comparable este cuidado? Destilándose por las lágrimas y los gemidos, cree la ignorancia que es llegar al sumo estado de sentimiento (y es sin duda de descanso): estar ocupado el corazon de todas estas inclemencias y desventuras y no brotarlas, ántes consumirse en ellas, es el verdadero padecer, sin abrir camino al descanso ni quererle; este es el que solamente padece, el que siente y paga la pérdida.

Referíase el sentimiento que haria la reina de Hungría, que tan poco habia que le perdió, amándole estrechamente: la admiracion que haria en ambas Germanias, alta y baja, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en toda la Europa y en el orbe su pérdida. A los ocho dias de su muerte, cubierta la Capilla Real de telas y terciopelos negros, dos gradas y una tumba encima, y todo esto con majestad y decoro, en medio de ella, con los más ricos brocados de San Lorenzo el Real, sobre la tumba una almohada y una corona, el Toison de Oro y las insignias marciales de Príncipe de la Mar, como el baston y la espada, viérnes por la tarde, se le hicieron las vísperas, y el dia siguiente dijo la Misa D. Francisco de Mendoza, obispo de Plasencia y gobernador del arzobispado de Toledo, é hizo el sermon fray Gregorio de Pedrosa, obispo de Palencia, predicador del Rey y de los más insignes. La fa-

cultad ponderó el espectáculo grande de un Príncipe muerto en la flor de su edad; discurrió largamente de su religiosísimo natural y generosas costumbres; fué el postrero oficio, el más eficaz que le hizo el Rey, su hermano. Para el alivio de su espíritu, muchas iglesias, catedrales, Reales fundaciones y conventos, siguieron el ejemplo, y le hicieron exequías con funeral pompa y efectos piadosos, dignos de la grandeza de sus obras.

Esta es la vida de aquel Príncipe, y lo que yo, como atento á sus acciones, he podido describir para dejarlo por ejemplo á los hombres. Atrevimiento grande, pues era argumento para mayor pluma. Aquellos años, por nuestra infelicidad pocos; esta narracion, que más atentamente informa á los exaltadores en supremos lugares que son polvo, y á los envanecidos que son nada: la resignacion tan pronta de su vida en las manos de Dios; los actos de penitencia, de fe y de amor, regulados con atencion por los más inculpables religiosos; ajustado todo esto con los fundamentos de nuestra santa fe, afirman piadosamente que su espíritu está gozando de Dios: así lo esperamos y lo sentimos.

¡Qué de inquietudes debió de sosegar esta muerte, y qué de corazones debió de conducir á salvamento y tranquilidad! Porque con este suceso se aseguraba el más soberano, y en éste descansaban los beneficiados del favor y la fortuna, y afirmaba más establemente el proseguir con sus buenas andanzas, y estas verisímiles, á pelear con uno ó con dos. Temíase el principal ministro que estos dos príncipes, por haberlo desazonado y descompuesto con el Rey, su hermano, pretendian desvanecerle y arrastrarle del estado que campaba con demasiada bizarría y denuedo, y con más ingenio del que permiten materias que se han de unir y templar con la modestia y reconocimiento del súbdito; y que las armas eran refutar sus aciertos, sus acciones, sus consejos, como adversos á la monarquía; y otrosí, representarle la ruina miserable de ella, los sucesos siniestros y su poca fortuna. Tuvo alguna templanza esto, como dije, si bien asaltaron otros cuidados y

nuevos accidentes la cabeza del gobernador. No le desplacia la quietud con que quedó el cuarto del Rey y cuán sólo y libre de asechanzas, así como ni más ni ménos el cuarto de la Reina, con la ausencia de la reina de Hungría; de cuyas pláticas y consejos con los hermanos padeció sus ciertas desconfianzas y temores, con que aprestó y reempujó la salida. Digo que le tenían desahogado el espíritu verse rodeado de ménos enemigos; la serenidad del cuarto, pegujar que quiere para sí sólo y que nadie se le éntre ni asalte; el desarrimo del Almirante, dueño de la gracia del infante D. Cárlos y que en el aire quedó; la soledad de D. Luis de Haro, que ya no tenía donde llevar sus correspondencias ni adonde afilar su ingenio, llevar y traer nuevas, repudiar sucesos y empresas del tio, si bien creo habia su trato en esto, y que era echado para que explorase los ánimos é intenciones de todos y avisase para desbaratar las marañas y conjuraciones. Los desmanes tan indecentemente sobrevenidos sobre los amigos, que aseguraban perdurables, lo afirman, y dan mayor claridad á esta sospecha los secretos que despues parecian en público, y que la tierra áun apénas los podia revelar, que sirvieron de martirio y caida á sus dueños. Por otra parte, se serenaba más aína ver á D. Antonio de Moscoso con ménos correspondencia y con ménos ocasiones para acudir á Palacio, con un Infante ménos, quien poco ántes parecia dueño de dos, y en la corte defraudado de ambos auxilios y de todos los demas bolillos, sin aire para navegar, encogidas las velas, y sin timon; espíritus que fomentaban la correspondencia del valimiento en el concepto del mayor ministro, y áun en el de la persona Real tenidos por deservidores, porque le inquietaban los hermanos, se los descomponian, y que cuanto trazaban para concordarlos y asegurárselos, lo desarmaban y desmantelaban todo. Discurríase más adelante, y considerábase tambien á un Infante solo, sin correspondencia de hermano, que parecia amigo, y que ya habia de luchar por sí, sin que le diese la mano ni el consejo; finalmente, de arte todo, que si casi doce años habíamos navegado por sirtes y euripos, ya

todo era mar sin sospecha, y de rumbos corrientes y apacibles que señalaban el puerto de iris y la esperanza del descanso, porque ya no habia que temerse de ¿qué dirán al Rey de mí?

Entre estas bonanzas, pues, en que ya parecia nos prometíamos un desahogo larguísimo, porque no le falte al oficio en qué fluctuar por su naturaleza, se dispertaron nuevos discursos y cuidados. Decíanle los parientes, los procesos en la confidencia, los beneficiados con mercedes y dignidades, que era menester abrir las ojos á nuevos pretextos de conservacion; que el infante D. Cárlos era un trincheron donde se aseguraba de las acometidas, rebatos y mudanzas de los tiempos, y para cualquier accidente tenía donde proseguir su fortuna, teniéndole en aquel cuarto para mantener y conservar sus oficios, como lo quiso hacer cuando el Rey los años pasados estuvo á la muerte, y que si ejemplos antiguos no aseguraran bien esto, que lo que está á cargo del hombre es arbitrar bien su fortuna y despues encomendarse al suceso, y tal cual fuere, infeliz ó favorable, sufrirle con toda tolerancia: que el Rey era uno solo, el Príncipe niño, y con achaque que ya amenazaba peligro; la Reina, por la infelicidad de los partos pasados, imposibilitada de hacerse preñada, de poca sucesion, y forzosa de cuidar lo porvenir; que quitase la casa al Infante, le trajese á la corte, y le metiese en el mismo cuarto del Rey, como estaba el infante D. Cárlos, le halagase y sirviese, que con esto lo templaria, le haria olvidar los enojos pasados y áun el Valido; que con facilidad, en naturales que de otros sucesos ya se conocen, sería muy cierto el conseguirlo, viéndose restituido á Palacio á la vista de su hermano y servido de sus criados, los más de ellos grandes, cuya vanidad no desplace á los mayores príncipes, ántes les sirve de lisonja y hechizo: que hiciese á los gentileshombres de la Cámara que tenía, vireyes, gobernadores ó asistentes de algunas provincias, con que no formarian agravio de que los despojaban, pues los proveian en cargos suficientes, y echase á Valencia al Moscoso y á otro sujeto, por alto que fuese, aun-

que estuviese en la Cámara del Rey, si le embarazaba, y á cualquiera persona ménos, á otra parte, segun su calidad; y á las ayudas de Cámara, los que tiene en Barcelona y Madrid, dejase con la recompensa ordinaria.

En esto se hablaba y debatia, mas él, sin resolverse ni acostarse á una ni á otra parte, estaba perplejo: cuáles se oponian y cuáles les decian gozase la tranquilidad que le ofrecia la fortuna, y no trajese á Palacio persona que habia querido luchar con él y derribarle; que en Barcelona, donde estaba, le entretuviese con buenas esperanzas, le engañase, y fiase más en el tiempo y en los príncipes que tenía debajo de su mano, y no se rindiese. Sin embargo, aunque contento con la posesion de un Estado, atento al otro, y habiendo oido á los más de sus parientes y hechuras en lo tocante á la venida del Infante, quiso oir á los consumados y envejecidos en prudencia y consejo; y así juntos los de Estado y algunos de las otras clases, los mejores, y aquellos que sirven y están dedicados á los consejos del Príncipe, esta vez, embozando el modo, los aplicó para sí. En este consejo y en otros muchos, y en algunas juntas, hubo varios pareceres: unos lo aprobaban, y otros lo contradecian y encaminaban á diferentes rumbos, y otros le conducian á Flandes. Empero él ya se recataba de esto y de hacerle tan poderoso que fuesen suyas las armas de la mayor escuela de Europa. Sin embargo, cuanto hubo de recatar y suspender vino á dar de cabeza, y ya se publicó en la corte que el Infante venia al cuarto del Rey para el otoño, se despedian las casas, la que dejó aquí y tenía allá; echaban á Orani, á la Coruña ó á Cerdeña; á Salvatierra, á Sevilla, y al Moscoso á Valencia. Esto dió tanto que hablar en la corte y que discurrir, que dijeron, los que tienen costumbre por ociosos ó mal pensados de glosar los designios é intentos de los privados, que el enviar al Moscoso á Valencia era encaminarle por las pisadas que comenzó Don Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, marqués de Dénia, y que así serian los fines. Teniendo noticia de esto el Privado paró y temió el pronóstico, resentido de que le hubiesen

entendido los pensamientos y de que navegaba sobre su comodidad ántes que sobre otro fin, descuidado, como siempre, del que pertenece al bien comun; mas sin embargo, por esta misma razon ó causa, no soltaba el discurso de la mano. Volviéronle á referir no despreciase el consejo, trajese al Infante, que una vez metido en la red, teniéndole por suyo y haciéndole su criado, habria modo suficientísimo para entenderse con él, captarle la benevolencia y entrársele en la gracia, hacerle olvidar lo pasado y conducirle á nuevos pensamientos y materias, y que el tiempo, médico y maestro de todas dolencias y de todas facultades, que habia sabido curar muchas, le sanaria muchas y esta, y le enseñaria y pondria en las manos: que los príncipes son los que saben con más facilidad deponer de sus elecciones y resfriarse en la voluntad, y que aquel sólo se los lleva que le ven delante y es frecuente en el agradar y servir: que de lo contrario, se seguiria que de la primera persona Real que se desencuadernase del libro de la vida, caeria en sus manos y en las de la casa de Sandoval, cuyas iras experimentaria con rigor, como ellos mismos hoy las experimentan y sufren de él, donde no faltarian decretos que le asolasen, fiscal que le censurase las acciones, el gobierno, la hacienda y las mercedes, y otros sucesos que hizo de más relevantes censuras que los pasados; porque no hay duda que somos hombres y nuestras pasiones no inferiores á las de los otros: que se diese priesa á desenvolverse y á fabricar áncoras y esparcir nublados, que á ménos larga carrera que de dos años, los veria consumir todos á la fuerza de los rayos que gobernaba, sin dejar huella ó rastro de lo que hoy son; y que no se descuidase y los expusiese á todos y á sí mismo al riesgo de algun siniestro suceso, en los trances de la vida humana muy posible de suceder. Quién dice que abrazó el consejo, si bien remiso, y que lo propuso al Rey con las razones y fundamentos que otras veces en cosas que él dice son convenientes á su persona y á su estado. ¿Pero que mucho (diríale á lo que yo imagino), que la falta del infante D. Cárlos habia alterado el progreso de la buena expedicion

de las demas materias y mudado el órden? que así, era menester arbitrar de nuevo; y era de parecer, y lo era todo el Consejo y áun los más entendidos de los otros, que volviese el infante D. Fernando al mismo aposento del infante D. Cárlos y al cuarto de S. M. para que le sirviesen sus criados; que le tendria allí mejor, y más seguro y recogido hasta que el Príncipe estuviese de edad y juventud para hacerlo, y que entónces se podria disponer con más razon de su persona; y aquella hacienda, ó se guardaria para hallarla más colmada despues, ó se aplicaria á los nuevos gastos acrecentados, ó de otras partes, de la Reina Madre y del señor duque de Orleans.

Refieren que á todo esto se allanó el Rey, favorable por naturaleza á los consejos y proposiciones de este hombre, y que se lo escribieron al Infante, si bien á la hora de ahora se calla y se encubre, y lo tienen por poco seguro, ántes se piensa que no vendrá. Respondió el Almirante, proponiéndole que qué le parecia de la venida del infante D. Fernando y de las juntas que se hacian sobre esto, y dijo: — Que tan presto estaria hecho como deshecho. Y dijo maravillosamente; porque, ¿quién acabará de entender las trazas de los privados, sus miedos en acometer y sus atrevimientos en recelar? Este es el estado que hoy tiene esta materia: los contrayentes oyen sus deposiciones, callan y esperan adonde les eche aquel vendaval á que todo súbdito está sujeto, y lo más y mejor de nuestros pueblos, por pecados nuestros.

Dejó el cardenal Zapata, ó quitáronle, lo de Inquisidor general, y diéronlo á fray Antonio de Sotomayor, confesor del Rey, con un arzobispado de anillo, para excluirse del dominio de la religion y, en todos trances, de superior; que en todo cuanto puede ser variable fortuna y adversa, bien es pertrecharse de manera que no nos hagan pasar por los pasos del antecesor Aliaga con una órden: «retiraos heis á Huete, y esperareis allí la órden de vuestro superior». Finalmente, beneficiábase el sujeto por ser á gusto del poderoso: fué, luégo que le hicieron la merced, á visitar al Cardenal, entró muy

sobrado de cumplimientos, recibióle y díjole: que todo habia de ser pera servirle, que él habia de ser Inquisidor general, y lo habia de mandar y hacer todo, como de ántes; que él no lo habia de ser. Respondióle el Cardenal agudísimamente y con prontitud de ingenio, que tenía: — Antes pienso que no lo hemos de ser ninguno. Tanto conocimiento tenía de la variedad en que militaban los gobernadores. Enviáronle éstos en cierta ocasion á decir, que S. M. le hacia merced de que fuese acompañando al infante D. Fernando hasta que se embarcase, cuando estaba muy corriente el pasar á Flandes; y dijo, que besaba á S. M. la mano por la merced que le hacia, y á quién se habia de entregar aquella media anata. Tenía este buen gusto en el decir; no era del gremio de los que aplauden, porque no profesaba de lisonjero, y aunque era así chistoso, decia con libertad su parecer en las consultas y respuestas de papeles; y así, porque ni en esto, ni como gobernador del arzobispado, ni en lo de Inquisidor general, le dejaban obrar con desembarazo, dando á cada cosa lo que le tocaba, en ménos de un año perdió ó dejó ambas cosas, y como virtuoso, se quiso retirar de ellas. Fué buen prelado en el tiempo que lo fué; en Roma buen Cardenal, y en la corte Ministro entero, justificado y prudente.

Cargado, pues, como dije, Maestrich por Enrique de Nasau, general de las gentes de Holanda, sin fuerzas nuestros países, por haberlas llevado con órden infelicísimo D. Gonzalo de Córdoba al Palatinado, si bien, por la necesidad presente, mandó volver á socorrer la plaza y todo el estado, volviendo aquel capitan; mas las aguas fueron tantas, que no le dejaron emprender faccion memorable, ni socorrer la necesidad de plaza tan importantísima. El enemigo, á la sombra de este desembarazo, logrando con prosperidad la ocasion, la cerró, rodeó de trincheras y fuertes, metió la mesa dentro para tener la puerta abierta para socorros y municiones, sosegándose dentro, y si bien D. Gonzalo envió á D. Felipe de Silva para tentar las trincheras y ver si podia escalarlas, habiendo caminado toda la noche, perdió el camino, y al amanecer se halló

debajo de ellas; reconoció la dificultad y el camino, y volvióse. A esta hora, para apretar más al enemigo que estaba sitiando, tomarle los pasos, las municiones, socorros y vituallas, y aumentar el ejército católico de más gente; para acudir á aquella y á otras plazas, de que se tenía noticia se pretendian sentar para la diversion, ó porque en servicio de Flandes salia el enemigo esta vez con más poder que otras, con intento de acabar con lo de Flandes, ó á lo ménos, ponerle en estrecha necesidad para que, si no este, se concluyese otro año; á esta hora, como dije, bajaron por la Westfalia doce ó catorce mil alemanes, gente escogida, debajo de la conducta de Oppenhein, caudillo de consideracion enviado por el César. Toda esta gente y la que teníamos, segun la opinion, pasaban de más de cuarenta mil hombres. Por más que lo queramos inquirir, no podemos acabar de averiguar qué hacia esta gente, porque si bien las aguas, como dijo D. Gonzalo de Córdoba, no le dejaron llegar á impedir que el enemigo no acabase de cerrar la plaza, supuesto que no llovió siempre, ¿en qué tenian ocupados los pensamientos los consejos, que no resolvian en la necesidad y mengua de reputacion presente? Tantas buenas cabezas, como D. Gonzalo de Córdoba, el marqués de Santa Cruz, D. Cárlos Coloma y otros capitanes y soldados, y tanto número de ruido y de milicia, sin duda ninguna da admiracion y espanto ver que dejasen á un enemigo conseguir cuanto pudo conseguir y desear, como si en Flandes no hubiera capitanes y soldados.

Viendo, pues, Enrique de Nasau que habia vuelto Don Gonzalo de Córdoba y dejado la jornada del Palatinado, y la gente que habia llegado de Alemania, y la que, sin embargo de estos dos ejércitos, habia dejado en Flandes, no dejando de darle cuidado, aprovechándose del que nosotros no teníamos (culpa de pecados nuestros), envió á Maestrich á decirle al teniente de gobernador, porque el gobernador se hallaba á la sazon con D. Gonzalo, que ya veia el aprieto en que estaban él y la villa y toda la gente, que se rindiese y le concederia todos los partidos de honra y comodidad que qui-

siere. El teniente, como fiel y como soldado, le respondió se habia adelantado mucho á hacerle aquella propuesta; que se sosegase un poco y se lo enviase á decir de allí á seis meses. A todos estos lances y sucesos, nuestra gente procedia con remision y tibieza, acampaba solamente en algunos puestos considerables, sin acometer ni aspirar á empresa ninguna; ni á cerrarle á él, embarazarle los bastimentos, quitarle los socorros, ni otra cosa de las que á hombres de milicia solicita el ardid y el consejo, ya que no el ardor y el coraje, si es que nos ha faltado éste y se nos ha resfriado; aunque, á mi parecer, los que atentamente consideraban este hecho, creyeran que les faltó todo, y que, por nuestros pecados, tenian ocupados los brazos, el juicio y los ojos la gente que no veia ni atendia al riesgo y á la afrenta que tenía delante.

Discurríase entre ellos, digo yo, y creíase que eran muchos; que la villa tenía nervio y fuerzas para sufrir el asedio algunos meses; que el enemigo, aunque sitiaba, tambien él lo estaba, no sin cuidado, de los ejércitos de afuera que le rodeaban, y que habia de mirar por dónde habia de salir; que se le consumiria y acabaria la gente, que ellos conservaban la suya, y que podria sobrevenir tal accidente, y las inclemencias del cielo y del invierno, que ya estaba cerca, sobrevendrian de manera y podrian ser tales, que les desbaratasen las fortificaciones y les obligasen á levantar el sitio; y al retirarse le cargarian, de suerte que, roto y deshecho, se volveria á las islas sin conseguir nada, y que ellos entónces, como enteros y unidos, recobrarian á Venelo, Rosmunda, el fuerte de la Cruz y otras plazas abiertas. Si esto fué así, el enemigo se valió de nuestras pláticas y designios, como es cierto los sabria por el aviso de sus espías, creyendo que todo esto podria ser, porque no hay duda, sino que le puso en cuidado la mucha gente nuestra que habia en el contorno de sus trincheras, y, para divertirla, el magistrado del Haya acudió con embajada á su mayor protector, y consiguió de él que gente francesa, en número considerable, se arrimase á Cambray, frontera entre Francia y Países-Bajos, y

donde nuestra nacion hizo tan memorables hechos en los principios de Enrique IV, cuando le ganaron el conde de Fuentes, D. Pedro Enriquez y D. Agustin Mejía, capitanes de esclarecida reputacion. Creíalo así, como dije, Enrique de Nasau, y obrando diligentemente entre dificultades y recelos, para desahogarse de todo y alcanzar victoria, desembarazarse y desembarazar la gente, dar honor y vida á sí y á su patria, á la hora que casi se arrimaba la gente francesa á Cambray, resolvió en asaltar á Maestrich: sacó la más gente que pudo de las fortificaciones, que casi no pasaba ya de diez y ocho mil hombres, y con los más gruesos cañones plantó la batería, ordenando su gente, y poniéndola en batalla en cuatro escuadrones. Comenzóse, pues, la batería, de que ya sobresaltados los nuestros, se pusieron en la defensa pocos, flacos, enfermos y muertos de hambre; empero nada de esto les embarazó para no hacer el deber. Vendió el teniente, caudillo y cabo de la defensa, lo que tenía, para alentar y pagar á los soldados: hizo el enemigo tres arremetidas, y de todas, con sumo valor y valentía, fueron rechazados: estaba ya el muro, del contínuo teson de la artillería, molido y abierto por muchas partes; con que el Enrique de Nasau les envió á decir que dentro de tres horas le rindiesen la villa; donde no, que acometeria con más fuerza, y, sin respetar á varon ni á otro sexo, los pasaria á todos á cuchillo. Respondió el cabo le diese término de algun tiempo para avisar á D. Gonzalo de Córdoba: fué rechazado este pedido, y vuelto á notificar el aviso primero, reconoció el teniente de gobernador el estado miserable en que se hallaba, el muro casi en el suelo, sin gente para defenderse, sin bastimentos para perseverar, é imposibilitado de ser socorrido; con que, alcanzando aquellos partidos que se suele conceder la milicia noble y honrosa, salieron, y el enemigo se enseñoreó de la plaza.

Quién dice que poco ántes se concertaron las cabezas del ejército católico, y que resolvieron asaltar al enemigo por tres partes; que comenzó el Oppenhein con sus alemanes

por el suyo, y que en las otras dos no se oyó caja; que hizo su esfuerzo, mas como hombre desayudado, no pudo pasar á meter el socorro en la villa, con que se desesperó de todo humano remedio; y cuando el Oppenhein vió tomada la villa, viendo que allí no hacia nada, ni conseguia honra, ni le dieron un jarro de agua, si bien otros dicen que le dieron 200.000 escudos por servir al César, de quien era vasallo, y aprovechar el tiempo y la gente en la guerra del sueco, con quien deseaba llegar á las manos, se volvió á buscar este enemigo, de quien, á la hora, se dice, se hallaba apretado en Noriemberga, sitiado de casi cien mil hombres por el duque de Baviera y Frislan, y áun á pique de concluirse aquello con prision y destrozo de este infiel. Tomada Maestrich, llegaron correos á Madrid del suceso que entristecieron á la república, á las cabezas, y áun á casi todos los pueblos; decíanse varias cosas, y entre otras, que no se debia de tratar verdad al Príncipe, que los ministros no atendian á la reputacion de la monarquía, sino á conservarse en el mando, y que, aunque estaba erigida junta de esto (y señalaban los hombres que eran los deudos y aliados en beneficios y lisonjas), que no se dejaba obrar á los capitanes del ejército de Flandes; que con poca gente, mal pagada y letras de dinero inútiles, se atendia á muchas partes, á interpresa y otras cosas, dividiendo la gente, con que no sólo no obraban, empero no se defendian; y culpaban tambien á tantas cabezas como habia en el ejército, que parece solamente se caminaba á que no hubiese ninguna. Quién culpaba al marqués de Santa Cruz, que con los celos del Córdoba, y porque no le dominase, si D. Gonzalo proponia algun designio ó faccion, decia el Marqués que no, y si el Marqués, lo reprobaba D. Gonzalo. Donde hay muchas cabezas ó pareceres, fuerza es que haya confusion, falta de providencia, de afectos y buenas fortunas.

A la hora, pues, como dije, el enemigo resolvió la expugnacion de Maestrich, llevando nueva de que gente de la Francia se arrimaba al confin y queria atentar á Cambray. Pasó allá D. Cárlos Coloma con 10.000 soldados, division que

hacia no obrar nada á nuestra gente, y á la hora vinieron por varias partes, por Dunquerque á Vizcaya, y por Juron á Pamplona, correos que despacharon el duque de Ciudad-Real y D. Luis Bravo de Acuña, virey de Navarra, que el ejército católico habria recobrado á Rosmunda, degollado 8.000 hombres, tomado las trincheras del Maestrich, y sitiádole á él dentro. Creyeron todos que el coraje y el estímulo de la reputacion los habia hecho salir de sí, y que, embravecidos, se tragaban al enemigo, volviendo por sí, por la patria y por el nombre español, venerado en toda la antigüedad de todos los que ahora pretenden adelantarnos y en esta era miserable lo han conseguido. Este alborozo se desvaneció con brevedad, y con nuevas más lamentables y vergonzosas, cuales no las oyó la monarquía; y fueron, que el enemigo se apoderó á satisfaccion suya de la plaza, la fortificó y presidió, basteció y aplanó con muy buen aire las trincheras, y levantóle en torno cuatro fuertes, que la constituian perdurable en su dominio, sin que se le pusiese un hombre al opósito; que, ufano y victorioso, discurria más descolladamente; que entre el país de Lieja y Luxemburg, se apoderó del de Limburg, si bien, parte sin defensas, por ser país abierto y lugares no murados, y que la demasiada honra y provecho ganado le conducia ya á retirarse á la Haya, dejando cortados los socorros y vituallas que bajaban de Alemania para Flandes, complacidos á los confederados y satisfecho al frances, su protector, de las ignominias antiguas, del haber acogido á su madre en Bruselas, y de la Liga con el duque de Orleans, su hermano; de que ya, por la nueva, todo aquello de pasar á Lenguadoc, y tentar el Delfinado, y comenzar la division en la Francia, está compuesto y ha salido vano el diseño; no habiendo salido ni servido, más que de haber consumido el pobre reino de Castilla 60.000 escudos cada mes. Este es el estado de las cosas de Flandes, y cual él es, será todo lo demas; que parece que nuestros capitanes volvieron por la reputacion del conde Enrique de Bergas en lo de Bolduc, Besel y país de Belba, pues todos han procedido á un andar.

Yace este infiel en Holanda, no habiendo tenido efecto su manifiesto, ni el haber podido juntar la gente que presumia para mayor comodidad de que el Nasau consiguiese la empresa del Maestrich. Del sueco, dejamos dicho su estado y el de ambos hermanos en Francia; y en Flandes, por más que digamos, no acabaremos de lamentarnos; desahuciado de perseverar aquello, con la pérdida fatal de este año de 32, donde queria dejar esto; que rompe el corazon ser cronista de desdichas propias. Y, por concluir, creen que lo que ha quedado de aquellos estados, por no verse sitiados, puestas al trance sus vidas, mujeres, hijos y haciendas, se ha de entregar al enemigo, pues no lo podemos defender; que se lo han de manifestar á la señora Infanta, y que le han de forzar á retirarse; y perdido aquello de quien nos vendió que nos habia de hacer dichosos, afrentando injustamente á los pasados, que no tiene más nuestra dicha de lo que ellos duraron, se estremecerá el Imperio y le procurarán invadir; que habiendo echado de Flandes el derecho de España, que tan inmensos millones de oro y plata le ha costado, echarán de Hungría, Bohemia, Austria, Silesia, Moravia y el imperio de la Istria, lo que hay de la Casa de Austria; poseerá aquella dignidad otro Príncipe; insidiará con mayores brios el frances á Italia, y ya ayudado de este infiel de la casa de Nasau, se la llevará; bajará con armadas á las Indias y serán suyas, y sentirán nuestras costas de España la opulencia y estragos de sus ejércitos. De esta manera, las monarquías de romanos, medos, persas, asirios y griegos, cuando comenzaron á ser ruines, flacos y pusilánimes sus caudillos, ministros y gentes, y se dejaron vencer sin consejo y con cobardía, y sin más atencion que á los vicios, se acabaron rápidamente, y pasó el dominio, el honor y la fortuna á aquellos que mantuvieron constantemente la virtud del valor, y aspiraron al crédito con el desinteres y sin amor propio, abandonando las delicias, la flojedad y el descuido de lo más importante. ¡Ya sufrirán la mengua aquellas cabezas que sólo aman el vicio, le premian y le coronan, y que la virtud ande falida, mendi-

gando de puerta en puerta, sin apoyo ni amparo! ¿Cómo han de acertar donde son los consejos deslustrados y rebatidos, y los premios y magistrados para sólo los vanos, infructuosos y que sólo miran á su conveniencia? ¿Cómo han de adelantar la autoridad del Príncipe y del Estado si atiende solamente el poderoso no más que á las materias de adentro y aferrarse en ellas, sin asistir á las de afuera, tan importantes al progreso, reputacion y fortuna de la monarquía?

Admira, y no con poca razon, que cuando le decian se habian puesto en Flandes tres millones de plata, no habiendo dado á los soldados ocho reales en todo aquel verano, hubiese quien llevase en la corte 50.000 ducados, con no más derecho que con título de soldado, ó porque se supo, ó le dejaron granjear los primeros puestos en aquella milicia; y tanto más entónces, que no sólo ponia en admiracion sino que irritaba, que cuando se habian hecho tantas juntas de reformacion para pobres y miserables, no atendiese á esto el celo de los primeros ministros, ni descabezasen esta hidra de tan disformes cabezas, y que no les picase esto en la conciencia. Cuando en otros, y en diferentes particulares, respondian con apariencias de justificacion, debia de ser porque no les tocaba tanto ni tan en la sangre como éste. Corrian este semblante nuestras cosas, al tiempo que ya el duque de Orleans se dejó prender de su hermano el rey de Francia y estrecharse en una fortaleza, exponiendo al cuchillo al duque de Montmorency, par de Francia y gobernador de Lenguadoc, que prendieron en un encuentro por haber seguido aquel bando. Por esto procedian más lentamente las prevenciones de armas que teníamos al confin de Perpiñan, temiéndose de este ruido más aína las de Italia, Flandes y Alemania, que eran las que querian arrancar para deshacer la monarquía, y suspendíase en Barcelona al infante D. Fernando, prevaleciendo esta resolucion ántes que la otra, que ya dejo referida, de traerle á la corte, bien hallados por la experiencia de aquella seguridad, silencio y tranquilidad, y estar en todos sus cuartos sin faltarle una pieza, apoderado el soberano, y previniéndole con

cartas y correos para pasar á Flandes la primavera siguiente, donde habia de llevar muchos millones y soldados para enderezar las cosas y recobrar lo perdido; no sin rumores de volver á Barcelona á proseguir las Córtes, que, fenecido el tiempo de la habilitacion de S. A., han vuelto á espirar. Sin embargo, tengo ya esto por vano y por materia que aspira á otras, y que ésta sirve de paliarlas.

Los vizcainos, pretendiéndolos incluir en la pragmática, decretos y órdenes de la sal, y que la comprasen al precio de los de Castilla, despues de haber reclamado ante el Consejo Real de la extorsion que se les hacia, procurándose defender con la antigüedad de sus privilegios, exenciones y libertades en que cada uno es vasallo, que de otra manera no lo quiere ser, y respondidos que no era aquello contravenir á sus fueros, y porfiando, sin embargo; viendo los querian suprimir, resolvieron de abrirse camino, y fueron parte de ellos, y los que gobiernan aquellas provincias, á las casas de los comisarios, y, con resolucion y brío y no desarmados, les pidieron los poderes y cédulas Reales que traian para el arbitrio y venta de la sal, y ellos, dándoselos no sin miedo, los tomaron y llevaron á la plaza, y públicamente los quemaron: negaron otra contribucion que se les habia pedido, é hicieron parase la fábrica de dos navíos que tambien se les pidió; afirmándome persona de crédito, que estando un vizcaino con tercianas, el dia que sucedió esto le faltó. Tal debe de ser el alborozo de verse desagraviar y el contento de verse romper las coyundas de la opresion, pues pudo deshacer los achaques que agravan la salud. Súpose este accidente en la corte y en el Consejo de Castilla, y disimulóse por el recelo del vecino que tan armado estaba al confin, si bien no cayeron en esta sospecha los vizcainos, que en hechos navales, en fidelidad y en sangre, no les iguala otra en el mundo; sin embargo, no podemos dejar de advertir, que el ejemplo no es de aliento para las cabezas que nos mandan, y podríanle seguir algunas de nuestras provincias en los aprietos en que hoy se ven, y aspirar á salirse con él, como les sucedió á aquéllos;

pues ninguno piensa que es inferior á los otros en la grandeza de ánimo y en el valor, y que su provincia sea ménos bizarra que la suya. Tanto importa ser templados en las gabelas y en el dominio. Este, verdaderamente, más ha dañado que puesto en la balanza las cosas y aliviado el peso de acudir á las necesidades, y ha irritado los súbditos y el trato del sustento comun, sin haber dejado de exasperar el brazo eclesiástico, y áun la poca devocion del Papa. Pretendiendo ser árbitro en ésta parte el secular, acabáronse de desengañar los arbitristas é inventores; y habiendo dejado por esto los millones, la bajaron de precio, y volvieron á ellos, en que hoy han concedido algunos; y debiéranse desengañar en todo lo demas, creyendo que aquel es el verdadero camino que hicieron y siguieron los reyes pasados, que tan encarecidos son en la opinion de los mayores juicios, y que es mejor una tregua, y de más reputacion en Flandes, aunque nos la fiscalizaren, que no dejarse con tanta mengua, flaqueza de ánimo y mala distribucion tomar las plazas.

Dejo las cosas de Alemania en el estado que tengo referido, y con el sueco, aunque quebrantado, en medio de ella; á Flandes en el mismo estado, para acabarse, con los enemigos victoriosos; al frances, árbitro en todas ellas, con reputacion y séquito de príncipes y potentados contra nuestros Estados; al Papa, con la misma alianza y aficion; y casi toda la Italia, no dejando de morderlo con libelos y pasquines en las estatuas erigidas para esta flaqueza en Roma. Referiré uno que me contaron de mucha gracia y agudeza. Preguntaba Pasquin á Morfrodio, y decíale: — Este Papa, ¿no es sucesor de San Pedro? Y respondia Morfrodio: — Sí es, porque ha negado á Cristo.

Este es el estado, como digo, de la Europa y el de nuestro gobierno. Altas voces se dan de su ruina, miseria, calamidad, desamparo de súbditos, estrago de pueblos, poca humanidad y conmiseracion, de aflicciones, disfavor y suma falta de consuelo en los premios; con que, desfallecido en el ánimo, entraban en la desconfianza, y de aquí á faltar en las

empresas, á la amplificacion y á la esperanza; pocos soldados, mas ambiciosos, todo para los validos, sin autoridad la monarquia, sin nombre la nacion española, y sin vigor la pluma para poder proseguir.

Habiéndose llegado, á la hora que esto escribo, los últimos de Diciembre, en que fenece el año de 1632, me pareció parar aqui y suspender este discurso, que evita á los buenos príncipes de los riesgos de su reputacion y de los fracasos de su seguridad, si con particular atencion reparan en lo que yerran, y pugnan más aina por gobernar que por ser gobernados; esfera que el que nació con estímulo de grande, jamás la rindió, deseando ser tanto como ser para todos, y no tan poco como para uno, poniendo en desamparo á sí y á las obligaciones de la dignidad. Príncipe, cualquiera que fuéredes, si tuviese este tratado la dicha de llegar á vuestras manos, si se librase de la ignorancia y de la tiranía de los culpados, porque para vuestro servicio se hizo, si leyeres con atencion y reparares en sus hechos con seso, y asistieres con prudencia á sus oficios, el escarmiento os pondrá en el camino real, y éste, si no le dejares, á constituiros en toda bienaventuranza.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Refiérese el estado de la guerra en Alemania, y la muerte de Gustavo, rey de Suecia y otros potentados; el progreso de las armas en Flandes, y cómo el enemigo tomó á Orso é Iremberg. El duque de Orleans rompe la prision y se vuelve á Flandes. El infante D. Fernando pasa de Barcelona á Milan, y el duque de Feria va á la Alsacia con ejército. Sor Margarita de la Cruz, hija de los emperadores Maximiliano y María, muere en las Descalzas Reales. Recupérase la isla de Ceilan, en Oriente. El rey de Francia sale con ejército sobre Nancy, en Lorena. Restituye Frislan la Silesia á Fernando, emperador, degüella treinta y más cornetas de caballería, destruye y hace pedazos las cabezas, coroneles del ejército, cabos y oficiales, y fuerza á que 12.000 infantes que la ocupaban pasen á servirle debajo de sus banderas. Muere en Bruselas

la infanta Doña Isabel, señora de los Países-Bajos. Y, finalmente, el estado que tenía la república. Todo esto pasa en un año, reinando en España D. Felipe IV.

El rey Católico D. Felipe IV, si bien compuso con facilidad lo de grisones y valtelinenses, pueblos puestos entre la Lombardía y la Helvecia, poniéndose de parte de los grisones Luis XIII, rey de Francia, como el rey Católico lo habia hecho por los de la Valtelina, y ambòs reyes la diferencia al arbitrio de Urbano VIII, Pontífice de la Iglesia (cuyo suceso dejo escrito en la historia del rey Católico D. Felipe III); la liga de Inglaterra y Francia, en que se incluyeron Saboya, Holanda y Dinamarca, solicitada por el duque de Boquingan, ántes irritado del mal efecto y de no haber podido conseguir la restitucion de Federico, Palatino del Rhin, á su estado y electorato del Imperio, que no de los casamientos entre Cárlos, su Príncipe, y Doña María, infanta de Castilla (que hoy está casada en Alemania con Fernando III, rey de Hungría y Bohemia, primogénito de Fernando II, emperador de Occidente), tuvo el mismo efecto; echando D. Fernando Giron aquella armada de Cádiz, que se componia de cien velas, y al ejército de la liga, cuyo caudillo era Cárlos, duque Saboya, sacándolo del Genovesado y haciéndolo retirar á Asti, ciudad fortísima en el Piamonte, D. Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria, gobernador y capitan general del estado de Milan, con ejército formidable, capitanes y soldados de opinion; á la misma hora en que socorria el marqués de Santa Cruz, con armada de galeras, la ribera de Génova, para impedir á los enemigos tomar pié en Italia.

Con esto no descaecimos ni menguamos de nuestra honra antigua, de las obligaciones ni del valor en que tan altamente fuímos reputados cerca de los mayores y mejores príncipes

de nuestros orbes; mas sí cuando las dependencias é intereses particulares de los extranjeros, que se despertaron con la falta de sucesores en Italia, los tocaron en la deposicion, en el acrecentamiento y en la sangre, y pretendimos trastornarlos de sus conveniencias, y sacar, sin embargo, los mejores capitanes, envejecidos en la experiencia, en el guerrear y en el consejo, de nuestras plazas de armas.

Estas dos facciones pusieron de arte el estado de la monarquía, que el crédito, estimacion y autoridad que consiguió por espacio de doscientos años, en poco ménos de diez lo perdió con sucesos afrentosos y de suma infelicidad, con pérdida de ejércitos, plazas, flotas y millones de plata; tanto, que las otras naciones que nos temieron y admiraron, se nos atrevieron y burlaron de nosotros, se coligaron y unieron entre sí para destrozarnos, sacarnos el imperio de Alemania de entre las manos, echarnos del dominio prosperísimo de Italia, dar los Países-Bajos al rebelde, asegurarlos para asolar las Indias, y no asegurarnos en España. Estas cosas, como digo, nuestros designios y consejos enderezados contra los príncipes y provincias forasteras, resucitaron de tal suerte el odio, el rencor y la ira, sepultada por algunos años en nuestro favor con nuestras hazañas, que ahora, no siendo tales por la poca fortuna de un gobernador ó ministro, les dió calor y aliento para atentar en detrimento de la seguridad, y estuvo todo casi para correr ruina. Hace por aquella segunda parte, y en menoscabo nuestro, el haber sacado al marqués Ambrosio Espínola de los Países-Bajos, no acudirle con prontitud de dineros y soldados (que tanto monta) para la prosecucion de aquella tan importante guerra, y no asentir á la tregua que, con partidos saludables y honrosos, ofrecia el enemigo y los firmaba; ántes burlarse de ellos con falta de consejo y prudencia; por lo cual apretaron más las armas, duplicaron las ligas y los auxilios, y luégo, no quedando allí persona considerable, sino todo á cargo del olvido y del descuido, fué causa que el rebelde, fornecido de artillería y municiones, de gruesos tercios, y regimientos de infantería y caballería,

y reparando, con nuestras flotas, su falta de dinero, encendiese más vivamente la guerra, se adelantase, y socorrido y pertrechado de ambos protectores y confederados, heridos de nuestros oficios, disipase las plazas más fuertes y llegase hasta Bruselas á darse la mano por el país de Limburgo con el rey de Francia, para cortar y dejar frustrados los socorros de Alemania y otros auxiliares necesarios en todo tiempo, por tener ya usurpadas las potencias de ambos rios, el Rhin y la Mossa. Arrimemos á esto las voces de nuestra necesidad y miseria, lima sorda que nos va royendo la esperanza y las buenas fortunas en que nos constituyeron tres reyes y un emperador, los mayores y el más exclarecido del mundo.

Y, hablando con más claridad, en los dos fundamentos que hemos propuesto, el primero fué no entender y dar buena salida al suceso de Mántua y el Monferrato, por la muerte de Vicencio Gonzaga, duque de Mántua, hermano de Francisco, y haber recaido aquel estado, como más propincuo, en Cárlos Gonzaga, duque de Nevers. No se deja de reconocer, y es ley establecida en el Imperio, que, como estados feudatarios, los debia poner el Duque en manos del Emperador y electores, y que de allí, visto su derecho, los habia de recibir. Representábanse á estas algunas dificultades: la mayor y más inaccesible, el que era frances, cuya guerra y digresion ha durado en Italia veinte años, y áun la pasó, por esta causa, à otras partes; desdeñamos las otras gentes, y ellos, por esta injuria, la pretenden impugnar con otra mayor y con las armas. Uniéndose á esto, ofrecia él cualquiera sumision al rey Católico, como Señor y vecino y más celoso de la nacion, por sus contínuas inteligencias en Italia, y decia, que le ayudase S. M. á la posesion de aquellos estados, y lo alcanzase del César en la Cámara imperial, y le aseguraba sería ántes más español que frances, que echaria por tierra la ciudadela del Casal de Monferrato y cualquiera otra dificultad, si la hubiese.

Dos naciones, á mi ver, habian de poseer aquellos pueblos: ó bien franceses, por el sucesor, ó bien alemanes, por

la gobernacion; porque á la prudencia española no convenia entrometerse en la coadyugacion, ni podia el Rey entrar en ellos sin expreso consentimiento del Imperio y electores, y éste no se dará, porque es odiosa á todos la mayor potestad; la cual, en esta era, estamos muy léjos de alcanzar, por la falta de aficion que todos nos tienen, y por la poca que nos hemos sabido granjear. Cualquiera otro diseño era rasamente entrarnos por las puertas de la tiranía y llamar contra nosotros todo el poder de los príncipes italianos y alemanes, cuando el César, por el parentesco, lo disimulara; bajar los ejércitos franceses, como sucedió por la denegacion, y coligarse, y recaer con mayores celos todas las potestades de Italia, que se armarian, para matar estos movimientos y se unirian por las sospechas que engendraria en ellos este hecho, para que no succediese otro tanto en sus estados. Finalmente, no convenia al rey Católico convocar tantas armas contra sí, y más en Italia, donde es tan forzoso asistir á la paz y á la conservacion, cuando en Flandes no nos dejan sosegar, ni podemos, ni tenemos fuerzas para sustentar aquellos países, y ménos para ganar un palmo de tierra.

Supuesto lo dicho, y no dando aquellos estados al de Nevers, averiguado queda que habia de recaer en gobierno de alemanes, queriendo los rigiesen gobernadores ó comisarios imperiales, á ejemplo de lo que Clemente VIII, Pontífice Romano, hizo del ducado de Ferrara, que no queriéndolo dar al bastardo que habia quedado de la Casa de Este, lo incorporó en la Iglesia, debajo de cuyo gobierno milita hoy; y tambien, poco há, con el ducado de Urbino, estableciéndole por ejemplar para todos los pontífices venideros y para todos los príncipes feudatarios, por cuanto quisiera el rey Católico tan cerca de sí esta nacion, este poder y esta soberanía. Sin embargo, no sabemos cuáles nos serian más á propósito para la seguridad de Italia, alemanes ó franceses, porque todos son malos; pues aquéllos, como sería posible, querrian pasar de unos feudos á otros y aquietarlos todos, y no dejar de caer en alguna guerra molesta, siéndolo tambien el estado de Mi-

lan, y éstos, tambien querrian pasar de éste al reino de Nápoles. Pero si el duque de Nevers protestaba toda obediencia, sujecion y rendimiento, y que no tendria en las plazas guarnicion francesa; si al cabo, y despues de largos debates, de mucha efusion de sangre, desolacion y ruina de pueblos, y tesoros y millones consumidos, se los habian de dar ¿por qué no nos supimos excusar esto al principio y deséchonos de estas calamidades, y ahorrádonos que el rey de Francia, más poderoso en aquella ocasion que nosotros, á la sombra de nuestros descuidos y en tiempo que no dejaba la nieve descubrir los caminos, pasase los Alpes, tomase á Susa, echase de allí los pocos españoles que habia, entrase en Turin, consumiese al duque de Saboya el dinero que el rey Católico le habia dado, volviéndose á él por el mismo interes del Monferrato, y admitiéndole para el opósito, miéntras él sitiaba el Casal, en dádivas y presentes hacerle más infiel porque no se habia puesto en sus manos, habiendo estado fuera de ellas y de la devocion de España por espacio de veintisiete años, más que para volverle á engañar, y porque ninguno de ambos tomase aquella plaza ni aquel estado, ántes por ocupar alguna parte cuando tambien lo vió debajo del heredero frances, habiendo peleado con ellas contra nosotros cuando estuvo en el de Mántua? No cogeria este ruido de sobresalto á D. Gonzalo de Córdoba, ni le enviara á decir el rey de Francia que levantase el sitio de Casal ó pasaria á desalojarle; á que hubo de condescender viendo le habian faltado el saboyano, socorros, dineros y soldados; el abrasar y despojar el reino de Castilla de la plata y oro que tenía, y los oficios, que en público teatro se vendieron para esto: aunque el marqués Espínola, más á propósito para Flandes, recuperase el Monferrato y los alemanes asolasen la nobilísima ciudad de Mántua, mereció el Duque ser apretado con estos rigores, por haber, ántes de la decision del Imperio, anticipádose con las armas á tomar aquellos estados por consejo del Valido de la Francia, y así, fué necesario al crédito y reputacion de ambos monarcas el volvérselos á tomar.

La verdadera materia prudencial es, cuando queremos invadir un estado y no nos conviene la calidad ó condicion de aquel vecino, antever si lo podremos conservar, ó, una vez arrojados á las armas y á la guerra, pelear por no volverlo. Grande ejemplo nos dejó de esto el estadista de los reyes, el rey D. Fernando el Católico: tomó á Navarra y la parte que por confederacion y alianza le tocó del reino de Nápoles á D. Fadrique de Aragon, y la otra, por mal contentadizos, á los franceses, y porque todo era suyo, nunca lo volvió; sufrió con maravillosa constancia y osadía los golpes tremendos de la guerra, las grandes y contínuas avenidas de los ejércitos enemigos; cansáronse, y quedóse con todos. Estos son los pasos que habíamos de seguir. ¿No nos conviene una cosa? Morir por ella y por la reputacion. ¿No lo podremos conservar? Es irritar el mundo, hacer perdurables los enemigos y la guerra. ¿No hay caudal? Repárese en el fin incierto, como muchas veces lo hacen los prudentes; pues hagámonos amigo del enemigo; vendámosle bien su pretension; entónces es bien jugar de la tacañería con el forastero, y más cuando ha servido bien; saquémosle más partidos y aceptemos lo que nos ofrece; habrémosle vencido sin fatiga, y quedaremos con victoria, sin pérdida de soldados ni tesoros, ni estrago miserable de los pueblos y provincias.

Este infelicísimo suceso afirman todos los varones más señalados de la Europa en juicio y en saber, y dicen que fué el total descrédito y miseria de nuestra nacion, porque viendo el rey de Francia no le habian valido á su vasallo ó deudo sus intercesiones y las embajadas de sumision que habia hecho en España y en Alemania para que le diesen llanamente la investidura de aquellos estados, y que despues de muchos trances de guerra y de habérselos ganado se los habian vuelto deshechos, y destruidos y saqueados, refieren que fué tan profundo el odio y rencor en que entraron todos, el Rey, el Richelieu su confidente, el duque de Nevers, el Parlamento de París y toda la Francia, que no sólo resucitaron el pasado, mas le acrecentaron con mayor vehemencia; y

que con toda prevision y vigilancia se juntaron en disponer y platicar cómo procederian en la ruina de toda la Casa de Austria, en conspirar contra el Imperio y quitársele, y meterles un enemigo que les abrasase las provincias y las casas hasta la más última y remota. Para esto, el cardenal de Richelieu, primer ministro de la Francia, de gran cabeza y ninguna piedad y religion, si bien cierto embajador y consejero de Estado, que habia asistido en París alguna razonable carrera de años, me aseguró que, demas de ser hombre plebeyo, era un menguado y de ninguna sustancia (yo lo siento al contrario), éste, pues, entró en pensamientos de coligar todos los príncipes de la Europa, así herejes como católicos, sin perdonar á los de la Asia y la Africa, como al turco y al persa y á los de ambas Mauritanias, contra las dos Casas. El primero de quien echó mano fué de Vitorio, duque de Saboya, porque ya Cárlos, su padre, era muerto, pidiéndole en seguridad del tratado (porque suelen variar en él) dos plazas en el principio del Piamonte, las más conjuntas al paso de los Alpes, para tenerle, que estuviesen al arbitrio y gobierno del rey de Francia, como á Susa y Avillana. Y en esta manera comenzaron á decorar los principios de la tirania, y áun aquella peste que abrasó mucha parte del estado de Milán, y dicen se fabricó de venenos y pactos endemoniados para acabar y consumir á Italia, y que no la gozasen los españoles, cuando ellos estorbaban tan imperiosamente, no lograsen la parte que la herencia del derecho ó la gracia concede á las naciones forasteras. De aquí pasó á los venecianos, los cuales, en todo el tiempo que ha durado la guerra, se han mostrado neutrales, mañosos, disimulados, obrando más con el secreto que la publicidad, y al fin no quisieron hacer demostracion ni novedad; pero tan astutos que no se arrojan si no es cuando ven en tan miserable estado y ruina sus confinantes, que viéndolos que se pierden, entran á la usurpacion y á la parte de los estados, como innumerables años há lo tienen estudiado y áun ejercido en el Friuli, Istria y Goricia. Pasó á los grisones y á los esguízaros á refrescar las memorias antiguas;

no excusó al florentin, y al duque de Módena, con quien no pudo nada, y halló algo en el duque de Parma, sin poder ajustar nada en Génova; al Papa no habia para qué, que ya al principio de la ascension al pontificado mostró bien los efectos á la nacion francesa, y con no socorrer al Imperio, siendo su más legítima obligacion, como no lo ha hecho, ántes mostrado apoyo á la Liga y á investirse con nuestras quiebras los reinos de Nápoles y Sicilia, las otras islas y feudos de Italia, y echarnos de ella (pasion natural en los más de ellos), se daba esto por entendido y asentado; y finalmente, todos aquellos que nos demarca ó insinua la prosografía.

Inglaterra, que casi por estos dias habia hecho y capitulado paces con el rey Católico, con embajada particular que para esto vino de Lóndres, con no más fines ni otros diseños que meternos por los puertos de España sus fardos y vendernos sus bayetas, casi le trastornó, aunque no declaradamente, con decirle era ocasion y se iba disponiendo de poder restituir á Federico, palatino del Rhin, su cuñado, en sus tierras, como diese socorro, gente y navíos para contrastar las costas de España y las Indias; pero aquel Rey se procuró mantener más sesudamente, aunque en este caso no dejó de hacer lo que pudo con consejos de Francia y armas de otros amigos. En Holanda, asentó, como siempre, y los previno para salir, cuando y el caudillo que habian de eregir en el corazon del Imperio para su fin y remate; de que se dieron por entendidos, y por asentada la confederacion para proseguir en nuestro empeño y consumir allí la mejor parte, no dejándonos para otra apretar la guerra y asediar las plazas; consiguiendo algunas considerables que dolieron y pusieron en cuidado. Conseguido esto, pasó á los electores del Sacro y Romano Imperio, y ligó al duque de Sajonia, al marqués de Brandemburg, que, como herejes, los halló aprestados; y el duque de Baviera casi estuvo para caer, deteniéndole el ser católico, la mucha sangre y obligaciones que tenía de la Casa de Austria, proponiéndole grandes avenidas de enemigos que darian sobre

las tierras de los que se excusasen, y otras amenazas de esta calidad; y como quien tiene poco ó es pequeño y desea conservarse, en casos tales siempre se halla mal resuelto, y busca en el tiempo ó mira el vendaval que corre, así estuvo cuando vió la tempestad tan horrenda y prodigiosa que descendia sobre el Imperio y la Iglesia. Cosa es muy para ponderar que no mostrase ceño el Pontífice, viendo oficios tan execrables, contra sí y contra toda la Cristiandad, de este hombre y aquel reino, y que consintiese la púrpura de Cardenal á un enemigo tan monstruoso, digno de llamar con graves censuras delante de aquel sagrado Colegio, como cismático y perturbador del mundo, de la Silla de San Pedro y del comun sosiego; hacerle cenizas, y cual el más rebelde y protervo, demolerle en público teatro la estatua. Este yerro podrá ser que en el severísimo tribunal de Dios haga gemir y estremezca la Cabeza, por no haber tomado satisfaccion de estas maldades de los electores herejes. Pasó á los eclesiásticos, como al de Tréveris, Maguncia y Colonia, y aunque todos, ó los dos últimos, se simularon, y quisieron ver ántes de declararse el estado de las cosas y cuál partido prevaleceria, tengo por cierto que el de Colonia y Maguncia siempre se mostraron por la parte del Imperio. De aquí corrió á los protestantes, como arzobispos y obispos y otros príncipes que se incluyen en el círculo del Imperio, como Albestrat, Aspac, Durlac; á las ciudades libres, que muchas ofrecieron se declararian luégo que viesen los ejércitos en sus contornos, el número de armas, dineros y bastimentos que podrian dar; y finalmente, ligó el Richelieu, por fray José de París, capuchino en Lipina, veinticinco príncipes protestantes contra la Casa de Austria.

Confederados, pues, todos los referidos contra esta augustísima Casa, á quien defiende el poderoso brazo del Altísimo, no tentó al rey de Dinamarca, quebrantado en los años pasados por las armas del César en la batalla de Lutia, que ganó el muy esforzado capitan Juan Tserclaes, baron de Tilli, por haber querido tomar por suya la causa de Federico, palatino

del Rhin, dueño de Bohemia, y por esto muy á pique de perder sus tierras; tampoco se atrevió al polaco, afectísimo por sangre y por otras obligaciones al César, hacerle entrar en la Liga; mas persuadióle, por su embajador Hércules de Charnase, á la tregua por seis años, establecida por Setiembre de 629 en el campo de Altemorche, con Gustavo Adolfo, rey de Suecia, por desembarazarle de tan poderoso enemigo como el polaco, que pretende restituirse en la Suecia, que Cárlos, su padre, duque de Gurdemania, habia tiranizado á sus pasados; y convocó á Jorge Ragorqui, nuevo usurpador de Transilvania, y señalaba por su plaza de armas para que los desolase y destruyese, los grandes y extendidos reinos de Hungría y Bohemia. En esta forma distribuia en hacienda ajena para herejes y protestantes, vecinos y aliados, las provincias y las tierras de nuestros príncipes; con lo cual se trató de la cabeza, del caudillo y capitan que habia de manejar tantas gentes; y elegido ya, no sin premeditacion, noticia y estudio, y entre los más señalados sujetos militantes de la Europa, pusieron los ojos en Gustavo Adolfo, rey de Suecia, hombre armíjero y que habia aprendido las artes de guerrear debajo de la escuela y banderas del conde Mauricio, en Holanda: robusto, entero, de gallarda presencia, corazon y consejo, entre cuarenta ó cincuenta años, y de quien decia el marqués Espínola, que si algun Príncipe en la Europa podia dar cuidado era éste, por inclinado á los prodigiosos estruendos de Marte y á las sublevaciones, y que, como hijo de tirano, apetecia la misma influencia y los estados ajenos. Fué hijo de Cárlos, como he dicho, hermano del rey de Polonia; dióle el reino de Suecia para que le gobernase, alzóse con él, tiranizóle y fué suyo.

Antes de entrar en coligar el capitan, será bien declarar la intencion y el pretexto del frances, y sus motivos; que eran impugnar aquellas dos Cásas que estimulaban el corazon de los ministros franceses acerca de la pretension de Mántua y el Monferrato, que le sucedieron. La primera, la respuesta que el Emperador dió fué que el duque de Nevers sacase la guarni-

cion francesa de aquellos estados, los pusiese en sus manos y en sus comisarios, y estuviese á derecho, así él como el duque de Guastala y todos los demas pretensores, para hacer justicia; y la segunda, volvérseles á Mántua, saqueada y destruida por los alemanes, el Casal y casi todo el Monferrato, asolado por las armas del rey Católico, si bien con soldados pagados y alistados en su nombre con título de imperiales, y sus comisarios de caudillos. Pero esta justificacion creen más aína nuestros enemigos, y los atentos á nuestras trazas, está más tocada de estadista, que de obligada ó de imperiosa, á que todos se mostraban recelosos y áun con miedo. A la primera se conspiraban, á sacar el Imperio esta potestad y subordinacion de la Casa de Austria, porque ya no podian tolerar tan grande dominio, ni que estuviese el Imperio tantos años retenido en ella, y se habian de unir los Electores de un ánimo y de una conformidad, y negar al Emperador, que de dias atras habia entrado en pretension de hacer á su hijo Fernando III, rey de Hungría y Bohemia, rey de Romanos. Habia introducido en los Electores, el Emperador, este deseo, para encaminarle por uso ó autoridad en tales casos, y en la Dieta que se juntó para estos, levantando mucha gente de guerra los herejes, usando de su comun y natural artificio, que es engañar, ó porque no les dieron el dinero que ántes les solian dar, que todo se juntó, y los mayores príncipes, que cuanto más soberanos, idolatran el soborno, el presente y la lisonja. Como éste no procedió, le dijeron, despues de tratadas algunas materias tocantes al Estado y á la Dieta, al Emperador, cómo estaba insinuado por el frances, que en casos tales no se descuidaria, que desarmase, que aquella eleccion era libre y lo habia de ser, y que por aquel camino sería más á gusto y con más tranquilidad; se asieron de esta voz libre para justificarse más con ella, dando lo hecho por tiranía, y si repugnase, hacerle la güerra á Fernando; y no sacando de allí otra cosa que haberle hecho soltar las armas, contra el parecer de sus consejeros y capitanes, desaparecieron sin efectuar nada, porque el rey de Francia le

queria y habia metido en sus cabezas vivas pretensiones de dádivas, ejércitos y aliados. Cuando el Imperio Romano, con los vicios de sus príncipes primero y despues con las guerras civiles de Galva, Oton y Vitelio, comenzó á declinar, y Constantino trasladado á la Silla que desde entónces tomó nombre de Constantinopla, á aquélla asolaron varias gentes setentrionales, y á ésta los sarracenos ó turcos; con que el Imperio de Oriente feneció entónces, perdidas y fallidas todas sus fuerzas, y sus príncipes abatidos, ó con la infidelidad y herejía ó con la flaqueza de ánimo. Leon III, Pontífice de la Iglesia, se puso á darle mano, hasta que Gregorio V le pasó á Occidente y afirmó en Alemania, instituyendo los seis electores, Sajonia, Brandemburg y Palatino del Rhin, seglares, y eclesiásticos, Tréveris, Maguncia y Colonia; y al rey de Bohemia para que, en caso que en la eleccion estuviesen unos y otros iguales, la parte á que aquel Rey se inclinase, tuviese potestad de elegir Emperador y saliese por él; con que quedó declarado que el Príncipe que hubiese de ser Emperador habia de ser aleman y no de fuera de ella, aunque una vez haya estado en la Casa de Francia. A así lo sintieron los que se hallaron en la eleccion de Cárlos V, en la muerte de su abuelo Maximiliano; que de un ánimo y un parecer dijeron todos, que el que habia de ser Emperador habia de saber la lengua alemana y habia de ser criado en ella, razon que impugna á otra cualquiera pretension.

Ofendia mucho á los herejes Príncipe tan católico y tan cristiano y tan amigo de la religion; mas al fin le daban con el nombre de tirano, y que toda Alemania no era otra cosa sino una misma opresion, para tomar contra él las armas, diciendo se les procuraba tasar y poner en límite el albedrío y las acciones y suprimir el derecho. Si les dijeran, querian poner en aquel lugar un hereje enemigo de la Iglesia ú otro que les fuera cabeza, claro está que, dejados aparte otros cualesquier fundamentos, le responderian que sí; mas como los habia de frustrar todos y ocurrir á los necesarios y más fieles, y salir á ellos con todas sus fuerzas y tesoros, y luchar por

derribar al enemigo, y solicitar los interesados apostólicos y ponerse á su lado, y aquellos capitanes que están dedicados para tales intentos, á extirpar herejes y tremolar el estandarte de la Cruz sobre todos sus enemigos; en contra de esta verdad, era el primer pretexto á que se encaminaba el rey de Francia: poner en litigio la dignidad imperial á la Casa de Austria, y que los Electores se la denegasen para el primogénito; y porque otra vez no le respondiesen estuviese á derecho el duque de Nevers, no deliberaron entónces en quién sería el rey de Romanos, aspirando todos á entrar en el desbarato y á eximirse del yugo católico, para ascender á la corona el que más puñadas diese. No quiso insinuar el frances por entónces, que en aquella sazon tan fresca se lo diesen, por no meterlos en discursos y controversias, ni quién habia de ser, si les convenia ó no, sino solamente que fuese la eleccion libre, y que por aquí aflojasen con la pretension de Fernando, quien decia que el duque de Baviera lo queria. Yo me atrevo á decir que todos, y áun el sueco, á cuyos pensamientos y empresas aún no habemos llegado, se la prometió con las fortunas de las primeras victorias. Lo que aquí da más que maravillar es que unos príncipes, señores de la más florida parte del orbe, de más ricas, prósperas y abastadas provincias, de mayores y mejores vasallos, soberanos en todo, de clarísimos juicios y dotados de ricas villas y colonias, de edificios suntuosos, palacios, casas de recreacion y otras innumerables riquezas, dignos de toda reverencia y respeto, abandonasen la paz y la quietud y las otras delicias, y se diesen á creer á un sedicioso, engañador y embustero, y trocasen la felicidad por la suma de las desdichas y miserias, que es la guerra, y que creyesen que aquello les convenia; no mirando que todo cuanto se les vendia y paliaba no habia de ejercerse en la China, ni en Francia, ni en Inglaterra, sino en sus casas propias, y que se las ponian al fuego, y á la disolucion, á la ruina de vasallos, de pueblos, campos y labranzas, al malogro sus fortunas, y al extrago de las vidas de sus hijos y nietos. ¡Y que sin embargo de esto haya na-

die que por consejo ajeno y por su particular propio admita su perdicion! Digno es mucho de ponderacion y áun de lástima.

El segundo pretexto, y el más venenoso, dañado y de peor intencion, con capa de libertad, meterles un ladron ambicioso y de suma codicia, como dicen lo era el rey de Suecia, como hombre, en fin, pobre y de miserable tierra, que abrasase no sólo la Bohemia, Hungría, Silesia, y Morabia, y ambas Autrias y otros países legítimos y hereditarios de Fernando, y de sus hermanos y sobrinos; pero las provincias, ciudades libres y anseáticas del Imperio que están entre el Danubio y el Albis, las más escogidas y populosas del Rhin y de toda aquella parte, entre las mejores la más admirable y que más ejércitos ha sufrido sobre sí, á ejemplo de la entrada y salida de los alemanes en Mántua; y áun nos contentaríamos si sólo pasase de aquí. Finalmente, los Electores y todos los demas príncipes (tambien hay bien que avisar aquí á los de Italia, que es el tercero teatro de la guerra despues de los de ambas Germanias) abrazaron esto, los que referiremos, y de un acuerdo eligieron el caudillo, y al de Suecia capitan, é hiciéronselo saber al rey de Suecia con embajada particular, diciéndole que Luis XIII, rey Cristianísimo de Francia, potentísimo en todo el mundo, ofendido de malos oficios de los príncipes de la Casa de Austria y de los españoles, no solamente él, sino los mejores de sus antepasados, con usurpaciones de reinos ricos y extendidas provincias, así en Italia como en el confin de España, que no pudiendo tolerar los de ahora nuevamente recibidos, informado por historia y por avisos y ocurrido á él las quejas de los otros príncipes de la Europa, como los de su Casa de Italia, Inglaterra y ambas Germanias y algunos setentrionales oprimidos y agravados del sumo dominio y vasallaje, y el quererse adjudicar á sí y á sus sucesores, forzosamente y con violencia, la soberana y libre dignidad del Imperio por larga carrera de años obtenida en su Casa; y últimamente, queriéndola proseguir ahora el emperador Fernando en su primogénito

del mismo nombre, rey de Hungría y Bohemia, más con imperio y suprema potestad, ruido y aparato ostentoso de armas que con el ruego y la caricia, entrándose por aquí ambas Majestades, Cesárea y Católica, á los títulos impiísimos de tiranos; y que habiendo, con sumo consejo y acuerdo, discurrido largamente en todo del estado miserable de todos y cuán en balanza estaba su conservacion, medras, títulos y estados, habian resuelto, de un ánimo y una concordia, ligarse contra estos dos príncipes casi todos los demas de la Europa. En la cual, comenzando por Italia, el primero era Vitorio, duque de Saboya; habiendo dado en rehenes de que no torceria su palabra, dos plazas en el confin del principado de Piamonte, que alindan con los Alpes, para invadir el estado de Milán, quitado á sus abuelos y antepasados por el emperador Cárlos V, porque despues de conseguidas algunas facciones y otros designios en Alemania, se habian de pasar allí la guerra á restaurar aquello: al reino de Nápoles, igualmente tiranizado por el rey D. Fernando el Católico y el rey D. Alonso, su antecesor y tio, de la Casa de Aragon, pasarian los franceses, y á éste seguirian los venecianos en secreto, si no en público, con gruesas sumas de dinero, y áun varias potestades aunque inferiores de Italia, como el duque de Parma, que habia dado intencion de acomodarse á sus materias y seguirle en cualquiera fortuna.

Al Papa no desplacia la Liga ni la guerra; deseando restituirse en los dos feudos de los reinos de Nápoles y Sicilia para su hermano ó sobrino; y por las armas del rey Cristianísimo, de quien entrañablemente es afecto, persiste, sin embargo, en que aquel Imperio está tiranizado (y queríale para el rey de Francia), y pagarle con esto los ejércitos y el dinero gastado en esta guerra, y sublimar en alta jerarquía la Casa de Francia, abatiendo la alemana y española, cuyo dominio en aquella parte es gravísimo y sumamente pesado, porque no querian ver sus riquezas pasar á ser despojos de españoles ni que ellos los viniesen á mandar. Siguenos (añadian los embajadores) los grisones, ofendidos de las espaldas

que se les hizo á los valtelineses cuando, con pretextos de defender la religion cristiana, se la sacaron y procuraron separar de su jurisdiccion; y por estas y otras legítimas causas, para servir al Cristianísimo con la alianza antigua, se comienzan á alistar gruesas escuadras de esguízaros, y él se aparecerá luégo que esté sazonada la ocasion en parte suficiente, armado y con potentísimos ejércitos, para dar á S. M. la mano, en Alemania, y á todos los demas príncipes: el holandes apretará la guerra en los Países-Bajos, y los pondrá al trance de acabarlos y hacerse señor de ellos á la sombra y socorro de nuestro Rey y nuestros regimientos: el rey de Inglaterra enviará con sus armas á Federico, palatino del Rhin, para que se restituya en aquel estado y eche del inferior las armas católicas, como del superior las imperiales, y dé calor á la Liga: el duque de Sajonia, marqués de Brandemburg, landgrave de Hesse, para no dejarlos obrar y elegir libremente rey de Romanos, cansados tambien del dominio de la Casa de Austria, cuando V. M. pase, con el valor que se espera, el Albis, los hallará armados con ejércitos poderosos al lado. Este es el diseño y el dibujo de lo acordado; todos estos príncipes, y más que todos el de Francia, hacen su caudillo y general á V. M., y le quieren por cabeza en esta guerra, informados de sus muchas esperanzas, fortuna, valentía, consejo, rara experiencia y otras maravillosas partes de espíritu militar; extender puede su dominio en aquel Imperio y hacerse señor de aquellos potentísimos estados, enriquecerse, á sí y á los suyos, y salir de la pobreza y miseria de la Suecia, ensalzar su nombre, hacerse famoso, y que los godos vuelvan otra vez al señorío de España.

Oida del Rey la embajada y las instancias que aquellos príncipes le hacian, no dejó de considerar lo más encendido y solicitado de la ambicion; aceptó, y se dió principio á los tratados que, para excusar exornaciones y arengas, eran asistirle con dinero y gente para invadir el Imperio, enviando por primera y sagacísima prefacion informes á los Electores para conmoverlos y arraigarse que sola la Casa de Francia

era digna de aquella corona; el destierro de los príncipes austriacos y extirpacion de la Iglesia Romana; la restitucion del Palatino, y al mismo tiempo, capítulo con el duque de Baviera, que tenía la parte superior con el título de Elector, dado por el Emperador por haber asistido á la deposicion del Palatino en el reino de Bohemia, de defenderle, no sólo en el Palatinado superior y en las tierras de su patrimonio, sino tambien en el título de Elector. De esta manera y con estos ardides y desigualdad de tratados pretendia confundir lo política y universal sosiego de Alemania y áun de lo demas, y la quietud de sus príncipes, para entrar á la parte y buscar sus medras en sus ruinas. Y fueron tan ciegos con la codicia y las promesas que se les hicieron de los estados ajenos, que no vieron que á paso lento se les entraba el fuego y la calamidad por las casas propias para talárselas; y reconviniéndole, como obligacion precisa, de parte del Emperador por Jorge Federico, príncipe y elector de Maguncia, si habia hecho liga con los herejes contra la Cesárea dignidad, lo negó, habiéndola dispuesto tres meses ántes y publicádola en su nombre por todos los príncipes de la Europa, y Jorge Guillermo, marqués elector de Brandemburg: prosigue la capitulacion y los conciertos, y dice que el rey de Suecia pondria y sustentaria un ejército de 3.000 infantes y 1.000 caballos, y que Francia contribuiria con 400.000 escudos, puestos en París ó en Amsterdan en dos pagas, á eleccion del Rey; que el fin de sus armas será la libertad de Alemania, la restitucion de los príncipes desposeidos, la demolicion de los fuertes hechos nuevamente en el mar Báltico, en la Valtelina y grisones; que el comercio sería recíproco entre las dos coronas, y concluyóse entre Mr. de Charnase, embajador de Francia, y los comisarios suecos Gustavo Corno, Mariscal de campo, y Banier, General de la infantería de Suecia, y ratificóse por cinco años entre los dos reyes, al principio del año 1631, en el campo de Beruelde, en el marquesádo de Brandemburg; y para proceder con desembarazo, despues de haber dado la mano á todos los herejes, convocándolos, y socorriéndolos,

ratificó los asientos antiguos hechos con los hugonotes, por las cabezas, por andar algunos vacilando en la lealtad, y dispúsolos á todos y armólos contra la verdadera religion y sus defensores.

Concluido este tratado y despedido el embajador, vió, de vuelta, á los príncipes de Alemania; dióles cuenta del estado en que dejaba el negocio, corrió á Paris, refirióle al Rey, al confidente y al Parlamento, y, por cartas, á todos los demas, con que se previnieran aprisa de armas y de soldados. El rey de Francia envió ejército á la Alsacia con el duque de Rohan, apoderándose de las plazas mejores del confin; el Palatino salió de Holanda, y con gente que allí le dieron, y con 3.000 soldados que le agregó el rey de Inglaterra, su cuñado, mentiroso siempre á la paz capitulada con España, pasó al Palatinado; y en el inferior, donde estaba gente del Rey por permision del Imperio, y por su cabo D. Felipe de Silva, comenzó á recuperarse en alguna parte de él, si bien tibiamente, pero conservándose miéntras bajaba la gente de Suecia. El holandes, reengendado de nuevo en algunas plazas de la Frisa y del ducado de Geldres, se entraba á toda furia y con ejércitos formidables por el corazon de Brabante, hasta dejarse caer en la provincia de Flandes, enseñoreándose de parte muy considerable y más de lo que él pensó, tomando á la cara de nuestra gente las mejores plazas, como si infaliblemente hubiéramos perdido toda la disciplina militar y no fuéramos aquellos que llaman españoles las otras gentes. El mar entregaba nuestras flotas, con que se habia de hacer el opósito; y publicando miseria se armaban y alentaban todos, porque se habian dado á creer y habian entrado en la esperanza de que habia llegado el fin de nuestras fortunas, prosperidades y victorias. Y sin acertar en nada, mostrándose Dios ofendido por nuestros delitos, se veia en los rostros de los vasallos la miserable ruina de la monarquía; cerrábanse las orejas del Príncipe, y el Valido inventaba materias de todo buen juicio para que esto no se oyese ni se dejase sentir; y siendo el que habia de velar sobre esto, pues se habia introducido en todo

y echádoselo acuestas, no parecia entendia en ello, dormido en un profundo letargo. El Papa callaba á las voces que se le daban del socorro y que se mostrase mediador; juntaba dinero, y fundiendo artillería y poniéndose á caballo para sus fines particulares, daba á entender el estrago que no se esperaba.

He referido algunas de estas cosas, siendo de los años pasados, para venir á ponerme en el señalado y dejar bien enterado al que leyere, y pasar al argumento. El sueco atravesó el Albis con los suyos, y hallando de la otra parte á Juan Tserclaes, baron de Tilli, con ejército imperial, le dió batalla; y ofreciéndose á la sazon el duque de Sajonia con el suyo, y arrimándose al sueco, y arremetiendo al Tilli por otro lado, le rompieron y desbarataron; cuya nueva fué de contento y alborozo en París, donde, sin ninguna intermision, voló al Rey, al Parlamento y al Richelieu, á cuya cabeza se probijaban estos buenos oficios forjados en detrimento de la Cristiandad (por cierto, buen príncipe de la Iglesia, más á mi ver para cabeza del luteranismo que para otra cosa). Viéndose logrados, pues, sus intentos y vengados con sus trazas sobre la quietud pública y que nos habian metido en nuestras casas el ladron y el ejército que las iba talando, expuesto al saco y á la rapiña, pasó adelante el sueco ocupando y cargando hácia el Palatinado; que era el principal pretexto de la Liga, restituir á aquel tirano que ántes habia tenido por enemigo el frances. Y marchó á la Silesia el duque de Sajonia, haciendo los mismos estragos y desolaciones que los suecos, con ánimo de tentar el reino de Bohemia, que era la promesa que se le habia hecho á aquel Elector para hacerle rebelde, é investirse la corona como los años pasados lo hizo el Palatino, que este era el instrumento con que se hacia caer á muchos, y este fué el que hizo precipitarse al duque de Frielan, caudillo de las armas imperiales, como nos dirán los hechos que siguen.

Alzáronse muchas ciudades imperiales y juntas; con socorros de alemanes y franceses acometieron á sus mismas

gentes y regimientos y los rompieron, procurando cada uno adquirir y conquistar su parte; finalmente, no se oia otra cosa que robos, incendios, sacos, maleficios, arrasar templos, profanar aras é imágenes con la espada de la herejia y de la impiedad, y de aquí perdernos las demas naciones el respeto, mofarse de nosotros, inventándonos oprobios, no oyéndose en todas los dos Germanias y Panonias más que rebeliones, estragos y miserias, y esperar en Italia cuándo comenzaba allí esta calamidad. Ya he dicho que de esto, en el libro de los sucesos de la monarquía española dejo escrito lo que supe y lo que pude inquirir ántes y en la entrada que hizo en Alemania Gustavo Adolfo, rey de Suecia, á los principios del año 1632, sucediendo su muerte al fin de aquel año; donde en esta primera parte, de los ocho libros que pretendo escribir, me ha parecido referirla, y proseguir en esta y otras materias lo acaecido en el año 1633, y de éste, todos los demas que se nos ofrecieren y fueren memorables para la pluma y la historia.

Antes de entrarnos en la batalla y á referir la muerte del Rey, será bien hacer un breve discurso del estado que tenía la Liga.

El rey de Francia, en primer lugar, retiradas parte de las armas de la Alsacia, si bien no dejaba las plazas que ocuparon ántes los suyos, se procuraba encubrir y simular con nuevas formas y tratados en lo comenzado, pareciéndole que harto ruido nos habia metido en casa; y como quiera que él no pudiese, lo tomase otro, como no lo tuviesen los de la Austria, no dejándonos de poner en sospecha algunas gentes que, á la deshilada, dejaban el Delfinado y el Borbonois para Italia, sin embargo de que, en las ocurrencias públicas, decia no queria nada con el rey de España, por tirar primero al Imperio y supeditar aquel Príncipe, y luégo declararse contra el Católico. El Papa, sordo á las voces y á los desafueros comenzados, invocaba tambien sus designios hasta su tiempo, diciendo no podia apretar al frances porque aquel reino no le perdiese ó faltase á la obediencia. El duque de Saboya, por

el consiguiente, se pondria á caballo, si le tocasen al arma para salir, si bien poco pronto, á alguna guerra; pero obediente por el casamiento contraido y por no poder más, subordinado á la potestad francesa, entregado en resguardo de la constancia las plazas referidas, y quién añade que á Pinarolo, y lo mismo hiciera acá, y áun entregara otras tantas plazas si se las pidieran, y si, como aquél nuestro Príncipe, estuviera revestido de tirano y ambicioso y estuviera tan atento á nosotros como á los franceses, teniéndose de todos leccion antigua y mañosa de Cárlos, su padre. Los venecianos, si no tan culpados, tambien esperaban á que se les diese lugar para mostrarse. El duque de Parma, mozo y de ninguna experiencia, malcontento y peor aconsejado, seguia los pasos de la sedicion, olvidado del feudo de Milán y lo que debe su casa áEspaña. El rey de Inglaterra perseveraba en los socorros de su cuñado cuanto le parecia que el sueco le restituiria. Y los holandeses el curso de obviar, y se acababan de enseñorear de Maestrich, de adonde á la hora se partia Oppenhein con casi 14.000 alemanes y dragones, para hallarse en la batalla que se esperaba contra el sueco, no habiendo podido obrar allí cosa considerable en defensa de la plaza y en daño de holandeses. El duque de Sajonia y marqués de Brandemburg, resfriados, en parte, en lo comenzado, porque parecia hacerse contra sí, y que el sueco pasaba muy adelante en lo comenzado y mejor, avisados del Emperador, defendian sus casas con osadía y confianza. El Palatino asistia á lo que podian alcanzar sus fuerzas, fiado en los forasteros; á aquel rey de Suecia, que iba rompiendo dificultades, acababa de pasar el Danubio y el Rhin, no reparando que cuanto tomaba lo tenía para sí, y áun más adelante. El duque de Baviera, Maximiliano, habia dejado camino tan dañoso y perjudicial para él y para su casa y los suyos, y reconciliado con el César y vuelto las armas en su favor para que le amparase, cuando ya el rey de Francia casi estaba arrepentido del capitan, que era demasiado hombre para vecino, y que queria para sí el Imperio y no para ayudárselo á tomar, cuando el mismo

rey de Suecia, en medio del camino de sus empresas, por esta causa parece veia aflojar á los franceses en la prosecucion de los tratados. Mas él, colmado de victorias y fortunas de muchos sacos y riquezas, aunque algo quebrantado con las contínuas fatigas de la guerra y cuidados, esperaba ponerse la corona ya con pocos ó ningunos celos del frances, como dije, y para esto encaminaba su ejército y tropas á buscar los imperiales; cuyo ejército tambien estaba acampado en el distrito de Lutzen, cerca de Leipsick, en la campaña entre el ducado de Sajonia y reino de Bohemia, debajo de la conducta de Alberto Walstein, duque de Frislan, sobre que de caballero y varon particular habia arribado á aquel cargo con títulos honoríficos y de grande autoridad en Alemania, habiéndole hecho el César, señor, soberano y potentado, y encargádole las armas, y sucedido en ellas por la muerte del baron de Tilli, habiendo fallecido de sus achaques; caballero muy esforzado y de más fidelidad y valentía que el que ocupó su lugar.

Encaminóse el Rey á buscar á Frislan para concluir y acabar aquella guerra y hacerse señor de Alemania; y acampado, como dije, en los lugares referidos, con la llegada del conde Oppenhein se puso en órden de pelea, con su foso delante, y plantado en buenos puestos su artillería; embistióles el Rey, unidos y ordenados sus escuadrones en número de 20.000 soldados, no igualándole en el número el imperial, pero sí en el valor. Reconociendo el Oppenhein que el sueco venia en el cuerno siniestro de su vanguardia, deseando desempeñarse de las dilaciones y desembarazos de las fortificaciones de Maestrich, donde él y su gente habian perdido tanto tiempo sin poder hacer nada, arremetió con los regimientos de caballería y sus dragones; y diciendo «¡al del *gaban!*» que era el Rey, fué herido de un falconote, no sin grave tristeza y sentimiento de todo el campo imperial. Prosiguió el enemigo con notable ardor en el teson de la batalla, y echó mucha de su mosquetería dentro del foso que estaba á la frente de nuestro campo y que guardaba el regimiento del coronel Picolomini,

que, con valor y denuedo, arrojó de allí muchas veces; y á socorrerle, pudiera ser que por aquella parte diera su ardimiento algun principio de victoria. Pasó adelante, deshizo y desbarató un regimiento del enemigo, sin quedar hombre en pié; no ayudaron los caballos del Oppenhein, con sentimiento y pérdida de tan maravilloso capitan, con que nuestros efectos arrimaban poco, al tiempo que se sintió discurrir por el campo enemigo un rumor encogido y medroso de que era muerto el Rey, con que se comenzó á retirar, favorecido y amparado de una niebla espesísima que en breve tiempo le despareció; con que, por auxilio particular del cielo, ni ellos acabaron de ser vencedores, ni los alemanes de quedar vencidos.

Deseaba el Frislan, no acabado de saberse el caso, de enterarse de aquella novedad, para lo cual hizo adelantar algunos de sus coroneles, de donde vino á certificarse que el rey de Suecia era muerto de un mosquetazo en un brazo y de dos golpes de pistola en el cuerpo, y que habia quedado tendido en el campo, reconociéndole así Inocencio Buĉe, camarada del Picolomini: volvieron parte de las gentes enemigas á retirar el Rey muerto, dejándose en el campo pasados de 6.000 hombres entre muertos y heridos, y del Emperador 3.000. Mataron el caballo á D. Francisco de Médicis, hermano del Gran Duque de Toscana, que, con otro hermano suyo, habia venido á ejercitarse en esta guerra y á servir al César. Al coronel Picolomini le dieron diez mosquetazos, *«chincue en le arme y chincue en la bitasua»*, como lo escribia á Milán al duque de Feria haciéndole relacion de este suceso; matáronle cuatro caballos debajo de las piernas, si bien atacó aquel dia nueve veces al enemigo: fué esto de gran pesar y congoja para toda la Liga y para todo el concurso de los herejes. Los Electores temblaron del potentísimo brazo de Dios; suspendiéronse en Holanda y en Inglaterra y los malafectos de Italia enmudecieron, porque sus trazas las precipitaba aquel mismo poder.

El rey de Francia, el Richelieu y el Parlamento se cubrie-

ron de mortal melancolía por el buen suceso que habia conseguido el César, por la alegría de España, y porque en algunos años no habia tenido nueva más bien afortunada para toda la cristiandad, y áun para todo lo que abrazan de poder, majestad y amigos las dos coronas. Pero el frances, cuanto quiera que este golpe fué mortal para sus designios y ambicion, no aflojó un punto en persistir á la sedicion y á la ruina de todo; diciendo á los Electores y á los cabos de más reputacion que habian quedado en el ejército, que si bien se habia perdido el capitan, que no se habia perdido la victoria, ni la batalla, ni ménos la reputacion, ni el nombre de valerosos y temidos: que se hiciesen todos cabezas, levantasen nuevas gentes, y se dividiesen en varios ejércitos y prosiguiesen; que no habia quedado desamparada de consejeros ni caudillos la milicia, donde podia el canciller Ogisteran ministrar con su prudencia y saber las artes y los progresos de la guerra, no embargante que no los ignoraba el gran Gustavo de Horne, regir con denuedo y valentía los regimientos y escuadrones, y dar parte del ejército al muy esforzado en armas duque Bernardo de Weimar, y parte al landgrave Ludovico, otro terror, todos tres de Alemania: que el Emperador, sin embargo de lo sucedido, se hallaba quebrantado y confuso con tantos adversarios, falto de dineros y socorros, y que de España no se los podian dar, respecto del miserable estado que corria lo de Flandes y sus países, quiebra de consignaciones por los efectos falidos sin sustancia que para su conservacion venian; y que él acudiria con todas sus fuerzas á todo, y dado que no prevaleciesen en la Liga, que él se haria cabeza, se pondria en campaña ó enviaria muchos de sus famosos capitanes por todo el confin de sus estados, que les diesen la mano, vigor y aliento para acabarlo de enseñorear todo; que no era bien desmayar por la pérdida de un hombre solo, cuando habia tantos que podian conseguir aquel nombre y aquella gloria y serle semejantes en proezas.

Sin embargo de este esfuerzo y aliento, fué grande el pavor y el quebranto que cayó sobre todos, y mucha la confusion

en que entraron. Quedó el canciller Ogisteran con las reliquias del ejército, se hizo cabo y caudillo, reforzaba y acudia á todas partes con el manejo de Gustavo de Horne y otros capitanes, procurando conservar lo ganado y adquirido y pasar adelante; y sucedióle bien por la miserable calamidad de la herejía de que estaban tocadas, y áun unidas, ambas Germanias y todas las tierras setentrionales, porque todas, para expedir la religion cristiana, se pretendian á abrigar á este ejército y efectuar la total expulsion de todos. Porque, demas de las causas referidas, y de este gravísimo accidente introducido en Alemania, la mayor de todas y la que sobrepujaba á las otras, será la de su falsa religion; que ya todos peleaban por ella y por consumir y acabar la nuestra, pero no hay duda que, con la muerte del Rey, se perdió gran parte ó todo el intento que se habia comenzado. Puso el hombro Ogisteran, como al de las armas, al amparo de la reina Cristina, insigne reina viuda, y quedó por tutor de la princesa, su hija, que no dejó varon; pero por más que el rey de Francia procuró fluir el aliento en los confederados y protestantes alemanes, el duque de Sajonia, gran caudillo en esta parte, rindió al dolor miserable de la pérdida del Rey, á los trabajos y fatigas de la guerra y al estado calamitoso en que se habia enlazado al que de tales consejos y sucesos se esperaba; se rindió á la muerte, y siguió el ejemplo de Federico, palatino del Rhin, dejando catorce hijos. Tales fines tuvo la sublevacion de Bohemia y su peregrinacion. En esto se echará de ver cómo la misericordiosísima omnipotencia del Altísimo no se olvida de su Iglesia ni de los suyos, defendiéndola con su fortísimo brazo, hollando y acosando á sus enemigos y arrojándolos al profundo del abismo, cuando los que tenian obligacion de hacerlo y estaban en su lugar no lo hicieron. Esta residencia se pedirá en el dia postrero, y áun en los antecedentes, rigurosa y tremendamente, y se fulminará el castigo justo sobre los agresores, como hoy se fulmina sobre estas tres cabezas. Es muy de ponderar qué aprisa, una tras otra, las quebrantó, como hijas legítimas de aquella hidra que vió San Juan. Sin

embargo, ¡con cuán poco escarmiento proceden los herejes y tumultuarios!

Acudieron á las armas los primogénitos de estos dos príncipes, y sustentaban la sedicion y la guerra; y áun el rey de Francia, por estos dias, casi estuvo en los umbrales de la muerte, trabajado de rigurosísimos achaques, que le obligaron á decir un dia al Richelieu, su Privado, apretándole en la prosecucion de lo comenzado y en las inteligencias de la Liga: —Dejadme vivir. Peticion justa si la reconociera el demonio del exalto; que áun hasta esto quieren contrastar, siendo lo que más les conviene, por no apearse y desistir del mando que tanto pretenden fundar sobre los hombros del Príncipe.

Muchos hablaban variamente sobre el fin del sueco; cuál le daba honor y le aplaudia, diciendo no habia entrado mayor capitan en Alemania, ni que más aprisa se hubiese abierto camino, y rompiese las dificultades y los ejércitos, y ocupase las plazas, y se hubiese hecho árbitro del Imperio y caudillo de tan grandes príncipes. A la verdad, ya que á los principios procedió como soldado, despues se habia de portar como capitan, y llevar su dictámen hasta lo último, y morir despues de largos años en la posesion de los triunfos, y dejarlos á sus hijos y nietos. De esta manera alcanzaron gloria los que consiguieron el fin y le colocaron en su casa. Vencer las primeras dificultades y morir en ellas, no es aspirar á la fama ni arribar al trono. En las historias verdaderas y en las fabulosas no se da el nombre de grande á los que acometieron, sino á los que acabaron; sin embargo, es digno de loa por el intento y ardor con que le emprendió, si bien cuando yo oí decir cuánto se arriesgaba en las acometidas, le dí por muerto, y que no permaneceria en las empresas. Decia, que entre los capitanes que reconoció de prudencia y corazon en Alemania, que ninguno le daba cuidado sino el Oppenhein; y al fin, si él murió en los primeros reencuentros, de esos mismos murió el Rey. Eligieron los polacos á Ladislao por Rey en aquel reino, príncipe por religion y parentesco afecto á la

Casa de Austria; y con la nueva del tirano que lo habia sido ántes en el reino de Suecia, se preparaba con armas y consejos para recuperarse en él; que así castiga Dios la infidelidad y castigará á los que no fueren fieles. Pero el frances, por todo lo referido, y porque los suecos, con hechos más peligrosos ejercidos en la patria, no desistiesen de lo comenzado y abandonasen lo de Alemania, procuraba con artes maliciosos que remitiese en parte los intentos el polaco, y que se acomodase á algunos razonables partidos, por entónces, con el Canciller y con la Reina. Este estado tenian las cosas de Alemania, procediendo al paso de las virtudes y cuidado del César, que son las que han de obrar en los gobiernos prudenciales.

En Flandes, despues de la pérdida de Maestrich, vigilante siempre el enemigo, por pagar al frances los auxilios y socorros, puso los ojos en acabar de enseñorearse de lo que habia quedado de allá del Rhin, como de Geldres, Rimberg y Julieres. Para esto, viendo estaba el tiempo muy adelante y en el corazon de un invierno frio y riguroso, no quiso más de tentar á Orsoy y llevársela, dejando lo del Rimberg y las otras plazas para el verano siguiente. Los países católicos no vivian sin grande cuidado y sobresalto de las fortunas del enemigo, y de que poco á poco les habia de ir consumiendo, y se habian de ver sus casas, haciendas é hijos, sin perdonar á las mujeres, en los mismos infortunios, conflictos y daños que los otros que ya estaban debajo de su dominio. Disputaban y debatian los magistrados sobre esto, que ya se habian juntado en forma de Estados generales, habiéndolo pedido á la señora infanta Doña Isabel, que concedió á ruegos y súplicas por no poder más, si bien el rey Católico replicó, y quisiera no se les hubiera concedido esta licencia. Pero para tratar más latamente esta materia, nos dará la ocasion el libro segundo de los cuatro que ingeriremos en este tomo. Finalmente, decian las personas que se hallaban en ellos, en el manifiesto peligro en que estaban, no sólo de los holandeses, sino tambien del rey de Francia, que tan con-

junto confinaba ya con ellos por el país de Limburg, y áun por las sospechas que cada momento se tenian de que queria tentar el Cambresi y hacer por allí sus entradas, no olvidándose del Artois, provincia de Flandes y ducado de Luxemburg, ora fuese con efecto ó por diversion, para que obrasen con más potencia los confederados. La Infanta, atendiendo á lo que podia, alentaba á los vasallos y los animaba á la esperanza y á la fe. Ellos veian tan fallidos los ejércitos, guarniciones y presidios, y los ánimos de España tan postrados en el opósito, segun se descuidaban de ellos, que los soldados los desamparaban, viendo que no sólo no los pagaban, mas los reformaban los sueldos con inviolables órdenes y decretos, y los establecian en forma de ley, como si fueran miserables criados de la Casa Real en Madrid, con que se venian á la corte blasfemando de la milicia y sus ministros, huyendo y dejando los puestos y las banderas: para lo cual se trató de enviar personas á propósito á Holanda para introducir una tregua larga y por espacio de cuarenta años. Propúsose, y juntáronse en asamblea, Gueldres en primer lugar, como ducado, aquella parte digo que está tiranizada, porque la villa capital está debajo de la obediencia católica; Holanda y Zelanda, cómo condados; y Utrechet, Frisa, Obirisel y Groninghen, como señoríos simples. Oida la proposicion, discurrieron nunca sus armas habian llegado á la altura de reputacion que en aquella era, ni á tan baja é inferior las de España como entónces; y lo peor de todo, ó más saludable para ellos, cuán atras estaba la esperanza para mejorarse. «Las armas, dijo el más atento y experimentado en muchos y graves negocios y en la materia de la guerra más apto, están con mayor coraje que nunca en toda la Europa, fulminando contra los españoles y contra toda la Casa de Austria: á nosotros, además de nuestro gran consejo, atencion y disciplina militar, admirada en todo el mundo, gobierno prudentísimo de ejércitos, pagado levas y bastimentos, en que consiste la vida y amplificacion de numerosas provincias, despues de nuestra gran fortuna, siguen las potencias de los mayores príncipes;

nos asisten con la gente y con el dinero, para acabar de enseñorearnos de todas las diez y siete provincias y áun adelantarnos á más. Hemos ganado en ménos de siete años, despues de la reputacion, muchas plazas y puestos considerables, como Linguen, Oldenseel, Grol, Bolduc, Besel, Rosmunda, Maestrich, el país de Limburgo, Osoy, Rimberg y otras fuertes plazas, y con aliento para ganar las demas. Nuestras armadas sojuzgan todo el mar Océano, y en su rumbo sólo son temidos nuestros bajeles; surcamos toda la Habana y costa de Tierra Firme, tomamos las flotas españolas, y la plata que desembarca en Sevilla es nuestra, porque pasa á nuestras provincias, con que la guerra se ha hecho más aína trato y conveniencia que odio ni venganza, ó ya sea rebeldía, y sus fatigas, tráfagos y riquezas son nuestras, y no lográndolas ellos, las gozamos nosotros y nuestros vecinos. En el remate de Cuba y la Española, hácia el Mediodía, nos temen; les asaltamos sus pueblos y fortalezas, y las fundamos en las Islas Menores, que sirven de miedo y coyundas; y les sacamos de las manos las naos de Honduras; sojuzgamos el Brasil y sus drogas, el palo y los azúcares, y con tener ya afirmado el pié en Fernambuco, y al trance otra vez la bahía de Todos Santos, y á pique de ocuparla, como en los años pasados hicimos de la ciudad del Salvador. En las Indias nos temen, y pasamos el Estrecho de Magallanes; tenemos tierras y puertos en Chile, y nos admiten al trato y á la amistad los chilenos y otras gentes belicosas de aquel Estrecho; ponemos en terror toda la mar del Sur, y nos huyen sus bajeles. Y si toda la plata, oro y mercadurías las pasamos á nuestros puertos, ¿quién dice que no es nuestra la armería, ahorrándonos el sueldo y provisiones de vireyes y gobernadores, y la fatiga de elegirlos y consultarlos? Robámosles las flotas que van á Filipinas, y pasamos á aquellas islas, mal seguras de nuestra artillería y soldados; entramos en la India, los del Japon nos admiten á contratar con ellos, y los chinos no nos desprecian; en las Malucas cargamos del clavo y la pimienta; corremos con libertad las dos Javas; ríndennos las delicias de la naturaleza Súmatra y

Trapobana, y todas aquellas islas; sus príncipes, vasallos y sus jefes se unen con nosotros contra los portugueses. que dominan aquellas remotas partes, aprenden la milicia y artillería de nuestra escuela, y los hemos hecho guerreadores y soldados; quieren nuestra amistad y la desean, con que casi hemos fundado tantas fortalezas y factorías como ellos en todo aquel Oriente; acometemos sus plazas, y se las asaltamos, y los echamos de ellas, y los mismos príncipes vienen en nuestra ayuda con multitud, aunque bárbara, de gentes, armadas de canoas y corcoas, á hallarse con nosotros en las batallas y á decir sus dependencias unos con otros. En todo el orbe hay quien codicie nuestra amistad: allí tenemos compañías y hombres de negocios, en que interesan los Estados grandes y gruesas sumas de dinero; es nuestra su especería, oro, sedas, diamantes, ámbar y porcelanas; pasamos al reino de Siam y de Pegu, y, corriendo el Golfo, damos vista á Bengala y Aljanfes, cargamos el marfil y trabamos la Africa en sus más ricos pueblos; de allí pasamos á Ceilan, quitamos la canela á los portugueses, y doblando el cabo de Comorin, nos temen Malaca y Goa, corte en aquel Oriente de esta nacion; pasamos el Decan y la Camboya, el Indo, puesto á la boca del seno Pérsico, y en su confin y remate, si le queremos navegar, el Ufrates; la isla de Ormuz, que ingleses y nosotros restituimos al persa, sacándola del señorío portugues; de estas remotísimas partes navegamos al reino de Aden, fundado en la entrada del seno Arábigo, y dejando la Asia y el mar de la India, no tenemos pequeña parte de bienes adquiridos y conquistados en la Africa y en las provincias de Melinde, Mombaca, Quiloa, Mozambique y Zofala, entre las cuales está la riquísima mina de oro, de que no nos toca pequeña parte; y doblando el Cabo de Buena-Esperanza y pasando muchas veces la Equinoccial, corremos sin dificultad las tierras de los negros, tocamos las Canarias, damos vista á España, y por el canal de Inglaterra entran nuestras flotas y armadas con todas las riquezas y delicias de ambas Indias en Amsterdan; y lo que fué ántes asombro y admiraron todas las gentes, haber la nao *Victoria*,

por el vizcaino Sebastian de Elcano, despues de la muerte de Magallanes, dado una vuelta al mundo, es ya uso muy ordinario y comun en nuestros pilotos y marineros ¿Quien intentó, calando el Conte y el mar Báltico, la navegacion de la Nueva-Zembla en nuestro polo, y que consiguiera á no haberlo impedido el hielo impenetrable de aquellos climas, para bajar con más brevedad y con ménos contrastes y dificultades á la India? ¿Quién dió en tablas y planisferios demárcado á los políticos, geógrafos y marciales, el nuevo Estrecho de Maire, más abajo del que descubrió Magallanes, más extendido y más navegable, sino nuestra nacion, nuestras artes y estudios, y las clases, donde por hombres doctos se leen, con las militares de tierra y fortificacion? En todo el Levante hay príncipes que nos aman, ayudan nuestras materias y pretextos, y fomentan nuestras armas; en Italia hay algunos y en Alemania parte de ellos, y en el Setentrion todos. Pues si todo el mundo está de nuestra parte y nuestros enemigos van tan de caida, ¿para cuándo dejamos la conclusion de nuestros pensamientos? Las costas de España no tienen un navío ni las surca una galera; sus fuertes, puertos y plazas están sin presidios; sus capitanes de mayor reputacion y los que hoy nos tuvieron á raya, murieron; los que hoy tienen son pocos, y esos, arrinconados con el desden y falta del premio, muriendo á manos del agravio y la iniquidad; sin honra la guerra, despreciada la milicia, malas pagas, y esas cercenadas, y el nombre español entregado y confundido. Cuando les fuimos inferiores, nos propusieron la tregua y no la admitimos sino una vez sola, y esta por tiempo limitado; hoy que les somos superiores, más ayudados, más socorridos, más diestros y diligentes en el guerrear, mayores en fortuna y en fama, ¿por qué abandonamos la ocasion, y para cuándo dejamos de concluir un negocio tan premeditado y de sumo deseo de nuestras provincias y compatriotas? Si los podemos vencer, sujetar y echar de nosotros, prosigamos la guerra y despídase el tratar de concordia.»

«La muerte de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, la Liga ni el

ejército, ni por la falta de uno han desmayado en Alemania, ni los otros han enflaquecido ni dejado de proseguir: las cabezas tan formidables están hoy, y con mayores regimientos de caballos é infantes, y debajo de su dominio, plazas y tierras muy escogidas donde les sobran las municiones, alojamientos, víveres, y el poder convoyar á su albedrío para arraigarse largo tiempo á la sombra de este cuidado, en que es preciso las fuerzas de ambas potestades, imperial y católica, padezcan menoscabo y ruina. Obremos nosotros con nuestras gentes, y consiga la patria su deseo y la suprema potestad, y acabe de enseñorearlo todo, y entendamos los pensamientos y la esperanza con mayores cosas, como lo hicieron otras repúblicas, que, de menores principios, pasaron á grandes monarquías. Bastante enemigo tienen dentro, alimentado y favorecido de tantos, con que se presume que tarde ó nunca saldrán de otra guerra más nueva, civil y sediciosa que se funda en el Imperio que la irá asolando, le sacará de la Casa de Austria por la confederacion establecida de sus príncipes y coligados, de aquí la introducirán en Italia, como lo esperan, para alentar los españoles, y áun España no estará segura de este riesgo, ni ambos orbes y todo el Oriente. Si tan circundados están de enemigos, de armas y de ejércitos, y con pérdidas gravísimas de reputacion y de tierras, ¿por qué no nos valdremos de esta fortuna y de estos astros que nos influyen con felicidad, de la oportunidad de los sucesos; y cuando los vemos que no pueden acudir á tanto, que están metidos en ahogo y desolacion, unidos en necesidad y vituperio, no los acabamos de deshacer y consumir y de satisfacernos de sus ofensas, recibidas por tanto número de años?»

Esta oracion, y debatidas y platicadas otras razones, entre ellas de conveniencia, los hizo despedir la proposicion de la tregua; advirtiendo de paso, que esta materia, si no la apoyan y dan la mano el rey de Francia y de Inglaterra y no salen á concertarla, no tendrá efecto jamás. Corrió sus mayores protectores y de quien dependen los holandeses, y á cuyo arbitrio se someten, con estos motivos, y gobernarles camino,

lo que se hizo el año de 609, vendiéndosela estos dos príncipes al rey Católico D. Felipe III, pero fué en ocasion que no estaban enmarañados en armas, como hoy lo están, y más aína los aguijaban al precipicio por sus particulares propios, que la dirigian á la paz y al descanso de la monarquía, por introducir á estos enemigos con más amplia noticia en las Indias, en su comercio y trato, por engrosarlos y volverlos despues con más brio y nervios á la guerra, y que, entre tanto, lo que no disipaban en el País-Bajo lo demoliesen en la Asia y en la América ó por el Estrecho de Gibraltar, por el Cabo de Buena-Esperanza ó por el Estrecho de Magallanes. Resueltos, pues, de no admitir la tregua, la primavera siguiente montaron á caballo y salieron en campaña, y, con ejército numeroso, se encaminaron á asistir á Rimberg. Ciñóla de fuertes reductos y trincherones, y logró la intencion y la fatiga, porque siendo vecinos y pudiendo inquirir sus pensamientos y designios, citar á tantos á sus levas y salidas, oir sus cajas, como lo deben hacer todos los que son verdaderos ministros y fieles defensores de la patria, y amigos de la honra y de la vigilancia. Obramos á orejas cerradas y como si estuviéramos en los últimos fines de la tierra, porque áun no teníamos puesta en órden nuestra gente ni en disposicion de marchar, y ya Enrique de Nasau, príncipe de Orange, general de los rebeldes, efectuaba sus resoluciones; habiéndonos avisado, los que sienten de corazon nuestras pérdidas y son interesados en la reputacion, que todas las veces que no saliésemos en campaña á la par del enemigo, ya que por nuestra infelicidad no puede ser ántes, perderemos las plazas, será vana y sin fruto la fatiga, y el levantar gente y gastar el dinero sin provecho, y se burlarán de nosotros los que nos atienden.

Viendo la Infanta el estado de Rimberg, juntó la gente que pudo y dióla al duque de Lerma como á maestre de campo general de los ejércitos del País-Bajo, para que la rigiese, socorriese la plaza, si llegase á tiempo, la recuperase, ó hiciese sombra á las demas de aquel paraje, y se opusiese á los intentos del Orange; y sabido en la corte de Castilla, por los avi-

sos y correos á toda diligencia despachados, doliéndoles aquella honra y dignidad, adquirida con deseos y fatigas, más que toda la pérdida de los países obedientes, corrieron con brevedad á echarle de ella. Si así lo hubieran hecho con el enemigo, no hubiera, por entónces, ocupado la plaza. Era esta influencia poderosa en nuestros tiempos, y todo el cuidado y desvelo no se enderezaba á más que á obrar estos oficios, quebrantar hombres y casas ántes que ejércitos conciliados contra la seguridad del Estado. Dieron las armas al marqués de Aitona sin haber visto jamás la guerra, y de no más experiencia que de pocos años de embajador de Alemania; pero decian que era gran cabeza: no sé si nuestros émulos, desapasionados y afectos á lo mejor, y al duque dieron una parte del ejército que se componia de 16.000 infantes y 4.000 caballos. No le desarmó este encuentro, que ya estaba enseñado á recibir otros mayores, de cuando le quisieron hundir su casa y desquiciársela, quitándole las rentas y donaciones hechas por aquel Rey, de todos maneras grande y maravilloso, y no más de que por que la favoreció, asilo y erario de todas las virtudes; pero parecióle tentacion inspirada en fuerte hora y que era querer hacerle volver atras, como otros infames lo habian hecho, abandonar el crédito y la ocasion. Pero él, como verdadero descendiente de sus mayores, esclarecidos por sus hechos en toda la erudicion española, afirmóse en su valor y pasó adelante, y con la gente que le habia tocado, deseoso de acertar, que fué el más evidente dictámen que lo llevó á la milicia sacudiendo de sí las afrentosas delicias de la corte de Castilla, cargó á esguazar la mar cerca de Maestrich, donde el enemigo, con muchas de sus tropas, bajó para estorbárselo; mas él, habiendo conseguido la diversion, no siendo su intento hacer tránsito por allí, y teniéndose por muy dificultoso el paso del rio, acometió el primero, y animando la gente, esguaza entre Maestrich y Besel, ocupa aquel paso, y fabrica un fuerte para socorrer á Rimberg, ó, como dije, para volverle á tomar y frustrar los socorros que por allí enviaba el enemigo, como desde su casa, á Maestrich. Pa-

saron á una villeta del conde Enrique de Bergas, taláronla y tomáronle 10.000 vacas, mas á tiempo tal que Di-Dorfe Borgoñon, indigno por tan feo caso de tal nombre, su gobernador, habia vendido la villa á Enrique de Nasau. Creian los nuestros que por una parte flaca y muelle que no estaba bien fortificada, podrían introducir el socorro; fuéronla á reconocer algunas compañías de caballos, y volvieron con la nueva de la entrega, con que toda la esperanza y fatiga de los nuestros desmayó, no habiéndole quedado allí al Rey más que á Gueldres y la guarnicion y castillo de Julieres, porque la villa es de Golfango, duque de Niemburg, que está dada en aquella concordia entre el Rey y aquel Príncipe, y esto con pocas ó ningunas esperanzas de conservarlo, porque el enemigo iba con intencion de, cada año, madrugar y llevárselas, y quedar señor del Rhin y de la Mosa, en la mar del Sur. A esta sazon tomaron la flota que iba á Filipinas, y afirmábanse, no obstante, en el Brasil con nuevos fuertes y presidios, con riesgo verosímil de los puertos y provincias de Africa, que son del gobierno y corona de Portugal, de Oriente y Occidente, de la bahía de Todos Santos, y de la ciudad del Salvador.

Habiendo ya el enemigo ocupado á Rimberg, aplanó sus trincheras y fortificóla, dejándola dentro presidio considerable; y por apartar de allí á nuestro ejército y divertirle y que no intentase la recuperacion, hizo junta de embarcar su gente y recaer al Brabante. Desembarcó en la esclusa, y procuró, para asediar á Brujas, tentar el fuerte de Dame, de donde fué rechazado por D. Cárlos Coloma; fué en seguimiento el marqués general con la resta del ejército, porque con la parte de él conservaba el duque de Lerma el paso de la Mosa, impidiendo las vituallas, no dejando hacer nada á las tropas que por allí campeaban, y otros puestos á Maestrich, con que se entendió que corria fortuna, poniéndola en tan estrechos lances y por su falta de víveres y convoyes, tanto, que ya se dejaba sentir pesadamente en la villa. Hizo la Infanta prender al gobernador de Rimberg y ponerle al trance de cortar la ca-

beza, por no haber sustentado la plaza más tiempo, no faltándole gente, municiones y bastimentos, y teniendo aviso del socorro tal, no teniéndola el enemigo tan ceñida ni obligada, ni con tanto aprieto como se entendió; ántes bien, se consideraba flaco el recinto y la circunvalacion por muchas partes, por donde se le podia hacer el socorro; y tambien, que no habia pasado el foso ni dádola ningun asalto, debiendo esperar muchos y manteniéndose intrépido como buen soldado, teniendo mil españoles dentro, llegando tropas de nuestra caballería el dia que la rindió, con que no se faltó á la deuda ni á la diligencia, tambien debia de esperar que le faltasen las municiones y el sustento; y finalmente, á verse en aprieto tal*, que la razon y la necesidad le obligaran á rendirse, con que parece se descuidó de las obligaciones de noble, constante, fiel y buen soldado, y en las que se debia mantener un vigilante gobernador, de quien el Rey habia fiado plaza de tanta consideracion é importancia. El duque de Orleans rompió la prision en que le habia puesto el rey de Francia, su hermano, y con fuga presurosa se volvió á Bruselas al abrigo del rey Católico. Satisfecho el Richelieu de que ya el Rey, como nos decian lo refirió, no le fiaria ninguna empresa ni gente, habiendo dado tan mala cuenta de la que se le entregó los dias pasados con que estando ya estintos los efectos que se pensaron hacer por la provincia de Lenguadoc, en Marsella, en detrimento de la Francia, habiendo salido mal alentado el capitan y habiéndolo de ser monsieur. El infante D. Fernando, no teniendo que hacer en Barcelona, á mediado de Abril de este año hizo embarcar 4.000 napolitanos que habian venido á cargo del príncipe de Caspuli, marqués de Campo Latao, setecientos caballos ligeros que tenía el Prior de la Rotula, sacando la infantería de los alojamientos del condado de Rosellon y la caballería del campo de Tarragona, y con veintisiete galeras, parte de ellas de España, parte de Sicilia, Génova y Nápoles, con órden que para ello tuvo del Rey, su hermano, partió para el gobierno de Milan, tocó en Cadaqués y paró allí tres dias; prosiguió la navegacion, corrió el golfo

del Con y dió fondo en Villafranca de Niza. Salió Vitorio, duque de Saboya, á recibirle y á visitarle á su galera; el Infante volvió la visita, y al entrar en la pieza de aquel palacio, mandó el Duque á sus criados que no se pusiese otra silla que la en que su Alteza Real se habia de sentar; fué á tomarla, y reparando no habia otra, no quiso sentarse hasta que trajesen otra para el duque de Saboya. Sentáronse, y despues de otras cortesías, hablaron bien largo hora y media en las materias de cada uno y las que el Infante llevaba á cargo del Rey, su hermano, y ministros y en las contraidas en Europa; pero más agradecido y más reconocido le tuviera yo á los beneficios de España si como era frances se mostrara español. Propúsole el Infante cuánto deseaba al rey Católico conservarle en su gracia y verle libre de inteligencias francesas, y cuánto convendria á su estado y á sus cosas. Fué su respuesta toda ambigua y mañosa; mas al fin se declaró: dijo no habia Príncipe más fino que él, ni más reconocido á los beneficios de España y á la fe que tenía el rey Católico; mas que tenía sobre sí todo el frances y que no se hallaba con vigor para resistirle á las instancias que le hacia. Ofrecióle el Infante las fuerzas del Rey, su hermano, que eran con las que á su padre y abuelo habian sacado de semejantes peligros; todo lo admitió por entónces y lo abrazó por el dictámen de la mujer, que le estimulaba á la fuerza y devocion de francesa; despidióse el Infante, y fué el Duque acompañándole á caballo hasta la marina, y al tomar el Infante el suyo, fué el Duque á tenerle el estribo. Todo lo rehusó, porque estas eran más ceremonias que finezas; hizo algunos presentes á los capitanes y otros cabos, envió una sortija de un diamante al marqués de Villafranca, general de las galeras de España, que no quiso tomar. Navegó desde aquí S. A. á Génova; salió el Duque á recibirle con toda la señoría y magistrados, la nobleza y las familias de Oria: vió la fortificacion nueva y prodigiosa de la ciudad, sus cuerpos de guardia y baluartes que la ciñen y rodean y hacen formidable á los émulos más vecinos, y despues de haber estado allí algunos dias partió á Milan. Llegó á Pavía, vió el

memorable y religiosísimo convento de la Certosa del Órden de la Cartuja; recibióle la ciudad de Milan con fiestas y con arcos. En esta jornada le salió al paso la princesa Margarita, duquesa de Mántua, hija de Cárlos, duque de Saboya; refirióle el estado de sus cosas, cómo habia sido echada de Mántua, apartándola de su hija por órden del rey de Francia por aficionada á las cosas de España, y que el duque de Saboya, Vitorio, su hermano, y todos los demas la habian desamparado, y que se veia apretada de necesidad y miseria; que la socorriese y acogiese debajo de su proteccion y lo escribiese á S. M. El Infante, conmovido de la sangre del parentesco y de ver una Princesa de aquellas partes que casi se le habia echado á los piés, si así lo podemos decir sin profanar el derecho de las mujeres para con los hombres, y mujer de tan esclarecida sangre y que era la suya misma, la admitió y amparó y mandó dar 10.500 escudos cada mes para su plato. Comenzó S. A. á poner la mano y la atencion en el Gobierno de aquel Estado: eran de su Consejo el duque de Feria, que hasta allí habia sido su gobernador y capitan general; el conde de Oñate, el duque de Nochera, el marqués de Este, fray Juan de San Agustin, de la misma Orden, su confesor; el príncipe de Castillon, el duque de Tursi, General de la escuadra de Génova; fray Lelio Brancacho, y el cardenal Albornóz, con esperanza de pasar al gobierno de los Países-Bajos: resolucion por ahora indeterminable, porque si bien se entendió volveria á Madrid para tomar más seguras derrotas, y por estar todos aquellos pasos de Borgoña y Lorena ocupados de mucha gente francesa para impedir el tránsito, volveria á Barcelona y por las faldas de los Pirineos se pondria en Santander para pasar á Flandes con armada, á que ofrecia sus bajeles Cárlos, rey de la Gran Bretaña; haciánse diversos discursos y diseños sobre este paso y no agradaban los referidos. El de Trento y Alemania, aunque largo, parecia más á propósito aunque carecia de enemigos, de ejércitos y que le habian de obligar á pelear: todos le querian impepedir el paso, por lo que importaba á la amplicacion y segu-

ridad de los Paises-Bajos y de oposicion á los holandeses; porque estas y otras mayores cosas se esperaban de Príncipe tan grande, y que habia de ser el escudo y la espada, no sólo de la una, sino de ambas Germanias, si no se pretendieran diferentes acuerdos y la emulacion no lo volviera todo en ceniza y sedicion. A creer los más finos en el servicio del Rey, era todo engaño y suspension, porque el todo poderoso estaba bien hallado con el desembarazo y despejo en que se le habia dejado á Palacio y vivia en él sin sobresalto, registro, ni confusion, ni que le censurasen, ni mordiesen las acciones los que se las podian limar algun dia; permaneciendo siempre constante en su primer designio y presupuesto, que era quedarse solo y romper aquella Liga ántes de la que conspiraba contra toda la cristiandad y las dos monarquías, Cesárea y Católica, porque expulsado el uno y muerto el otro, guardaba para los demas los castigos, y arrastrarlos con odio y la venganza, fundando en discurso humano, que era lo que importaba á su conservacion.

En Alemania, el duque de Sajonia, el marqués de Brandemburgo y sus aliados, recelosos de venir á batalla con el César, dudando del fin de la victoria y porque le veian armado y aprestado al Frislan para entrar en sus Estados y recobrar los del Imperio, y los del patrimonio de la Casa de Austria con engaño y ficcion, como se podria entender del artífice de la Francia, habian pedido al Emperador una tregua y suspension de armas hasta el San Juan de este año, para componer algun tratado de paz; no siendo su intencion otra que reforzar sus ejércitos de nuevas gentes y municiones, y ponerles en el equilibrio que el imperial y darle la batalla. Otorgóseles la tregua, y el rey de Francia, al tratado de la suspension de armas ocurrió con la misma diligencia, á la misma hora, creyendo habian de salir engañados sus pensamientos y pretensiones por los amigos, y que se efectuase la paz y le dejasen fuera: hizo levantar un ejército de 40.000 soldados para en caso que se diese la batalla y fuesen rotos del Frislan, obligar las reliquias ó ruinas de aquellas legiones y ha-

cer espalda de la gente de Suecia, para que conservasen lo ganado y entrar por la Alsacia á ser cabeza de caudillo si no prevaleciesen los de su parcialidad. Para esta defensa salió de Milan, con la vénia del infante D. Fernando, D. Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria, con número competente de españoles, italianos y caballería: por el Condado de Tirol, entró en la Alsacia, donde se le juntó mucha gente alemana, y comenzóse á disponer con suma prudencia y cordura para recuperar las plazas ocupadas de franceses, echarlos de la tierra, conservar y descansar la provincia y limpiarla de enemigos; cuyo suceso, por darse la mano con otro, remito á más extendida relacion al que leyere el libro segundo. Rompieron á la misma sazon los loreneses el socorro del rey de Francia que pasaba á Alemania, de que resultaron nuevas diferencias entre el Rey y aquellos príncipes Cárlos y Francisco, que iremos discurriendo en su lugar.

En las Descalzas Reales de Madrid, á 5 de Julio de este año, murió Sor Margarita de la Cruz de edad de setenta años; fué hija de los emperadores Maximiliano y María, tuvo por hermanos á los dos emperadores Rodolfo y Matías; á Doña Ana, reina de España; á Isabel, reina de Francia; al archiduque Alberto, señor de los Países-Bajos; á Hernesto y Wenceslao, príncipes de Hungría y Bohemia, y á Leonor: vino con la Emperatriz, su madre, viuda ya, y dejando á Alemania y atravesando la Italia desembarcó en Barcelona, y de allí pasó á Lisboa el año que el rey D. Felipe II, su tio, unió felicísimamente el reino de Portugal á la Corona de Castilla: vino á Madrid, y preparándola su hospedaje en el convento Real de San Jerónimo, miéntras en las Descalzas se disponia vivienda á propósito y acomodada, que ejecutada en breves dias pasó á vivir á aquel religiosísimo convento con la Emperatriz, su madre, á la sazon que el rey D. Felipe II habia enviudado de la reina Doña Ana, su hermana. Quiso el Rey tomarla por esposa, viendo cuán fallido estaba de sucesion por los muchos hijos que se le habian muerto, pretension que la Infanta puso en las manos de Dios, pidiéndole ántes

que ascender al reino de España y á las otras coronas, que la dejase morir y vivir en religion, y concedióselo por la imágen de un Cristo crucificado, hablándola y otorgándola su peticion, porque la dijo con afectuosas palabras queria ántes ser su esposa que de ningun Príncipe mortal; con está prerogativa renunció las pompas y vanidades del mundo por el cordon y sayal de San Francisco. Vivió allí con la emperatriz María, su madre, y perdióla el año 1603, con dolor y sentimiento suyo y de todo el orbe por sus esclarecidísimas virtudes; quedó sola en las Descalzas, hásta el dia que escribimos 50 años; fué religiosa, y al tiempo de su muerte pidió la dejasen besar la mano á su madre, que yace entera y en magnífico mausoleo en el coro de las monjas, y mandó últimamente que la sepultasen junto á ella. Espiró llena de virtudes y merecimientos, y segun lo que nos enseña nuestra santa fe, subió su alma á reinar al cielo: Princesa en piedad y constancia de amar lo eterno, maravillosa, de suma santidad y pureza de costumbres; en religion y prudencia admirable, y ejemplo á todas las princesas de la tierra; faltó aquel amparo y aquel auxilio á la corte, y faltaron los consejos para quien los habia menester y para quien los tenía; faltó aquel baluarte contra ambiciosos y soberbios, porque no teníamos peor estado de cuanto nos iban dejando los auxilios.

A mediado Julio vinieron de la India Oriental dos bajeles de menor porte y buzo que las naos, cargados de canela y otras drogas, y con la recuperacion de la isla de Ceilan, llamada en la antigüedad Taprobana, que habiéndola perdido el conde de Bideguerra en el gobierno pasado, ahora que volvió á él la restauró con su valor y el de otros famosos portugueses enseñados en aquellas partes á tales hazañas. Recobróse por el consiguiente á Mombaça, puesta en la costa de África y en tierra firme, si bien Boterola hace isla, y sin la cual recuperacion no era posible conservar á Zofala ni la mina riquísima de oro que hay allí, con que el reino de Portugal se volvió á restituir en la canela, de donde se le sigue grandes intereses y tesoros á aquella Corona. A esta

hora llegaron á Sanlúcar los galeones y flota de Occidente, que ya es menester hacer memoria de esto como dicha singular, que escapó de las manos de los enemigos, y por lo que se necesita de su beneficio, conducidos por su general D. Antonio de Oquendo, que alegró los hombres de negocios, si bien los que llevaba el marqués de Cadereita corrieron fortuna en la bahía de Cádiz, y se anegaron diez ú once navíos de flota, y se anegara el Cadereita si con el suyo, la almiranta y otras naos no se hiciera á la mar, con que dió principio á su viaje. Culpaban este suceso el haberse detenido su capitan por causa de la media anata y despachos, que los han puesto lo Ministros de tal forma, que es menester mucho tiempo para salir con ellos y algunos los dejan por sus dificultades y mortal dilacion; que es más de temer hoy una merced que un castigo.

Las cosas de Flandes estaban en tal estado con la prontitud de nuestra gente, que el enemigo no hacia nada; pero era despues de haberse llevado una plaza, y nosotros haríamos harto en suspenderle. Conservaba el paso de la Mosa el duque de Lerma y carecia de víveres Maestrich; los tratados de la plaza de Alemania se reconocieron por falsos; despues que la faccion de protestantes, y por su cabeza el duque de Sajonia y marqués de Brandemburgo, estaban bien armados y ambos campos iguales. El rey de Francia los esforzaba, aunque con embozo y simulacion, en los designios no bien acabados de declararse en los rompimientos con España, que le habrian acordado los hechos pasados dignos de memoria y de reparo; sin embargo, hacia fuerza á la prosecucion y á la guerra introduciéndolos á que pidiesen partidos exorbitantes y desvergonzados, más con industria de penetrar en el ánimo de nuestros Príncipes que de aceptarlos; cargando á la hora sobre Nanci y toda la Lorena con 40.000 hombres para tomarla, no más de por ser aquel Príncipe afecto y aliado á la Casa de Austria, y porque el duque de Orleans, que peregrino y fugitivo de las insidias, desvalido, y pretendiendo abrigarse de aquel Estado, se casó con Margarita de Lorena, hermana de aquellos duques, princesa en beldad y otras buenas partes maravillosa, cosa

que desplacia mucho al Rey y á los Ministros de la Francia. Y entre los cuidados que le llevaban hácia aquella parte, era en prenderla, si la podia haber á las manos, y al Gaston tambien, para dirimir el matrimonio y castigar el hecho; pero viendo él tan cerca el rumor y la invasion y la muchedumbre de los soldados, partió á toda diligencia de aquel ducado para Bruselas, dejando la esposa en un convento por disimulacion ó por retiro. Pero la dama que se vió ausente de su marido y penetró la ira y pensamientos del Rey, no atreviéndose á fiar de las experiencias del riesgo, porque tambien discurrió que el Rey queria cogerla, con todo el silencio que pudo se disfrazó, tiñó el rostro, y tomando un caballo siguió los pasos del marido, y en breves jornadas se puso en Bruselas á salvarse en el amparo de la Infanta. Fué cosa de admiracion este acontecimiento en toda la Europa, oyendo que volvian al mundo las aventuras y hechos fabulosos de los libros de caballería: vino por cartas á la corte de España el suceso, y dióle gusto al Rey la novedad, si bien se discurrió que los lances de los príncipes que en esta era se daban por sus amigos, y todas sus diferencias, si los cometian y se acogian á su amparo y á su casa, no era otra cosa más útil que condenarle en costas y aumentarle gastos, siendo lo que ménos habia menester, porque eran estos principios de nuevas guerras y rompimientos que arderian en la cristiandad. Sobraban los disgustos, que ya se dejaban ver y bastaban, sin tirarle al dinero que tan preciso era en tantas partes, como se le pedian, y por los nuevos celos y sospechas en que habia entrado el rey de Francia, creyendo que nuestras materias le fraguaban estos oficios contra la seguridad y el estado, siendo diferencias contrarias entre ellos, por el demasiado poder y tiranía ó indecencia á las personas reales del Privado; que esto parece que es virtud para ellos como vicio para los otros.

María, reina de Hungría y Bohemia, parió un Príncipe, que alegró al Emperador, al Rey y á sus vasallos; en España se recibió gran contento con esta nueva; celebróse con fiestas (en un palacio nuevo recien fabricado junto al convento Real

de San Jerónimo) de toros, cañas y lanzas, en que el Rey se señaló con bizarría y destreza. Apretaba poderosamente el rey de Francia á Nanci y á toda la Lorena; metió gente en la Alsacia para aliento y socorro de lo que allí tenía y para conservar las plazas usurpadas, atento á los afectos de Alemania, y á que no cediesen los Electores del ardor de dañar, ni atendiesen á los tratados de la paz con el César, á fomentar y encender más los ánimos y la malicia de su union, inobediencia y discordia, saliendo á todos casos y á todos accidentes. Pedia Frislan la resolucion de la paz y de lo acordado á los príncipes, y no sacando utilidad ninguna, ántes respuestas vanas é insolentes, acometió á la Silesia, provincia grande y del patrimonio de la Casa de Austria, de que estaban apoderados los suecos, con intervencion del duque de Sajonia y de sus gentes, y degolló pasadas treinta compañías de caballos, cabos, coroneles y capitanes, y redujo debajo de sus banderas y al sueldo del Emperador á 14.000 infantes alemanes: persistió en echar todos los emenigos del Imperio, intento grande, pero dificultoso por su natural y ser ellos muchos y poderosos, y recuperar las ciudades libres y Anseáticas, y entrar en las tierras de ellos y asolarlas; pero todo esto prometia gran ruina faltando despues á la lealtad. El duque de Feria, obrando con valentía y gran corazon en la Alsacia, socorrió á Brisac y Constancia que la querian insidiar los franceses; tomóles á Rhim-fel, cerca del Rhin y del Palatinado inferior, á Captasque, Baldecue, Seguin, Lautemburg y Fiburg, plazas de mucha consideracion, y degolló 4.000 franceses y otras gentes intrusas en aquellos estados. Sucesos ejecutados tan aprisa y con tanto denuedo, que aterró á los orgullosos, hizo temblar los herejes, y dieron voces á la paz los enemigos, estratajema suya cuando se ven vencidos, y á todos los embajadores que á la inteligencia de la Liga estaban en Alemania para sus príncipes, lo cual se les denegó á ménos que no rindiesen las armas, los ejércitos y las plazas, disponiéndose el Frislan y el duque de Feria, cada uno en su puesto y paraje, á proseguir en lo comenzado. Entristecieron mucho estas dos

facciones á los conjurados, así alemanes, ingleses como italianos; el rey de Francia se suspendió, y los que lo vieron dijeron quedaba el Richelieu caido de ánimo y rodeado de suma congoja y tristeza.

Así dispone Dios las víboras, que taladren los corazones revoltosos, por su justa providencia. La fortuna de estas dos victorias, que volando vinieron á la corte de España, celebró el Rey con *Te Deum laudamus* en el convento de San Jerónimo de Madrid al segundo dia que pasó á gozar de la recreacion de aquel nuevo edificio. En el Diciembre de este año, cuyos hielos y frios y tiempo crudo para campear, tenian ya en Flandes, ó alojados ó deshechos los ejércitos de ambas facciones, si bien el Nasau malcontento de lo que habia obrado, que ya queria más, despues de la presa de Rimberg, y lo intentó por varias veces poniendo la mira en otros puestos y plazas para divertirnos, impidiéndoselo nuestros capitanes, pretendió, sin embargo, recuperar el paso del Mosa y que no se le arrimasen tanto á Maestrich, que sustentaba, á pesar de las inclemencias del cielo y de la necesidad, el gran nieto de la Casa de Sandoval; con que desahuciado el enemigo reposaban unos y otros al amparo que ofrecian la comunidad forzosa de los alojamientos. Pero estos efectos obrados en Alemania con fortuna, con brevedad se trocaron en otra no tan próspera: faltaba al Frislan la gente, el dinero y las vituallas, y de la misma manera al duque de Feria, con que todos procedian remisos y con tibieza. El duque de Sajonia cargó sobre Ratisbona y tomó la ciudad Imperial y de importancia, asiento de las Dietas y de coronaciones de reyes de romanos para ascender al Imperio, puesta sobre las márgenes del Danubio; y si bien el duque de Baviera y el duque de Frislan se juntaban para restaurarla, no obraba nada el duque de Feria, rodeado de necesidad y de descuido de España. Tomaron los franceses á Nanci, en la Lorena, con que se recobraron en orgullo, y las materias mudaron forma y semblante, así en la prosecucion de la guerra como en los tratados de paz. Ofrecia el Rey á los holandeses muchos regimientos de caballería é infantería y al-

gunos millones de oro para que no aceptasen la paz ó la tregua con el rey de España, que se solicitaba en la Haya de su parte; sin embargo, hacia esta promesa y otras afectadas y engañosas al duque de Sajonia y á los otros coligados en Alemania, pero todos estos se quejaban que les faltaba á la palabra y nada se les cumplia: debíanseles muchas sumas de lo prometido, con qué todo surtia engaño y cautela, y el pretexto no era otro que meterlos en discordia, disension y ruina, y ellos tan ciegos que áun fracasaban á la luz y al desengaño como si no lo tuvieran.

Procedia el Papa con la misma devocion que hasta aquí, confiado en su inteligencia y en el tesoro que habia juntado y artillería, y con el fuerte que fabricó entre Módena y el Boloñés. El duque de Parma se habia declarado por Francia, no faltando guarniciones de esta gente en Mántua, Monferrato y el Piamonte, y nosotros mal vistos, mal afectos con todos, sin amigos y sin reputacion.

Sucedió aquel cuidado tan avisado y temido de los de mayor prudencia y vigilancia en la amplificacion del gobierno de los Países-Bajos. Murió la señora infanta Doña Isabel á 1.º de Diciembre de este año, Princesa digna, de grandes elogios y panegíricos, y de quien será justo decir algo. Fué hija del rey D. Felipe II y de la reina Doña Isabel, por cuya línea materna tuvo derecho al ducado de Bretaña; nació en Balsain á 12 de Agosto en el año 1566, y el de 98, el rey D. Felipe II, su padre, y el príncipe D. Felipe III, su hermano, renunciaron en ella el derecho de los Países-Bajos y ambas Borgoñas, Ducea y Contea, y se los dieron para que casase con el archiduque Alberto, su primo hermano, hijo del emperador Maximiliano. Celebró estos desposorios con los de la reina Doña Margarita y el rey Católico D. Felipe III el Pontífice VIII, en Ferrara, con asistencia de casi todos los príncipes de Italia y de lo más ilustre de ella; efectuaron despues las bodas en Valencia, habiendo heredado la monarquía el Rey, su hermano. Pasó á Flandes desde aquí por Barcelona, Génova, Milan, Trento y el ducado de Luxemburgo, muy pros-

perada y enriquecida del ánimo generoso del Rey, y fué jurada en todos los Países-Bajos por Señora con singular aclamacion y amor de aquellos vasallos: asistió con el afecto y los consejos al lado de tan gran Príncipe, como el archiduque Alberto y como lo aprendió de su padre, cuando la admitia en las horas privadas al manejo del despacho y papeles. Fué utilísima en todo tiempo: era el alivio y descanso de aquellos pueblos, el aliento de los soldados muchas veces, y en ocasiones muy arduas lució su persona en todos los ejércitos, á caballo, sitios y tomas de plazas, animándoles á emprender y conseguir, ofreciendo sus joyas para sus pagas; y en algun trance adverso, pero glorioso, en que recibió el Archiduque contradicion y alguna herida en sus empresas, se mostró con tolerancia y de ánimo varonil en este hecho, tanto que excedió á las más venerables matronas que celebró por heróicas la antigüedad: era de suma virtud, piedad y gobierno, prudencia, religion y justicia.

Tuvo aquellas armas todo el tiempo que vivió el Rey, su hermano, y algunos años más, en alta reputacion, acrecentando muchas plazas en el confin de la Frisa y la Vestfalia, entre los dos rios Rhin y Mosa. Perdió el Archiduque á 13 de Julio del año 1621, pasando de ésta á mejor vida, no habiendo tenido sucesion, con que volvieron á recaer aquellos Estados en el rey D. Felipe IV, su sobrino. Hizo que le jurasen señor y heredero, prosiguió el gobierno y el mando de las armas con singular cuidado y vigilancia, manteniendo aquello cuanto pudo con el valor, el consejo y la oracion, en que gastaba muchas horas, habiendo entrado debajo de la Tercera Órden de San Francisco: hacia muchas instancias por el infante D. Fernando para que pasase á aquellos países ántes de su muerte para conocerlos y entenderlos y para hacerle capaz del gobierno, de los designios, materias particulares de los enemigos, de sus vecinos y confederados; lo que nunca consiguió. Los casos siniestros sucedidos en estos últimos años, cuando no pudo enderezarlos y abatir su malicia, los suplia en sus retiros con lágrimas. En este estado la halló la muerte,

dejándonos por nuestra infelicidad sin el socorro de sus avisos y cuidados, y en este fué á gozar de Dios al tiempo que digo, y su cuerpo fué puesto en la capilla Real del palacio de Bruselas. Princesa singular, entre las mayores la más esclarecida y digna de toda alabanza, y en quien todas aprendian el buen uso de la dignidad y las otras partes de varonil y de grande. Sintieron los Países la muerte de esta Real señora, y todos los príncipes sus vecinos, y hasta los enemigos hicieron demostraciones de sentimiento; en la corte de España sobresaltó la pérdida, y el accidente se tuvo por fatal: mostró el Rey en su capilla con exequias y con lutos, reconociendo habia sido descuido y demasiada confianza no haber prevenido en países tan distantes, que tanto importaban, persona Real que llevase adelante á aquel gobierno su amplificacion, así en lo militar como en lo político; confirmase en la fe aquellos vasallos que no quieren ser gobernados por súbdito español aunque sea grande, sino por alguno de sus Príncipes, y ese legítimo, á quien sólo quieren prestar toda sumision y rendimiento, que los aliente con la afabilidad del trato y las mercedes; se opusiese con valor á la fortuna de los holandeses; recobrase lo descaecido de las armas y la reputacion; hiciese rostro á los confinantes y coligados y les diese á sentir que habia allí hombre, y se restituyese en aquella plaza de armas su antigua grandeza y decoro, en que fué admirable á todas las naciones; se recuperase lo perdido, las villas y puestos de consideracion, y se arrojasen los enemigos de la otra parte del Rhin, como estuvieron en tiempo del rey Católico don Felipe III, y se asegurasen todas las dependencias, conveniencias y materias que de la vida de aquellos Estados dependen. Quedaron señalados seis gobernadores para lo marcial y político de aquellos países, por órden y decreto de S. M., ántes enviado, y el más principal de todos el duque de Arescot, que estaba en España á esta sazon.

El rey de Francia, con este suceso ó la dañada intencion del Richelieu en afligir las tierras católicas, y con la falta de Príncipe gobernador en los Países-Bajos, entraron en pensa-

miento, discurriendo que habia de pasar allá el infante don Fernando, y que aquel jóven gallardo, adornado de todas las gracias, afirmaria en la perseverancia, con las altas virtudes de valor, juicio y prudencia todos aquellos pueblos y magistrados, y rejuveneceria las cosas y las haria arribar á gran fortuna y no tendrian efecto sus trazas; advirtiendo que en aquella ruina consistia las demas de nuestras Coronas. Se dió á sentir y publicar, embarazando todos los pasos de Valtelina, Tirol, Lorena, Borgoña y ducado de Luxemburgo con armas y soldados, que no habia de dar paso por allí á Príncipe ni ejército de la Casa de Austria, pretendiendo desesperar de socorro los países obedientes para que se levantasen y saliesen de la obediencia y acabar con aquel cuidado y aquella plaza de armas, tanto para los enemigos deméstiços como para los forasteros, y no juntándolos con los rebeldes por no ver junto á sus confines fuerzas que se han dejado sentir en el mundo y que han sido de cuidado, ni queriendo él enseñorearlos por entónces por no apetecer ninguna cosa el dominio frances: esto en cuanto ahora, que en haciéndolos rebeldes, él los procuraria hacer súbditos, y otrosí hacer las provincias ó países libres, y todos, los unos y los otros, confederados. Pasó más adelante y avisó, como aquel es tránsito general para Italia y ambas Germanias, á los genoveses, que se declarasen debajo de la proteccion de Francia, donde no, que iria sobre ellos con ejército y armada para concluir de una vez esta contienda, y por cerrar tambien aquel paso, cortar los socorros de dineros y soldados, desvanecer los asientos para Flandes, y dejar sin auxilio el Estado de Milan, primera y principal condicion suya.

Callaron y prevalecieron constántes y con fineza á las obligaciones de España, y á las que por tantos años le deben, y fabricaron una obra verdaderamete real y magnífica; levantaron una muralla gruesa y por grande espacio, tal y con tantos baluartes, que se cubrian y se cerraron con ella en todo aquello que es de la parte de tierra, y forneciérenla de mucha artilleria y soldados, capaz y á propósito para resistir grandes ejércitos por tierra y gruesas armadas por mar, con que hi-

cieron inexpugnable su ciudad, gastando un millon en fortificarla. Estas son de las obras que ennoblecen las grandes colonias y hacen perdurables en la posteridad sus inventores y los dejan inmortales, y estas son las que han de acometer los que quieren ser tenidos por elevados gobernadores.

Proseguia el rey de Francia instigado de los razonables sucesos de Alemania conseguidos por aquellos capitanes, y de no haber ya consumido y desbaratado aquel Imperio, para encender la materia que ya estaba dispuesta en Italia, y para aterrarlo todo, ponerlo en confusion y ruina y concluir la sublevacion de la monarquía; publicó que, hecha la paz por su mano entre el turco y el persa, bajaria á la primeravera siguiente con poderosa armada de galeras sobre los reinos de Nápoles y de Sicilia. En nuestras historias hemos leido de los franceses notables máquinas y rumores militares; pero en nuestros dias han sido perjudiciales para el estado universal y la religion. ¿Mas qué mucho, si les hemos dado ocasion y se han valido de las voces de nuestra necesidad, del uso de nuestra miseria, de la poca tolerancia de los tributos y gabelas impuestos sobre los vasallos, de las extorsiones y ofensas ejercidas sobre los naturales y forasteros, del disfavor é injuria y despecho de todos, y que ven que nos perdemos de flojedad nuestra?

Luégo que el Rey supo la muerte de la infanta Doña Isabel, si bien tenía prevenido que, en caso qne muriese y no hubiese pasado allá él infante D. Fernando, gobernasen seis gobernadores, tres flamencos y tres españoles, entre los flamencos el duque de Arescot y otros dos, obispos, el de Arras y Malinas, y entre los españoles el marqués de Aitona, maestre de campo general, y á cuyo cargo estaban las armas, el marqués de Fuentes, castellano de Cambray, y D. Manuel Pimentel del de Amberes; envió volando correo á Milan para que por pasos y vías ignotas, de secreto, á la ligera, disfrazado, con algunos gentilhombres y ayudas de cámara, pasase á Flandes: el correo llegó á hora que el Infante estaba en la cama y casi desahuciado, con que esta diligencia no tuvo efecto. Entró á

esta hora el duque de Arescot en la corte de Castilla, que venia de Flandes enviado de la Infanta á dar cuenta al Rey del estado de aquellos paises y á volver á introducir algun tratado de tregua con los holandeses: cuando llegó, besó la mano al Rey é hizo relacion al primer Ministro de lo que se le habia encomendado; halló tambien la muerte de la Infanta pública, y todo el asiento de los gobernadores ya mudado y él excluido de esta preeminencia. Decian era dura cosa tener aquellos Estados siempre pendientes de gobierno de Príncipe, donde sería muy posible que faltase alguna vez, y no siempre los habria en España ni en Alemania á propósito que se redujesen Flandes y aquellos países á ser gobernados de vasallo español, y tomasen ejemplo en los otros reinos del Rey, de no menor calidad y grandeza que sus provincias, que reciben en todo de buen corazon y gusto debajo de él; y que seis gobernadores procederian poco diligentes en resolver y votar las materias, donde sería muy forzoso introducirse en algunas pasiones y diferencias nacidas de particulares propios, como suele acontecer en gobernadores de humores y naturales diferentes y que mandan léjos de su Príncipe, caer en desunion, y por esto no conseguirse con facilidad y prontitud el servicio del Rey, marañado y embebido en competencias. Propúsole, no sin maña y falsedad, esto al duque de Arescot, no con otro intento que descubrirle el ánimo y los pensamientos, porque sólo habia sido enviado de Flandes para tenerle acá, como lo referiremos en su lugar, y otrosí pusiese su parecer en la materia por escrito. Él dijo que se juntasen personas prácticas que entendiesen de ella, delante de los cuales queria decir lo que sentia porque se le daba en apoyo del primero, y si ellos discurrian mejor y más derechamente en lo que convenia, no queria se entendiese miraba por su interes y hablaba en su favor, y que si no les parecia y en lo de adelante sucediese de esta novedad algun escándalo, corriese por cuenta de los que votasen en contrario.

Admitiósele, y llamaron á la Junta á los de casa y á los favorables en todos nuestros hechos; y llamóse al marqués de Leganés, al marqués de la Puebla, su hermano, y al conde de

Castrillo, que estos dos últimos, ni vieron á Flandes ni la guerra, sino los arrabales de Madrid, el Carpio y las audiencias de Valladolid. Hizo su oracion el duque de Arescot, y despues de bien cansado, los demas llamados para aquello, votaron no convenian seis gobernadores en el País-Bajo, que sería de mucha confusion y controversia, sino que el marqués de Aitona gobernase lo político, lo civil y militar, con que quedó apeado el duque de Arescot de aquella parte y honor con que se daba por contento de sus servicios en aquellos Estados, con que estuvo muy en duda y no sin pocas intermisiones el ir S. A. á Flandes. Aunque se dijo se enviaba al conde de Castrillo con él por su Mayordomo mayor para la confidencia y centinela de allá para acá, no se cuál más aína si al Rey ó al Valido, al fin, para el más medroso, no acabado de asegurar del ánimo de aquel Príncipe, por los oficios que le habia hecho, publicase ahora de nuevo va el marqués de Leganés, no hallándose otro sujeto más importante para las fortunas de que más se necesita; y aunque el Moscoso ántes de la muerte de la Infanta fué solicitado por el Valido, y se dijo resucitaba en la gracia para ir á Milan con el oficio de Caballerizo mayor, mirando ahora á Flandes con otros ojos, que cada dia habia mil mudanzas y mil novedades, duerme en la promesa como en la de Barcelona. Decíanse varias cosas acerca de la salida del Infante de Milan: quién le tornaba á Cataluña, despues de convalecido; quién le llevaba á Santander, donde con armada correria el canal de Inglaterra, ofreciéndose aquel Rey de tenérsele desembarazado y seguro de todo enemigo, diciendo no estaba él confederado con el rey de Francia, con que desembarcaria prósperamente en Dunquerque ó en Mardique para subir al Bravante; y otros afirmaban ó discurrian, por la perplejidad del Regente y los embates en que le traia este cuidado tormentoso, no pondria los piés en Flandes, y de esta contrariedad muchos conjeturaban el riesgo en que aquello se ponia. Pero cada uno limitaba y prevenia el suyo, porque decia el hacedor haria cuanto podia por servir á su Príncipe, y que cuando más seguso estuviese y desahogado y muy pre-

sumido en que habia hecho mucho, vendrian luégo cartas y quejas que lo descompondrian todo.

Proseguian los nuestros éstas dictas, como dije, el riesgo que correria el País-Bajo, por cuanto no permaneceria el gobierno español, y al primer golpe de Holanda, mal asistidos y socorridos tarde aquellos vasallos, acabaria de reventar la ponzoña de los malcontentos; y al contrario, que se restituirian los Países con la ida de S. A. R. en alguna esperanza de mejoría y sucesos, y militarian con más fervor, amor y fidelidad debajo de su mano, que en la de otro no nos aseguramos de nada, y todo es temor y variar, recelándonos de lo por venir, con que no asciende nada á su esfera ni á la felicidad. Hacemos de un Príncipe sumante fidelísimo desconfianza, no osamos ponerle las armas en la mano sin saber porqué, cuando en la antigüedad se las fiaron á otro de ménos obligaciones, que ni manejó las riendas de aquel gobierno, tan importante á su calidad y á nuestras coronas, estrechado en Milan, sin poder ni autoridad, ni con caudal ni facultad para dar nada ni para hacerse bien visto. El miedo de uno es azote de todos y todo es trance de vaivenes deslucidos: valiéndose de nuestro descuido y trazas, con otras más rigurosas y diferentes, los enemigos, y Dios sobre todo, no dejaban de obrar en Flandes, á esta hora y remision, revoluciones y movimientos, no sólo plebeyos sino nobles, para dar cuidado, pues este fué el motivo más principal de la rebelion primera; y ahora, para más confusion, nacidas de los franceses, que asisten al servicio de la Reina madre y del Gaston, su hijo, duque de Orleans. Uno de ellos dijo en ocasion muy peligrosa ¡viva el Monsieur! y otros gritaban, que quién podian tener los flamencos que los gobernase mejor; dándose por aquí á ser insolentes y nuevamente bulliciosos, como lo han profesado con su envejecida inclinacion y malicia. No estaban estos tan fuera de la gracia de Richelieu, aunque fugitivos de París, que los dispondria con sus cartas y artificios á semejantes sublevaciones y rompimientos. Procuró reformarlos, aunque falsamente, el mismo duque de Orleans; pero más

verdaderamente algunos gobernadores y magistrados de plazas y provincias, con que amenazados del castigo abrazaron la enmienda y el sosiego.

Este continuo tumultuar del rey de Francia y sus ministros en todas las partes de la Europa, alentado, segun se murmuraba, con la devocion y favores del Papa, los muchos franceses introducidos en Italia, las revueltas tan porfiadas en Alemania, y la nueva que se habia dejado correr de la venida del turco sobre las costas del reino de Nápoles y Sicilia, hicieron otra vez resolver al rey Católico el manifestárselo al Papa por personas graves, doctas, religiosas y de su consejo, y áun atreverse en aquella Sede apostólica á pedir un Concilio, paliado con necesidad que tenia de él la Iglesia para obviar tantas revoluciones como se habian levantado, y por aquí hacerle cargos y deponerle. Simulábase esto con que era menester se moderasen los derechos de las bulas y otras concesiones que se pagaban en España solamente, y en las otras tierras, reinos y provincias del rey Católico; pretendiendo con esto evitar las muchas sumas de dinero en que eran defraudados y entraban en Roma, si ya no en la casa de algun confederado, con que los Pontífices juntan tesoros y se alientan para cualquier suceso y prosecucion de sus intentos.

Representáronle al Papa, despues de otras muchas razones, el ejemplo de Francia y el de otras partes, donde no se consiente nada de esto ni lo sufren sus príncipes; decíanle otros que era menester reformar los frailes y reducirlos á ménos número y conventos, porque incluyéndose mucha gente en ellos faltaban soldados para la guerras justas y para defender la Religion Católica, Apostólica, Romana, y otras cosas á esta traza para solicitar el intento, y en primer lugar pedir el Concilio.

Fueron señalados para esta demanda, ó embajada para hablar con más decente término, fray Domingo Pimentel, de la Orden de Santo Domingo, obispo de Córdoba, y don Juan Chumacero de Sotomayor, del Consejo Real de Castilla; mas á éste decia el mundo le retiraba el Privado por avisos

que contra él y su gobierno daba al Príncipe, y no le apartó más cerca ni le arrojó más acá que hasta las vertientes del Tiber, donde le tuvo desecho y olvidado de sus fortunas y acrecentamientos por espacio de doce años, muchos para embajadores y pocos para volver Dios por él, que nunca los aparta de los príncipes del bien comun por más que se los retiren.

Partieron ambos á Roma, y bien ántes de entrar en ella, haciéndolos parar en Civitavechia, fueron preguntados de los ministros del Papa de la calidad de los títulos y comision que traian, y si eran embajadores, ó qué personajes representaban; y como de todo, por espías y nuncios de España, estaba enterado el Papa, y nada ignorante en la menor materia, impidió su entrada, á ménos que, no cediendo de comisarios, que aquel era su título, no entrase alguno de ellos con el de embajador extraordinario. Avisaron acá, y viendo la repugnancia que hacia el Papa en admitirlos, por abrir camino al intento resolvió entrase Chumacero, y con el Obispo, con voz de embajador extraordinario, que era el que queríamos tener allá. Entraron, y dejólos entrar el Papa con el título referido, acompañados del marqués de Castel-Rodrigo, que tampoco se acababa de transcender si era embajador ordinario ó extraordinario, porque tambien los celos del Ministro le habian arredrado allí; y las culpas que le imponian, sacándole de la presencia del Rey y de su casa, le habian llevado á peregrinar á Roma. ¿Qué habia hecho aquella santa ciudad, Babilonia y lago de leones, de inocentes y de hombres buenos, y de los cardenales españoles Borja, Cueva y Espínola? Hospedólos el Borja; entrando á la misma hora por la otra puerta de la ciudad, contrapuesta á ésta, en la forma de España, otros ministros de este género, y con la misma demanda de parte del César. Esperólos el Papa en el Sacro Palacio; dieron cuenta de las embajadas de sus príncipes, fueron oidos y respondidos, pidieron el Concilio, y ante todas cosas exornaron el estado que tenía la Europa por los movimientos, codicias y ambiciones de los franceses y sus ministros; cuán

á pique estaba la Iglesia de fracasar, pendiente sólo de los hombros de estos dos príncipes, y esos tan combatidos de toda la parcialidad herética, innumerable, por pecados nuestros, sobre toda la redondez de la tierra, no teniendo más que estos dos polos en que estribar; el riesgo que estaba para correr Italia con la bajada del turco, solicitado por el rey de Francia el verano siguiente, para ruina de todo y de las tierras y patrimonio de la de San Pedro; que cómo toleraba el verle hecho caudillo, cabeza y capitan de herejes y mahometanos, favorecerlos y fomentarlos, y haberlos metido con ejércitos en las tierras católicas de los príncipes de Alemania, para desguarnecer la primera espada de la Iglesia, y la que le ha de asistir y ponérsele al lado en los casos urgentes y de necesidad; y últimamente, no contento ni bien satisfecho por no verlo ya todo acabado, confederarse, no solamente con el turco, pero movídole, aunque sólo con las fuerzas del mahometismo, venga á ser desolacion de los mejores pueblos de Italia, se lleve los hombres, las mujeres, los infantes y las doncellas de los brazos de sus madres, y presida en ellas pierdan la religion de la castidad y el conocimiento del verdadero Dios; cosa, pues, esta de mucha ponderacion y quebranto, y de turbar el corazon más endurecido y moverle cuando más protervo á conmiseracion. Pasaban adelante y decíanle, cómo no le enfrenaba y le hacia flexible á los derechos de la razon, le enderezaba en sus consejos, pues le tocaba, le intimaba las censuras y excomuniones en que tales príncipes por tan infames hechos y delitos incurren; cómo no le deshonoraba y quitaba la Corona y el derecho del reino, y daba la investidura á los príncipes más puros y católicos para invalidársele, pues por oficios tan poco religiosos y por ser contra el derecho divino y humano le tiene perdido, como lo deponen los decretos y Sacros Cánones de los Pontífices, establecidos en los Concilios de sus predecesores, y por la Bula de la Cena; y Dios le habia puesto en aquella Silla para obrar y meditar sucesos tan escandalosos y execrables.

Oyó el Papa la proposicion de nuestros embajadores, y

respondiendo á todos, satisfizo á la querella de haber solicitado el rey de Francia al turco y no lo quiso condenar; cubriéndose con decir que aquello no se sabía, que en caso que fuese, pondria la mano en ello y el remedio que convenia, y que no le podia apretar porque no le perdiese la obediencia y sucediese á Francia lo que á Inglaterra, ejemplo á que era menester atender con blandura. Aquí, y en lo tocante al Concilio, disimuló y no se dió por entendido. Pedirle modere los derechos de las bulas de arzobispados y obispados, y otras prebendas y concesiones quien es tan liberal con el rey de España que le concede la cruzada, el subsidio y excusado, y otras gracias en que se interesan algunos millones, y le da la investidura del reino de Nápoles y Sicilia y otras islas, parece que es irritar el ánimo y querer que se le cierren las puertas de la liberalidad al pretendiente: no apoyo el pensamiento si ya no es que se despertase éste para tirar á otro, ni tampoco es ejemplo suficiente el rey de Francia, porque no es tan beneficiado del Papa como lo es el rey de España, y así no es mucho disfrute esto en su reino. Pedirle se reduzcan á menor número los frailes y los conventos, es lo mismo que si le dijesen á un príncipe resuma los pueblos de sus provincias á pocos, se ciña en el dominio de la potestad: los conventos y las religiones, son las ciudades y las plazas fuertes de los Pontífices de la Iglesia militante, los convoca y conduce la triunfante, que por boca del Salvador mandó que se extendiesen por todo el mundo, y no se pueden tasar ni poner límite á los impulsos soberanos de los hombres, ni á las inspiraciones de Dios, ni á sus acuerdos, que son infinitos é incontrastables á todo humano juicio y poder, y estos son los pescadores del Evangelio, que pescan con la voz y las plumas contra la perversidad de los apóstatas y heresiarcas. Pedirle el Concilio no es fácil, y es exasperar más las cosas y arrastrarlas, y no se podria mover á todos al hacer más alentado al frances y más fino, porque sepa que se empeña bien, y dar mayor calor y nervios á la Liga. Pedirle que repugne las materias del rey de Francia y los hechos tan infieles de su Privado y ministros, que le ame-

nace, anule y castigue, y le haga reconocer los innumerables yerros cometidos contra los Sacros Cánones él y su pasados, es peticion muy justa, y bastaba saberlo para enmendarlo. Las calamidades y trabajos que toda la Francia ha recibido por larga carrera de años, y por estos maleficios cometidos contra la cristiandad, y las miserias de la herejía introducidas en sus pueblos, lo testifican, y la falta de sucesion en los reyes, las muertes violentas y desastradas de otros, sus guerras civiles y otras intentadas en los forasteros de que salieron sin crédito y sin fortuna. El mismo Luis XIII reconoce esto: lamentándose un dia, dijo no envidiaba la potencia del rey de España, el valor de la nacion ni las riquezas de ambas Indias, sino de que cuando peleaban ambos, él se valía de católicos y él no podia sino de herejes, circunstancia de que no podia desasirse la Francia, por lo que le habia frecuentado, y porque, aunque injusta, no tenía otro desempeño de los sucesos pasados. El primer inventor de ligarse con el turco y hacerle bajar sobre Italia con poderosas armadas, fué Francisco I, por envidia y emulacion que tuvo á las memorables hazañas del emperador Cárlos V, á su grandeza y poder, y á la gloria y aumento de la nacion española. ¡Con qué vituperio murió sin pasar adelante ni prevalecer su estirpe, y qué sin crédito sus empresas, entrándose por las puertas de sus provincias la herejía de los hugonotes que comenzó en su tiempo, esparciéndose en casi la mayor parte de la Francia!

Esta nueva, pues, de bajar el turco á Italia, tenía suspenso al Rey y á sus ministros, despachando decretos de nuevos pedidos sobre los vasallos, no poco congojados y unidos de estas y otros gabelas y tributos, tanto que los que se acuerdan de tiempos y de eras, decian nunca vieron á la necesidad tan viva por estas sacas, ni en la contratacion tan pronta la malicia y el fraude para poder obrar y restringir las imposiciones.

El rey católico D. Felipe III, por los años de 615 tuvo un potentísimo ejército en Lombardía, debajo de la conducta de D. Juan de Mendoza, marqués de la Hinojosa, contra Cárlos,

duque de Saboya; y á la misma sazon otro en la Vestfalia, sobre la diferencia de las tierras de Cleves y Julieres, acaudillado del marqués de Espínola. Cuando redujo Aquisgran á la obediencia del emperador Rodulfo y unió á los Países–Bajos la gran villa de Besel y otras plazas en aquellos contornos, no hizo más mudanza ni demostracion, publicándose aquella primavera, como otras y todas las demas, que venia el turco sobre Italia, que escribir en pocos renglones al marqués de la Hinojosa: «Procurareis con brevedad concluir esa guerra castigando al duque de Saboya ó reducirle á que obedezca mis órdenes y mandatos, porque vuelvan los tercios de infantería á sus puestos por las sospechas que hay de que vengan armadas de Levante»; y esto sin dar luégo sobre las haciendas y sobresaltar los vasallos. Poco despues, ó si tomásemos ejemplo de los ministros de aquel tiempo, y no que por ser rebeldes y no acabarnos de conocer y sujetarnos, tropecemos en todo y no nos levantemos á nada, poco despues, con facilidad y sin ahogarse, desvaneció de aquellas costas este ruido, tanto que hasta hoy no se ha sentido, enviando D. Pedro Giron, duque de Osuna, virey de Nápoles, cinco navíos y un patache, á cargo del capitan Rivera, que reconociendo todo aquel Levante desde la punta de Calabria hasta el Cante Modoncoron y sus islas, buscó la armada del turco, que se componia de 55 galeras, las acometió y peleó tres dias con todas ellas; parte desbarató y parte echó á fondo, imposibilitándolas de efectos ni invasiones y de otra ninguna empresa, y se volvió á Nápoles, diciendo al duque de Osuna dejaba ejecutado lo que se le habia mandado, y que el turco, por aquel año ni los venideros, ni veria las costas de los Abruzos ni la Calabria, ni los otros promontorios de Sicilia: cosa que á toda la Italia y el Levante dejó con asombro, y el duque de Osuna nunca más sabroso que hasta allí, por haber atinado un negocio, que él sólo entre cuantos virreyes y capitanes gobernaron las Dos Sicilias le halló salida. Si esto se hacia con tan poco número de vasos, ruido y ministerio, ¿por qué no lo hacemos y salimos de cuidado? De esta manera se afirman las coronas, los pueblos, los

vasallos, con hechos que los aseguren y les den honor y calidad y los hagan más reverentes á las otras naciones, y con aliento para triunfar de los enemigos; que con la ocupacion de vicios y enajenacion de obligaciones y poquedades, se pierden y no quieren militar debajo de príncipes y ministros, que no sirven más que de esquilmarlos, sin saber otras artes ni otros ardides: por esto muchos quieren abandonar el dominio, si no han de ser para otra cosa que para sujetos y maltratados, ya que á ojos abiertos nos perdemos, usando de tal manera de las alhajas que nos concedió el cielo, que no parece sino que las aborrecemos y queremos acabar con ellas sin dejar alguna á los que nos han de suceder y esperar el otro siglo.

El estado de la república no era mejor ni más dichoso que el de los años pasados, ántes menguando cada dia más en crédito y en fortuna; ninguna empresa descendia sobre nosotros, y la necesidad y la falta de dinero se iba reconociendo siempre mayor. Pedíase, tomábase y no se daba, y lo que era de gracia se hacia de derecho y de justicia, y no retornándole ni en mercedes, ayudas de costas, ni pagando los sueldos, los gajes ni los emolumentos, no tenian cómo volverle, ni contratantes ni labradores; con que los millones y tributos se habian imposibilitado, y áun se temia totalmente la paga y su cumplimiento ántes que diesen en una quiebra horrible y miserable: los nobles faltaban á sus obligaciones ó las llevaban más pesadamente, y todo era congoja y afliccion, falta de lo necesario y áun forzoso. En las Córtes eran innumerables las cosas que se pedian, rehusando ántes el venir á ellas por no agravar más el reino, que ya estaba tal, tan exhausto y tan acabado que se concedian todas, porque era imposible cumplir con ninguna; y la provincia de Castilla tan despoblada, que no habia quedado sustancia en ella ni en este cuerpo. Por redimirse de sí mismo el poderoso, el cual lo veia de esta suerte, se arrojó á decir habia puesto las cosas en tal estado que ya no se acordaban los hombres sino de lo que habian de comer mañana; queriendo decir, que, aunque hostigados, no tenian bríos para

volver sobre sí, si quisiesen sacudir el yugo. Para una república incorregible, rebelde, bárbara, indomable, era menester haber usado de este medio y este rigor; ¿pero cuándo dió ocasion de haberlo menester este pueblo? Parece que fué querer incitarlos ántes que componerlos. No son estos los fidelísimos á su Rey, los que le aman y anhelan por servirle; los constantes en todos trances y en todos accidentes; los que buscan los caminos más arduos de adelantar el estado, de ennoblecerle con victoras y con hazañas. Si se hubieran buscado todos los modos contrarios á estas virtudes y se hubiera probado cómo de una firmísima monarquía, en todas edades gloriosa y felicísima, se pudiera haber hecho mudable, vituperosa y desdichada, aunque fueran con particular estudio y trabajo, y aunque se hubieran solicitado de los abismos y cóncavos de los dañados, no se pudieran haber hallado tales.

El Estado lo diga; y tras esto, ¡con qué union, con qué paz de alma se pasa por todo, como si no estuviera para suceder y recelarse, y sin embargo, con qué desahogo se vive! El Príncipe perseveraba en su eleccion, y estaba bien hallado en ella como si estuviera acrecentado en reputacion, en empresas, tesoros y sucesos, amor y devocion de súbditos y confidentes; y si bien gastaba el tiempo en ejercicios y ocupaciones lícitas, no las forzosas y suficientes, y las que pide gobierno y atencion en reinos tantos y tan grandes. ¿Y cuánto es más á propósito traducirse á sí un gran presidente ó famoso consejero, informarse de él é informarle, saber, preguntar, inquirir, trascender, enmendar, reprobar, admitir, impugnar, que á Felipe de Comines, señor de Argenton, ó á Guichardino? ¿Pero qué importa apetecer y leer las historias si no sacamos de ellas la utilidad y provecho, y aquellos ejemplos vivos que nos insinúan y el saber sondar los riesgos y peligros y salvarlos? El Valido imperaba con la misma soberanía, dando las dignidades y magistrados á sus deudos, llamándolos á las materias, consejos y juntas, de que algunos de ellos no tenian noticia ni experiencia, ni vieron las provincias ni la guerra.

El conde de Castrillo tenía en juntas y consejos nueve

ocupaciones ó más, como si faltaran hombres y sujetos de calidad y consideracion en la patria, y así sucedian todas ó las más. Podrá ser que sea yo mal vasallo, pero no mal criado, y sí todo junto por haber dicho la verdad y dolídome del estado calamitoso de las cosas: si por ello mereciere castigo (que muchos justos han padecido), haré ofrenda de mi cuerpo á los venideros para que no peligren en estas suertes y escollos, si tomasen el ejemplo en mis escritos, si ellos fueren tales que lo merezcan, porque no es esta inficion para todos reinados, sino de algunos, porque si siempre seguimos estas pisadas flaqueará todo.

Habíase dado ahora el Valido á labrar un edificio junto al convento real de San Jerónimo, ridículo y sin provecho y de todas maneras inútil, de paredes delgadas y de flacos fundamentos, desfavorecido de la naturaleza y del cielo, estéril y arenoso, queriendo forzarle á la fecundidad y al ornamento de las plantas á peso de dinero, no suyo ni de su patrimonio, sino de sisas de la villa, ventas de oficios, de gracias y otros negocios, como si necesitásemos de esta saca, y que tuviese las propiedades de otros sitios que dieron esto con libertad, sin interes ni violencia. Una habitacion honesta y de sumo decoro para los retiros y funciones de los reyes, la hizo deliciosa y juglar. El primer nombre que tuvo fué llamarle Gallinero; y no siendo nuestras empresas ni hazañas las que fueron ni las que habian de ser, tomaron los enemigos ócasion de burlar de nosotros, y traducian el nombre de español en el de gallina, y así lo gritaban por toda la Francia cuando pasaba por ella nuestra gente llamándonos gallinas; y para enmendar este absurdo, por no decir afrenta, mudó el nombre en otro de su capricho y le hizo esculpir en una piedra, y poniéndola en un paso del Prado á la vista de la obra, le llamó Buen-Retiro, cargando pena al que le llamase Gallinero, siendo él el que primero se la puso y cayó en este yerro, porque nunca aflojase el tormento ni la molestia para los otros, como si tuviese necesidad este pueblo, y las gracias y oficios vendibles del reino consignados para socorros de criados y

soldados, de labrarle á él recreacion: esto porque no quede cosa que no experimente lo pesado de su dictámen; y desde entónces no quedó un oficio ni un efecto con que socorrer una necesidad. Andaban más hombres en esta obra y más instrumentos que en lo de la torre de Babilonia, y en la maravilla Efésia, que ya si lo fuera era de alabar; pero todo era tapias. Bienaventurado aquel que yace á la falda de nuestros montes, cuando no le faltaban á la corte y no carecian sus contornos ni circunferencias de casas de campo y verjeles para todos los tiempos del año. El mismo palacio de Madrid con el Parque, la Priora y la Casa de Campo, es deleitoso y acomodado para todos tiempos, y sus obras son tales y tan eternas, que bastaba esto para no entrar en otros gastos ni cuidados; Aranjuez y otras, si dejásemos correr la pluma, son de sumo regalo y de perpetua verdura y primavera y muy abundantes de caza; el Escorial, todo el mundo lo sabe y es yerro verisímil quererle encarecer; pero, sin embargo, es admiracion prodigiosa; el Pardo es gustoso y entretenido; y ya que se ha gastado una cantidad sin suma, no se ha hecho allí cosa que siquiera parezca algo de esto, sino una confusion sin traza ni hermosura. Murmurábase este exceso en la corte y en todos los reinos de la monarquía; dejo ahora la plebe, que aún ésta discurre sin intento ni consideracion, sino entre los políticos y letrados y los hombres de más gravedad y seso, y decian que cuando se pedian las haciendas á los vasallos se exhalase por aquí el caudal, y que cuando daban comodidad los años para comer los mantenimientos baratos y los otros víveres, se comprasen cobrando, como si no los hubiese en el mundo, por las inmensas gabelas y tributos que cargaban sobre ellos, no perdonando al foro eclesiástico de este riesgo y de esta calumnia, viendo en cuántos escollos peligraba su rereputacion y regencia.

Pasó con arte á salvarse á la sombra del Rey y prohijósele en los principios; oyó que era, y así se lo dirian, de poco gasto, y callaba dejándolo correr y pasando, no haciendo caso, áun cuando oia hablar en ello despues de bien exornado y

apuntalado bien, é investídosele para que entrase á la parte de la calumnia, que un exceso sale mejor lucido sobre hombros reales: ya pedia ó se le hacian pedir las trazas de la obra, apropiárselas y dar su parecer, y á entender era el diseño y el gusto suyo; y á estas espaldas levantaba y derribaba tapias y paredones y lo que no le parecia tal, y esto sin tasa y sin misericordia, por no haber en el principio ajustado y delineado la fábrica y lo que habia de ser. Un dia le oí decir al Rey, hablando con los maestros de las obras:—¿Cuándo vendremos aquí que esté esto acabado, sin polvo y sin tierra y libre de oficiales? Y otro dia, proponiéndole más embarazos dijo:—Basta lo hecho: de suerte que por aquí se veian cómo no era de su inclinacion este gasto y cuidado, sino del que queria que su voluntad imperase en lo más soberano y que fuese Rey.

Trabajaban en la obra pasados de cuatrocientos hombres, y hacia ir al Rey allá y al Príncipe, sólo para entablar su dictámen, y que fuese el edificio suyo y la calumnia de otro, á quien le dicen si se quiere holgar que no lo haga, y más no costándole nada; pero sí costaba, faltando á causas más legítimas, y cuando el natural no lo desmerece. Así, con facilidad, consiguió el llevarlos allá cuando le parecia, inventando saraos, máscaras, farsas y otras fiestas, en que se perdia el tiempo y quizás algunos negocios de importancia, y parecia más á los de Nínive, á los dias de Neron y á los últimos de los romanos en el uso y en el proceder. Estaba muy ufano de este hecho, y con este poder hizo á los Consejos labrar una plaza para fiestas de toros, faltando muchas veces á la obligacion del despacho y asistencia de las materias: sacaba paredones y piezas sin correspondencia, delgadas y poco firmes, como se lo dictaba su albedrío, sin guardar ni ajustarse á las reglas del arte; hízolas alhajar al Consejo de Aragon, en que el protonotario D. Jerónimo de Villanueva se mostraba muy fino, vendiendo en público teatro y á rienda suelta todos los oficios del reino, sin perdonar á Cerdeña ni á las Mallorcas; que si fuera labrar vasos para defenderlas hubiera sido más redentor que ministro.

Siguió esta secta el Consejo de Portugal, tambien por su secretario Diego Suarez, buen camino para medrar, que sea á lo que atienda, aunque pereciese el Estado, como sucedió, porque todo era abrir las zanjas para la ruina; y se metió en labrar una ermita, sin tratar de penitencia, cuya costa dicen pasaba de 100.000 escudos, no más de por hacer ostentacion de gustos y competencia al protonotario, echando cada uno por impugnar al otro. El poderoso holgaba de esta lucha, porque creciese la obra y el gasto, sin moderar estos desaciertos, que hoy no sirven de nada sino de vergüenza y confusion, porque para holgarse bastaba y áun sobraba lo que se habia hecho. Entró tambien á la parte el Consejo de Indias, por su presidente D. García de Haro, conde de Castrillo; y todos gastaban, vendian y alhajaban, pagándolo los oficiales de aquel nuevo y extendido imperio, atendiendo al poderoso y á su inclinacion y gusto. Tambien entró por aquí José Gonzalez con las ventas de la cámara, y todos iban á porfía á cuál destruia más, y esto se premiaba por servicio; y era tanto lo que allí se habia juntado de riquezas que llegaron á temerse de ladrones, no de que se ejercitase este vicio de la opinion ó del atrevimiento, de la fealdad, y que sonase en palacio, sino de la razon que habia para que les hurtasen por haberse hecho señores del caudal comun.

No habia regidor en la villa que no quisiese tener aquí su parte por administradores de sisas, proponiendo para estos todo el dinero del comun, reservado para las necesidades y para comprar el trigo de los años poco fértiles porque no faltase el sustento á los afligidos miserables, aspirando por esta lisonja y por esta traicion, á medrar y levantarse con detrimento general del pueblo que lo padecia.

Era el principal de estos Pedro Martinez, escribano de la villa, que se habia entrometido á asistir perpetuamente á la obra, y esto se pagaba con las secretarías, y los perjuicios de los criados del Rey con olvidarlos. Hízola el hacedor alcaidía y agregósela á sí y perpetuóla en su casa, como si tuviera sucesion, excluyéndola del sobrino D. Luis de Haro; mas al fin

la vino á asir, ó por pleito ó por herencia, con todos los ahorros y preseas, que eran muchas y muy notables, así en tapicerías y colgaduras como en pinturas, tomándolas de los que las tenian, aunque muchas se pagaban, despojando los camarines, de los que aliñaban para sus retiros. Trajéronse las pinturas de Valladolid, de aquel palacio y huerta, y las tapicerías ricas de Portugal, que tenía aquel reino para su ostentacion y memoria de la grandeza de sus antiguos príncipes, que es lo mejor que hay allí, contra lo que se estableció con el rey D. Felipe II cuando le dieron el reino, de no poder desalhajar aquel palacio. Hízole de término libre y separado de las otras justicias y en favor de los delincuentes, y de poder proveer todos los oficios y quitarlos cuando pareciese, arrimándole sus ciertas rentas para gajes y gastos. Quitólas del Real Sitio de Aranjuez y de otras partes, desarmándoles de su gobierno y belleza, no advirtiendo que el Sitio del Retiro es el teatro de las buenas y malas fortunas de las privados, y donde se recitan las iras para con unos y los halagos de los príncipes para con otros, todo á un mismo tiempo; y que ya que allí se obró el misterio de su exaltacion, forzosamente ha de esperar el de su descension, y para él no tan favorecido, que vendrán allí otros, habiendo precisamente, y como es de uso, de cederles el puesto. Se albergaron en lo que él tenía que los habia de lisonjear, y si le agradan tendrá modos y maneras para agregárselo á sí, como nosotros lo hicimos de algunos buenos bocados de otros; pues halagar hoy un precipicio no deja de parecer yerro confiado; dejársele á los que vendrán, parece que se forjó con falta de consejo y atencion, porque ¿para qué mis trabajos pasarlos á otros, cuando áun no quiero que me herede mi sobrino, y me disgusto de ello?. Se le estimulaba, y habia largos dias que deseaba apropiarse una casa de placer para acabar en todos trances y en todos accidentes su vida como si fuera religioso: yo hiciéralo en otro de los contornos Madrid. Parece que me oyó cuando entró en el edificio de los coches, pero no allí donde han de ir á despojarme, ó que forzosamente los lisonjee, los acomode y los dé los pri-

meros lugares, y ya que no mi caudal se tenga por perdido mi tiempo, y donde y cuando se desquicie la máquina universal del cielo, no sea forzoso ir á topar conmigo, sino adonde me dejen y no se acuerden de mí, que es á lo que hemos de asistir desde luégo, como necesario, y ultra de esto, desfavorezcan aquel verjel, como á otros que los he conocido yo en aquella misma altura, pero de más juicio y moderacion, y ya no hay quien se digne de mirarlos ni les ha quedado rama, ni estatua, cuadro, pintura, ni tapicería, que el tiempo y sus iras no hayan desgajado. Allí vimos á D. Cristóbal de Mora, y despues al gran marqués de Dénia, y ahora le vemos á él; despues, sea por larguísimos años y con mejor fortuna que los otros y quien le haga mejor paraje, veremos ó vendrán aquellos que dispusiesen las estrellas para mandarnos ó arrojarnos, que será maravilla si esto faltare de la haz de la tierra y semejantes movimientos.

Estas cosas, como dije, corrian así, y en esto se empleaba el cuidado y hacienda, cuando se murmuraba en todo el orbe y en los reinos de los otros príncipes, y en los nuestros con lástima y sollozos, ni se pagaban los soldados, ni habia un leño en defensa de las costas del Océano y Mediterráneo. De este fin y por asir la contratacion otra vez del Levante, se colaron este verano por el Estrecho de Gibraltar cuarenta navíos de Holanda, y áun en los recios temporales se abrigaron muchos á la vista de nuestros puertos, y los vieron en Cádiz; con tanta confianza y desahogo procedian á la sombra de nuestro olvido y descuido. Pero toda esta máquina del Retiro y toda su obra, estando ya parte de ella acabada, queriendo llevar allá al Rey, siendo cosa que jamás se vió en palacio, por tocar esto el Ministro de Justicia y á su cuidado, por no dejar de ofender, sin tocarles, todo lo arrojó sobre la paciencia de los ayudas de cámara, fabricando un decreto que hizo firmar al Rey; y sin haber hecho leyes para los cuartos de la Reina y del Principe, las fabricó para éste y les acumuló á quien jamás le pertenecia, el cuidar sí, pero no encargarse de esto ni que corriese por su cuenta. El cual decia:

«A mi mayordomo y al bureo de la casa de la Reina, se han enviado órdenes para que los criados de ambas casas hagan lo mismo, el tiempo que estuviésemos ahora en la casa del Buen-Retiro, que se hizo la vez pasada que allí estuvimos, así en el buen cobro de plata y alhajas de ella como en lo demas que les tocare; y vos ordenareis tambien á los ayudas de cámara, que hagan la guarda dos cada dia, advirtiéndoles que ha de correr por su cuenta todo aquello que estuviere dentro de mi cámara, y que los que salieren de guarda lo entreguen á los que entraren, mostrándoles que no falte nada; y que los mozos del retrete y barrenderos no han de entrar en mi cámara sino por cuenta y riesgo de los ayudas de cámara, y el tiempo que estuvieren regando y barriendo asistan á verlo hacer; y lo mismo ha de ser miéntras los de la tapicería hicieren su oficio, que todo esto es lo mismo que os ordené por órden de 19 de Noviembre del año pasado de 633, lo cual y lo demas que se contiene en dicha órden, hareis guardar porque así es mi voluntad.».

Llamó el duque de Medina de las Torres á los ayudas de cámara, intimóles el decreto, y hubo quien le dijo se ordenasen las cosas al peso de las fuerzas humanas: oyéronle y callaron, porque de esta manera eran ya todas las respuestas, dejando obrar al poderoso á fuerza y peso de paciencia. Decreto y exornacion indecente, injusta y apénas para casa de escudero cuanto más de Rey, donde asistian tantos hombres de honra; pero todo era hacer desconfianza y tenerlos siempre con descrédito por no hacer á nadie con fortuna. Ser el que sirve de vigilante á lo que toca al Príncipe, al decoro y guarda de su cámara, pero encargarle y que corran por su cuenta las alhajas, parece que es decirle que las ha de pagar; término indecente para cuarto de Rey; pero habian tomado ver, cuando el de Locania habia dado llaves á todos sus asistentes y á los que habian ofrecido y daban su dinero para la fábrica, que eran infinitos, y algunos de ellos hombres de oscuros linajes que se habian hecho contratando en tiendas públicas, y todos querian mandar en ella, por aficionarlos con

este cebo á la paga inmensa de los oficiales, dándoles satisfaccion en la venta general de oficios, dejando exhausto el reino y sin auxilio á los criados, ni en donde pudiesen buscar un efecto por ayuda de costa para socorrerse de sus necesidades, falta de pagas y sobras de jornales.

El marqués de Cadereita, aunque ya lo dejamos referido, pero volviendo ahora á decirlo por aquí, queriendo salir con la flota, una tormenta prodigiosa dentro de la bahía de Cádiz anegó parte de ella, por esperar un soldado que no acababan de despacharle la media anata ó no tenía para ella. Pérdida considerable que afligió mucho á los hombres de trato de Sevilla, y áun dicen que los cinco navíos eran de un ministro, que siendo el que proponia la candidez, la entereza, la limpieza de manos y los otros desintereses, y que amedrentaba y castigaba el proceder y usos contrarios á estas virtudes, se metia á cargador por la conducta de Bartolomé Espínola, en cuya casa y al tiempo de la nueva se lloraba esto amargamente; con que pagó la media anata el inventor. Pasado este trance, se dijo habia peleado el Cadereita en la Habana con navíos de Holanda, y guarecídose de su artillería, esto de vuelta del Perú, y que no tenía el paso llano ni podia salir. Esta falta de bajeles y marineros y el desamparo del Estrecho de Gibraltar, más que otra ocasion, alentaba á nuestros enemigos y á los corsarios y reyes bárbaros de la África, diciéndoles no habia quien se les opusiese al paso, que acometiesen las tierras españolas y las italianas, que las desarmasen y se harian señores de ellas. Queria ver todo este tráfago, nuestra gente, gasto y multitud de oficiales del Retiro, ocupados en Flandes ó en otra parte militar, sacando trincheras, levantando fuertes reductos y medias lunas en defensa de nuestras plazas, y más cuando el enemigo en aquel país y en los demas circunvecinos no obraba con otros instrumentos que con la zapa y la pala. Queria, otrosí, ver pagados los presidios y armadas, defendiendo y ofendiendo, favorecidos los cabos y alentados en la esperanza, como lo hizo, y otrosí queria casa de recreacion. Hiciérala á su costa, que áun en

esto ni en otra cosa ha dejado ver su dinero, ni el de las mercedes, no teniendo gasto ni casa de ostentacion y ruido.

El padre confesor Sotomayor no discurria en nada de esto ni si se podia hacer á costa del pueblo y de los oficios, y del que comiese caro, cuando el cielo y la influencia de las estrellas no lo desayudaba. Habíansele cargado, no sin particular misterio y providencia, demás de la dignidad de confesor, buenas prebendas y abadías, todas las consultas eclesiásticas, juntas y consejos, los oficios de comisario general de las bulas y el de Inquisidor general, como si faltaran clérigos calificados y de partes en las iglesias catedrales, colegios y universidades, que viven retirados por esta falta y desabrigo, que los podian tener, y áun fuera justo que los tuvieran y se les diera parte en la viña del Señor. Pretendíasele agravar con estos oficios porque no los hiciese mejores ni estuviese libre y desembarazado al aviso, al consejo y á la enmienda, ántes al miedo de perderlos, y que, como delincuente en la codicia y ambicion, se reconociese reo y enmudeciese. No me podrá dejar de confesar la Teología, que sobreseimientos viejos y caducos no es gran delirio cargar ó cargarse de grandes cosas y de lo que no se puede llevar, y de lo que es justo se reparta entre algunos. Quien ha leido á Santo Tomás, no ignorará esto. Es cosa muy de admirar que nunca hallase este hombre materia porqué arriesgarse por la salud de su Príncipe y la de este pueblo, viendo á luces claras y sin niebla arruinarse todo; ántes, ostentando la bizarría de lo tenido, en los pliegos que enviaba al Rey ponia en ellos todos los títulos de sus oficios con desembarazo, y como quien dice no es á hurto, sino á escala vista, porque sin empacho no los queremos tomar de esta manera. Aquel cadáver se olvidaba de que era mortal, y se negaba á la recta distribucion, siendo el ministerio principal para que fué elegido, debiendo echarlo de sí, áun cuando forzosamente se lo quisieran cargar y ascender; al ejemplo de fray Francisco Jimenez de Cisneros, de la Órden de San Francisco, confesor de la reina Católica Doña Isabel, que habiéndole elegido y solicitado en Roma el nombramiento para el

arzobispado de Toledo, y queriéndole dar las bulas, se las dejó entre las manos, y luégo el convento del Castañar, situado cerca de la ciudad de Toledo, y no le tomara despues si no le apretaran con notables instancias y diligencias. Trajo la Reina breve de Su Santidad mandándole que aceptase, y aunque se lo volvió á S. M. arrojándoselo en las faldas, la excomunion le obligó aceptar, y lo hizo así. Tomar lo lícito y discurrir con dictámen libre y desinteresado, es lo que ha de hacer el verdadero ministro del Evangelio. El estado eclesiástico tenía tambien sus desmedros, los arzobispos y obispos de casi toda Castilla estaban en la corte y en Roma, sólo á dar pesadumbre más que á encaminar las materias á más prósperos fines, defraudando del auxilio y limosna á los pobres, cuyas rentas, pues dan para eso, quieren que se gasten allí como verdaderamente lo disponen los Concilios. ¡Cuántas voces y cuán grandes las oí yo dar sobre esto en los tiempos pasados desde los púlpitos, proponiendo á los prelados la asistencia para regir los rebaños, de que se nos pedirá estrecha cuenta!

Desvalidos los soldados, desamparadas las plazas de armas por no asistidas ni pagadas: retirado D. Fadrique de Toledo, y que largue uno de los oficios de general de la armada real del mar Océano, del de capitan general de mar y tierra del reino de Portugal, dejando el de la armada real, viendo que allí se le tiraba y se le encaminaba la ofensa para acabar ya de una vez la lucha del poderoso, diciendo al que le vino á hacer la propuesta dejaba aquel en que á su parecer habia errado más, siendo en el que mejor habia servido y navegado y en el que más importaba, porque con el otro apénas habia salido á la mar, y con el de la armada real habia pasado de diez y seis años, corrido ambos mares, hecho muchas presas, peleado diversas veces con los septentrionales y mauritanos, tomádoles muchos navíos y echádoles otros á fondo, recuperado la ciudad del Salvador y bahía de Todos Santos, en el Brasil; desalojado de allí á los holandeses, echádolos de otras islas, traido la flota y la plata de las Indias, y otros servicios que por referidos en otras partes no me alargo aquí, todos de

mucha consideracion y aumento para el Estado: residenciado el marqués de Villafranca, su hermano, no más de por que lo era, que no porque faltó jamás á los progresos de gran soldado: dejado D. Gonzalo de Córdoba al ocio de Amberes, influencia terribilísima fulminada sobre los capitanes más escogidos y sobre su reputacion, porque no habia ninguno bien visto por ser de allí donde se origina el mayor efecto para con el Príncipe, agradándole los hechos y encendiéndole los espíritus al amor del vasallo: la nobleza sin lustre y sin autoridad; estragada la juventud, dados más aína á lós vicios que á las virtudes, y por éstos rendidos al sufrimiento de las ofensas, y por más vituperio, lisonjeando la herida: y el brazo y el inventor abatidos y amedrentados, revestidos de ánimos plebeyos y miserables, imposibilitados por su desmaña y flojedad para ninguna empresa gloriosa, visitándoles las haciendas y los títulos con que hicieron reyes, los mantuvieron y afirmaron y extendieron su dominio, registrándose éstos, ántes negándose aquel derecho y á las veces que pusieron al trance sus vidas, las de sus hijos y las de muchos esclarecidos varones progenitores suyos, asistiendo más aína á los caracteres y sentidos de los pergaminos, terciándolos, no sin inspiracion secreta, para sacar el dinero los fiscales, que los hacian gemir y pagar poniendo en administracion y embargos los mayorazgos, no siendo menores de edad sus dueños, y que comiesen de alimentos: era el uno de estos el Condestable de Castilla. Cuando yo leí los hechos de sus mayores ejercidos en varias partes de la Europa, y en los tiempos de las Comunidades al condestable D. Iñigo Fernandez de Velasco, tercero de los señores de este título y cuarto abuelo suyo, en Búrgos, sosegando la ciudad, los sediciosos y tumultuarios, y en un acompañamiento levantar por tres veces la ballesta para matarle un comunero, y pasar por esto sin turbacion y con gran serenidad de espíritu y valor, sacrificando la vida por su Príncipe, cosa es digna de grande valor y premio. Vencer en una batalla los conjurados, ¿qué mayor firmeza de escritura, donacion y privilegio? Lo que escribe la espada, lo que firma la

sangre, eso es lo que legalmente se gana y adquiere y lo que se debe de justicia y de derecho, y esa es la mayor firmeza del título; no está en la letra el elemento, sino en la obra: esa es la que le conviene al Príncipe y la que le constriñe y fuerza á la satisfaccion y al premio en virtud del cual es señor.

Procedia el despacho con tibieza y remision, dando respuestas inútiles y apócrifas á los pretendientes, llenas todas de fantasías y de incertidumbres, teniendo por tiempo perdido, los que manejaban la distribucion de los beneficios, el que se gastaba en hacer mercedes y el estar prontos á la expedicion, y así se lucia la labor, el uso de las fatigas y el de la malicia. Los otros oficios, concernientes y precisos al Estado, en su aposento y á sus deudos y allegados se daban, y las dignidades y los oficios, sin caer en el del Rey, y en los que eran no otra cosa que meramente criados suyos, ni un cabello, una presidencia, una alcaidía, escribanía ó maestre-datia, que es lo mismo en Italia, encomienda de Indias ó secretaría, sino el vano título de alguna dado sólo por fantasma. Así lo parecia el dueño semejándose á aposento del Rey, y aquellos, los que estaban sujetos á la asistencia y á la servidumbre, y para los cuales son las mercedes del Príncipe, ántes abatidos á suma soledad y desamparo. Que vean los reyes cada dia á sus privados desangrarse por los suyos, que es este achaque del que adolece el más moderado oidor, y que siquiera no les mueva este ejemplo por lo bien que son servidos, sino que estén á la eleccion del otro que no le sirve ó no le place darse por servido, por desconfianza que él quiera afectar por pasion propia, y que, si no se le pone en la chola que á aquel le hagan merced, por lo que á él se le antoja y delirios que ha puesto en ella, ha de vivir, aunque sirva, siempre arrastrado, y que por esto, aunque sea criado del Rey, no sea digno de nada, ejerciéndose en todos los validos, basta en los de ménos esfera, en ministros y secretarios, el desden, la condicion áspera, el despego, la ira en lo que no habia para qué, triunfando sólo el favor áun en los que afectaban la virtud, la poca misericordia el no hacer nada por nadie ni por lo mejor, no por otra

cosa, al parecer, que por hacer diferencia de lo pasado. Aquellos fueron apacibles, honradores, corteses y blandos; y hoy al reves, por vivir y morir en su dictámen; cátedra que no parece sino que la habia leido la serpiente infernal, ejercitándose esta influencia en toda la Europa. Á este paso procedia todo, era la sementera y el fruto; habia estanco público de los oficios, que administraban diferentes hombres de negocios, y no pequeña parte al arbitrio de las hermanas marquesas de que se sacaban innumerables sumas; y cuando era menester el dinero, no parecia ni en la más ardua ocasion y necesidad, y procedíase como si no le hubiera; no habiendo dejado libre para ambas casas reales más que un moderado ordinario, una porcion muy limitada, tanto que más parecia de escudero que de Príncipe; cosas todas á que estaban vigilantes los enemigos por sacar de aquí y entender sus fines y motivos para dañarnos, creyendo habia ya llegado la hora de acabarnos, solicitada, ántes que por ellos, por la flojedad de nuestras materias y errados discursos, porque han visto ajada la nobleza de las tres mayores preseas que ha tenido monarquía ni imperio en las edades antiguas y modernas: la grandeza de la milicia en Flandes, la honra de la nacion española y la majestad de palacio para con todos los extranjeros.

Si para sustentar esto en pié no es la cabeza, que tanto presume de serlo, aquélla, digo que se ha echado sobre sí la administracion para que se canse y no renuncie el peso, siendo cosa precisa y necesaria y que conviene, y decidida por muchos varones sabios y prudentes, que se excluya uno porque se salven todos. Dimos muestra, al principio de entrar en la palestra del reinado, de guerreros, y despues fuimos ménos que soldados ordinarios; armamos los enemigos, pusímoslos en campaña, crecieron ser deseosos, y ahora no podemos desasirnos de ellos, como lo iremos narrando, en las inquietas provincias que parecian columnas de fe y de confianza. Así son las monarquías, como quieren los gobernadores; y cuando éstos quieren llevar á su mano las leyes y los privilegios de los súbditos, sin atender á la razon, pierden los estados. Muchas

veces los opresores y los tiranos, mal advertidos, han sido el fuego de sus propias casas, y viéndole sobre sí sin poderlo apagar, gimen de la vergüenza de no haber llevado los intentos con la regla que pide el acierto del reinar. ¡Cuántos príncipes nos enseñan las historias que los dejaron señores sus pasados, y los que hubieron mal conservado lo natural, se hicieron peregrinos mercenarios, fugitivos desterrados, y acabaron en mayores precipicios! ¡Oh, plegue á Dios que esto no lo veamos! Mucho temo los fines y lo que nos falta por escribir, y aunque lo fuí haciendo como sucedia, no me pareció que las miserias y los estragos serian tan fatales; parece que mi miedo fué presagio de lo porvenir.

Hoy, que es el año que traslado y el de 35, veo muy léjos y muy desesperado el remedio de nuestros males y la enmienda de nuestros yerros. Nos hallamos aborrecidos, y por esto dificultosas de arruinar las sillas que hemos perdido y en las que otros se han sentado. Tales cuales hemos querido ser así somos; nuestras deliberaciones han sido la lima sorda de nuestros bienes; ejemplo quedará á los venideros, y para esto tomé la pluma, para abrir la puerta al conocimiento y dar la prudencia del buen obrar en estos regiones.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

D. Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria, muere en Baviera sin ejército; sucédele D. Diego Mejía, marqués de Leganés, si bien con diferentes fines, y pasa de la corte de España á Milan para formarle de nuevo. El Parlamento de París llama al Gaston, duque de Orleans, hermano de Luis XIII, rey de Francia, para tratar de sucesor en el reino. La guerra prosigue con mayor ardor y desconfianza en Alemania. Pídense en Castilla 18.000 hombres aprestados para los presidios, y concédense. El duque de Frislan, general de las legiones y cortes imperiales, muere á hierro en Egra, habiendo penetrado la conjuracion contra el César; prenden al duque de Arescot en la corte de España, y á la misma hora otros nobles en los Paises-Bajos, por cosas que tocan al gobierno de aquellos Estados. El duque de Beimanes, roto por el conde Matías Galaso, en Alemania. El Papa da intencion de socorrer al Emperador con 400.000 escudos, pero no se ve el efecto. Castíganse en Vizcaya los que impugnaron las órdenes ó cédulas reales en materia de la sal. El infante D. Fernando pasa

de Milan á gobernar los Países-Bajos. Un ejército del rey de Francia se llega al confin de Perpiñan. Recupera el rey de Hungría á Ratisbona y otras plazas. El infante D. Fernando, y Ferdinando, rey de Hungría y Bohemia, despues de haberse visto en Donabert con ambos ejércitos, dan batalla á los enemigos del Imperio y son todos rotos, presos y degollados por ambos príncipes. La princesa Margarita viene de Italia á España. Huye de Bruselas á París el duque de Orleans. Refiérense algunas controversias entre el Príncipe y algunos grandes de Castilla. Quieren componerse las cosas de Alemania, mas el frances socorre con gran golpe de gente los sediciosos. Publícase que el rey Católico quiere hacer invasion por Perpiñan, y pídense para esto gente y dineros, y nómbranse coroneles para el manejo y expedicion. Todo esto sucede en el año de 1634.

Yo escribo, en prosecucion del año de 33 al de 34, en el juicio de nuestros mayores estadistas y gobernadores, tenido y amenazado por fatal y siniestro á nuestra conservacion y materias, por la variedad de accidentes que le sobrevinieron, inconstancia y desagradecimiento en príncipes forasteros, que ponian á trance y á la desunion la fortuna de los progresos y tratados, negándose el auxilio y á los beneficios cuando se amparaban en ellos, infidelidad en cabezas de grandes ejércitos y capitanes que conspiraban contra la seguridad del Estado, concitados á su desolacion y ruina, tocados de la tiranía por la consecuencia y el ejemplo más que por la ambicion, ó por todo junto, desfavoreciendo otros y descuidando los mejores, con que no arribaban al fin glorioso de las empresas, por descuido en socorros de plazas y soldados, en que

se perdia la reputacion y el dominio; pero al fin la altísima virtud del Criador mejoró con algunos sucesos felices las tempestades que nos amenazaban. Viniendo como mejor acertaremos el fin de nuestro argumento, y en lo que cité al lector en el libro pasado, porque mucho de esto le tocó, digo que á poco el infante D. Fernando llegó al estado de Milan. Como la guerra se ejercia en tantas partes, se hallaron razones para enviar ejército á la Alsacia, y no habiendo caudillo de consideracion, y esperándose una guerra muy pesada en Italia, se reconocieron para ènviar al duque de Feria por general del ejército. Hiciéronselo saber y enviaron órdenes para levantarle, y aunque él dió las razones que le plugo para excusarse, le dieron otras que le forzaron á la obediencia, con que él se comenzó á disponer y á formarle; mas como el discurso humano es dificultoso de atar ni encerrar, los dados á semejantes materias y que tienen por estímulo é inclinacion especular lo más escondido de las trazas ó los designios, referian que el sacar al duque de Feria de Milan, era porque habia entrado en muy estrecha comunicacion y valimiento con el infante D. Fernando (¿quién lo inventaria!), y que murmuraban del gobierno. Fué sabido acá por cartas y confidentes, que no habia pocos al lado de S. A., particularmente el conde de Oñate, que fué á quien se le encargó la persona y casa de aquel Príncipe, y el poder avisar de todo con expresas órdenes y mandatos, aunque despues el premio no surtió conforme á la fatiga, y se le pusieron á pleito, como adelante se verá, porque nadie tuviese por segura ni por suya la esperanza ni las promesas en los acrecentamientos y en las mercedes. Discurrian, pues, y dió muchos celos y no poco cuidado á nuestro gobernador, que era en lo que más nos ocupamos y teníamos por adverso, de que nadie ascendiese á gran lugar ni valimiento, por cuanto nos recelamos hablen de nuestros oficios y penetren nuestras inclinaciones, maña y soberanía.

Todos los que querian disculpar esta accion fiel y desapasionadamente de S. A. R., decian era el duque de Feria persona de suma prudencia y maravilloso consejo, habiendo heredado

de su padre, como el estado las virtudes, ejercitado en muchos y muy graves negocios, de gran juicio y saber, leido, notorio en la materia de Estado y en otras muchas, y digno consejero de un muy esclarecido Príncipe; que informaba al Infante, como gobernador nuevo, y recien llegado y deseoso de acertar afectuosamente en el servicio del Rey, su hermano, en un puesto y plaza de armas tan celado de príncipes y confinantes, y de aquel que por algunos años lo habia sido con aplauso y veneracion de los más escogidos en el arte de gobernar, no sólo del estado de la nobleza y del pueblo, sino de las ciudades, magistrados y gobernadores; de las fuerzas con que se hallaba entónces, de sus presidios y circunferencia. Informábale, sin embargo, del ánimo, indignacion y designios de los vecinos; de los que eran enemigos, aficionados ó neutrales á la corona de España, y en primer lugar, cuánta fe se guardaba en el genovesado; de los pensamientos y materias del duque de Saboya, si bien se las habia leido en la visita de Villafranca de Niza, pero en aquella sazon y en las demas francesas, como lo confirmaban Piñarolo y Susa, entregadas á sus guarniciones y capitanes; de la union, conformidad y devocion de los cantones de esguízaros y otras gentes y valles situados en los Alpes, como grisones ó helvicios; y de los otros dominios y ciudades libres de Italia, del Mantuano y Casal de Monferrato, vueltos á franceses. Tocó en Parma y Piacença, introducido aquel Duque en la misma Liga; discurrió en las ciudades fronterizas, el Cremones, Bresano, Verona, Regio, Módena, más fiel que otras, Pádua, Bolonia y los otros confines de la Iglesia; y de las ciudades, pasó á lo demas de los venecianos, de quien se informó largamente, si bien en esta ocasion más cautos en las revueltas de Alemania y encuentros de la Lombardía y más templados que en otras eras, pero no sin aviso para lograr sus pretextos á su tiempo. De todo esto le avisaba y le hacia dueño el duque de Feria, y él se hacia capaz, como Príncipe de soberano juicio y entendimiento; y de cada cosa de éstas y muy por menudo se despertaban pláticas y discursos muy importantes y á propósito para rehacerse

de la parte de un vigilantísimo gobernador y de rara prudencia, como lo pedia aquel Estado. Pero los atentos á la calumnia y á la voracidad, y aquellos que estaban erigidos por el poderoso para avisar de todo, negándose á lo útil y saludable de esta escuela, traducian esto á su modo de medrar, y no á lo mejor del estado público, y decian que el Infante y el duque de Feria tenian muchas y muy secretas pláticas, las cuales convenia cortar y apartar, y proseguian: grande hombre, gran cabeza y gran consejero, con Príncipe grande, insidiado de asechanzas y de tempestades de Valido.

Atiéndase que luégo ocupó el miedo su lugar y no se creyó se hablaba del servicio del Rey, sino de lo que no habia sido ó no era servido, que esto para con todos ya se lo habian dado á beber; con que echaron mano de otra novedad, y muy de repente dieron sobre la casa de D. Antonio de Moscoso, convalecido ya por retirado de las sirtes de palacio, de donde fué rebatido en las segundas borrascas, porque le faltaba otra y la postrera de la jornada que intentó á Barcelona el Mayo de 1632, y todo esto con buen regimiento, si bien á su punto la correspondencia con el Infante. Quizá por desarmar ambos cuidados y ambos desvelos llamáronle á palacio, de que habia dias se habia abstenido y acomodádose con su estado y su retiro á no ver los ceños, las sequedades, los artificios de los imperios, las puertas cerradas de los ministros, las que no abria su llave, la soledad de aquellas cuadras y piezas dónde por poco tiempo se vió Valido, y á no ver cortadas sus esperanzas y malogrados sus pensamientos; y finalmente, á no ver nada á que se llegasen pocos ó ninguno, y á verse despojado de la posesion de un Príncipe sobre que fundó ó fundaria (á mi ver) máquinas de prosperidad y de lastre para sí y para los suyos, y áun que hicieran temblar á alguno porque temió de aquí la enmienda de sus oficios ejercidos en la misma sangre. Llamáronle, como dije, y él fué volando, que á aquel llamamiento y á aquellas voces no hay espíritu tan descuidado ni tan dejado de sí, ni tan combatido de los disfavores, que no acuda, porque pocos hay que sepan aplicar la cera al oido como

Ulises á las sirenas y al encanto. Finalmente, le dijeron querian enviarle á Milan con el Infante; que se previniese. El don Antonio, con este ruido y esta novedad, que ni áun él creia ni nadie creyó, se alborozó de manera que comenzó á hacer sus prevenciones y gastos, y para confirmarle más en la fe de lo acordado, le dieron 6.000 escudos de ayuda de costa, que cobró luégo en casa de Julio César Escarcola. Dióse cuenta de ello al Infante por el ministro, para descaecer y meter en cuidado al duque de Feria, y el D. Antonio avisó de ello para alegrarle y removerlo de la union del Duque, pareciéndole al inventor de estas artes que con esto mudaria semblante lo comenzado. No obstante, caminaba esto con tanta tibieza y con tantos intervalos, que todos naufragaban en la resolucion.

El Infante, avisado de todo, agradeció la novedad y la oferta, y así lo escribió y dió á entender. Osaré decir que el duque de Feria no paró aquí su juicio, ni le pareció que de lo que no habia le podia resultar ningun cuidado, ni á esta pretension, aunque grande, le estimuló la codicia, ni se le puso en el corazon. Pero, como digo, sin embargo de lo dispuesto, el inventor luchaba importunamente con la deliberacion de este caso, y ya le asombraban las muchas partes del uno y el demasiado valimiento del otro; y fomentaba de nuevo aquellas últimas reliquias de la era pasada y de la casa de Sandoval, sobre quien él habia ejercido toda su potencia y rigor, irritando al Príncipe para semejantas casos, ejemplo fatal para otros, y que no le era dado ser adivino, ni arbitrar en lo porvenir ni en los fines y remates del hombre más prodigioso y exaltado, pues otro que lo estuvo tanto no pudo defenderse de la emulacion ni de las víboras de la envidia. Finalmente, entre estos descuidos, resolvió más aína apartar el mayor hombre y el más excelente en partes y virtudes, y dejó para el otro el encaminarle tan tarde y tan atentas resoluciones y á su modo de obrar, y con tales remedios, que se desvaneciese cuando pensase estaba más en la cumbre y más dueño del Infante; con que dispuso saliese el duque de Feria de Milan para la Alsacia, por cuanto aquella provincia y sus

plazas las iba disipando el frances con gente y guarniciones que tenía dentro. Hizo aprestar, por el consiguiente, alguna caballería, infantería italiana y española para su viaje, y que la alemana le esperase en la Retia, confin de Baviera; mas el duque de Feria servia, tenía sufrimiento y callaba, esperando con poco gusto suyo esta jornada, por el poco calor que damos á nuestras empresas y el malogro de algunas, y fué de suerte que se quiso eximir de ella dando las razones más eficaces y congruentes que por entónces pudo, y más contando la mala expedicion de la gente y el poco dinero; discurriendo muchos que eran aquellas prevenciones, tan desfavorecidas, encaminadas más aína á sacarle del estado de Milan y del lado del Infante, y que se perdiese, que no á que recobrase, ni á otra empresa de consideracion.

Defendíase el Duque y proponia sus embarazos y dificultades, casi como pronosticando el fin que habia de tener y el que le estaba destinado, y en hora que veia él cuán desvalida estaba la profesion de la soldadesca. Acordóse cuando le desampararon sobre Berma, plaza del Piamonte, y no le socorrieron, y cuando, por el consiguiente, á D. Gonzalo de Córdoba sobre el Casal de Monferrato y las otras plazas, por la misma razon perdidas en Flandes; y así defendíase, por este recelo más que por otra flaqueza, de aspirar á ninguna jornada, y más de ésta tan léjos y apartada, de poder ser asistido ni de las fuerzas del Rey ni de ninguno de los auxilios de Alemania, cuando habia tan pocos ó ningunos que no estuviesen ocupados de diferentes pasiones y designios contra nuestra seguridad y esperanza; y así parece que se avisó con cuidado, porque ninguno le dió la mano como si no fuera vasallo del Rey y vasallo tan grande.

A las defensas del Duque aplicaron acá el superior y absoluto mandar, que era en lo que estaba más puesto y se afirmaba el gobernador, y ántes que á la deshonoracion el ser obedecido: arrimósele, por darle más calor y forzarle al cumplimiento, al cardenal Albornóz, que asistia entónces en el estado de Milan al lado del Infante. Decíale el Cardenal se

diese prisa en salir y marchar, que lo mandaba el Rey, y que convenia mucho su salida á su servicio, porque así lo pedian las cosas de la Alsacia, y prevenir y tener desembarazado el paso de S. A. para el País-Bajo. Las provisiones y las fuerzas que se le daban eran tales, que el Duque desfallecia en pensar que aquéllas fuesen de ninguna importancia ni para efecto de consideracion. Esto es lo que en esta parte hemos podido discurrir para condescender con el deseo y parecer de los más curiosos y cortesanos; pero lo cierto era, arrimándonos como es justo á los sanos de intencion y á los más sesudos, que el duque de Feria era sacado de Milan para las ocurrencias forzosas y necesarias de la Alsacia, porque se perdia una provincia de mucha consideracion, y convenia para los otros buenos sucesos y efectos que se pretendian y se iban disponiendo en Alemania, atajar la invasion, y, como se presumia, para más que todo, fiarle las armas de todo el Imperio, con entera satisfaccion y consentimiento secreto del César, por cuanto habian entrado todos en sospecha de infidelidad para con el Frislan, general de las armas imperiales, y se le iban tácitamente cortando los designios y progresos de tiranía como luégo veremos; porque sintió el Frislan notablemente, cuando lo entendió, la venida de duque de Feria; y no sólo esto, pero con la potestad que tenía de caudillo, hizo con los cabos que le llevaban los socorros y la parte de alemanes que le habian ofrecido, sin embargo de contravenir á las órdenes y mandatos del César, que no le obedeciesen ni se juntasen con él, ántes que le desamparasen; con que el Duque anduvo fluctuando entre estos embates y tormentas sin poder obrar nada. Pero, no obstante, zozobraba el Frislan en este cuidado, y más cuando fué advertido y tenía por fama era de tan gran cabeza y sangre y de no menores esperanzas en la escuela militar, y que para lo que tramaba no queria cerca de sí hombre tan grande y que se le habian recrecido con las fuerzas católicas, sobre quien le sería forzoso contender con más dificultad; y sobre todo llevar aquel ejército y tenerle pronto para el paso de S. A. al País-Bajo como lo pedia la necesi-

dad de la tierra y de aquellos vasallos, y el marqués de Aitona, que despues que falleció la Infanta daba prisa por su venida, todo de suma importancia y de cuidado en el Rey y en el mayor Ministro; pero los fines y los efectos, todos se resolvieron en humo, porque así lo es y así pasó cuanto voy escribiendo, y parece que nuestras fatigas no eran otra cosa, ni cuanto labramos en el gobierno: no sé á qué lo pueda atribuir, sino á que no hemos trabajado por lo mejor ni para aquello que nos erigieron, de que daremos estrecha cuenta en el dia postrero. Finalmente, ora fuese esto, ora fuese aquello ó todo junto, con el diseño de esta nueva resolucion y la expedicion del Duque, la ida del D. Antonio volvió á dormir, desmayando por horas, sin creerlo nadie, teniéndolo por fantasma y sueño y cosa imaginaria, habiendo sólo de esperanza y de persuasion el haber contado los 6.000 escudos en tiempo que la liberalidad andaba tan retirada, limitada y escasa, y que se buscaba ántes que darlo á quién podérselo sacar. El Infante, metido ya en la promesa, hacia sus esfuerzos y escribia al Privado se le enviase, y áun el mismo D. Antonio de Moscoso, cuando se veia más hundido en el efecto, le escribia y le apretaba diese calor á su partida, diligencia que hacia reposar más al doliente. Con esto, de cuando en cuando, y á ciertos tiempos, era llamado de nuevo al cuarto del Valido, y gastándose allí mucho de lisonja y de palabras sin fundamento, se le iba confirmando, aunque dilatada y especiosamente, en que presto se le despacharia. El protonotario D. Jerónimo de Villanueva le solia preguntar en el cuarto del Rey á muy largas distancias, no sin linaje de falsedad para los que lo oian :—¿Cuándo se va usted? Y él respondia :—Señor, cuando me despachen. Luégo revolvia el protonotario :—No se vaya usted sin un despacho mio. Cosa que dejaba atónitos á los que estaban allí y oian esto, porque tenía mortales ansias de partir, y los que le habian de enviar ningunas de despacharle.

La marquesa de Villanueva del Fresno, su mujer, recien casada con él y con los primeros cariños de la boda, en esta

parte siempre hazañeras, afectadas y sin prudencia, se fué á casa de la marquesa de Alcañizas y la pidió dijese al Conde, su hermano, la diese licencia de ir con su marido á Milan, porque de no dársela se la tomaria ella, y en sabiendo que habia llegado á Alcalá partiria tras él. La marquesa de Alcañizas aseguró que se lo diria, y buscándola de allí á algunos dias la dijo se lo habia dicho, y que su hermano habia respondido que no fuese, porque el señor D. Antonio habia de volver luégo y tornar allá más despacio, y que entónces podia ir; cosa que sabida por él y por todos no acababan de entender este misterio ni de creerle, ni que esto habia de llegar, ni sería; y así, los más allegados al Valido le desahuciaban y tenian por de burla. Pero, sin embargo, las instancias de Milan eran tan grandes y lo que en esto se discurria en la corte, que por disimular sus trazas, y deslumbrar á los entendidos y que trascienden ardides y rodeos, se resolvió su ida con título de Embajador, poniéndole precepto inviolable de no hablar al Infante en partes privadas, con que por la misma razon se hacia mayor la fantasma en los ojos y juicios de los cortesanos; y el mismo conde de Altamira, y sus hermanos el marqués de Almazan y el cardenal de Jaen, no acababan de desatar el enigma. Un hombre que no iba, y despues que sí, que no acababa de ir, que no habia de perseverar allá, que se habia de volver y tornar, y todo contra el dictámen del Valido, ¿quién habia de asistir con el entendimiento que no fracasase en un piélago de tantos contrarios? La mayor materia de Estado, era tenerle pendiente y en el aire y con poca seguridad en su pretension, porque nadie se diese á fiar de prosperidad en su fortuna ántes de algun precipicio, presagio cierto de su estabilidad y malogro, y enviarle por Embajador quien era gentilhombre de la cámara. Pero verdaderamente no estaba esto ajeno de prudencia y sutileza, pues se tomaba este calor para dar causa á su ida y para soldar la quiebra de su crédito de la vuelta pasada, y que fuese con algun designio paliado, y deslumbrarle como si fueran ciegos los atentos. De su partida trataremos en su lugar: concluyamos con el duque de Feria.

Aprestó su ejército y compúsole, aunque con el trabajo ordinario, poco dinero y pocos bastimentos: estaban todos los príncipes vecinos con mucho cuidado de la expedicion, porque aunque la voz era que pasaba á la Alsacia, como muchos de ellos se habian ligado de secreto con el frances, temian que entendido el secreto no diese sobre sus casas con aquel color, y creyeron que el rey Católico se anticipaba y queria tomar satifaccion de las ofensas y atentados, y así temieron y quisieron asir la ocasion. De aquí, el que más aprisa derramó el veneno fué el duque de Parma, levantando gente y esperando la de Francia, que así se conducia al Monferato por la Saboya y Piamonte, comenzando aquel Duque á disponer sus levas; pero los demas sin resolucion, esperando el fin, aunque los embajadores y ministros franceses los inquietaban y persuadian á la guerra con pretexto de la libertad de Italia. Finalmente, marchó el duque de Feria á 22 de Agosto con 10.000 infantes y 1.500 caballos, gobernando la caballería su teniente general Geraldo Gambascurta, y por general de la artillería el conde Juan Cervellon, comisario general de Milan.

Dejó allí á la Duquesa, moza y recien casada y de admirables partes, de la casa de Priego. Logrado ya el pensamiento del pretendiente, tan desproveido y falto de dinero, que apénas en una jornada de tanta importancia, y en una ocurrencia tan precisa y en la entrada de la provincia, pudo dar media paga á los soldados, cosa bien de notar y de que no se admiró nadie. Sí escribiremos, que parece se encaminaba esto más aina á sacarle del estado de Milan y de la comunicacion del Infante que á otra empresa de reputacion.

Llegó á Fissen, en el Condado del Tirol, y á 18 de Setiembre le llegó el regimiento de alemanes del conde de Althems y doce compañías de caballos del baron Sebau, y juntósele el conde de Aldringue con la gente de Alemania y los demas, donde se comenzó á coger la primera sospecha de traidor en el general Frislan, que pidiéndole 4.000 caballos para el paso de S. A. los negó; fuésele poco á poco consumiendo el ejér–

cito con los asaltos y reencuentros, con la gente que metió en las plazas ganadas, como Urisac, Rhim-felt y otras que dejamos referidas, y con los heridos, muertos, enfermos y fugitivos. Ultimamente, falto, desproveido de dineros, soldados y vituallas, tanto que se llegó [á decir que sólo se comia vaca en la mesa del General y que faltaba el vino; y además de esto, el mal tiempo y suma aspereza del camino, la falta de alojamientos, y afligido de verse tan léjos y desamparado de todo auxilio, y que si bien envió á España á pedir socorro, como es de ordinario, no fué oido ni se le enviaron, de suerte que le vino á quedar de toda la gente con que salió de Lombardía y la que se le juntó en el Condado del Tirol, 7.000 infantes y 1.000 caballos, porque aunque se hallaba con el coronel Aldringue por el Emperador con 10.000 caballos, y entre ellos 2.000 croatas, persuadiendo le diesen batalla al enemigo que le tenian al opósito armado y con muchos y muy formidables escuadrones, que era ocasion para conseguir algun buen efecto y emplear aquella gente victoriosa, que deseaba pelear y ganar honra, se disculpó el Aldringue con decir no tenía órden de pelear ni resolucion del general Frislan para hacerlo, ántes le habia escrito no la diese y se fuese para él, que tenía ya concertada y en buen estado la paz con los rebeldes y príncipes de Alemania; con cuya dilacion é intervalo entre ambos capitanes, los enemigos tuvieron comodidad de cargar á Ratisbona y llevársela. Hizo esto Frislan por no dar acasion al duque de Feria de que con algun buen suceso se aumentase en gloria y en reputacion, y porque sus intentos no torciesen ú obligasen á torcer del camino que llevaban; accion que declaró por infiel al general, aunque el Emperador no lo creia siendo avisado, y se le procuraron desde allí aplicar los remedios para que no pasase adelante, enviando desde Milan á Alemania al conde de Oñate, para que tratase con los príncipes y electores del Imperio la eleccion de Ferdinando por Rey de romanos, primogénito del Emperador, en que andaban remisos por las contradicciones y tratados de Francia, y para que con su diligencia y aviso evitase la

traicion y la mayor ruina que esperaba la Europa; y á él se le debe aquel descubrimiento, acierto y remedio. El duque de Feria, viéndose desamparado de socorro y que apénas los soldados hallaban con qué cubrirse, ni se les concedian alojamientos, porque todos los ocupaban los soldados alemanes como diestros y naturales del país; que les faltaba el pan de municion, y que no podia obrar conforme á su ánimo generoso; combatido de diversos pensamientos y del miserable estado á que habia llegado la falta de todo, y el ver padecer á aquel pequeño ejército de hambre y de descrédito; si bien avisó de todo á España, y que de su hacienda le socorriesen con facultad real, no perdonando sobre fatiga tan grande la media anata, se tomase dineros á censo sobre toda ella; cercado de todos estos trabajos, adolesció en Estamberg, á 24 de Diciembre, de una calentura maliciosa, pasó á Mónaco, corte del duque de Baviera, y rindió la vida á las necesidades y trabajos de la guerra ántes que á las balas de los enemigos, depositando allí las esperanzas que de varon tan grande tenian concebidas los espíritus de mayor autoridad en la milicia. Fué sentida su pérdida entre aquellos y en los que tienen por infelicidad el no prevalecer los hombres de quien se halla servida la república y honrada la patria, con dolor y lástima de todos y de toda aquella milicia, porque vieron faltar un caballero, un consejero y un soldado digno de mejor pluma y de más atenta estimacion: ¡y dejarlo perecer en tan distantes provincias! pero reinaba esta fatal influencia sobre los mejores. Dióse su encomienda á su hijo mayor: quedáronle dos; el segundo murió en el camino viniendo la Duquesa de Milan á España; el mayor en el Escorial, donde la Duquesa se retiró no queriendo entrar en Madrid á tratar de sus negocios y pretensiones; con que, no sólo el hombre, sino tambien la casa acabó y quedó sumergida en la del marqués de Priego; y con su falta, el Rhingrave Oto vino con gente y ocupó las plazas que habia tomado en la Alsacia.

Habiendo faltado el duque de Feria, se acordó enviar allá á D. Diego Mejía, marqués de Leganés, para que le sucediese

en el cargo y manejo de aquellas armas, cosa que él sintió mucho, porque llevaba mal el desacomodarse de sus alquerías, dejar su casa, sus regalos, delicias, alhajas y riquezas cual vasallo jamás tuvo, ni áun de aquellos que militaron al lado del emperador Cárlos V, adquiridas en tan pocos años. No parece sino que para éste y para el duque de Medina de las Torres, cuando faltaba á todos, á ellos sobraba y era suyo el dinero, y lo despendian generosamente en sus arreos y personas, porque esta era estos dos solos la disfrutaron, si bien se acrecentaron los demas de la parentela. No poco dió sus razones y sus excusas el D. Diego, y replicó para eximirse, y no se admitieron, ántes bien fué amenazado por el primo Privado, que si no obedecia le serian quitados y proveidos sus cargos y oficios, que se componian de grandes y excesivos sueldos, heridas que le llegaron al corazon; con que hubo de ceder al árbitro que le habia exaltado y enriquecido. Obedeció, finalmente, pero con partidas y ventajas tan crecidas, que cualquiera lo podia aceptar y áun solicitarlo: con fatigas de pretendiente desfavorecido y sin nombre, dijo no habia él de salir de su casa como los otros, ni se habia de exponer al riesgo y fortuna de los que miserablemente habian perecido, que se le habia de dar todo lo que pidiese, así de dineros, gente, mercedes para sí y para sus amigos y allegados; y que el dinero habia de estar tan pronto, que habian de pasar las letras y los efectos por su mano primero, y habian de estar aceptadas y fijas ántes que partiese. Todo se le concedió, como miembro del poderoso, porque no se habia de entender con él lo que con los demas, porque nuestras acciones han de ser siempre las más bien vistas y validas, y los privilegios que no concedemos á aquellos no han de ser de ejemplo para los nuestros, ni los hemos de limitar el dinero, nervio con el cual carga la vida de las empresas. En efecto, escogió como dueño de la heredad, que cuanto quiera que la ceñimos de cercas y torres y la negamos á los otros, como si fueran extraños de ella, ha de estar abierta y de manifiesto para los que nos la hemos tomado; nuestras acciones han de ser relevantes á las de

los otros, y nos ha de obedecer la felicidad, porque en la prosperidad de los hechos que nos fabricáramos y que quisiéramos ayudar, consiste la gloria y la conservacion del mandar y proseguir en el señorío, y sabremos hacer nuestros soldados de mayor experiencia y nombre que los otros. Y verdaderamente esto era así, porque estaba tan ventajosamente beneficiado éste, que parecia excedia en hazañas y victorias á nuestros antiguos capitanes y á los que ahora, aunque deslucidos, tenemos, cuyos hechos en otra era, por más que los sepulte el olvido y las tinieblas, lucirán.

Diéronle 30.000 escudos de sueldo sobre 50.000 que tenía por los oficios de Flandes, ejercidos en el ocio de la costa, como general de la artillería de España y otros consejos y juntas de utilidad, como presidente de Flandes y junta del Almirantazgo. Buscáronse, sin embargo, 20.000 ducados de ayuda de costa, que luégo los halló el conde de la Puebla, su hermano, como presidente de hacienda, cuando no se pagaba un moderado juro, ni unos gajes á un criado, respondiendo no habia en qué librarlos; cuando los descendientes de los Toledos y los Córdobas naufragaban á la injuria y desden del Privado ántes que á la del Príncipe, porque no sometian sus juicios y sus acciones y servicios á la celeridad de su capricho, haciendo delito la disculpa y el descargo de no poder decir á lo que se les ordenaba, y más cuando pedian lo forzoso al servicio del Rey y á la empresa; y cuando pidieron el premio de sus fatigas, era solicitar mayores servicios al Príncipe. Tantos habia hecho este caballero á nuestras coronas, tantos años habia manejado el baston él y sus descendientes, para que sólo en él resplandeciesen las dignidades y los premios: haber pasado dos veces á Flandes para traer buenas tapicerías y pinturas, más parecia impulso de curiosidad que de soldado é ir á solicitar la presa ántes que la fatiga peligrosa del asalto.

Dejo aparte esta batalla de Nortlinga, que esa dióla Dios, la Iglesia y el Imperio para librarle de la torpeza de la herejía, y porque luégo haremos mencion de los que la ejecutaron y

dieron valerosamente la victoria, y merecieron el honor y el laurel que por largos siglos vivieron en su frente.

Partió, pues, D. Diego Mejía á Milan con dos ó tres millones de resguardo, con el sueldo y ayuda de costa y otras mercedes para sí, para sus amigos y criados. Si este pasaje se hiciera á los otros capitanes, ¿qué cierto es no rehusaran la carrera del bien obrar, ántes se abalanzaran á ella, á mayores y más inaccesibles dificultades, las pidieran, solicitaran, anhelaran por ellas y formaran querella de que no se las daban? Porque veian acrecentado éste y fallidos los otros, era el desmayo; porque no parece sino que le beneficiaba el poderoso, y le cargaba de tesoros adredemente ó con designios para alguna apetecida y secreta adolescencia suya; y así, parece que convenia que se salvase uno porque pereciesen todos.

Pasó á Milan, visitó al Infante, dióle cuenta para lo que venia, dió las cartas del Rey y del Ministro, y estuvo en su mano el comenzar á conducir la gentes y escogerlas: tomó en Milan la mejor, y sacó de los presidios los soldados viejos y envió por los tercios veteranos de españoles ó italianos á Nápoles y Sicilia; de suerte que despojó aquellas plazas de armas de la mejor y más escogida soldadesca que tenian. Los franceses y sus aliados, á estos aprestos no dejaban de hacer los suyos, ni de encaminar sus inteligencias y ardides á las partes que les convenia.

Habian sentido notablemente el casamiento del Gaston, duque de Orleans, hermano del Cristianísimo, con Margarita de Lorena, y pretendian desasirle y darlo por nulo, teniendo por cosa fácil el conseguirlo en sus escuelas y letrados. Sentian, por el consiguiente, verle en Flandes debajo de la proteccion de España alimentado á las espensas del rey Católico; y para sacarle de ambas cosas, y del dictámen de su madre, que seguia en odio y en oposicion del Richelieu, Privado de su hermano (notable aborrecimiento), trataron en la corte de París, en el Parlamento, donde se juntó con particular cuidado lo más poderoso de este Consejo, y allí se debatió largamente la materia.

Tomóse por asunto para conducirle á la obediencia del rey Cristianísimo, que se queria tratar de sucesor en la corona, por cuanto habia cerca de veinte años (aunque debajo del vínculo de matrimonio) que no tenía sucesion; y aunque el duque de Orleans, su hermano, de segundo matrimonio, tenía solamente una hija, la Ley Sálica, establecida en aquel reino, las excluye de poder suceder.

Ventilóse, como digo, largamente este punto en aquel Parlamento, con no más fines que por hacer injuria á la Casa de Lorena, por tener alianza con el rey Católico, esclarecidísima en todo el orbe, apartarlo del Estado de la Reina, su madre, y sacarle de Flandes; no sé porqué, porque él era tan fino frances, y de tan cortos pensamientos, que habiendo salido tan mal de la faccion pasada, cuando bajó á la provincia de Lenguadoc, y malogró 2.000 caballos que le dió la infanta Doña Isabel para hacerle hombre, que no habia que temerle ni recelarse de él, ni áun que podia hacer alguna division en el reino ni servicio considerable á la corona de España, ántes parece que estaba allí no á otra cosa que un espía general de nuestros designios en aquellos países, una resolucion de los naturales y á una indecencia pública y descortesía de lo demas decoroso. Finalmente, se le apretó y le hicieron llamar, y que dentro de tres meses compareciese en París para hacer eleccion de Príncipe y heredero, por la indisposicion é imposibilidad de su hermano, y donde nó, que sería excluido. Agraváronle, sin embargo, que se habia casado sin acuerdo y voluntad del Rey y del Parlamento, que quiere tener parte en estos hechos, y que las leyes y decretos establecidos en tales casos depongan de esto y tengan fuerza para la ejecucion. Pero el Monsieur callaba y se daba por desentendido, creyendo se enderezaban estos fines á no más que quererle recobrar y á tenerle despues preso y estrechado en una fortaleza, y sumiso al trance y al ardid de un Privado, que pretendia más aína ser Rey que Valido, si ya no que esta tiranía ó violencia es tan á gusto del Príncipe y tan á sus ojos, que ellos quieren que sea virtud y buen celo, haciendo depósito del reino en

quien se le sepa tomar debajo de buen gobierno; pero no todas las veces sale bien este descuido.

Pretendia el Richelieu deshacer este matrimonio del Gaston por no haber querido aceptar el de su sobrina, la viuda de Combalet, cosa de todas maneras perjudicial y de descrédito para la Francia, y áun que todos lo príncipes se juntasen á castigar este delito. Pero los príncipes de la sangre y el Parlamento no lo atinaban ni podian dar alcance á la paciencia del Rey, ni se entendian en mostrar en este suceso tanta fe, pues de esta discordia y desconformidad habian de aspirar á sus medros y acrecentamientos, como lo pretendieron los años pasados, cuando faltó sucesor y se opusieron á Enrique cuando lo pretendia ser; y esta ocasion era más urgente, por cuanto sobre quien cargaba el mayor derecho, ni tenía aquellas partes del padre, ni era tan soldado, y era muy verisímil asir cada uno de su provincia y meter en division toda la Francia, y lograr una pretension tan envejecida y deseada de las mayores cabezas y de los descendientes del príncipe de Condé. En Alemania proseguia la guerra, por la parte de los enemigos con aliento y desconfianza de los católicos, enseñoreando cada dia puestos y plazas de mucha consideracion por la flaqueza y vacilacion del caudillo que habia aflojado en las empresas y parádose á pensar cómo entraria en el señorío de Alemania y en la desolacion de los señores de la Casa de Austria, y entre las codicias de la corona Imperial, cuál sería el más tirano. Inquietábale el Valido de la Francia; ambos á él y al duque de Sajonia, ofrecia llanos los reinos de Bohemia y de Hungría, y despues las Austrias, y en rehenes al Gaston, duque de Orleans, y todo para revolver y desprestigiar la majestad de nuestros príncipes; por tan llano tenia el poder usar de él cuando quisiese: aunque estaba en Bruselas, no se descuidaba el Elector con estas ofertas de conducir sus gentes con las otras de sus coligados.

Por este tiempo se despertó un bravo enemigo en Alemania, que habiendo servido al Emperador y tirado sus gajes volvió contra él, y le armaron para que fuese enemigo capital

con motivo de restituir en sus posesiones á los malcontentos; éste era el duque Bernardo de Veimar, nieto de Federico, duque de Sajonia, que fué preso y desbaratado en el paso de Alvis por el mayor y más memorable de los emperadores. Este, pues, armado y con ejército, talaba y ponia al fuego y al saco las hermosísimas colonias y ciudades del Imperio. Gustavo de Orne, caudillo de las gentes de Suecia y otros herejes alemanes, tomaba las plazas mayores y mejores puestos, ya de las márgenes del Danubio, ya del Rhin, en el Palatinado inferior, queriéndole sacar al rey Católico, que le tenía en nombre del Imperio por los gastos hechos de gentes y ejércitos en ofensa del tirano intruso de Bohemia. El rey de Francia le queria para sí, como despues sucedió, sacándoselo de las manos á D. Felipe de Silva; mas á esta hora batia la de la Alsacia y se enseñoreaba de nuevo en las que habia recobrado el duque de Feria por el Rhingrave, porque el ejército católico que las podia defender, aunque á cargo del conde Juan Cervellon, quedó por algun tiempo por acuartelar, y ahora se hallaba, á persuasion de Maximiliano, duque de Baviera, alojado en Mónaco y en sus comarcas en medio de los suecos, asistiendo á la Suecia; con que se defendian las tierras de aquel Duque y no se acabaron de perder. Asistia, sin embargo, el frances á sus confederados, y proseguia en la ruina del Imperio en socorros de dineros y soldados, aunque éstos muchas veces faltaban calmando la promesa y el efecto, aunque tal vez, y áun en muchas, se quejaban de las ciudades libres y de las cabezas de los partidos que gobernaban diversas tropas. Los holandeses pedian los regimientos de infantería y caballería para salir á la primera campaña y acabar de comprender todos los países bajo de su dominio, materia en que ya se habia discurrido con la cercanía más maduramente en el Parlamento de París, y que se les hacia demasiadamente poderosos, y más de lo que convenia; negándoles con la esperanza el efecto y cuanto en los años pasados se les habia asistido con la gente y con el dinero á la prosecucion de la guerra en el País-Bajo, porque el fran-

ces entró en pensamientos de querer entrar á la parte, y áun en el todo, como se irá viendo. Las pérdidas presentes de tantas tierras y plazas y el país de Limburgo más cercano á la Francia, disuadiéndolos por aquí de guerrear más en aquel círculo, solicitaron la sorpresa de Treveris y todo lo adyacente al Elector eclesiástico, con designio misterioso y falso de querérsele preservar de la rapiña de los suecos, porque él sólo podia evitar esto y librársela de la insidia, y queria tomársela para sí, para estar más sobre el País-Bajo, darse la mano con el holandes por el Limburgo, cerrar los socorros de Alemania, cortarlos y tomar por sí mismo con los holandeses, y hacer caudillo de aquella guerra y aspirar á la tiranía del País-Bajo, y áun de todos, como nos lo dirá el año que se sigue. Para esto los hacia conducir con la persuasion de su Ministro á conducir armadas de navíos, á que pasasen á las Indias y á su disipacion, y á hacer la guerra más vivamente en aquel ángulo postrero de nuestra monarquía, porque casi los llegaron á poner en tal estado, que ellos podian ya recatarse del frances y de sus entradas. El rey de Inglaterra y los demas protectores eran de este parecer y consejo, y lo habian conferido con sus mayores confidentes y estadistas; con que no saliendo á la invasion ó no preparándose para ella, este año enviaron sus armadas á diferentes partes del mundo; muchos bajeles se dejaron calar por el Estrecho gaditano á las contrataciones de Levante. Sesenta navíos corrieron á Oriente y á Occidente á la frecuencia de la tráfica y al aumento de la compañía y factorías; con que robaron largamente y se aumentaron en riquezas y mercaderías; y parte de ellos esperaron en Occidente las flotas y galeones de La Plata, y fortificaron á Fernambuco, y se afirmaban en él para acabar de sojuzgar, con el tiempo y con los nuevos socorros que esperaban de las Indias, todo el Brasil, y hacer rostro desde allí al Cabo de Buena Esperanza y al Estrecho de Magallanes y volver sobre la Habana á esperar las armadas de Castilla y Portugal.

Pidiéronse en esta sazon, y para alivio de semejantes cuidados, 18.000 hombres pagados en el reino para los presidios,

y concediéronse demas de las otras gabelas y tributos en que no se dejaba descansar á la pobre Castilla: sacábanse los labradores de los lugares y labranzas, y se prendian llevándolos forzados; con que espiraba la cultura de las tierras, faltaban los mantenimientos á la gente, ó se compraban á excesivos precios, circunstancia no menor que las demas en que se padecia sin poder arribar un punto al alivio de la tolerancia. Estos aprestos y levas tenian no sin atencion á los franceses, que con las armas y la sedicion sublevaban las cabezas de los ejércitos, como luégo veremos; rumores que estuvieron para hacer mudar semblante á Maximiliano, duque de Baviera, que, poco ántes, no admitiendo las solicitudes de la Liga en que estuvo iniciado, se reconcilió con el César; previniendo que despues de la batalla de Leipsick ó Lutzen y restauracion de la Silesia, por accidentes de infidelidad, falta de gentes y dinero, rotas y tomas de plazas y no postrar ó ceder la rebeldía á la utilidad de los consejos y á los avisos de los más celosos, se habian empeorado las cosas de Alemania, manifestó al Emperador se tuviese más cuenta con la guerra y con el estado de las cosas; donde nó, volveria los pensamientos y la devocion á Francia, y seguiria aquellos designios, la Liga y la union de los confederados, por librar del fuego y la desolacion sus tierras y estados y todo lo demas que le tocaba; no bastándole para su defensa las pocas gentes del duque de Feria, difunto, que alojaban en ellas.

Jamás en ninguna era, ni cuando se armaron contra la potencia de Cárlos V, por emulacion ó por envidia, los espíritus ambiciosos de Alemania, se vió la maldad y la sedicion más dañosa ni peligrosa, ni más vivo el odio contra sus progenitores que en ésta, por la parte sola de una cabeza que inficionaba las demas de la Europa, sin aceptar ninguna, y al paso que la Omnipotencia Divina, por especial providencia suya y por la amplificacion de la Iglesia, obraba contra sus decretos y caudillos y ponia la esperanza de la religion, con la prosperidad de algunos buenos efectos, en mayores y más formidables fundamentos; á ese mismo, no des-

caeciendo de su protervia y de lidiar locamente contra su invencible brazo, se tentaban medios y se emprendian temeridades fuera del todo buen uso de la guerra, y se abrian zanjas para trastornar la firmeza y seguridad de nuestros príncipes. El infierno parece que abria sus gargantas y quería tragarse la cristiandad y acabar de inundar el orbe con el veneno torpísimo de la herejía; no se elegian las trazas antiguas y prudenciales para proseguir la guerra, ni se encaminaban los ejércitos solamente á la gloria militar de los reencuentros y batallas ó al asedio de las provincias y las plazas, sino á rebelar los mismos caudillos contra sus señores, y conjurarlos contra sus vidas y estados, y que la traicion predominase á la potencia del mayor Príncipe, y ésta se estableciese en los Consejos, en los Parlamentos y Asambleas, ántes que los otros progresos y materias honestas de estado, encaminadas por varones píos y católicos. ¿A quién, pues, abandonando la honra, el crédito, la reputacion, la cristiandad, el decoro verdadero de las acciones reales, el uso de las virtudes generosas que resplandecen en el Príncipe, que le hacen admirable y mayor entre los otros?

Despues de la batalla de Lutzen y de la muerte del Gustavo Adolfo, rey de Suecia, que quebrantó el brío y el corazon á los tiranos y opresores de Alemania; y despues de otros buenos sucesos conseguidos en la Silesia, Morabia y en las otras partes del Imperio, y que el partido de los enemigos iba de caida, y que con la muerte del tirano mejoraban las cosas y se desbarataria la Liga y arribaria la espada del César á la satisfaccion y á la enmienda de los malos, el sedicioso de la Europa, no parando aquí su discurso y viendo prevalecian las armas católicas sobre los infieles, y que sus pretextos iban de caida y todo el cúmulo de sus pretensiones, y que la Hungría, Bohemia, las dos Austrias y las demas provincias de la Casa de Austria, y aquellas ciudades que se juntan y hacen forma de Imperio, aunque parte de ellas perdidas, no se desencuadernaban de la obediencia del Emperador y que no destroncaba la dignidad de sus raíces, ni se conseguia el intento de los

primeros tratados de la Liga, viendo no hallaban capitan que tomase sobre sí la empresa, ó á lo ménos faltaban esperanzas sobre los otros para prometérselas, y que no habia quien ocupase aquel lugar y aquel vacío que perdió el sueco, desvelándose en varias y distintas quimeras como enemigo conjurado contra el comun sosiego, contra el sagrado de las leyes y la reverencia de la religion cristiana; eligió el último como más extraordinario y dañoso y el que bastó á trastornarlo todo (si Dios no pusiera la mano) y volver en cenizas los mayores y más esclarecidos príncipes que ha tenido el universo, las columnas de la Iglesia, los baluartes de la fe y los fundamentos de la conservacion y sosiego de los vasallos. Tentó, finalmente, al capitan de Alemania, al que manejaba con absoluto poder las armas del Imperio en nombre del César, al duque de Frislan, en cuya mano estaba todo esto. Habíale levantado el Emperador de no más principios que de caballero particular y de varon pobre, despues de la muerte de Juan Teserclas y baron de Tilli, que tenía la misma dignidad de Capitan general del Emperador, porque era afortunado en hacer gente, en conducir muchos y muy grandes regimientos, en aquella sazon cosa importantísima y de utilidad, y entregádole las armas del Imperio y héchole árbitro en la expedicion y en el manejo, y cometida la guerra á su parecer y consejo; héchole duque de Frislan, de Glofibia la mayor y de Sepchen; dádole la investidura de duque de Meqlemburg, señor por esta parte de Rostoc, opulentísima en mar y en tierra, y de Bismar, ciudades populosas, y de Lubec, magnífico Imperio de Suecia y Moscovia; mereció con las armas el Toison de Oro y el título de Alteza, crecióle en rentas y en vasallos, erigióle en señor libre, y emparejóle con otros príncipes potentados de Alemania; accion que, entre las demas causas de disgusto entre los Electores y las otras potestades de aquella grande y extendidísima provincia, tuvo su lugar, y que se les habia levantado un hombre, respecto de su calidad de moderados fundamentos, y puéstosele á la cara contra su dictámen y contra el parecer del duque de Baviera. A éste, pues, el que no ha-

bia visto prevalecer las armas enemigas contra los imperiales y sus trazas, sobre aquellas, como digo, le tentó. Le expuso, á mi ver, el estado de las cosas de Alemania y el que tenía Bohemia, aunque la asistia la Hungría y las otras provincias; que por más que las esforzase y se mostrase osado á defenderlas, no podria por la falta de dinero y gente, y que el Emperador no habia de poder acudir á tanto, ni sus fuerzas ni las de España habian de bastar á resistir, cuanto y más contrastar el poder de una Liga tan opulenta y formidable que habia de arrastrarlo todo, así electores, eclesiásticos y seculares, como á todos los demas príncipes, y más cuando los holandeses, en Flandes y en las Indias, le tenian tan aquejado y consumido que le faltaba aliento para respirar; que le parecia estaba muy orgulloso y muy vano, porque le habia faltado un enemigo capital y de maravillosa reputacion como el rey de Suecia, que fué fortuna de un golpe, no del valor, que á no recibirlo del encuentro de Oppenhein ó de los que acaudillaba, perdiera aquel dia la honra y la batalla y se concluyera el fin glorioso de la Liga y saliera la Casa de Austria del imperio de sus límites y patrimonio; que discurriese habian quedado aquellas legiones y cohortes en el mismo vigor y denuedo que ántes y con el mismo terror para con los suyos, á la órden y disciplina del gran Gustavo de Orn, mariscal de campo de aquel Rey, de no menor fortuna y valor; y aquellos soldados viejos, en el aspecto y en la ferocidad espantables, en quien consistia la vida de la empresa, sin haber aflojado en la invasion como al principio; que persistia en proseguir la guerra el duque de Sajonia y sus aliados, y que gobernaba un gran pedazo de ejército determinado á ofender y dañarle cuanto pudiese; que el duque Bernardo de Veimar llevaba otro con el mismo intento y otros muy escogidos capitanes confederados todos á deshacerle; y todos estos y otros muchos, socorridos y fomentados por grandes príncipes como el rey de Francia, el de Inglaterra, toda la Holanda, príncipes del Imperio, el Rhingrave y Ludovico, todos con dinero y gruesos regimientos de caballería é infantería; que considerase el mise-

rable estado de Alemania, las muchas plazas y tierras perdidas, la falta de devocion en los súbditos naturales, y los muchos confederados; que se salvase y pusiere los ojos en alguna parte de aquellas provincias, y de su consejo en el reino de Bohemia, presa digna de premiar un generoso, que se le ayudaria á la usurpacion; que si el Emperador le habia hecho potentado, el rey de Francia le haria rey, le colocaria en la dignidad y en la corona; que si no queria valerse de los ejemplos antiguos, los tomase de los príncipes y electores, que todos estaban coligados y repartidos entre sí los pueblos y dignidades de la Casa de Austria; que tan grande confusion y revuelta, pedia ántes que asistir á la fe, á la conservacion de la propia persona y á apoderarse de algo para permanecer entre los más grandes; que le avisaba con el tiempo con seguro augurio y de mayor calidad en los trances adversos; que pues tenía las armas en la mano y era señor de ellas, imitase al mayor de los capitanes romanos; que la más principal parte de aquel ejército estaba á cargo de deudos y parientes suyos que le seguirian; que les ofreciese los dictados y los pueblos; y que si bien la otra era gobernada de coroneles alemanes é italianos, en quien hallaria alguna resistencia, los tentase el ánimo y sobornase la codicia, que podria ser que con la rotura de las cosas apeteciesen el acomodarse con el tiempo y la necesidad; que pues estaba en lo interior de la Bohemia, en Pilce, su plaza de armas, no sacase los piés de ella, se arraigase allí y la embistiese, estuviese por suya, y á su opinion cabos y oficiales de la artillería, municiones y vituallas, é hiciese más, pues habia comenzado; y que por último aviso le ofrecia el auxilio y socorros de todos los príncipes y potentados de la Europa.

Exornaba con este rigor y ferocidad el tumultuario; y como suele el veneno apoderarse del corazon humano á los principios de la posesion del cuerpo, así estas ofertas el Alberto de Walastain, duque de Frislan, con su ánimo proceloso, lleno de tempestades y de inconstancias, suspendido y arrebatado de la codicia, las abrazó, y pareciéndole que pues

un Príncipe extranjero, con el valor y los auxilios se habia hecho tanto lugar en Alemania, que quién quitaba que no lo hiciese él, pues tenía á su mandar las armas y el ofrecimiento de la misma ayuda y socorros. Encendióle la ambicion y la vanidad del reinar, y más de la corona de Bohemia; pero no discurrió á cuántos en pocos años habia despeñado y puesto en miserables fatigas, destierro de la patria, pérdida de estados propios y ajenos, peregrinaciones por provincias forasteras y al trance la vida y reputacion. Hallábase, pues, dentro de ella, y, como le dijo el insidiador, con parte del ejército debajo del gobierno de deudos suyos, luégo los convocó y declaró la oferta y el pensamiento, los redujo y halló de su parte, y le prometieron el poder sojuzgar todo el mundo, mandar y darle leyes, y la potestad y riquezas del reino; con que comenzó á resfriarse en los progresos de obrar en servicio del Emperador, y áun querer salir de allí á darse la mano con los enemigos, y á comunicar con ellos las trazas de la conjuracion y destrozo de su Príncipe. Despachó cartas á toda la Liga con personas de confianza que tenian la noticia forzosa y necesaria en Alemania, Holanda, Inglaterra, Francia é Italia; dando por causa en la remision de no salir en campaña á las inclemencias y rigores del invierno, esto para con el César; y tomando por achaque el darse por sentido de algunas quejas que cerca de aquella Majestad Cesárea daban de su persona en la corte de Viena y del proceder de la guerra, y esto, á algunos de los más fieles consejeros y cortesanos. Este accidente y el haber ganado este caudillo para sí, alborozó mucho á los confederados, porque cuando no se consiguieran otro fruto de este hecho sino la destruccion del ejército, que de buena razon se habia de seguir, era bastante para prometerse la ruina y destruccion de Alemania, la de Bohemia y de Hungría, fundamentos de aquella Majestad, y de todo lo demas perteneciente al César y á sus sobrinos en el condado del Tirol, y á los otros parientes austriacos que ya los daban por excluidos de la posesion y derecho, y que era llamado alguno á la dieta de Ratisbona para ponérsele la corona del Imperio; y

que se repartian entre sí las tierras y enderezaban despues los ejércitos á Italia para echar de ella á los españoles y el dominio del rey Católico, que ellos dicen es contra la libertad de los príncipes de Italia. Designios que, aunque encubiertos y embozados, se dejaron sentir por las cartas que se cogieron por los confidentes, puestos en distintos y diferentes ángulos de la Europa, particularmente por el conde de Oñate, embajador del rey Católico en la corte Cesárea; y al punto que acabaron de llegar los sucesos prósperos de la Silesia, obrados por el Frislan, que se aplaudieron en el Retiro de Madrid, persuadidos todos restauraban las cosas tan presto, se oyó decir á un consejero de Estado, torciéndose las manos, «este año (que es el que vamos escribiendo) se han de vender los cálices»; porque ya se habia traslucido la maraña, que fué para lo que se habia enviado á toda diligencia al conde de Oñate desde Milan á Alemania, para que deshiciese y penetrase con toda maña y silencio los intentos del traidor, lo avisase, y con su prudencia guiase las cosas á mejores fines, y matase las inteligencias de aquel capitan infiel. Para esto se dió prisa al duque de Feria, para que llegase con aquel ejército á la Alsacia para que hubiese allí persona confidente del Rey, soldados y capitanes con poder para resirtir á aquél, hacerle rostro, crecerle en gente y que llamase y abrigase á sí los regimientos y soldados más infieles del ejército Imperial; porque se dijo habia sentido el Frislan mortalmente la llegada del duque á Alemania, discurriendo no le fuese de embarazo para los intentos en que habia entrado este gran señor, gran cabeza, español y soldado, partes todas dignas de temerlas. La primera maldad que comenzó á obrar, fué decirle al coronel Aldringe, cuando estaba en la Alsacia para juntarse con el duque de Feria y echar de allí á los franceses y á las otras gentes, como suecos y alemanes rebeldes, que se viniese para él y no diese la batalla, que tenía concertada la paz con los enemigos. Esto, y negar los 4.000 caballos que de parte del rey Católico, y con expreso consentimiento del César, se le pidieron para el paso del infante D. Fernando al País-Bajo, lo confirmaron

por traidor contra el Príncipe y contra la patria, pretendiendo de aquí impedir la fortuna de ambos capitanes, y que no redundase en beneficio y gloria del Imperio si venciesen; comenzando con estas cautelas á servir á la infidelidad y la tiranía. La otra fué, que enviándole el Emperador á mandar se opusiese á los intentos del duque Bernardo de Veimar y defendiese al duque de Baviera, pudiendo socorrer á Ratisbona, no sólo no lo hizo, pero puso tanta intermision en su llegada que dejó tomar la ciudad ilustrísima y populosa, consistorio venerable de las dietas del Imperio, situada á las márgenes del Danubio. La otra fué, que siendo de parecer, cuando entró á gobernar las armas, en los primeros consejos que se hicieron, que se tentasen entradas por Francia y se castigasen los tumultuosos y dañados oficios de aquel Rey; y en los que se hacian al presente, cuando se debatia esta materia mostraba indignacion. La última, verle tan resfriado en el obrar, sin ningunos progresos en la reputacion y en el efecto, y su ejército parado, tardo, remiso, que daba comodidad á los enemigos para ocuparlo todo, para destruir el Palatinado inferior y sacarlo al rey Católico de las manos, que le tuvo por conquista despues de la tiranía de Federico, Palatino del Rhin, y la Lorena, por la usurpacion de los franceses que iban ocupándolo y abrasándolo todo; y él asido y arraigado en el corazon de la Bohemia.

Argumentos eran todos estos de grandes sospechas y principios de infidelidad, que ya tocaban en delitos y le confirmaban reo de lesa Majestad. Avisaban al Emperador, los más celosos del bien universal y de la salud y vida del estado, de estos principios tan siniestros; pero el César, atribuyéndolo todo á envidia y pasion que de él se tenía, muy usada en los palacios por el puesto y lugar que ocupaba y por lo que le habia exaltado, no les daba crédito, y á este paso procedia el obrar, peligrando á la entereza de no dejarse vencer de estos avisos. Para ser estos señores de la Casa de Austra constantes en lo que no les conviene, ciegos á las luces de lo que les desengañan, intrépidos á las materias de su deservicio, no

creia esto el César, rechazábalo, apartábalo de sí con ceño y con enojo, y daba á entender que se disgustaba de ello y de la introduccion de estas pláticas.

El Frislan, dueño en todas cosas y en todos avisos, era enterado largamente de las más mínimas calumnias que se rugian y murmuraban en Viena, mayor colonia de la Austria inferior; con que, dándose por sentido, afectaba para paliar la traicion una melancolía engañosa y un proceder lento y pesado, agravándose sumamente cuando se decia queria el rey de Hungría, Ferdinando III, salir en campaña y hallarse en el ejército imperial y asistirle, diciendo á los cabos y oficiales dejaria aquel dia el baston. Si de aquí se ha de argüir á éste y convencerle de traidor, en mi juicio, y en el de muchos que penetran y anteven atendidamente estos hechos, desde el instante de su eleccion al gobierno de las armas siempre lo fué, porque hablando en esta salida de Ferdinando, rey de Hungría y Bohemia, y de que se introdujese y amaestrase en la milicia, y que fuese soldado el que habia de ser Rey de romanos y Emperador, como lo pedian las discordias y turbaciones molestas de Alemania, que ya segun el estado en que se iban poniendo las cosas, le querian más aína ántes que ciudadano militar; digo, pues, que hablando en esta materia, lo impugnaba y decia no sería general donde otro le mandase: de esta mancha y del cobrar, pocos le darán por libre. Obró tan pocas ó ningunas hazañas, que en cuanto se puede escribir de él en nada se halló, ni alentado ni valeroso; la mayor y más ardua ocasion que tuvo, y cuando los más elevados espíritus del orbe se suspendian á los rigorosos trances y novedades de Alemania, nunca se le vió delante de los escuadrones, sino cuando él oyó se retiraba el ejército por la muerte del Rey, su general, y entónces con una pequeña herida, fingida ó hecha, hizo grandes extremos de arriscado y orgulloso, y afectó valentía, dejando el campo á los suecos y no procurándolos romper.

De estos principios, pues, y de que se murmuraba de él en la corte del Emperador, y eran emuladas sus acciones de

que no era soldado, ni valeroso, ni atendia al guerrear con reputacion, y al esclarecido nombre de la nacion Alemana, ni á la recuperacion de tan grandes pérdidas, ni á la honra y virtud de los caudillos tan venerados en el mundo, ni á la majestad y gloria del Imperio; fundó los motivos de su traicion y se resolvió á ella ántes que del todo fuese sentido y presupuestas las asentadas inteligencias y tratados que tenía ya con todos los príncipes de la Liga y potestades de la Europa. Prosiguiendo en nuestra narracion, digo, que como absoluto dueño de las fuerzas imperiales, obtenidas con tan amplios poderes y jurisdicciones cuales otro ningun capitan las tuvo, de suerte que ni el Emperador ni su Consejo de Estado despachaban ninguna patente, ni se embrazaban en las cosas tocantes á la guerra, porque todo lo habian dejado á su arbitrio y disposicion, con lo cual, y con las confederaciones que con el rey de Francia tenía el elector de Sajonia y Brandemburgo y el duque de Veimar, que con los demas cabos gobernaba sus tropas de alemanes protestantes; habia entrado en esta concordia, despues de la muerte de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, que fué con las que el año pasado se apoderó de Ratisbona. Con estos seguros y las fuerzas imperiales, de que no sólo se juzgaba gobernador, sino dueño absoluto, demas del reino de Bohemia, y de coronarse en Praga, corte de aquel reino, áun aspiraba al Imperio y á prometérsele. Eran los designios del rey de Francia y de los demas electores y príncipes protestantes, hacer un Emperador á su modo y á su obediencia, ni poderoso, ni grande, sino moderado para hacer á su voluntad y albedrío las cosas de Alemania é írsela usurpando para podérsela quitar despues con ménos dificultad; y así admitian á esta ascension á cualquiera hombre, como fuese tan cruel y tan dañoso que bastase arrancársela á los príncipes de la Casa de Austria y echarlos del Imperio.

El rey de Francia guiaba por aquí los electores, mas ellos por otro rumbo y á dos cosas: á que no fuese tan formidable ni Católico. En el Frislan lo hallaban todo, porque si

bien consentian que se abalanzase á la temeridad y se hiciese en él la experiencia del suceso, cualquiera que fuese, por verlo desde afuera, aunque él escotase sus socorros, en lo de hereje lo tuvieron por llano, porque en sus principios lo fué este hombre y lo mamó en la leche. Las virtudes de Ferdinando II cuando entró á ser Emperador, le hicieron, como á otros muchos, abjurar la herejía por naturaleza y por sangre; y tales principios produjeron tales fines. Peleábase en Alemania, demas de los otros motivos y del odio implacable que todos tenian á aquella suprema potestad, más que por otra codicia por extinguir nuestra sacrosanta religion, y por exaltar la abominable secta de Calvino y Lutero y hundir la nuestra. ¡Oh, qué maravillosa bondad, gran Dios! Cuanto quiera que hemos sido castigados por nuestros delitos, no has permitido esta infelicidad á nuestas esperanzas. Prosiguió, pues, el Frislan en su infidelidad y obstinacion, y para mejor conseguirla envió á acuartelar á la Austria inferior algunos regimientos de caballería y de infantería, y que pasasen allí lo restante del invierno, y por su cabo al general Asemberg, á quien habia cometido como persona confidente el modo cómo se habia de portar y las muertes que habia de hacer; y habiendo llegado á aquella corte con todo recato y maña, comenzó á disponer las cosas de manera que se consiguiesen, y en ellas el fin que se deseaba y para lo que era venido, no prometiéndose poca parte á su codicia y maldad si salia con el hecho.

Era la primer diligencia allanar las puertas de la ciudad, para que le entrase la gente de socorro que habia menester, y en esta forma dispuso que ocho hombres, los más escogidos en valor y resolucion que tenía, y otros tantos fuera, se acercasen la noche señalada á la puerta de Hungría, que es la que queda abierta hasta la hora de las diez de la noche (con gente de guarnicion para atender á los que entran y salen y á las necesidades forzosas del pueblo y seguridad), y que á las nueve y media en punto, estando cada uno en su puesto señalado, al tiempo que los de dentro hiciesen una seña, á la

hora habian de salir los unos y entrar los otros, ó trocándose las manos, y los de afuera degollasen á los soldados de guardia de la puerta de adentro, y los que salian á los que guardaban la segunda puerta, que guarda el puente del foso y se comunica con el arrabal. Con esto, apoderados de esta puerta, que se habia de haber hecho con gran silencio, uno de ellos se habia de partir á toda diligencia á un paraje media milla de la ciudad, donde estarian cuatro regimientos de caballería que, avisados de lo sucedido, marchando á toda prisa, entrasen en la ciudad al tiempo que su general la hubiese hecho pegar fuego por cuatro partes, ganando ante todas cosas la casa de la Municion; y con el alboroto y revuelta entrar en palacio y hacerse dueño de él, y despues de haber muerto á las personas cesáreas, sin reservar á ninguna, ejecutar lo mismo en todos los españoles, italianos y las otras gentes alemanas y la nobleza y consejeros del Emperador (lo cual estaba concertado para el dia 19 de Febrero); y que por el Danubio abajo, que bate en las murallas de Viena, corriesen veintinueve barcas con infantería, despachadas por el duque Bernardo de Veimar, para asegurar el hecho y fenecer la faccion, y con la demas gente alojada en los contornos allanar las dificultades que se podian ofrecer, que no serian ningunas por ser ambos cabos señores de las gentes y armas de aquellos presidios.

En este estado miserable estaban las cosas de Alemania y del Imperio, y éste era el que tenian aquellos príncipes augustos: fatales prodigios les amenazaban si no los rebatiera benignamente el potentísimo brazo de Dios. No puedo dejar de discurrir qué falsos y orgullosos estarian los coligados á esta hora, y qué vano el Richelieu, inventor de estas trazas, pareciéndole estaba ya todo acabado y lograda su intencion, desbaratado el Imperio, metido al fuego y á la desolacion; pero presto veremos cómo sobre su infidelidad cayó el castigo y la espada de la verdadera justicia, fulminando para debelar sus cabezas, como hidras venenosas del sacrosanto y verdadero Evangelio, con la division del ejército imperial

(con el pretexto que habia tomado, por las inclemencias del cielo, de enviarle á invernar á los alojamientos), y con lo que maliciosamente habia dejado de obrar el Duque general. Era avisado el César, así del conde de Oñate, embajador del rey Católico, como del marqués de Castañeda, embajador ordinario, y de algunas personas graves y celosas, de coroneles que habian dejado sus regimientos por ver con la cautela y maldad con que iba obrando, y que por su órden se habia desmembrado y totalmente deshecho la mayor parte del ejército. Resistia el Emperador á estas calumnias poderosamente, teniendo los avisos y las personas por apasionados, que extendidos ya por toda la Europa, en París se dejó decir públicamente el cardenal de Richelieu, que se mirase cómo se hablaba de Frislan y de sus cosas, porque caso que se le pretendiese hacer agravio, le tomaria el rey de Francia debajo de su proteccion y ampararia su persona contra la detraccion y la calumnia de sus émulos. Cosas eran estas que declaraban muy bien el enigma y lo tramado contra la cristiandad y la fe pública.

Proseguia de aquí el Duque general en su melancolía, si bien verdadera, por la malicia del pecado afectada, presagio cierto de su precipicio; y juntando los cabos y oficiales del ejército, acometió su mayor designio y los quiso por aquí tentar para ver cómo los hallaba en su favor y materias, cuando ya los que eran deudos suyos y con los que se habia atrevido á declarar los tenía de su parte y en puestos á su satisfaccion para acometer la maldad referida. Juntólos, pues, y comenzó á introducirlos en pláticas muy peligrosas, asegurando cuán poco caso se hacia en la corte de Viena, entre sus príncipes y ministros, de la soldadesca, y que por no dejarlos ir á descansar de las fatigas del verano y remitir algun tanto de los asedios, encuentros, rotas, batallas y asaltos, y gozar de la comodidad de los alojamientos que les tenía preparados, querian acabarlos de consumir mandándoles ir en busca del enemigo con el rigor y aspereza del invierno, donde les faltarian las vituallas, y áun la paja no les sería concedida para el alivio de los cuerpos trabajados, cuando áun la pagas y el dinero

andaba tan limitado; que lo más era menester esperarlo de España, adonde tambien faltaba, y era muy pesada su dilacion y muy prolija, y todo paraba en esperanzas llenas de ambigüedad. Díjoles esto y otras razones, con salvedades más á propósito para un motin y concertarle que para alentarlos á la guerra y proseguirla; con que les dió motivo á escribir todos juntos una carta al Emperador, llena de quejas y de sentimientos, con términos indecentes, que disimuló con prudencia y toleró como de soldados, si bien estas inobediencias y otras acciones anteriores y su forma de proceder en todo aquel verano, dieron causas á diferentes sospechas y discursos. En la junta general que dispuso para acabarse de resolver, que hizo en Pilce á 11 de Enero, de casi todos los cabos del ejército, se descubrió más su dañada intencion; y si bien la convocó con pretexto de querer renunciar el generalato de las armas, ya tenía dispuesta la mayor parte de las cabezas y sus aliados para que con traza y artificio no lo hiciese ni viniesen en ello, ántes que lo impugnasen á no dejar las armas y probar por aquí el ánimo de los demas. Tanto fué lo que se debatió en esto y lo que porfiaron, unos con intencion siniestra y otros con simple y llana aficion, que les hizo decir y prometer no militarian ni servirian debajo de otro general sino de su persona, y saliéndoles al paso admitióles la oferta, y quiso que esta fe y promesa la jurasen por escrito, llegando esto á tanta declaracion, que no quiso consentir en el papel una cláusula en que reservaban que esta promesa se habia de entender y se entendia en servicio del Emperador, y así la mandó borrar. Hubo sobre ello grandes debates, por la instancia que hicieron los mejores y más fieles contra los que no lo eran y decian se excusase esta cláusula; pero no se apretó más en esto reconociendo la maldad, y por disimular firmaron sin ella, bien que resueltos al remedio y al aviso. Reforzóse luégo con un gran banquete que se hizo en casa del coronel Lilo, á quien habia fiado y cometido la negociacion, porque la fe más pura de los tratados de los alemanes se firma y se establece con los bríndis, de que hay muy antigua y añeja tradicion y muy

asentada en toda aquella nacion; pero como quiera que esta felonía tan execrable remordia el corazon de los más constantes á su precipicio y al honor y bien de la patria, no le pudieron sufrir ni ménos disimular. El primero y más principal en este hecho y á desmarañarle fué Matías Galaso, su teniente general: este caballero, digno de toda estimacion y de premio, se desapareció lo más astutamente que pudo y se fué á encontrar con el coronel Aldringe, sangento mayor de batalla y maestre de campo general, que iba llamado del Frislan, y dándole cuenta del caso y del accidente que sobre los demas estaba para recaer en el Imperio, le pareció conveniente partirse á Viena á hacer sabedor de todo al César. Pero con mejor acuerdo resolvieron partiese el Aldringe á esta embajada y quedase el Galaso á tolerar cuanto fuese posible los rumores de la conjuracion y tumultuarios y aguardar las órdenes que se le enviasen; y trataron, por el consiguiente, escribir al Picolomini, que se hallaba en la Austria superior con órden del Duque general para que condujese á Pilce algunas tropas de caballería, para de nuevo advertirle que estuviese avisado de la novedad y no obedeciese hasta tener otro acuerdo del Emperador.

Dispuesto esto en la forma referida, partió el Aldringe á toda diligencia, llegó á Viena á 15 de Febrero de este año, y habló al Emperador, dándole cuenta de todo y del miserable estado que tenian sus cosas y á aquel ejército, arraigado en el corazon de la Bohemia, y no en plaza flaca sino en la mayor y de más fortaleza, y donde se hallaba todo el poder, artillería y municiones, y gran número de víveres, artificios, armas y otros pertrechos recogidos de toda Alemania, y las mayores legiones conjuradas contra su persona y los señores de su Casa, y discurriendo en el cabo que estaba en los contornos de Viena, y que, segun lo que se podia conjeturar, aunque no estaba cometido el hecho, era de la faccion y parcialidad del Frislan (¡qué hicieran si estuvieran enterados de la maldad que tan cerca estaba para arder!). Dióse órden de prender al coronel Absemberg, como á la hora se ejecutó, y

mudar ó poner en la misma reclusion á los iniciados de infidelidad; acordóse con providencia y consejo de remediar el daño, dar nuevas y mejores cabezas al ejército, y atajar los perversos designios de la mayor y cortarle los intentos y los pasos; despachó el César luégo á la hora órdenes y patentes secretas á todos los coroneles y cabos de infantería y caballería para que no obedeciesen al traidor, pena de infieles á su servicio y corona Imperial, sino tan solamente las suyas y las del conde Matías Galaso, á quien daba título de teniente general; mandó que con la mejor gente de la Austria superior y la que alojaba en Bohemia y Morabia, y la que comenzaba á marchar con Picolomini, se fuese acercando á Praga, corte del reino de Bohemia, para atajar los progresos si los hubiese cometido el Frislan, temiéndose no lo hubiese entrado con la gente acuartelada en sus contornos; previniendo cualquiera rebelion ó levantamiento que en la Bohemia podria causar, y atajar con maduro acuerdo todos los daños que podrian sobrevenir, y poniendo en todas las salidas y parajes convenientes guardas y presidios, para que no llegase al Frislan ningun aviso de que ya estaba entendida y descubierta su traicion, porque le cogiese más descuidado lo que se intentaba contra él.

Proseguia el César y los de su consejo en el remedio de cosas tan grandes, contendiendo á esta hora, más que con los enemigos, con aquel vasallo (que tales monstruos producia el tiempo en esta era) que de fundamentos livianos le habia levantado á la alteza de sus armas, á emparejarle casi con los mayores príncipes de Alemania y adelantarle á los más esclarecidos de sus vasallos, sin intermision y con presteza, dónde se habia fraguado aquella secta, aquel prodigio y aquel monstruo, y prohijólo, sin hacer ofensa, el movedor infernal de la Europa, vestido falsamente y paliado, no sin gran confusion, de aquel Príncipe y Parlamento, de las insignias gloriosas de Príncipe de la Iglesia, tan tirano en la dignidad como en los consejos, y tan infiel á la sagrada religion como á las empresas y á su dictámen; y así es cosa introducida en toda la Europa, y opinion explayada áun en las otras partes del orbe,

que comienza á sentir aquel Rey en su corazon y en su espíritu los remordimientos espantosos de su conciencia y los temblores molestos de sus oficios, falido de la salud y como imposibilitado de sucesion hasta ahora. ¡Y qué males no le acarreará ser conciliario y patrocinador de los enemigos de Dios!

Prosiguió el César, como dije, en la mejora de sus necesidades y en enmendar los yerros de su caudillo; en oponerse de nuevo y con aliento á los consejos siniestros y trazas de sus adversarios; en conducir imperiosamente sus armas contra los malos, inobedientes y bulliciosos; en trastornar la herejía y sus dogmatizantes, y en exaltar la fe sus profesores, y poner su justicia en las manos de Dios, de quien lo fiaba todo, como se lo habian dicho varones santos. Envió órden al conde Picolomini que, con 2.000 corazas y 3.000 croatas, fuese á Pilce y procurase con el mayor denuedo que pudiese entrar dentro de ella y prender al Frislan, y caso que esto no le fuese posible ó se le resistiese, le matase; y que de no darle entrada en la ciudad, le cercase con la gente que para el efecto llevaba.

Partió Picolomini no poco maravillado del caso, y de que un hombre subido á la mayor altura que se pudo desear de su parte, y á ser dueño de las armas de un Imperio, é Imperio tal, beneficiado de tan grandes títulos y mercedes, respetado en Alemania y agasajado del rey Católico y su mayor Ministro, se hubiese querido despeñar y dar en ser rey tan escandalosamente, aventurando vida, honor y hacienda. Ejecutó el Picolomini y obedeció la órden, no sin algunas dudas que se opusieron y dificultades al efecto; consideró la fortaleza y notable importancia de la plaza como se lo delineaba la experiencia de las mejores y más fornecidas de Bohemia; que no tenía un cañon para batirla, estando toda la artillería dentro de ella, todas las municiones y pertrechos de campaña, con una plaza de armas general, y además de eso guarnecida de mucha y muy escogida gente, todos soldados viejos y de valor, y que sería cosa muy factible, que siendo el enemigo que está circunvé-

cino poderoso, que avisado viniese al socorro del Frislan y á conservarle en la plaza, y no sólo esto, sino apoderarse de ella, con que se podria dudar de cualquier suceso bueno. Sin embargo, entre estas dudas y dificultades marchó, cuando ya Frislan entró en los miedos de ser entendido y comenzaba á recelarse por algunas cosas que le dieron sospecha, considerando que sus cabos mayores faltaban de allí, y era mucha y muy peligrosa la tardanza, y los más fieles al César se habian ido para él; y dábale no pequeño cuidado que se comenzara á rugir su mal fundada fábrica, y haberle llegado á la hora un comisario que habia despachado á algunos alojamientos con órdenes que enviaba á los coroneles, el cual le dijo lo habia hallado todo mudado, y que tenian patentes del Emperador para no obedecerle. Con lo cual acabó de hacer su maldad y del viento en que se habia envanecido, y considerando que allí no estaba seguro, y que la espada del César tan suspendida con sus traiciones y engaños se preparaba á debelar la injuria y á desolar la conjuracion del ejército que sin ocasion ninguna se le habia hecho infiel y apostatado en la fe debida á su grandeza y á la patria, se puso en la fuga, y con el carruaje y gente de su séquito, dejando á Pilce, partió á Egra, que ya tenía elegida para su seguro y defensa si saliera como lo pensó.

Está esta plaza situada al paraje de Occidente de la otra parte de los montes de la Bohemia, que por especial ornamento de la naturaleza y del cielo la ciñen inmensas alturas y dificultades en torno; yace, demas de esto, á la márgen del rio Egra, de donde toma el nombre, que desde allí, nacido de aquellas montañas ó ya desatado de sus cumbres, va á desembocar al Albis. Eligió Frislan este puesto para recaer á la banda de los enemigos con quien se habia coligado; y para descender al amparo y socorro auxiliar, tenía en la mano izquierda las tierras del elector de Sajonia, quien á los principios de la guerra se habia congraciado con el César afectando fidelidades, el que le habia ofrecido una de las coronas de Hungría y Bohemia si dejaba su servicio y rebelando

el ejército uniese su potencia á la suya y á la del rey de Suecia, y á las otras de herejes y protestantes, y que habia burlado del hechizo con que el Emperador estaba muy asido, y despues de la muerte del sueco, pagado de su valor y de ambas cosas, de fiel y de valiente, con que fué dificultoso poderle derribar de esta aprension y de este concepto, cuando lo que se decia de él era sin género de duda y pasion verdadera. Digo que corrió con brevedad hácia aquella parte, por estar á la vista de la Sajonia la misma Franconia, y en ella muchos de su bando, la Suecia, Palatinado inferior, el Witemberg y la Alsacia, y las más poderosas ciudades libres y anseáticas, donde en parte de ellas estaban introducidos muchos franceses, todos consolidados y de una misma liga y union. Siguióle su cuñado, el conde de Tersea, que habia gobernado y era coronel de siete regimientos, dos de infantería y cinco de caballería, á cuyos tenientes coroneles envió el Emperador patentes de sus oficios en propiedad, por templar en parte la malicia de los soldados y en parte á los sediciosos y sus cabezas; con que se aseguró del mariscal Lilo, general de la artillería, y del conde Quinsqui, aliados suyos y sabedores de sus intentos. Llamó ántes de la partida al coronel que gobernaba las armas de la ciudad y encargósela, con mandato expreso que le siguiese la artillería: y sin dar más cuenta ni razon de su ida, dejando á Pilce resguardada con alguna gente, marchó á Egra, puesta, como tengo dicho, en las montañas y circunferencia de Bohemia, puesta la una de la otra á no más distancia que de diez ó poco más horas de camino, con esperanzas siempre de asirse á las ciudades y provincias puestas á sus dos manos derecha é izquierda de Witemberg y Ratisbona, la una del duque de Sajonia, y la otra, ciudad opulentísima y de insigne poblacion y nombre, tiranizada por los enemigos, siendo del Imperio.

El dia que salió Frislan de Pilce, llegó Picolomini con todo el resto de gente que le siguió, y siendo avisado de su ida, tuvo por más conveniente ántes de seguirle asegurar la ciudad; hizo llamar al coronel gobernador, y teniéndole delante

de sí, le dijo que si le conocia, y respondió que sí; el Picolomini entónces le mostró la órden del César y le reconvino con ella á que le abriese las puertas á él y á su gente. El gobernador le obedeció diciendo era vasallo del Emperador, en cuyo servicio viviria y moriria; franqueóle las puertas, alojóse y aseguró aquella plaza de armas, que tanto cuidado dió su liberacion y el poderla sacar de la opresion del tirano; con que desahogado de un cuidado tan grande y puesto allí la guarda y cobro necesario, partió en compañía del Isolani, general de los croatas, la vuelta de Egra, con todo el mayor golpe de gente que pudo, en seguimiento del Frislan, con deseo de haberle á las manos ántes que se guareciese de los enemigos y se fortificase en ella; pero la mucha gente que llevaba no le dió lugar á la marcha tan diligentemente como él quisiera. Llegó Frislan á Egra, domingo 26 de Febrero, á poco más de mediodia entró en ella, y luégo dió traza de apellidar á los auxilios; avisó al duque de Sajonia y al de Veimar del estado de sus cosas y de la llegada á Egra, dándose á creer que en ninguna plaza podia estar más seguro que en aquella, por tener guarnicion el lugar y un regimiento del conde Tersea, su cuñado, que gobernaba el teniente coronel Cordon, y tambien, que todos los caballeros que allí habia eran forasteros de diferentes naciones, como irlandeses y escoceses; donde es de advertir que, para poderse reparar más aina y llevar el engaño adelante, áun no habian llegado á este paraje las órdenes del César, y los soldados ni los naturales eran sabedores del caso más que de aquellas sospechas que por algun espacio de tiempo se habian dejado sentir en Alemania y en las provincias vecinas, ántes bien, así como llegaron, los cabos y oficiales usaron de sus ceremonias, le salieron á recibir y aposentar á él y á los suyos en las más principales casas del lugar, no haciéndolo en el palacio ó castillo por poco suficiente á tan gran corte; con que el coronel Cordon se quedó en él, no queriendo cederle á otro, como gobernador y como á quien le tocaba la diligencia de fuerza, aunque pequeña, considerable. Metióle, al punto que se apeó en su posada, una

compañía de guarda, ceremonia debida á la dignidad, é hízole otros agasajos y obsequios; con que el Frislan por entónces, quietó su corazon, si tales oficios le pueden dar, pues no hay sosiego en el que aspira á más esfera y circunferencia de lo que le toca y se le permite.

Cercaron varios discursos el espíritu del Cordon con la intempestiva llegada del general á Egra, de prisa, sin gente, sin artillería y sin ejército, pareciendo más aina fuga que otro designio militar ni accion de fidelidad; entró en cuidado de lo que tenía á su cargo, y ante todas cosas en la conservacion de la plaza y en tenerla pronta y á la obediencia del Señor natural. Resolvió entre estas dudas y perplejidades de aclarar el intento y tentar el ánimo de los más principales que le acompañaban: careóse, el primero, con el coronel Butler, caballero irlandés, Lesleo, escocés, y de otros fieles al César; y de la conversacion y de lo que se discurrió en ella, se confrontaron los ánimos y las inclinaciones al celo de su servicio, y por aquí discurrieron en las sospechas que cada uno tenía de esta novedad, lo que se murmuraba de su proceder, el miserable estado de Alemania, y el riesgo que estaba para correr todo por este accidente; si bien ya miraban al agresor como fugitivo y arrastrado de su codicia, y le consideraban precipitado de su misma soberbia y hundido en el abismo de las miserias.

De aquí confirieron todos pasar adelante y mover pláticas con sus más afectos, y enterarse de la verdad y remediar los rumores y movimientos recientes, y con esta conjuracion justa castigar otra injusta. Juntáronse con él el conde Tersea, Lilio, Quinsqui y el secretario del Frislan, y el Cordon, con demostraciones de ánimo sencillo, les dijo que á qué habia sido la venida del señor general. El Tersea y los demas parciales y traidores, lo más cautamente que pudieron le comunicaron algo del veneno que traian, los motivos de su venida y las trazas, cauteländolo todo para moverlo á que les siguiese á levantar la ciudad, ó alzarse con ella y fortificarla, para desde allí obrar en la rebelion más declaradamente y con mayor

obstinacion. Puso silencio el Cordon á la plática, con que los demas capitanes con quien habia hablado se dieron por entendidos, y convidó á cenar aquella noche á los traidores por ser mártes de Carnestolendas. Acceptaron ellos, codiciosos de satisfacer al vientre y á la gula, creyendo que no hay otros dias, y despidióse, y en esta forma los demas, y volvió á buscar al Butler, Lilio y Debros, y apartados donde les dió comodidad el secreto y el silencio, trataron largamente del caso; y desintiendo de la materia, poniendo y jurando la fe al Príncipe y de castigar los violadores, tomaron por asunto que en la cena se tratase más latamente de esto, que en los bríndis que se hiciesen á la salud del Emperador se declararia más el ánino y la intencion, y si era torcida, siniestra y contra la seguridad de aquel monarca y de la patria, darles la muerte, prênder al Frislan y enviársele para que tomase satisfaccion de sus deservicios.

Es una accion esta de los bríndis en Alemania, en que se ve y reconoce con claridad y ardid el semblante del amigo ó del enemigo, y es tenido por un linaje de traicion no corresponder á ellos con sinceridad y sin cautela: éste es clavo de aquella tierra; con éste confirman y establecen la seguridad de sus escrituras y tratados cuando se juntan á hacer la guerra á algun Príncipe, y se rubrican con este carácter; cuando se establece la paz, se imprime en los ánimos de todos con este sello; y asimismo, en los asientos de las conjuraciones, con los bríndis se jura el secreto entre los mayores, medianos y pequeños de ambas Germanías. En estos, pues, fundaron estos capitanes la resolucion de este hecho, y para concluirle, por redimirse de un cuidado tan grande y que á todos tenia en cruz, dispuso Cordon con maña y sagacidad cuanto era menester al fin del hecho, y eligió los seis mejores oficiales de su regimiento y de quien él se fiaba mucho, aseguróse de ellos con el juramento, y díjoles habian de cenar con él en el castillo las personas más principales que venian con el duque-general; que en cualquiera trance ó acometimiento que viesen hacer á él, á Butler, su capitan de la guarda, á Lesleo y al ca-

pitan Debros, los siguiesen sin embarazarles nada; que estuviesen alerta y en la cuadra más afuera de donde se habian de poner las mesas; y finalmente, hiciesen como buenos en el caso que se les pusiese delante; y no les quiso revelar más. Llegó, finalmente, la hora, y concurriendo todos al castillo, prevenidas las cosas magníficamente y sazonadas, fueron recibidos del Cordon despejada y amigablemente; dió órden que el puente del castillo se levase y cerrase, y entregado de las llaves se sentaron á la mesa. Los manjares eran varios y muchos y los que incitaban á Baco, sin perdonar á ninguno, y todos muy golosos; con que menudearon los bríndis y se les calentaron las cabezas y comenzaron de la otra parte á hablar sin freno y sin rienda, á declararse más de lo que fuera justo, y á mover á su parcialidad á los que referimos eran leales al Emperador; con que Cordon y los suyos se acabaron de confirmar en las sospechas y en el intento de los traidores.

Habiéndose cenado largamente y metidos los postres, Cordon, Butler, Lesleo y Debros tomaron sus tazas de vino en las manos y brindaron á Tersea, Lilio, Quinsqui y el secretario de Frislan á la salud del emperador Ferdinando y á todos los buenos sucesos de la Casa de Austria: aquéllos respondieron que dejasen aquel bríndis y le hiciesen á la salud de Alberto de Walstein, duque de Frislan, y que se lograsen y viniesen á ejecucion sus buenos intentos; á lo cual Cordon y los que se habian arrimado á su parecer, impelidos del furor y de la razon, dejando las tazas, asieron de las espadas y los embistieron tan aprisa y tan á tiempo, que los soldados que estaban afuera de escolta los imitaron. Fué sin duda grande el estruendo y el alboroto; rodaron las mesas y los vasos, y los asientos no quedaron fijos. El primero que cayó de las heridas fué el coronel Quinsqui por el coronel Lesleo, dándole tan gran golpe en la cabeza, ántes que se levantase de la silla, que le dejó muerto, rematándole despues con siete estocadas. Al Tersea, que para su defensa se valió de un cuchillo de la mesa, acometiéronle Butler y Cordon, con muchos golpes y heridas, y no pudiendo ejecutarle con ninguna por la resis-

tencia de un coleto fuerte, descargando con ira sobre él los demas de ellos le remataron, rindiendo la vida miserablemente. Defendíase el mariscal Lilio con sobrado valor y denuedo del capitan Debros, y recibiendo una herida en un brazo del Lilio, encendido el Debros en coraje, cerró con él y le dió las heridas que bastaron á enviarle con los demas. Queria el secretario, como hombre de pluma, poner la esperanza y la fortuna en los piés y escaparse, y hallóse en las manos de Lesleo, que le dió la muerte. Tan encarnizados los vencedores en herir en ellos, que los hicieran menudas piezas áun cuando no habia aliento vital en sus cuerpos, tuvieron suerte, en confusion tan grande, que se conservase la luz de una vela en un bufete apartado, para no herirse los amigos unos á otros y atinar á concluir el caso con la felididad que acabó.

Fenecida, pues, la funcion, entraron en segundo acuerdo sobre lo que se habia de hacer del Frislan: fueron diversos los pareceres, en que se consumieron pasadas de tres horas de tiempo. Cordon fué siempre de parecer que le matasen, discurriendo que ya se habian arrojado á grande empresa y que era bien acabarla. Los muertos que tenemos presentes, dijo, no pudiendo volver á la casa del Frislan ni á sus posadas, es argumento manifiesto de no poderse encubrir lo sucedido, y de aquí que Frislan se ponga en la fuga ó amotine la gente y el lugar, y haga delito nuestra fidelidad, y muy factible el conseguirlo con trazas, invenciones y marañas, y llamar en el entre tanto los enemigos, sus vecinos, en su ayuda, proceder contra nosotros, y lo peor de todo, poner á riesgo el lugar por no ser fuerte ni de muralla considerable; que prenderle era dar tiempo para salvarse y para tentar nuevas trazas, y que en el concluir con su muerte consistia la vida de todos y la justificacion de lo comenzado. Conviniéronse los demas con estas razones y siguieron su parecer; salieron del castillo dejándole cerrado, porque no entrase y saliese gente que publicase el hecho sin entenderle y moviese ó motivasen algun rumor ántes de fenecer á lo que iban resueltos,

caminaron al fin, entraron en la casa, llegaron al aposento ántes de su cámara, y hallándola cerrada y á él acostado, porque el miedo de sus malos oficios le hacia vivir en este conflicto y pasar como el otro tirano por puente levadizo á tomar el sueño, llamaron, y viendo que no abria acometieron á las puertas y las rompieron. El Frislan, con este sobresalto y este ruido, adivinó que habia llegado sobre él el último y mayor de los estragos para los malos, que es la muerte; dejó el lecho, y turbado arremetió á abrir una ventana que caia á un patio para llamar su guardia ó para echarse por ella. El sobresalto y la presteza de los coroneles no le dieron lugar á arrojarse, y así, en camisa como estaba, hallándose delante de sí al Butler, su capitan de la guardia, brioso y alentado, terciando una partesana, abriendo los brazos, sin hablarle palabra, ni en aquel último trance pedir ni invocar ninguno de los auxilios que importan para la restauracion del alma, en esta manera le recibió el capitan, ejecutando la voluntad del cielo, atravesándole el cuerpo con tanto ímpetu, que le hizo salir la punta por la espalda. Cayó improvisamente de esta herida en el suelo, como cuando se ha visto reventar una fiera inmunda y ponzoñosa, echando gran cantidad de vino por la boca, que causó horror á los circunstantes: así lo afirman personas de crédito y las relaciones que de esto vinieron de Alemania, y en esta manera lo hemos discurrido.

Este es el fin que tuvo aquel monstruo ingrato y desagradecido de Alemania, y este fin asegura que siempre fué infiel, y que vivió en su pecho la maldad; que fué adverso á la religion Católica y á su Príncipe, pues conspiró contra ambos y los pretendió contrastar: éste el que tuvieron sus parciales. Entendido, pues, el caso, cuanto fué admiracion fué de aplauso para los que le cometieron; ningun soldado ni ciudadano se movió, ni salió de su paso y de su bandera, enterados de la malicia y exceso de hombres tan perjudiciales al comun sosiego y quietud del Estado. Voló luégo la fama del suceso por toda Alemania; desahogó, en parte, las cabezas del ejército que le esperaban, contendiendo con ellos, socorrido de los

enemigos sobre alguna parte considerable de Bohemia, y fué alborozo para el corazon del César y sus ministros, viendo echado por tierra un enemigo prodigioso y disformidable de dentro de casa. Causó vergüenza y confusion á todos los herejes de la Liga, que se habian valido de medios tan inícuos y detestables y llenos de toda impiedad, áun para sus particulares propios, y fuera del buen uso y natural de la guerra. Dolió en Holanda é Inglaterra, porque esperaban de aquí nuevas revueltas y disensiones en los Estados Católicos. El movedor de Francia adoleció de pena, viendo por los decretos divinos derogadas sus ruines materias. Los malafectos de Italia enmudecieron, y en España bendicieron el impulso, el consejo y la mano de los autores; y es muy de notar que aquellos que delinquian, sin embargo de estar largamente beneficiados de preeminentes oficios y dignidades en la guerra contra la Iglesia, la vida del Príncipe y la salud de los pueblos, eran sus vasallos, y estos que le vengaron, movidos sólo del horror de la infidelidad, eran extranjeros, á lo ménos los dos, y vasallos del rey de Inglaterra, y aquí procedieron unos compañeros contra otros.

Fué de cuidado para el Emperador y rey Católico la trasmigracion del Frislan, por la desunion en que puso el ejército y lo que pudo ocasionar su mudanza; pero viéndose sin él, poco cuidado podia dar un hombre solo, aunque llevara algunos, y más cuando no poseia á lo último la opinion de gran soldado. El suceso del conde Enrique de Bergas, gobernador del ducado de Gueldres, osaria yo decir fué de esta calidad y de estos movedores; dejó aquel gobierno, que le tenía por el rey Católico, y despues de otras maldades, que en otros tratados dejo referidas, se salió al país de Lieja, y despues de publicados sus injustos y falsos manifiestos, llamando á sí y convocando los soldados de Flandes, los que andaban desbandados y los que estaban debajo de órden y obediencia, pretendiéndolos sublevar y amotinarlos y que se le fuesen á él, ofreciéndoles paga y sueldos fuera de su caudal y de sus fuerzas, que no le tenía para hacer ejército, y conspirar abandonando la fe ju-

rada por ir contra el rey Católico, deshacerle el ejército y hacer entradas en Flandes en apoyo de Holanda y de Francia y de los otros auxiliares; no pudiendo salir con nada de esto ni arribar á efecto de consideracion, desfavorecido y dejado de los protectores, porque con un traidor nadie quiere perseverar ni que corran por su cuenta sus delitos, ni encargarse de su conservacion por lo que de tales vecindades resulta y hace; ahora, pues, en Holanda, sin crédito, sin gobierno, sin opinion, sin atreverse á fiarle una jineta ni una moderada compañía de lanzas, cuanto y más ejército ni empresa; con que arrastrado de indecentes inclinaciones, vicios y delitos cometidos contra la fidelidad de la milicia y de la patria, muere sin honra, sin opinion y sin fortuna y en desgracia de la nobleza y del Príncipe, que es de quien depende el lustre y el ornamento del que es verdadero vasallo. Así de esta manera fracasaban estos ministros, producidos en esta era por particulares secretos del cielo, al hierro y al brazo de la justicia divina, sin ser gratos ni reconocidos á las dignidades y preeminencias en que los habian colocado príncipes tan grandes.

Refieren que, para mayor vergüenza y confusion suya, poseia el Frislan por merced del Emperador ciento y sesenta y unas señorías, capaces cada una de por sí de armar y componer un gran señorío, cinco ducados, quinientos mil talleres de renta, título de alteza y de la Órden esclarecidísima del Toison de Oro, y la dignidad de generalísimo, y á su órden y obediencia todas las armas, legiones y cortes del Imperio. Tanto, pues, conviene y deben mirar los príncipes sobre qué hombres ceden su potencia, grandeza y majestad, que á las veces es más temeridad que prudencia fiarlo todo de uno: la limitacion ó la templanza en el súbdito, es providencia y atencion discreta de bueno y sabio gobernador: el vasallo más modesto y más frenado de ambicion y codicia en dictados y tesoros y de otras riquezas humanas, cuando se ve dueño de todo y que todo se lo han puesto en la mano, le estimula la vanidad y la soberbia de lo mismo que está poseyendo, por-

que no es suyo, á levantarse con ello, á querer ser semejante al hacedor y arrojarle de la silla; ó si no, á tratarle ó disiparle de tal arte las materias ó los estados, que peligre en ellos y los pierda, y en fe de recuperárselos, usurparle alguna parte en que satisfaga la sed ó el ansia de lo ajeno por no apearse de todo. Estos, pues, tienen los príncipes por fieles, y en estos idolatran y depositan cuanto les dieron los vasallos á peso de sangre y fatigas. El desengaño de estos oficios tan siniestros á la esperanza y al comun sosiego del Estado, tienen por enojo, sus avisos y los consejos por pasion y envidia, y así, á larga ó á corta carrera, cuando quiere lograr la luz de esta verdad, entra la muerte impidiendo, con satisfaccion justa de la omision, los remedios de la enmienda.

Luégo que el coronel Cordon hubo ejecutado lo referido, sin alteracion ó sobresalto del pueblo ni de los soldados, dió órden de recoger el bagaje, joyas, plata, dinero, ropa y todas las demas balijas y alhajas de los muertos, parte de ellos hurtado á los Países y parte á los soldados en sus pagas; que ni áun á estos lances se negaba la tiranía, ni se dejaba de ejercitar la maldad que de tan ruines fundamentos arma su vigor y potencia. Recogió, por el consiguiente, los papeles de la Cancillería, las cifras, órdenes é inteligencias secretas del Emperador y otros despachos, y metiólo todo en el castillo, haciéndose depositario de ello hasta tener aviso y mandato expreso de á quién se habia de entregar; afirmando que pasaba el valor del dinero y menaje de más de dos millones de florines. A la misma hora llegó un trompeta de Francisco Alberto de Sajonia, tambien rebelde á la majestad del César pasándose á la Liga y al rey de Suecia, cuando hubo atravesado el Albis en la primera victoria que consiguió del baron de Tilli y despues de su muerte el elector de Sajonia, sirviéndole de teniente general. Traia éste 4.000 caballos en socorro del Frislan, y esparcida ya por todas aquellas comarcas, círculos, estados y provincias la nueva de su fuga, le avisaba que los tenía emboscados cerca de Egra, y que le enviaba el duque de Sajonia para que se valiese de ellos y á esperar su órden. Dejóle entrar Cordon en la

ciudad, y tomándole los despachos, trataron entre él y los demas camaradas de prenderle, para lo cual tomó un trompeta suyo, y vistiéndole de la librea de Frislan, le envió á decir con él al Francisco Alberto, que el duque-general le aguardaria al anochecer en un paraje cerca de la ciudad (y le señaló) con alguna de su caballería, que viniese solo, porque la gente militar y ciudadana no se recelasen de algo y entrasen en alguna turbacion, de suerte que no pudiesen verse. Despachó en esta forma á ambos trompetas; el primero llevó la respuesta, y al suyó dió órden para conducirle al lugar. A la hora señalada salió Lesleo, Cordon y Butler con alguna de su caballería al puesto, y habiendo reconocido de léjos que venia en una carroza de seis caballos, con el trompeta delante, y certificados de que era el que le habian enviado, acercándose á la carroza le rodearon, y llegando Cordon por un lado de ella, y el coronel Butler por otro, le tomaron por prisionero, metiéndole en la ciudad y poniéndole la guardia necesaria. Avisaron de todo á Viena para remitir á la parte donde mandase el Emperador prisionero tan considerable, por ser persona de calidad y prendas militares, y porque con esta astucia se iban suprimiendo y debelando los infieles y los tiranos á ambas majestades Divina y humana; con que los 4.000 caballos, preso el cabo se disolvieron. Este es el suceso que tan atentos tuvo á los mayores espíritus de la Europa, y tan suspensa toda la demas conferencia del orbe, esperando su fin y remate; y en esto paró el exaltado á tan heróicos lugares y grandeza; el que se negó á sí, á la verdad y á la Religion; el que conspiraba contra la vida de los príncipes austriacos, y repartia entre sí y los suyos sus estados y provincias.

El ejército imperial á esta sazon se gobernaba por el conde Matías Galaso, teniente general y maestre de campo; por don Baltasar Marradas, español, el conde Moringue Picolomini, y el baron de Luis; los cuales iban en busca del enemigo, para alentar los Países y enmendar los descuidos y yerros pasados, en el ínterin que el Emperador les nombraba cabeza que les gobernase y les daba general que les fuese caudillo, que, como

se decia, esperaban lo sería Ferdinando, rey de Hungría y Bohemia; deliberacion y consejo de todas maneras acertado, y que en los grandes riesgos ninguno es más eficaz ni saludable, previniéndose para todo como Príncipe generoso, que en tanto lo será cuanto fuere soldado. Sin embargo del auxilio y benignidad con que favorecia el cielo las causas y la Religion, la tenacidad y protervia de los enemigos era tal, que aún pretendian con nueva manera de maquinaciones contrastar y prevalecer contra su potencia; por donde se verá que declaradamente eran enemigos de Dios y de la cristiandad. No descansaban, como digo, en sus insidias y asechanzas, ni de encaminar á todos por el veneno de la sedicion. El rey de Francia y el Richelieu, su confidente y Privado, alentaban los enemigos de Alemania á la prosecucion y la ruina de sí mismos; y es tan infiel la protervia de la emulacion, que peligraban en estas sirtes á ojos abiertos á la desolacion de provincias tan dignas por su estimacion y grandeza de más dichosos sucesos, y prometióles numerosos socorros, los cuales las más veces salian inciertos. A los holandeses persuadia pasasen á las Indias á divertir allí parte de la potencia de España; en Italia metia nuevas inteligencias y conmociones, y dicen que quiso por alianza ó por fuerza tomar á Ginebra, por aumentarse en puestos y poner gruesas guarniciones en sus confines, é ir disponiendo con sazon y con maña sus intentos; dobló las que habia en el Monferrato, y no perdia la posesion y las que habia erigido en el Piamonte, como de Susa y Piñarolo, gran vergüenza del duque de Saboya (no al ménos lo hubiera sufrido así Cárlos, su padre); pero eso quiere decir, coligado y desagradecido á los beneficios recibidos en España; admitió, por correspondencia, á la devocion al duque de Parma, y condújole á ligarse por medio de Mondescot, su Privado, cuando le llamase la caja y el pífano; metió en Módena sus pretensiones y hallólas contrarias á sus pretextos; corrió al veneciano, neutral en todas estas tempestades, y trató de conmover al gran duque de Toscana, que se supo cautelar de estos lazos; intentó enseñorearse y tener suprema potestad y

dominio, por ser frances, en el Maestre de la isla de Malta, por estar de la otra banda del reino de Nápoles y Sicilia y ser puesto á propósito para acometerlos, á que resistieron poderosamente los caballeros españoles de la religion que allí habia, y áun estuvo para correr fortuna el Maestre si no mudara de parecer y templara los impulsos de frances; todo esto le parecia poco para arruinarnos.

Ansioso é infatigable de trastornarlo todo, pasó adelante, acordándose de los infames asientos con Suecia, que negó haber hecho y concertado el arzobispo de Maguncia, cuando de parte de los católicos del Imperio le preguntó si habia ordenado tales monstruosidades en detrimento del estado eclesiástico y del bien público, y cuando la mejor parte de Alemania, destruida de los estragos de los herejes, le pidió se contuviese en no dar lugar que los infieles inundasen los pueblos más puros de aquella rara provincia, profesores de la Religion verdadera y apostólica, siguiendo en esta parte las huellas de sus ascendientes y reincidiendo con horror vehementísimo su imitacion. Envió sus embajadores al turco, éstos más allegados á sí y á sus más favorecidos tiranos de las insignias y vestiduras eclesiásticas y reglares, Monsieur de Leon, obispo y cardenal de aquella ciudad, hermano del Richelieu, y fray José de París, el uno cardenal y el otro capuchino; invocando su auxilio y confederacion y solicitándole á que bajase con sus armadas sobre las costas de Italia. El turco, dotado de mayor prudencia y consejo que éstos, porque no está tan ciego en la codicia y desolacion, conociendo que el movedor tenía muy poco que perder en ambos mares, Mediterráneo y Adriático, y que no queria más que empelotarle con el Emperador y rey Católico, y él muy seguro en París verlos arder á todos desde sus ventanas, no lo admitió (así lo hubieran mirado con tan desapasionados ojos los electores del Imperio), ó porque tenía embarazadas sus fuerzas con el persa, ó porque no le era fácil romper con dos príncipes, y ambos de la Casa de Austria, y cada uno de por sí muy poderoso, ni posible el contender con ellos, cuando el uno por el reino

de Sicilia y Nápoles le tenía tan formidable cerca de la Esclabonia, la Albania y la Morea y el Archipiélago, tierras importantísimas á su conservacion y dominio; y en las eras pasadas le habian castigado sus corsarios y bajaes, roto y deshecho sus armadas, cuya experiencia le hacia proceder más cauto y reportado y negarse á tan imprudente peticion y demanda, no queriendo aventurar la fortuna y seguridad de su Imperio; y el otro, con la majestad y título de César germánico, con las dos Austrias y la Hungría por frente, confinando con la Moldavia y la Valaquia, asistido con amistad y parentesco del polaco, prodigioso en esta parte, en multitud y escuadra de las provincias del César, de las corrientes del Drabo, el Tivisco y el Danubio, tan caudaloso éste, que admite y es suficiente para sustentar y cargarse de grandes leños, y es navegable para el mayor, sobre que le conviene velar con atencion y aviso por estar allí lo más precioso de su defensa y casa. No le admitió el turco, porque vimos que no quiso ó no se atrevia á enviar sus galeras, ni en todo el año que vamos escribiendo se temió Italia ó receló de estás insidias, ni se descubrió un corsario, teniendo por vana la proposicion, ni querer aventurar su fatiga.

De todo esto se tenian diligentes avisos en la corte de España y en la de Viena, no ignorándolos toda la Europa, admirando que no se hiciese reparo y que no escandalizasen tan sacrílegos y perversos oficios las católicas y piadosas orejas del Papa, á cuya sombra y favores, sentian los más desinteresados, se fraguaban tan enormes cautelas y maldades. Fueron avisados los embajadores que habia en Roma de hablar con sentimiento público de estas cosas, sin exceptuar ninguna, al Papa, señalando para ello con órden particular y expresa al Pimentel, obispo de Córdoba, para que lo hiciese. Pidió el obispo embajador consentimiento y licencia para hacerlo; el Papa se la dió, y cuando estuvo en su presencia le comenzó á referir largamente, entre otras muchas cosas, el estado que tenía la Iglesia; por cuántas partes se hallaba combatida de las armas infieles y de los dañados consejos de los enemigos; el

estado miserable de Alemania y de la Europa, inundada de la secta luterana y calvina, y áun muchas de las otras, por la intencion y oficios siniestros del rey de Francia: que le tocaba por su dignidad reducirle y hacerle desistir de ellos, y caso que se mostrase rebelde, descomulgarle como lo deponen los decretos de los Concilios antiguos y las Bulas erigidas en tales casos que lo insinúan.

El Papa, en esta sazon algo demudado y áun tocado del impulso de la ira, le respondió, era Príncipe que cumplia con sus obligaciones, que no lo podia hacer ni queria. Volvióle á decir el Pimentel (que por religioso y por sangre le tocaba el brío y el ser de resolucion), que su Rey buscaria medios para eximirse de tantas vejaciones, y todos los demas príncipes Católicos que militaban debajo de causa tan justa. Replicóle el Papa con coraje, que qué era lo que habia de hacer su Rey: repitióle el Pimentel lo mismo; y volvióle á decir el Papa si traia otra cosa que decirle. Díjole que muchas: hízole fuerza que las dijese, y dijo que á su tiempo, que venia muy despacio; con que feneció la audiencia, no sacando otra utilidad de aquí que irritar á aquel hombre, tocado desde que se sentó en la Silla de San Pedro, de importunos y diversos pensamientos de restituirse por los caminos que pudiese en los dominios deshechos y meterlos en casa; esto es, los reinos de Nápoles y Sicilia, y darlos á un hermano suyo ó sobrino, que áun no se ha preciado de ascender á los títulos y honores que los reyes de España han dado á los tales, de que hay por este camino muchas casas levantadas en Italia; alzarle al hermano, y héchole general de la Iglesia, y demas de esta ansia de las dos coronas, investirle las Islas adyacentes de ellas, y sacudir de las cervices de aquellos vasallos los tributos de que padecian gravemente; quejas que acudian á él, padre universal de todos, y más propiamente aquellos que en lo secreto le representaban que eran súbditos suyos, defraudados de su auxilio por rigor de la tiranía. Por otra parte le tenía desabrido el uso pernicioso de subsidiar el estado eclesiástico y que le quisiesen residenciar, que no pudiese mostrar su cariño á quien él gustase, y

que en España le quisiesen sujeto á sus materias como si fuera súbdito de ella y no fuera su dignidad sobre todas las de los príncipes seculares. Era sabedor de todo esto el rey de Francia, y como tales encuentros, entendia él, eran controvertidos por su causa, queriendo refrenar las amenazas del celoso y modificar estos alientos, pretendia el frances mostrarse agradecido y satisfacer en parte las finezas de aquel padecer y del aficionado.

Afirman que á la hora que estos embajadores entraron por Roma, entraron á la misma, de parte de aquel Rey, general de ejército de caballería y artillería, tenientes coroneles y maestres de campo, capitanes y oficiales, para que se rehinchiese de gente; y dejando el Lacio ó campiña de Roma, entrarse por tierra de Labor, batiendo á Terracina y Gaeta, ocupar y pasar el Bolturno para recaer sobre la ciudad de Nápoles y concluir de una vez apetito tan deseado de tantos príncipes y pontífices. Pero era oferta muy vaga ésta y sin fruto, porque la verdadera fineza era poder enviársele compuesto y armado y abrirse paso por el Piamonte, la Lombardía y Toscana, antiguamente llamada Etruria, y ponérsele delante fornecido y formidable para la faccion y descornar la braveza del amenazador: era todo humo sin fruto lo ofrecido, y fantástico, sin espíritu y sin cuerpo lo presentado. En esta manera se hallan ofuscados en el efecto los más aficionados, porque más atento es en el revolver que el obrar, dando y ofendiendo con el embuste y la mentira, metiendo en las tierras católicas los enemigos infieles y forasteros. El Emperador, encaminando sus ejércitos cuanto le era posible, se recuperaba en algunas plazas perdidas, haciendo que su primogénito el rey de Hungría los acaudillase con cabos y capitanes de confianza y reputacion, fiándose de aquí que cobrarian otro semblante las cosas de Flandes. Como era ya el principio de la primavera, tenía el rey Católico mucha y muy escogida gente, así en infantería como en caballos, refiriéndose por cartas y por avisos pasaban estos últimos de 10.000, para acudir con diligencia á cualquiera de los accidentes de allá del Rhin, por haber que-

dado en aquella derrota al rey Católico tan solamente Gueldres y Juliares, expuestas éstas al trance, por haberse perdido todo lo demas de aquel país, y á pique de ser sorpresas por las muchas y muy gruesas guarniciones que tiene allí el enemigo y por las muchas plazas y defensas que habia ganado más abajo y en la Mosa; tanto que le parecia las tenía como en su casa, y con esperanza cierta que cada y cuando le pareciese las podia tomar y cargarlas muy á su gusto y llevárselas. Estaba esta gente, demas de lo referido, para atender á los diseños del enemigo y para fines particulares del Rey; para con ésta y con la demas que le llegaria (como diremos á su tiempo y con qué caudillo), preparando con guarniciones los más importantes puestos del país de Limburg, oponer el asedio á Maestrich y porfiar á tomarlo si ser pudiese este año, que era en lo que más consistia el estudio en que persistian nuestros estadistas.

Por estos dias sucedió un caso verdaderamente digno de memoria (si yo le acertase á escribir), ejecutado dentro del palacio de Madrid, que sin duda ninguna admiró y suspendió no poco los ánimos de los cortesanos, y los dejó sumamente maravillados por la gravedad y las circunstancias que se le arrimaron, y por la novedad y forma que se tuvo en él; raras veces ó nunca acaecido en esta corte y palacio, ignorado en las eras de la antigüedad y no alcanzado de los más leidos por historias. Pasó de esta manera: Viérnes Santo, que se contaban 14 de Abril de este año que voy prosiguiendo de 1634, impensadamente, por una puerta secreta que está en el corredor del primer patio del Palacio, junto á la de la capilla, que no se abre si no es el jueves de la Semana Santa para la frecuencia de las estaciones y misterios sacrosantos; aquel dia, pues, á las diez de la noche, entró el conde de Olivares en la pieza nueva donde duerme, y preguntándome, ¿dónde está S. M.? le respondí: Ahora acaba de entrar en el cuarto de la Reina. (Es costumbre, particularmente en los dias de invierno, ántes de recogerse el Rey, á la hora de las diez pasar á ver la Reina y de allí al Príncipe.) Como oyó que habia en-

trado allá dentro, volvió por los pasos que habia venido, y por su cuarto, que está junto al del Príncipe, que ha conservado desde sus principios, le alcanzó, y allí le dijo en puridad lo que traia fabricado ó ya sea lo que estaba ántes. Acababa de llegar aquella noche del Retiro, donde habia estado algunos dias de la Semana Santa ocupado en estas meditaciones, que áun tales dias no estaban sin sobresalto, ni excusan de zozobra á los vasallos. Habia, así como llegó, llamado á junta ó conversacion á algunos de los suyos, dignos sujetos por su larga noticia y envejecida experiencia, del Consejo de Estado y de todos consejos, y de allí salió erigido este caso. El primero de todos fué el duque de Alba, por no dejar de dar algo á los otros para que haga mejor lugar á los nuestros, donde muy presto le tocará su parte de los trabajos del gobierno; y los otros dos, el conde de Castrillo, presidente de Indias, y el conde de la Puebla, presidente de Hacienda, este primo hermano, y el otro hermano de cuñado, que cuando calláramos esto, por las dignidades se podian conocer; dos ministros de fama y relevantes estadistas ejercitados con larga potestad en muchos y muy graves negocios en las cortes de los mayores y mejores príncipes de la Europa (¡así fuera ello!) ¿Pero quién dice que esto importa? basta que sean deudos, que con esto lo tienen todo y son beneméritos. Digo, que habló con el Rey en el cuarto del Príncipe, le dió cuenta de lo resuelto en aquella junta, y que era ya tiempo de comenzar lo tratado, por cuanto la persona sobre quien se habia de ejecutar el juicio andaba con sobresalto, receloso y con miedo de que con él se habia de hacer alguna novedad ántes de su partida, por donde era consejo acertado recelarse de alguna fuga que desbaratase la justicia y el buen ejemplo que habia de resultar de aquí. Concluido esto, el Rey salió á su cuarto y halló allí al duque de Alba; y confirieron lo tratado aparte, quizá por dar qué discurrir á Cárlos de Croy, duque de Arescot, gentilhombre de la Cámara del Rey, del Toison de Oro, que aquella noche se habia hallado al desnudarse, que era sobre quien cargaba este negocio. Era aquel caballero de las esclarecidas

casas del País-Bajo, grande en aquella parte, y grande en España, y entre los señores de aquel país el más bien visto por sangre y bondad, y habiendo venido los años pasados á la corte, el Rey le hizo gentilhombre de su Cámara.

Con las pérdidas de plazas tan grandes (que en los libros de atras dejamos referido), así en el Brabante como en Gueldres y en la Alsacia, toda la nobleza de Flandes, los Magistrados de la villa y estado eclesiástico, temiéndose de una comun y general ruina por el ardiente obrar de Enrique de Nassau, príncipe de Orange, general de los rebeldes, su mucho poder y valor por sí y por la contínua asistencia del rey de Francia, de los protestantes y otros auxilios, la pérdida de la Religion, la de sus haciendas, estados y vidas, hablaron y se confirmaron entre sí, y dispusieron, ántes de venir á mayor conflicto, de salir al remedio por la general y particular salud de todos y bien de la patria: señaláronse algunos de ellos, los mejores y más graves y de más suprema autoridad, y hablaron á la infanta Doña Isabel, refiriéndole el estado miserable de los países, el que tenía la guerra, la mengua de soldados y de ejércitos, la falta de dinero, y, lo peor de todo, la poca esperanza que habia de remedio, ni que de esto se acordasen en España. Esta fué la sustancia, hablándola en todo lo demas perteneciente á esto, no sin larga y prolija exornacion y arenga, cual en caso tan necesario conviene. La Infanta los oyó no sin mucha afliccion, y áun otros quieren decir que con sobra de lágrimas en su rostro.

Pasaron adelante los embajadores y dijeron, que pues S. A. estaba bien informada de todo y veia cuánta era la necesidad, podia mejorar el estado cautelando los ejemplos antiguos y lo que deponen en casos tales las leyes y establecimientos de aquellos países; que, habiéndolo mirado no sin maduro acuerdo, si á S. A. le parecia, habian deliberado pedir unas juntas generales para el remedio de todo, y que así le suplicaban les diese licencia para juntarse y ocurrir al caso presente. La Infanta se hallaba de estos sucesos tan apretada, que siendo esta materia en el entender de todos los de mayor

prudencia peligrosa, y más en aquellos países, la concedió, porque aún se temia de mayores daños, y éste, segun los que esperaba ocasionados de pérdidas tan notables como se habian seguido en detrimento del Estado, no le parecia el mayor, y así hubo de condescender con el ruego de los súbditos y áun se lo agradeció; que es obra de valor mostrar en los peligros confianza, y más estando todo para correr fortuna. Dióles licencia para ello, despacharon sus convocatorias y juntáronse los tres estados, eclesiástico, noble y los magistrados de las villas, y los que por oficio y derecho en tales juntas les toca asistir á ellas. Es inviolable el secreto en tales ocurrencias y así lo juran, reservándolo ó excluyéndole de él hasta el mismo Príncipe; pero lo que se pudo trascender fué, que despues de haber hablado de varias cosas y necesidades, se trató se pidiese al rey Católico y á la Infanta los dejase hacer á ellos la guerra, y que corriese por su cuenta nombrar comisarios y oficiales para su expedicion y manejo, con alguna contribucion que S. M. les hiciese. Otros más ásperos y rígidos en el votar y libres en el decir su parecer con claridad, como alemanes, por la importancia de la materia, dijeron rasamente que S. M. Católica no los podia defender ni era poderoso para ello, ni tenía con qué, por estar todo su patrimonio totalmente hundido y acabado; que ellos se defendiesen y saliesen de este cuidado con presteza ántes que viesen sus casas y haciendas en las manos de los enemigos, y lo peor de todo y más grave, de sufrir sus hijos y mujeres, que las vidas era lo de ménos que aventurarian, por no caer en tan vergonzosa miseria; que lo de Alemania estaba tal y los estados de los vecinos en tanta cuita por las ligas de protestantes y suecos, que no era posible esperar ningun auxilio del Imperio, supuesto que sus príncipes con sus atentados eran contra la soberana cabeza, consolidados todos y socorridos del rey de Francia, capital enemigo de los señores de la Casa de Austria y de todas sus coronas.

Era el Rey avisado de estas cosas por la Infanta y por los espias ó confidentes que allí se tienen, necesarios en todo

tiempo: alteró notablemente la deliberacion y los motivos de los congregados, y nuestros ministros, ponderáronle en los consejos la disculpa de que por no poder más, toleraba la licencia. Sin embargo, el Rey avisaba por sus cartas, y con órdenes inviolables y precisas daba voces se deshiciese aquella junta y se extinguiesen sus proposiciones y se despidiesen los Estados generales; tomando por última resolucion, solicitándolo así la Infanta, se enviase al duque de Arescot á España para mediar cualquiera diferencia ó necesidad, y tomase órden para tratar con los holandeses de alguna importante tregua con que mejorasen las cosas: siendo ardid éste para sacarle del País-Bajo, porque los enemigos entónces estaban de victoriosos tan insolentes, que más apetecian la guerra que la paz ó la tregua, por los grandes intereses que se les seguia de ella para la fortuna de sus empresas, y por el instigador de la Francia, cuyos tratados eran más aína dispuestos para disipacion de pueblos católicos que para otro ninguna esperanza de alivio ni concordia. Decian que con esto se aseguraria todo el País-Bajo y lo demas hasta la Borgoña, que estaba debajo de la obediencia, porque se dió á sentir, y muchos lo discurrieron, que parte de los nobles de Flandes se juntaban de secreto con el duque de Arescot en una casa de placer suya, y que allí trataban de unirse y hacer al Duque cabeza; mas que él, no contraviniendo á la fidelidad ni dando orejas á ello, les habia respondido que él iba ahora á España á componer las cosas y á ver si podia ajustar una tregua con los holandeses; que si esto se hacia, no tenian más que desear; que caso que no se hicese, podian tratar entónces de lo que más les conviniese; y que por estas sospechas y por haber callado esto, y no haber dado cuenta expresa al Rey de todo y delatado á los cómplices, por no dar lugar á algun movimiento con este pretexto, habiendo avisado de todo le envió la Infanta, advirtiendo se tuviese cuenta con él.

Partió el duque de Flandes, y pasó por París, donde á la sazon se hallaba fugitivo por cosas tocantes á esta materia, ó por haberse entendido vacilaba en la fe, el duque de Aga-

mont, su cuñado. No halló allí al Rey, que no carece de misterio, porque no quiere el discurso humano que el Cardenal Valido tenga su parte en estas conmociones, cuando su intento no era otro ni su desvelo que trastornar la seguridad de los reinos y tentar para esto el corazon de los súbditos de mayor sangre y séquito (sus manifiestos y sus atentados lo digan) porque primero solicita con exornaciones y promesas falsas llenas de suposiciones, y no surtiendo de aquí su deseo y codicia, hace experiencia y obra con la fuerza. Vió el duque de Arescot á su cuñado fugitivo, como dije, por sospechoso en la virtud de la constancia, y sin embargo, desamparado y desvalido en aquella corte del Rey y de sus ministros, naufragando en la necesidad, si ya no es que parece simulacion hipócrita, y demas de esto, de los señores y príncipes de la sangre, con tanto desembarazo y desahogo en el descuello, que no tienen ya por agravio esta mancha ni que se la refieran, ni reparando el Duque en llamarle cuñado. Llegó por sus jornadas á Madrid á tiempo que ya la Infanta habia muerto; hospedóle D. Diego Mejía, marqués de Leganés, en sus alcázares, renovándose con su venida los bríndis de Flandes; vió al Rey y al Valido, trató de sus materias y embajada, fué oido y agasajado hasta su tiempo, disimulando poderosamente todo cuanto de él y de los demas se argüia; reposó algun tiempo, pretendiendo asegurarle, y porque importa para el caso, aunque ya está dicho, lo volveremos á repetir. Digo, que para en caso que muriese la Infanta ántes de pasar el infante D. Fernando á Flandes, como á esta hora no habia pasado (descuido en que podia haberse arriesgado la seguridad de aquellos pueblos y su conservacion), se habia mandado por órden secreta, ó ya sea que fuese ardid, ó para examinarle la conciencia, porque en esta era no hay cosa que no lo sea, y así se tropieza en todas, con que no nos levantamos de él; digo que no era resolucion secreta gobernasen los Países seis gobernadores, tres flamencos y tres españoles, y que entre los flamencos se habia señalado por más particular y por uno de ellos á Cárlos de Croy, duque de Arescot. A los primeros lances, pues, de su

llegada á nuestra corte, se le preguntó que qué le parecia de la deliberacion de que gobernasen seis gobernadores los Estados de Flandes, y entre ellos tres españoles: él dicen que respondió (porque digamos esto más concisamente como cosa ya referida otra vez), llamasen personas que lo votasen, porque si daba su parecer en apoyo suyo y de lo acordado, y se errase en ello, no queria se le diese la culpa, sino que hubiese quien le siguiese, y fuese el parecer de muchos y se diese por algunos, y que si no convenia, quedase por aquellos que lo anteviesen más á propósito, para que quedase la materia remitida á los mejores. Aceptáronle la proposicion, y llamando á los dos últimos que votaron su causa, como prevenidos dijeron no convenia hubiese seis gobernadores sino uno, porque seis más sería de embarazo en resolver las materias que de utilidad en la expedicion, importando más aina la presteza que el ser remisos por la contrariedad de los pareceres; con que quedó defraudado de la dignidad grande de ser uno de los seis gobernadores del País-Bajo, remitiéndolo todo, lo militar y político, al marqués de Aitona, de la Casa de Moncada, con toda la suprema potestad. No pudo hacerle buen estómago esta resolucion al duque de Arescot, ántes le desazonó; hablándolo en algunas ocurrencias privadas sin el reparo que conviene á las cortes y los palacios, y más cuando nos rodean las centinelas que nos han puesto para que nos atiendan y nos saquen con destreza lo que tenemos en el corazon, y tal vez hace esto el que se nos vende por amigo y nos acoge en su mesa y en su casa. Cuando se hablaba de las ruinas de Alemania, decia: «es menester saber llevar aquello por otro camino»; cuando de Flandes y sus pérdidas: «que estaba su falta en el gobierno»; cuando de la toma de Mastrique, y que el Rey decia habia puesto tres millones, que se habian cobrado y no se habia dado ocho reales de paga á los soldados en todo aquel verano, respondia: «que tomasen las cuentas».

Estas cosas puestas en las orejas del gobernador, claro está que le solicitaban el despeño, porque eran flechas que se tiraban á él; si bien es verdad, á que más me allano, que ha-

bria forzosísimas razones para cuidar de él. Yo le oí decir hablando de la era pasada, que para todo le sobraba noticia, y de cómo tuvo aquello el duque de Lerma, que ese caballero fué el mayor ministro que habia tenido el mundo, grande hombre y superior gobernador. Cogiéronle en Búrgos una carta, que le enviaban de Flandes desvirtuando las que traia el correo, para saber más de cerca su comunicacion y lo que le avisaban de su casa, y si se habia entendido por allá el escrutinio que se hacia de él ó la informacion de la Junta que con tanta viveza le atendia; donde se conjeturaron algunas sospechas. Él solicitaba su vuelta, y daba á entender que convenia al estado presente y hacer alguna tregua en Holanda. Yo le dije muchas veces, me atreveria asegurar no saldria el enemigo este año á campaña; y preguntándome que cómo lo sabía, le respondí:—Porque todas sus fuerzas han bajado á las Indias; á que replicó:—Todos sus designios, y todos sus intentos serán mortales y de notable estrago; y esto lo decia por algunas cosas que le habian avisado de la patria, por dar calor á tornar á ella. No vivia sin congoja ni sin sobresalto; discurriendo si su silencio ó lo que habia callado era entendido.

Partió á esta hora D. Diego Mejía al gobierno del Estado de Milan para defenderle de las armas de los coaligados en Italia, y quizá por no ver en su casa el estrago, los consejeros de Estado, el alcalde, los alguaciles, el rumor, el estruendo, las cuchilladas y la prision de criados; que no le habia de decir: «salíos de ella». Con la partida de D. Diego Mejía mudó de posada; con que nos volveremos á poner ahora sobre el Viérnes Santo, 15 de Abril de este año. Aquella noche, como dije, vió hablar al Rey con el duque de Alba (mal presagio para flamencos por las cabezas que quitó su abuelo en los Países-Bajos en la primera rebelion de órden del rey D. Felipe II): fué aquella vista no sin alteracion; y hay quien dice que aquella noche le fué á buscar á su casa para hablarle y á ver si podia trascender algo de sus cosas y que no le halló. Todo era en su corazon inquieto inquirir y penetrar si habia algo contra él. Resolvióse, pues, el caso, que aquella noche no de-

bia de ser otro el debate sino cómo se habia de hacer. Previno el Rey aquel dia á D. Antonio de Mendoza, secretario de Cámara, no faltase de palacio, para el otro convocar al Consejo de Estado y Guerra, al presidente del Consejo de Castilla, á los consejeros, á los alcaldes de Casa y Corte, á los capitanes de las guardas y otras justicias. A la mañana vino el Duque, siendo de guarda, á vestir al Rey, y allí se trató de su jornada, y díjole que le despacharia ántes de Pascua (qué era el negocio á que tenía que despacharle), de que él, de lo primero digo, se alborozó mucho y le besó la mano, refiriendo habia ido á ver unos toros cerca de Madrid, por no irse sin ver una fiesta tan encarecida por todo el mundo. Yo le habia dicho sin saber nada, no más que por las dilaciones que hay en las cortes en materias de despachos, veria los de San Isidro, San Juan y Santa Ana, y que para Octubre seria muy posible no haber partido de aquí; cosa que tomó con grande aspereza y enojo.

Sábado Santo, pues, á las tres de la tarde, vino el presidente del Consejo con algunos consejeros á besar la mano al Rey (pareció cosa nueva por no ser esta ceremonia de aquella Pascua); y cuando acabaron de besarle la mano, salió diciendo á Pedro del Hierro, aposentador mayor de palacio, le enseñase aquel pasadizo de la Encarnacion que le queria ver; todo esto con modo de chacota y entretenimiento: llevóle allá á él y á los demas, y á la de salida fueron llegando los del Consejo de Estado so capa citados para el caso. El Rey se entró, á oir la solemnidad de las completas de este dia, en las tribunillas; y en acabándolas se entró en la pieza nueva cerca de su Cámara, en la cual, las puertas juntadas, esperaban aquellos ministros y consejeros los oidos atentos á lo que se habia de hablar para juzgar despues; no faltando entre ellos el mayor que nos gobierna. Estaba puesto en la pieza un bufete y una silla; entró el Rey y sentóse, y dijo:—Mendoza, traedme una escribanía; duque de Arescot, entrad; y volvió á decir á Don Antonio de Mendoza:—Cerrad esa puerta; y quedóse á solas con él.

Aquella mañana se habia traido el Protonotario D. Jerónimo de Villanueva algunos papeles concernientes á la materia; y sentado, como digo, y ajustando hácia sí el bufete para el intento y propósito, y los papeles allí, imitando, si así se puede decir, el juicio último que todos esperamos, severo, mesurado y enojado el semblante, con la pluma en la mano, le comenzó á interrogar. Púsole por delante algunas justas razones de honras y mercedes hechas á su casa, á él y á sus padres, y ostentando más el brío, le dijo:—Duque de Arescot, decidme quién eran los que concurrian á vuestra casa á tratar y comunicar con vos materias contra mi servicio, y de qué calidad eran; quiénes fueron los primeros que pidieron la junta de los Estados generales, y qué se trató en ella; qué personas nobles de Flandes, ora fuesen amigos ó deudos, se habian convocado á esto; qué juntas y pláticas secretas habia tenido en una casa de campo fuera de Bruselas; si habia habido ó le habian convidado con alguna conjuracion, y quiénes eran: decídmelo, duque de Arescot. Y repitió esto muchas veces, que por su Corona Real, que si se lo decia le perdonaria y le haria mayores y más crecidas mercedes. El hombre, perdido de color y como difunto, sobresaltado en juicio tan horrendo y delante de su Príncipe, á quien parece se le habia armado aquella celada no para otra cosa que para tirarle á la vida, y fué harto poderle contener, negó; diciendo no entendia ni sabía nada de lo que se le habia preguntado, que era fiel y buen vasallo. Reconvínole el Rey con la carta que se le habia cogido en Búrgos: afirmóse, sin embargo, en la negativa, deponiendo con afecto lo mucho y bien que habia servido, su fineza y su lealtad, y que si hubiera servido á Dios como á S. M., podia prometerse grandes premios en la eternidad. Volvió el Rey á preguntarle que le dijese la verdad, que no queria más que saber los cómplices; y dijo que no habia pecado contra sí ni contra su servicio. Fué la digresion larga y el controvertir los dos, segun yo pienso y á lo que pude entender, por más de dos horas; pero viéndose el Duque agravado y combatida su honra, que para un hom-

bre grande no hay mayor dolor, y otrosí viéndose constreñido de espectáculo tan tremendo, se desbocó y habló al Rey con claridad del estado miserable de los Países-Bajos, del progreso infelicísimo de la guerra y de la distribucion engañosa del dinero y de los puntos en que habia consistido su ruina; cosa de que el Rey no quedó sabroso, ni contento alguno que lo oia desde donde estaban los demas ministros. Acá afuera se hundia el mundo, concurriendo á palacio casi todos los señores de la corte y los que podian entrar en él, y á los patios y corredores los que no tienen entrada, y toda la plebe; con la convocacion de capitanes y soldados de la guarda, alcaldes y alguaciles dentro de las piezas, sin saber lo que era, ni atinarlo, ni que tocase al duque de Arescot, se hablaba indiferentemente sobre varias y distintas cosas: quién decia que todo sobre lo que se luchaba era prender al embajador de Francia, que por insolencias de sus criados y habérselos castigado algunos españoles á estocadas y cuchilladas, habia dado en desabrirse y no queria ir á palacio ni asistir los dias solemnes en la capilla, ó porque ya se trascendia que el rey Cristianísimo queria romper la guerra con España, la concitaba nuevos émulos y los ligaba con sus gentes; y habiéndose ido el Embajador estos dias á recoger al Paular de la Cartuja, en los montes de Segovia, venerabilísimo convento y de suma austeridad, por eso levantaron apócrifamente los inventores de la corte y los más vulgares en estas materias que se habia ido de secreto y sin despedirse del Rey á Francia, y era que le iba imponiendo en estos disentimientos el Richelieu, su asesor, para dar ambigüedad al rompimiento. Otros, que era prision de algunas personas graves, por los aprestos que veian militares y de justicia allá fuera, porque habian ido aquellos dias decretos al Consejo de Castilla, en que se le preguntaba qué pena se habia de dar ó castigo al vasallo que no obedecia las órdenes de su Rey; creyendo el condestable de Castilla que iba por él, y que se comenzaba á trazar entónces la destruccion y ruina de D. Fadrique de Toledo; que no procedia con menor furor y sangre que ésta el gobernador. Digo que

creyó el Condestable que esto se hacia por él y por el condestable de Navarra, porque habiéndoles mandado admitiesen unas coronelías y levantasen gente para servir á S. M. con ella, respondieron que estaban alcanzados y en sumo empeño, que no tenian con qué; pero despues ninguno de ellos se fué á ella que no le pagaron, á lo ménos el de Castilla con las alcabalas de Berlanga. Finalmente, toda la corte estaba suspensa y admirada, esperando el fin de novedad tan grande y en que el Rey en persona se habia metido; veian abrir puertas y cerrar puertas, salir de allá dentro, y entrar y salir al Protonotario, y siempre convocando gente, y puesto y embarazado el retrete, y hecha custodia por los escuderos en la antecámara de guardas y otros ministros de centinela.

Viendo el Rey que el duque de Arescot estaba firme en su propósito, y que no habia podido con cuanto le habia conjurado hacerle declarar nada, que le habia forzado por muchos caminos á ello, y que se habia defendido y alegado sucesos y razones en favor suyo y de su fidelidad, le mandó que no se fuese de allí, y entrándose en su cámara, dijo á los del Consejo de Estado y á los de Castilla lo que le habia pasado. Enterados ya ellos, sin embargo de lo que habian oido, y dícholes tambien lo antecedente y que votasen lo que se habia de hacer con ello, comenzaron á votar, y todos fueron de parecer que le prendiesen y se conociese enteramente de su causa: uno hubo más rígido que votó le cortasen la cabeza. En estos intermedios dicen que salió el conde de Olivares allá fuera donde estaba el Duque y le comenzó á exhortar como de amigo, y que de oficio dijese lo que se le habia preguntado, que no se pretendia más que saber las personas que le habian hablado en materias referentes á la seguridad del Príncipe; que no se aventurase, ántes que obligase á S. M. á que le perdonase la omision y le hiciese merced: esto fué, si no á la letra, en suma la sustancia de la exhortacion. Aquél volvió, no sin grande cólera, á defenderse y á blasonar de los servicios de su casa, sangre y lealtad. Volvió el conde á entrarse allá dentro, y áun dicen fueron más las amonestaciones que se le

hicieron, y viendo no se podia conseguir nada, votada la prision y tras algunas circunstancias que referiré, se dió órden para prender á algunos camaradas que habian venido acompañándole de Flandes, al secretario y demas criados, que se le visitase la casa, mirasen los escritorios y papeles y se cogiesen y enviasen á palacio. Salió el Protonotario á dar la órden de esto á un alcalde de corte, partió con los alguaciles, y acometió la casa, que era junto á los Premostratenses, donde se ejecutó todo, no sin algun alboroto y ruido de cuchilladas en que hubo efusion de sangre; y á la hora de las diez de la noche, y cuando en la corte estaba divulgado el caso y los temerosos redimidos del cuidado, salió el Protonotario, y llevando la órden de prender al Duque le sacó de la pieza, y llevándole por el retrete, sacando su llave para abrir, se lo estorbó el escudero de á pié que era de guarda, como se lo habian dicho, diciéndole: —No puede V. E. salir por aquí; á que él calló por el quebranto grande que llevaba en su corazon, y dándose por entendido de que le cerraban aquella puerta, quiso resistir, previniéndole las iras de los tiempos este lance, ó porque no estaban allí las personas á quien le habia de entregar, ó porque con esta accion se le daba á entender se le exoneraba del oficio y calidades de gentilhombre de la Cámara, á los cuales solamente toca el entrar y salir por aquella puerta, y se fulminaba sobre su persona el ir en desgracia y enojo del Príncipe, y que comenzaba á probar sus disfavores: «extraña cosa habeis de vender á vuestros deudos y sangre, ó si no os harán verter la vuestra».

Esto lo entendió y lo supo decir aquel famoso portugués Alfonso de Alburquerque, gloria de la India Oriental, cuando los ministros del rey D. Manuel de Portugal emulaban sus acciones, mal con el Rey por amor de los hombres, mal con los hombres por amor del Rey: ¿á qué lastimosos casos obliga esta ley de vasallo, y qué raras y extravagantes son las artes de los príncipes? Tal vez con el ruido de la majestad se suspenderán de las obligaciones, y á aquel yerro que causó el descuido hallaron motivo en el más fiel para relevarse de

la objecion. Habian sido grandes las pérdidas, grande el descrédito, y hallaron por conveniente probarle ántes á un escrúpulo de vacilacion en la fe que no á la falta de providencia en el gobierno. Extraña fué tambien esta invencion de los hombres, y notable su resolucion en entregarse á uno, y á uno con ellos, y hacer inventario de la vida, la honra, la mujer, los hijos, la hacienda y los demas talentos del albedrío y de hombre para entregárselos, y quizá no de mejores ni mas loables costumbres que otro. En los principios de la antigüedad, aquel pueblo, que desde la creacion del mundo fué regido y administrado por Dios ó por sus vicarios que habia de sacar de allí la carne para su unigénito hijo, tropezando y dando de ojos en este devaneo, queriendo abandonar el dominio sacerdotal, no reparando él que era el más piadoso y ajustado á la razon por la dignidad más natural y legítimo y acomodado de Dios, les avisaron no sin particular auxilio de las calamidades que les habian de sobrevenir para esta peticion, que todas le salieron ciertas; que se les servirian de las vidas de las mujeres y los hijos, que usarian con todo el poder de su albedrio, les tomarian las bestias, se las arrojarian á sí (que no dijesen las virtudes), conviene á saber: la legal administracion en la justicia, la distribucion fiel en las mercedes, la templanza en el poder, la modestia en los regalos, la vigilancia en la grey y la observancia en los preceptos sagrados, la defensa en la fe, el culto de la religion, y así para que no nos engañen con su ereccion ni con los vanos fundamentos, de que lo heredaron sus príncipes ántes y despues de este suceso todos arribaron á esta invencion por tiranía ó por homicianos. Cuando el varon grande, no por violencia ni por usurpacion, sino por virtudes ó por necesidad que hay de él, se deja elegir y se atreve á investirse los cuidados y fatigas de Príncipe y se convierte en ellos, y todo en la utilidad por las leyes y por la salud de los pueblos, y vela sobre su amplificacion y descanso, y es el primero á lidiar con los violadores de estos derechos, justamente es buen gobernador y merece el título de Rey; mas cuando aquel convierte

todo lo que le dieron aquellos, toda la soberanía, el mando y su saber en ocio, vicios y delicias, y en ser no más que el disfrutador de las cosas más preciosas, alimentándose sin un instante de intermision del sudor ajeno, dándose á creer que lo lícito todo le toca y le conviene, éste, cuando algunos de los súbditos se divierten en lo que quiere que le pertenezca, si él duerme á los progresos de su conservacion y gobierno, cediéndolos en otro, ¿qué mucho que caiga en estos y en otros mayores inconvenientes? ¡Qué dichosas son aquellas repúblicas que se gobiernan por los viejos, y no todos sino los escogidos y los mejores, los prudentes y los sabios, que fuera están de inclinarse al respeto humano ó al que quiso envanecer la fortuna, ó al apetito del que por que es mi criado, que todo se lo debo, ó que todo se le dé, no crecerán ni serán más entendidos que otros; pero más gustosos los pueblos, más perdurables en su posteridad, más larga la estirpe de las familias, sin atrevérsele la invasion de las naciones forasteras ni el contínuo estruendo y ruido de las armas del peligrar ó zozobrar en ellos!

Digo, pues, volviendo á nuestro discurso, que no dejaron al duque de Arescot salir por el retrete: el Protonotario le dijo viniese por la antecámara, y en estando allí hizo señas á D. Francisco Zapata, teniente de la Guarda Española, que, con la órden que tenía, esperaba allí con la mano y con los ojos qué llevarse. Salió aquel caballero suspirando y lleno de mortal congoja y afliccion, tanto que causaba lástima el verle, y cuando vió á Zapata delante de sí, le dijo:—¿Adónde vamos, Sr. D. Francisco? El le respondió:—Venga V. E., el marqués de Gelbes lo dirá (que era capitan de la Guarda), y añadió: pienso que á la fortaleza de la Alameda de Barajas. A que él replicó:—Larga será mi prision; yo no he pecado. Sacóle el marqués de Gelbes de palacio y entregósele al alcalde Don Juan de Quiñones, que le llevó á la fortaleza. No quedó el Rey gustoso aquella noche de lance semejante, como suceso nuevo, y que tal género de cosas jamás lo habia usado; porque la lucha del Príncipe y del vasallo no puede ser desazon para nin-

guno, porque accidentes semejantes siempre se remiten al juicio de los letrados, y sólo queda para él el darle cuenta de lo que se va obrando. La corte y toda la nobleza estuvo en suma admiracion: lo que se decia de él, y todo lo demas que se pudo apurar de esto fué que habia callado, y sabe Dios si hubo de qué ó fué presuncion ó miedo, y haber tomado esta traza para saberlo; lo cierto es, que aventuraron demasiadamente al hombre, y que por entónces fué suerte el no perder la vida del sobresalto y la congoja, si bien despues la rindió al suceso. A la misma hora en Flandes hizo prender el marqués de Aitona, de órden del Rey, al príncipe de Barbanzon, y al obispo de Malinas y á otros nobles por las causas referidas; y huyó el príncipe de Nassau á París, quedando en el ejército del rey de Francia, principal autor y atizador de este fuego; pero á la misma sazon se restituyó á la gracia del rey Católico el duque de Agamont.

Desnudándose el Rey aquella noche, referia á los gentilhombres de su Cámara, no sin compasion y ternura, algo de lo sucedido entre S. M. y el Duque, diciendo le quedaban las manos abiertas para hacerle merced cuando lo pidiese la ocasion. Al otro dia, desde la fortaleza le escribió un papel en que (así lo dicen) relató largamente lo que se le habia preguntado; de que dijo el Rey, que si á los principios lo hubiera hecho no hubiera pasado el caso tan adelante: fuéronle á ver y visitar los grandes y caballeros de la corte, y dentro de muy pocos dias, despues de la vuelta del Rey de Aranjuez aquel Abril, le pasaron á la fortaleza de Pinto, y siempre con un guarda mayor y doce guardas; y pasados algunos meses, que en la mitad del camino de Madrid y Pinto salió el Duque, y el conde de Olivares, llevando á D. Antonio de Contreras, del Consejo Real, y á Lázaro de los Rios, secretario de Cámara y de la causa, le tomaron la confesion, y despues se despidieron el Conde y el Duque alegremente y con muchos abrazos. Hoy que hace un año que se ejecutó este suceso, sin embargo yace en la corte como preso y retirado sin poder trascender el fin. Novedad que tanto admiró el mundo, un señor rodeado

de tantos bienes verle ahora sin libertad de su Rey, ni ejercicio, ni posesion de riquezas y honores de fortuna, fuera de su natural patria, sin su mujer é hijos, deudos, criados y allegados; esto es ser vasallo en esta era (fortuna que han corrido y correrán mucho), afligido y desconsolado, que hay duda si quedera para ello, punto que no carece de cuidado, y de cómo saldrá de él, porque tantas cosas podremos remitir al tiempo que no baste la vida á acabarlas. Vino un hermano suyo capuchino, de Flandes, para ayudarle y tratar de su causa, y con este ánimo y este valor desvaner el intento y el haberse concitado contra su persona; porque aquellos vasallos llevan mal el ser gobernados de otro que no sea alguno de sus príncipes.

En Alemania proseguia la guerra, sin omitir un punto de descanso al trabajo ni á la fatiga de los vivientes; con tan rigurosa obstinacion procedian los enemigos, sin obstarles el fin miserable de sus caudillos y capitanes, y el malogro vergonzoso de sus trazas y consejos. Los cabos del ejército del César, sin embarazo ó turbacion de infidelidad, proseguian en el obrar con gallardía y denuedo, recuperando las tierras perdidas por la maldad de la cabeza, velando los escuadrones y las tropas de caballería, en los lugares y puestos que las encontraba, el conde Matías Galaso, quien, con parte del ejército imperial, rompió y degolló la gente del duque Bernardo de Veimar y él se puso en la fuga. En los capítulos pasados dije como éste es descendiente de aquel duque Juan Federico de Sajonia, que alterando la Alemania y el Landgrave en los tiempos gloriosos del grande emperador Cárlos V, poniendo cada uno de su parte y en apoyo de su opinion potentísimos ejércitos, el de Sajonia para echar al emperador de Alemania, el César para constreñirle y forzarle á la obediencia de la Religion Católica y suya, fué desbaratado y preso despues de haber pasado el Albis y dado los Estados á su hermano; y tal memoria y castigo vive en la sangre de los descendientes, que hoy, con la mocion de tantos enemigos y otras calamidades de nuestra nacion, se han abierto puertas para la venganza, y les ha parecido

á propósito este tiempo para atrevérsenos con la injuria y las armas. Estos sucesos y otros pretendianse por el frances en Flandes y en Italia contra los designios y materias del rey Católico y contra la seguridad, teniendo entre manos algunos muy importantes, como veremos en su lugar, y deseando conducirlos con fortuna á su asiento y esfera, porque habian de conseguirse, no sin mucho afan y fatiga y contra los perversos dictámenes de los malos, y se habia de proteger contra los vientos de los ambiciosos, tanto con la industria como con la espada, y se habian de contrastar, sin embargo, sus ardides y cautelas por muchos y por muy varios caminos hasta arribar á pesar suyo al fin conveniente, y pretendiendo con órden particular que se les envió para ello, necesitando para todo como Principe cristiano de las ocurrencias del cielo y del auxilio divino. Los embajadores del Rey en Roma, hablaron otra vez al Papa pidiendo la promulgacion de un jubileo en toda la cristiandad para los buenos sucesos de ella; concedióle y, más humano el Papa á nuestras cosas, un socorro de 400.000 escudos para las guerras de Alemania, echando sobre todas las rentas de los eclesiásticos en el Estado de la Iglesia dos escudos por un año sobre cada ciento de renta.

El príncipe Tomás, hermano de Vitorio, duque de Saboya, desabrido con él, no tanto por la liga con el frances, como por haber consentido una afrenta tan grande como tener franceses en Piñarolo y otras plazas en forma de presidio y sujecion, cosa que ninguno de sus pasados sufrió ántes que se le tomasen por armas; por esto, y otros particulares suyos que entre hermanos nunca faltan, ganado, pues, por algun fin pretendido ó de necesidad ó de agradecimiento por los beneficios en eras tan antiguas y presentes hechas á sus hermanos, dejó su tierra y domicilio, y el Duque, su hermano (y plegue á Dios que no fuese con ardid de espía, por lo poco que duró en el servicio del Rey), y llevando la princesa de Cariñano, hija del conde de Suasons, de la sangre real de Francia, pero al fin de esta nacion, y ellos saboyanos, pasó al Estado de Milan para que quedase allí por cuenta del Rey y á cargo de los gobernado-

res, y el Príncipe pasó á Flandes á servir, al mismo tiempo que por curiosidad de ver tierras y naciones extranjeras.

Ladislao, hermano del rey de Polonia, primo hermano de S. A. el infante D. Fernando, porque las madres de ambos eran hermanas, hijas de Cárlos, archiduque de Austria, y de María de Baviera, en Estiria, afecto por sangre y por religion á los príncipes de aquestas augustísimas Casas, pasó tambien no sé con qué intento: quién dice (así nôs lo mintieron) que deseaba por esposa á la princesa de Astillano y meter los piés en el reino de Nápoles. Los ardides y cautelas de nuestros dias andaban tan vivos rodeando nuestras Coronas, que, por los muchos que hemos tocado, no se admirará nadie ni lo tendrá por dislate si reparamos en esta peregrinacion. Hospedóle el Infante magníficamente por algunos dias, hízole muchos y muy ricos presentes, dióle seis caballos, y joyas á los que le acompañaban, y despedido de allí aquel Príncipe, con el agradecimiento que era justo á la generosidad del hospedaje, regocijado sumamente con justa admiracion de las heróicas partes y virtudes de aquel Príncipe, caminó á Alemania; quién dice que á hallarse en el ejército del Emperador, si bien en cuanto hemos leido de aquella jornada, desde el Danubio hasta el Rhin, no he visto que ninguno de los escritores haga mencion de Ladislao, hermano del rey de Polonia, en ningun regimiento de caballería; y lo cierto es, que más aína se encaminaria á Cracovia, corte de aquel Rey, ó á otra ciudad de Polonia á descansar del largo viaje y de sus discursos; lo cierto es que la sangre y las riquezas de aquella Princesa podian muy bien solicitarle el corazon.

Persistian á esta hora los franceses en el sitio de Brisac, en la Alsacia. En Puerto-Rico, que no hay parte, por remota que sea, que no experimente las iras sanguinosas de muerte, en la isla de San Juan, situada en el Occidente en el principio de la Isla Española, el gobernador Brochero tomó en Puerto-Rico á los corsarios de Holanda trece urcas de á 500 toneladas cada una: éstos, con la comodidad de lo que han ocupado en el Brasil y la ansia de establecer allí plaza de armas para los robos

y usurpaciones de ambas Indias, y llegarse más á la Habana para acometer á sus tiempos las flotas y galeones de la plata, no sólo se contentan con tomar puertos tan considerables, sino que reconocen las Islas menores y despobladas de aquellos rumbos, y á las que tienen alguna poblacion las asaltan, y en las que no, la pretenden establecer y fundar de sus gentes, fabricando fuertes en ellas, aunque de obra muelle y deleznable, como lo han hecho en la isla de San Cristóbal y en la de San Martin, de que han sido arrojados tantas veces por D. Fadrique de Tolelo y algunos de nuestros capitanes, á propósito y no para otro fin que para ser ladrones (vicio principal de la tiranía), como se lo enseñaron sus abuelos y ellos lo siguen y decoran su imitacion.

Como nuestros decretos, aunque encaminados por necesidad forzosa y otras materias de calidad que lo piden, á que siempre están sujetas grandes monarquías, son gobernados por la violencia ántes que por la templanza, y de ordinario caminan á derogar el sagrado de los fueros y á pervertir los derechos de la libertad (merced de la naturaleza y del cielo), no es mucho que los más de ellos no surtan la utilidad que se desea; ántes al contrario, obligan á atentar contra la majestad, accion que aunque se lave con sangre resfria el amor de los vasallos con tales inconvenientes, y á que se pueda turbar la tranquilidad y el sosiego y la armonía prudencial del gobierno.

El atrevimiento de los naturales de Bilbao (de algunos de ellos digo, y los más plebeyos, que siempre hablé con respeto de la nacion vizcaina, porque tales marineros y soldados, tales hazañas y su tan antigua fidelidad es justo que la venere la pluma, y ántes que en el vituperio proceda en su alabanza), digo que el atrevimiento de Bilbao, apuntado en lo de atras y comunmente entendido de todos, como á entrar en las casas de los ministros, romper las Cédulas Reales y otras amenazas y extorsiones cometidas sin reparo y respeto, como cosa tan pública, si bien se disimuló por algunos dias no durmió el castigo, que aunque confinante con la Francia en

tiempos tan revueltos, para el ejemplo de las otras fronteras no quisieron disimularles la bravura ni la confianza; aviso que se daba á los catalanes para que se mejorasen de sentimientos: finalmente, se resolvió en el remedio, porque en otras ocurrencias forzosas (como dije) á la calidad de buen guerrero no despertasen mayores alteraciones, y no se hizo sin junta particular y consejo. Varios modos se discurrieron y á qué justicias se cometeria: quisieron enviar á algun alcalde de Corte, de Castilla; mas pareció, por los más atinados, lo ejecutase alguno de la nacion, con el auxilio y resguardo de los nobles, porque no reclamasen segunda vez sus fueros y privilegios, y que se les castigaba con justicias forasteras. Encargóse mucho el tiento en este caso, y examinar cautamente, ántes de entrar en el castigo, el ánimo de los más fieles: á los nobles se les dijo era fealdad que delante de sí y á sus ojos pocos hombres, y esos plebeyos y sin prendas, se hubiesen atrevido á contrastar las órdenes del Rey y el mayor blason de su calidad por estar á cargo suyo y de su sangre este dictámen; que le hiciesen rostro, amparasen los oficiales de la justicia, en cuyo fundamento consistia toda su seguridad y consonancia de buen gobierno, que castigasen severamente los agresores y diesen todo ejemplo de fidelidad á los vecinos. Hallando, pues, calor en los mejores de la provincia, se resolvió el negocio y encargó la ejecucion al duque de Ciudad-Real, nieto de Don Juan Idiazquez; y este caballero, sabiendo la voluntad del Rey, pronto como siempre á su servicio y como sus pasados, á los 20 de Abril entró disimuladamente en la villa de Bilbao, tratando más de fiestas y de ser recibido que de otro ningun cuidado, ni de darle á los naturales. Pasados algunos dias, y cuando lo pedia la ocasion, comenzó á rondar todas las noches como Alcalde ordinario en aquel distrito, y hallando que los alborotadores se estaban con la libertad que ántes, y más licenciosos en el hablar y traer armas prohibidas, fué prendiendo algunos de los que topaba despues de la hora señalada, y mostrando rigor con ellos, en pocos dias los redujo debajo de temor, desvaneciendo los discursos de los recelosos que

temian el castigo y esperaban la enmienda, deshaciendo las sospechas cuando veian echaban algunos de la cárcel, asegurando por aquí los transgresores y culpados, y manteniéndolos más firmemente en el descuido de sus conciencias. A los ocho dias de su llegada, acudió toda la gente principal del señorío á ofrecérsele para todo lo que les quisiese mandar en servicio de S. M.: eran muy ordinarios en estas recomendaciones, y con gran fervor en ocho ó diez de los más calificados; asistiendo al ayuntamiento y hallándose al salir el Duque de su casa para acompañarle; costumbre y estilo antiguo que tienen y han tenido con los predecesores suyos, dueños de las casas de Buitron y Mujica. Viendo que todos se le ofrecian llanamente y con deseo y calor de castigar la plebe, que habia cobrado más orgullo del que convenia, para la malicia de algunos trató de declararse, y dijo: que si S. M. se sirviese de hacer alguna demostracion en los actores del desórden pasado, y de la rotura de las cédulas de cómo se habia de vender y distribuir la sal, todo hombre de calidad y de obligaciones y del orígen y sangre de las nobles y antiguas familias de Vizcaya, debiera asistir con prontitud á la ejecucion y la ley de vasallo, pena de faltar al Príncipe, á sí y á la patria, que no tiene más valor que el que le da la autoridad real. Fué bien admitida la plática; con que asegurado de la mayor parte de toda la nobleza y de muchos del pueblo, y reconocidos los bulliciosos, alistó los que habia de una parte y otra, y halló que eran más y mejores los fieles; con que persuadió al Corregidor y á los demas ministros y criados del Rey, que estaban en Bilbao, que tratasen de castigar los deservidores, que era obligacion precisa de la lealtad y de la sangre, asegurándoles que sin riesgo ninguno se podia hacer. No fué esto muy fácil de dar á entender al Corregidor ni de hacerle venir en ello, por el recato que siempre debe conservar un gobernador en los motivos de castigar, temiendo el fin, particularmente en hombres de ánimo feróz y duros de corregir, y más cuando son dados con demasiado calor á resguardarse en el sagrado de las leyes con que se entregaron al Príncipe; no sea que de no salir bien con él

se le prohije el suceso si fuere adverso, porque no dejan de ser de cuidado tales remedios por la noticia de los ejemplares, y porque el Corregidor y los demas habian visto y oido tantas amenazas á sus ojos y tantos los que eran malos, que ponia en duda el estado de las dos balanzas y el poder hacer juicio de ellas; pero sin embargo de todo esto, le parecia á él que era mayor el número de los malos que el de los buenos. Viendo el duque de Ciudad-Real que si se dilataba la ejecucion se aventuraba el suceso y el servicio del Rey, que era lo más que se pretendia, esperando por horas la satisfaccion del atrevimiento, y que, como se habia experimentado el año antecedente, por no acudir con brevedad al remedio se podrian aumentar dificultades difiriéndolo á más simples dilaciones, hizo con esfuerzo instancia por escrito al Corregidor, tomando sobre sí el riesgo y seguro de los ministros, y de salir á su defensa, afirmando, con razones que dió para ello, que la ejecucion sería con toda quietud; con que no pudieron dejar de condescender con sus pretextos, no obstante que sus temores eran grandes y tenian señales en que fundarse. Ya les parecia que se alteraba la provincia, que se metia todo al fuego y á la desolacion, y que veian sus casas y haciendas abrasadas.

Resuelto, pues, esto á 23 de Mayo, salieron todos aquella noche á rondar la villa, el Duque, el Corregidor y su secretario, sin otra gente ni resguardo, por no dar que sospechar; determinaron con esto la forma que se habia de tener en prender los delincuentes, y fué á las cuatro de la mañana y echó un bando, en que se mandaba á todos los vecinos que ninguno saliese de su casa, pena de la vida. Dióse órden á los cabos de las calles, que son como capitanes, que cada uno saliese con la gente de su calle á nueve puestos señalados, porque impidiesen la salida y entrada de la villa. A esta misma hora acometieron hacer las prisiones D. Alonso de Uría, oidor de Méjico, y D. Jerónimo de Luna, alcalde de hijosdalgo de Granada, como lo tenian ordenado, y fueron á casa del Corregidor á la misma hora, poniendo dos compañías de guardia para la seguridad de sus personas. No durmió el Duque aquella noche

ni se recogió á su casa, rondando hasta cerca del dia; y tornando á su casa, á aquella hora volvió á salir en cuerpo con una bengala en la mano acompañado de nueve caballeros, D. Francisco de Aguirre y Álava, D. Pedro Idiaquez, el licenciado Juan Buzquizio, D. Martin de Muñibe, D. Gaspar de Aldalpe, D. Antonio de Mujica, D. Lope de Basurto, D. Antonio de Buitron, y D. Juan de Eiberana, teniente de preboste mayor, sus criados y algunos alguaciles; excusando á los demas caballeros de la villa porque estuviesen prontos á salir con la gente de su calle cuando fuesen llamados.

Dispuesto todo en esta forma, cerraron con las casas de los reos, prendieron dos, derribándoles las puertas, y buscáronse los que desnudos se habian escondido al primer sobresalto y ruido, pues no vivian sin temor de lo que les habia de suceder, porque casos tales jamás los dejó la razon sin castigo: escapáronse dos y otro fué cogido en su cama; prendieron otros tres, porque era el buscar en diversas estancias con las manos de los que eran llamados á la guardia de las calles que habian acudido á sus puestos señalados. Los doce regidores de la villa y el procurador general salieron á la hora, viendo el estado que tenia el hecho y la revolucion de la tierra, con sus armas de fuego, pero á tiempo que ya estaban hechas las primeras prisiones.

Vióse allí la fidelidad de muchos en el acudir, en la presteza en ponerse al lado del Duque y de las justicias, en la obediencia de las órdenes, en ponerse los más estirados con prontitud al riesgo, á la defensa de la causa del Rey y pública contra los turbadores del sosiego, en que se descubrió la gran fineza de la nacion; estimando más aína la lealtad al Príncipe que la entera observancia de sus fueros en aquella ocasion. Avisaron dias ántes á algunos clérigos, alentados en casos tales y con mayor ardor que los legos, que hiciesen fuga. Respondieron que si el Rey los queria castigar, querian más aína morir en la patria que no vivir fugitivos y dilincuentes en la fe, y muchos de los sospechosos no se movieron, fundados en esta misma opinion y esperanza, y resolvieron esperar en sus casas

conocidos por reos, quizá confiados en la lista de sus fueros y franquezas, que ellos intitulan libertades por guarecerse en ellas; pero esta vez se les pretendió hacer delito, porque la ira del Príncipe en estos hechos es de mayor poder que aquellos títulos, y los deroga cuando se ve la majestad ofendida y como raudal impetuoso, originado de tempestad horrenda, derriba los cimientos más levantados y echa por tierra los homenajes de la nobleza.

Presos, pues, los actores, á las siete de la mañana fué el Corregidor á la cárcel, fulminó proceso, y concluida la causa condenó á muerte á seis de ellos: al licenciado Morga y Sarabia, Juan de la Puente, y al secretario del Señorío Martin Ochoa de Jaravide, y dieron garrote en la cárcel á Juan de la Rabaster y á dos hemanos llamados Vizcaiganos, los más valientes del comun, y ahorcaron públicamente en la plaza los primeros, que fueron de los incitadores y los que movieron al atrevimiento con dos que se huyeron, cuyos nombres fueron Diego de Arta y Martin de Arauco. A un clérigo llamado Armona quisieron haber á las manos, mas él se dió tanta diligencia que libró en sus piés su salud. Fué ejecutado este castigo, no sin miedo ni confusion de los naturales, á 24 de Mayo, ántes de anochecer, en la plaza pública y en la cárcel, con gran quietud y silencio de la gente popular, hallandose el Idiaquez á la vista de todo para mediar cualquiera accidente y dar autoridad á la justicia.

Refieren las memorias, que aquel castigo le pidió Vizcaya, y es muy de creer de la fidelidad de familias y casas tan grandes, ejercitadas por tantos siglos en la fe y en el amor de su Príncipe con hechos y hazañas dignas de la perpetuidad del bronce. Las prisiones hizo la villa de Bilbao, y en su nombre el duque de Ciudad-Real con su Alcalde, y la causa sentenció el Corregidor y la ejecutó el teniente de preboste mayor y dos secretarios del número, sin que interviniese en su jurisdiccion ninguna de las justicias forasteras ni de fuera del Señorío, que fué alguna parte de consuelo que les quedó á los escarmentados, y que en esto se les guardasen sus preeminencias,

anhelando más aina por esto que por la vida. Despues de la tempestad se vió claro y sereno el cielo, y se les envió al Diputado general á decirles, que S. M. les relevaba del decreto de la sal y queria no se entendiese con ellos, y que de nuevo les confirmaba sus fueros inviolablemente y daba perdon general á los demas culpados; con que se alegró la tierra y ellos lo celebraron con fiestas. Restituyéronse á Bermeo más de cien marineros que se hallaron en la revolucion, y volvieron algunos fugitivos á sus casas. Este fin tuvo este arbitrio allí, y en nuestra tierra que clamó, por ser excesivo, con las voces que por su carestía daban los pueblos y contratantes, y aunque se bajó á razonable precio, todavía pareció pesado, por haber pocas cosas que no necesiten de este condimento; y de esta manera castigáronse en Vizcaya, con esta severidad, prontitud y prudencia, los delitos contra la majestad.

De aquí se pasó, despues de largo conocimiento de su causa en el Consejo de las Indias, á castigar al general D. Juan de Benavides, por la pérdida de la flota de Nueva España: juéves á 26 de Mayo le sacaron de Carmona, donde habia tenido su prision, y le llevaron á Sevilla; y allí, públicamente, á D. Juan de Leos, su Almirante, echaron al Peñon perpétuamente, donde tambien acabó la vida. ¡Ejemplo para aquellos que pudiéndola sacrificar al valor y á la honra, cuando se acompaña con el derecho divino, y al aliento militar de soldado, no la rindan á la vileza y descrédito de la cobardía, y pudiendo morir á la hidalguía del plomo y de la pólvora no la abatan á la villanía del cadalso y del cuchillo!

Aquel espectáculo que acabamos de referir se recitó en Vizcaya; aquel horror que por tales sucesos queda en el corazon de los súbditos, así en aquellas como en estas coronas, que por más que sean justos no ayudan, ántes resfrian el amor y los afectos para con el Príncipe, por los motivos que se les da para ello; aquellas muertes y aquellos asombros, cuando no la incertidumbre de los fines á dar causas á mayores riesgos, todo digno de reparo en sujeto dotado de prudencia, no refrenaron la sed del gobernador en el exceso de los tri-

butos; tocando ya esto más que en necesidad en vicio, y dando por causa que el Rey ha de ser el sobrado y no el vasallo, que no se podia venir á buena paz si no es haciendo buena guerra, y que ésta habia de ser á su costa, introduciendo los pechos de Castilla en los demas reinos, y que ellos se gobernasen por nuestras leyes, entrándose por aquí á la coadyuvacion de todos; cosa notablemente rara. ¡Y que este intento no diese cuidado y no hiciese reparar el despeñarse de temerario! Hacíanse estas llagas y esperábanse mayores y la destruccion de todo yerro digno de corregir, porque teniendo el Rey todos sus haberes y rentas de la industria y fatiga de los vasallos, si ellos están fallidos y no tienen que le dar, ¿de dónde ha de estar rico? De suerte que tan digno es esto de reparo como de tener reino.

El oficio de Rey no es otra cosa que una imitacion del labrador de tierras, ora sea en esta ó en aquella mies: si éste con mano artificiosa, despues de la cultura, sabiamente distribuyere el grano, cogeràle cien veces multiplicado (lecciones del Evangelio); y si suspendiere la labor y la dejase desierta, será desfraudador de sus mismos bienes. Quien quisiere soldados, capitanes, gobernadores, marineros y domésticos, beneficíelos; quien quisiera empresas, victorias y otras buenas fortunas en mar y tierra, solicítelas con los premios, que eso es aumentarse, y procúrelo; quien quisiere millones, siémbrelos para que se los vuelvan á dar, y aunque aprecio no sea todo, en los forasteros que muchas veces con capa de afectos ó de amigos fingidos se los usurpan, y más cuando allí no se coge lo que se siembra ó no se siembra pues no se coge.

Digo, pues, que aquel suceso de Vizcaya no refrenó la sed del gobernador en el exceso de los tributos: despertó uno, y le publicó, de que todo lo que se varease en los mercaderes, así en telas, lienzos y sedas, rindiese el dozavo y se quitase á la vara. La confusion en la corte y en los demas pueblos sobre cómo se habian de haber con él y cobrar este tributo era notable. Luégo al punto se cerraron las puertas

de los mercaderes, embarazándoles el comercio y midiéndoles cuanto tenian en las tiendas, con aviso que habia de ser cada mes: extorsion gravísima, pues todos cuantos mancebos tenian para el despacho eran menester, y muchos más, para atender á esto; con que fracasaba la industria y el poderse aumentar, quebraban los tales, y aunque de sólo este impulso todo faltaba, ya el estudio no era otro entre los artífices, por redimirse de la vejacion, sino cómo se malearian las mercadurías, las tramas y sedas, y que quedasen los compradores dagnificados en el precio y en la materia. Replicaron los ciudadanos á esto, como interesados en lo que les pertenece, del gobierno y comercio, y cerráronse las puertas. Quisieron para apretar más la codicia, hasta esprimir la sangre, sellar los telares de los tejedores y lo que se tejia. Segovia no lo llevó á bien, y los de Toledo, en número de 600, fueron al ayuntamiento, y con voces y amenazas, en forma de tumulto ó conmocion, dijeron no se sellasen los telares, y suspendieron la labor; daño peor que el tributo, porque el ocio, como nos lo habla la experiencia y nos tiene insinuado, sólo males y peligros acarrea. Dicen que quisieron arremeter á las casas del Regidor y Jurado que lo votó para quemarlas, porque los dueños estaban en Madrid con el reino junto en Córtes: con que se suspendió la órden y el arbitrio, y lo que esto podia montar se echó en el vino, y la vara se restituyó á su antiguo ser. Tras este suceso salió un decreto en que no se pagasen los salarios este año á ningun consejero, secretario ni otro ministro, que se los librarian en ciertos pedidos que habia concedido el reino demas de los ordinarios, los cuales nadie los habia querido comprar, ni los asentistas, ni hombres de negocios, ni otro alguno de los que andan con su dinero á emplearle los habia querido admitir ni dar un real sobre ellos, por la dificultad de su cobranza y porque apénas podia ser de efecto ni habia sustancia en los primeros. Aunque esto parece que podia alegrar al pueblo, por las muchas riquezas que estos tienen (de los consejeros digo), de grandes fábricas, de casas, posesiones, juros, compras de lugares y de tierras, cuando en sus principios no tenian za-

patos, y áun se tolerara esto si no fueran soberbios y presuntuosos y se conocieran y tuvieran humildad; pero todavía como influencia de quitar, que siempre estaba flechando y pendiente sobre nuestros cuellos como yugo intolerable y pesado, daba que hablar y que gemir á algunos de ellos, y los mejores por desvalidos, que sin duda ninguna los hay, no podemos callar que no hay buenos, que sería peligrar en la justicia lo contrario y tambien en no decirlo. Sentíanlo, finalmente, aquellos, porque sus hijos y sus mujeres sólo pendian de esto; y en sus casas y en las de afuera se les veia sin afectar pobreza y necesidad que esto les habia de hacer falta. Los acrecentados y socorridos contínuamente de diversos gajes y ayudas de costa, porque entran en muchos consejos y otras inteligencias secretas que no faltan á los mañosos y entremetidos, que con tener en una pieza baja suya, donde reciben á los negociantes, unos lampazos antiguos y unas sillas viejas, y áun no coloradas, piensan que hemos de creer en su falta de hacienda, recibiéndola por muchas partes y por inmensos conductos, comprando muy gruesos juros y ricas alhajas, sobrando en su casa cuantos regalos y delicias ha inventado la gula, que se comen en secreto y áun se venden en las plazas públicas, no tratando por esto de modificar los precios á las cosas ni su ambicion; labrando pueblos en los contornos de Madrid y en sus lugares, donde piensan que nadie lo ve (como si los mercuriales no fuesen diligentes en estas nuevas y las relatasen en todo el mundo con brevedad), tambien lo sintieron; pero no atreviéndose á la queja, dieron muestras falsas de su necesidad é hipocresía.

Estos, como digo, soberbios y letrados, labran palacios y pensiles, ó en la corte ó en sus lugares, donde ántes los conocieron muy pobres y humildes, sin ménos hinchazon y vanidad, y ahora, con el soplo de la fortuna, ó por introducidos ó confidentes del Valido y de cuanto se trata en el Consejo, ó por espías del presidente ó de aquellos más verdaderos para aconsejar, como hombres que tienen su hora reservada con el Príncipe el dia de la consulta, ó para que no haya secreto en nada

cuanto no sea patente al poderoso; vanos y con ménos letras que conviene, ni áun con las virtudes que son necesarias, arribando á los altos casamientos y á las cruces militares para sí, para sus hijos y nietos, y sabe Dios con qué claridad; tan ajenos de sí y de su nacimiento, que en los estrados donde debian imitar á los grandes oradores y legistas, que veneró por esclarecidos la antigüedad en Atenas y en Roma, gloria de Grecia y de Italia, de lo primero que echan mano es del denuesto y de la palabra injuriosa contra los litigantes, y más aína contra el inocente que tiene justicia pero que no tiene favor, haciendo muchos ascos de que se defienda algun criado del Rey, sólo por que lo es y porque piensa que por allí pasará á las orejas del Príncipe su severidad para ascender al alto puesto, siendo reo en los verdaderos términos de la modestia y la templanza en el juzgar. Si el tal criado por beneficios que hizo dejó que el otro fuese agradecido y éste despues fué villano, se lo pone á pleito, y no es de creer la mofa y los misterios que forma y los escrúpulos hipócritas, teniendo él armadas sus trojes de estas regalías, no teniéndolas de su conciencia, no habiendo trato y arbitrio en que no entre y ande con el dinero, ni excluyendo empleo ninguno, ni por civil ni mecánico, por acrecentarse y dejar á su hijo marqués, buscando modos y bagatelas para que le llamen señoría y consintiéndolo; y si aquel porque tiene razon, aunque en los derechos halle contrario y se quiera defender por títulos de su nobleza, y aunque ponga de su parte todo lo necesario, en este caso tuerce la boca y el semblante y quiere que esto se desmenuce hasta la creacion de Adan. Pues preguntémosle á él, qué minas de oro le brotaron, como dijo el autor comun, con quién trocaron sus alhajas, dónde enriqueció y se aumentó tan aprisa que en homenajes excede á la casa del mayor monarca, y en la dote que ofrece á sus hijas á la de los grandes señores, y áun quieren que casen allí; de dónde se fabricaron los edificios, las rentas, las posesiones tan aprisa; dónde halló los fundamentos para ser hidalgo y ponerse á sí y á su hijo la enseña de la nobleza; y si poco ántes no tenía nada de esto, sino que era un razo-

nable abogado, ¿por qué ha de querer (usando mal del lugar) barajar á los otros y poner á pleito si tiene ó si es, teniéndolo él todo y no siendo nada?

Corriendo, pues, con brevedad por estas materias, más profundas hasta de lo que se piensa, habiendo mucho que decir en ellas, no sosegando el gobernador en los subsidios, entrado ya en esto y hecha la costumbre, porque en todas partes no faltase la guerra, en Portugal se tomó un tercio de lo que se pagaba de rentas, gajes y pensiones, con que se abrieron las zanjas á ruinas y desconsuelos; en los almojarifazgos de Sevilla 8 por 100 de las situaciones que hay allí consignadas; en Cataluña, demás de los 600.000 escudos que el Papa concedió sobre los clérigos, se pidió el quinto de las haciendas á los seglares, comision que se remitió á Parcero, obispo de Gerona, porque no pensasen dormian en Castilla y se habian olvidado de las Córtes de Barcelona, que no quisieron conceder teniendo al Rey por dos veces, y áun que el poder no está léjos. Refieren que las voces y los sollozos eran grandes y las maldiciones no cesaban; y no paró esto aquí, porque si con particular estudio se mirara, cómo de unos reinos tan firmes y seguros y de unos vasallos tan fieles se pudiera seguir una conmocion y trastornar la naturaleza del Estado y hacerles á todos rebeldes, osara yo decir que no se pudieran hallar tan inicuos enemigos á propósito ni tan perjudiciales. Decíase que era para obviar el grave peso de las guerras y el de los enemigos que ya anteveian, que de aquí se sacaban fuerzas para contrastarlos, que se ponian los reinos en balanza y se les chupaba la virtud y la sangre que les habia de faltar los años venideros, y que ya era su necesidad y miseria notoria y estaban por tantas sacas para espirar. Perseveraban en la guerra y en dañar, discurriendo que si no por allí, que por aquí habian hallado infaliblemente el punto de nuestra destruccion, que la conseguirian al paso que esto caminaba, y que más que las armas serian poderosas las extorsiones difundidas sobre los súbditos para acabarlos y lograr su pretension; por donde era dificultoso conducirlos, ni á la tregua los unos ni á la paz los

otros, perseverando con obstinacion en nuestra ruina como de quien de aquí la esperaba.

Escribió al conde de Monterey, virey de Nápoles, introdujese en el reino un pedido; el Conde le avisó, no sin particular discreccion y prudencia, mirase lo que le pedia, que el ánimo de los napolitanos no estaba para eso, y que era despertar alguna sedicion en el reino. La respuesta fué, debiendo atenderla y premeditarla, llena de rigores y amenazas y de palabras indecentes, que no le tenía el Rey allí para reparar, sino para ejecutar; que era un no nada, y otras palabras ménos limpias con que se suele motejar á los hombres chicos; que le habia de quitar el vircinado, y que de poca cosa le habia hecho algo. Llegó esto á los oidos de la Condesa, camarera mayor, su hermana, y porque quiso hacer las partes del hermano y disculparle de la respuesta, con las razones no más que de mujer, se levantó discordia entre los dos y áun dicen pidió licencia al Rey para retirarse á Loeches, lugar adquirido con la privanza, y donde fabrica una casa y un monasterio de monjas para enterrarse ó para refugio de las otras mudanzas que hiciere el tiempo, si le valieren, que bien nos constarán que son muchas y bien notables. Esto se quedó así, y el conde de Monterey, con la respuesta de su cuñado, publicó el órden y el pedido á los napolitanos, que para esto á nadie falta espíritu, que alteró gravemente. Comenzaron á dar voces no queriéndole admitir; reclamaron al Papa (bien hay que reparar aquí, y más cuando á todos les tenemos tan desazonados y los ánimos desabridos), y fueron muchas las querellas que hicieron, representándolas al Papa y diciéndole que eran sus súbditos y otras razones bien peligrosas, y que los defendiese y relevase de esta carga y de otras muchas que habian sufrido. El Papa los oyó sin descomponerle el corazon ni alterarle el semblante, y lo hizo saber al Rey por su Nuncio asistente en la corte. Con ménos ocasiones que estas hemos leido mudanzas de príncipes en aquella parte, guerras y estragos miserables, ejercidos por larga carrera de años: queremos la paz é irritámosla con medios atrocísimos que alteran

la conservacion y la concordia y nos llevan al despeñadero.

Nuevos accidentes despertaron nuevas contiendas en el confin de Alemania, por cuanto todos los príncipes de la Liga controvertian sobre una novedad que pretendian desbaratar y que no llegase á colmo, y esto con más particularidad entre holandeses y el rey de Francia, porque se habia publicado la pasada del infante D. Fernando á Flandes, y queríanla impedir haciéndose dueños de los principales caminos, para esto, de la Europa y para aquellos Estados, y querian embarazárselos al rey Católico y restringirle el intento sacando de aquí grande conveniencia á sus materias. Pero á esta hora, un socorro que enviaba el frances por la Lorena á Maestrich, le rompieron en el paso los lorenenses, porque habian visto los meses ántes la diferencia que habia entre aquel duque Cárlos y el rey Luis, por el casamiento de la princesa Margarita con el Gaston, duque de Orleans, y el haber pretendido meterle en la Liga de los protestantes de Alemania contra el imperio de la Casa de Austria, y las amenazas que le hacia el Richelieu de que las gentes de Suecia y el Rey, ántes que muriese, habian de abrasar sus Estados, y que no sería posible ser defendido del César ni del rey Católico. Aquel le costreñia á que se pasase á su parcialidad y á proceder contra los dos príncipes, y no habiendo querido admitir las artes de aquel ministro y las que refiere despues, dió por motivo que el duque de Lorena pusiese en manos del rey de Francia á Nanci y otras plazas que se les guardaria; y no pudiendo defenderse de aquella fuerza, tiranizándoselas despues para calumniarle, dió por causa que se habia armado el Duque cinco veces contra la Francia á persuasion nuestra, siendo él el causidiaco y el que con maquinaciones fraudulentas queria trastornar aquel Estado, firmísimo por largas edades, de los príncipes de la esclarecida Casa de Lorena; y ántes de poderlos sacar, como lo hizo, de Piñarolo y Susa, en el Piamonte, le puso un ejército delante diciendo, con equívocas suposiciones, era defensor del partido de los católicos, contradiciéndose de aquí y proponiéndole despues las inteligencias que tenía aquella Corona con los suecos, que ve-

nian como rayos violentos destruyendo á Alemania, y que tenía necesidad precisa de aquél Estado para asistirlos, y que se le entregase libre de todas sus fuerzas, y no pudiendo contenerse cedió, lo uno por no dar sospechas, lo otro por no exponerse á la ira del más poderoso para que se los abrasase. Pero todo era uno si se los habian de usurpar con estas artes; pues luégo que lo hubo conseguido, faltando á la palabra, á las promesas y á la fe de los juramentos, sorprendió al Duque, contraviniendo á la capitulacion ántes asentada, haciendo desconfianza de él, insinuándole sus mismas quimeras, y que le defenderia de todas las invasiones y hostilidades de los suecos, habiendo hecho que aquellas armas infieles rodeasen la Lorena por todas partes.

Admitió el Duque este concierto, fiado en la virtud del juramento á no poder más, y reconocido por falso entregó las plazas más importantes; mas apénas hubieron logrado su tiranía, cuando comenzaron á usar mal de la bondad de aquel Príncipe, como lo llevaban premeditado, dando por causa y por querella el matrimonio contraido, sin dar cuenta al Parlamento de París, de la princesa Margarita de Lorena con el Gaston, duque de Orleans, como si hubiera casado con alguna mujer baja; pero era el rencor porque habia despreciado, y con justa razon, la Combalet, sobrina del supremo Privado. Y es muy de maravillar que no salgan los señores de la Francia y los príncipes de la sangre con todas sus fuerzas á la defensa de esta causa, y que no se conjuren los vasallos contra este delito y tengan armas para sacudir de sí este monstruo insidioso, que quiere poner sus pensamientos en la misma Corona y arribar á ella, enturbiando la sangre más generosa y real de aquel reino. De este motivo pasó el Richelieu á otro no ménos perjudicial que el primero, y fué, al hallar á ambos hermanos, Cárlos y Francisco de Lorena, constantes á no querer coligarse con los suecos y protestantes ni consentir en la ruina de la Iglesia y del Imperio, que dió nueva órden á los cabos franceses, que suprimiesen con todo rigor aquel Estado, oprimiesen á los duques, intentasen su muerte con ve-

nenos, y con aquel ardor y ánimo violento abrasasen los villajes y la nobleza de aquellas plazas, obligando á aquellos príncipes á pretender y hacer recurso á Francia y á la reconvencion y sagrado de los juramentos. Pero siendo respondido con pretextos y fundamentos políticos, acudió el Duque á los auxilios de España y Alemania, y dió forma el Richelieu cómo el Monsieur repudiase á la princesa Margarita, retirada en Bruselas, y ausentándose aquellos príncipes hermanos para no fracasar en los ardides de tan gran tirano, y pasado de aquí á ejercer la descortesía francesa, siendo Cárlos Príncipe soberano, con indignidades é indecencias hizo le notificasen que por razon del Estado de Bar, título de los primogénitos de la Lorena, compareciese en París, obligándole por este camino á retirarse al condado de Borgoña, para desde allí, viendo el estado en que se hallaba, dar remedio á sus cosas y á la ruina que corria aquella altísima Casa. Prendió á la esposa de Francisco y á su hermana la princesa de Falsburg; pero escapando de la prision fué la duquesa de Lorena conducida á Francia, experimentando las descortesías y rigores de sus ministros, para que tambien consintiese en la nulidad de su matrimonio con el duque Cárlos y que cediese á Francia los derechos de la Lorena para dárselos á Mos de Mollera, con quien de consiguiente pretendian casarla y darle la investidura por la muerte de aquellos príncipes; y que en la misma forma acabase la princesa Margarita, duquesa de Orleans, ó que Monsieur, su esposo, dijese fué forzado en el matrimonio; pronunciando el Parlamento de París sentencia contra el Duque y su familia como si tuviera potestad para tales hechos. Defendióse el Monsieur con decir no podia venir en yerros semejantes ni dirimir el matrimonio, ni su conciencia le daba lugar á casar segunda vez viviendo su legítima esposa.

El duque Francisco por la Contea de Borgoña bajó á Milan, donde fué recibido y agasajado del infante D. Fernando, asilo universal de todos los príncipes desposeidos, por enseñanza del rey Católico, su hermano, en quien desde los principios de su reinado resplandeció esta virtud con generosa envidia de sus

enemigos, y despues de haber estado allí algunos dias le hizo presente de 6.000 escudos de oro: de allí partió al Genovesado, de donde con armada de galeras navegó á Liorna, y desde allí caminó á Florencia á pasar la vida retirado á la sombra del gran Duque, si ya no á quejerse y á clamar á las puertas del Papa de los atrocísimos oficios de su más amantísimo y favorecido hijo el rey de Francia, de las tiranías, robos, incendios, deposiciones de Estados, derramamientos de sangre, inundacion de herejes, ligas injustas, tratados enormísimos contra Dios y los hombres, y á decirle cómo con su apoyo y capa se fomentaba la sedicion que padecia la Europa y la cristiandad. Más airosamente se atrevió á decirlo un hereje, pues confesándole por derecho divino por padre universal de los gentiles, le arguyó por aquí (como si estuviera instruido en los Sacros Cánones) le tocaba ser mediador en estos hechos; cuya carta anda por ahí manuscrita, prohijándosela á Cárlos, rey de Inglaterra. Pero á estas quejas enmudecia sin querer darse á entender ni á componer diferencias tan grandes como le tocaba de oficio, y dolerse como padre espiritual de las calamidades de las gentes y de la Iglesia, y de los religiosos echados de Alemania por los herejes, profanados los altares y los templos abatidos por tierra, de que era protector y caudillo el rey de Francia; que á esta misma sazon, no sin particulares inteligencias suyas, el gran Maestre de la religion de San Juan habia hecho liga con el turco, y este estado tenia el nobilísimo ducado de Lorena y sus príncipes.

Pero entre todos estos cuidados, el que más le atizaba el fuego del corazon, era que el ejército, que ya tenía en forma en Milan el marqués de Leganés para las ocurrencias de la Alsacia, siguiera otro rumbo y derrota y se apercibiese para nueva materia con la muerte de la infanta Doña Isabel. Necesitando los Países-Bajos de persona grande para su conservacion y gobierno, se habia tratado algunos meses ántes cómo pasaria allí el infante D. Fernando; fué muy debatida y ventilada su forma de los más expertos de nuestros consejeros, y al mayor le dió no poco cuidado y le tuvo en desvelo la traza.

Pareció en los principios que esto fuese á la sordina y de secreto, con el disfraz ordinario en caballos y con pocos criados, y como el frances trataba entónces de acabar de rebelar aquello, segun las inteligencias que tenía, aunque no había surtido efecto la conjuracion introducida dentro, y dejar aquella parte rebelde y á su devocion como lo está Holanda, no queriéndolos juntar, receloso ya de su poder y tener entre ellos, y el uno contra el otro y en defensa de sus confines, aquel trincheron de tierras; pero sin embargo, trabajaban el Richelieu (y despejaba cuanto le era posible la cholla), y todos los demas interesados para que no pasase allá el Infante ántes á impedirle los pasos y prenderle, y áun podria seguírsele de aquí la muerte, y disculparse de que no lo conocieron, atreviéndosele algunas tropas en forma de foragidos á que darian, por embocar la maldad que no dormia, nombre de bandidos, que tanto monta para esto. Puso gente y espías entre la Borgoña y la Helvecia, con retratos muy parecidos á su rostro, y además de esto en la Alsacia y en el ducado de Luxemburgo, y en casi toda la ribera del Rhin y parte de la Mosa; que entendido en la corte del rey Católico, pareció más conveniente, á los ministros más graves y de canas en la materia de estado, marchase como príncipe de la Casa de Austria y hermano del rey de España y como lo habian hecho sus predecesores. Discurriéronse sobre otras vías y caminos más ignotos y secretos para ahorrarse aquel ejército, y que combatiese en la Alsacia y llegase con más brevedad por lo que se necesitaba de su persona, ofreciéronse algunos de sus vecinos de ponerle en Flandes sin riesgo ninguno; mas todavía prevaleció el mejor parecer, y que llevase el marqués de Leganés el diseño, la traza y el modo de marchar; que esparcibido ya entre todos los enemigos de la Liga, confirieron lo que debian hacer en un deseo tan premeditado de los enemigos de España.

Los holandeses, viendo la mucha gente de infantería y caballería que tenia el marqués de Aitona, contenta y bien pagada, y que ambos ejércitos, cuando llegase el infante D. Fernando habian de cargar á Mastrich, y que el de Aitona con esta órden

les deponia los puestos sobre la Mosa y recuperaba algunos del país de Limburgo, como Arquental, y el duque de Lerma, maestre de campo general, les habia roto un socorro de 600 hombres que iba á la misma plaza, y tomádoles un fuerte sobre aquella ribera que habia fabricado el enemigo para su defensa; no estaban con ánimo de hacer nada este año, porque todas sus fuerzas las habian enviado por mar á robar las Indias, y por otras controversias é intereses particulares suyos, en que andaban desunidos y discordes, y tambien porque el frances no les envió socorro conveniente por algunas razones que en lo de atras habemos alegado, y porque la gente que tenía la queria conducir á dos partes distintas de su ordinario discurro. Lo que daba más cuidado era la conservacion de la Lorena por el ejército español, que habia de marchar, como se presumió, por sus linderos, y no queria que se le acometiese y le diesen alguna rota, que se los hiciesen dejar, por haber tomado á su cargo el emperador y rey Católico al duque Cárlos, su legítimo señor, por general de la Liga católica que se hacia este año para procurar su restitucion, y otrosí por no apartarse y desabrigar la Alsacia, donde tenía usurpada parte considerable y plazas junto al Rhin. Pero, no obstante, lo que más se pretendió era encaminar al Infante por tierras que no le obligasen á pelear, ántes excusarle cualquier riesgo, por su poca edad y notoria inexperiencia de la guerra, y porque no era acertado empeñar persona tan grande por lo que necesitaban de ella los país obedientes; mas sin embargo, por más que se previno esto, por haber de marchar por el corazon de Alemania y por los países de los conjurados, no lo pudo excusar, porque el frances y su gran Valido, enterado de que tomaba otra derrota, avisó á los coligados de Alemania y les dijo, que ya que á él no le habia sido posible lograr la ocasion por el gran rodeo que habia elegido el Infante, lo lograsen ellos, juntasen todas las fuerzas y cuantas se pudiesen hallar, y le acometiesen é hiciesen todo el esfuerzo posible para desbaratale, que en la rota de aquel ejército consistia la felicidad y virtud de sus designios.

Los holandeses, por cuanto aquel rayo venia más derechamente á dar sobre sus tierras, hicieron lo mismo y reforzaron con embajadas particulares para que, oponiéndosele, no le dejasen llegar ni que el Infante metiese los piés en Flandes. Estaba ya á esta hora el ejército en Lombardía ordenado en forma de marchar, compuesto de 11.000 infantes y 2.000 caballos, en que se incluian algunas personas ilustres que de Italia y otras partes quisieron acompañar al Infante; 3.000 españoles, todos soldados viejos y hombres de cuenta y muy escogidos, y todo lo necesario aprestado de caballería, artillería, carros, munciones y bagajes, y con razonables millones de oro para la jornada. A esta hora, aquel negocio tan dificultado y misterioso del marqués de Villanueva se resolvió, dándole licencia para que partiese tan á tiempo crudo que le pusieron en duda que pudiese alcanzar á S. A., y áun hay quien diga que si no le hallase en Milan, llevaba órden para no pasar adelante; pero él se dió tanta prisa, que en breves jornadas llegó á Barcelona, y partiéndose á la hora una galera la hizo detener un dia ó dos con que aprestado navegó á Génova, y desde allí corrió á Milan con brevedad. Admiró la suma presteza (que en todas partes hay quien avise de todo, y nos siga como fantasma ó como la sombra al cuerpo la centinela); no creyó nadie, ni él creyó que podia llegar este dia. En efecto, entró en Milan, vió al Infante, dióle su embajada, que tambien le arrimaron este embeleco para cuando quisiesen volverle y que no fuese gentilhombre de la Cámara ni embajador; pero de todo esto se podia ahorrar quien sabía cuán presto le haria ménos que polvo. Cuanto quiera que se pudo disimulóse el alborozo, y aunque dicen llevaba órden para no hablar al Infante en secreto ni en parte privada, aquella noche, que no le faltaria llave, entró en su Cámara, y toda ella la pasaron en conversacion, ¡Quién duda que se discurriria largamente de lo pasado, y que se referirian los lances y las pasiones y desconfianzas de la jornada del año de 32, tan de repente ejecutada aquel Abril por los tránsitos de Valencia á Barcelona; las trazas con que allí nos dejaron, ó ya para de-

signios militares ó expulsion de la corte y palacio, dando calor y haciendo necesaria su persona en Perpiñan; la despedida de Monserrate, el desconsuelo gravísimo de la partida, y cómo y con qué desaire nos hicieron volver de Almadrones, lugar cerca de Guadalajara, cuando nos alentamos ó nos engañamos por el camino de Zaragoza á pasar á Barcelona; los asaltos que allí nos dieron y la vergonzosa entrada en Madrid, y otras cosas más para referir en aquella estacion privada que en este papel; el descrédito con que nos dejaron, deshaciéndonos de todo el miedo que por esto cobramos á palacio y á todas las más envanecidas potestades; lo que por esta causa se escribió; cómo nos removieron el espíritu incidentemente y nos sacaron de la quietud á que nos habiamos sacrificado, y nos previnieron para la jornada con designios, medios, proposiciones y materias, ya alentando, ya dificultando y prefiriendo, ya ciertos, ya dudosos; la dilacion tan premeditada, y despues la presteza tan de corrida; la incredulidad grande en que toda la corte habia entrado sobre esto, como que ni la creian su padre, el conde de Altamira, ni sus hermanos, ni él, que aunque se veia en aquel estado, no la creia del todo! Esto se hablaria bien distintamente y por menudo, y sería bien menester aquella noche y muchas, porque no ignoraban que habria algunos que los atenderian, dejados aparte los confidentes y las centinelas prevenidas para este paso. El capitan que nos disponia las armas para la jornada general, en aquella ocasion de la confidencia ¿que cierto es no dormiria cuando ellos velaban, ni dejaria de enviar muy amplia relacion de todo, que no alegraria? ¿pero quién podria en este caso inquirir los altos y profundos misterios de esta materia? A los primeros lances de gentilhombre de la Cámara, invistiéndose la suprema potestad del valimiento que debiera, por los encuentros pasados, reprimir con discrecion, procedió sin acuerdo y tropezó en lo que más debia de hacer reparo. Parece que habia dejado el escarmiento atras, siendo forzoso no apartar de él los ojos, colgando de los arrabales de Madrid; que cuanto quiera que por la dilacion de las tierras, nos damos á creer estamos léjos

de quien nos pueda espiar y poner en residencia las acciones, y que podemos surtir efecto con más libertad á nuestro antojo, y que no nos alcanzarán los rayos de Júpiter por más fulminantes que sean, y que nuestro juicio se da con imprudencia á la desatencion, y erremos improvisamente el mando, aunque sea en lo más remoto, es desatino, por fiar contra los poderosos.

Finalmente, los primeros lances de su oficio, si le llevaba, teniendo por órden del Rey y del primer ministro, en la forma que acá lo hace el protonotario, que el secretario D. Martin de Aspe llevase á la hora señalada los despachos al Infante para firmarlos, no digo para resolverlos, que ya en esto tendria el órden que de acá le habian dado, y con mandato expreso que, en entrando el Secretario, como aquí se usa, se hayan de salir fuera los gentilhombres de Cámara y otro criado, si allí puede estar; habiendo llegado el D. Antonio, y viendo que con su venida se entraba á otras horas que no eran las del despacho, no tocándole aquello al tal ministro, ó que ántes lo hacia y nadie se habia atrevido á la empresa, ó que él quiso cobrarse la bizarría, ó que no lo habia hecho hasta entónces, el D. Antonio, reparó si aquella novedad se hacia por él, ó si otros le alentaron á ello, por ser circunstancia digna del oficio, para enmendarla; conviene saber, si es permision secreta del mayor móvil, que en tales casos importa abatir la cresta. Llevado de todo esto, le dijo al secretario D. Martin de Aspe, que pues los gentilhombres de la Cámara, cuando entraba á despachar con S. A., como era órden, se salian fuera y le dejaban sólo, que cuando no habia que despachar se abstuviese de entrar allí, y cuando lo viese con él en otra hora que no fuese tocante al ejercicio de papeles, se saliese fuera; y otras cosas, las que en este caso se suelen decir, de si toca ó no toca, frase muy comun, y de asirse luégo á ella en palacio hasta en las más mínimas ocurrencias.

Finalmente, de todo esto habria acá muy largas y extendidas relaciones, como las suelen escribir los asidos á la frecuencia del Privado, como asilo y depósito de sus medras (ansia co-

mun de todos los entremetidos como asunto de su codicia), y conferiríanlo con el Mejía, el Secretario y con los otros del secreto, y remitirian al tiempo y otros accidentes la enmienda del descuello y del aviso, que no les pedian. Habia llegado el Moscoso tan ajustadamente, como dos dias ántes que saliese el Infante, y S. A. salió con el ejército, artillería y municiones, que estaban prevenidas en el Estado de Milan, viérnes postrero de Junio de este año; serenándose algunos movimientos á esta hora entre el duque de Saboya y genoveses sobre materias de jurisdiccion y pasiones antiguas, que no faltan entre los vecinos, porque cada uno dice que le toca aquello, y el duque de Saboya quiere falsamente que sea suyo el genovesado; con que 2.000 hombres escogidos, que para estas dependencias tenian los genoveses entre esguízaros, italianos y alemanes, que por la flaqueza en que habia quedado el Estado de Milan fueron alistados al sueldo del Rey, pasaron á guarnecer el Estado y los alojamientos. Quedó por gobernador el cardenal Albornoz, con quien se ha de entender lo que dejamos referido atras de la salida del príncipe Tomás del Piamonte al servicio del Rey, descuido que por estar tan adelante la copia no nos pareció borrar tanto; y vino despues por castellano del castillo de Milan, y por superintendente de aquellas armas, Don Cárlos Coloma, soldado viejo de Flandes y de reputacion admirable en el consejo y en la prudencia.

Antes que S. A. partiese, dejó compuestas muchas cosas del confin del Estado, aseguró algunos y confirmó otros en el afecto del rey Católico, más con la grandeza de sus virtudes que con el poder del ejército, que tenian levantados siete cantones de esguízaros católicos, Altorfe, Escuit, Zug, Lucerna, Ende, Ubal y Bada, y otro de católicos y pretestantes, como Apenzel, y el abad de Sangal, renovaron la Liga é hicieron nueva confederacion; fueron agasajados con banquetes, dádivas y preseas, entre aquellas gentes prendas muy poderosas para establecer la amistad y otra cualquiera alianza. Llegó á esta sazon el duque Cárlos de Lorena del condado de Borgoña, para asistir al cargo que se le habia dado de general de

la Liga Católica, habiendo escapado del veneno que le dieron los perversos ministros de Francia, y estuvo allí algunos dias con S. A. asistido y regalado de su casa: confirieron ambos muchas cosas pertenecientes á los progresos de Alemania; con que tomó su brazo para estar pronto y lograr el tiempo de las empresas que se habian de acometer. Marchó el ejército á Custain, en el confin de Tirol y Baviera, su plaza de armas, para comenzar desde allí á marchar en órden y forma de batalla; cargando, como lo pedian los designios que se llevaban y estaban premeditados, hácia el Danubio, y dejando la Borgoña, la Lorena y el Albis, por desvanecer las sospechas y recelos en que le pensaba poner el rey de Francia, por las muchas gentes que habia conducido hácia aquella parte; cosa que habia hecho á nuestros estadistas elegir aquel camino y dejar éste, pues los motivos se dejaban ver bien patentemente, de impedirle la jornada y no dejarle entrar en Flandes, como se tenía por aviso y prevenciones, por lo que solicitaba de los confederados de Alemania que lo estorbasen. La providencia de España, diligente á la reputacion del Infante, buscaba trazas y caminos contra el enemigo para frustrar sus materias y abrirle paso por las mayores dificultades, y si bien fué dar materias á nuevas alteraciones y movimientos lo que se trazó por infiel natural, del que, ó se acogió ó se ofreció al hecho, no surtió efecto. Fué así que el Rey, velando atentísimamente sobre los progresos de su hermano y de conducirle con fortuna y reputacion á Flandes, viendo que la malignidad francesa no dejaba por hacer nada en esta parte ni en las otras, porque pretendia con esto lograr la conjuracion que habia introducido en los Paises y de poner lazos en todos los puestos y parajes por donde habia de caminar, para que en todos hallase estorbo y en alguno peligrase, se trató de ocasionarle, por la Galia narbonense ó la Provenza, tierras que despues de Cataluña lindan con el mar Mediterráneo, algun sinsabor que le divertiese de sus dañados pretextos. Hay entre Tolon y Trevis, en este rumbo, dos islotes enfrente de la Provenza, observados por la noticia y la experiencia de los geógrafos y

pasajeros, llamados Islas de Heres, á propósito, ocupándolas, para fabricar en ellas fuertes, abrigar grande armada, si bien incapaces para este intento, y tentar por ellas en la Francia diversiones y empresas, para su castigo muy importantes, por la cercanía de Marsella, y de mayor aptitud para emprenderla, por ser este puerto y plaza de los mejores que hay allí, así en gente como en poblacion, por la gran capacidad de admitir bajeles, ofrecido por su comodidad al turco, para bajar á Italia, en los tiempos pasados cuando no faltaba esta misma sedicion de alterar la Europa.

Vieron allí nuestros abuelos al corsario Barbaroja, traido por Francisco I, rey de Francia, y enviado por Soliman, gran turco, para destruccion y asombro de sus costas. La traza era que el Gaston, duque de Orleans, como la vez pasada, con la caballería que habia en Flandes, mucha y escogida, volviese á infestar aquellas tierras, se metiese en Marsella y por allí se procurase alguna diversion que pusiese la Francia en conflicto; y que el príncipe Tomás, hermano de Vitorio, duque de Saboya, que para estos fines, ó para los suyos, dejando á su hermano, se iba preparando para pasar al País-Bajo para servir al Rey, ó ya enfadado de la ocupacion de Piñarolo y Susa por los franceses, ó del Duque y de su poca fe á las obligaciones de España, por desconfiar del monsieur, duque de Orleans, de su poco valor y crédito, se le diese por acompañado; y caso que él desmayase ó faltase al tratado, tomase el príncipe Tomás la empresa, la acometiese y ejecutase. Para darle la mano, socorrerle y meter infantería española, habia de salir de Sicilia el marqués de Santa Cruz, despues de los sucesos de Flandes, con veinte galeras (quién decia cuarenta y seis bajeles redondos con 10.000 soldados, entre españoles é italianos, con ladrillo y otros pertrechos y materiales de fabricar), y echando la gente en ellos, fortificarse, levantar dos fuertes, municionarlos y abastecerlos de soldados que pudiesen dar la mano, socorrer y alentar las cabezas. Otros decian que para hacer un fuerte en la montaña de Monjuí, para dominar á Barcelona y hacerla doblar el orgullo y que estuviese más

pronta al servicio del Rey, y que se habia tomado este expediente para la ejecucion; pero no se vió ni se osó tentar, y si así se hubiera hecho lo demas, no la tuviéramos, ni por enemiga ni rebelde en lo de adelante. Todo esto, prevenido y puesto á punto, el fin que tuvo fué como de genio de Francia.

Dió cuenta de todo esto el duque de Orleans al Rey, su hermano, ó le forzaron á ello, por los confidentes que le tenía puestos á su lado en el País-Bajo, siendo á un mismo tiempo huésped y espía; de las trazas y prevenciones erigidas contra la seguridad de su Estado, y del acompañado que se le daba, por la desconfianza del rey Católico en el natural frances; que si le queria perdonar á él y á todos los que le habian seguido, dejaria á Flandes y se volveria para él y haria infructuosa la empresa, donde estaria muy pronto y obediente á las leyes que quisiere ponerle. El Rey le dijo le perdonaria á él y á sus criados, que viniese. Y no paró aqui el engaño de ambos hermanos, sino el duque de Orleans pidió al marqués de Aitona 60.000 escudos adelantados, de lo que cada mes se le daba para su casa, que los habia menester para la jornada; él se los dió, y áun pienso que se fingió esta traza para echarle de allí, y que el infante D. Fernando hallase de ménos aquel embarazo en su gobierno para excusarle de enfados y controversias. Ora sea esto, ora aquello, y poniendo el rey de Francia un ejército á la misma hora en las fronteras de Perpiñan, á que luégo acudió el duque de Cardona con la gente de Cataluña; el Gaston, como lo tenía destinado, huyó á París abandonando la cara compañía de su esposa, y esposa tal, cuyas virtudes y hermosura dicen no tiene par en el orbe; dejando tan feo y abominable nombre de sí en todo el País-Bajo, que no habia persona que no blasfemase de él, de su traza, persona, costumbres y proceder, y otros vicios que excusamos por la decencia de estos escritos. Llegó á la misma sazon el marqués de Santa Cruz á dar vista á Isla de Heres, y creyendo que ya el fuego estaba metido en la Provenza, siendo avisado de la fuga del Gaston y del mal estado que tenía la empresa, de sus dificultades é imposibles, como se le habia or-

denado volvió las velas, y dando vista á la Goleta y á algunas plazas de África, por divertir las sospechas de la Francia, se tornó á Sicilia, con no más efecto que gastadas las municiones, vituallas y dinero, dejando los materiales y los otros pertrechos inútiles. Pagó la fineza de este servicio el rey de Francia con prender á su hermano y estrecharle en una fortaleza fuera de París y cortar las cabezas á sus más confidentes y criados, y poner otros en ruedas y en horcas, con pregones de lesa majestad; pasando de cuatro mil las personas, así nobles como plebeyos, los que han padecido estas calamidades en todo el tiempo que el Richelieu tiene la potestad de Privado en la Francia. Aquella nueva, cogió al infante D. Fernando en el principio de su camino, y al saber que habia huido de Flandes el Gaston, duque de Orleans, escribió al rey Católico, su hermano, se habia alegrado, no del mal efecto, mas de que las cosas se habian rodeado de manera que le hubiesen excusado de un embarazo tan grande, que entre los muchos cuidados que llevaba no era el menor, y con el que pensaba luchar, no dejándole exceder un punto de lo justo y reprimirle algunas insolencias y alborotos de su gente, de que habia tenido muy larga noticia, que se explayaban en perjuicio de la superioridad del País-Bajo, y desagradecido al hospedaje, por no olvidar el dictámen frances. Sin perder tiempo, trató el primer ministro, volviendo otra vez á su tema, de descasarle, haciendo que lo firmasen y fuesen de su parecer todos los catedráticos, juristas y teólogos de las escuelas de Sorbona, y que lo aprobasen los obispos del Rey, no tocando aquella materia y decision sino solamente al Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo, cuando hubiera causa; no dando otra más legítima, sino que lo habia hecho sin dar cuenta al Rey ni al Parlamento.

Sin embargo de la vuelta de nuestra armada á Sicilia, el rey de Francia hacia perseverase su ejército al confin de Perpiñan, forticando á Narbona y á Leocata, y entre tanto que no disponia otra cosa, avisado de los castigos pasados y de los pronosticados á otras fronteras, tentó probar el ánimo de los

vecinos con ponerles las armas y el auxilio delante; mas la fidelidad vizcaina y catalana, por ahora éstos, y despues aquéllos, nunca no se movian á ninguno de estos vanos pretextos, apeteciendo ántes que otra cosa la virtud de la constancia y la claridad del ánimo. Ardia con nuevo rigor y denuedo la guerra en Alemania, entre unos y otros, apercibiendo los enemigos todo el nervio y fuerzas de los coligados para contender con el poder de un nuevo ejército á sus confines.

Ferdinando, rey de Hungría y Bohemia, batia á Ratisbona con cien piezas de artillería y con esperanza de tomarla á los enemigos, persistiendo con valor y denuedo restituirse en todas las que están en las riberas del Danubio y del Rhin; pero los holandeses en el Brasil se rehacian de fuertes y reductos, pretendiendo hacerse allí perdurables y divertir nuestras fuerzas, en partes tan remotas, como se lo habian propuesto los reyes de Inglaterra y Francia, sus mayores protectores. No querian éstos se extendiesen más en el País-Bajo, porque ya el frances le codiciaba y le queria para sí y tenía pensamientos de emprenderle, y por esto ó por aquello no queria que lo acabasen de emprender los holandeses, por las nuevas materias y designios que se podian despertar entre ellos mismos, dejándonos la guerra á nosotros y pasándose á ellos, como suele acontecer y se ha visto en varias edades, pasándose á muchos ángulos de la tierra, y es muy verosímil entre gentes tan confinantes, particularmente en nacion que tanto lugar se ha hecho en el orbe, así por mar como por tierra, acaudillando ejércitos y armadas, en que han conseguido crédito y reputacion y muy gruesos intereses.

Iba marchando, como dije, el infante D. Fernando, y el ejército en trozos, como es de costumbre, por haber de pasar las estrechuras y pasos angostos de los Alpes, no con poco desahogo de algunos vecinos malafectos, que los tenía sospechosos y en atencion. Salió de Milan con toda su casa en hábito de soldado y fué á acometer á la ciudad de Como; embarcóse en doce góndolas, corrió el lago, y entre los muchos

cuidados que llevaba no le embarazaron el ver las cosas más memorables de aquellas tierras y de las que le habian hecho dueño los estudios; vió la fuente de Plinio, llegó á Gravedona, habiendo navegado cuarenta millas la Riba de Chabena, y consideró la importancia de su angostura, siempre importante para las cosas de Lombardía, y para tenerle desembarazado de cualquiera émulo ó estadista. Pasó á la frente de Fuentes, entró en la Valtelina é hizo tránsito por sus mejores poblaciones; en Morvenga y Sondrio, atravesó el rio Ada, pasó á Tirán, Bormio, Groseto, agasajado y aplaudido de aquellas gentes, defendidas con las armas del rey Católico D. Felipe III, su padre, contra la herejía de grisones, hallando defensa en sus heróicas virtudes y ejércitos, muro y apoyo en sus capitanes: entró en Clures, primera villa del condado de Tirol, y recibió la embajada de la archiduquesa Cláudia, viuda del archiduque Leopoldo, hermano de Ferdinando II, emperador de Alemania, por el embajador Uralastein, gran soldado y muy experimentado en las armas que han investigado aquellas tierras.

Llegó á Inspruc, gran colonia y corte de aquel condado: fué recibido con grandes demostraciones de la Archiduquesa y de su hijo el archiduque Ferdinando, su primo hermano, de no más edad que de seis años; y comenzó á ver desde aquí los estragos de los enemigos septentrionales y los propios, introducidos por las trazas y consejos de los franceses para ruina y desolacion del Imperio y de los ministros del Santo Evangelio. Visitóle el arzobispo de Augusta, desposeido de los sucesos; hízole relacion de sus trabajos y condólióse de ellos, y esforzóle ofreciéndole su persona y que le traia por allí el gran celo del Rey, su hermano, para deshacer y desarraigar cuanto pudiese los agravios de los afligidos: recibió la embajada del arzobispo de Salsburg, la de Ferdinando III, rey de Hungría, la del duque de Baviera, su tio, y la de otros príncipes; y despedido de la Archiduquesa con el justo agradecimiento al hospedaje, marchó á Rotemberg, su plaza de armas, atravesó el rio Eno, recogió el ejército cansado del largo viaje, informóse

de los dos cabos del estado que traia y los que faltaban, y qué tal era la gente alemana que le habia enviado el rey de Hungría.

Recogió las reliquias del ejército del duque de Feria, alojadas y distribuidas en la Baviera, y sacó del condado del Tirol el tercio veterano de españoles, que mandó agregar á la gente que traia D. Martin Idiaquez, de Lombardía. Tuvo nuevas, y avisó aquí del estado de Ratisbona, y cuán apretada la tenía Ferdinando; supo que el enemigo habia ocupado á Lanchut, puesta y asentada á las márgenes del Iser, en la Baviera, y sintió más que todo la muerte del conde Andrique, de un mosquetazo en la cabeza; valentísimo cabo, y de los escogidos en Alemania, tan fidelísimo al servicio del César, como lo mostró en la conjuracion del Frislan en la Bohemia oponiéndose á sus intentos y revelando el secreto á los mejores para que fuese avisado el Emperador. Envió desde aquí á consultar las cosas de su viaje con el rey de Hungría, cuando de repente, y sin pensar, embistió tal accidente á D. Antonio de Moscoso, marqués del Fresno, que sin darle lugar á ordenar sus cosas y las de su alma, dentro de tres dias le arrojó en la sepultura, con tanto sentimiento y sobresalto del Infante, que no era posible poderlo aplacar; pero tanto como era el sentimiento fué la disimulacion, por el veneno de los áspides que le asistian para adelantar sus acciones tan ceñidas por la obediencia, y otros temores de esta calidad que habia oido y visto, que casi no era señor de ellas. Este fin tuvo aquel gran cuidado, no quedando nosotros de qué temernos ni cautelarnos en esta materia. Él, finalmente, murió por morir, sucediéndoles á ambos hermanos, contrapuestamente el caso, que al un Privado le faltó el Príncipe, y al otro Príncipe le faltó el Privado; y por si no nos hemos dado bien á entender y dejamos confuso al lector, que en tales casos es bien declararnos, lo primero se dice por el infante D. Cárlos y el almirante de Castilla, que ambos á dos y el infante D. Fernando y el Don Antonio, corrieron fortuna muy deshecha, ellos en favorecerlos y estos otros en verse favorecidos, y tambien porque tiempo

largo estuvieron desposeidos de ellos por enojos y disgustos del que todo lo queria para sí; y cada uno, en las dos primeras jornadas que se hicieron desde Madrid á Barcelona, y cuando el Almirante, despues de su vuelta á palacio, creyó habia asido al infante D. Cárlos le perdió, pasando de esta á mejor vida, como dejamos referido; y cuando el infante D. Fernando pensó que habia recobrado al D. Antonio de Moscoso, le perdió en el lugar en que vamos discurriendo con nuestra historia. Muchas cosas se hablaron en esta materia en casi toda la Europa: quede la verdad para quien le tocare, que yo no se la quitaré. Rotemberg fué el funesto sepulcro de su vida, y la meta de su valimiento un banquete, á que fué convidado, ó del marqués de los Balbases ó de D. Diego Mejía, dicen fué donde salió herido de muerte, sin obstarle los remedios ni las bebidas que le dieron.

Finalmente, pagó allí muchas sospechas y otros encuentros que de él se tuvieron: cierta llave que se reconoció oculta en palacio, y que no era lícito á otro que al supremo señor, y por no hacer mancha en lo que no la hay, sino que solamente servia á la licencia de los mozos para las noches y las calles, sin embargo, atrevimiento ajeno de toda fidelidad, hizo tomar satisfaccion con esta prudencia: que así castigan los príncipes los deservicios de sus vasallos, excusando la nota popular; mas al fin se habló de todo y nada se halló. Avisó el duque de Noguera (que tambien le alcanzaron sus riesgos) á S. A., que se parlamentaba en Ratisbona, ciudad en grandeza y situacion maravillosa, y digna de hacer célebre memoria de ella por las muchas Dietas que han tenido allí nuestros emperadores y por estar junto al gran Danubio, que el ejército de los enemigos suecos, alemanes, herejes y protestantes, mezclados con franceses, procedian insolentes por el país con el embarazo del imperial en Ratisbona, y quemaban y talaban la Baviera, no perdonando hasta las raíces insensibles de árboles; pero en fin, se rindió á Ferdinando con una gran gloria de su esclarecidísima casa y de aquella nacion que militaba debajo de los estandartes de la fe. Fué esta nueva de grande alegría

para S. A. y el ejército, deseando mostrarse, invocando la ocasion y la compaña para ejercer el valor y la osadía. Con la pérdida de Ratisbona desamparó el enemigo á Lanchut, corriendo con diligencia á abrigarse de Augusta, y con tanto desórden y confusion, que se dejó la artillería y el bagaje en la campaña; picándole en la retaguardia la caballería del Rey, que estaba levantada en Mónaco, corte del bávaro, y la del Duque corrió con diligencia á pillar los bastimentos que venian de Augusta y á retirar la presa que habian hecho en el Estado del Elector, que todo fué de muy grande consideracion.

Mandó S. A. dar una paga al ejército y que pasase á Inglostat para darse la mano con el húngaro, instando al marqués de Grana, general de su caballería, se juntasen ambos príncipes, gentes y ejércitos y se dispusiesen á deshacer al duque Bernardo de Veimar y á Gustavo de Orne, y á los demas cabos, que estaban muy poderosos y fornecidos de muy gruesos escuadrones, asolando la campaña, y otrosí limpiar la Baviera y todo lo que está de la otra parte del Danubio, y correr á Brisac, y á su amparo á la Alsacia; ofreciendo acompañar á S. A. con la caballería imperial hasta el Rhin, aunque se aventurase y pusiese al trance la Bohemia. A esta hora llegó el marqués de Leganés, D. Felipe Espínola, marqués de los Balbases, el consejero Gabareli y D. Martin de Aspé, secretario de estado de S. A., de tratar y conferir con el rey de Hungría el mejor modo y manera de pasar S. A. al País-Bajo, que era á lo que por allí habia venido. La resolucion por entónces fué, que desde Inglostat, juntos ambos ejércitos, el católico y el imperial, marchasen cerca el uno del otro por los víveres, el rey de Hungría por la mano derecha del Danubio, y Su Alteza buscándole por frente; y tomóse muestra á nuestro ejército y diósele una paga, y avisó María, reina de Hungría, á su hermano le esperba en Pasau. Llegaron las tropas de Lombardía, el dinero y el trigo para la expedicion y mejor comodidad de nuestra gente, y diéronse á D. Martin Idiaquez 1.800 españoles y otros 1.200 al conde de Fuenclara, con otros 200

más que vinieron de Italia; y con el deseo que tenía de ver á la Reina, su hermana, y alegrarse con su presencia de sus peregrinaciones, y hablar despacio de sus cosas y de los años en que nacieron, vivieron juntos y se amaron recíprocamente, de los años que no se habian visto y de otros lances de su fortuna, en que tanta parte tienen los príncipes por tocarles la mudanza é investigacion de tierras, particularmente los que nacen de monarcas que las tienen tan explayadas en el orbe, embarcóse en el Eno, á la ligera, con no más del marqués de Leganés y los criados más forzosos en tres barcas, y dió fondo en Rosensein, en la Baviera. Envióle el Duque al Elector á visitar y á pedirle muy encarecidamente que en Brauna, donde le esperaba, hiciese alto por algunos dias para festejarle, verle y lograr un deseo que habia muchos dias le traia con gusto: S. A. se excusó con enviarle á decir, que le esperaba la Reina, su hermana, y no era posible detenerse por el poco tiempo que se le permitia á su jornada y á lo mucho que tenía que hacer; que á la vuelta le veria. Durmió aquella noche en la barca, y al otro dia pasó á oir misa á Basembourg; corrió á Gerdinque y desembocó en el Danubio por acabar allí el Eno, perdiendo el nombre en sus aguas; llegó á Pasau, adonde dos dias ántes, por lograr esta ocasion, habia llegado la Reina bajando en barcas desde Viena de la Austria inferior, corte del César, desembarcó el Infante y fué á palacio, bajando la Reina, acompañada del cardenal Diatristan, para recibirle, mucha parte de la escalera, vestidas las damas á la española, como si el caminante no llevara ya el corazon aleman. Recibiéronse en los brazos, y fué grande el gusto y la alegría de ambos; hablaron en sus cosas y en los sucesos pasados, en sus jornadas, novedad y mudanza de estados, y todo cuanto les habia sucedido, hasta los más mínimos lances y los mayores desde el año de 630, por los fines de Enero, que se despidieron en Zaragoza.

Fué la llegada de S. A. á este paraje á 27 de Julio de este año; otros quieren que sea á 16. Las alegrías y regocijos que se hicieron fueron notables, y las que la Reina le tenía preve-

nidas. Recibió la embajada del César, y entre tanto se juntó el ejército en Constain. A esta sazon, el duque Cárlos de Lorena, codicioso ya de probar su fortuna y su valor, le fué á buscar á Rotemberg, y no hallándole allí, informado de la visita á la reina de Hungría, retrocedió á Inspruc por ver á la archiduquesa Cláudia, y concluido, en breves dias tornó á Rotemberg; y errándole segunda vez, fué por el Eno á encontrarle, y no hallando ejecucion su deseo, fué á Bruna á esperarle. Tomaron los cabos, por no perder el tiempo, la muestra al ejército, cuya forma y número era este:

Siete compañías de caballos de lombardos, á cargo del marqués Florencio, con los de la misma nacion D. Andrés Manrique, D. Pedro Villamor, Alonso Filomoriano, y la de mosqueteros de D. César Taragon, en que habia 500 hombres; las dos compañías de caballos de S. A., á cargo del marqués de Orani, su gentilhombre de Cámara, en que se incluian 230, que todos eran 1.317 en veintiseis compañías, aunque otras relaciones dicen habia cerca de dos mil caballos; 1.800 españoles, soldados viejos, en veintiseis compañías, á cargo del maestre de campo D. Martin Idiaquez; 1.450 españoles en diez y siete compañías, y por su maestre de campo el conde de Fuenclara; un regimiento de napolitanos en veinticuatro compañías, á cargo del príncipe de San Severo; el tercio de infantería italiana de D. Gaspar Toralto, compuesto de diez compañías, en que se encontraban 750 infantes; el de D. Pedro de Cárdenas, de la misma nacion, en quince compañías, 1.300 soldados. Otro levantado por el príncipe de Oria, á cargo del maestre de campo Cárlos Guasco, en doce compañías, en que habia 1.000 infantes, que con la compañía de Rafalisqui, de esguízaros y otras naciones, habia 9.240 infantes en siete tercios; cinco compañías de dragones, por número 500 caballos, que hacen los que hemos referido de caballería y de infantería; esto sin los alemanes levantados para agregarlos á este ejército que le hacia muy florido y pujante.

Proveyóseles de vestidos, pan de municion y todo lo necesario: era ya, como lo dejamos referido, teniente general

ó gobernador de S. A. D. Diego Mejía, marqués de Leganés; y D. Felipe Espínola, marqués de los Balbases, su cuñado, general de la caballería; de la artillería el conde Juan Cervellon, que hasta ahora habia asistido en la Baviera, gobernando la gente que habia quedado del ejército del duque de Feria; tenientes de maestres de campo generales, Pedro de Leon, D. Juan de Padilla y D. Tiberio Brancacho, con otra mucha gente noble entretenida, particularmente muchos caballeros españoles que dejaron sus casas y fueron á servir en esta jornada por lo que amaban al Príncipe. Habíansele ya pasado los tres dias á S. A. en Pasau, en compañía de la Reina, entretenido en fiestas y un sarao al uso de Alemania, y todo ya concluido, no sin mucha terneza se despidió, apresurando su jornada deseoso de demostrarse y ejercitar su ánimo generoso y ver aquellos rumores recientes, tantos años ántes apetecidos de su belicosa inclinacion, y seguir las huellas de sus antecesores, que en aquella parte y en las demas del orbe dieron tantas muestras de sí que inundaron con sus hechos las historias.

Habiendo salido de Pasau, caminó á Gerdinch y á Bruna; salióle al paso Maximiliano, duque y elector de Baviera, su tio, apeóse para recibirle, entraron en la carroza, llegaron á Bruna, visitó á la Duquesa, y de allí corrió con brevedad é hizo noche en Tromburc, y al otro dia pasó á Rosensein, á Costain, donde recogió la casa y el ejército, y donde, á dos millas más allá de esta poblacion, hizo frente de banderas, reconoció la gente, y consideró con atencion las fuerzas que llevaba para saberlas disponer y mandar, ejercitando en aquella edad reciente, que apénas llegaba á veinte años, la maravillosa virtud de la prudencia; materia importante para saber vencer dificultades. Tuvo correo de Flandes, y relacion del estado en que el marqués de Aitona tenía las cosas del País-Bajo y cómo iba acomodando las del pais de Limburgo, para luégo que llegase asediar á Maestrich; sin embargo de que las cabezas del ejército discurieron lo que tenía delante, lo mucho que habia que marchar y áun que acometer, y que sería no pequeña

empresa poder llegar á tiempo de alojar la gente y meterla en guarniciones, y esperar á la primavera siguiente para poder obrar.

Escribió desde aquí al Rey los progresos de su jornada, desde que salió del Estado de Milan hasta aquel dia, y la visita de la reina de Hungría, su hermana. Llegadas las cartas á Madrid alegraron mucho al Rey, por quedar con certeza del buen estado que tenía la jornada, de la salud de su hermano y del buen órden del ejército; pero con cuidado del demasiado poder del enemigo y la gran refriega que se esperaba, segun todos iban prevenidos los brazos y las armas. Sábado 19 de Agosto, marchó con el ejército y tomó el baston y el gobernalle, con admiracion suma de todas aquellas gentes y pueblos, viendo un Príncipe en lo más florido de sus años, bizarro, galan y descollado, tan introducido y hallado en los deberes y estruendos de maestre como si fuera soldado viejo, apeteciendo las descomodidades y los cuidados, que á esta hora no le rodeaban pocos, que no iba tan sobrado que no se temiese de necesidad y hambre en el ejército, por falta de bastimentos y estar la tierra exhausta de ellos y dannificada de los víveres por los enemigos con sus contínuas vejaciones. En esta forma, pues, marchó por la Baviera, llegó al Inspruc, y asistiéronle los comisarios del Duque á los alojamientos. Tomó entre tanto el rey de Hungría á Donabert, sobre el Danubio, y dividiéronse los enemigos y sus gentes en dos partes, en dos caudillos; y tomó el duque Bernardo de Veimar aquella parte y Gustavo de Orne ésta, abrigando y fortaleciendo ambas márgenes. Reparó S. A. algunos de Ailbing, moderó los atrevimientos del ejército, frenando los bulliciosos y castigando los inobedientes, á imitacion del germánico, con las legiones y cortes que alojaban cerca del Rhin; recogió, sin embargo, los bastimentos y municiones que pudo para que no desfalleciese la gente y se perdiese de ánimo y fracasase la reputacion; tan á la vista estaba de los enemigos y la nobleza, de tantos y esclarecidos varones que estaban prontos á la ocasion y á señalarse en ella.

Avisó el rey de Hungría cómo se iba á poner sobre Nort-

ling, ciudad imperial situada en la otra orilla del Danubio, hácia la Francia, y cómo el enemigo se retiraba á Ulma; con que S. A. se diese prisa á marchar, porque los enemigos iban juntando sus tropas para impedirle el sitio, socorrer la plaza y darle batalla.

Con estos avisos juntó S. A. los cabos para conferir lo que se debia hacer: todos fueron de parecer se pusiese diligencia en el marchar y se socorriese al Rey. Llegó el ejército á Mónaco; salióle al encuentro el duque Cárlos de Lorena, que pasaba al campo del Rey para gobernar el ejército de la Liga. A esta hora ya el enemigo sacaba todas sus tropas y las reservadas para esta ocasion con la noticia de la llegada de S. A., y aumento de ambos campos imperial y católico, en que ya les parecia proceder con recato; si bien no se lo pareció al Veimar, parecióle al Orne, como de más juicio y experiencia y mayor soldado, no solamente para defender, sino tambien para conservar sus puestos y plazas y aquellas ciudades que estaban á su devocion, rebeldes, á la intemperie, expuestos á no pequeño riesgo para la potencia de un ejército español que habia de pasar á sus contornos, donde sería muy posible y peligroso tentar su reduccion y volverlas á las coyundas y suave yugo del César: discurriendo, otrosí, cuantos avisos les habian dado de que no dejasen pasar á aquel Príncipe ni al ejército, por los medios de la sorpresa, de Maestrich, y los otros accidentes que les podrian sobrevenir á los Estados-Unidos con un nuevo gobernador, que traia por mayor dictámen y para mostrar el ardiente celo y fidelísimo que le estimulaba de servir á su hermano, ser vigilante, pronto, mañoso, estadista, para hacerse relevante gobernador y soldado, proseguir la guerra, conseguir las plazas, ganar estimacion y nombre, y poder mostrar entre estas virtudes con más resplandor el corazon y la constancia con claridad, y ser buen hermano á pesar de toda vana emulacion. Sin embargo de todo esto, lo que les habia avisado el rey de Francia, y primer ministro y Parlamento, era que desarmasen aquellas fuerzas é imposibilitasen la pasada del Infante al País-Bajo, en que consistia el poder lograr los

designios y las secretas pláticas que traia con algunos nobles y cabezas para rebelarlas, y usurpar las provincias, atrayéndolas á sí con medios y paliados engañosos, por cuanto ya ellos andaban fluctuando con aquella tema antigua de no querer sufrir el gobierno español, y que todo esto se quitaria á la hora que viesen al Infante gobernarlos, asistirlos como Príncipe de la Casa de Austria y hermano de su Rey y de espíritu tan generoso.

A esta hora ya el enemigo se habia afrontado con el húngaro y escaramuzaba con sus tropas, y ya que fué avisado el Infante mandó dar una paga á los soldados, reconociéndolos de nuevo, no solamente los que habia sacado del Estado de Milan, pero los que habian alojado en la Baviera, el tren de la artillería, municiones y pertrechos; habiendo ajuntado entre unos y otros 15.540 infantes y 3.300 caballos. Llevaba el Infante diez piezas de artillería, entre cuartos de cañon, sacres y culebrinas, gran número de carros, pontones y otras máquinas militares.

Aprestadas todas las cosas en buen órden y disciplina de guerrear, salió S. A. de Mónaco, y con todos sus escuadrones se puso á dos horas de camino de Augusta, ordenando á los batidores del campo que batiesen la estrada de la ciudad, á cuyo miedo y terror se cerraron y fortificaron dentro los burgeses, no sin gravísima congoja y miedo. El enemigo, con esta resolucion, se puso á dos horas de camino esperando el socorro del ringrave Oto, el de Gratz y el de Wittemberg, recatándose por entónces de la prontitud de los dos ejércitos y del ardiente deseo que tenian de venir á las manos. Alentó el Infante la gente, con que estaba á la vista de una grande ocasion; repartió entre los más necesitados gran cantidad de escudos, y volvió á informarse de nuevo de los nobles y aventureros para el tiempo de las mercedes. Vino á hacer noche á Par, y avisóle el rey de Hungría con el coronel Contreras de los designios del enemigo; con que se dió prisa á marchar, reparando desde Mónaco hasta allí, poniendo la consideracion en diversos objetos de calamidades en que no habia cosa que

no estuviese injuriada de esta canalla, sin labrar las tierras, podridas y estériles, sembradas de ceniza, quemados los lugares, arrasados los domicilios y los cimientos, muertos los paisanos del hambre y del cuchillo y otras miserias, profanados los templos y sin culto, y otros estragos tremendos y lastimosos que pedian enmienda y debida satisfaccion. Pasó el ejército el rio Leco por cerca de la villa de Requs y el Danubio á Donabert, donde salió á visitar á S. A. el marqués de Grana de parte del rey de Hungría. Refirióle el estado de la guerra, la fuerzas y progresos del enemigo, y que se le habian juntado de Wittemberg 6.000 infantes y Gratz con 4.000; que con esta gente habian presentado al Rey la batalla, que no la habia querido por esperar á S. A. y vencer con su ayuda y darle parte en la gloria del triunfo y de la fatiga; y que á toda rienda el enemigo, con esta remision, habia introducido pólvora en la villa de Nortling y metídola dentro 600 hombres: enseñó la planta de cómo se habian repartido los cuarteles de los tres ejércitos católico, imperial y de la Liga, y que publicaba Veimar con escarnio y burla habian venido al socorro del Rey cuatro ó cinco mil españoles é italianos descalzos y muertos de hambre, y que pedian se les señalase el dia de la batalla para almorzárselos y no dejar pedazo de ellos. Calló el Marqués, y explayada esta plática por las dos naciones, juraron de tomar satisfaccion del Veimar y darle á sentir á él y á sus gentes lo que eran las dos naciones.

Visitó á S. A. Borso de Este, hermano del duque de Módena, y mandó desde Donabert reconocer sus cuarteles á Don Martin de Idiaquez y Ageri de la Reina, que ejecutado con prisa no quisieron venirse sin traer noticia de mucha parte de los del enemigo: refirieron el asiento de Veimar y Orne, sus fortificaciones y trincheras, número y forma de escuadrones, la abundancia de víveres y otras cosas, cuando en nuestro ejército andaba el pan y áun el agua muy limitado y á excesivos precios y no se hallaba, estando para correr fortuna los caballos y valerse de ellos por el hambre que comenzaba á picar; pero el ánimo y el valor no desfallecian, y se hubo de

poner guarda en una fuentecilla bien escasa porque no la agotasen la mucha sed de la gente de guerra ó la enturbiasen, quedando para poderla beber: S. A. salió, pues, de Donabert, con la caballería de vanguardia y la infantería de retaguardia, y salióle á recibir el rey de Hungría, acompañado de Matías de Médicis, hermano del gran duque de Toscana, y el gran maestre de la Orden Teutónica, el mariscal de campo Picolomini, cabos y coroneles del ejército y otros muchos varones y caballeros alemanes, tropas de corazas y las guardias. Apeáronse ambos primos hermanos, y abrazáronse é hicieron sus cortesías y saludáronse, y despues de haber hablado algun rato en sus cosas, jornada y materias, se despidieron, volvieron á subir á caballo, dando el húngaro el lado derecho al Infante, que no pudo excusar por las apretadas instancias que le hizo: acompañados de los príncipes de Francia y Módena, caminaron al cuartel del Rey, puesto á cuarto de legua de Nortling, apeáronse en su tienda de campaña, comieron juntos y trataron largamente de sus negocios y dependencias, del estado de las cosas presentes, y que tenía Alemania y las Panonias, la Liga de protestantes y sueceses, y la mucha gente que tenian á la vista.

Volvió el Infante á su cuartel, divisando los del enemigo fortificado en un alto á dos horas de camino: batian entre tanto los alemanes la villa por tres partes con cuatro medios cañones y ocho culebrinas, dos á la brecha y uno á las defensas: volvió el Rey á visitar al Infante á su cuartel, juntaron sus ejércitos, tomando el nuestro la mano izquierda, y habia, en el de el rey de Hungría y en el de la Liga, que gobernaba el duque de Lorena, sin los que sitiaban, 9.000 caballos, 3.000 croatas y húngaros y 8.000 infantes, alojados cerca del cuartel del enemigo. Quiso verlos S. A., y miró con atencion el órden y concierto que tenian, la forma y disciplina que guardaban, la traza y disposicion de los cuarteles. Pasó el Rey á ver el ejército español, aumentado en caballería alentada de Alemania; hízole tres salvas reales, y, como dije, crecido á esta hora á 15.500 infantes y á 3.300 caballos, recono-

ciendo el enemigo por el gran ruido de las salvas y el rimbombar del montañas, que la gente era mucha y no tan poca ni tan descalza. Vino el general Matías Galaso á nuestros cuarteles, el gran maestre de los teutónicos, el mariscal de campo Picolomini, el marqués de Grana, los condes de Altifembac y Fucar, cabos del ejército del Rey de la Liga, y juntáronse con el marqués de Leganés, con el marqués de los Balbases, el conde Juan Cervellon, el duque de Nochera, el marqués de Este y fray Juan de San Agustin, confesor de S. A., á tratar y conferir el principio de la guerra y el órden que se habia de tomar en combatir, porque las muchas gentes que habian juntado eran para querer probar fortuna, debelar los ejércitos, y redimir del cuidado, con su llegada, las provincias y plazas adquiridas y las de sus amigos y confederados y otros, y librar del asedio á Nortlig, como ya lo pedian los sitiados. Conferidos, pues, y debatidos todos los puntos que pedia el caso presente, y vueltos todos á sus estancias ó alojamientos, la gente alemana apretaba la plaza de nuevo con mayor teson y porfía, notificándoles que se rindiesen, enviándoles el general Galaso un trompeta con más apretados requerimientos, y que de no hacerlo se entraria en la villa y serian degollados. Pidieron dos dias de término para resolver, de cuya congoja avisaron á los confederados, con dos piezas de artillería, del aprieto en que estaban, y cómo los compelian con asaltos, baterías y amenazas á la rendicion; y ellos respondieron con humadas, queriéndoles dar á entender, que presto combatirian con nuestras gentes y los sacarian de aquel cuidado, comprometiéndose la victoria. No les daba de término el conde Galaso más que hasta las dos de la tarde, y viendo que no era respondido, les dió tres asaltos en tres horas, con pérdida de 500 soldados sin poder entrar en la plaza: subieron los borgoñeses por la batería que se les señaló, siendo la más dificultosa, y ocuparon una torre en la muralla; pero acometidos con fuego se la hicieron dejar, quedando algunos abrasados.

A esta hora avisaron los croatas que el enemigo se ponia

en marcha, y decian unos que se retiraba, y otros que queria socorrer á los sitiados, enviando á nuestro campo dos trompetas á decir que mañana daria la batalla; y con la resolucion del enemigo, á 5 de Setiembre, se juntaron en la tienda el Rey las cabezas más principales de los ejércitos sobre combatir las plazas más reciamente y doblar la gente. Todos fueron de parecer se le diese otro asalto, se procurase desembocar el foso con las baterías, se llenase de fagina y se hiciese todo el esfuerzo posible para escalarla y tomarla. Pidió el Rey al Infante 1.000 hombres para la facion; mandóles dar de todas naciones y que los llevase Pedro de Leon, teniente de maestre de campo; y remitióse para otro dia el asalto, por no estar á punto la fagina y otros instrumentos militares que habian de perfeccionar la obra y darle el fin que se pretendia.

Sabiendo el enemigo por las espías el grande aprieto de los sitiados y el asalto que se les preparaba, entraron en resolucion de redimirlos del accidente y darnos batalla; pero les cabos de todos tres ejércitos, español, húngaro y de la Liga, persistieron de acometerle por tres partes y desalojarle, á cuyo tiempo avisaron los croatas exploradores, vigilantes en esta ocasion, que los enemigos se movian con sus tropas y escuadrones bajando la montaña, y relumbrando las partesanas de los capitanes, con generoso denuedo, para herir en nuestra gente. Tocóse luégo una arma viva en todos los reales, convocándolos á sus puestos; pero dejando el enemigo el Dánubio y el camino de Ulma, se avanzó con sus batallones hácia la mano derecha, arrimándose á unos bosques y enderezando á los cuarteles de S. A. con parte de infantería y caballería. El duque de Lorena, el general Galaso, el marqués de Leganés y el de los Balbases, Picolomini y otros cabos fueron á reconocer el sitio por donde podian venir, observando con atencion y vigilancia todo cuanto en el suceso presente se pudo antever, no creyendo que el enemigo quisiese arriesgarse á dar batalla por las muchas fuerzas que habia de nuestra parte, si bien las suyas no eran inferiores; pero su soberbia, infideli-

dad y tiranía los cegó, desestimando el ejército católico y los demas y los hizo resolver y acometernos; que en buenas reglas militares es reprobado el despreciar al enemigo. Encaminóse la gente del Rey y del duque de Lorena al llano que habia desde la villa á una colina, adonde los más prácticos presumieron que habian de cargar por ser puesto á propósito para vencer y enseñorear la campaña y nuestros escuadrones. Tenía la gente del rey de Hungría el cuerno derecho en esta eminencia, y la de S. A., desde unos altos que con la superficie llana caian por encima de sus cuarteles y ocupaba el cuerno siniestro, atrincheróse en las puntas del llano para guarnecer la infantería, atendiendo á todos los movimientos que podian sobrevenir y saber resguardarse. Arrimóse el enemigo entre dos bosques y la montaña, y tocóse arma en el cuartel del Infante, porque creyeron eran acometidos; púsose S. A. en la plaza de armas, revestido de valor y de grandeza de ánimo, intrépido á todo trance como alguno de sus mayores, queriendo emplear al enemigo el primer ardor y el más reciente ímpetu de los suyos, por ver si podia responder á los nuestros, fiado en que conseguiria lo demas con medianas fuerzas; por donde se discurre, que cuanto quiera que nos despreciaba con la lengua nos estimaba con el corazon y le éramos de cuidado.

Pasó el Rey al cuartel de S. A., y formándose de ambas partes los tercios y regimientos, acometieron 3.000 caballos imperiales para atacar al enemigo y que no pasase, porque reconocieron querian socorrer á Nortling y obligar al Infante á retirarse; pero en esta ocasion mandó el marqués de Leganés, ántes que fuese acometido del enemigo, á Francisco de Escobar, sargento mayor del conde Fuenclara, que con 200 mosqueteros de su tercio ocupase un bosquecillo, porque no hiciesen allí pié y reparo los herejes. Ejecutólo con presteza el Escobar, y viendo cuánto importa asirle luégo, le reforzó con otros 200 del tercio del maestre de campo D. Gaspar Toralto, otros tantos borgoñones y algunas tropas de dragones de D. Pedro Santa Sicilia. Andaba muy viva la escaramuza de los

3.000 caballos, saliendo el enemigo al opósito con otros tantos; fueron retirados con pérdida de algunos y muerte del prior Aldobrandino y del marqués de San Martin, que cayó de un pistoletazo y mosquetazo, coroneles ambos de caballería imperial, con lo cual, y con la cercanía de la noche, atacó el Veimar el bosque, haciéndosele dejar el Escobar, retirando su gente con la mosquetería, y plantó allí diez piezas de bronce, divididas en tres partes para conservar aquel puesto y tenerle por suyo, y pusiéronle al opósito otras tantas piezas de artillería; pero como la oscuridad los despartiese, cada uno se retiró á su puesto. Pero el marqués de Leganés volvió á mandar al sargento mayor Escobar recobrase el bosque, mas el enemigo persistió con mayor ardor el volverle á defender; y S. A., vigilante á todo, mandó al conde de Palma que con su regimiento ocupase una colina, donde le pareció que en el progreso del combate consistiria la ventaja de los nuestros, y que el enemigo, si la queria conseguir, se habia de arriesgar en ella, ya que no se habia podido ocupar la importancia del bosque.

Dióse órden al conde Juan Cervellon, que conducia la artillería á sus puestos, que con los regimientos de alemanes de los coroneles Bormes y Lesliero, en que habia 3.000 infantes (sin otros escuadrones que se habian enviado), que se atrincherase en la eminencia: ejecutóse con presteza sin poder subir las trincheras más que de tres piés de alto. Reconoció el duque de Veimar en persona la obra, arrimando el oido á los golpes de los picos y de los azadones, y dijo: «Estos se quieren fortificar y no hallan disposicion en el terreno y pican en piedra.» Ordenó que se estorbase la obra con la artillería, y pusiéronsele ánte de su designio cuatro piezas de las nuestras contra las suyas. No daba lugar lo demasiado pedregoso de la colina para hacer fortificacion considerable, y ayudaba á todo que nuestra gente iba penetrando parte del bosque. Envióse al Toralto con su tercio de napolitanos á la eminencia, y reforzóla con 200 infantes de la misma nacion del príncipe San Severo; hizo sus fortificaciones de dos piés de

alto, y al tiempo que estaba totalmente perdido el bosque por nuestra gente, palmo á palmo, quiso el conde Juan Cervellon empeñarse con obstinacion en el intento, y volver á probar fortuna y salir con él, socorriéndole 200 mosqueteros de Toralto; pero el enemigo hizo tal fuerza con 1.000 hombres de á pié y de á caballo, que resueltamente acabó de enseñorearse de él y sacar de cuidado á nuestra gente, y prendieron al sargento mayor Escobar, con que el Cervellon retiró la suya á sus puestos. Habiendo visto S. A. el teson y la porfía de ambas partes y con cuánto coraje se habia debatido en todas, y que el enemigo habia alojado todo su grueso en el bosque, mandó al Cervellon asistiese en la colina y á su conservacion con toda la gente que habia en ella, y que caso que hubiese menester más se la iria enviando; pero entre tanto que unos ejércitos y otros combatian, no cesaban de tirar la villa ni las baterías, ejercitándose á esta hora todo género de dañar; y como para la batalla, que se esperaba al dia siguiente, se habian sacado algunas compañías de las trincheras, avisado de todo los sitiados y valiéndose de todo el embarazo de los ejércitos, hicieron una salida que deshicieron parte de ellas y quemaron algunas fábricas de madera y cestones. Llevaron al sargento mayor Escobar delante del duque de Veimar: preguntóle con todo género de desvergüenza:—¿Qué gente trae vuestro cardenal?—S. A., respondió, trae 10.000 infantes y 2.500 caballos. Díjole que era mentira, que de Venecia le habian avisado no traia más de 5.000 infantes y algunos 1.500 caballos. Replicóle el sargento mayor, diciéndole que sólo lo que él le habia dicho era verdad; de que soberbio el Veimar y arrogante tornóle á llamar estando cenando con Gustavo de Orne, y díjole que cenase con ellos; y con los estímulos que tenía en el corazon del fatal estrago que en breves horas habia de recaerle, volvió á preguntar. Ratificóse el sargento mayor; amenazóle de nuevo y que le compeleria con el castigo á decir la verdad, y comenzó como fiera venenosa á vomitar injurias contra los cabos y cabezas, y á baldonar y poner en desprecio nuestra nacion, más con estilo bárbaro

que decoroso ni decente al estado de soldado y aleman, donde todas las artes militares y políticas resplandecen. Díjole, maltratándole de palabra:—¿Qué ejército, qué españoles, qué soldados viejos, dónde está su valor; qué hazañas han emprendido, pocos, allegadizos y bisoños, y al fin todos descalzos; qué plazas vienen de tomar, qué sitios han sufrido, qué enemigos han domado? apénas juntados de ayer, llegados hoy, parte de ellos echados de la Alsacia sin haber podido afirmar el pié, desfavorecido el capitan y desdeñado, y por esta causa muerto, y lo restante acorralado en la Baviera y sin conocimiento los demas, ni experiencia de nuestra tierra; acaudillados de un mozo sin doctrina, ni preceptos de guerra, ni ningun uso militar, ni práctica, apénas entre sus cabos conocido, ni de soldados y de esos italianos; con maña y astucia en el proceso de la jornada, dejando el camino real y escogiendo el incógnito, tomando por asunto visitar una mujer para rehusar el encuentro con los franceses, que le esperaban en el tránsito de la Borgoña, Lorena, Olut, Cemburg; eligiendo esto como ignorante, donde ántes de amanecer ha de ser hecho pedazos y presos ambos príncipes; y el duque de Lorena, que les hubiera sido más á propósito y mejor haber sabido mantener la honra, en Flandes, conservando sus plazas y sus términos y no venir á perecer por caminos extraordinarios y rodeos, donde como incautos lo perderán todo y sacarán con brevedad los piés de ambas Germanias. Calló y suspendió al sargento mayor como preso y entre muchos y sin ninguna cortesía; pero su ánimo estaba intrépido á cualquiera reves. ¡Oh trance de fortuna! quisiera reventar de coraje y volver por su nacion; pero aguardó del cielo y de los mismos que habia injuriado la satisfaccion, que no tardó á catorce horas, porque á las nueve de la noche le estaba baldonando, y á las once del dia siguiente, desbaratados todos por los mismos españoles, iba huyendo infamemente. Pero digámosle al hereje, que si aquella maña y astucia le quebrantó la cabeza á él y á los demas, que no refute por imprudentes nuestros consejos y jornadas, pudiéndole haber sido más á propósito atender al que le puso á

tan miserable ignominia y deshonra, y conocer que sus pretextos no son otros que trastornar el mundo, tratar la desolacion de amigos y enemigos y descender al consejo del más prudente y soldado como Gustavo de Orne, que le dijo consultándole lo que haria en el caso presente, y le fué respondido, que se rehusase el venir á las manos cuanto la reputacion diese lugar, y se excusase la batalla. Pero él persistió en su daño y en perderse por la voluntad del cielo, que en estos casos es invariable, por asistir con particular benignidad á la causa católica.

A esta hora el Rey y el Infante tomaron algun socorro y refeccion en su carroza, destituidos del sueño y del reposo, y enviaron á la colina sobre que se esperaba contender á la mañana, al parecer de los más prácticos, toda la caballería borgoñesa de los condes de Latoyer y Alberg; siguió la vanguardia y la caballería del teniente generál Geraldo Gambacurta, y ésta era la que habia quedado en la Baviera del ejército del duque de Feria, y 4.000 caballos imperiales de 8.000 que tenía el ejército del rey de Hungría, que parte de éstos con otros escuadrones mandaba el duque de Lorena por el duque de Baviera, recayendo en aquella ocasion en el generalato de la Liga, y cuatro piezas de artillería que habia pedido Picolomini, sargento mayor de batalla que asistia en la colina con el Cervellon; y supuestas las cosas y lo que se esperaba, se juntaron á consejo en la presencia de ambos príncipes, el duque de Lorena y las personas más señaladas de los ejércitos.

Tomó la mano Galaso, y como su inclinacion no es sentir bien de la nacion española, comenzó á decir que ellos habian querido perder el bosque. Respondió S. A., que lo estaba, y que no habia que hacer pié en ello, que dijese su parecer en lo que restaba. Replicó que le habia dicho su sentimiento, y cuánto hubiera importado mantener aquel puesto; y el Infante, algo enfadado, le volvió á impugnar que ya se habia perdido, que no repitiese tantas veces lo que no tenía remedio, que lo dejase y dijese lo que sentia en lo que

faltaba por hacer. Atravesóse el marqués de Grana, encareció la ocasion y dijo que todo el debate habia de venir á ser en la colina, que de los cuatro tercios que habia en ella, el uno era de alemanes, todos bisoños, y que se le procurase enviar uno de españoles pronto á socorrer, segun la necesidad y el accidente que podia venir: aprobólo S. A., y aunque refutado de muchos este parecer, sin embargo, dió órden á D. Martin Idiaquez para que fuese allá y que atendiese al obrar sin ponerse en disputa ó contencion de lugar ó preeminencias con nacion ninguna. Nombró los tercios que habian de socorrer, y mejoró con otros los puestos de donde habian de salir; previno las mangas de mosqueteros, y señaló la parte de donde se habian de sacar para la prontitud y la ocurrencia, asombrando á los cabos forasteros la suma presteza de su expedicion, la prudencia y libertad de mandar, como si hubiera tenido más años á su cargo la experiencia militar; y envió á las dos de la noche al duque de Nochera á reconocer la disposicion y asiento del enemigo, á rastrear sus intentos y cuanto pudiese trascender sus maquinaciones. Hízolo con toda puntualidad, y á la vuelta refirió cómo se iban ordenando para embestirnos, y que sin duda ninguna, alargándose cuanto podia imaginar, que su designio era luégo que amaneciese darnos batalla. Juntó el enemigo, por el consiguiente, su consejo; las más de las cabezas y el general Gustavo de Orne, fueron de parecer que no se aventurase todo en un trance lo que se tenía ganado, la fe de los amigos y la union de las ciudades libres que tenía á la vista; que se procediese con más tiento y más espacio, á ver si el tiempo despertaba algun accidente que les pusiese más sazonada la ocasion en la mano; que la gente era mucha, de muy buenas cabezas y soldados, particularmente el Gambacurta y el Toralto, y que no era consejo acertado no hacer mucha cuenta del enemigo. Fué de contrario parecer el duque Bernardo de Veimar y prevaleció el suyo como más arrojado; suspendióse el Orne, y quisiera guiar la guerra por otro rumbo, porque este cabo era de mucha autoridad, de valor y de consejo, á quien el rey de Suecia tenía en alto concepto,

y ahora era como lugarteniente general de Ogisteren, canciller del Rey muerto, y á cuyo cargo quedaron sus gentes, el gobierno y la guerra de Alemania, y todas las ganancias y usurpaciones, confederar de ligas, pactos y otros asientos.

Llegada, pues, la hora de amanecer, próspera sin duda para el Infante y cristiandad, como fatal para los infieles, estando todos á punto y en órden de batalla, plantada la artillería en sus puestos y el D. Martin Idiazquez arraigado é inmoble en la colina junto á los regimientos de Salma y Vormes, alemanes, se plantaron á la mano derecha 1.000 mosqueteros de la Liga Católica en hileras, al mando de Toralto, maestre de campo, y de italianos. Habia en el ejército del rey de Hungría, demás de 2.000 croatas y húngaros, 7.000 caballos y 5.000 infantes; en el de S. A., sin los que se reservaron para la custodia de bagajes, artillería, heridos y enfermos, 2.500 caballos y 25.000 infantes: en la otra parte tenía Veimar 4.500 caballos y 5.000 infantes; Gustavo de Orne, 4.000 caballos y 9.300 infantes; Gratz, 800 caballos y 3.000 infantes, y Wittemberg, 6.000 infantes; de suerte que en su caballería tenía 9.300 caballos y en su infantería 23.300. Esto dicen algunas relaciones, y otras, que ellos eran más superiores á nosotros, incluyéndose en los de la una parte y de la otra, así en caballos como infantes, 65.100; accion que pedia el sentimiento y ternura de Jerjes por haberse juntado tantas gentes las unas con las otras á debelarse y hacerse pedazos.

No quiso el enemigo, de confiado y de orgulloso, esperar las tropas del ringrave Ludovico Oto, en que hubiera consistido mucha parte de su salud, por ser socorro de consideracion, no estando á más distancia que de una jornada; ó ya sea que, para cualquiera accidente, quiso reservar aquel trozo que era de 2.000 infantes y 4.000 caballos. Era el dia miércoles 6 de Setiembre, cuando embistieron con sus batallones muy espesos y escuadrones volantes la colina, tomando Gustavo de Orne la batalla, Gratz la mano derecha y Veimar la izquierda. Estaba D. Martin Idiaquez á la parte de Orne con sus españoles; los napolitanos del Toralto y los alemanes del

conde de Salma y Vormes y 1.000 caballos del Rey y S. A., á la de Gratz con el regimiento de Leslier y otros 1.000 caballos, que gobernaban el Cervellon y Picolomini. Leganés y el de los Balbases, se afrontaron con el de Veimar. El grueso de la gente del Rey y Liga con algunos tercios de S. A., se avanzaron valientemente, no cesando de tirar la artillería; pero el enemigo atacó los napolitanos de D. Gaspar Toralto por el cuerno derecho, rompió otrosí los regimientos de alemanes del Salma y de Vormes, y picándolos por las espaldas la caballería huyeron, pretendiéndolos volver los cabos y oficiales á cuchilladas; y Gerardo Gambacurta, soldado de gran valor, con la caballería napolitana de su cargo, viendo le venia á vencer la caballería de Gratz, cerró con él y le puso en rota, recobrando el puesto desamparado de alemanes y los volvió á restituir en él. Arrojóse el enemigo consecutivamente con mayor ardor y denuedo sobre la gente del Toralto, que se volvió á rehacer: pelearon este dia cabos y soldados con el aliento de tan esclarecida nacion con un grueso escuadron de caballos, siguiéndole otro de infantería escocesa, que tenía por nombre el regimiento de Casacas amarillas, reputado por valiente y belicoso, de quien el rey de Suecia hacia mucha estimacion y acometia con él las más arduas dificultades, soldados viejos y de corazon; pero nuestros mosqueteros españoles maltrataban su caballería, empeñándose tanto, que estuvo á pique de ser rota, pereciendo muchos, no obstante el bote de las picas; con que refrenado el orgullo de los infantes que los seguian, cargaron de nuevo á los alemanes del Salma y Vormes, doblaron los enemigos su caballería, con que volvieron á ser desbaratados con muerte del coronel Vormes y herido de muerte el conde de Salma en sus puestos, desamparados de su gente sin ser posible el detenerlos segunda vez.

Tomaron la fuga hácia la parte de Toralto, manteniendo gallardamente el teson de la pelea, y despues con más ímpetu y más confusion y golpe de gente hácia D. Martin Idiaquez, que estaba detras: porque los cabos alemanes se le opusieron, queriendo ser los primeros en el puesto y en la acometida,

si supieran usar bien do ella; mandó el Idiaquez calar las picas á los españoles, y él con la espada alta en la mano los apartó de sí porque no los rompiesen y fuesen de perjuicio á sus intentos y esperanzas.

Ocupó D. Martin con admiracion de los enemigos el puesto de los alemanes, ganado del enemigo, y recuperó la artillería que habia comenzado á volver contra nuestros escuadrones, señalándose mucho este dia los capitanes D. Martin de Aragon, que despues fué caudillo de nombre en el Estado de Milan contra franceses, y D. Diego de Contreras y Lope de Ochoa de Oro; lleváronle á éste el brazo derecho de un balazo é hizo pedazos otra á su sargento. Volvió á embestir el Veimar la colina, siendo rebatido de nuestra nacion, dando tiempo tercera vez á los alemanes para juntarse y rehacerse á sus espaldas, ya que no habian podido permanecer al frente, y persistiendo el enemigo en querer deshacer aquel baluarte de espadas, y rechazar con mayor ímpetu que hasta allí, rebaten la caballería y vuelve vela casi desordenado: tornan á porfiar y á disputar el puesto, siendo tenaces en la obstinacion que acometian, mas con esa misma eran expelidos y arrojados; atendidos, ya no sin admiracion de amigos y enemigos, y de ver aquella nacion tan firme y tan inmóvil como la misma montaña á los encuentros y arremetidas de legiones tan belicosas y notables, atendidos del Infante y del rey de Hungría, que en sus puestos daban las órdenes que en aquel trance tan prodigioso pedian sus intentos.

Plantó el enemigo nueva y más gruesa artillería en el bosque, con que dañaba, y respondiósele con la nuestra, abriéndole por medio sus escuadrones; pero ya todos, viendo la resistencia del Idiaquez, volvieron á cargar la colina con la mejor gente que se pudo; y socorrióse al Toralto, por estar ya muy flaco su tercio y ser aquellas dos naciones, española é italiana, las que permanecian sosteniendo en su peso el combate y sin flaquear un punto con desesperacion mortal de los enemigos, y enviáronsele dos mangas de mosquetería de don Pedro de Cárdenas, conducidas por cuatro capitanes, siguiendo

á estas otra del marqués de Torrecusa. En todas partes andaba encendida la pelea, no haciéndose otra cosa que herir y acometer, hacer pedazos y destroncar cuerpos, volar caballos, las ruedas de la artillería, faginas y cestones. Mandó Galaso avanzar á la colina 1.000 caballos del Rey, sin embargo de las inaccesibles dificultades de ascender á los puestos, y los volvió á acometer el enemigo con más gruesas tropas de caballería, que arrojó de la colina hasta lo bajo de nuestra gente, donde estaban S. A. y el Rey con lo restante de la caballería é infantería de los ejércitos, quedando sòlos el Idiaquez y el Toralto en la eminencia como valientes capitanes; pero muy en breve fueron rebatidos de Gambacurta, que perseveraba en acierto y valentía, sin faltar á la prudencia acostumbrada, con sus tropas. Hiriéronle, sin embargo, perdiendo mucha gente principal: ganaron tres estandartes, que se enviaron á los dos príncipes, ganados por la caballería napolitana; mató una bala de artillería al coronel Ayuso al lado de S. A., hirió otra á don Pedro Giron en el muslo; yendo á caer, le dió la mano con intrépido semblante y ánimo nunca visto en los mayores héroes: mandóle que se retirase, y replicó queria morir al lado de S. A. y poner este cenotafio y trofeo en su sepulcro.

Era cosa de maravillar y muy digna de advertir con qué discurso y aliento ambos príncipes andaban entre sus tropas y regimientos, en los más flacos alentando los caídos y pusilánimes, si este dia habia alguno, que en ocasion tan trabada y de tanta honra no se reconoció alguno que lo fuese; hasta los de menores obligaciones eran un asombro de valor. Eran ya las siete del dia sin conocerse ventaja por ninguna de las partes, ántes bien perseveraban todos en un mismo peso y combate; pero por ningun caso desistia el enemigo del intento de expugnar la colina y de enseñorearla, pareciéndole era el diseño en que consistia la victoria, y poder con más comodidad debelar nuestras fuerzas y quedar al trance todo lo restante de Alemania, que atendiendo era necesario apretar más las manos y adelantar los designios, se hacia viva fuerza; y á este intento ordenó el marqués de Leganés que se encaminasen á

la eminencia 1.000 mosqueteros, los más escogidos de los tercios de S. A., de españoles y napolitanos, lombardos y borgoñones, que estaban al pié de ella, y que se fuesen mejorando los tercios de Paniguerola y Cárlos Guasco, por las laderas y faldas de la montaña la vuelta del bosque. A esta hora se comenzó á mezclar la caballería enemiga con la de cargo de Gambacurta: hacia maravillas la napolitana, y fueron cargados con la lombarda y borgoñona de Paulo Dentique. El duque de Lorena acomete con sus tropas y algunas del Rey, que hasta aquel punto habia esperado ocasion de cerrar, atendiendo á los movimientos del Veimar y á sus designios, y comenzó á escalar la cumbre con una banda de caballeros de su séquito y estado, y mezclóse peleando como Príncipe valeroso con las escuadras enemigas. Acometia éste con los nombrados regimientos azul y negro, soldados veteranos y sucecеses, que se habian hecho lugar y áun temer en la Germania superior donde ahora se debatia, y corrieron á darles calor mucha caballería; encaminándose á toda diligencia al puesto de nuestros españoles, ordenóles D. Martin Idiaquez que esperasen la carga hasta que él les hiciese señal, y que al recibirla se arrodillasen; y ejecutáronlo así, pasándoles las balas por alto; que el ardid en los casos dificultosos siempre fué de prudencia y felicidad para conseguir victoria. Habiendo, pues, recibido la carga de los enemigos, dió la señal, y puestos en pié, la dieron tal á los competidores que no se perdió bala, abriéndole los escuadrones con gran mortandad y estrago, dejándolos encogidos y atemorizados, flojos y perdidos de ánimo; de suerte que se les reconoció por los más atentos la cobardía y el rehusar volver á experimentar el furor de aquellos que pocas hora ántes habian sido injuriados de míseros y descalzos. Pero áun no bien desengañados tornaron á repetir su precipicio, siendo á esta hora quince las acometidas que en poco ménos de seis habian dado al Idiaquez y á nuestros españoles, con los mejores cabos y lo más florido y tenaz de su ejército, siendo siempre rechazados del aliento español, insinuados del grande juicio y destreza del caudillo, poniendo

mucho de su parte en reprimir el ardor de los más particulares soldados de las primeras hileras, no dejándolos empeñar demasiado, y atendiéndolos todas las naciones, no sin particular ejemplo y alabanza; que en todas estas acometidas del enemigo, ejecutadas con tanto ardor y tantas gentes, nunca se vió que les ganasen un palmo de tierra ni sacasen un pié atras, ántes, no pudiendo contenerse como impacientes de la templanza del cabo y de estar demasiadamente sobre sí segun su coraje y como se lo parecia, excedian de la obediencia; acordándose, cuando les contaba de los años pasados, que á aquellos pretendian adelantarlos en honra, que querian ser godos como si hubieran llegado á ser españoles, porque aquellos antiguamente, cuando se juntaron con nuestra nacion alcanzaron nombre, habiéndose ingerido en su militar espíritu. Así lo sintieron los romanos y primero que ellos; los de Numidia sentian esto, y más cuando querian ser, y lo publicaban, el estrago de Alemania, de donde tenian Príncipe, y del orígen sagrado de Austria; y pasaba tan adelante la soberbia de los combatientes que lo pensaban ser de Italia, queriéndoles oscurecer á los nuestros la memorable virtud y maravilloso esfuerzo con que la ganaron á la misma nacion y dos veces á los franceses; y que más adelante, se jactaban, que lo habian de ser de todo el resto de la Europa; ellos, que apénas podian ya pasar el Rhin ni el Danubio. Salian de sus puestos los españoles, excediendo (si les puede ser esta nota de alguna mancha á su honra y al decoro de buena soldadesca), como ya he dicho, el órden del caudillo, y volvian á picazos á los enemigos, siendo valentia no sin linaje de temeridad, por exponerse al riesgo de quedar cortados por la caballería del enemigo y quedar prisioneros. Mataron á D. Diego de Bustos y quedó herido Negrete: comiénzase á ver desmayo en el enemigo, y viendo no le era posible prevalecer contra los españoles, tentó al Toralto y á sus napolitanos con mayores fuerzas, y no pudiendo contrastarlos ni arredrar del que tenian, ayudó á cargarlos el Cervellon; y Picolomini, retirándolos, mandó adelantar el tercio y que la manga de Torrecusa

saliese un tiro más adelante del escuadron, refrescándose de nuevo en la pelea como si se comenzara. Á aquella hora llegó la gente que mandó conducir el marqués de Leganés, con que se reforzó al Toralto, pasando con diligencia los tercios de Paniguerola y Cárlos Guasco: fué herido Paniguerola de dos balas en el muslo derecho; mandáronle retirar, pero él quiso perseverar en el combate como buen soldado; mas otra que le hirió en el brazo derecho le constriñó á obedecer, quedando el tercio y el manejarle á cargo de su sargento mayor Alejandro Campi: fué éste herido mortalmente en la garganta, y sucedióle Juan de Orozco, señalándose maravillosamente; matáronle el caballo, y sin embargo acometió á el enemigo, siendo ejemplo de héroes y capitanes.

Eran casi las diez del dia, reconociéndose el valor en todas partes sin aflojar un punto; mas la caballería de Veimar, que hasta entónces no habia salido de su puesto esperando órden de acometer, se encaminó al cuerno derecho de la batalla, donde combatia el duque de Lorena y Juan de Berte con la gente de la Liga, y alguna asistia á este puesto del marqués de los Balbases con el resto de la caballería de Paulo Dentique. Cerró el enemigo con los de la Liga, y ellos tomaron la carga hasta unos casares metidos entre algunos árboles que caian hácia su mano izquierda, donde emboscados número razonable de mosqueteros los rociaron tan vivamente que los descompusieron: arremetió á esta sazon la tropa de croatas y las de ambas partes, peleando con maravilloso esfuerzo á la cabeza de la suya el duque de Lorena: encaminó hácia esta parte el marqués de Leganés, por rehacer con más robustos nervios, la caballería y 400 mosqueteros del conde de Fuenclara; trabáronse todos con mayor coraje, peleando incansablemente, contendiendo sin intermision en la colina y resistiendo á grandes escuadrones de enemigos; y ofendiendo ocupó el regimiento viejo de Wartsemburg el cuerno derecho de la montaña, y este batallon y el de lombardos se adelantaron hácia el bosque. Pidió Toralto para este puesto, y para mantenerle por su importancia, artillería, y avisóle el Cervellon habia detras dos

piezas; condújolas á brazos D. Gaspar Toralto por estar sin caballos, y tiró con ellas á la frente del enemigo, descomponiéndole y desarmando sus baterías, hiriendo gravemente en sus escuadrones y desconcertándolos, arremetiendo ya sin aliento y con flojedad á D. Martin Idiaquez, gloria de la nacion vizcaina y prez de sus nobles y antiquísimos soldados. Cerró el sargento mayor Orozco con los enemigos que ocupaban el bosque y desalojólos: el marqués de los Balbases, con sus tropas de caballería, embistió con la de Veimar, ordenando que Dentique, por el bosque, á la colina llevase cuatro compañías de caballos y tentase los del enemigo; adelantó Picolomini dos regimientos imperiales, mejorándose los 400 mosqueteros de Fuenclara, hácia el bosque, y desalojaron aquella gente con notable estrago; señalándose entre los más escogidos el duque de Lorena y Juan de Berte: pasaron adelante mejorándose en puestos y en terreno, desbaratando sus combatientes y ganando la artillería que estaba arrimada, y tomó el Duque el estandarte de Veimar; volvieron con insaciable ardimiento á embestir á los enemigos por todas partes, y entrando en desórden y miedo, volvieron las caras ántes de mediodía las tropas de Orne que combatian en la colina; con que se vió al instante palotear las picas con las recias cargas de los nuestros poniéndose en la fuga, y siendo seguidos y cortados se perdieron de ánimo abandonando el órden y disciplina militar, arrojando las armas, banderas y estandartes, aclamando nuestros soldados en todos los regimientos y escuadrones victoria. Habíase peleado desde las cinco de la mañana hasta las doce de mediodía, y muy dudosos de vencer, como se lo pareció á muchos, hastas las once, y con poca esperanza de buen suceso.

Era ya general el aliento y el regocijo entre los soldados, el herir y matar por todas partes, y reconocióse que toda la fortuna de los ejércitos católicos estuvo en arribar y mantener la colina, que si lo hubieran hecho los infieles fueran señores de la campaña y áun de todo lo demas del séquito de Alemania. Viéronse aquí cortadas y echadas por tierra las arrogancias de

Veimar, y tanto con mayor dolor suyo, cuanto poco ántes de la batalla se habia portado de vano con Gustavo de Orne y díchole queria aquel dia aventurar su Estado con el resto del Imperio. Siguió la caballería de todos tres ejércitos y la de los croatas al enemigo, haciendo grande estrago y matanza en los que habian seguido al alcance, y mucha ó la mayor parte en el camino de Ulma, donde iban á salvarse en sus murallas; pero enterados del vencimiento y de la rota, los burgeses y magistrados cerraron las puertas á su ciudad, atollando en lo bajo de la colina, en uno barrancos y pantanos, caballos é infantes, donde fué notable la matanza. Siguió el duque de Lorena al alcance pasadas de tres leguas, y prendieron los nobles que le seguian al muy esforzado y valiente Gustavo de Orne, grande estrago de Alemania y de sus pueblos, y la segunda persona de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, muerto, y en cuyos hombros y cabeza dejó el progreso y la fortuna de sus intentos en todo el círculo de Alemania y áun de toda la Europa. Puso Dios en las manos del duque de Lorena, y para que tomase satisfaccion de su mucha infidelidad y traicion, al Gratz, capitan impiísimo, y en quien habia consistido la mayor parte de la ruina de sus estados por habérsele alzado con 150.000 tallers que le dió para levantar gente y defenderse de las atrocísimas usurpaciones de franceses, y pasádose con ellos, demás de haber sido desleal al Emperador siendo su vasallo, y échose á la banda de los protestantes y sediciosos de Alemania por tres veces, y perdonado otras tantas por la suma clemencia del Emperador; y prendiéronse otros cabos de importancia. Huyó Veimar, más ejercitado en esta accion que en otra empresa, por las muchas veces que en todos trances y reencuentros lo habia decorado; á lo ménos, de cuanto tengo noticia de las digresiones de Alemania, no han traido otra cosa las postas y los correos sino que huyó Veimar. Quebrantó el altísimo brazo de Dios la soberbia de este infiel, como tambien la de sus amigos y confederados, y como holló la del rey de Suecia y otras muchas, y con él batirá los que se levantaren y opusieren al culto de sus preceptos. Quiso salvarse en

Ulma, y, como ya he dicho, cerráronle las puertas, y corrió con velocidad y sobresalto al ducado Wittemberg. Eran á esta hora el número de los muertos del enemigo cerca de 8.000 hombres, y en el alcance fueron degollados por los croatas y la demas caballería pasados de 9.000, no viéndose otra cosa en la campaña, pantanos y caminos que cuerpos muertos, caballos, armas, banderas y estandartes arrojados, particularmente en los de Ulma y Wittemberg. Murieron tres sargentos mayores de batalla, ocho coroneles, más de cien capitanes, sin quedar oficial vivo, y la mayor parte de la infantería: perecieron dos regimientos de franceses, 4.000 prisioneros que se agregaron y pudieron conducir al servicio del Emperador. Al otro dia degolló Juan de Berte catorce compañías de caballos que halló encerrados en una villeta: tomóse el bagaje sin escapar un carro, los papeles, municiones y recámara del Veimar, de Orne y Gratz, y de todos los demas cabos, que era muy rica: tomáronse seis piezas de artillería, el tren y todos los caballos, 300 banderas, entre cornetas y estandartes, entre las cuales habia uno carmesí sacado de una iglesia, teniendo por un lado á Nuestra Señora de la Concepcion y por el otro á San Martin, que traian atravesado por mofa. Halláronse infinito número de muertos en los árboles, subiendo á salvarse en ellos con las heridas y acababan allí con ellas; quedando almorzado el que dijo, injuriando á los españoles y napolitanos, se los almorzaria sin duda aquel dia. Halláronse entre heridos y muertos en el ejército de S. A. casi seiscientos hombres, en el del rey de Hungría y Liga católica 1.000; y entre personas particulares de nuestro campo que dieron las vidas admirablemente, no sin grave sentimiento de S. A. y de las cabezas del ejército, el conde de Paniguerola, el coronel Bormes, el sargento mayor D. Diego de Bustos, el marqués de Rapalla, D. Pedro Arias, D. Alonso Nogerol, estos últimos capitanes de caballos; salió herido Gerardo Gambacurta, el conde de Salma, que murió pasados algunos dias; D. Tiverto Brancacho, herido, teniente de maestre de campo general; y Cárlos Guasco, tambien maestre de campo general de la ca-

ballería de Nápoles; D. Pedro de Ulloa, que murió de las heridas de allí á pocos dias; D. Diego Manrique de Aguaro, Don Fernando de Heredia, D. Diomeres Carrafa, Octavio Marques, D. Tomás de Abalos, capitan de caballos; Gualtero Gualteri, el sargento mayor del Guasco, Alejandro Campi, Lope Ochoa de Oro, Juan Negrete, que despues murieron capitanes de infantería. Murieron del ejército Imperial un sargento mayor de batalla, el prior Aldobrandino, que pidiendo al Papa esta dignidad para Picolomini, no habiendo gustado del suceso la negó, dándosela á uno de sus sobrinos. Murió el coronel Silvio Picolomini y otros capitanes de cuenta y de valor militar.

Era notable el alborozo y alegria de los ejércitos, abrazándose los cabos y dándose la enhorabuena los unos á los otros. Todo era aplaudir victoria por España é Italia, rodeando los príncipes los escuadrones y cuarteles, y dando las gracias á los soldados de lo bien que habian peleado: abrazó S. A. á don Martin Idiaquez, que aquel dia procedió como buen caballero, fundamento en que consistió la gloria del suceso, observándolo así y sintiéndolo derechamente los juicios mejores y más desapasionados; gritaban los alemanes y aclamaban de valerosos y magnánimos á los españoles é italianos, especialmente á los napolitanos. La caballería y las tropas que se iban juntando y conduciendo á sus regimientos, y todos los demas de las tres faciones, como iban llegando traian banderas y prisioneros y otras insignias militares, que ponian á los piés de S. A. y del Rey. Volvieron á sus cuarteles á descansar, halló el Infante en el suyo los heridos que se habian retirado, dejólos y fuese á una humilde casilla, ni segura, ni bien cerrada por su vejez, y por los continuos y recios combates del tiempo y de la guerra, no habiendo cosa que no hubiese experimentado la injuria y la impiedad de los enemigos; dejando S. A. en esta victoria asegurada por entónces á Alemania, al Imperio, á Flandes y toda la cristiandad. Refiriéndola los naturales y los atentos á las proezas de aquel dia, decian habian peleado los españoles como demonios, conservando la colina, defendién-

dola y rechazando al Veimar catorce ó quince veces, con que se desesperó, valiéndose de los piés; agradeciéndoles el haberlos librado de grandes miserias y calamidades, de atrocísimos robos, incendios y otras desventuras que habian padecido por algunos años. Fué para los enemigos y coligados esta victoria espantosísima; pasó volando á Francia y aterró todas sus provincias; sintiólo el Rey y puso en mortal congoja al Richelieu y á todos los ministros franceses, protestantes y enemigos de aquellas coronas victoriosas; alegró los países obedientes, entristeció los rebeldes, que asombrados de esta felicidad se preparaban de defensas y pertrechos para resistir la fortuna de un ejército vencedor, que pasaria en breve el Rhin, se alojaria en sus contornos y tentaria sus plazas y áun las que estaban en la ribera de Mossa en Italia y en todas las tres Grisas; la porcion de los malafectos se encogió, pero rejuveneció y alegróse la Iglesia. El Emperador, cuando nueva de tanta prosperidad se entró por las puertas de Viena y su palacio, dió gracias á Dios que habia concedido aquella respiracion al Imperio y á su casa y habia debelado, no sólo las trazas, pero los émulos que la pretendian invadir y contrastar. Fué de sumo regocijo para España: dió gracias á Dios el rey Católico por tan señalada merced en Nuestra Señora de Atocha, yendo el Rey á caballo con toda la majestad de la corte.

Finalmente, los buenos se alegraron y los malos se entristecieron: toda la Europa, ó toda aquella parte que es escudo y muralla fortísima de la religion, cuanto habia estado suspensa ántes á los progresos de los herejes, levantó la frente y sacudió de sí el horror y el veneno de tan infame canalla, y con tanto mayor brio entónces, cuanto veian deshechos y acabados enemigos que se habian dado á sentir, que habian adquirido reputacion, soldados los más de ellos veteranos, gobernados por cabos maravillosos. Perecieron este dia aquellos regimientos suecеses, sin quedar un hombre, de quien tanta cuenta hacia el rey de Suecia, y con quien acometió lo más arduo de sus empresas. Confesó Gustavo de Orne, que en cuantas faciones se habia hallado despues que militaba en

Alemania, jamás habia visto, ni en las otras, pelear tan valientemente como la nacion española y la italiana, y que no se espantaba que el Rey de tan ilustres gentes hubiese plantado y llevado á tan remotas partes los trofeos y memorias de su grandeza.

Referian los demas soldados, corriera fortuna el Império si no llegara á tenerle el brazo de España, y que se podia decir por S. A. lo que de César, que habia venido, visto y vencido. Mandó curar los heridos, visitólos y mandó socorrer con dos pagas y con el dinero de su mano: un español herido de un mosquetazo en la frente, no queriendo sujetarse á la cama, movido gravemente de la conmiseracion y providencia de S. A. para con los soldados, diciéndole que se dejase curar, le respondió, que deseaba más ocasiones y más heridas en su servicio, y que esperaba salir bien de todas: agasajó á los que traian cornetas y banderas. Llegado el duque de Lorena de seguir el alcance, fué luégo á visitarle: refirióle los prisioneros que habia hecho, no hablándose de otra cosa sino del suceso pasado, de los intentos de los enemigos, del denuedo en acometerles, de sus trazas y ardides en pelear, teniendo este dia por uno de los más señalados de cuantos habian amanecido á la Iglesia. Envió S. A. al Rey cincuenta estandartes, y remitióse el de Nuestra Señora de la Concepcion á su iglesia: envió dos banderas á Milan, una á Nuestra Señora de San Félix y otra á San Cárlos Borromeo. Rindióse á la discrecion de los vencedores Nortling, preservándola del saco y de los otros desmanes de la guerra; por haberlo pedido con humildad los magistrados, dióse paso libre á la guarnicion del enemigo, concediéndole no más que las espadas á los oficiales, que no salgan con cajas ni artillería, y que no puedan llevar más de lo que sustentaren los brazos; entró en ella el rey de Hungría con su gente, dia de Nuestra Señora de Setiembre, feliz para las cosas de España, como se verá en lo de adelante, y al otro S. A. y el duque de Lorena, restituyendo á la iglesia mayor la reverencia y el culto profanado ántes por los infieles, y á los otros templos: echáronse á sus piés los burgomaestres pi-

diendo perdon y que les jurase sus privilegios; concedióselos, y despues de haber ajustado todo lo tocante á esta materia, entraron en consejo sobre lo que se habia de hacer. Resolvióse que los ejércitos del rey de Hungría y Liga católica marchasen por una parte del Necar y el de S. A. por otra, á dos horas de camino los unos de los otros, para darse la mano en las ocurrencias que se pudiesen ofrecer, resueltos á ocupar el ducado de Wittemberg, desarmado y sin gente, y regido de un Príncipe mozo, fugitivo, sin consejo y rebelde al Imperio, aliado y fomentador de herejes, publicado así por bando imperial y dado al fisco todos sus estados. Queria el rey de Hungría y todos aquellos caballeros alemanes, que le diese calor S. A. para entrar en la Alsacia y socorrer á Brisac, que con la rota y pérdida de la gente enemiga aflojarian los sitiadores y los de adentro se mantendrian algun tiempo con la esperanza del socorro presente y victorioso, entre tanto que él pasaba á tentar á Ulma.

Fué S. A. á visitar al duque de Lorena á su alojamiento: estaba allí Gustavo de Orne, holgó S. A. de verle y alentóle; quiso besarle la mano y no lo consintió, diciendo el Orne al duque Nochera (miéntras S. A. real y el Duque razonaban en sus materias y dependencias), que no le quedaba otro consuelo en lo adverso de su fortuna, sino el haber sido vencido por tan gran Príncipe, porque á su ejército y caudillos sin ninguna duda se debia el triunfo de la victoria: mandóle S. A. cubrir y no lo aceptó. Dicen que preguntó despues á quién habia tocado la pieza de su carroza, y no pudiendo en tan gran confusion darle más luz que haberla tomado, respondió que iba bueno el que le tocó, dando á entender que el dinero que iba dentro era mucho. Cortaron la cabeza al Gratz por órden del Emperador, pagando las rebeliones y felonías que habia hecho contra aquella majestad, de que era vasallo; hiciéronse ricos presentes los dos príncipes, Rey é Infante, y de ambas partes los cabos y capitanes de unos ejércitos y otros; dió S. A. ricas joyas de oro y piedras á Galaso y á las personas de cuenta de aquel séquito, y presentóle Galaso un caballo: al du-

que de Lorena, el estandarte del duque Bernardo de Veimar con la empresa y geroglífico de una garza volando sobre una águila como que la iba venciendo, asimilando á las águilas imperiales que orlan los escudos de aquella augustísima Casa, y queriendo él y la Liga ser semejante á aquella ave, cuyo vuelo es altísimo, que viéndolo así algunos de buen ingenio y celosos de la honra de sus príncipes, de sus insignias y señales, volviéndola lo de arriba á bajo, reparando agudamente y con diferente interpretacion sobre el caso presente, venia á caer la águila sobre la garza. En esto queria decir el Veimar é insinuar á las Germanias y Panonias; que las garzas descolladas, septentrionales y de Noruega, por el rey de Suecia y sus gentes, abatirian las águilas del Occidente y las doblarian los cuellos, porque, como dije, se ponen en las orlas de los escudos imperiales de la Casa de Austria, y es seña ó divisa de los Césares. ¡Qué diferente tiempo era éste del que poco ántes, soberbio y vanaglorioso, áun despreciando la confederacion con Francia, autora de todos estos movimientos, no queriendo admitir al Rey á la parte de sus tierras y provincias, adjudicándoselas á sí los protestantes y septentrionales, se pintaban y se repartian las diademas y las coronas y los estados, así eclesiásticos como seculares! Al rey de Suecia, por los gastos hechos en la guerra, estimados en 4.000.000 de florines, se le daban los arzobispados y obispados de Magpeburg, Saviburg, Bamberg, Chervipolí, Pásaw, Alberstad de Weismar con el ducado Mequelburg y su puerto de mar, y en recompensa de su asistencia y para poner en ejecucion el intento de los protestantes y otros pretendientes, tantos años ha premeditado, de extinguir totalmente la religion católica, traspasar las dignidades de los electores católicos á los herejes y mudar el romano Imperio en una nueva forma calvinista, se le habian de dar los reinos de Hungría y Bohemia, con todas las demas provincias y estados de la Casa de Austria, sus adyacentes y creencias, para que con ellas pudiese llevar la carga del Imperio, excluyéndose de aquí los protestantes de señalarle rentas ni otros estipendios para la forma de su Casa y go-

bierno y para otro cualquiera ministerio, ofreciendo las ciudades infieles de hacerle un ajuar en palácio y castillo á su costa. Al conde Palatino, por la pretension tiránica en que embestia con falsos pretextos, cimentársela y adjudicarle la Baviera, y era que el Duque, su natural señor, por haberle echado del reino de Bohemia y vencídole en Praga, su corte, y tomado á su cargo aquella empresa como general del Imperio y dádole el César por éste el electorato y palatinado superior, querian por aquí satisfacerle, y dábanle, sin embargo, los obispados de Augusta y Ratisbona, con todos los bienes eclesiásticos que se incluyen en el círculo de Baviera, exceptuando cinco abadías que el Rey repartia en sus coroneles. Al rey de Dinamarca se le daba el arzobispado de Bréma y los obispados de Aimden, Berden, Osnaburg, Lubeza, Rateomberg y Vicu; y todos los demas obispados se repartian entre los protestantes, erigiéndolos principados hereditarios. Los votos electorales, ya dejamos dicho se trasferian en herejes, conviene á saber, los que eran católicos, porque el duque de Sajonia y el marqués de Brandemburg ya tenian sobre sí éstos. Al Palatino Augusto de Salbac, por los servicios hechos á la Liga de protestantes, hermano del duque de Nioburg, como director que fué de la union y junta del Apisc, se le daba el electorato de Maguncia y todas sus tierras con los obispados de Soira y Bormacia: á los Estados Generales de Holanda, para poder mantener mejor la guerra contra los españoles, se le repartia el Estado electoral de Colonia, los obispados de Munster y Lieja, con pacto de que el príncipe de Orange y sus herederos tuviesen la ciudad de Colonia con título de Elector y duque de Westfalia, que tienen por vecino, por todo el tiempo que el Príncipe y los suyos asistiesen á los estados; el electoralato de Treberis se le comprometió con gran secreto al duque de Oslasia de Gotorf, sin embargo de haberse apartado aquel Elector por las persuasiones de Francia en su principal fortaleza que tenía sobre el Rhin; pero destituido por el parecer de los protestantes y por sus capítulos de ascender al Imperio ni de arribar á su dignidad, no por otra cosa que por franceses,

gente que ninguna nacion de la Europa ni del orbe la apetece ni quiere militar con ella no más que en cuanto á la proteccion, abusando del dominio por donde se pueden dasahuciar de esta pretension, cuyas depravadas costumbres y trato injustísimo los tiene en este estado y los tendrá así hasta el fin del mundo. Pero todas estas trazas y juntas las desbarató Dios con muerte de algunos, vencimientos de ejércitos y reduccion, despues de enmienda, de otros, como el rey de Dinamarca, el marqués de Brandemburg y duque de Sajonia.

Presentó Picolomini la espada de Veimar á S. A., que se halló en la campaña ó fué quitada de algun soldado. ¿Quién le diria á este Príncipe, siendo el tercero de sus hermanos, que cuando todos tres por el mes de Octubre, al principio del año 1631, cuando en los bosques de San Lorenzo el Real y los de Escalona que era á la sazon, y cuando se tramaban estos rumores y se temian por la insaciable codicia y ambicion francesa, preparada para desolacion de la monarquía española y usurpacion del Imperio, capitulando en nombre del rey de Francia y rey de Suecia en el campo de Berbalde, en el marquesado de Brandemburg, Mos de Carnas y Gustavo de Orne, mariscal de campo del rey de Suecia, éste muerto en la batalla de Lutzen, y aquél preso en la de Nortling; cuando se repartian el dominio casi todo de la Europa y estuvo á pique de ser suyo, y cuando imbuidos, como digo, todos tres en las delicias de la caza; quién le dijera que ambas espadas, las más temidas, las más bien reputadas, las que regian naciones tan belicosas y armigeras, la del duque Bernardo de Veimar, la de Gustavo de Orne, que habian de ser suyas y habia de triunfar de ellas, y que habian de ser despojos y trofeo de su militar espíritu? Pero esta felicidad les da el cielo á los que la procuran y se hacen dignos de ella; á los que anhelan y arriban á la última y más que gloriosa esfera de las armas, cuando siguen el fin excelente de ensalzar la fe y derribar la herejía, no á los flojos pusilánimes, y hundidos en vicios miserables; á los que solicitan el desagravio de los oprimidos

con cuchillo de cismáticos, defensa de fieles, ornamento y escudo de la militante iglesia.

No quiso tomar S. A., de todo el despojo de los enemigos, más que doce piezas de artillería, cuatro medios cañones, cuatro cuartos y cuatro piezas de campaña y 500 caballos para tirarla, y comenzaron á marchar todos como estaba ordenado. Fué á hacer noche S. A. á la villa de Gueguen, y el del Rey y la Liga prosiguieron el camino de Ulma; rindió aquél la caballería borgoñona y saqueóla, usando del sumo poder los vencedores: rindióse al Rey Laulig, puesta sobre el Danubio á dos leguas de Ulma; quisó reducirla, ofreciendo al magistrado las condiciones que quisiesen; pero ellos no aceptaron ninguna, queriendo ántes ser protervos y rebeldes, con que todas las diligencias salieron vanas. Iba esperando Su Alteza al ejército del Rey que habia hecho alto, aguardando la artillería, y por no perder tiempo y gustarle el obrar, envió un trompeta á la villa de Aidencin para que se rindiese; respondieron no tenian órden del duque Wirttemberg, su señor natural, para hacerlo; y dióse órden al coronal Losa, que con 600 caballos se adelantase y tomase los puestos para ponerle el sitio. Estaba la villa situada en una eminencia y era muy fuerte, defendida de 40 cañones, de 500 soldados de guarnicion, socorridos de víveres y municiones en abundancia: siguieron á la caballería cuatro tercios de infantería española y napolitana, lombarda y alemana, con parte de la artillería; pero ántes que llegase la caballería se rindió la villa y el castillo, ofreciendo pan y otras vitualias para el ejército con reservacion de las vidas y haciendas. Podíase defender bien veinte dias; pero nuestros soldados, sin poderlos refrenar los cabos, entraron y la saquearon, cometiendo algunos desórdenes con grave sentimiento de S. A. Remedióse lo mejor que se pudo, y mandó echar un bando, que pena de la vida que otra vez no se hiciese; recogiese la presa y restituyese á los burgeses todo cuanto estaba en el castillo, é hizo saber al Rey la entrega de la villa y púsola á presidio de alemanes, tomando sólo una culebrina de todo el menaje y despojo; mas como el principal

intento de la jornadá, ántes que divirtiese en otras materias, era el pasar á Flandes, como lo pedian el gobierno de armas y provincias, necesitando vivamente de esto, cediendo del socorro de Brisac, previno con precision el seguir aquella derrota: enviósela á decir el Rey con el marqués de los Balbases, y lo que importaba para el aviso del marqués de Aitona para el asedio de Maestrique, que la tenía casi ablocada á lo largo y por todas partes; y quitados los bastimentos para el Rhin. A los 10 de Octubre llegó el de los Balbases al campo del Rey, dió su embajada, y respondiósele que para disponer con más acuerdo lo que se debia hacer, se enviarían personas de prudencia al cuartel de S. A. para conferirlo todo: volvió el marqués de los Balbases y dió su respuesta y prosiguió su jornada, rindiéndose los pueblos por donde pasaba, dejándolos guarnecidos con alemanes y cargo de cabos y á la órden del Rey, dando abundantemente bastimentos para los soldados, sobrando los que faltaron en la entrada de Alemania y en la campaña de Nortling; donde dicen los más graves y de autoridad, que si el enemigo no se da tanta prisa á querer entrar en batalla con nuestra gente y esperar dos dias, consiguiera la victoria más con la hambre que con el plomo, y que fuera imposible no desamparar las banderas y seguirse una ruina calamitosa y lamentable para el ejército católicó, imperial y Liga, porque áun los caballos estuvieran para fracasar y para ser alimento de los soldados.

Ibanse, pues, poniendo debajo del yugo de los vencedores los pueblos de Wittemberg y parte de ellos despoblados, no queriendo experimentar el riesgo y la ira de los soldados, dejándose las casas, las haciendas, las arcas llenas de ropa, las bodegas colmadas de vino, la carne salada, las cámaras y trojes abundantes de trigo, avena y cebada y todo género de grano; con que el ejército discurria contento, abastecido, sin ser necesario gastar tiempo ni dinero para buscarle, ni ménos el forraje para los caballos. La villa de Guepingue dió á S. A. 150.000 raciones de pan, 60.000 para su ejército y las demas para el del Rey y de la Liga; cosa bien digna de ad-

miracion: y así no es mucho que puedan mantenerse tantos ejércitos en Alemania, siendo la tierra tan fértil y abundante, tan copiosa de mieses y de frutos, si bien ya toda aquella generosa provincia, por las contínuas guerras, iba de caida, así en gentes como en todo lo demas; y á esta sazon, por la pérdida de sus amigos y aliados, estaba esta provincia en ser yerma y despoblada de sus habitadores.

Vió el duque de Astraburg, que, con las prisiones que se habian hecho, muerte y fuga de enemigos, las cosas de la frontera mejoraban; y sus príncipes, con el castigo tambien del poder altísimo ejecutado por los ministros y defensores del Evangenio, daban á sentir querian ceder de las desolaciones y aprestos de armas, y remitir algun tanto del ardor de la guerra y de la codicia, y concordarse con el César éstos y algunos de los castigados, que los otros, rebeldes y protervos, desesperados por la inquietud de sus oficios de hallar misericordia en la justa indignacion del César, tramaban muchas maquinaciones y guerras, más crueles y sangrientas que hasta aquí, sin esperanza de sosiego alguno.

La princesa Margarita, hija de la infanta Doña Catalina y de Cárlos, duque de Saboya, que casó con Francisco Vicencio, duque de Mántua y marqués de Monferrat, cuyas guerras y diferencias ejercidas en el Piamonte y en el estado de Milan sobre el derecho de aquel marquesado qué dejo ya referido, habiendó despues recaido aquellas tierras en poder de Cárlos Gónzaga, duque de Nivers, por derecho que decia tener á ellas, y para apretar más la accion, haber casado á su primogénito y heredero, al duque de Roteloes, con la princesa María, hija de Francisco y Margarita, nieta de Cárlos y de Catalina, duquesa de Saboya, que es lo mismo que haber dado en manos de franceses, como se verá, cuya correspondencia y trato, cualquiera que él sea, ya le conoce el mundo; siendo esta señora afectísima por naturaleza y por sangre á las cosas de España, fué desamparada de sus hermanos y del duque de Nivers y de Mántua, su yerno, y por esta causa aborrecida de los franceses, cuyas dependencias al señorio de Milan y Nápo-

les andaban muy vivas. Avisado el rey de Francia Luis, por los confidentes en Mántua, de la fe de la princesa Margarita para con el rey Católico, deseando resfriar y conmover contra él todos cuantos príncipes y potestades hay en Italia, resolvió apartar este inconveniente, si le habia en una mujer desvalida, que se habia amparado de la grandeza y magnanimidad de S. A. (como lo dejo ya apuntado), cuando llegó de Barcelona al gobierno del estado de Milan, y referídole sus sevicias y miserias, dignas de ponderacion en una Princesa de tan esclarecida sangre, hija y nieta de tantos príncipes, reyes y emperadores; para que los que nacimos en suerte más humilde no nos admiremos de que sea más poderosa y rígida la fortuna con los otros, ni de morir en ella, pues los que nacieron y vivieron en tanta grandeza y prosperidad, tal vez con estos vagíos los atropella y los acosa.

Finalmente, por esta razon y por el odio implacable de los ministros franceses á los aficionados á España, el Rey, que en la cortesía á las mujeres debe tener el uso que en las demas, mandó al duque de Mántua y áun al duque de Saboya, su hermano, la echase de su casa y del Estado. Viéndose esta señora en el aprieto referido, se valió de S. A. el Infante, que la socorrió y agasajó y trató como quien era, y como lo pedian los vínculos tan estrechos del parentesco que habia entre entrambos, como de primos hermanos; y mandó dar grandes sumas para el alimento y gastos de su casa. Habia dado cuenta S. A. del suceso á S. M., que condolido de sus trabajos y soledad la mandó venir á la corte de España; y dejó á Italia, y por el tránsito de Génova, con armada de galeras desembarcó en Barcelona: para esto la envió el Rey criados y gente noble que la asistiesen y regalasen con el estilo, reverencia y majestad que observa España, y por sus jornadas llegó á Madrid. Salió el conde de Olivares con todos los de su familia á recibirla al arroyo de Brañigal, y el Rey la esperó en la ermita que tiene el Retiro junto al camino de Alcalá de Henares; apeóse la Princesa y besó la mano al Rey, que la recibió en los brazos, metióla en el coche, y por fuera del lugar la llevó

á palacio, dándola asiento en la proa, y preguntándola muchas cosas, así de su jornada como las de Italia; refiriendo el Rey despues en su cuarto que era matrona dotada de gran juicio y entendimiento. Entraron por la escalera secreta del zaguancillo, obra de su abuelo; llegaron al salon grande, saliendo la Reina de su cuarto con sus damas á la pieza nueva y al salon por una puerta que está ántes de comenzar á bajar la escalera, y llegó la Princesa siguiendo al Rey, que acabada de subir la escalera, adonde la Reina esperaba y acabada de llegar. Se arrojó la Princesa, inclinando las rodillas, á besarle la mano; la Reina la mandó levantar y la ayudó con los brazos; besó la mano al Príncipe, y despues de algunos cumplimientos la llevó á su cuarto; y fenecida la visita de la Reina, por el pasadizo de la Encarnacion la hospedaron en la casa del Tesoro, morada y vivienda antigua de sus hermanos, donde los tuvo y los alimentó España largo tiempo (beneficio tan mal agradecido de su padre como correspondido de Vitorio, hoy duque de Saboya), y donde fué regalada y servida con las reales ceremonias que acostumbra la liberalidad española. Por esto los franceses, más calumniadores que cortesanos y generosos, viendo á la Reina madre en Bruselas, al duque de Orleans, su hijo, y á madama de Orleans, su esposa, aunque aquél ya habia hecho la fuga á París, y despues al príncipe Tomás, hermano de Vitorio, duque de Saboya, á Margarita, su esposa, é hijos en el estado de Milan; y allí mismo, poco ántes, hospedados á un hermano del rey de Polonia, á Cárlos y Francisco, duques de Lorena; y ahora en el palacio de Madrid, á Margarita, duquesa de Mántua, y ántes al príncipe de Gales, al duque Niemburg, y al cardenal Francisco Barberino, sobrino de Urbano VIII, Pontífice de la Iglesia, por no dejar de injuriar la majestad de España llamaban al Rey *hostalero*. Preguntémosles si saben hacer ellos otro tanto, ó si su cortesía y liberalidad es para que los busquen, ó si su comunicacion es apetecida en la Europa por los príncipes de ella; hágannos relacion de los que se han entrado por su palacio ó por sus provincias, y si ha ido algun desvalido,

cómo ha salido de sus manos y qué relacion va haciendo de su urbanidad.

Esta ventaja, sin ninguna duda, les hacemos como en todo lo demas; y cualquiera que sea la mudanza de nuestra condicion y nuestro estado en la variedad de los tiempos, siempre seremos lo que fuímos, y ántes se llegarán á nuestras puertas que á las suyas y nos buscarán los extranjeros por los beneficios, agasajos y cortesía que les sabemos hacer. Miren ellos cómo tratan á los que tienen despojados, presos ó suspendidos en París y fuera de ella, y á los que tienen presidiados en sus tierras propias por sus ministros y capitanes, por invadir y aspirar al dominio universal de la Europa; qué dicen de los franceses los príncipes de Alemania sus aliados; y cómo, por más que han forjeado é insidiado de émulos y de armas, les excluyeron el año pasado, no sólo de admitirle por Emperador, sino de su repartimiento, pues no le señalaron ni un baluarte, ni le adjudicaron, por los gastos que ha hecho en ella y dado á sus amigos, ni un casar abierto; y lleguémonos á lo que dicen los de Italia, temidos hoy más de tiranos que de beneficiosos. Despues de algunos dias que la Princesa estuvo en Madrid, festejada con fiestas y con dádivas, y otras muy particulares y preciosas que el Rey y la Reina dieron á sus criadas, la dió el Rey para su hospedaje y vivienda un reino para que le rigiese, y de los más amados y encarecidos de su monarquía, y que su abuelo unió dichosamente á la corona de Castilla, nacion tan avisada como belicosa. Pregúntote ahora si tu Rey puede ó sabe hacer esto, si fué frecuente en tu reino esta virtud algun dia, ó si se ejerce ahora esta hospitalidad.

Pasó, pues, la Princesa á Portugal, asistida del conde de la Puebla: porque nadie viva sin atalaya, ni se haga nada sin rencor, quedará esta puntualidad para lo de adelante, para luz de los venideros y para ejemplar de los que sucedieren.

Del Gaston, duque de Orleans, ya dejo dicho cómo huyó de Bruselas, cómo dejó á la esposa, y la incertidumbre y falta de fe en sus tratados (con que se tendrá por avisado cualquier ministro, que es mejor gastar el dinero con los franceses en

pólvora y balas que no en dádivas ni en las pensiones que hemos referido); cómo, por el consiguiente, le prendió el Rey, su hermano, y el castigo que hizo en sus criados; y ahora proseguiremos cómo trató de anular su matrimonio y lo hizo firmar de los obispos franceses, sin embargo de haber sido fiel al maltratamiento de su hermano ántes que agradecido á la acogida y defensa en el País-Bajo. El rey de Francia, su hermano, el Richelieu y los ministros del Parlamento de Paris, y áun los demas Parlamentos de las otras ciudades y provincias, sin embargo de las diligencias hechas en esta materia, pretendiendo vencer y allanar las dificultades que se podian recrecer, y repetian por momentos, para fortificar más su conclusion y vencer los escrúpulos, si habia alguno, donde los mas de los eclesiásticos ya eran soldados y cabos y caudillos, y gobernaban los ejércitos y las armadas. Los referidos, pues, consultaban á las universidades, á sus doctores y letrados en ambos Derechos (sabe Dios si todos libres de las herejías y errores de hugonotes), á los arzobispos y obispos, y les proponian esta y otras muchas veces, por la causa que en lo de atras dejamos referido, que siendo ley del reino no poderse casar ninguno de sus príncipes sin licencia del Rey, y que caso que se hiciese se diese por nulo el matrimonio, que votasen, y estudiada bien esta materia y esta ley, firmasen la nulidad y la diesen por ninguna. Viéronlo todos, y sin atender al Derecho canónico, que padecia fuerza de miedo, de infidelidad á los estrechos vínculos de este Santo Sacramento, le firmaron esta vez y las otras, y lo dieron por inválido en muchos y diferentes Parlamentos; como si el Derecho secular tuviese potestad sobre el eclesiástico y le pudiese derogar y estuviese en la mano de un Rey poder arbitrar en los sacramentos de la Iglesia, no tocándole más que hacer guardar su observancia, culto y respeto, siendo esta causa natural y legítima de la decision del Pontífice y de la Rota; pues no pueden los prelados, sin más fundamento que la toma ó pasion del Príncipe ó de su Privado, y aunque no se le hiciese patente, al contrario, no habiendo desigualdad en él, ántes siendo tan relevante la

consorte, de sangre tan ilustre de la Casa de Lorena, tronco de donde han salido tantas ramas reales que apénas hay ninguna en la Europa que no tenga sangre de él. Por esta causa, siendo la union recíproca y de la voluntad de entrambos, y de su libre albedrio, no ha lugar la fuerza humana en poderle dirimir; y ningun eclesiático lo puede firmar por no haber razon para ello, si no siguiéndose ó guiándose por los aranceles de Inglaterra y por los dogmas de Enrique VIII, en que los reyes, como en lo secular, quieren tener el primado en lo eclesiástico, y así se llaman cabeza de la Iglesia Anglicana. Cerca está Francia de poder hacer esto, segun se muestra afecta á la faccion de la herejía, y por el poco escrúpulo que muestra en perpetrar todo género de maldad y en parecerle, segun sus oficios, que todo le toca.

Hizo el rey Católico maestro del príncipe D. Baltasar Cárlos á D. Juan de Isasi, descendiente de las nobles y calificadas familias de Vizcaya, del hábito de Santiago, virtuoso y letrado; dotado de otras muchas y muy buenas partes, como lo pedia maestro de tan alto y tan esclarecido Príncipe.

Iba el ejército católico (como poco há lo dejamos referido) sojuzgando el riquísimo y opulento ducado de Wurtemberg, ausente el señor y fugitivo, no atreviéndose á esperar el triunfo de los vencedores, y en prosecucion y por las derrotas que habia sufrido; y el ejército real y el de la Liga, aunque á lento paso, marchaban al alcance y derrotas del enemigo. El duque Bernardo de Veimar, que despues del destrozo habia querido guarecerse de este estado, medroso del ejemplo presente y por no ser cogido, como siempre lo temia, ahora, usando de la costumbre, dejó la tierra y huyó á Francoforte, ciudad imperial y de las de consideracion, en Alemania, situada á las corrientes y márgenes del Meno. Refrescóse nuestra gente con la sobrada abundancia del país, discurriendo tan alegre y contenta por las muchas vituallas que se ofrecian, que se aseguraban los cabos de poderle conservar pronto y unido, sin recelo, sin sobresalto de division, rumores de discordias ni motines; siendo todo bien menester por lo mucho que habia que mar-

char, todo por tierra de enemigos, que, aunque vencidos, eran muchos y prodigiosas las plazas que ocupaban. S. A. las entregaba al rey de Hungría y él las fornecia de gruesas escuadras de alemanes; pasaba adelante, pero cuando S. A. y sus cabos querian refrenar la libertad y licencia de los soldados, no era posible; quemaban algunos lugares, aunque pequeños, destruian el país, y los croatas, como raudal impetuoso y arrebatado nacido de tempestad espantosa, lo asolaban todo; quisieron dar asalto á la ciudad de Estucarte, corte de aquel Estado, mas la diligencia de los cabos lo estorbaron, y el rey de Hungría ayudó á que no se hiciera, enviando personas que tambien hiciesen estorbo, como heredad suya y que en la antigüedad habia sido de su casa, no se permitió ninguna hostilidad; con que abrió la ciudad las puertas, poniéndose en sus manos los moradores y sometiéndose en todo á la voluntad de S. A. R., y teniendo sus órdenes por ley inviolable.

A esta hora el ringrave Ludovico Oto, ofendido de la pérdida de sus amigos, como pesaroso de la gloria que habia alcanzado nuestra gente contra la que habia traido en socorro y séquito de Veimar, y encerrado en la defensa de Francoforte, destravía en cuanto era posible las tierras de los vecinos obedientes al Imperio; y con la embajada que el Infante envió al rey de Hungría de no poder pasar á Alsacia, vino el marqués de Grana á persuadírselo, y cuánto importaba acabar de deshacer á los enemigos, perseverar en la union y juntas de gentes aquel invierno. Muchos grandes varones de experiencia militar y canas, decian que si el ejército de S. A., el del Rey y Liga, reforzados de nuevos auxilios y socorros de españoles é italianos, acaudillados con los demas, segun el estado de las cosas y en cuán baja fortuna habian entrado los enemigos, quedaran juntos, que en poco ménos de un año los acabarian de sojuzgar, y sacudiria de una vez Alemania de sí y de sus pueblos esta infame sedicion, que levantaria la frente á mayores progresos y victorias y á poder ayudar al rey Católico con más nervios y potencias contra los rebeldes de Holanda, y las sospechas que se tenian de Italia se podrian refrenar sin que pu-

diesen pasar adelante. Pero las cosas del País-Bajo estaban de manera, y necesitaban tanto de gobierno de Príncipe y cabeza, que no daban lugar á las forzosas ocurrencias del Imperio, siendo aquella parte y su conservacion de lo que más importaba á la monarquía española. No se ajustó nada con el marqués de Grana, y diferiéndolo todo á la vista de ambos príncipes y cabos de los ejércitos, llegó á esta sazon el conde de Fucar de parte de Maximiliano, duque y elector de Baviera, á darle las gracias de la victoria que tan en beneficio habia sido del comun de sus estados; y rindiósele Gueping, saliendo á recibir á las puertas los burgeses á los escuadrones con numerosa cantidad de provison. Viéronse el Infante y el Rey, y dió S. A. las causas y razones que tenía para no poder socorrer, diciendo que desde el principio de su jornada y desde el dia que con aprestos de armas habia el rey Católico, su hermano, mandado que saliese del estado de Milan, el cuidado más particular habia sido el encaminarle al País-Bajo, necesitando de este auxilio aquel Estado y aquel gobierno, que habia marchado hasta allí con prosperidad, y que le habia ayudado en cuanto habia sido de su parte, y que no podia exceder del órden que traia, y que le diese licencia para proseguir en su jornada. El Rey se lo agradeció con palabras correspondientes á las suyas, y viendo que no era posible apretar más en caso que tanto pendia de obediencia y resolucion, ya que S. A. no podia pasar allá en persona á socorrer á Brisac, procuraron enviar socorro de gente y aprestaron 1.000 caballos, parte de ellos de S. A. R. y parte del rey de Hungría, y 1.000 infantes que la archiduquesa Cláudia daria de las guarniciones de Lindau, Constancia y otros lugares, y el regimiento ordinario del condado de Tirol. Dióse esta gente al sargento mayor de batalla Reinao, creyendo bastaria por haber dejado la Alsacia para unirse en la faccion pasada con Gustavo de Orne y Veimar de Ringrave, ó porque se tenía por aviso habia tan poca gente en aquella provincia que no pasaban de 2.000 hombres; diéronle instruccion y el órden que habia de tener en la jornada, y mandósele que con toda precision

socoriese á Brisac; recobrase á Rinfelt y Friburg y los demas lugares que alcanzase su poder, y diósele por compañero en la empresa al maestre de campo Juan Tomás Blanco, caballero napolitano y de conocido valor, y dinero para municionar y meter vituallas en Brisac. Avisóse de todo á la archiduquesa Cláudia, y respondió habia nombrado por plaza de armas para esta gente la villa de Werlinguen, sobre el lago de Costancia, y que el enemigo en toda la Suebia y en sus contornos habia desamparado las más de las ciudades y villas sacando las guarniciones y regimientos, para con lo que habia quedado de la batalla, si habia sido algo, feliz efecto de esta buena fortuna, juntarlo todo en Francoforte, y unir este cuerpo con las tropas del Ringrave y las que se esperaban del Lantgrave de Esen y las de Francia, de que corria voz salian 12.000 soldados, de los que alojaban entre la Lorena y Borgoña para impedir el paso á nuestro ejército y cerrar por aquí ó imposibilitar sin ninguna duda el que S. A. consiguiese la entrada del País-Bajo para supeditar su conservacion y sublevarle, como ya lo disponian sus ministros. Hicieron á esta hora los de Brisac, desahogados algun tanto de los contrarios, algunas salidas, por haber pasado, como se refiere, al socorro de Veimar, que volvia á armarse de nuevas gentes, que formaba ejército para proseguir la guerra y el dictámen de la desolacion de Alemania; y metiéronse en Brisac 2.000 sacos de trigo y 3.000 cabezas de ganado para esperar el socorro y sacudir el asedio. Despidióse S. A. del Rey y del duque de Lorena con grande terneza y estrechos abrazos, y asimismo los cabos unos de otros; prosiguió su jornada, pasó por un lado de la ciudad de Estrigonia, que se le rindió, y por el Necar al lugar de Onder Durunquen, y dió ésta 4.000 raciones de pan, carne y vino. Es el valle de Necar favorecido de la naturaleza y del cielo, y abundantísimo de todo cuanto necesita la vida humana por su amenidad de pastos y verduras. Avisó S. A. al marqués de Aitona, proseguia su jornada y la derrota del País-Bajo, sin embarazarse en otro intento, que le tuviese en Andrenac puente y lo necesario para el paso del Rhin; llegó á Asmida,

y diósele la villa de Contat. Habia tomado, como se supo por avisos, Picolomini, con parte del ejército húngaro, el camino de la Franconia, y el de la Liga, con el duque de Lorena, siguió otros rumbos y derrotas por haber á las manos las tropas de los enemigos desbandadas con ánimo de deshacerlas ántes que se juntasen con otras nuevas. El miedo y la confusion de los pueblos rebeldes por donde pasaban, su quebranto y lágrimas era notable, pidiendo misericordia á los príncipes vencedores: tomó, por el consiguiente, Picolomini las villas de Dinquis, Pughel, Rotemberg, Bert, Heimioques, Senflor, plaza y paso importante sobre el Meno. Entregóse á S. A. Morbac, llegó á Astaim, á Ondermer, y vínole aviso que Juan de Ubert, batiendo la campaña hácia los contornos de Heiberon con algunas tropas de la caballería de la Liga, habia topado tres compañías de caballos y dos de infantería y que todas las habia degollado, tomado las banderas y cornetas y seis piezas de artillería que iban á juntarse con el Ringrave, que volvia otra vez á los designios y las armas á la Alsacia con las sospechas que se tenian, y habian corrido por aquellas tierras, que Su Alteza se encaminaba al socorro de Brisac, tambien, por no dejar la provincia tan desguarnecida y en prosecucion de sus buenas fortunas.

Encontró el conde Juan de Ubert 6.000 franceses ya pasado el Rhin, que iban de socorro al fugitivo Veimar; pero por hallarse con poca gente, y no la que habia menester para embestirlos, rehusó con prudencia y sin perder reputacion el encuentro: fuéle á buscar el duque de Lorena con la resta de Liga y á dar calor al Reinac por parecerle llevaba poca gente si se habia de encontrar con el Ringrave y habian de contender ambos sobre el socorro de Brisac. Marchaba Reinac como se le habia ordenado, y encaminaba sus tropas y á juntarlas con las de la archiduquesa Cláudia para el socorro pretendido de la importantísima colonia de Brisac, y despues de haberlo ya conseguido y recobrado otras plazas y desembarazado la Alsacia en cuanto le fué posible, apoderóse de algunos razonables puestos de los que habia abandonado el enemigo,

no quedando debajo de su poder sino las ciudades fronteras de Augusta y Ulma, y éstas cortadas y á pique de pedir misericordia, porque las guarniciones imperiales que estaban alrededor y sobre el Danubio, las imposibilitaban de contratacion, de la libertad y uso de la campaña, de sus haciendas y tráficos. Habia juntado el duque de Baviera de sus tierras 6.000 soldados con ánimo de cargar á Augusta, y habia entrado en pensamientos de rendirla quitándola el agua del Lec; pero su gran fortaleza le hacia desconfiar del intento y aseguraba del miedo á los paisanos. Volvió el rey de Hungría, sin embargo de lo apretado, á persistir con S. A. sobre el importantísimo socorro de Brisac, añadiendo que el grueso que se habia enviado no era suficiente y no habia de poder perseverar el tiempo que se pretendia, y habia de salir inútil y vana la diligencia, que invernase en Alemania y asegurasen ambos toda la provincia, la desembarazasen de enemigos y despues volviesen los pensamientos y las legiones al País-Bajo, donde se podrian hacer efectos considerables; y volvió S. A. á disculparse con la órden que traia del Rey, su hermano, y la prisa que le daba el marqués de Aitona, refiriéndole por instantes que consistia en la brevedad de su llegada la vida y restauracion de todo el País-Bajo; con que el Rey aflojó en la porfía, alentando su gente á la prosecucion de la marcha, atento á los enemigos y á debelar los que anhelaban por volverse á juntar y probar fortuna, si bien asistian todos y fortificados en lugares fuertes, huyendo la cara á nuestros ejércitos por no experimentar su poder, ántes á guardar y tener en defensa lo adquirido y lo que estaba de su parte por no quedar expuestos totalmente á la ira y enojo del cielo y de los vencedores, aunque aquél siempre estuvo fulminando sobre ellos como enemigo del verdadero Evangelio. Entró S. A. en Conquendorf, primera plaza del Palatinado inferior, enfrente del campo donde ganó la batalla de Artulac el muy esclarecido capitan D. Gonzalo de Córdoba; llevaba el Infante añadidos á su caballería 1.200 caballos que traia el húngaro levantados con este fin á costa del rey Católico. Rindiósele el fuerte de Cor-

bech, ocupándole con su tercio D. Martin Idiaquez, y agregáronse al ejército 150 soldados católicos de aquel país; pasó del Palatinado á la Franconia, reconocieron 180 caballos nuestros á 200 del enemigo, y fueron degollados; rindióse la villa y castillo de Miltemberg, donde estaban de presidio 200 suecos; prendió á los condes de Istein y Castel, echaron la guarnicion fuera, y á aquellos hombres raros que con pretextos vanos y arrogantes, persuadidos incautamente de franceses, presumen contrastar la Alta Alemania; y más adelante llegó nuestro ejército campeando por sí solo á las riberas del Meno. Mandóse al baron de Sibàc que esguazase con su regimiento de caballería, y que 200 mosqueteros de diferentes naciones batiesen la entrada y se informasen de los diseños del enemigo, de que habia opiniones alojaba á los contornos de Francoforte; y dióse vista á la ciudad de Aschaffemburg, corte de George Federico, arzobispo y elector de Maguncia, ocupada por los suecos. Avisó el rey de Hungría á S. A. se habia rendido Ilbron, que tenía de presidio 1.200 combatientes, fuera de los burgeses y paisanos, reputándose los que podian tomar armas por 4.000. Esguazó nuestra caballería el Meno, pasó la infantería, la artillería y el bagaje en barcas; dió vista el ejército, y reconocióle para ir enterado de su ajustamiento y composicion, y halló que llevaba poco ménos de 8.000 infantes y 800 caballos, y esperó á recoger la gente que quedada atras, como enfermos y fatigados del camino; batiendo á esta hora Picolomini el fuerte de Vertein, que consigúió con maravilloso esfuerzo, porque todos los pueblos y fortalezas parece estaban sometidas al arbitrio de aquellas armas y á la virtud y poder de sus gentes. Tomó, por el consiguiente, á Vierec y su castillo, prosiguiendo con diligencia á la sorpresa de la Franconia, provincia próspera y de mucha consideracion en Alemania, no quedándole al enemigo en toda ella sino las plazas de Visburg y á Imfort, habiendo desaparecido la nobilísima poblacion de Bamberg y todo su arzobispado, y apretó con nervios muy poderosos á Eorimberg, corriendo los croatas la campaña, no dejando salir un hombre, ni paisano ni soldado, de sus murallas y forti-

ficaciones. Atacó nuestra gente nueve compañías de dragones, cinco de alemanes y cuatro de franceses, en que habia pasados de quinientos hombres entre infantes y caballos; fueron degollados 400 y los demas tomaron la fuga: prendieron tres capitanes franceses, y preguntados de la noticia de los enemigos y del camino y derrotas que llevaban, qué número de gente y armas se congregaban y hácia qué parte, dijeron que el canciller de Suecia Ogisteren y el duque Bernardo de Veimar estaban encerrados en Francoforte, no sin grave miedo y confusion del estado de sus cosas, dando por perdido todo cuanto habian ganado en Alemania, con la victoria que el rey Católico y el Emperador habian conseguido, y que á aquella hora no se hallaban con más séquito de gente que con 4.000 soldados, y que esperaban al Lantgrave de Esen con otros tantos.

Era el canciller Ogisteren la persona más principal y de consejo sobre quien Gustavo Adolfo, rey de Suecia, para en cualquier accidente de la guerra, como al fin sucedió el de su muerte, dejaba el gobierno, no sólo de Suecia, pero de las provincias usurpadas en Alemania; y la direccion de la gente militar y el manejo de ella á cargo de Gustavo de Orne, gran cabeza, gran soldado y de grande fortuna, si todas estas cosas no corrieran por cuenta del cielo el atropellarlas como injustas. Dejó, finalmente, el Rey á cargo de este hombre, no sólo las materias de la guerra, pero con las de su casa y corte el apoyo de la Reina, su mujer, y una sola hija que dejó; las cuales á esta hora, vieron echadas por tierra las fuerzas y los caudillos sobre quien se sostenian y pensaban dilatar sus esperanzas y ascender á las supremas dignidades de Alemania, é investirse la púrpura y la diadema instituida por el Príncipe de los Apóstoles para columna y amparo de la Religion católica, pero no para las hidras y cabezas del luteranismo, y las otras sectas y sus dogmatizantes; y así las holló y supeditará las demas como lo va haciendo y lo verán los émulos sanguinosos, hasta de su misma patria, de los príncipes de la Casa de Austria.

Prosiguiendo, pues, S. A. su jornada, al calor de sus armas, los pueblos católicos, y los oprimidos y sujetos por engaños y maldades supuestas y artificiosas, tomaban las armas para sacudir de sí el yugo reciente de los ladrones y tiranos, levantados con supersticion fantástica para enseñorear lo que no les tocaba ni era suyo. Contra los primeros que tomaron las armas y brotaron su ira fué contra las pocas gentes que habian quedado de sueceses, rotos ya y deshechos sus caudillos, parte de ellos presos y parte muertos, debelados y hechos pedazos sus tercios y regimientos de soldados, su caballería fugitiva, los alemanes y franceses, sus aliados, esparcidos y desbaratados, sin órden y disciplina militar, abandonadas sus banderas, y los cabos y oficiales que las conducian y eran sus regentes en el progreso de sus empresas, deshechos y destrozados lastimosamente. Era ya el 2 de Octubre; el rey de Hungría queria ir sobre Francoforte; haciendo desde este paraje gran division los ejércitos, rindió S.. A. á Archasemburg, y agregóse el presidio de alemanes al ejército por no dejarlos que se volviesen á juntar con los enemigos, y marchó el duque de Lorena con el grueso y parte que le habia tocado, y á pocas jornadas se juntó con Juan de Bert. Fueron ambos en seguimiento del Ringrave; llevaban cerca de 3.000 soldados entre caballos é infantes, y diéronle vista á una legua de Argentina; tenía el Ringrave pasados de mil combatientes, porque le habian llevado las guarniciones del Bodense y estaba con el duque de Wittemberg desposeido por miedo de aquel estado, y toda la tierra, casi asolada, como lo dejamos referido en nuestros comentarios, y el marqués de Turlach, á la poca gente que traia el duque de Lorena les dió ánimo y valentía de tentar fortuna y darles batalla; pero el duque, con el valor y grandeza de ánimo de que era dotado, sin ponérsele delante ningun embarazo ni otra dificultad, embistió con el nombrado regimiento del Ringrave, desbaratóle y púsole en rota, siguiéronle de miedo las otras tropas dando todos en un precipicio miserable: duró tres horas el combate, fueron degollados 1.000 hombres y otros muchos en el alcance, y otra

parte considerable que pasaron el Rhin se ahogaron, asombrados del valor y del ímpetu prodigioso de las gentes del duque de Lorena. Metiéronse 300 soldados de los que hicieron fuga en un casar, rodeáronlos y pegáronles fuego, en que fueron quemados sin escapar ninguno, oyéndose los gemidos y las voces de los que ardian, en Argentina; pero esta ciudad, con otras que estaban debajo de la secreta proteccion del rey de Francia, viéndose rodear de aquellas gentes, en el ahogo y sobresalto de perderse y que habia pocas cosas en aquel distrito que no estuviesen sometidas al poder de ambos príncipes, le escribieron cartas lastimosas y lamentables al Parlamento y confidente, narrando por menor el estrago miserable de las gentes á cuyo cargo estuvo su defensa y el permanecer con su devocion, que todo cuanto tenian y el caudal de sus burgeses lo habian gastado en su servicio y en la tolerancia de ejércitos tan grandes, en seguir su opinion y en las promesas de arribar á mayores dichas; que las provincias quedaban asoladas y destruidas, reducidas muchas al César y otras conquistadas y sujetas, siendo libres, por las leyes y derechos de la guerra y por haber incurrido en crímenes y delitos contra el Imperio, el Príncipe y la patria; los pueblos asolados y con presidios de gentes, si bien naturales, tenidos por enemigos, juzgándolos por infieles al Supremo Señor; las campiñas destruidas, taladas las mieses y los árboles, y otras cosas que dejaban de referir por no descaecer del ánimo á quien se le habian de levantar del suelo, y todo esto cometido por este insolente español (que este nombre habian dado recrudecidos en la envidia á los que gloriosamente mantuvieron la colina para dar la victoria); que se declarase, que les enviase gente que los mantuviese é hiciese abiertamente la guerra, que el estado de las cosas no podia simularse más ni encaminar los designios á tan lentos y ambiguos progresos. Llegaron estas quejas y estas cartas á la Francia, con avisos de nuevas y aumentadas victorias, que desazonaron y prescribieron el condescender con los clamores de las ciudades libres y otras de provincias sujetas á príncipes del Imperio, y se reservó para

el año siguiente con mayores levas de soldados, tributos impuestos en el reino y junta de dinero en toda la Francia; pero causó risa, como ya dejamos apuntado, el baldon de Argentina, cuando la relacion de esta carta llegó á Castilla y á las orejas del rey Católico, porque demás de lo que hemos señalado, el decir este insolente español, lo dijo por S. A.; de donde se arguye en cuánto dolor y afliccion los habia puesto, pues los obligó á hablar así de un Príncipe cuyas virtudes y conmiseracion no tenian par en el mundo, y no acababan de encarecer los bramidos impacientes que hizo dar aquel fuego á sus defensores en el César. Quedaron en pié de esta derrota, y de los 7.000 hombrres del Ringrave, apénas 2.000, y él estuvo á pique de ser preso, porque yendo á asirle se echó con su caballo de un alto ribazo á un foso y escapó á nado, quedando el caballo hecho pedazos del gran golpe, metiéndose al amparo y socorro de Argentina que le abrigó; pero tiernos y suspendidos á los clamores de la gente muerta en la campaña, y á los que rindieron las vidas á las llamas del villaje; quedando todo resuelto en cenizas, imágen propia de los estragos y desolaciones de la guerra. Esta era la causa porque los varones de mayor consejo en Alemania, el rey de Hungría y los cabos del ejército, hicieron vivos esfuerzos para que perseverase S. A. aquel invierno en aquella gran provincia, porque viendo las utilidades tan grandes y los maravillosos efectos que habian conseguido con su venida, querian por este camino y con este socorro acabarla de limpiar de enemigos. Pero á esto respondia, que quedaba todo el País-Bajo expuesto á mortales accidentes, como se iba anteviendo por las inteligencias francesas, que procuraban desazonar el ánimo de la nobleza y de los demas súbditos con la poca tolerancia del gobierno español; achaque y adolescencia muy envejecida en aquellos corazones duros y dificultosos en este hecho, ni de inclinarse á él ni apetecer. Le quedó con la fortuna de estos sucesos libre toda la Baviera y la Suevia, dejando cortadas á Augusta y Ulma sin ser posible poderse conservar en su rebelion, conquistado todo el ducado de Wittemberg,

ocupada la Franconia, libres y desembarazados los rios Mero, Iser, Leco, Danubio y Necar, y ser señores los ejércitos imperiales de toda la campaña para castigar los enemigos insidiadores y protestantes, los que turban y pretenden alterar el sosiego universal, que fueron arrojados, no obstante, de las raíces de los Alpes hasta la otra parte, dejándolos tan supeditados, que las muy poderosas ciudades de Ulma, Norimberg y Francoforte cerraron las puertas á los vencidos no queriéndolos admitir, abrigar ni dar socorro. Sin èmbargo, el Langrave de Esen y el duque de Laneburg les enviaron 3.000 soldados, para que se rehiciesen, á Viania, juntados, no sin gran fatiga, de 8.000, y la caballería mal montada, y lo peor de todo bisoños, sin disciplina ni preceptos, acobardados y llenos de miedo con la noticia y hazañas de la gente vencedora. Salieron Veimar y Ogisteren con aquella la vuelta de Maguncia, y corrieron con brevedad á acuartelarse entre el Rhin y las montañas circunvecinas, abrigando con ellas los dos lados de la ordenanza, tomando el Rhin por frente, hombres que ya no cabian en el mundo y que toda la Germania les parecia corta, para guarnecerse y para su defensa; recelando y temiéndose en cada parte que allí les alcanzaban nuestras armas para debelarlos y que en ninguna parte estaban seguros de nuestros ejércitos: dispusieron en conformidad de esto echar puente en el Rhin para darse la mano con Francia y con el principal instrumento de sus trabajos, peregrinaciones, pérdidas y estragos, proclamando por instantes socorros, que no pudieron conseguir sino cortos, tardos y á pasos lentos, porque el frances, usando con ellos de esta simulacion y engaños, atendia más á sus particulares que no al de los que él precipitaba con llamarlos supuestamente amigos. Trataba de poner en defensa la Lorena, el confin y los demas; tiranizó al Imperio y á algunos de sus príncipes con artificios y estratagemas, por todos los contratos de hechos ajenos, y poner en balanza el estado y quietud de sus confederados; pero Maguncia, reconociendo el aire de las cosas, y deseosa de reducirse al que ántes tenia y al suavísimo yugo del Imperio,

echó fuera la guarnicion de suecos que tenía, pocos y miserables y de todo punto acabados y destituidos de las esperanzas mal fundadas con que entraron en Alemania, y entró en conciertos con Ferdinando, rey de Hungría y Bohemia, para rendirse y poder con esta accion hallar más gracia en el ánimo generoso del Rey.

Llegó S. A. por estos dias á la ciudad de Aschafemburg: necesidades de su ejército y el progreso largo de la jornada, le compelieron á detenerse allí algunos dias; vió el gran palacio del Elector, que andaba vigilante, por si el enemigo le venia á atacar. Repartió el ejército en esta forma: echó la caballería de vanguardia y lo demas repartió en siete batallones, y fué á hacer noche á Riquingehen, á una legua de Anau, fuerza del enemigo; dió vista nuestra caballería á Francoforte, pasó á Vindec, cerca de Fristberg, y esto con tanta seguridad y con tan gran quietud, de ánimo tan despejado, y con tanto aliento nuestra gente, que no se le atrevieron los enemigos; hallaron heno y cebada y muchos bastimentos para el ejército, y entraron en Usinge, primera tierra del condado del Vasao; envió á D. Francisco Carnero á Colonia á prevenir barcas y pontones para el paso del ejército por el Rhin y que los trajesen á la villa de Andrenac, y avisó al marqués de Aitona de su llegada, y que con las ocupaciones y ocurrencias de Alemania no le habia sido posible poder marchar más aprisa. Salióle á recibir el conde Felipe Mansfelt, con tropas de la Liga católica y otras del elector de Colonia que alojaban por allí, y otras del País-Bajo, que de la misma manera lo estaban en el ducado de Lutcemberg, creyendo vendria por la Alsacia; porque ora sea estratagema, ora por deslumbrar la intencion de los franceses, decia el marqués de Aitona le habia escrito que S. A. habia de llegar á Brisac y la Mosela, que le enviase gente y otros pertrechos militares para la expedicion de sus designios y materias. Habia hácia aquella parte cargado el enemigo, y el rey de Francia habia puesto todas sus fuerzas con este cuidado para defensas de lo obtenido contra derecho; pero S. A., en la resolucion ántes acordada de haber enviado allá al Reinac con

un trozo considerable de ejército fornecido con la gente de la archiduquesa Cláudia, dejando aquel camino tomó éste. Era ya el 24 de Octubre, y comenzaba por aquellos países á cargar lo pesado del invierno, tiempo más á propósito para meter en guarniciones el ejército que para exponerle por los rigores del cielo en la campaña, por donde siempre tuvo por vano poder tentar á Maestrich por este año, por el largo viaje y ser forzoso llegar tarde, y áun en los años adelante, segun el estado de nuestras cosas y gobierno, se puede muy bien desconfiar de ninguna empresa en el País-Bajo. Marchó el Infante á Camerio, tierra del arzobispo de Tréberis, y de allí corrió á Diste, posesion, si bien tirana, del condado de Nasau. Salió á la puerta del castillo la Condesa con muchas damas, viuda del conde Ernesto de Nasau, Maestre de campo general de los Estados-Unidos, hija del duque de Brancuiq, sobrina de los reyes de Inglaterra y Dinamarca: apeóse Su Alteza para hacer la cortesía, y como Príncipe en quien habia depositado la naturaleza y el arte todo linaje de humanidad y benevolencia, áun con los enemigos, quitóla el sombrero, y despues de algunos agasajos la dejó soldados de guardia, para que los demas que fuesen llegando respetasen el lugar y el castillo y no se atreviesen á dañar á los burgeses ni sus campiñas, pretendiendo por aquí insinuar á todos los países, así rebeldes como obedientes, que no venia con estímulo y ardores de armigero, sino como Príncipe de paz, y que mostraba á los súbditos ántes la oliva que la espada, cuando traia el laurel y el triunfo de lo más belicoso de Alemania; dejando domadas y vencidas gentes y naciones, así forasteras como naturales. Como se pagó esto, el año que sigue nos lo dirá, siendo accion esta que podia vencer los ánimos más duros y salvajes á la obediencia natural del señor y á extinguir desde este dia las pasiones antiguas; pues pudo con aquel ejército que traia, no ménos reputado que victorioso, sin que bastara toda la rebeldía de Holanda, ni todo el auxilio de los protestantes, áun cuando estuvieran poderosos, cuanto y más quebrantados, asolar todas aquellas plazas ó parte de ellas, tirani-

zadas en la Vestfalia y en sus contornos por las armas de aquellos infieles y sus fautores, arrasarlas y ponerlas fuego, tomando una satisfaccion legítima á su rebeldía y maleficios. Pasaron á la vista de Limburg, poblacion del arzobispado de Tréberis, que tenia de guarnicion 200 franceses, gentes introducidas en aquel país para insidiar los confinantes, como nos lo dirá el libro siguiente, y además de esto sorprender los príncipes electores, si no para arribar á la dignidad, para introducir en él y tener prendas muy poderosas ó meterlas en su casa y en las ajenas por ser Príncipe falido en la Dieta y Cámara Imperial.

Pidió el coronel Ossa, en nombre del César, paso para el ejército, y rehusólo el Magistrado, y acometió nuestra gente los arrabales y saqueólos, y comenzaron á tirar la villa con sus piezas. Entraron en Diste para pasar el Lan; ofrecieron éstos de buen corazon el paso; y mandó S. A. á los soldados no se hiciera daño al país; pero los ánimos perversos y obstinados de éstos, usando mal del agrado y cortesía de S. A., despues de haber pasado nuestra gente, degollaron á sangre fria los enfermos que quedaban atras; hazaña más infame que generosa, y más cobarde que valiente, mostrar la saña en los flacos y desarmados de fuerzas y de salud. Mandó S. A. volver los 2.000 caballos al rey de Hungría, levantados á costa del rey Católico en Alemania por el marqués de San Martin, remuneró, hizo merced á los cabos y oficiales que le habian servido, y prosiguió las derrotas del Bolsembalmerod, primer lugar de Colonia; llegó á Hertorf, á cuarto de legua del Rhin, y fué á ver un ponton creyendo habia llegado lo necesario para su pasaje y el de el ejército, como estaba acordado, y que habia de venir de Colonia. Era este ponton notable, de tanta grandeza y latitud, que pasaban de una vez 1.500 infantes y 300 caballos; no habiendo llegado éste, se trazó echar puente en el Rhin por no haber llegado aún los demas pontones y barcas, y entre tanto que esto se hacia, pasó S. A. á dar vista á Andrenac y á ver el castillo de Chamelstein, situado á las márgenes de aquel celebradísimo rio, que se ganó el año pasado con la

gente de Flandes. Tenía de guarnicion 300 soldados, y fortificábanse con toda diligencia por ser de importancia para no dejar pasar las barcas de los enemigos que de ordinario meten por allí su contratacion: dejóles seis piezas de artillería de las que habia ganado en Alemania; recibió la embajada del arzobispo de Colonia, y ofrecióle su tierra y guiarle por el de Maguncia y el obispado de Wisburg. Pasó el ejército el Rhin, feneciéndose aquí los términos de Alemania la Alta, y entrando en la Baja pasó en dos barcas con sus criados á Colonia: salióle á buscar el marqués de Aitona con 2.000 caballos; saludaban todos los pueblos puestos á las márgenes del Rhin á S. A., como las cortes y colonias antiguas á Germánico; esperóle ántes del lugar de Bona el duque de Nieuburg, que en los años pasados fué hospedado por el Rey en la corte de Madrid. Salió con mucha infantería y caballería, y recibióle Su Alteza en los brazos, y díjole el duque le queria ir sirviendo con su gente, sin que hubiese menester la que traia ni la del marqués de Aitona: eran éstos 1.000 caballos y 5.000 infantes. Esperóle ántes de llegar á Bona el elector de Colonia; viéronse en la campaña con muchas y muy notables cortesías; entraron en la carroza, S. A. en la popa y el Elector en la proa, como así lo dice la relacion (si para un elector del Imperio hubiera quien haga reparo aquí y no entrar con igualdad); iba al estribo el duque de Nieuburg, y en esta forma y con mucha y lucida gente, gran concurso de pueblos y ciudadanos que todos habian dejado sus casas por ver un hermano del rey de España, llegaron á Bona: hospedóse en palacio y cenaron juntos aquella noche; pasó otro dia á Colonia, ciudad en majestad y grandeza notable, en edificios, antigüedad y religion maravillosa: quiso recibirle la ciudad con fiestas y demostraciones públicas y no lo consintió su prudencia y las instrucciones que llevaba del Rey, su hermano; hizo conceder aquellas, de paso, que le permitian su jornada.

Visitóle Jorge Federico, el Elector y arzobispo de Maguncia, y fué á hacer oracion á aquel memorable templo; veneró los tres cuerpos de Oriente que guió la estrella á Belen,

cuando la mayor de todas estaba entre las pajas del pesebre para extinguir y borrar las tinieblas del linaje humano, por gran benignidad y misericordia suya; reverenció otros y las admirables reliquias de las once mil Vírgenes martirizadas por los bárbaros enemigos del nombre cristiano, y recibió presentes que le hizo la ciudad; visitóle públicamente con grande majestad y acompañamiento el duque de Nieuburg; despidióse del arzobispo y magistrados, y acompañóle el Duque hasta la raya del confin de Colonia. Caminó á Julieres, donde se le hizo magnífico y muy solemne hospedaje, no sólo en lucimiento y opulencia de familias, pero de gente de guerra y soldados, y vió S. A. el castillo con guarnicion del rey Católico, que habia tomado debajo de su amparo y defensa despues de compuesta la diferencia entre el Duque y el marqués de Brandemburg, sobre el derecho al ducado de Cleves y Julieres, por redimirle de la opresion de holandeses, que el año de 1618 metieron por allí sus armas, y con este achaque, aunque era otro, *que dejamos ya apuntado en la Historia del rey Don Felipe el tercero*, el de 610, en que Enrique IV, rey de Francia, siendo el sétimo de sus maquinaciones, con que murió deslumbrado con este pretexto, y mostrándose patrocinador de Brandemburg, como el rey católico de Nieuburg, quiso tentar la sublevacion del imperio de Alemania y despues los Países-Bajos. Digo que fué altamente regalado S. A. de aquel Duque, y despues de haber, una de las noches que estuvo allí cenando, lavádose las manos, le echó la toalla el primogénito y sucesor del Duque. Llegaron aqui el príncipe Tomás y el marqués de Aitona con muchos señores del País-Bajo, cabos y capitanes de la milicia; recibió á Tomás, y besáronle la mano los que venian á buscarle; hospedó el Duque é hizo plato á todos los forasteros, caballeros, soldados y cabos del ejército, tomó la posesion el marqués de Aitona de mayordomo mayor de S. A., y llegó á este paraje el ejército con tropas de la Liga católica que regia el Mansfelt, los regimientos de alemanes, la caballería napolitana, borgoñona y lombarda y la que tenía del País-Bajo á su cargo el príncipe de Barbanzon. Salió de Julieres con 1.000

corazas del duque de Nieuburg y con los arcabuceros de la guardia del marqués de Aitona, y otro 1.000 caballos del regimiento del conde de Bucuc, que se le presentó delante con toda esta gente, armado de todas armas. En esta forma le salieron á recibir casi todos los cabos de ejército del País-Bajo. Llegó á Insberg, donde le esperaba el conde Juan de Nasau, general de la caballería, que venia con otros 1.000 caballos, gente lucida y bien montada; y mandó volver á Alemania mucha de su infantería y caballería levantada en aquellas provincias: llegó á Agrades, adonde se despidió del duque de Nieuburg; entró en el País-Bajo y tierras de su gobierno, saliendo todos los burgeses y paisanos á verle y alegrarse con su presencia, llevando mucha y muy lucida gente en la vanguardia y retaguardia; pasó á la vista de Rugemunda, plaza del enemigo; llegó á la Mosa por junto á la isla de Estebenswert, é hizo tránsito por el rio, pegado al fuerte de Cantelmo, en puente de barcas. Aquí le esperaban D. Martin Idiaquez y algunos de los cabos que le habian acompañado en la jornada, soldados y capitanes; hizo alto y paró, y con palabras dignas de su gran juicio, y con el semblante apacible y risueño, les agradeció lo bien que habian servido al Rey, su hermano; encareció sus hechos y sus fatigas, y que todo lo habia hecho saber á sus ministros y lo haria desde allí adelante; que tendria en la memoria la ocasion pasada para remunerarla y esperaba las mercedes de España que se estaban disponiendo y serian á gusto de todos. Abrazó á Idiaquez como se lo mandaba el Rey, de quien ya habia tenido cartas en respuesta del suceso de Nortling, y dijo le habia hecho merced de una encomienda; repartió 500 escudos de renta, parte en su tercio y parte entre los napolitanos, borgoñones y lombardos, y en los que más se señalaron en la batalla; y en las ocasiones del viaje se distribuyeron muchos hábitos de las tres Órdenes militares, que para esto se erigieron en la antigüedad, para premio de soldados, é hiciéronse otras honras y mercedes, y otro repartimiento de 5.000 escudos de renta en personas particulares de calidad.

Pasada la Mosa, corrió con brevedad, lo que no pudo excusar, por el país de Lieja, no queriendo parar en la villa de Maine, por no meter á los liejeses ni al Magistrado en ningun género de sospecha, y tambien por estar tocados muchos de ellos de pasion francesa, y reposó aquella noche en la campaña, comenzando á experimentar las fatigas de aquel gobierno. Fué al otro dia á hacer noche á Groteras del Orden de los teutónicos: salióle aquí á recibir el gran nieto de la Casa de Sandoval, el duque de Lerma, maestre de campo general de los ejércitos de Flandes, con catorce compañías de caballos, acompañado del duque de Avellana, hermano del príncipe de Oria, del maestre de campo D. Andrés Cantelmo, de muchos capitanes españoles é italianos: besó la mano á S. A. y abrazóle, discurriendo cada uno por sí y maravillándose de cuán arduas y notables habian sido hasta allí las mudanzas y fortunas de cada uno. Llegó á Nuestra Señora de Montaga, fábrica de los archiduqueses Isabel y Roberto, y adoró la milagrosa imágen con venerable y sencilla religion: recibió la visita de la reina madre de Francia, trayéndola en su nombre D. Gonzalo de Córdoba, esclarecido capitan por las muchas victorias que consiguió en Alemania de los rebeldes protestantes aliados del Palatino del Rhin; y recibiéronle aquí el duque del Boetf, los príncipes de Semag y Ligni, los condes de Croes y Copigni, y toda la nobleza de Bruselas y sus diputados: suplicáronle hiciese alto S. A. por algunos dias para prevenir los deseos y demostraciones de aquella corte en triunfos y arcos, y respondió estaba ya el tiempo muy adelante para esperar otra cosa más que para alojarse por ser ya los principios de Noviembre, y que los cuidados que traia y para lo que era enviado no pedia más dilacion. De este paraje marchó á Lobaina, y recibiéronle los burgomaestres, rectores y universidades con notables demostraciones de fe y de amor, y todo con suma alegría, porque si bien venia á manejar las armas, habia ya cursado las letras, y aquí á un mismo tiempo le aplaudian ambas facultades, soldados y estudiantes: hiciéronle su alojamiento en los colegios de esta villa, donde los ingenios y la nobleza

del País-Bajo ejercitan las ciencias y son instruidos en ellas. Pasó S. A. á la gran recreacion de Terberen ó Tribur, puesta á dos leguas de Bruselas, pensil de los archiduques, admirable en edificios, en fuentes, estatuas y pinturas, donde el pincel y el buril no dejaron más que hacer al arte y á la naturaleza parte de los artífices más supremos y ventajosos de aquellos países con admiracion de los demas. Sábado 4 de Noviembre, despues de mediodía, partió de Terberen á Bruselas para hacer su entrada: era cosa de maravillar la gente que le esperaba á la puerta de la villa; hasta los estados de los enemigos y de las otras provincias circunvecinas le aguardaban con alborozo por ver un Príncipe de quien habian oido tantas maravillas y virtudes. Esperaba en el castillo toda la nobleza; y el príncipe Tomás con mucha infantería y caballería, tomó el caballo, que era rucio napolitano, adornado de ricos paramentos.

Entró en la villa con todo el acompañamiento, vestido de lama bordada carmesí, con una anguarina ó casaca de lo mismo, plumas, banda roja y un espadin, pieza de su abuelo Cárlos V cuando debeló los enemigos junto al Albis, y ahora por S. A. los del Danubio, el cabello largo y una valona tendida por los hombros á uso del país como lo pedia el traje militar; de gentil presencia, rostro blanco, y el bozo en sus primeros principios rubio y del orígen de su casa, en veintiuno años y seis meses de su edad. Dióle el Magistrado las llaves, hízole el Pensionario una oracion, dándole la bienvenida y encareciéndole lo mucho que todo el País-Bajo le habia deseado, ofrecióle las vidas, los corazones y las haciendas de todos: respondió que venia de parte del rey Católico, su hermano y señor, á gobernarlos y honrarlos, y que esperaba de su fe y demostraciones que se portarián de manera que conociesen de su parte su bondad y amor, agradeciendo el que le mostraban.

En esta forma llegó á la iglesia mayor, donde le esperaba el arzobispo de Malinas: hizo tambien allí su oracion en el modo y la sustancia referida, agradecióselo, hizo oracion,

y volvió á subir á caballo, reservando la villa sus prevenciones para cuando, despues de haber visitado las provincias, volviese á ella. Fué á ver á la Reina madre, que le salió á recibir á la antecámara, abrazóle, dióle S. A. paz en el rostro; habiéndole ántes conferido este modo de cortesía con los embajadores que le habia enviado, rehusándolo S. A., le concluyeron con que era la mayor que le podia hacer, que era inexcusable por ser uso de la Francia. Díjole la Reina cuando le vió, que se hacia aguardar, pero que habia recompensado muy bien su tardanza con haber ganado una tan singular victoria, y que su presencia la restituiria en el contento que perdió el dia que falleció la señora infanta Doña Isabel; respondióle Su Alteza lo que en este caso le tocaba, mostrándose agradecido al favor de la Reina. Estaba con S. M., Margarita, princesa de Orleans, hermana del duque de Lorena, mujer del Gaston, duque Orleans, hijo de la Reina y hermano de Luis XIII, rey de Francia: hízola la misma cortesía y dióla paz en el rostro; y escribiendo al Rey, su hermano, el fin de la jornada y cómo estaba ya en Bruselas y lo que habia pasado con la Reina sobre darla paz en el rostro, y la novedad que le habia hecho aquel género de cortesía, mas que no se le habia hecho tan grande cuando la dió á Madama de Orleans, porque de cuantas damas habia visto en su vida ninguna le habia parecido más hermosa. Respondióle el Rey se abstuviese de visitarla, por no dar ningun linaje de sospechas á la Francia cuando las cosas estaban tan sumamente delicadas, y ellos deseaban asir de todo, aunque fuese de tan sútil hebra, por paliar sus maldades. Acabada le visita fué á palacio, donde descansó de cinco meses de jornada, larga, insidiosa y llena de fatigas y cuidados por las muchas asechanzas de enemigos, diferentes en costumbres y en religion, adversos en la inclinacion y en los efectos, armados y prevenidos para impedirle el progreso, que venció y acabó con maravillosa reputacion y constancia, saliendo con el intento y con el órden que le dió el rey Católico, su hermano, y el Rey consiguió uno de los más deseados fines de su gobierno, á pesar de tantas envidias, trazas y consejos intro-

ducidos en la Europa por la inquietud de los ministros franceses; habiendo sido ésta una de las más memorables jornadas que se escribieran de príncipes, porque otros llevaron sus derrotas por tierras de amigos, deudos, sujetos ó confederados ó en tiempos más sosegados y puestos los ánimos en más quietud, templanza en la ambicion y materias de sus particulares; pero aquí, desde mucho ántes del Danubio hasta pasar la Mosa, todo fué una perpetua contencion de contrarios; marchar entre sus ejércitos y escuadrones, siempre con el son de la caja y el clarin en el oido y con las acometidas y escaramuzas. Besáronle la mano otro dia todos los consejos, magistrados y diputados de las villas y provincias, dándole la obediencia, cabos y capitanes del ejército y castellanos de fuerzas y castillos, y otros gobernadores de las plazas y tierras incluidas en toda la circunferencia del País-Bajo. Desde el Cambresi ó Lucemburg á la Vestfalia, desde Mos de Nao hasta el Artoes, desde Flandes al Brabante, ocupábanse los naturales en hacerle fiestas, levantándole arcos y pirámides con doctas inscripciones, epigramas y geroglíficos, estatuas y otras invenciones notables, hechas por todos los más peregrinos ingenios de aquellas tierras esclarecidos en todo género de letras y materias.

Habiendo, pues, concluido con la jornada del señor infante D. Fernando, quedando aún no bien satisfecha la pluma en su alabanza, remitiéndonos á los de más elevada narracion y espíritu, será bien fenecer el libro en que ha sido fuerza, por la materia y los accidentes, habernos largamente explayado, por no dividirle en libros, ántes que el año sea uno solo, y á un solo año un libro. Digo, pues, que dieron intencion de quererse componer los príncipes de Alemania con el César; mas como dependientes de franceses, y éstos de la ambicion de suprimir una de las cuatro partes del orbe, la más principal, por tramar, nuevas ligas y movimientos. En Italia no surtieron efecto. El rey de Inglaterra acometió, aunque tibiamente, á la proteccion del duque de Lorena y dió indicios de armar en su favor, y lo hizo saber al rey Cristia-

nísimo, pero tan neutral que no queria ser amigo de España, porque estando cerradas las armas de las contrataciones y comercios, en aquel norte sólo los suyos prevalecian, y los holandeses vertian, ó trasportaban por allí sus mercaderías y todos los septentrionales, y áun pienso que los franceses, en los navíos de Inglaterra encaminaban las suyas; pero el inglés no se inclinaba á otra cosa sino á que le restituyesen á su sobrino, hijo de su hermana y de Federico, muerto en el Palatinado del Rhin, en aquel Estado y en el título de Elector que habian perdido, pretendiéndole, pues, asir por aquí con promesa y que entrase en la Liga con el Católico. Los franceses hacian la misma diligencia, prometiéndole ayudar y ejecutar con la fuerza, pero él se recataba de todos y no creia nada; vendia sus fardos y sus bayetas, y proseguia inclinándose algo á la devocion de España por el interes: de aquí entraban más adentro y discurrian nuestros políticos, y daban por causa querer introducir en casamientos de sus hijos con los de nuestros príncipes; pero era en vano querer sacar con ellos ningun partido, previniéndose los franceses con nuevos designios para nuevas y más peligrosas empresas y en declarado rompimiento con España, como presto veremos. Daba intento el rey de Hungría, para el año siguiente, de armar en favor del lorenés, y el rey Católico estaba en los mismos acuerdos por las fronteras del País-Bajo. Pedíase gente y dinero en el reino de Castilla á todos los prelados, señores y grandes del reino; y refieren que escribiendo al duque de Veraguas, como á todos los demas, para que levantase gente y ofreciese dineros, y respondiendo el empeño gravísimo en que tenía su hacienda, y lo que habia gastado en Flandes, de adonde acababa de llegar, no admitiéndole la disculpa, se le envió á mandar resueltamente enviase poder bastante para cobrar lo que se le señalase de sus Estados: de aquí debieron nacer despues los poderes decisivos que se pidieron á las ciudades y aquellos de regalías, inventivas para destruir, y que él envió, visto el terrible aprieto en que se le ponia, poder á D. Gaspar de Guzman, conde de Olivares, para que hundiese y asolase su casa. Con

este imperio se pedia para que se resbalasen en la paciencia áun hasta los de más sufrimiento, no pudiéndose contener del estrago miserable y de esta piedra en que cada dia se les hacia tropezar y caer. Pedíase á los caballeros de las Ordenes militares y á los demas; hasta los miserables criados de la Casa Real no eran bastantes, nó relevándoles de sus fatigas, que eran grandes, y el no pagar los gajes, á eximirlos de este subsidio. Publicóse que el Rey en persona habia de hacer jornada, cuyos sucesos nos dirá el año de 35; pero el rey de Francia, sordo á los manifiestos y protestas que se le hacian, conservaba lo tiranizado al Imperio y á la Lorena, y persistia en alterar la Italia y remover contra él los pueblos y todo el Levante, cubriendo su malicia y dañada intencion con decir en todas las ocurrencias, y á los embajadores de nuestras coronas, no queria ni era su designio contender con el rey de España.

Sin embargo de todo esto, le pidió socorro Argentina y todos los demas coligados que se declarasen é hiciesen abiertamente la guerra, y resolvió de hacerla para la primavera siguiente; y cuando habia dañado en las tierras del Imperio, no habiendo podido desarmar aquel baluarte, probar estotro en las tierras y estados del rey Católico por usurparle alguna parte y ver si le podia destroncar la monarquía, y que la mengua de alguna fuese ruina de la otra, y hacerse lugar y ser mayor en todo el ámbito de la tierra, como se lo persuadia el consejero sanguinoso de la Francia.

Habiendo dicho y discurrido por los estruendos y aparatos grandes de Marte ejercidos en la Europa, será bien decir algo de las pasiones domésticas y externas ejecutadas en casa y entre algunos grandes del reino. El primero de todos, el marqués de Castel-Rodrigo, entretenido en Roma con demostraciones de ciudadano romano ántes que de embajador, atendido, aunque de legos, y murmurando si era bien visto del Papa ó no, andaba en balanza y herido de aquellos enemigos que llaman no excusados los prudentes, que con esto no habremos dado á entender que son criados. Un secretario suyo, á

quien él habia hecho beneficios y armado en la enseña militar de Cristo sin merecerla, aunque esto es ya muy comun en aquel reino, habiendo tenido algunas diferencias con él en Roma despidióle, y viniendo á la corte de España las introdujo en las orejas del primer ministro: quisieron verificarlo con detenerle, prendiéronle en parte secreta, citó á un Damian Martinez que habia sido de la furriera del Rey, que algunos trabajos suyos y travesuras le excluyeron de palacio. Éste pasó á Roma con él, y le volvió ocupado á Lisboa con inteligencias de su hacienda. Llamáronle, y habiéndole traido de Lisboa con artes y áun con guardas, y siendo interrogado, al cabo no dijo nada: sólo se entendió que éste tambien riñó con el Marqués diciéndole algunas palabras, tocándole en la intencion, si la tenía buena ó mala, con el ministro, que esto se castigaba como por delito contra la majestad, y era el tal tenido por desleal (notable abuso de nuestros tiempos). Habláronse en Madrid muchas cosas tocante á esta materia, las cuales, por ser de ninguna verdad ni crédito, ántes de pasion, no las refiero. Soltaron al Damian Martinez, aunque mandado detener en la corte; del otro dijeron estaba guardado con secreto hasta su tiempo ó hasta el día del juicio que le esperaba. Publicaron que le mandaban venir á Portugal, y que allí le dirian para lo que era llamado, con que se iban engendrando malos humores en la nobleza y en el marqués de Fereira, su cuñado, que no habia pocos, como se verá el año de 40. Pero esto en breves dias se sosegó y reposó, y el Marqués fluctuaba junto á la nave de San Pedro porque querian fuese delito el tenerle aficion el Papa, porque la política enseña que el Embajador no sea más afecto al Papa que él lo es con su Príncipe. Muchos se recelaban no parase esto en algun mortal golpe por el brazo del poderoso que se sabía cautelar mucho y simularse y esperar en el tiempo. Pero ¿quién dice que está éste en la mano del que le quiere ni tan á su arbitrio el mandarle? Como faltó á otros, puede faltarle á él. Á D. Fadrique de Toledo, habiendo venido el año antecedente de Portugal, donde se pensó pasaba otra vez al Brasil y á la res-

tauracion de Fernambuco con la armada y soldados, entrado en la corte, como otra vez lo hemos tocado, se le pidió dejase uno de los dos oficios, ó el de general de la armada Real del mar Océano, ó el de general del reino de Portugal. Parece que premeditó ántes que le diesen este último cargo (cuando se le dieron era para quitarle el primero como más preeminente), y reconociendo le querian limitar la fortuna y el esplendor, como se habia hecho con otros capitanes de su tiempo, y que por varias veces le habian dado muchos tientos para sacársele, no á lo ménos por mal soldado ni por haber faltado á las obligaciones de sangre ni al ardiente celo de servir de sus mayores, finalmente le dejó, diciendo alargaba aquel en que ménos habia servido y entendido, por satisfacer á la ansia del poderoso y colmarle el deseo.

Tenía D. Fadrique sus quejas, de que habiendo años que servia de general de la armada Real del mar Océano, en que habia hecho servicios muy considerables al Rey y á la corona, peleando con los enemigos setentrionales y corsarios de África; héchole ir á la boca del Canal de Inglaterra en seguimiento y á esperar las flota de holandeses que se aguardaba de Levante, y además de esto á las islas de Eres en favor de franceses, cuando la controversia con el rey de Inglaterra sobre particulares suyos; pasado al Brasil, recuperado la ciudad del Salvador y la bahía de Todos Santos; héchole ir por la flota á las Indias y echar los enemigos de la isla de San Cristóbal y de las otras islas occidentales; no se le hubiesen hecho mercedes, ni cubierto, como él lo pretendia por sangre y servicios, mas ántes poco aplaudido, sus hechos desfavorecidos, sus empresas corregidas y residenciadas las más de ellas. Por otra parte, cansado de tanto navegar y reconocida la saeta del gobernador, flechando para todo contra todos los hombres grandes; hallándose rico, con hijos, y su hermano el marqués de Villafranca sin ellos, llegó á apetecer el descanso y á contentarse con aquel oficio inferior si le dejaran con él. En este estado estuvo muchos dias en la corte, hasta que le mandaron fuese á Lisboa á presentarse para la recuperacion de Pernam-

buco, porque los enemigos iban aumentándose cada dia en puertos y fortificaciones, y á riesgo de perderse todo el estado del Brasil y áun el Occidente, sus flotas y galeones y las naos de las Indias, que á su vista doblan el Cabo de Buena Esperanza para Lisboa. Pues, ó que á D. Fadrique no se le daban todos los navíos, soldados, municiones y bastimentos que pedia para contrastar los nuevos fuertes que habian hecho los holandeses, dificultándose cada dia más la empresa; ó que él dió las causas por los sentimientos de no habérsele hecho merced; ó sea lo primero que dijimos, cansado de navegar, rico, con hijos y con mujer, de casa muy estirada, que le diria, para cuándo queria su descanso, su saber y su reposo, que diese de mano á todo y descansase, que no era tiempo de merecer ni esperar el premio cuando se negaba y se dificultaba tanto; ó que aquella ofensa de quitarle el mejor oficio le habia descaecido el corazon y las acciones de querer servir, que en la más ardiente sangre, cuanto más noble, ya se ve lo que resfria un agravio ó un disfavor, y esto basta para deshacer un gran varon de sus esperanzas y abandonarlas; lo que sintió D. Fadrique de Toledo, que el porfiar con él tanto, era más tema que necesidad que se tenía de su persona, y que se tiraba á desacomodarle como á los demas, ó sea todo, dió, finalmente, en lo tocante á estas materias sus disculpas de no poder hacer la jornada, y excusóse.

Aquí fué donde el poder desenvainó su espada y dió el ingenio á la malicia arte para deshacerle. Se erigió una Junta de casi todos los mayores consejeros de Estado y del de Castilla y otros, á que dieron por nombre de *obediencia,* donde se ejerció la novedad; dictámen el más esencial de nuestros dias. En ella se relató y se propuso el caso de D. Fadrique en esta sustancia: Cuán forzoso y venerable es el mandato de los príncipes por depender de él la comun salud de todos y no estar su deliberacion sin la pension ordinaria de las fatigas; lo que debe atender el vasallo, y cuánto debe arriesgar por él, reconociendo siempre que la obediencia es ciega, y de lo contrario en qué penas y delitos no incurre el que la re-

sista; que la accion de la milicia es la más esencial del gobierno y el instrumento principal de su conservacion y del estado, y que á aquel le toca ministrarla más prontamente que nació con ella, y la ejerció y recibió los primeros preceptos de ella de sus padres y abuelos, en que se halla hoy aumentado y de mayor noticia y experiencia en los progresos navales; que D. Fadrique de Toledo, representándole ántes el estado que otra vez tenía el Brasil con la pérdida de Pernambuco, lo que importaba su remedio y cuánto riesgo corria su dilacion, previniéndole y aprestándole lo necesario para su viaje y encargándole con veras la restauracion como convenia, no sólo no salió á ella, debiéndolo hacer como vasallo y soldado, y que en la navegacion es más apto y suficiente por haber tenido el cargo más superior y eminente de ella, y ahora el de Capitan general de mar y tierra del reino de Portugal, debajo de cuya corona está aquella provincia y le compete su restauracion, mas olvidado de todo esto, se ha disculpado, resistido á los mandatos, y dicho muchas veces que no puede ó no está para ir; que al efecto de esto, y al exámen de esta causa como tan importante, se ha erigido y fundado esta Junta, con título de *obediencia*, para el aviso y escarmiento de los vasallos que contravinieron á sus justas deliberaciones, órdenes y decretos; que con todo el afecto que puede mandarse, esto se atienda, y á lo que en ella conviene se le exhorte á D. Fadrique, y si esto no bastare, se le compela á ello; y si ninguna de ambas cosas surtiese efecto, se vea por las leyes antiguas y modernas que deponen en materias tales, qué delito comete el vasallo que no obedece á su Príncipe, qué penas y castigos merece, y que se consulten con diligencia. Vieron los que se juntaron allí con atencion el caso, controvertiéronle y disputáronle por muchos dias; pero lo que más dió que sentir al Rey y al Conde, fué que con estos medios y pláticas, y con estos sentimientos tan grandes que de él se tenian, y con todos estos remedios que se habian tomado para con él, no se allanase y compusiese consigo, y disculpase de haber errado (si lo es no darle ó pedir un soldado lo necesario para una empresa), y no pidiese,

ántes que se la ofreciesen, la jornada. Quisieron esta prefaccion de sus deudos, y áun del duque de Alba, Mayordomo mayor, como tan adentro de las puertas de palacio por el oficio, de que resentido el Príncipe, y algunas otras cosas, juntas con esta que diré despues, le hicieran fracasar.

Finalmente, despues de haber votado la *Junta de obediencia* sobre el caso, salió por todos se le exhortase á D. Fadrique á la conclusion de la jornada; mas él todavía se mostró resistente, dando las causas y razones, y apretado de nuevas embajadas pasó al Retiro, por los fines de Junio, y allí contendieron el Conde y él largamente. Los que de afuera les oian, certificaron que las voces habian sido grandes, y la refriega notable: de aquí salió, no bastando tantos ruegos, demandas y respuestas, que le prendiesen. Ejecutóse y lleváronle á la fortaleza de Santa Olalla, lugar del conde de Orgaz en el reino de Toledo. Aquí no pudo tanto el ánimo ni el gran corazon, herido, de tantos valerosos descendientes, ejercitado en cosas arduas, en peligros y fortunas de mar y tierra, y el desahogo del lustre y antigüedad de la sangre y la sobra de las altas posesiones y riquezas, ni lo que nos enseña la profunda y mortal filosofía, que es hacer el ánimo á todos los ceños de fortuna, desprecio de honores y dignidades; creyendo que en nuestra casa nos sobran todas por su grandeza, ni apeteciendo otra esperanza, teniéndolas todas por la inclemencia de nuestros tiempos por vanas: finalmente, no pudo tanto el denuedo ni la bizarría de contender con el poderoso, en cuya mano, por los privilegios dichosos de su fortuna, habia de consistir la templanza de estos sucesos, y el mediar en ellos sin lucha ni pasion, ni el desprecio de cualquiera contraste, el estar hecho á las acometidas de los enemigos, á las balas y á la pólvora y á las tormentas y borrascas de aquel soberbio elemento. Nada de esto bastó para que no se rindiese á la melancolía, y de ella á la quiebra de la salud, adoleciendo gravemente; que no hay corazon, por robusto que sea, ni varon por grande y esclarecido, que si se ve estrechado en una fortaleza, limitado en el uso y ornamento de su casa, apartado de las encarecidas prendas de

la mujer y los hijos (que en estos asaltos perdió el primogénito, porque no faltase nada cuando comienzan las iras, que no obre en opósito de la constancia del varon fuerte); y últimamente, desfavorecido del Príncipe, residenciado del Privado (gran dolor que otro hombre más dichoso y no de mejores partes me pretenda deshacer); despojado de honores y de oficios, de la libertad y de la nobleza, virtud del albedrío, y de este cielo y aire que nos circunda y vivifica. ¡Que no le postrasen la gravedad y pesadumbre de otros oficios y le pusiesen en el último fin de la vida estas miserias!

Agravado D. Fadrique de diversos accidentes y con señales ciertas de vivir poco, pasó su causa al Consejo de Castilla, y allí le puso el fiscal Riaño demanda al quinto de las presas que habia hecho en todo el tiempo que habia andado en la mar y habia ganado de los enemigos (aunque muchos dicen tenía hecha merced de ellas y cédula despachada en su favor), y publicóse que la jornada la hacia el marqués de Velada. Pero nada de esto tuvo efecto, porque ninguno era comparable con este hombre, y la resolucion corrió despues por algunos soldados portugueses, que despues ellos lo consumieron todo, y todo el estado y la mayor parte de él salió de la corona y paró en manos de holandeses; porque aunque de caballero tal se podia fiar cualquier suceso, pero la noticia era ninguna, y apénas le duró un año el gobierno de Oran ni vió el Estrecho de Gibraltar. Reconocieron los médicos el peligro de D. Fadrique, y dejáronle volver á Madrid; pero que no entrase en su casa ni le viese la mujer, porque se tenía por cosa cierta era la que más poderosamente le persuadia á que no se rindiese ni hiciese la jornada, como hija de la Casa de Arcos y de los Ponces de Leon. Entre estos lances, tocó su parte al duque de Alba, porque en las ocurrencias que se ofrecian, donde se publicaba contra D. Fadrique, se procedia con él en la forma referida por desobediencia á los mandatos del Príncipe. Llegando esto á los oidos del Duque, dijo que aquello no era desobediencia. Cuando yo le ví un dia pasear por la calle Mayor, acompañado de D. Francisco de Eraso, conde de Humanes,

en su coche, le dí por perdido, porque éste era uno entre los muchos ventores que echaban maliciosamente á las orejas de aquellos de quien querian saber qué sentian ó qué hablaban, y lo que obraban; y esto, con destreza particular y licencia permitida del curioso instigador, ayudando á la queja, á la murmuracion de los gobernadores, con cautela, sacando cuanto habia en el corazon de aquellos, ó muchos lo querian decir para que lo supiesen, era llevado á su noticia y mucho de ello compuesto, segun que armase la ambicion de aquel donde á pocos lances y en breves dias se ve el castigo y paga la inadvertencia el simple, creyendo que fué cortejo el habérsele arrimado aquél, que despues surte á muy poderosa lanza y padece como incauto rigurosas heridas. Su hermano D. Juan de Eraso no se quitaba del lado del duque de Maqueda, si bien con diferentes sospechas; y en este escollo, porque eran infinitos, peligró el marqués de Castel-Rodrigo, no digo del hombre, sino del modo, que tambien habia quien le siguiese las palabras como la intencion; y el cardenal Trejo, presidente de Castilla, estando siempre asaltado de D. Juan de Vera y Zúñiga, conde de la Roca, y diciendo, el Trejo, cuándo le iban á visitar, muy sencillamente y en puridad, que no podia más, que pensó encaminar mejor este gobierno, mas que no le dejaban hacer nada, le ataban las manos, y queria hacerlo todo el Privado, siendo enterado de esto, y puesto con exornacion retórica para el beneficio de mayores medras, le preparó la salida con descrédito tal, para el obispado de Málaga, que le ocasionó la muerte en el camino. Cosa notable es, con qué facilidad se halla esto en los más de los señores de la corte, y que viéndolos tan entendidos en otras materias y en las forasteras, ignoran las suyas propias, y no saben librarse de las sirtes y sirenas de palacio, de que es particular vicio ó miedo del poderoso, siempre andar asaltando los que viven en ella; porque no hay mayor treta de cortesano, ni mayor sutileza de ingenio, que saberse cautelar de los confidentes de los Validos que andan siempre liando chismes, sino ántes disimular sus quejas y pasiones, y hablar con ellos en materias generales

concediéndoles todo cuanto ellos quisieren, como el desentimiento sea suyo, arrimando á su dictámen, aunque no sea justo, que no lleve nada de qué congraciarse ni de dónde asir, ántes que vayan falidos de cuentos, siquiera por no verlos crecer en el trato ni darles aquel gusto. Digo, que de esta ocasion ó de otras, diciendo el duque de Alba no era desobediencia la de D. Fadrique, sino darle lo que pedia y era menester para la jornada, le mandaron ir á su casa; que ejecutó luégo á la hora, yéndose á Alba de Tormes. Tambien nos refieren, que en medio del achaque, cuando de Santa Olalla le permitieron volver á Madrid, y mejorado algo, le envió el Rey al confesor Sotomayor y al duque de Villahermosa á decirle que convenia á su servicio y á la tregua de Holanda la restauracion de Pernambuco, que la aceptase. Fueron, pero él estaba ya tal, que más era su jornada para el purgatorio, si ya no es que lo llevaba de aquí ántes que para el Brasil esta resolucion. Sin embargo, se le esperó si acaso queria hacer penitencia de su pecado, para restituirle á la gracia, y así lo decia el Rey, que en su mano estaba su salud; pero el mal, apoderado ya del corazon y sobrepujando á las fuerzas, no admitia esperanza.

Envióse al Consejo una órden contra el fiscal Riaño, para quien no faltaron despues sus embates, que se leyó allí, que cómo se descuidaba en la causa contra D. Fadrique de Toledo, que la prosiguiese, ó si no, se proveeria persona que con más prontitud lo hiciese y atendiese á su conclusion; amenaza con que otro dia obró sobre ella, y como un Ciceron lo ponderó y apretó, obrando todos con el miedo hasta lo más sagrado y venerable de la toga y el consulado, porque el dictámen estaba más atento al poder que al derecho; con que concluida la causa fué condenado en perdimientos de honores y mercedes tenidas y que á la sazon tenía; 12.000 escudos para la cámara, y en parte de los 500, y destierro del reino. Cosa es muy digna de notar, y de que se advierta con particular atencion, que cuando se estaban fulminando estos impulsos de los juristas, de la soberanía y del poder sobre este soldado, marinero y capitan, se atendia con suma prontitud á las medras y conveniencias del

duque de Medina de las Torres; á solicitarle, con todo el favor real, el casamiento en el reino de Nápoles con la princesa de Astillano, sucesora de la Casa Carrafa; del mayorazgo gruesísimo que se le habia de fundar, de los acrecentamientos del suegro al pretendiente, y otras mercedes y circunstancias de mucha calidad de las que se le habian de hacer para mover á la dama, y que aceptase, y enviarle muy prosperado; como si importara esto á la paz de ambas Germanias, á la restauracion del Brasil, al sosiego de Italia y á la quietud de Francia con España. No le defraudaremos la antigüedad de su hidalguía para la Casa de los Toledos; tantos Fadriques y Garcías, uno muerto en África, otro, Fernando, al lado del Emperador, en Alemania, luégo pacificando á Roma desde Nápoles, luégo en Flandes quietando la sedicion, despues conquistando el reino de Portugal y otras hazañas ilustres dignas de veneracion y memoria; D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, cursando sus primeros años en la gran batalla de Felipe Estroci, en las armadas y escuadrones de galeras de Sicilia, Nápoles y España, padre de D. Fadrique, y éste hermano del duque de Fernandina, y otros innumerables servicios de sus antecesores, favorables á los progresos de esta monarquía; y una prima de su casa, otra duquesa de Florencia, de donde hay sangre real en Francia; y otras innumerables grandezas y servicios de sus antecesores, favorables, como digo, á los progresos de esta monarquía, tantos y tales, que áun no los puede comprender la pluma. Referíanse las mercedes que hacian al duque de Medina de las Torres, y decian le daban el castillo de San Telmo con 12.000 escudos de sueldo por tres vidas; Justicia mayor del reino por dos; oficio de consideracion en aquel Estado; el Vireinato para cuando el Rey señalase el que sucediese al conde de Monterey, y otras circunstancias y conveniencias concedidas al mayorazgo de la Princesa. Porqué servicios y fatigas ejercitadas en la guerra, qué encuentros del enemigo en ambos mares, qué recuperaciones de islas y de tierras en regiones remotas debajo de zonas inclementes, no hay atinarlo; si por miembro del Privado, es injuriar la razon.

Blasonamos de justos y de fieles gobernadores, damos castigo al que se debía premio, y al que cuando no castigo, no á lo ménos hacer viciosa la magnificencia y la libertad cuando mostramos ser severos con el benemérito ó en el que no lo es tanto; por la misma razon que es sangre propia, debemos insinuar más legalmente la gran virtud de la templanza y nivelar con gran prudencia ambas acciones. Eso es propiamente ser recto y verdadero gobernador, padre y amplificador de las leyes y observador vigilantísimo de ellas, luz de la verdad y guía de la república; lo demas es proceder á ciegas, errar en la justicia y el gobierno, es tirar la potestad y jugar de ella; es servir á la carne ántes que al espíritu. y desatinar á la providencia y ser tirano de las mercedes. Fuéronle á notificar la sentencia á D. Fadrique ántes que no hubiese parte en qué hacerla por tener derecho á la sorpresa. Los que le asistian pidieron de misericordia, porque el mal le volvió á apretar, lo dejasen morir en paz y con algun alivio de su espíritu, porque atendiese con más tranquilidad á las cosas de su tranquilidad, digo de su salvacion: fué consuelo poder conseguir esta clemencia; dejáronle los ministros, y fué suerte que no llevase sabida su sentencia.

Más dichoso fué en este trance D. Pedro Valle de la Cerda, cuñado de D. Jerónimo de Villanueva, protonotario de la corona de Aragon, casado con hermana suya, que estando enfermo y diciendo que de peligro, porque no se perdiese varon tan señalado y de esencia para la prosperidad de la república, para espantarle la muerte y conducirle á la vida y á la salud que tanto nos importaba, siendo de la Contaduría mayor de cuentas, le enviaron á decir que S. M. le hacia merced de hacerle del Consejo de Hacienda; con cuyo antídoto, á la hora, se restituyó á la mejoría y luégo estuvo bueno. Hombre, ni consular, ni soldado, ántes de bien livianas partes, pero dichoso por pariente del Valido, que es el mérito más principal, y al que es bien atiendan todos ántes que á otra virtud. Cuando se inventó esta novedad ó prefacion de la salud en D. Agustin de Mejía, esclarecidísimo capitan, por ejercitar la magnanimi-

dad del premio, honrar aquellos servicios y aquellas canas, y llegando á lo último de su vida se le envió á decir que el Rey le hacia merced de cubrirle y hacerle Grande, porque él con sus hechos se habia sabido hacer aquel lugar, fué sin duda esta obra y esta accion de aprecio y para estimarla los militares, y de estímulo á los súbditos para apretar la milicia, y digna de alabanza en nuestros orbes; pero conviene mucho no descaecer ni estragar la observancia de estas acciones, ántes subirlas más de punto que bajarlas, porque cuanto son plausibles por la dignidad de uno, son vituperables por la indignidad de otro, y siendo comunes no son estimables. Espiró, pues, D. Fadrique á 11 de Diciembre de este año que vamos concluyendo, y previniéndole en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús su sepulcro, honras, túmulo y colgaduras, no perdonándole ni áun hasta allí, la ira implacable de su estrella, este lance, fué exonerado de entierro público, honras y acompañamiento, y puerta principal de la iglesia, y metiéndole por la portería baja al depósito, le dejaron allí; con dolor notable de la corte y de su mujer, que quedó preñada y despues parió un hijo, porque no se acabase la línea de tan grandes soldados, y dió esperanzas de llevar adelante la Casa por no tenerlos tampoco el marqués de Villafranca, su hermano; que este consuelo le quedó. Pero al fin parará todo en la del almirante de Castilla, casando su hija con el conde de Melgar.

Faltó un excelente capitan, en quien consistió por algunos años la reputacion de esta monarquía; fué terror y freno de setentrionales y africanos, como sus predecesores, temido y respetado de holandeses; osaré decir que lo sintieron, porque era amado por su nobleza de condicion de amigos y enemigos, y todos querian militar debajo de su mano. Los portugueses, poco aficionados á la gente de Castilla y que no reconocian soldado, no querian ir con otro al Brasil sino con él y llevarle por caudillo, y decian más: que si iba D. Fadrique de Toledo, habria ejército y victorias, y si no, que no habria nada. Los enemigos percibieron que les habia faltado grande adversario y dejado gran desahogo á sus armadas. Era su nombre

conocido en todo el orbe, hasta el de los mayores piratas y corsarios más ignotos; donde iba D. Fadrique se daba cualquiera empresa por acabada, y así le sucedió en todas las que le tocaron. Sintiólo gravemente el marqués de Villafranca, su casa toda, el duque de Alba y el condestable de Navarra, el conde de Oropesa y todos los Toledos y de la Casa de Arcos. Fué llamado el marqués de Villafranca despues á la corte, desde Barcelona, á quien la sagacidad del marqués de Leganés pudo templar y buscar este camino, por ser de más severa condicion que su hermano; pero las cosas se han subido ya á tal estado de disimulacion que hacen virtud de la paciencia y se tragan las pesadumbres por no esperarlas mayores: finalmente, le acallaron con hacerle del Consejo de Estado. ¡Quién dijera á D. Pedro de Toledo, su padre, amándole como le amaba y viéndole hecho soldado, y soldado de estimacion y de nombre, que moriria D. Fadrique, su hijo, ántes que de las balas y la pólvora, de los enemigos, de los letrados y de sus derechos, y de la envidia de un Valido, que emulaba las acciones y los hombres grandes! Tanto conviene perfeccionar el vasallo con el Príncipe y áun el Príncipe con el vasallo, cuando es tal y tan necesario á sus designios y materias, y á la potencia de sus armas, y ceder en parte del rigor de sus preceptos á la blandura por lo bien que aquel le sirvió; pues cuanto quiera que pugnemos en esta parte á defender la accion real, no podemos dejar de reconocer y confesar que le perdió. Perdióle el Rey sin duda no dejándonos ni quedándonos otro para las empresas navales y dificultosas, y las que le convienen á nuestra monarquía. Al duque de Medinaceli, recien llegado á la corte, le quisieron enviar con embajada particular á Francia, y porque dió las causas de no poder ir como convenia, tambien fué cometido á la *Junta de obediencia.* Decia el duque, estaba fallido de hacienda, consumido y acabado su patrimonio, que le tomasen, y si hallaban quien diese sobre él 200.000 escudos, aceptaria la embajada: usóse de clemencia y dejáronle. El condestable de Castilla, sobre materias de hacienda que le pedian y alcabalas de sus lugares, hizo punta para sus estados;

pero luego volvió á la corte, retirado en su casa, desmayado en el ejercicio de gentilhombre de la Cámara. Quién daba por causa achaques que le obligaron á volver á ella, aunque de paso, pero luégo asentó; quién que la constancia humana no es más firme, y pocos saben mantener su decoro, que la corte, ántes les estraga que les lima, y pocos habia que no corriesen fortuna deshecha.

La reina de Hungría parió una hija en Viena de Austria á los fines de Diciembre, que en el bautismo la dieron por nombre María; algunos la hacen esposa de nuestro príncipe Baltasar Cárlos, y lo aciertan mejor otros que se la dan de Inglaterra, y que la traerán á criar á España debajo de la religion católica, aunque allá la cria la Reina en la misma religion, como se estableció por contrato del matrimonio, como el Rey cria los varones debajo de la suya, que, por otra parte, está tocado de la nuestra, y que esto deberia á nuestro hospedaje y al cielo si se redujese á la obediencia y confesase los artículos de nuestra fe. Pero todo esto es falso, ántes está allí más arraigada que otras veces y á pique de tumultar la obediencia con aquel Rey, como se verá adelante; con que no hay que hacer pié en esto aunque sea por materia de Estado.

Quiero fenecer este libro dejando por estos dias metida toda la Europa en confusion y grande, puesta en armas, sobre la restitucion de Lorena y las otras plazas de Alemania, que apretadamente le piden al frances, intimándole la guerra. Son de esta faccion el rey Católico, Emperador, rey de Hungría y de Inglaterra, aunque éste mal descubierto siempre y sin resolver. El rey Católico quiere acometer por Navarra y Perpiñan, y con armada por el golfo de Leon á Provenza, y el infante D. Fernando por la Picardía; el húngaro, con el duque Lorena, por sus confines; el rey de Inglaterra por la Guiena á Bretaña con gruesa armada de navíos; pero aunque hubo algo, las cosas de aquí adelante no fueron tan prósperas, y hasta ahora ningun apresto ha llegado á efecto ni á verse, y el frances constantemente se mantiene en la tiranía de lo que se le pide, previniéndose contra todos, sublevando los príncipes de

Italia y toda la tierra de grisones, no dejando en Alemania á ninguna de las potestades de su faccion venir en concordia con el Emperador, surtiendo cuanto se quisiere sacar de las incertidumbres y promesas fantásticas sin efecto en ningun trato de respuestas ambiguas, demostraciones públicas, y para tomar satisfaccion de aquellos hechos de que el rey Católico ha de salir en campaña, y nada en la verdad ni en el fundamento, sino todo apariencias, sin obrar cosa, ni memorable, ni de importancia para revelar el crédito de nuestra nacion para con los extranjeros, no creerlo los enemigos ni verlo nosotros; con que la reputacion, fracasando cada dia más miserablemente, burlando de nuestras trazas y acuerdos, solamente prevalecia en los pedidos y tributos, como inundacion de plagas y sabandijas, que ya no se le puede dar otro sentido ni epíteto, por su inmensidad, que más le cuadre, á la fatiga de los vasallos. Siempre flechando, todo rumores y aprestos de armas, coronelías levantadas en Castilla á costa de la nobleza, nuevas empresas y ligas por los enemigos, temidas cuanto premeditadas; con que rematando el año de 34, veremos el fin de ellas en los demas; pero ahora con el de 35, escribiremos sus progresos y fortunas, si diere la vida ó el aliento lugar para tanto.

FIN DEL TOMO SESENTA Y NUEVE.

ÍNDICE.

Páginas.

A D. JUAN ALONSO HENRIQUEZ, ALMIRANTE DE CASTILLA..... 1
Lo que dijo el Valido al autor cuando le pidió un empleo. 4
Ascendencia del Conde-Duque.................... 5
Su pretension á la grandeza.................... 8
Resúmen de la historia de Felipe III................. 8
Salida del rey D. Felipe IV de Madrid el año 1626 á las Córtes de Aragon, Valencia y Cataluña.—Continúa con los sucesos de dichas Córtes.................... 15
Lance sucedido en el coche del Rey entre el almirante de Castilla y el duque de Cardona; y sigue el éxito de este lance.................... 28
El Papa Urbano VIII entrega á los franceses las plazas de la Valtelina que tenía en depósito.................... 36
El Almirante toma el baston de General cuando el Rey entra en la Real.................... 39
Maltrato del Conde-Duque á los ayudas de cámara del Rey.................... 40
Quéjase el Almirante al Rey de que hubiese hecho sumiller de corps al marqués de Liche.—Respuesta agria del Rey.................... 41
Papel del Rey al Consejo del Estado para castigar al Almirante.................... 48
Capelo para el hijo del marqués del Carpio............. 49
Sale el Rey de Cataluña sin lograr nada.—Vuelve á Madrid.—Celébrase el bautismo de la Princesa, á que vino el cardenal Nepote.................... 50
Lance de D. Antonio Sarmiento, hijo del conde de Gondomar, con el Conde-Duque.................... 54

Páginas.

Grave enfermedad que tuvo el Rey.—Estado de la corte.—Parcialidades de los infantes D. Cárlos y D. Fernando.—Finjese malo el Conde-Duque, intenta ganar á Doña María de Benavides, dueña de honor á quien la Reina queria mucho, por si el Rey faltase.—Sana el Rey por milagro de los panecillos de San Nicolás de Tolentino. 55
Para que el Almirante vuelva á palacio se echa al Marqués de Castel-Rodrigo.................................. 69
Para libertarse el Conde-Duque de las sátiras se hace amigo de D. Francisco de Quevedo... 73
Ventas de lugares, escribanías y otras cosas para la guerra de Italia....................................... 82
Casamiento de la infanta Doña María con el rey de Hungría, sin ceremonia ni pompa..................... 87
Viaje del Rey á llevar á la reina de Hungría sin el Conde-Duque.. 89
Quéjanse los infantes al Rey de los mal intencionados y piden satisfaccion................................ 94
Al cardenal Trejo, obispo de Málaga, le quitan la presidencia de Castilla y se dá al obispo de Solsona....... 96
Muere el cardenal arzobispo de Sevilla acompañando á la reina de Hungría.—Salen los cardenales de España porque un judiciario predijo la muerte del Papa...... 100
Conde de Lemus, despues de embajador de Roma y virey de Sicilia, monje Benito: no quiere el capelo ni áun dar su parecer para quien se habia de dar............... 103
Vuelve el Almirante á la corte, y vuelve á salir de gentilhombre de cámara.................................. 106
Es notable esta historia, por lo que dice contra el Conde-Duque especialmente............................ 113
Nació el Conde-Duque en Roma en el palacio de Neron.. 120
Juramento del príncipe D. Baltasar, y cómo le juran los infantes D. Cárlos y D. Fernando.................. 120
Horroroso estrago de fuego que salió de la montaña de Soma en Diciembre de 1631, y las veces que sucedió lo mismo.. 124
Hace consulta el Consejo de Estado para que el infante D. Fernando no lleve Privado á Flandes............ 129

Páginas

Papel del Conde-Duque al Rey sobre privado del infante D. Fernando.................................... 132
Viaje del Rey á Cataluña con los infantes el año de 1632. 140
Suceso del cardenal Borja en Roma, y su protesta....... 158
Lisonja del autor al duque de Lerma 160
Protesta del cardenal Borja que entregó al Papa........ 162
Llega el Rey á Villafranca, y hospedaje que le hizo un caballero por concesion y privilegio que tenía para hospedar los reyes.................................... 166
Declara el Rey al infante D. Cárlos por Príncipe de la Mar y le da el baston de su mano........................ 171
Habilitan las Córtes de Cataluña al infante D. Fernando para que se quede á gobernar el Principado......... 172
Sale D. Antonio de Moscoso, privado del príncipe D. Fernando, con grande aparato á establecerse con S. A. en Barcelona, y la forma con que es detenido en el camino. 175
Auto de fe en Madrid el año de 1632................. 181
Sinagoga de judíos cerca de una casa del Caballero de Gracia.. 183
Manifiesto del conde de Bergas, Maestre general de campos en Flandes, cuando dejó el servicio............ 184
Muere el infante D. Cárlos.—Su vida................. 190
Quitan al cardenal Zapata la Inquisicion general y el gobierno del arzobispado de Toledo.—Sus dichos graciosos.............. 208
Resisten los vizcainos el impuesto de la sal y queman las cédulas reales............................. 217
LIBRO PRIMERO.—*Argumento.—Refiérese el estado de la guerra en Alemania, y la muerte de Gustavo, rey de Suecia y otros potentados; el progreso de las armas en Flandes, y cómo el enemigo tomó á Orso é Iremberg. El duque de Orleans rompe la prision y se vuelve á Flandes. El infante D. Fernando pasa de Barcelona á Milan, y el duque de Feria va á la Alsacia con ejército. Sor Margarita de la Cruz, hija de los emperadores Maximiliano y María, muere en las Descalzas Reales. Recupérase la isla de Ceilan, en Oriente. El rey de Francia sale con ejército sobre Nancy, en Lorena. Restituye Frislan la Si-*

Páginas.

lesia á Fernando, emperador, degüella treinta y más cornetas de caballería, destruye y hace pedazos las cabezas, coroneles del ejército, cabos y oficiales, y fuerza á que 12.000 infantes que la ocupaban pasen á servirle debajo de sus banderas. Muere en Bruselas la infanta Doña Isabel, señora de los Países-Bajos. Y finalmente, el estado que tenía la república. Todo esto pasa en un año, reinando en España D. Felipe IV.................... 221
Conspira el cardenal de Richelieu toda la Europa contra la casa de Austria; peste introducida por su medio en el estado de Milan.................................. 228
Liga de 25 Príncipes protestantes por un fraile capuchino. 230
Gustavo Adolfo, hermano del rey de Polonia, que le dió en gobierno la Suecia y se alzó con ella................ 231
Consideraciones de los holandeses para no admitir la tregua y continuar la guerra........................ 249
Parte de Barcelona el Cardenal Infante al gobierno de Milan.. 257
Cumplimiento entre el duque de Saboya y Cardenal Infante.. 258
Sor Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano, muere en las Descalzas Reales de Madrid............ 261
Asalta el rey de Francia la Lorena, porque el duque de Orleans, su hermano, se casó con Margarita de Lorena.. 263
Huye á Bruselas esta Princesa con notable ardid....... 264
Muerte de la infanta Doña Isabel Clara Eugenia........ 267
Motivos porque pasaron á Roma D. Juan Pimentel, obispo de Córdova, y D. Juan Chumacero................ 275
Fabrica el Conde-Duque el palacio del Retiro que ántes se llamó *Gallinero*.............................. 283
Los regidores de Madrid y Pedro Martinez, escribano de Ayuntamiento, lo que ejecutaron en la obra de este palacio.. 286
Libro segundo.—*Argumento.—D. Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria, muere en Baviera sin ejército; sucédele D. Diego Mejía, marqués de Leganés, si bien con diferentes fines, y pasa de la corte de España á Milan para formarle de nuevo. El Parlamento de Paris llama*

Páginas.

al Gaston, duque de Orleans, hermano de Luis XIII, rey de Francia, para tratar de sucesor en el reino. La guerra prosigue con mayor ardor y desconfianza en Alemania. Pídense en Castilla 18.000 *hombres aprestados para los presidios, y concédense. El duque de Frislan, general de las legiones y cortes imperiales, muere á hierro en Egra, habiendo penetrado la conjuracion contra el César; prenden al duque de Arescot en la corte de España, y á la misma hora otros nobles en los Países-Bajos, por cosas que tocan al gobierno de aquellos Estados. El duque de Beimanes, roto por el conde Matias Galaso, en Alemania. El Papa da intencion de socorrer al Emperador con* 400.000 *escudos, pero no se ve el efecto. Castíganse en Vizcaya los que impugnaron las órdenes ó cédulas reales en materia de la sal. El infante D. Fernando pasa de Milan á gobernar los Países-Bajos. Un ejército del rey de Francia se llega al confin de Perpiñan. Recupera el rey de Hungría á Ratisbona y otras plazas. El infante D. Fernando, y Ferdinando, rey de Hungría y Bohemia, despues de haberse visto en Donabert con ambos ejércitos, dan batalla á los enemigos del Imperio y son todos rotos, presos y degollados por ambos príncipes. La princesa Margarita viene de Italia á España. Huye de Bruselas á Paris el duque de Orleans. Refiérense algunas controversias entre el Príncipe y algunos grandes de Castilla. Quieren componerse las cosas de Alemania, mas el frances socorre con gran golpe de gente los sediciosos. Publícase que el rey Católico quiere hacer invasion por Perpiñan, y pídense para esto gente y dineros, y nómbranse coroneles para el manejo y expedicion. Todo esto sucede en el año de* 1634............ 297

Muere el célebre Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria, en Mónaco, costa de Baviera; mueren despues sus dos hijos, y su casa se incorpora con la de Priego.... 309

Traicion del duque de Frinslan, Valido general del Emperador.................................... 321

Con los bríndis establecen los alemanes la seguridad de sus escrituras.................................... 330

Páginas.

El obispo de Leon y Fr. José de París, embajadores de Francia al Turco por Luis XIII.................... 347
Quéjase al Papa el obispo de Córdoba, embajador de España, de la tolerancia de Su Santidad sobre lo que ejecutaban los franceses contra la religion católica...... 348
Prision del duque de Arescot en el palacio de Madrid, Viérnes Santo de 1639.—Motivos de ella, y lo que sucedió.. 351
Ladislao, hermano del rey de Polonia, primo hermano del Infante Cardenal, intenta casarse con la princesa de Astillano.. 369
Alboroto de los vizcainos sobre contribucion de la sal; rompen las cédulas reales y pasa el duque de Ciudad-Real á castigarlos.................................. 370
Huye á París el duque de Orleans abandonando á su mujer y cometiendo algunas ruindades...... 395
D. Antonio de Moscoso, marqués del Fresno, hijo del conde de Altamira y Valido del Cardenal Infante, muere con sospecha de veneno............................ 399
Viaje célebre del Infante Cardenal desde Milan á Flandes. 401
Batalla de Nortlingen.............................. 407
Sucesos de la guerra de Mántua, y arribo á Madrid de la princesa Margarita............................ 437
Príncipes acogidos en España..... 439
La princesa Margarita pasa á gobernar el reino de Portugal.. 440
Dice el autor haber escrito la historia del rey D. Felipe III.. 458
Traje con que el Cardenal Infante hizo su entrada en Bruselas... 461
Cortesía del Cardenal á la moda del país, con la Reina madre de Francia; y la duquesa de Orleans, que le pareció bien.. 462
Junta llamada de *obediencia* para castigar á D. Fadrique de Toledo....................................... 468
D. Pedro Valle de la Cerda, cuñado del protonotario de la Contaduría, es hecho Consejero de Hacienda hallándose muy enfermo. 475

Páginas.

D. Agustin Mejía es hecho grande cuando estaba para espirar 475
Muere D. Fadrique de Toledo y no permiten que se entierre en público 476
El duque de Medinaceli no quiere pasar á Francia por embajador.—Remítese este hecho á la *Junta de obediencia* 477

